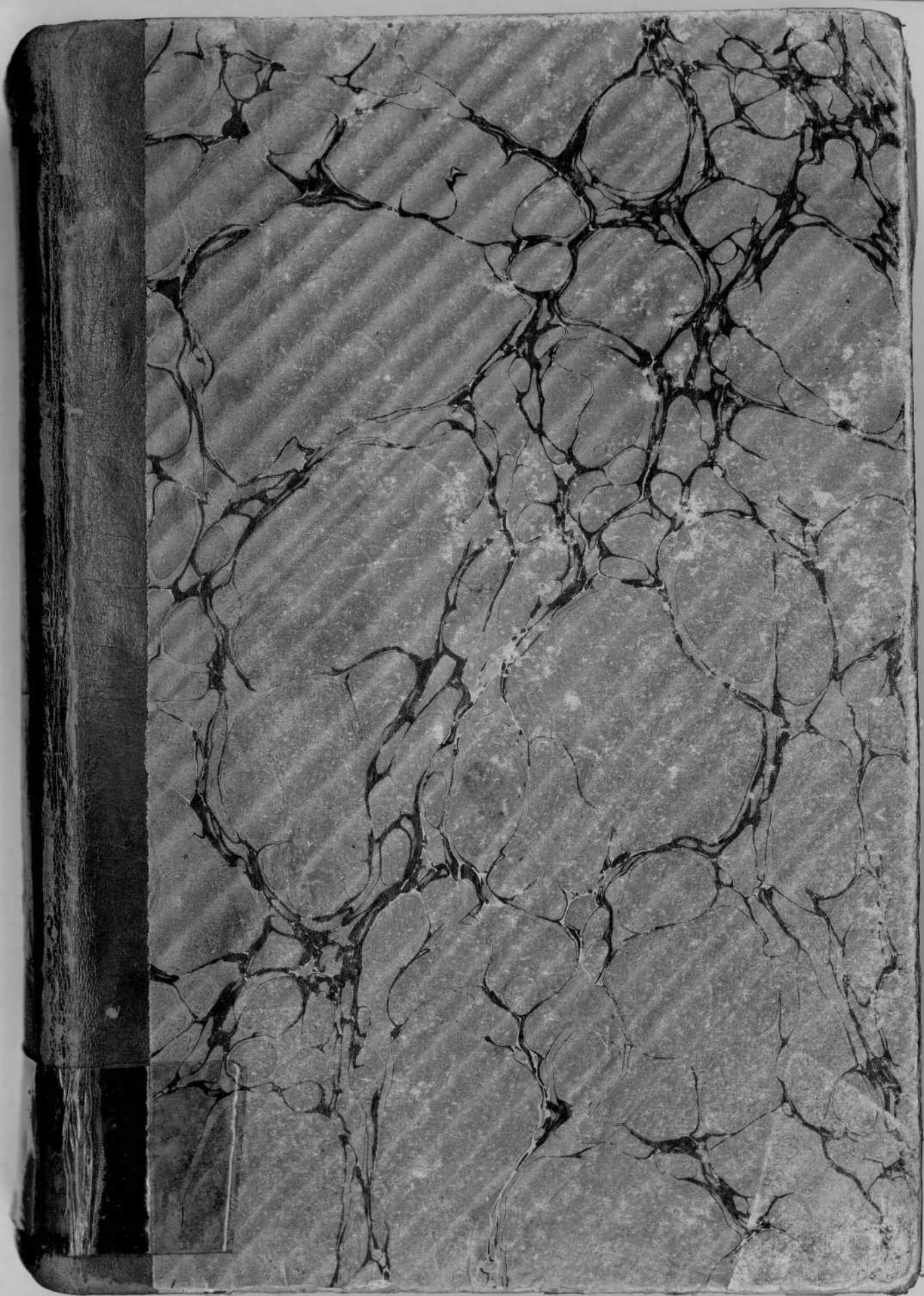




3981

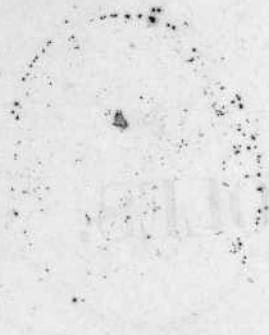
Em
roso
pleto s
ble. P
ert's

ATTACHED PAGES.

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO DÉCIMO.

BIBLIOTHECA



AUTOMATON ESPANOL

UNIVERSITY OF TORONTO

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

ROMANCERO GENERAL,

ó

COLECCION DE ROMANCES CASTELLANOS

ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

RECOGIDOS, ORDENADOS, CLASIFICADOS Y ANOTADOS

POR DON AGUSTIN DURAN.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — EDITOR — IMPRESOR.

SALON DEL PRADO, 8.

1854.



COLLECCION DE ROMANES CASTELLANOS

1997年12月25日

PRÓLOGO.

En esta nueva edicion de los *Romanceros* voy á seguir un plan análogo á la publicada desde 1828 á 1832. Entónces y ahora me propuse formar una coleccion de romances de todas las épocas, hasta los últimos años del siglo xvii, para que reunidos resulte en una serie de composiciones el principio, progresos y retrocesos de esta forma de poesia, que empezó por el inculto pueblo, se continuó por los juglares, y mas tarde se aceptó por los poetas para devolverla á su origen mas bella y perfecta, y aunque ménos espontánea y natural, no privada del sello y carácter propio de los tiempos en que nació y de las épocas en que se fué modificando.

Bien quisiera ordenar los romances por su antigüedad, pero es casi impracticable, puesto que en general se ignora la fecha de su composicion, y solo puede vagamente conjeturarse observando su lenguaje, sus modismos y el carácter de sus narraciones. Un plan así concebido diera márgen á graves yerros, y excluiria la posibilidad de cualquiera otro método, que por su sencillez, ya que no por su erudicion, fuese claro y practicable. En estas razones me he fundado para clasificar los romances por series de materias y asuntos, en vez de hacerlo sobre otros datos vagos é inciertos. No obstante, á riesgo de mil errores fáciles de cometer y difíciles de evitar, en un apéndice que seguirá á este prólogo, adoptaré por via de ensayo un método, que aplicaré á cada romance en el índice de materias, designándole la clase y épocas á que presumo puede pertenecer, atendiendo á su espíritu, carácter, construccion y lenguaje.

La primera edicion fué benignamente recibida, con particularidad en la patria de los sabios eruditos Schlegel, Bouterweck, Grim, Huber, Depping, Wolf⁽¹⁾ y otros tantos críticos alemanes que se dedicaron y dedican al estudio de la literatura románica y de los siglos medios, para conocer á fondo el influjo de ella en los adelantamientos y civilizacion del mundo. Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron, han influido en los míos; así como tambien los que

(1) Sin la publicacion que el Sr. Wolf ha hecho de aquellos romances de las *Rosas*, de Timoneda, que no están incluidos en otras antologías mas comunes y conocidas, no hubiera podido insertarlos, pues hasta hoy dia no se conoce mas ejemplar de tan precioso libro, que el que dicho señor halló en la biblioteca de Viena. De él nos ha dado una exce-

lente descripcion bibliográfica en su *Rosa de romances*, publicada en Leipsik, 1846, de la cual tuvo la bondad de regalarme un ejemplar. Ninguna de las composiciones que contiene creo se haya librado de las reformas y alteraciones que á Timoneda le plugo hacer en las que no son completamente suyas.

después publiqué no han sido del todo estériles á los que me siguieron; sucediendo en esto, como era natural, que se cruzasen, se encontrasen y asimilasen ideas de un mismo origen, y que influidas por el mismo espíritu, se forman sobre datos, hechos y estudios idénticos, aplicados al mismo fin.

Aunque el espíritu de reaccion haya provocado el estudio de la historia de la edad media para oponerse á los novadores que, rompiendo contra todo lo pasado, han querido reconstruir *à priori* las sociedades; aunque este espíritu, digo, no haya en modo alguno presidido á mis planes, es preciso convenir que la antorcha de la buena crítica emanada de él me guió en las tareas comenzadas, y que el aprecio de los extranjeros á nuestra literatura me la ha hecho mas interesante. Empecé estas tareas cuando un poder arbitrario dominaba nuestra patria, y por ello me fué imposible manifestar libremente las ideas filosóficas que abrigaba; pero arrostré la dificultad bordeándola, deseoso de que la juventud amiga de las letras comenzase su emancipacion omnimoda (2), rompiendo primero los estrechos límites que al ingenio y la inteligencia habia impuesto una crítica empírica y exclusiva, que la obligaba á imitar modelos indirectos de la naturaleza representada bajo formas ya muertas, ó cercanas á espirar, aun en el mismo sitio de su cuna.

Después de mediar el siglo XVIII fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos críticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ello; porque era mas cómodo traducir que inventar; porque costaba ménos imitar lo hecho, que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debia tener. En tal situacion apenas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para discutir las. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podia producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamas tiene el carácter de originalidad.

Tambien participé del mismo error general; tambien sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; tambien tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexion, y conocí que la red que circua al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipacion literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedia, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debia brotar. Apenas entónces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independencia que debiera nacer de la union de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella

(2) La emancipacion del pensamiento en literatura es la aurora de la independencia, y el síntoma mas expresivo de nacionalidad. Como no inspira recelos, como se introduce en las masas sin perturbacion aparente del orden público, aunque no es la libertad en

su esencia, es su mejor auxiliar. Tal despota manda quemar á un filósofo, y no se atreve á ofender á un poeta. El primero pasa desapercibido, el segundo suele ser el ídolo del pueblo, y el que eleva su inteligencia á graves cosas.

una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la queria ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad. Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballeroscos é históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.

Nunca me pesó haber acometido tamaña empresa, pues el tiempo y los hechos han demostrado que la idea que la presidió era fecunda, favorable y digna de que otros mas sabios la realizasen. Animado por esto, inducido por algunos amigos, viendo además que despues de tantos años ninguno de los que mejor que yo podian, publicaron trabajos análogos á los que habia iniciado (3), y que nos dejaban prevenir por los extranjeros, me pareció indecoroso esperar mas y condenar al olvido lo que desde 1832 á 1844 habia trabajado para, en su caso, publicar una nueva edicion de los *Romanceros*, mas abundante y completa que la precedente, cuyos primeros tomos, empezados como por juego, elevaron despues mi pensamiento á las miras serias y filosóficas que se observan en los últimos (4).

El resultado que mis tareas, por su oportunidad, alcanzaron, me animó á continuarlas. A ello he sacrificado una carrera pública con que me brindaba mi posicion social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambicion de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posicion que ocupo, debidos son á estas tareas, que, aunque constantes y continuas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagacion de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazon y el ingenio á grandes cosas.

Doloroso es por cierto que una de las mayores dificultades que he tocado sea

(3) Mi mayor gusto fuera que otros mas aptos, instruidos y ménos sujetos al error, se hubiesen encargado de los mismos ó análogos trabajos á los que emprendí. Naturalmente desconfiado del acierto, aceptara como un favor que cualquiera se encargase de una tarea, si no enojosa, penosa y difícil. En la discusion, mis ideas, mis observaciones, han sido siempre comunes á todos, á nadie las escondí; en el consejo fui franco y leal; en los hechos, mis libros, apuntes y recursos estaban á disposicion, no solo de mis amigos, sino hasta de los indiferentes. Todo esto es notorio, no habrá quien lo niegue, y prueba que deseaba hubiese quien se me anticipase y ahorrara de continuar trabajos que creia no poder ejecutar con aquella perfeccion sin la cual, solo á falta de otros mejores, pueden ser tolerables. Y en efecto, si bien se mira, ¿qué interés personal pudo incitarme á un trabajo tan penoso y deslucido? No el deseo de gloria y de renombre; que alcanzan mezquinos y miserables á un editor de romances viejos; no el anhelo de honores, distinciones y consideraciones públicas, á que nunca aspiré; no el ansia de

riquezas y dinero, que nunca tocó mis manos, sino para gastarlo en libros, comprados además á costa de otros gozes. El móvil de mis deseos ha sido ser tan útil al pais, como lo permitian mis cortos recursos intelectuales, morales y materiales. Bien sé que nada de esto me libraré, ni debe librar, de la justa critica que merece una obra imperfecta ó mal hecha; pero me da derecho á responder que no me era posible presentar otra cosa de lo que sabia ó pensaba.

(4) El nuevo giro que dí á la obra, mas que á nada, se debió á los consejos de mi muy querido amigo D. Manuel José Quintana, á la aficion que desde mi infancia me ha manifestado, y al tierno interes con que me honró en todas las épocas y circunstancias de la vida. Este sabio, noble y distinguido, me persuadió que se esperaba de mí algo mas que una antología mejor ó peor ordenada, mas ó ménos completa que las existentes, y que para que esta clase de trabajos presentase alguna utilidad, convenia acompañarlos de observaciones científicas, donde se hallasen los resultados de mis estudios sobre la historia, la literatura y la civilizacion española.

la de reunir los libros oportunos á mi plan. Apenas, á fuerza de grandes sacrificios, logré adquirir la cuarta parte de aquellos que fácilmente se encuentran en las bibliotecas de Londres, de Viena y de Paris, donde parece que á porfía se han aglomerado los documentos literarios de España. La bibliografía es una ciencia mal apreciada y mal protegida entre nosotros : hay pocos que la cultiven, y ménos que á fondo la conozcan. Cuantos á ella se dedican ninguna recompensa esperan, sino la de satisfacer su afición á los libros, que en general no tienen mas uso que el de pasar apolillados de unos á otros estantes, ó de salir para el extranjero. Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro ; los que sabían y filosóficamente han reimpresso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas. Ingleses ó anglo-americanos son los que hoy escriben ó han escrito las historias de Carlos V, de los Reyes Católicos, de Colon, de Méjico y otras muchas. Para hacerlo bien no escasean gastos ni viajes, ni los gobiernos les niegan los auxilios necesarios. Entre tanto, condenados á un marasmo y apatía incalificable, miramos estupefactos lo que pasa, y sumidos en la pereza dejamos la gloria para los otros, y nos dormimos sin cuidado. ¿Cuándo despertaremos? Cuándo aquel brioso ingenio que admiró la Europa sacudirá su letargo? Tiempo vendrá en que se levante, y pronto sin duda le veremos desplegar sus entumecidas alas para recobrar el puesto que le corresponde en la sociedad culta ; así lo esperamos, así comienza á verificarse ; así sucederá, pues aparece una activa juventud que se lanza en la carrera, y á quien solo le falta tener mas constancia en el estudio y ménos ansia por los goces materiales ó los de una desmedida ambición.

Sin embargo de tantas dificultades he podido reunir para esta segunda edición de los *Romanceros*, y del *Cancionero*, si esta llega á hacerse, además de los originales que para la primera tuve presentes, algunos otros muy raros y preciosos, que solo se hallan en pliegos sueltos, impresos ántes ó poco despues de mediar el siglo xvi (3),

(3) En estos pliegos, impresos casi todos ántes de 1550; en el *Cancionero de romances*, en las *Silvas* y otras antologías impresas desde mediados del siglo xvi en adelante, es donde se presenta lo mas genuino y precioso de los romances viejos y verdaderamente populares : es decir, de aquella poesía que, ruda é inartificiosa, pero natural, sin colores prestados y libre de toda imitación erudita, nos da una idea de los esfuerzos que contribuyeron á perfeccionar el idioma y á amoldarle para la expresión de los pensamientos. La mayor parte de estas composiciones son anónimas, y sin fecha de tiempo cierto que sirva para ordenarlas con exactitud cronológica. Ninguna, tal como ha llegado á nosotros, puede creerse anterior al siglo xv ; pero muchas conservan profundos vestigios de ser reproducciones ó reformas de otras mas antiguas, recibidas de la tradición oral ántes de haberse impreso. Mezcladas con estas, hay otras del siglo xv, que parecen son primitivas y contemporáneas á los hechos que refieren. Por tales pueden considerarse varios romances que tratan de las correrías y batallas que acaecían entre los moros y los cristianos fronterizos, que ciertamente se cantarían por los mismos jefes y soldados que intervinieron en tan continuadas luchas. También pueden tenerse por primitivas, aunque mas modernas, y mas bien trasmitidas al pueblo, que de él tomadas, aquellas composiciones del siglo xvi y xvii, en que se narraban y consignaban hechos palpitantes y célebres de dicha época. Algunos romances viejos se

hallan, pero mas ó ménos modernizados y eruditamente desfigurados, en los romanceros de autores particulares, tales como Sepúlveda, Timoneda y otros poetas que se propusieron poner las crónicas en verso, imitando los romances viejos, remendando su lenguaje y conservando aquel espíritu antiguo que en aquellos predominaba. Aunque privadas estas composiciones del carácter de espontaneidad y sencillez de sus modelos, sin embargo no carecen de interés é importancia, pues representan el carácter de su época, conservan vestigios de las anteriores, y contienen muchas tradiciones populares, que sin ellas fueran perdidas. También Gabriel Laso de la Vega, Pedro de Padilla, Lucas Rodríguez, Alonso de Fuentes, Juan de la Cueva, y otros mejores ó peores poetas de profesión, tuvieron la idea, en el último tercio del siglo xvi, de reducir á romances varios hechos de la historia antigua y moderna desde Adán hasta su tiempo : lo hicieron por su cuenta, teniendo en poco los romances viejos, despreciados por los modernos, que aspiraban á mayor cultura. Pero como en su tiempo predominaba el mal gusto, y dichos autores carecían acaso de las dotes del ingenio necesarias para excitar el entusiasmo, lejos de mejorar lo antiguo, no hicieron mas que sustituirlo con obras un tanto pedantescas é hinchadas, que deslucían sus trabajos. Sobre todos, Juan de la Cueva se excedió á sí mismo, y es mucho decir, por los defectos y exageraciones que se hallan en sus romances históricos.

cuya mayor parte debí á la fina amistad de D. Jacobo María Parga, ilustre sabio y noble caballero, cuya erudición, ciencia, libros, auxilios y consejos se anticipan siempre á los deseos de quien los necesita.

Estos son los únicos recursos de toda clase que he alcanzado para verificar mi empresa. Si en la presente edicion del *Romancero general*, así como en la de los anteriores, se echan de ménos las composiciones místicas y devotas, no es por desconocer su importancia, sino por considerarlas á propósito para un trabajo especial que contenga los pensamientos primitivos, y la idealidad poética que los vivifica en las nacientes sociedades.

Refiriéndome en todo á lo que en el discurso preliminar al *Romancero de caballeroscos é históricos* he dicho sobre el origen de la combinacion métrica llamada romance, añadiré, para evitar dudas, que en el presente caso esta voz expresa la idea de una composicion de versos iguales, que, no excediendo de ocho sílabas cada uno, y siguiendo una misma rima desde el principio al fin, se combinan de suerte que los pares resultan rimados, y sueltos ó libres los impares. Hay sin embargo algunos, en versos cortos pareados que se usaron ya en el siglo xv, y otros de la última mitad del xvi, en los cuales para adorno y gala se mezclan, con el texto vulgar, variedad de metros y combinaciones. A todos estos, á pesar de su anómala construccion, los he considerado y clasificado tambien como romances.

Para ordenar y metodizar este trabajo, he considerado los romances en tres grandes series, á saber: la de fabulosos ó novelescos, la de históricos y la de varios.

A la primera corresponden los moriscos, los caballeroscos y algunos de los vulgares; á la segunda, los de historia verdadera ó tradicional; y á la tercera la de asuntos amorosos, satíricos y burlescos, que consideran las pasiones, las virtudes y los vicios subjetivamente, ó segun el sentimiento íntimo y moral para expresar las unas, ensalzar las otras y castigar ó ridiculizar las costumbres y los actos viciosos.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

Dos diversas modificaciones experimentaron las costumbres y literatura de Europa por su trato y comercio con los pueblos de Asia y con los africanos. La una, obrando mas particularmente desde el siglo xi sobre los hombres del Norte, produjo la expresion feudo-oriental (6), contenida en los poemas y en los libros inspirados por los sentimientos caballeroscos propios de la época. La otra, fundada sobre la civilizacion mas libre y democrática (7) que creó la necesidad de

(6) Llamamos feudo-oriental á la civilizacion y á la literatura que resultó de las comunicaciones entre los pueblos feudales del Norte, con los monárquicos absolutos del Oriente.

(7) La democracia apareció entre nosotros bajo las aparentes formas del feudalismo, puesto que las libertades y fueros adquiridos por los pueblos eran de privilegio, asimiladas á las que se otorgaban á los señores, y no de derecho general y comun. Pero como cada ciudad, villa ó lugar privilegiados constituia en su régimen interior un gobierno comunal y democrático, luego que se extendieron y multiplicaron los afueramientos, se vino á formar una suma

de poderes aislados primero, que despues adquirieron la unidad necesaria para constituir un sistema de gobierno. Los fueros adquiridos individualmente por los señores en el Norte, formaron la monarquía feudal, mientras en Castilla los fueros de los Comunes produjeron la monarquía democrática. Igual fué pues el principio de uno y otro sistema, diversos sus resultados por la diferente aplicacion de aquel; pero su terminacion fué la misma, supuesto que la monarquía, vencedora de los señores en el Norte y de los pueblos en Castilla, se convirtió en un poder arbitrario.

reconquistar el país perdido, produjo en España la poesía de un caballerismo especial, como se ve en los romances moriscos novelescos de que vamos á tratar, y aun en muchos históricos ó mistos con fabulosos de que hablaremos después, y que fueron la iniciación de los mas modernos novelescos. Comenzaron aquellos, ó á lo ménos los que nos son conocidos, y tales como á nosotros han llegado, en el siglo xv; en el xvi y parte del xvii llegaron á su apogeo ya revestidos de la parte de pompa oriental que aceptamos de los árabes directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el país libre (8) de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que habian dejado, de manera que al leer los cantos de aquel tiempo nadie creería que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen todavía. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresión de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron á los desiertos de Berbería, y que amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilización y los progresos de la nueva, formaron el sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo xvi, hasta el último tercio del xvii. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad, no solo respecto á la época en que se inventaron, sino aun al de la anterior que intentaban reproducir embellecida. A nadie que los estudie filosóficamente se le ocultará la verdad moral que contienen, con solo observar la fácil inspiración que los anima y vivifica. Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza creada por haberse combinado y asimilado elementos que anteriormente existieron aparte; allí se ve la manera cómo se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos; y en fin, allí se percibe el influjo que ejerció el trato hostil, pero caballeroso y noble, en el espíritu de dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundían y aunaban sus diferentes civilizaciones en cuanto eran compatibles.

La idolatría dedicada al valor individual bárbaro, pero generoso y en sí mismo confiado; la afición á duelos y desafíos singulares; el culto místico y apasionado rendido al bello sexo, eran las cualidades que caracterizaban á los descendientes del Norte. Pues bien, las costumbres hijas de ellas, aceptadas por los moros, templaron, á pesar del Alcoran, sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros, y les impusieron un espíritu caballeresco que ántes les era desconocido. A la par que esto sucedía, nuestros contrarios nos comunicaron una parte de su amor á las ciencias y á las artes: su ostentoso lujo, su ferviente imaginación, su inspiración lírica, su sutileza ideal, y otra multitud de cualidades que, á pesar de obstinada resistencia sostenida por el fanatismo religioso, llegaron á corregir nuestra barbarie, y á formar entre musulmanes y cristianos una casi identidad de hábitos, costumbres y literatura que, si ellos míseros desterrados no pudieron conservar, entre nosotros dejó un indeleble sello, que ni los siglos ni los cataclismos sociales han podido destruir. ¿Quién no percibe en los romances moriscos la rica y abundante vena de fantasía que nos comunica-

(8) Con efecto, poco ántes de la conquista de Granada, y quizá hasta algunos años después, se hallan pocos romances moriscos novelescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía árabe. Varios de los de la primera sección se aproximan mas á ella, y

pueden provenir de épocas anteriores á las citadas. Sin embargo, si nos atenemos á los romances, parece cierto que solo después de la expulsión de los moros se desarrolló con brio entre nosotros aquella parte de poesía que nos dejaron.

ron los árabes, y que aunada después de su expulsion á la ruda, áspera, fiera y melancólica caballería de los españoles, constituyó un género de literatura mas análogo á la época en que nació, que no los elementos que le formaron? En los romances moriscos novelescos ó mistos es donde existe mejor el tipo del carácter y caballerismo propiamente español, modificado por los árabes, y tambien la poesía que nació de tan feliz union. En efecto, entre este y el producido desde las Cruzadas por la fusion del orientalismo con las costumbres feudales, cuyo reflejo recibimos de Francia, hay tanta diferencia como entre los sistemas políticos predominantes en el Norte, y el monárquico liberal que mucho tiempo nos fué propio y exclusivo. La Francia, algunos tiempos ántes que nosotros, produjo libros de caballería feudal, tuvo traducciones de las fábulas sanscritas de la India, las acomodó á su carácter y costumbres, y formó con ellas aquellos cuentos libres, punzantes y graciosos que propagaron sus trovas ó juglares. Igualmente la Italia, empapada de las ideas francas, se nos anticipó en aceptarlas y en fundirlas después con la poesía clásica, griega y latina, que ántes que en ninguna parte allí fué conocida, estudiada y aceptada con fecundísimos resultados (9). En este sentido y con estos modelos escribieron los italianos, con mas ó ménos felicidad, aquella multitud de poemas caballerescos precursores del *Orlando furioso* (10), en el cual se reasumieron todos los elementos compatibles de la poesía clásica con la románica, hija del estado social de los siglos medios. Así fué como la literatura europea empezó y completó el nuevo sistema poético que reunia todos los medios de imitacion conocidos é incrustados, por decirlo así, en las modernas sociedades. Verdad es que en los primeros tiempos de la restauracion literaria, la poesía y las lenguas vulgares tuvieron que sostener una obstinada lucha con los entusiastas de las bellezas de Homero y de Virgilio, y de la perfeccion de sus idiomas. Pretendian nada ménos que excluir todos los modelos, todas las lenguas diferentes, ó que no perteneciesen á los poetas y oradores que admiraban. Pero el instinto y necesidades de la nueva sociedad los obligaron á desistir de su empeño; y las grandes, sublimes y magníficas creaciones de la moderna civilizacion triunfaron al fin del espíritu reaccionario que procuraba ahogarlas en la cuna. Era ademas imposible que el lenguaje de las naciones que tenian obras como las *Partidas*, libros como los *caballerescos*, é iniciados poemas como la *Divina Comedia*, fuese vencido y aniquilado por el idioma latino, por mas que se le intentase reducir á su primitiva pureza, por mas que se le volviese á corromper bajo otras formas, para darle la aptitud necesaria á expresar el nuevo orden de ideas introducido por otra civilizacion.

Al tratar de los romances moriscos me ha parecido oportuno exponer, como lo he hecho, mis conjeturas sobre los vestigios que conservan de la parte que los árabes españoles nos dejaron de su espíritu oriental; pero ademas de ellos hay otros con igual denominacion, que no tomaron sus asuntos en nuestras guerras con los moros, ni en los hábitos por ellas creados, sino en los poemas italianos donde predomina el espíritu feudal modificado por el orientalismo. Mucho he

(9) Algunos siglos ántes de la época de la restauracion, ya eran conocidos en Europa, si no los libros clásicos genuinos de la antigüedad, sí al ménos los asuntos de que trataban. Acaso en esta época nos aventajamos los españoles en el estudio serio y profundo de algunas materias que tratan. Testimonio irrecusable de esto son las *Partidas* del rey Don Alfonso, que prueban no solo la ciencia adquirida acerca del derecho, sino tambien que nuestra lengua se anticipó muchísimo en perfeccion á las de ori-

gen románico, exceptuando quizá la provenzal.

(10) En este poema italiano y en todos los que le precedieron y tomaron sus asuntos de las fábulas carlovingias, se ve la civilizacion del Oriente en presencia de la feudal; pero no, como en los romances moriscos, la de un pueblo que modificó la suya bajo el influjo de costumbres muy democráticas un tiempo, aunque ya subyugado por la monarquía pura, ó próximo á serlo.

titubeado sobre si debía comprender estos romances entre los moriscos : muchas razones me inducian á ello; pero al fin decidí incluirlos con los caballerescos, porque lo son en efecto en su espíritu y en sus formas.

Ocurrióme tambien alguna duda para colocar otros varios romances. Tienen tanta semejanza con los moriscos novelescos, y hay tanto de fantástico en muchos de los que versan sobre las hazañas, duelos, amores y hechos individuales ocurridos durante nuestras últimas guerras contra los moros de Granada, que casi debieran formar al lado de los mas fabulosos; pero al fin, en favor de la verdad que contienen y de la fe que les da el vulgo, me decidí á incluirlos entre los históricos. Pertenecen quizá alguno á los fines del siglo xv, casi todos al xvi y muy pocos al xvii: es decir, á aquellas épocas en que estaba vencida la aristocracia, humillado el pueblo, y los grandes hombres próximos á convertirse en cortesanos, no solo en España, sino en la Europa entera (11).

Considerando así los romances moriscos, y atendiendo á que su número es limitado, he incluido en esta coleccion todos los que llegaron á mi noticia, aunque haya algunos bastante malos, y otros que con monotonía repiten los mismos pensamientos y escenas.

Se han dividido en las secciones siguientes :

Primera. Romances moriscos sueltos : es decir, que no forman series de historia fabulosas ó novelescas.

Segunda. Romances que son una sucesion de novelas mas ó ménos completas.

Tercera. Id. satíricos, jocosos y burlescos.

Cuarta. Id. imitaciones de los comprendidos en las anteriores secciones.

Interesantísimos sobre todos parecen los de la primera seccion, entre los cuales hay muchos cuya fecha no es posible conocer, pero que pertenecen sin duda á la época tradicional.

Pocos de ellos, á nuestro corto entender, como se conservan en su actual redaccion, se compusieron ántes de mediar el siglo xv; mas no será extraño que

(11) La creacion de ejércitos permanentes en el Norte despues de las Cruzadas, y en España al término de la guerra de Granada; el uso que de aquella fuerza hicieron los monarcas contra sus propios súbditos; las guerras extranjeras que diezaban los pueblos, y que los reyes por su ambicion provocaron y sostuvieron; la ruina de la aristocracia en unas partes, y el olvido de las libertades públicas donde, como entre nosotros, eran conocidas y practicadas; la codicia desmedida de riquezas, cambiaron en poco tiempo la faz política de la Europa. Con la total expulsion de los moros se extinguió en España la inmediata necesidad que los reyes tenian de los pueblos; se ahogó el estímulo que vivificaba al amor patrio, y que levantaba en los corazones el deseo de participar en las cosas públicas, tan desconocido entre los siervos feudales, como practicado y sostenido entre nosotros. Los próceres y el pueblo castellano, bajo los cañones de Cisneros y el águila austriaca, aunque ya sin miras de conservar ó recuperar un poder político, aunque sin esperanzas de enfrenar la arbitrariedad, que de incógnito y cubierta de laureles se venia encima, á pesar de los esfuerzos facticios y desordenados que, tarde ya, hicieron los comuneros, conservaron sin embargo aquel espíritu caballeresco compatible con su nueva posicion. En la época de decadencia política brillaron los Pulgares, los Garcilasos, los Gonzalos de Córdoba, los García

de Paredes, los duques de Alba, con otra multitud de generales, gloriosos sí, pero sumisos palaciegos, y no ya fieros y nobles caudillos de un pueblo libre, generoso é independiente. ¿Qué diferencia, en efecto, entre estos, y el noble Rodrigo Diaz de Vivar! Aquellos servian á un rey, este y sus iguales le defendian y ayudaban en nombre y en interes de la patria; aquellos prodigaban sus bríos caballerescos y su sangre para lucirse en la servidumbre, el otro y sus semejantes para engrandecer y libertar su pais. No parece sino que nuestros grandes del siglo xvi y siguientes, con sus vanagloriosos esfuerzos empleados en objetos de extraño y extraviado interes, trataban de agotar aquel inmenso manantial de verdadero, noble y útil caballerismo, cuyo impulso sentian aun en sus pechos; no parece sino que el pueblo, olvidado de la parte que tuvo en los negocios públicos, solo pensaba en el oro que del Occidente manaba, y que, desertando de su industria y sus talleres, no tenia otra idea que la de una fortuna aventurera y como caída de los cielos, ó una arriesgada holganza que compraba con un mosquito para quemar los herejes de Flándes, ó pelear en Italia contra los franceses que la oprimian. Entónces fué cuando pulularon en España los libros de la familia de Amadis, á cuyas nobles pero extravagantes hazañas querian remedar las nuestras; entónces fué cuando el inmortal Cervantes, admirador de los antiguos héroes, hirió de muerte á los nuevos, y á

sean reformas ó remedos de otros mas antiguos. Descúbrese en ellos cierto candor primitivo, cierta expresion de sencillez semi-bárbara; un lenguaje tan en su infancia; tantas palabras, frases y giros de expresion anteriores á la reforma con que se nos presentan, que es imposible no considerarlos como de una muy remota procedencia, y como hijos de un espíritu que se empleaba en asuntos é invenciones de suyo muy populares, aunque ya impregnadas del colorido oriental que los árabes nos iban lenta y escasamente comunicando.

Representan los de la segunda seccion una época artística subjetiva y lírica, llena de cultura, pero políticamente corrompida; una poesía rica, brillante y perfecta, inclinada y aficionada á la novela, pero caminando muy temprano á la exageracion y al mal gusto. Hay en ella multitud de composiciones inspiradas y con un lenguaje puro, correcto, vigoroso, lleno de armonía y capaz de expresar toda clase de pensamientos, y de describir con vivísimos colores todos los objetos físicos y morales que la naturaleza puede contener. Los romances de esta seccion son la idealizacion completa de los Histórico-fabulosos, tales como los que tratan de las hazañas, empresas y hechos atribuidos á los Vargas, Pulgares, Garcilasos, etc. El espíritu de moda influyó mucho en la boga que tuvieron, y en la cansada monotonía que á muchos les impuso la necesidad de repetirlos por acomodarse al gusto público y facticio de la época. Así se observa que entre los romances moriscos novelescos hay muchos que solo lo son en sus aparentes formas, cuando en realidad pueden, con mudar los nombres de los protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos ó descriptivos. Pero esto no impide que los genuinamente moriscos no sean descendientes y no contengan todos los vestigios del orientalismo árabe que los caracteriza. Los cuadros que forman los Romances moriscos novelescos no son ciertamente la poesía árabe pura, ni la castellana primitiva, sino la fusion de ambas en las nuevas formas que adquirió la civilizacion por el roce y trato de ambos pueblos. Desde los romances fronterizos, á los histórico-fabulosos, y desde estos á los moriscos novelescos, se percibe una graduacion continua que señala sus trasformaciones,

guisa de destruir los libros caballerescos, encarnó el puñal de la sátira, ya seria, ya festiva, en el corazon corruptor y corrompido del siglo xvi. El instinto, si acaso no la razon filosófica, obrando sobre el ingenio divino del poeta, le hicieron adivinar los resultados que tendrian los increíbles pero mal empleados esfuerzos de sus compatriotas. Cervántes caricaturó en su obra el espíritu ridículamente exagerado de las altas clases, contraponiéndole el sesudo y razonable de las medias, y el prosaico de la gente vulgar, cuyo carácter tímido, receloso, desconfiado y egoísta, se formó bajo el despotismo y la inquisicion. Don Quijote; el cura y Sancho Panza forman la unidad compleja de la sociedad española en aquel tiempo: todos los demas incidentes son el desarrollo y las combinaciones y graduaciones de los tres principales tipos. Por esto, y porque no es una sátira individual, sino un cuadro completo de costumbres, el libro no necesita de buscapié ni clave. Algunos han pensado lo contrario; pero aunque se les concediera la razon, todavia valdria la nuestra de que Cervántes no esgrimió su pluma contra el antiguo caballerismo que reconquistó la patria, sino contra aquel facticio y de moda que se empleó despues para turbar ó defender ajenas causas. Nadie ha dicho que Don Quijote fuese el conde Fernán-Gonzalez, ni el Cid Campeador; y muchos han creído que representaba á Carlos V, á

Francisco I, á Felipe II ó á sus guerreros cortesanos. Al escribir estas líneas nosotros no pensamos lo mismo; pero creemos que el gran poeta retrataba fielmente los españoles de su tiempo que empleaban sus fuerzas colosales en servicio y utilidad ajena, creyendo servir la propia.

Cuanto lean y mediten la clase de romances que motivan estas observaciones, y los comparen con los que son ó se refieren á épocas anteriores, conocerán que no del todo son infundadas estas conjeturas. Es preciso confesarlo de una vez: las glorias adquiridas por nosotros despues de la conquista de Granada, y las que de ella emanaron, no fueron todas de buena ley: llevaban en sí el gérmen de destruccion y decadencia, y nos cegaron hasta el punto de descuidar aquellos intereses que constituyen la verdadera y estable prosperidad de las naciones. Llevamos, sí, la civilizacion á remotos y desconocidos paises, mas nos estacionamos en la nuestra; nos llenamos de metales preciosos, pero perdimos la industria indígena: como Midas, convertimos en oro cuanto tocaban nuestras manos; pero hasta la camisa nos llegara á faltar, si en cambio del oro comprado con sangre no nos viniese de las ajenas. Las conquistas, las glorias, los triunfos que hacíamos ó ganábamos, se volvieron al fin contra nosotros, que adormecidos sobre ellos, de ellos abusamos pródigamente.

é indica lo que influyó en ellas el espíritu que las anima, y la moda que las aceptó y corrompió. Esta clase de romances, y los de las dos siguientes secciones, representan la época en que el pueblo, apartado enteramente de los negocios públicos, abatido y sin un interés vivaz y heroico que lo animase, dejó á los poetas el cuidado de divertirse, ya que no podía ni pensaba hacer otra cosa.

El título de la tercera sección indica bastante el objeto de las composiciones que contiene. Parodias de los romances moriscos, sátiras contra la moda de hacerlos, y exageraciones para ridiculizar sus formas y pensamientos: hé aquí lo que en ella se encuentra.

La cuarta sección está llena de buenas y malas imitaciones de los romances de la segunda, presentando algunas de mucho interés, que pintan el giro que dieron á nuestro espíritu las guerras contra los turcos. Sobre todo los de Dragut, de Ochali, Arnaute Mahami, de quien fué cautivo Cervantes, conservan la memoria de hechos gloriosos y retratan las costumbres de piratería de los berberiscos, el trato que daban á los esclavos cristianos, y los sentimientos que en estos producía su cautividad y el ansia de tornar á su patria. Su mayor número pertenece á los heroicos ó amatorios.

El conjunto de estas cuatro secciones forma un cuadro bastante completo del espíritu, origen y vicisitudes por que pasaron los romances moriscos fabulosos desde la época de tradición á la artística inclusive, y en él podrá examinarse la mayor ó menor probabilidad de nuestras conjeturas.

Algunos pensarán que, no por los romances moriscos, sino por los históricos ó caballerescos, debería haber comenzado este ROMANCERO, suponiendo á estos mas antiguos que los otros. No lo he ejecutado así, porque aunque es cierto que el mayor número de los históricos sea mas de época remota y tradicional, entre los moriscos se hallan algunos de igual clase y época. Así pues, y como cada uno de los romanceros que componen la obra contiene romances viejos de tradición y genuinamente nacionales, era indiferente, respecto á ese punto, el comenzarla con uno ó con otro.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES CABALLERESCOS.

En el discurso que sobre estos y los históricos puse al frente de ellos, en la primera edición, manifesté lo que me pareció conveniente para ilustrar la materia, y á lo dicho me remito. Sin embargo voy á exponer lo que de nuevo he pensado para completar aquel cuadro. No es culpa mia si la escasez de documentos gráficos me obliga á buscar, en los pocos que quedan, las verdades que entreveo, mas bien hijas del sentido crítico; que de escrituras formales.

La índole, el carácter y los asuntos de que tratan los romances caballerescos, propiamente dichos, proceden casi todos de los libros y novelas de su género, escritos y propagados durante los siglos medios en los países feudales y en los tiempos de las Cruzadas. De allí los tomamos y aceptamos los españoles desde el principio, si no por el espíritu que los anima, casi extraño á nosotros, á lo ménos por las hazañas y valientes hechos que refieren y nos eran simpáticos. Las crónicas caballerescas escritas, ya en verso, ya en prosa, eran los elementos de la epopeya de los tiempos feudales, como las rapsodias lo fueron de la *Iliada* y la *Odisea* en los siglos heroicos de la Grecia. Circunstancias particulares á nuestro estado so-

cial multiplicaron entre nosotros hechos, hazañas y situaciones dignas de la epopeya; pero aquellas mismas impidieron que se desarrollase un pensamiento de unidad trascendente, propia del poema épico. En vez pues de este, los romances primero, y luego el drama, suplieron su falta en cuanto era posible. De todas maneras es preciso confesar que no tenemos otra cosa, y que nuestras composiciones de aquel género, ya de origen clásico ó ya feudal, son malas ó medianas copias.

Aunque revestidas las crónicas caballerescas de accesorios imaginarios, fantásticos y fabulosos, así como hemos dicho lo están los romances moriscos, no por eso carecen de cierta verdad histórica relativa. Los héroes de ellas podían ser verdaderos respecto á los tiempos en que existieron, y las costumbres lo eran respecto á aquellos en que se escribían. Así es que, despojadas de su parte imaginaria y de sus adornos fantásticos, resulta luego un anacronismo expresado con formas relativamente verdaderas.

Los libros y poemas del Ciclo caballeresco breton, proceden de cantos y tradiciones populares, mucho mas antiguos que ellos, donde se celebran hazañas de héroes reales, que los troveras desde el siglo xii revistieron á la usanza de su época feudal y del espíritu aventurero de los normandos. Lo mismo puede decirse de las crónicas novelescas de origen franco: Carlo-Magno y sus Pares, aunque en realidad existieran, no fué ciertamente del modo con que se retrataron y pintaron en los tiempos mas crudos del sistema feudal, ni su colorido tan brillante y fantástico como el que los cruzados importaron del Oriente.

La poesía del Norte, reformada por el trato con los asiáticos, llenó la Francia de su espíritu y se exhaló en libros de caballería que cundieron por toda Europa, mientras apenas eran conocidos en España, sino por unos pocos romances, y eso privados de las brillantes bellezas orientales, y del picante, epigramático y sabroso francesismo que les era propio.

En las bibliotecas de Francia existen numerosos códices de novelas y de extensos poemas sobre asuntos caballerescos, de los cuales apenas obtuvimos, que sepamos, sino alguna traduccion hecha en el siglo xv. El *Amadis de Gaula*, del todo fabuloso, á diferencia de los anteriores, que participan de la historia, pertenece á una serie que pudiera llamarse Greco-gala. Su origen, harto dudoso, pudo ser para nosotros una imitacion de fábulas anteriores, desconocidas del vulgo hasta el siglo xvi, en que aparecieron reformadas. Así es preciso pensarlo, no solo porque es muy posterior á las de Artus y Carlo-Magno, sino porque, aun siendo nuestro, sería, como lo fuéron los libros de Esplandian y sus descendientes, nacidos y muertos en España en el siglo xvi, producto de un espíritu feudal facticio y falso, que si poco valió en su tiempo mas crudo, ménos pudo influir despues que en toda Europa desaparecia como poder.

De las novelas bretonas, de las francas y de las greco-galas: es decir, de las de la Tabla redonda, de las Carlovingias y de las de los Amadises, está tomado el cortísimo número de romances caballerescos que poseemos; y de la escasez y de la corta duracion que, aun los tomados de las últimas, con decirse nuestras, tuvieron, debe presumirse que no simpatizaron mucho con nuestro carácter, ni alteraron gravemente nuestras costumbres populares. Si así sucediera entre los italianos, ciertamente que no existirían aquellas obras maestras, aquellos verdaderos poemas épicos que nos admiran. Algo habia sin duda en el espíritu caballeresco feudal, que le rechazaba del de nuestro caballerismo peculiar. Entre otras muchas causas que pudieron influir para esto, no es quizá la menor la de no sernos necesario. A la verdad, que durante la dominacion goda comenzaron á iniciarse entre nosotros los elementos sobre que luego en el Norte se asentó

el feudalismo completo. No hay duda que algo de él se trasladó á las Astúrias; pero muy pronto, por la necesidad de reconquistar la patria, desapareció tal engendro, hasta tal punto que, á duras penas y bajo muy templadas formas, se conservó en las provincias limítrofes de la Francia, y un tanto retoñó bajo el mando de algunos monarcas de Castilla. No tuvieron igual dicha los países mas setentrionales, donde, como un gigante á un pigmeo, ahogó el feudalismo la monarquía y el poder popular. Allí cada nacion, hecha pedazos, fué repartida entre cierto número de magnates y poderosos, que se consideraron como dueños absolutos del territorio, de sus habitantes cultivadores é industriales, y se lo distribuyeron como botin. Con el dictado de feudatarios de la corona al principio, y luego como adversarios y competidores del que la llevaba, ejercian en sus estados, sin freno alguno, todas las atribuciones de una omnimoda soberanía. Guerreaban entre sí y contra el monarca, y hacian con él tratados que le humillaban y empobrecian, despojándole de sus posesiones y derechos. En los territorios feudales, tantos no eran caballeros, eran siervos juntamente con sus mujeres y sus hijos: sus bienes eran en último resultado del señor, así como tambien la honra de sus familias. No habia otra ley que la fuerza; y el hierro, que cubria el cuerpo de los señores y sus satélites, sirvió solo para ultrajar los inocentes é indefensos siervos, rompiendo cada dia, cada hora, cada instante, segun la voluntad del señor, hasta las promesas hechas sobre la conservacion de la vida. Por lo mismo que semejante arbitrariedad se ejercitaba en multitud de divisiones y subdivisiones de terreno, pesaba el despotismo hasta sobre el mas ínfimo y oscuro de la sociedad. Allí era preciso rescatar del señor, á fuerza de dinero ó de servicios, la honra de las hijas y de las esposas, la conservacion de los bienes, que como prestados se poseian, y en fin, hasta el derecho de vivir en la miseria. Preciso fué pues que surgiese un remedio, paliativo al ménos, que mitigase tanto desconcierto, tantos dolores como atormentaban la humanidad esclavizada. Nació este remedio del mismo exceso de los males: apareció con sus mismas formas, y aun con su mismo nombre. El derecho del mas fuerte, aplicado por el instinto innato de la justicia, de la humanidad y del Cristianismo, formó una especie de religion entre sagrada y profana. Sobre estas bases se fundó lo que llamaron orden de caballería, que apoyado en la necesidad y en la opinion, mas que en leyes positivas, fué poco á poco ganando terreno y adquiriendo vigor para combatir y vencer la fuerza bruta inmoral con otra tambien arbitraria como aquella, pues no tenia mas freno que la conciencia; pero razonable y humanitaria. El íntimo sentimiento religioso y compasivo por un lado, y por otro las costumbres propias de un valor individual y guerrero, y las pasiones de amor y de gloria, se aunaron para producir el espíritu caballeresco de donde procede la literatura, que generalizándole y extendiéndole comunicó á todos los países, donde era necesario, su influjo benéfico y consolador. Do quier que un caballero-armado se presentaba en defensa del débil y oprimido, surgia un poeta cantando sus proezas, ó un narrador trazando una crónica novelesca, no tan desnuda de verdad que no participase de la historia; ni tan libre de ornatos imaginarios y fantásticos, que no se asimilase á la fábula. Hé aquí el espíritu de los libros caballerescos escritos con colorido oriental, y propagados en los pueblos feudales mucho ántes del siglo xii.

Ahora bien, como por circunstancias particulares no encarnó en España hondamente el sistema social y político (12) que lo produjo; como fuertemente com-

(12) Aunque en España no encarnó tanto el feudalismo como en otros países, no por eso se crea que del todo carecimos de él: al contrario, bajo sus

mismas formas aparecieron los fueros comunales y comenzaron las libertades públicas, adquiriendo las ciudades y villas privilegios feudales, como los go-

batido no triunfó decididamente; como los reyes á una con los pueblos lo hicieron abortar; como teníamos leyes fijas y escritas en códigos mas ó ménos generales (13); como la justicia se ejercía con poco constantes excepciones por los

zaban las personas. Hay mas: en los países limítrofes con la Francia, tales como Cataluña, Navarra y Aragón, se presentó el feudalismo con una fuerza suficiente, si no para ahogar del todo la libertad, á lo ménos para ponerla en muy estrechos apuros. También en Galicia y Portugal los borgoñones, que acudieron al llamamiento de Alfonso VI como nuestros auxiliares en la reconquista, introdujeron y establecieron en gran manera las costumbres feudales á que venían habituados. Ni aun la Castilla se libró del todo de esta plaga, pues dicho monarca, dando el ejemplo de llamar en su auxilio, para recobrar á Toledo, á los señores extranjeros que á ello le ayudaron, se inoculó de los hábitos exóticos que traían de sus patrias, cuando casado con una princesa de Francia, supeditado por ella, llegó á consentir que se faltase á las capitulaciones hechas con los moros; que el ritual muzárabe fuese sustituido por el romano; y que el Papa adquiriese derechos extraordinarios sobre la iglesia española. Deseoso de recompensar á los extranjeros, y poderosamente influido por la Reina y su favorito frances el arzobispo D. Bernardo, quiso también introducir el sistema feudal en Castilla, y para ello repartió tierras y levantó señores con todos los privilegios feudales que existían en Francia, y aun todavía mas exagerados. No fué el último en aprovecharse de estas larguezas el arzobispo D. Bernardo, alcanzando para los monjes de Sahagún tales derechos sobre los terrenos que les fueron concedidos, y tan duros y escandalosos, que muy luego los pueblos sometidos á ellos se alzaron y entablaron contra el monasterio una encarnizada lucha que duró algunos siglos. Lo mismo sucedió respecto á otros barones y monasterios; pero todos hallaron tan constante y dura resistencia, como era de esperar de aquellos que acostumbrados á ser libres, se les imponía dura servidumbre. El mal éxito de la idea que preocupó el ánimo de Alfonso VI, y las causas por que de ella triunfó, en Castilla particularmente, un sistema verdaderamente nacional arraigado en hábitos y costumbres hijas de circunstancias necesarias, se podrán deducir de lo contenido en la siguiente nota, donde hemos formado un cuadro de las vicisitudes sociales que condujeron nuestra civilización por un camino diverso del que siguió en otros países.

(13) Tan atrasados como estuvimos en obras de bella literatura durante los siglos medios, otro tanto y mas nos adelantamos á la Europa en tener un sistema político y civil, que precedió á las ideas filosóficas modernas. Nuestra aristocracia, como en la anterior nota expusimos, no fué nunca desde el siglo VIII, sin contradicción, completamente feudal; y como es muy curioso observar la marcha que siguió nuestra civilización desde que los árabes nos invadieron, no podemos resistir el deseo de formar un cuadro que presente y reuna las ideas que acerca de ello nos ha sugerido el estudio de nuestra antigua historia y literatura.

La aristocracia en otros países ahogó el sistema y el poder de los comunes, hijos y descendientes de los municipios. Al contrario sucedió en España, porque el poder del clero, todo popular en su espíritu y esencia, aun en la época goda conservó y extendió entre los vencidos costumbres y atribuciones admi-

nistrativas que atajaron y contuvieron moralmente los desmanes é ímpetus de los bárbaros vencedores. Desde el punto que los árabes ocuparon la Península, la aristocracia goda, fugitiva en las montañas, quedó casi anulada, pues también desde entónces el pueblo solo se encargó, y podía encargarse, de recuperar la patria y su independencia. En tan alta é inmarcesible empresa, sin riquezas ni poder, los cortos restos de los antiguos nobles tuvieron que confundirse con el pueblo armado, de donde en adelante salieron los caudillos y guerreros defensores del país: todos fueron soldados, y el pechero mas oscuro, que á su costa sostenía armas y caballo, dejaba de pagar tributos y pechos mientras cumplía aquellas condiciones. El hombre de armas bastante rico para mantener á su costa una mesnada, adquiría los fueros y privilegios de alta nobleza ó de hidalguía, salvo el perderlos y descender de su estado si se empobrecía. Esto no era á la verdad muy comun, porque la muerte le libraba de semejante riesgo, ó los despojos de los enemigos le daban riqueza y opinión. Con tales elementos, el del feudalismo no podía incrustarse hondamente en la aristocracia castellana, forzada por las circunstancias á armar al pueblo, á emanciparle de aquellos restos de servidumbre que habían quedado mas por hábito que por poder ni fuerza de continuarla. Los castellanos estaban todos armados, todos eran conquistadores, todos peleaban *pro aris et focis*: del seno del pueblo salían los jefes de la guerra, sin que la nobleza de raza por sí sola bastase á su elevación; el pueblo era en fin un ejército, mandado mas bien por un valiente caudillo elegido por el voto público, que por una ley de sucesión establecida. Las villas y lugares eran ó habían sido fronterizos y peleado por su cuenta para atacar ó defenderse del enemigo, y por lo tanto, casi aislados de un poder central, se constituían en comunes, concejos ó ayuntamientos; formaban de por sí una individualidad, y ligadas, una federación mas ó ménos lata, mas ó ménos independiente del poder general establecido. Este, que no podía acudir á todas partes, se veía forzado á confiar la defensa de los pueblos á los pobladores, y á consentir, á título de concesiones, fueros, derechos y ventajas á las ciudades y villas, tan democráticos en su esencia, como en sus formas parecidos á los aristocráticos que se otorgaban á los nobles y ricos hombres. Apenas se había reconquistado algun territorio, acudían pobladores de todas las clases para fundar villas y lugares fronterizos, que tenían que defender y disputar al enemigo con incansables desvelos y riesgos crecidos y continuos. Los mismos señores que por parte de botín ó por otros títulos adquirían los terrenos conquistados, se pujaban en ofrecer ventajas á los pobladores, y á costa de leves prestaciones estipulaban aquellos fueros, privilegios y cartas-pueblas tan democráticas, tan libres, que aun hoy día nos asombran. Los ayuntamientos y concejos realengos, y aun los de señorío y behetría, llegaron á ejercer en sus respectivos territorios un poder administrativo, jurisdiccional y aun político tan lato como el de las antiguas repúblicas, é igual al que los señores feudales ejercían en sus dominios. Tenían vasallos pecheros, y aun solariegos, los cuales á la verdad fácilmente se rescataban, eran

merinos, en alzada y en nombre del rey, es claro que no necesitábamos caballeros errantes y aventureros que anduviesen en cuesta de doncellas que am-

recilidos por miembros del comun, y admitidos á participar de todos los derechos políticos y forales, incluso el de no pechar, sin consentimiento de la comunidad, mas tributos que los estipulados con los reyes ó los señores. Así, y por estas causas y circunstancias, adquirieron los pueblos los fueros y libertades de privilegio y de costumbre, que en otros países, arrancados por los señores á monarcas débiles, constituyeron el poder feudal. Extendidos estos derechos tales como existieron en Castilla, mas no sin cruda resistencia de algunos señores, fueron, por decirlo así, la regla general opuesta, aunque asimilada á los feudos individuales y personales que obtenían ó usurpaban los grandes vasallos de la corona. Hé aquí cómo se alzó entre nosotros un poder popular fuerte y vigoroso, al lado del feudalismo que los señores franceses, auxiliares en la reconquista de Toledo, procuraron introducir; y cómo se formó un sistema social y político, que ahora tendríamos por imposible y anárquico; pero que, necesario entonces, fué el escudo de la autoridad real, salvó la institucion monárquica, se ligó estrechamente con ella, la enlazó con las libertades públicas, reconquistó la patria y defendió muchas veces á los monarcas de las usurpaciones de los grandes. Entre nosotros puede decirse que los fueros conquistados por los comunes eran el poder feudal que se convertía en democracia, y se oponía al feudalismo aristocrático, conservando algun tiempo sus mismas formas. No entendemos por lo expresado suponer que estas ideas políticas dejaron de entrecerse en otros países: al contrario, considerándolas provenientes de la extension dada á los municipios romanos, sostenidos y conservados mas ó ménos por el clero, es muy natural que algunas simpatías tuviesen entre los pueblos del Norte. En estos, y en circunstancias análogas, el poder comunal, bajo cualquiera forma que tomase, debió luchar contra el feudalismo personal; debió ser sostenido por los reyes; pero en todas partes débil y vencido, solo en España logró un triunfo duradero, y constituyó un sistema completamente desarrollado, cuyo influjo aun se deja sentir en nuestras costumbres. Estas observaciones y reflexiones intuitivas, sugeridas en nosotros por el estudio de nuestra historia y literatura antigua, no se hallan gráficamente estampadas en los libros, ni erigidas en sistema; pero del conjunto de ellas no es imposible deducir lo que conjeturamos. Quizá muy pronto nuestras conjeturas hallen documentos que las acrediten. En ello convenia nuestro amigo Don Rafael Llanos, hombre generoso y digno de esclarecerse por sus estudios históricos, y malgrado é injustamente desatendido por causas leves y por espíritu de partido, y que falleció en temprana edad cuando empezaba su noble carrera.

Parécenos que hasta ahora no nos es completamente conocida la historia política y civil de nuestra patria, porque hemos descuidado y prescindido de los medios mas á propósito para su estudio, contentándonos con registrar las crónicas y la historia oficial y erudita, sin hacer cuenta de otros documentos esenciales que, oscuros é incógnitos, yacen en los archivos, ó esparcidos y olvidados en algunas bibliotecas. Era mas cómodo, sin duda, registrar libros hechos y códices coleccionados escritos en un lenguaje fácil de comprender, códigos ya formados,

y en fin, trabajos que bien ó mal meditados ya existían, que no buscar, reunir y declarar aquellos documentos que, aislados y parciales, en la apariencia ofrecían poco interés é infinitas dificultades en su estudio y en su aclaracion. Sin embargo, los fueros, costumbres, privilegios y cartas-pueblas de las ciudades, villas, lugares y comunes, contienen, mejor que todo lo consultado hasta el día, la base y el origen, la historia verdadera de nuestras costumbres públicas, de nuestras libertades, y del sistema político y de gobierno iniciado en los mas remotos tiempos de la fundacion de nuestra monarquía. Del estudio de la antigua literatura popular castellana pudimos muy bien deducir conjeturas acerca del carácter histórico de la nacion; pero siempre el acierto quedará dudoso si no hubiese comprobantes que las justificasen. En los documentos arriba dichos, aunque no los hemos examinado bien, es donde se hallarán acaso pruebas para confirmar las ideas emitidas en esta nota, ó medios de desvanecer nuestros errores. Hasta ahora tan preciosos papeles han estado desconocidos unos, diseminados otros, y todos sin formar un cuerpo de datos históricos. La empresa utilísima de reunirlos y publicarlos, comenzada por el oficial de la biblioteca de la real academia de la Historia, D. Tomas Muñoz, si, como debe serlo, es protegida por el gobierno, llegará á producir utilísimos resultados. Este apreciable sugeto, despues de haber terminado con buen éxito su carrera literaria, y defendido en las filas, como oficial, las libertades patrias, víctima de la disciplina y de su propio honor, ahora oscuro y postergado, se dedica á publicar una coleccion de dichos preciosos documentos. El estudio de ellos, hecho posible y fácil, debe ser muy importante. Allí se verán claros muchos errores cometidos en la historia, la causa de ellos, y quizá la necesidad de considerarla bajo un aspecto diverso del que hasta ahora ha tenido, allí aparecerá cómo los siervos del antiguo régimen, llamados despues de *criacion*, y que siguieron á sus señores á las montañas astúricas, fueron adquiriendo derechos de patria potestad y de dominio en las cosas; y cómo por concesiones necesarias ó contratos libres llegaron á ser solariegos y á emanciparse de la gótica costumbre de accesion al terreno, bajo condiciones estipuladas, y á veces sin ninguna. Allí se aclarará cómo estos hechos, al principio aislados, hijos de circunstancias particulares y no de un sistema *a priori*, mas adelante por agregacion, y luego por asimilacion, formaron grupos de costumbres, que al fin generalizadas, se constituyeron en leyes, que repitiéndose y copiándose en los fueros y cartas parciales, adquirieron aquella unidad que produjo todo un sistema político y civil. Allí se advertirá cómo las comunidades, que á imitacion de los municipios se formaron ó existian con atribuciones administrativas y económicas, las extendieron hasta las de administrar justicia, y aun á las de otorgar ó negar nuevos tributos á los señores, segun mutuas estipulaciones. Allí se verá que los beneficios en otros países comprados á dinero, entre nosotros se obtenian á precio de sangre derramada en defensa de lo conquistado por todos y para todos, obteniendo libertades en cambio de batallas, y logrando al fin formar un sistema de gobierno en que, cual en las guerras, cada uno tenia su parte correspondiente. En los citados

parar, de viudas que defender, ni de huérfanos que proteger. Por eso, aunque consignados en los códigos, los duelos del juicio de Dios, y los desafíos entre castellanos, eran en España, después de la época goda y aun durante ella, mas raros y menos frecuentes que en los países del Norte; por eso y porque tales costumbres fueron imitadas, mas bien que espontáneo producto de la situación social del país, no echaron en nuestra tierra profundas raíces; por eso á los bárbaros torneos y sangrientas justas sustituimos las fiestas de cañas y sortijas, tan agradables y lucidas; por eso nuestro espíritu guerrero empleado contra los moros produjo un caballerismo especial y diverso del que creó el del Norte; por eso, este, hijo de una guerra santamente popular, fué extensivo á todas las clases y no circunscrito á las aristocráticas; por eso cada español era un guerrero, cada guerrero un noble, cada noble un caballero de la patria, ya que no un desfacedor de aquellos tuertos que juzgaban los tribunales; por eso el Cid Campeador (14), el héroe característico de nuestro estado social en los siglos

documentos se advertirá cómo la necesidad de disciplina y de mutua defensa contra los fuertes ligaron al pueblo y á los monarcas tan estrechamente, que de esta santa union resultaron aquellas nobles costumbres castellanas que constituyeron al monarca, no solo en defensor, sino en promovedor de las libertades comunales. Veráse allí tambien, que si en todos los casos se acataba, respetaba y servia á los reyes, tambien con todo comedimiento se les decia la verdad, y se les necesitaba á contener su poderío ante una fuerza sumisa, pero con grandes medios de hacerse respetar. Igualmente serán manifestos los diques establecidos contra las arbitrariedades de los prepotentes, y como cada soldado fuese ántes pechero, solariego ó oscuro, llevaba en la punta de su lanza los medios de obtener nobleza ó hidalguía, que, al principio personal y después hereditaria, se extendió de modo, que apenas quedó un solo castellano que no se creyese tan noble como un rey; y en fin, el estudio y lectura de esta coleccion, que el Sr. Muñoz va publicando, nos dará una idea de las causas que contribuyeron á enaltecer el noble, libre, decoroso, severo y constante pueblo, cuyos individuos, por pequeños que fuesen, adornaban sus cabañas y cubrian sus lechos con las banderas enemigas conquistadas en los campos de batalla.

Considerando las circunstancias del país donde dos pueblos diferentes se disputan el terreno, es fácil conocer que todas las clases se confunden, no habiendo ninguna sólidamente establecida, y mas siendo multiplicados y frecuentes los medios de alternarlas. Donde las guerras y batallas eran continuas y diarias, ya generales ó ya parciales, la hidalguía se propagaba hasta tal punto, que el estado plebeyo pudo ser la excepcion de la regla. Un pueblo entero que parcial ó generalmente gozaba de las exenciones entonces concedidas á la nobleza, ¿qué otra cosa podia ser mas que una democracia? Así sucedió entre nosotros, donde multitud de comunidades, ayuntamientos y concejos gozaban fueros latos y libertades extensas. No pudiendo, por ejemplo, exigirles mas tributos que los estipulados en las cartas de poblacion, ó en otros contratos especiales, era preciso su consentimiento para aumentar los antiguos ó obtener otros nuevos. De aquí la necesidad de reunirlos y convocarlos en cortes ó asambleas, de aquí la de oírles y hacer justicia á sus agravios, de aquí el tener que contentarles con leyes y medidas favorables á la libertad y al procomunal, y de aquí

la debilidad de la aristocracia, que llegó á no diferenciarse del pueblo sino en la riqueza de sus individuos. Bajo tales auspicios nació entre nosotros, ántes que en parte alguna, un gobierno representativo cuyas raíces encarnaron hondamente en la sociedad sin darle nombre, y cuya base eran las costumbres, ya que no un pensamiento filosófico ni un principio escrito ni discutido.

Nuestra situación particular nos arrastraba inevitablemente á establecer, consolidar y perfeccionar una monarquía patriarcal, apoyada en una democracia templada y prudente. Unidos estos elementos, triunfaron del poder feudal que asomaba en algunos puntos, y que bajo los reinados del débil Juan II y de Enrique IV, quisieron realizarse. Vencida y anulada la aristocracia, y libres los monarcas de los temores que les inspiraba, ya en los últimos años de los Reyes Católicos, bajo el pretexto de perfeccionarla, se empezó á minar la antigua constitucion, y al fin se la anuló casi del todo cuando las comunidades fueron derrotadas. Si tal no sucediera, si el pueblo no se dejara arrebatar sus fueros, nuestro sistema político antiguo, arraigado en las costumbres y perfeccionado con el tiempo, cual ha sucedido en Inglaterra, brillaria, no como el nuevo, con prestada luz, sino como el sol, con la suya propia. Aquel nos puso al frente de la civilizacion del mundo, miéntras este nos arrastra en pos de ella, y quizá contra nuestras necesidades naturales y espontáneas.

Este cuadro histórico-político de nuestro estado social y de sus progresos, servirá para explicar lo que he expuesto sobre las causas que presumo pudieron impedir entre nosotros el completo desarrollo del espíritu feudal que dominó en Europa, y por lo mismo de la literatura á que sirvió de base. Quizá habré escrito una novela queriendo hacer una historia. Pero si la coleccion de los fueros y costumbres que publica el Sr. Muñoz viniese á confirmar lo que sospecho, ¿cuánto de fabuloso se hallaria en el espíritu y aun en los hechos de lo que hasta ahora por histórico se nos ha presentado?

(14) El Cid Campeador, nacido, criado y educado bajo el influjo predominante en los reinados de Fernando I y Sancho II, debió rechazar de sí las nuevas costumbres que Alfonso VI quiso establecer en Castilla. Así lo concibieron y aceptaron los pueblos, y así ha llegado á nosotros su memoria, por mas que en algun corto número de romances se haya falseado su carácter.

medios, es tan diverso de Roldan y los Doce Pares, que solo se les asemeja en algunos accidentes; por eso el rey Don Pedro de Castilla, apoyado por la clase media y la popular reprimia fuertemente á los grandes, y los castigaba remedando á los califas del Oriente, mas bien que sucumbir ante ellos como los débiles monarcas de los paises feudales. Si lo que con mas ó ménos exactitud hemos deducido del estudio histórico de las costumbres castellanas en la época que recorremos fuese cierto, resultará que la literatura caballeresca de los hombres del Norte careció de base sólida y permanente en las costumbres y hábitos de los españoles, y que fué facticio el furor con que en el siglo xvi se lanzaron nuestros poetas y narradores á la imitacion y propagacion de los libros de caballería, cuyo tipo fué el *Amadis de Gaula*. Contando pues con lo expuesto, puede explicarse y concebirse muy bien que semejante extravío parcial debió ceder ante el ingenio de Cervántes y del espíritu satírico y de parodia que predomina en el *Quijote*, el cual es á la par el verdadero tipo de la sociedad española de su tiempo, contrapuesto á la facticia situacion representada por la exótica y loca idealidad de los Esplandianes y Palmerines, que por sernos tan extraños no hallaron un poeta privilegiado, un grande ingenio que, como el Ariosto, de las fábulas y tradiciones carlovingias produjese una de aquellas epopeyas célebres que atraviesan las edades. Y en efecto, ¿qué épocas, qué circunstancias de nuestra verdadera civilizacion retrataban los Amadises? ¿Qué tipo necesario y popular de ellos existió entre nosotros? ¿Cómo, sin él, pudieran dar mas resultados que serviles y disparatadas imitaciones? El caballerismo exagerado é inútil de los Amadises solo pudo representar á los hombres de corte cuya caricatura fué *Don Quijote*. Ademas, en prueba de que las expresadas fábulas no tenian el sello de nuestra verdadera y arraigada civilizacion, de que no salian de nuestras entrañas, basta considerar que, aun siendo nosotros los autores de ellas, obtuvieron mas boga y celebridad en los paises extraños. Así debió suceder en aquéllos donde, por ejemplo, representaban recuerdos de un sistema civil y político, cuyos males y bienes habian experimentado muchos siglos. Aceptadas estas conjeturas, fácil será adivinar la causa de ser tan corto el número de romances viejos tradicionales que poseemos, cuyos asuntos provengan de las crónicas caballerescas bretonas, carlovingias y greco-galas. Algunos mas aceptamos de las segundas, sin duda, porque respiran odio, guerra sin fin contra los moros; y porque presentan la parte que en ella tuvieron los franceses y la rivalidad de gloria entre naciones fronterizas, que existe siempre por mas que los intereses y creencias sean parecidos. La crónica latina de Turpin, cuyo autor, procedencia y época son inciertos, ya se la tenga por original, ó ya por resúmen y reunion de tradiciones populares, fué el manantial de donde despues surgieron tantas fábulas históricas como se ven en los libros y poemas que tratan de Carlo-Magno. Escrita en sentido monacal, llena de aquellas supersticiones y de aquellas ficciones piadosas que desarrollan el fanatismo, ó el vigor de las almas para esperar la victoria de Dios, ó para tranquilizar la conciencia en la hora de la muerte ó del martirio, no solo fué simpática al pais donde nació, sino á toda la Europa empapada en la fe y creencias que promulgaba. Así es que, á pesar del espíritu feudal que ella respira, por el religioso y devoto que contiene, la prohibamos, mas que á otras, para servir de texto en nuestros romances, y de elemento con que inventar en Bernardo del Carpio un héroe español que contraponer al Roldan de los franceses, y aun tal vez para desfigurar á nuestro Cid, tan noble, tan puro y tan español en su primitiva esencia, tan solo una vez desmentida, pero con muy justa causa, cuando desterrado, extrañado del reino, y separado de su rey, este quiso apoderarse de sus

conquistas en Valencia y cobrar los tributos que el Cid por su cuenta y á su costa y expensas habia ganado.

Si difícil nos ha sido construir un sistema conjetural acerca del influjo y de la parte que tuvo el espíritu de la poesía caballeresca feudo-oriental sobre nuestra literatura, no lo será ménos entrever las causas por qué los países del Norte, ántes que nosotros, se apropiaron las fábulas y la mitología del Asia (15). Los romances moriscos, que nos parecen el resumen de la poesía arábigo-hispana, son muy posteriores, no solo á los libros caballerescos franceses y á algunos poemas italianos de su clase, sino aun á los romances cuyos asuntos de ellos aceptamos (16).

(15) La invasion de las tribus caucasicas, setenta y tres años ántes del nacimiento de Jesucristo, bajo las banderas de Odin Sigee, habia empezado á orientalizar el norte de la Europa, que ante la inteligencia superior y las armas vencedoras de aquel caudillo aceptó una religion llena de entusiasmo, que participaba mucho de las creencias y de la imaginacion asiática. Pero como la base de las modificaciones aceptada por los pueblos escandinavos se fundaba en un estado salvaje, idólatra y sin cultura de ninguna especie, el espíritu oriental obró de otra manera, y produjo efectos diversos que los que el mismo espíritu creó en los tiempos feudales y cristianos. Séase lo que se quiera, y mírese la cuestion bajo cualquier aspecto, la Europa cristiana, sin la invasion de Odin, anterior á Cristo, sin las cruzadas y sus efectos, como lo ha dicho y probado M. Vilemain, estaba predestinada á aceptar en su literatura, en sus costumbres y en su civilizacion, los elementos del espíritu del Asia. Los libros sagrados, los Evangelios, ¿qué eran sino obras propagadas desde el seno del Oriente? ¿Y cómo los pueblos habian de rehusar aquello mismo con que se educaban, aquello mismo que creian y adoraban?

(16) Difícil, si no imposible, será explicar cómo habiéndonos visto en contacto inmediato con los árabes mucho tiempo ántes y algunos siglos despues que las otras naciones; cómo habiendo vivido entre ellos la inmensa mayoría de la antigua nacion; cómo habiendo esta aceptado la lengua de sus conquistadores, asistido á sus escuelas, estudiado sus libros y participado de sus costumbres, solo tal vez en los palacios de los reyes cristianos, y no en la poesía popular, se hallan algunos vestigios de la ciencia que los moros cultivaban. Sin embargo, esta es la verdad, si documentos perdidos para nosotros no aparecen para desmentirla (*). ¿No es, por ejemplo, un fenómeno increíble que los libros sanscritos de la India, tan conocidos de los árabes, no los recibiésemos de ellos por medio de los cristianos muzzarabes, sino que se nos comunicasen por conducto de traducciones ó imitaciones confeccionadas en el norte de Europa? ¿Será que aquellos cristianos se olvidasen ó desdenasen el latin degenerado y el romance

bárbaro que se hablaba en las montañas de Asturias y de Leon? Aunque extraño, no es ménos cierto que hasta muchos años despues que comenzó el siglo xv, no se hallan en nuestra literatura popular profundos vestigios de aquella poesía tan brillante en color, tan rica, pródiga y risueña en imágenes, tan audaz en metáforas y comparaciones, tan llena de ensueños dulcemente melancólicos vagorosos y aéreos, y tan ferviente y luminosa como el sol que domina el suelo donde nace. Verdad es que cuando trasportada del Oriente á Francia é Italia por los cruzados, se inoculaba en los libros caballerescos y en los poemas de los troveras, nosotros aceptábamos aquella parte metafísica y sutil que se introdujo entre los trovadores catalanes y provenzales. Imitáronla felizmente los poetas cortesanos del rey D. Juan II de Castilla; pero la rechazaron los cantores del pueblo. Miéntas la gente del comun oía y escuchaba en boca de estos últimos los romances viejos, la trompa del Dante, la lira del Petrarca no tenian eco fuera del palacio de los reyes ó del círculo de sus grandes y cortesanos. Los libros de cuentos y fábulas sanscritas, transmitidas por los antiguos persas idólatras á los modernos mahometanos, pasaron á los árabes, que los refundieron y adaptaron á su nueva religion y costumbres. Esta clase de literatura se introdujo en el Occidente por medio de traducciones ó remedos hechos en griego, hebreo ó latin. El Panchatantra indio, conocido por el título de *Fábulas de Pilpay* ó *Bidpay* y por el de *Calila y Dimna*, pasa por dichos trámites, y su traduccion ó imitacion latina la publicó el judío converso Juan de Capua, en el siglo xiii. De esta traduccion obtuvimos la castellana en el *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, impresa en Búrgos, año de mccccxviii. Sospéchase ademas que existe en el Escorial un códice del dicho siglo, que es una traduccion del *Calila Dimna*, hecha sobre otra en latin, anterior bastantes años á la de Capua. Tenemos pues una prueba de que en este tiempo nuestros sabios conocian las fábulas sanscritas, ya que no por conducto directo de los árabes, si por el indirecto de las otras naciones de Europa. Extraño es que ni aun así se vulgarizasen y popularizasen en España. Pero aun hay mas todavía: ántes que en otra parte, poseimos en latin una traduccion ó coleccion de dichas fábulas. El rabino español Moises Sephardo, natural de Huesca, llamado despues de converso Pedro Alfonso, cuyo padrino de bautismo fué el rey D. Alfonso VI, escribió una coleccion de cuentos orientales con título de *Disciplina clericalis*, de la cual se aprovecharon los novelistas y poetas extranjeros, sin que ni directa ni indirectamente produjese en España el mas leve síntoma de aficion popular á este género de literatura, si no que por tal se tengan las lejanas é indirectas imitaciones de ella que produjeron en el siglo xiv al conde

(*) Acaso pudiera inducir á creer en un sistema poético propio de los españoles-árabes, la existencia de algunos libros escritos en caracteres árabes, que se supone haber en la biblioteca del Escorial. Ninguno de ellos he visto ni conozco; pero si uno de igual clase que pertenece á la biblioteca Nacional de Madrid, el cual es un poema de Josef, el hijo de Jacob. Está escrito en versos de la misma clase que el poema del Cid. El texto bíblico se halla convertido en fábulas del Alcoran. Inverosímil fuera, pero podria tambien decirse que los árabes y moros venidos á España eran tan ignorantes cuando la ocuparon, ó poco ménos, que los españoles, en cuyo caso aun pudiera creerse que estos aceptaron de aquellos su poesía, tan poco poética; pero, y despues que establecidas las escuelas árabes de Córdoba, etc., los españoles las frecuentaron?

En los históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de oriental, y son tan puramente castellanos, tan sencillos y sin brillo ni colorido poético, que solo tienen de poesía en su construcción material el número de sílabas y la rima imperfecta que se les percibe. La mayor parte de ellos, excepto los fronterizos, ni aun siquiera tratan de las guerras contra los moros. Fuera de dichas causas hay otras muy poderosas, que sin duda nos impidieron crear una poesía análoga á la que transpira en los libros caballerescos. Pudiera esto atribuirse á las diferentes circunstancias que presidían en la guerra que hacíamos á los moros, y las que impelieron los pueblos feudales á intentar la conquista de la Tierra Santa. Igual era el motivo religioso y devoto que incitaba la lucha; pero nosotros peleábamos *pro aris et focis*, mientras los cruzados, seguros sus hogares, los dejaban como aventureros para adquirir extrañas tierras, para enriquecerse, ó para morir absueltos de los pecados cometidos, y de los crímenes que cometer se prometían. Los cruzados dejando atrás la servidumbre iban á buscar esclavos; nosotros aspirábamos á no serlo: aquellos querían gozar; nosotros dejar de padecer. Trasladados los unos desde ásperos climas á las magníficas regiones de la Siria que los contrastaban, recibieron directamente los influjos de aquel suelo feliz, observaron su rica naturaleza, imitaron sus costumbres y su lujo, aceptaron en gran parte sus ideas, y hasta su poesía se apropiaron. Amarrados nosotros al suelo natal reducido á un pequeñísimo círculo; obligados á amurallarlo con nuestros pechos, á ensancharle lentamente y á costa de sangre; atentos á conservar lo ganado y á recuperar lo perdido, en ello y no en imitar el lujo, ostentación y cultura de los enemigos, teníamos que emplear el tiempo y las fuerzas. Los cruzados al fin, aunque vencidos fuesen, tenían detrás de sí su vieja patria,

Lucanor y á las poesías del arcipreste de Hita, que se redujeron á circular, no entre el pueblo iletrado, sino entre los hombres cultos. Hasta en el siglo XVI se nota entre nosotros la escasez de las fábulas orientales, y las pocas que obtuvimos fueron meras traducciones de los novelistas italianos, observándose además que hasta el siglo XIX no logramos mas de una sola y única traducción de las célebres *Mil y una noches*, que en el anterior ya corrían la Europa entera. Cuanto mas se examina la propuesta cuestión sobre las causas de que recibiésemos tan tarde é indirectamente el influjo de las fábulas sanscritas, viviendo, como vivíamos al lado de un pueblo de una raza oriental, mas difícil es el adivinarla. ¿Será que los cultos árabes españoles despreciaron ó desconocieron una literatura tan acomodada á su carácter, como extendida y cultivada entre sus hermanos y correligionarios del Oriente? ¿Será que ni entre aquellos ni entre nosotros se escribieron los cuentos y novelas, ni las poesías de aquel género, y que solo se conservaron oralmente? Pero ¿cómo pudo así suceder, si son tan amenas, tan divertidas, tan simpáticas con el espíritu humano, tan llenas de creaciones maravillosas, tan dulces y entretenidas, que una vez lanzadas entre el pueblo, es imposible que este no las acepte con entusiasmo? Yo me acuerdo que en mi niñez, en mi edad adulta, y aun ahora en mis viejos años, oía y oigo en boca de las ancianas rudas una multitud de estas narraciones, con un inmenso placer, y que aun excitaban mi ansiosa curiosidad. Pero ¿en qué tiempo nacieron? ¿cuándo se popularizaron? ¿por qué no se convirtieron en romances, ni se han escrito? ¿por qué solo se conocen por tradición oral de abuelos á nietos? Eso es lo que yo no sabré decir; mas afirmaré desde luego que hay algunas muy

antiguas, en extremo antiguas, y que no se halla de ellas vestigio en libros, ni en códices, ni en documento escrito. ¿De dónde nos vino el cuento de la reina convertida en paloma? De dónde el del negro Galitas de la Luz, cuya amada, perseguida por sus padres y sometida á trabajos imposibles, llamaba á las aves, que con sus lágrimas lavaban y con sus picos planchaban la ropa que la joven debía preparar? El primero parece un remedo de un cuento árabe, y el segundo una imitación del episodio de *Psichis y Cupido*. Pero hay otros muchos de cuya sustancia me acuerdo, y que á pesar de mi mucha lectura y de mis investigaciones porfiadas, no me ha sido posible hallar los tipos originales de que proceden. Varias veces he intentado formar una colección de ellos; pero me ha desviado de esta idea la de que no podía prescindir de mi propio pensamiento, y que entonces mi obra sería poco menos que inútil al fin á que aspiraba. Y en verdad esta obra no contendría de antiguo y genuino mas que el argumento de cada narración; pero ¿y el estilo? Y los incidentes? Y los accesorios? ¿A qué modelos acudiría para imitarlos, cuando se ignora hasta las épocas de donde proceden los originales? Narrar estos cuentos como lo hacen las ancianas, sería tener que repetirlos de mil maneras diferentes, pues aunque en sustancia el asunto esencial de cada uno sea el mismo, en los accesorios y en la expresión, cada persona que los cuenta se constituye en autora, y quita ó añade, ó tergiversa los hechos y las formas; rehacerlos á mi modo, sería producir una obra mía, y privada del interés y espontaneidad antigua que los pudiera hacer interesantes como populares y documentales. Lo mejor parece pues renunciar á una empresa tan difícil, y así lo hago.

y nosotros no vencedores carecíamos de asilo, perpetuábamos la esclavitud que nos oprimía ó amenazaba.

Todo cuanto va expuesto, aunque en parte sea conjetural, es sin embargo producto de un estudio comparado de la historia y de la literatura de aquellos países cuya lengua conozco. Acaso lo que digo respecto á la de nuestra patria pudiera comprobarse, observando que luego que cesaron las circunstancias que impidieron el desarrollo de cierta clase de ideas; luego que poseímos tranquilos el país donde recibimos el sér; luego que, aun olvidada la libertad política, empleamos el vigoroso impulso que nos diera en cultivar las ciencias y las artes de imaginacion y de lujo, no solo entramos de lleno en la senda que ántes desatendimos, sino que igualamos y aun excedimos á las demas naciones que en ella nos precedieron. Nuestro país en los siglos xiii y xvi no tuvo que envidiar á otro ninguno en cultura, en civilizacion, ni en poderío.

Las secciones de este *Romancero* son :

Primera. La de caballerescos sueltos y varios. Es la mas interesante, porque casi toda se compone de romances de época tradicional; porque se aproxima mas al orientalismo que recibimos inmediatamente de los árabes; porque aun así carece de pretensiones literarias; porque expresa bien y sencillamente las pasiones íntimas y las creencias populares; porque está libre de exageracion y de ampliaciones estudiadas; porque es mas dramática que las otras, y en fin porque conserva ciertas tradiciones de creencias orientales que proceden, ó han dado origen á aquellos cuentos maravillosos, que en el hogar doméstico entretenían largas horas á nuestros antepasados. Algunos de sus romances son quizá los únicos vestigios en que se presenta mas puro y ménos modificado aquel espíritu narrador, aquella necesidad, tan irresistible entre los pueblos del Oriente que carecen de teatro, de pasar las largas horas de la vida escuchando cuentos poéticos que las hagan apacibles. La mayor parte de ellos parecen fragmentos de largas historias que no han llegado completas á nuestra época, si no que sea en las fábulas orales, que las ancianas suelen referir aun á los niños y gente crédula : fábulas en todo muy semejantes en su esencia y en sus formas á los cuentos maravillosos que los árabes nos han trasmitido, como los aceptaron de otros pueblos mas antiguos del Asia.

Segunda. La de los romances de los libros caballerescos que tratan de los Galogrecos. Los tres primeros solamente se refieren á Amadis, y pueden tenerse como compuestos en la primera mitad del siglo xvi. Es muy extraño que habiéndose difundido tanto la lectura de estos libros, sean tan pocos los romances viejos que se compusieron sobre ellos. El resto de los de esta seccion son de muy poca importancia bajo el aspecto histórico y literario : su utilidad se ciñe á conservar fábulas y tradiciones que se perdieran por la escasez y rareza de los libros donde están consignadas, y que contienen datos para juzgar de una época de nuestra literatura.

Tercera. La de asuntos tomados de las crónicas bretonas. Solo hay en ella tres romances : dos de Lanzarote y uno de la interesantísima novela de *Tristan de Leonis*, tan bella, tan apacible, tan sentimental, como la de Lanzarote es alegre, picante, festiva y profana. De estas composiciones ninguna, tal como es, parece anterior al siglo xv. Las fábulas del Santo Grial, de Artus, de Merlin, de Isaías el Triste y de otros muchos : fábulas amenas, divertidas, maravillosas y llenas de interes, que casi desde el siglo x llenaban la Europa, no nos suministraron, que sepamos, siquiera un romance; sin embargo de que algunas las teníamos traducidas é impresas ántes de acabar el siglo xv. Quizá esta clase de ficciones no simpatizaba con el carácter serio, grave y profundamente devoto que nos



era propio, ni teníamos preparada la imaginacion para recibirlas, ni para combinar en ella los encantamientos del demonio con los milagros y brujerías. Pero ¿y despues? ¿Por qué ni aun los libros traducidos ó imitados se vulgarizaron? Por qué no se reimprimieron, y por qué se han hecho los artículos mas raros de nuestra bibliografía? Fuera del Lanzarote, el Tristan y el Baladro de Merlin, no hemos visto trasladada al español ninguna de las crónicas caballerescas de la Tabla redonda.

Cuarta. La de las crónicas de los francos ó carlovingias, que trata de los hechos fabulosos de Carlo Magno y los Doce Pares. La *Crónica de Turpin*, el libro de *Los linages reales de Francia*, el de *Los cuatro hijos de Aymon*, el de *Reinaldos de Montalvan*, el de *Los encantos de Maugis*, y otros diferentes, han dado asunto al corto número de romances viejos hechos por los juglares que poseemos sobre tales fábulas: tampoco puede atribuirse ninguno, tal cual existe en su actual redaccion, á un tiempo mas remoto que la primera mitad del siglo xv, aunque una parte de las fábulas de la primera, y sus continuaciones, está consignada en la *Crónica de Ultramar*, que mandó redactar Alfonso X, el Sabio (17).

Quinta. Esta seccion de romances caballerescos, cuyos asuntos se han tomado de los poemas italianos, pertenece tambien al mismo ciclo histórico fabuloso que la cuarta, cuyos originales aceptaron los ingenios de Italia para componer el infinito número de epopeyas que nos han legado. Nuestros romances de esta clase se apoderaron de los hechos que en ellas se refieren, especialmente del *Orlando furioso* de Ariosto, imitando la parte seria y desechando lo festivo, jocoso é irónico que contiene. Todos pertenecen al último tercio del siglo xvi, ó á los primeros años del xvii.

Sexta. Contiene los romances en que se trata de satirizar ó caricaturar los de las series anteriores.

OBSERVACIONES GENERALES

SOBRE LOS ROMANCES HISTÓRICOS.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelacion á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros mas remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos, obra del pueblo, ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *General de España*, atribuida á Alfonso X, el Sabio, en la del Cid, en la del rey Don Rodrigo y en otras se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron

(17) Las series de libros caballerescos contienen una multitud de novelas interesantísimas, de que no tenemos romances antiguos, pero sí cuentos é historias importadas de Francia, aunque se pretenden calificar como obras de ingenios españoles. La historia bellísima y tierna de *Flores y Blanca Flor*; las apacibles y devotas de *Genoveva de Brabante* y de *Pierres y la linda Magalona*; la maravillosa de *Clamades y Claremunda*, y otras muchas de su especie, forman una numerosa biblioteca, en la cual se echan ménos, sin embargo, otras infinitas, como son la historia de *Hugon de Burdeos y Oberon, rey de las hadas*; la de *Guarino de Monglabe*; la de *Guarino*

el *Mezquino*, etc., etc. En desquite de las que nos faltan, hay un libro caballeresco *sui generis*, que no puede colocarse en ninguna de las series conocidas, y que por ser puramente de invencion nuestra, es inexplicable que no haya prestado asunto á nuestros trovadores del siglo xv. Se duda si el *Tirante el Blanco* se escribió primero en catalan ó en castellano; mas si se atiende al espíritu que en él domina y el giro de las ideas que contiene, mas parece un libro hijo de los narradores lemosinos, creacion del ingenio feudalizado de los trovadores, que no obra de la moda facticia que produjo los *Amadises*.

el asunto y fueron el modelo á los poetas. En ambos casos, pero mas en aquel, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecian y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influía. Faltos de color, de brillo, de imaginacion, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresion de las ideas, y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servian de pauta, ó en que solo algunas variantes se introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute, porque se cree; que se defiende hasta el martirio, porque se ama; y en fin, que mas que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretension literaria, rimados solo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fueron en su primitiva redaccion, ni existen en ningun códice, que sepamos, anterior al siglo xvi. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo xv, aunque es de presumir que muchos de ellos tienen su origen en otros de tradicion oral, mucho mas antiguos. Sin embargo la presuncion no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y mas si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo mas antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Transmitidos á nosotros de memoria, y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confia á ella (18.) El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadía, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo, lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria, como Dios ó su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones, que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse mas ó ménos prontamente, segun las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no habia de ser así, si aun despues de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse, cada copiante ó editor, á pretexto de corregirlas ó completarlas, se creia autorizado á glosarlas, ó á lo ménos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribían ó imprimían desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacia para sí, ni tenia sus poetas peculiares que lo hiciesen : esta moda, deci-

(18) Ningun códice anterior á la segunda mitad del siglo xvi hemos visto que contenga romances primitivos ó viejos; ningun impreso de la primera, sino el *Cancionero general*, de 1511, donde se hallan; los que hay en él son pocos, y aun en su mayor parte no pertenecen á la época tradicional, sino á la artística del siglo xv. El *Cancionero* es una antología dedicada á imprimir las obras de los poetas cultos y cortesanos que florecieron en los tiempos de Juan II, de Enrique IV, y en particular de los Reyes Católicos; por eso, sin duda, Hernando del Castillo, que lo publicó, no hizo aprecio de las composiciones popula-

res. Estas no hallaron cabida ni en códices, ni en impresos que conozcamos, hasta que, segun se dice, recogidas de la tradicion oral, se publicaron poco ántes y poco despues de mediar el siglo xvi, en pliegos sueltos, ó en colecciones como el *Cancionero* y la *Silva de Romances* (*).

(*) Exceptuariase de esta regla general el códice todo de romances, de cuyas reminiscencias se formaron los de la *Infanta de Francia* y el *Príncipe de Ungría*; pero no nos atrevemos á hacerlo porque se ha perdido, y éramos cuando lo examinámos demasiado jóvenes é imperitos para poder juzgar con buen criterio de su antigüedad.

mos, nació á mediados del siglo xvi, y los autores de tales composiciones (19) afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresion de los romances primitivos y de los viejos de tradicion oral; exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales. A pesar de todo, los romances de que vamos tratando, por mas que hayan sido alterados, presentan medios muy á propósito para penetrar y discernir, mejor que en las historias oficiales, el carácter moral y social del pueblo que los creó y transmitió, y que luego los aceptó reformados y alterados segun lo exigia el espíritu progresivo de la civilizacion que alcanzaba. Los romances viejos populares y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuese posible alcanzarla, porque allí se contenia, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del pais, formadas en el transcurso de muchos siglos, y arraigadas en los corazones; porque allí se veia el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilizacion, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar, y aquellos vicios que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros paises y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo xvi, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenian obstruido los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de origen extraño; y la inspiración popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético, y de todos los adelantamientos y modificaciones que habiamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entónces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entónces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares y aldeas, representando farsas y dramas, cual habian recitado y cantado los romances.

Pasemos á exponer el método y orden adoptado en el *Romancero* de los históricos.

Se han dividido, segun los asuntos de que tratan, en secciones, y estas en épocas históricas, cuando lo admiten.

Comprende la primera seccion los romances referentes á la historia sagrada. Es muy escaso el número de los viejos tradicionales que aquí se hallan.

La segunda es la de los tiempos mitológicos. Está dividida en la época griega y la romana: las composiciones pertenecen casi todas al último tercio del siglo xvi, es decir, á la época artística.

La tercera seccion contiene los romances concernientes á la historia de Asia y las dos Grecias, con los que versan sobre dichos y hechos de algunos filósofos: igualmente corresponden sus composiciones á la misma época que las de la anterior.

La cuarta concierne á la historia de Roma, y está subdividida en estas épocas: la de los primeros reyes romanos, la de la República hasta las guerras Púnicas,

(19) Lorenzo de Sepúlveda, Timoneda y otros de su clase crearon ó siguieron esta escuela, que seguida por otros mejores poetas del siglo xvi pro-

dujeron algunos, y aun puede decirse que muchos, de los mejores romances del Cid.

la de dichas guerras hasta la destruccion de Numancia, la de las guerras civiles hasta su fin, y la del Imperio Romano. Poquísimos romances viejos existen en ella. Los imitados ó formados por poetas de la última mitad del siglo xvi, son casi todos malos é hinchados, sin que por eso dejen de ser útiles á nuestro plan, pues conservan tradiciones populares. Los romances de esta y de la segunda y tercera seccion son en general tan viciosos, tan faltos de buen gusto y tan pedantescos, que á no ser porque entraba en nuestro plan el documentar todas las fases por donde pasó nuestra literatura popular ó popularizada, se deberian haber omitido del todo. Nos pesa gravemente la culpa de haberlos prodigado en demasía, sin mas motivo que el de ser raros y escasos los libros donde se hallan.

La quinta seccion, relativa á la historia de España desde los godos hasta despues de mediar el siglo xvii, está dividida en tantas épocas como soberanos ha habido. En la que corresponde á cada uno se ponen los romances que tratan de los hechos, generales y particulares, acaecidos durante su dominacion. Despues de las épocas de los godos se siguen las de los reyes de la raza asturiana directa, y allí se colocan los romances de Bernardo del Carpio, de los condes de Castilla, de los Infantes de Lara, del Cid, de Garci Perez de Vargas, de Don Alvaro de Luna, etc., y mas adelante los de las guerras de Granada, con los de los hechos de Pulgar, de Garcilaso de la Vega, de Abindarraez y Narvaez, de los maestros de Santiago y de Calatrava, y de muchos valientes moros que, aun despues de vencidos en la guerra, todavía combatian en batallas singulares con los caballeros cristianos. En esta seccion se comprenden ademas los romances que versan sobre hechos contemporáneos á ellos: tales son los de las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, y las de Carlos V y Felipe II contra los turcos. Entre estos se hallan los de la conquista de Tunez, los de la Santa Liga, y de la batalla de Lepanto, etc. Los mas interesantes que hay en esta seccion son sin duda los viejos, que narran las incursiones que mutuamente hacian los alcaides y soldados en los territorios fronterizos que guardaban. Su mayor parte puede considerarse compuesta por los que intervenian en las acciones de guerra, y en los tratos mutuos que se hacian, y que comunicados directamente por ellos á los juglares, despues de metrificarlos los propagaban en toda la nacion.

La sexta se compone de romances que se refieren á diversas épocas de las crónicas de los reyes de Castilla y de Leon, y que por no haber llegado á nuestra noticia las tradiciones que refieren, no hemos podido colocarlos convenientemente en ninguna de las conocidas. Todos ellos corresponden á los que calificamos como primitivos, ó á la clase de los viejos, en que aparecen reformados.

La sétima, octava y novena corresponden á las dinastías de Navarra, de Aragón y de Cataluña, que abundan en romances viejos. Se han colocado estas últimas aisladas de la sexta, y entre sí, porque no interrumpen unas á otras la marcha de los hechos particulares á cada una, causando mas confusion de la que resulta ahora por el orden seguido.

La décima contiene los romances que tratan de asuntos de paises extraños: v. gr. de la historia de Portugal, de Italia, etc.; entre los cuales hay algunos viejos y muy interesantes.

A diferencia de los caballerescos españolizados, considero los viejos romances sobre la historia española de la edad media, como los solos originales y libres de toda imitacion extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A esta solo pertenece un corto número, ya de los novelescos, ó ya de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del segundo tercio del siglo xvi remedaron á los antiguos, participan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su imitacion recayó sobre

lo que nos era propio, y excluía todo lo que era extraño. Los romances posteriores á este tiempo, producidos por poetas de profesion, cuyos asuntos pertenecen á épocas mas remotas, no son el espejo que las refleja, no son los que las caracterizan. Desviados en sus formas, en sus ideas y en su expresion; cargados de adornos poéticos y declamaciones oratorias, ni aun puede decirse que se propagaron en general entre el vulgo, sino en corto número. Sin embargo son interesantes como expresion moral de su tiempo, como tristísima prueba de la decadencia y marasmo á que caminaba rápidamente la nacion mas grande, mas extensa y mas poderosa del globo. No se crea por eso que todos los romances de la citada época participan de los mismos síntomas que los dedicados á enmascarar con nuevo colorido los asuntos y hechos de nuestra antigua historia. Aun en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, obteníamos glorias que impresionaban á los pueblos, y cantos que sin mengua aceptaban. Los que celebraban las victorias obtenidas en Nápoles, las de Pavía, las de Tunez, las de Alemania, las de San Quintín, las de las Alpujarras, las de Lepanto, encontraban aun simpatías entre el vulgo, aunque oscurecido y despreciado. Todavía guardaba íntimos recuerdos de su antiguo poder: todavía se gozaba en oír ensalzado y proclamado el valor español. Del seno de su patria salieron los grandes hombres y los valientes soldados que conquistaron un nuevo mundo, los vencedores de la Europa y de los enemigos de la religion. Aunque apartados de sus familias los que peleaban en remotos países, hijos eran de españoles, y españoles tambien. Hé aquí por qué los romances populares sobre las épocas de Carlos V y Felipe II son para ellas lo que fuéron para la suya los viejos y primitivos; hé aquí por qué no los he desechado en un plan mas extenso y trascendente que el que se ciñe á los orígenes de la historia y de la poesía. Dia vendrá en que los siglos XVI y XVII lleguen á ser tan antiguos para los venideros, como ahora lo son para nosotros los anteriores, y en que las sucesivas generaciones procuren indagar el estado social que los constituía. Entónces los trabajos que les trasmitamos facilitarán los que se propongan hacer. Las antiguas colecciones, aunque publicadas sin orden, sin método, sin crítica y sin pretensiones filosóficas, nos han servido á nosotros, y las que hagamos serán tambien útiles á los que nos sucedan.

Bien sea el espíritu de reaccion, ó bien la esterilidad actual del ingenio, los que hayan producido la mirada retrospectiva hácia los siglos medios, al cabo de algunos mas volverá á reproducirse la misma necesidad que ahora existe. Prevenir para entónces los medios de satisfacerla, es una de las causas que mas influyeron para que se emprendiese un trabajo tan árido, tan sin gloria, y cuya utilidad no será conocida en nuestros dias. Si he sido largo y prolijo en la exposicion de mis ideas, si pródigo en los materiales que he reunido, cúlpese al pensamiento de que nada sobra cuando se trata de conservar lo pasado para ilustrar lo venidero.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES VULGARES.

Luego que por la completa expulsion de los moros faltó en España el inmediato estímulo de gloria nacional, y los trovadores que la cantaban; luego que completamente fué ahogada la libertad, una parte del pueblo ántes magnánimo y generoso dejó de ser lo que fué en épocas mas felices. Envilecido y corrompido, aunque un tanto mas culto y ménos ignorante, por un despotismo que oprimiendo

el alma, lisonjeaba la pereza del cuerpo y la inacción del entendimiento, apenas el español se atrevía á levantar sus ideas ni á usar de su inteligencia mas allá de lo que una terrorífica superstición le permitía. Reducidos á una obediencia servil y pasiva, ¡desgraciado de aquel que levantaba su pensamiento una línea mas alto que lo que permitía una inquisición política y religiosa (20)! Al punto á los pies

(20) La verdadera soberana de los pueblos es la opinión: la opinión es el resultado de las necesidades físicas y morales de los pueblos, es decir, de su modo de existir y de su fe. La necesidad de creer es invariable y constante, es una ley precisa de la naturaleza humana, es un instinto invencible; pero las formas á que se adapta para realizarse en cada situación son variables. Todos los hombres creen y existen en todos los tiempos; pero ni creen lo mismo, ni existen del mismo modo, ni bajo las mismas formas. Las que generalizadas constituyen una actualidad de fe y un modo de existencia, forman la opinión, á la cual, bajo cualquier aspecto que se presente, no solo no pueden contrastar los grandes hombres que gobiernan á los pueblos, sino que tienen que obedecerla, y aun participar é identificarse con ella, y seguirla, y organizarla para su completo desarrollo, y para el tránsito á su abdicación en manos de otra que ha de sucederla. Las sociedades existen bajo cualquiera modo de fe ó de gobierno, y solo son imposibles bajo el imperio del ateísmo y de la anarquía, que excluyen toda ley, toda razón de orden social. Digo esto porque, al haber hablado, como lo he hecho, de nuestros antiguos gobernantes, no ha sido mi ánimo exagerar sus culpas. Vejado el pueblo castellano por los desórdenes de una aristocracia turbulenta, y lleno de fanatismo religioso; participando sus reyes de los mismos sentimientos, y siendo además ventajoso á sus intereses personales, fácil les fué minar la antigua constitución, que el pueblo, sediento de paz y de reposo, les abandonaba: fácil les fué sustituirla con un poder arbitrario, y fácilmente organizaron la persecución religiosa basada en los deseos y tendencias populares. Los Reyes Católicos y sus sucesores no hicieron, pues, otra cosa que respirar la misma atmósfera contagiada que el pueblo; que obedecer la opinión de sus gobernados; que participar de su fanatismo religioso, de su odio á la anarquía, de sus deseos de paz. Para lograrlas organizaron fuertemente el despotismo político y el espíritu perseguidor: levantaron el poder inquisitorial, y en cambio de la libertad política y del pensamiento dieron á sus pueblos el apetecido reposo. Verdad es que los males que prepararon sin prevenirlos fueron muy superiores al bien que consiguieron; pero por de pronto, obedeciendo la opinión, lograron su objeto principal. Si Dios hiciera los gobernantes naturalmente superiores á sus súbditos en inteligencia como en poder, entonces no tendrían que someterse á las aberraciones de la opinión; entonces no se contagiarían de los errores populares, y entonces fueran verdadera y necesariamente soberanos. No pretendo por esto eximir de toda culpa á nuestros monarcas, pues si obedecieron á las circunstancias, también con exceso las explotaron en su favor; también su egoísta personalidad tuvo mucha parte en los males que irrogaron al pueblo; también en provecho propio y daño universal abusaron de su poderío, y en vez de rectificarlos, extraviaron mas y mas los instintos populares. Mas ¿dónde existe un poder que no abuse de su fuerza? Dónde un gobierno, de cualquiera forma que se revista, que voluntariamente se

imponga un contrapeso; que no lo rechace y sacuda? Dónde hay un pueblo que mas tarde ó mas temprano huyendo de un escollo no se estrelle en otro? ¿Que cansado de anarquía, no camine al despotismo, ó del despotismo á revoluciones que, para dejar de ser anarquía, han de ser dictaduras, ya cuando comienzan, ya cuando continúan, ya cuando acaban? Hombrés libres, verdaderamente libres, no han existido nunca reunidos, si no se llama libertad á la obediencia pasiva y á la abnegación de toda voluntad individual, comenzadas por la fuerza y continuadas por el hábito. La doctrina del derecho de las mayorías numéricas, aun suponiendo que no sea una fantasma en la práctica, no es otra cosa que la supresión de la libertad absoluta y activa de las minorías.

Abrase el libro histórico de las situaciones humanas, de los instintos de la naturaleza del hombre, y en todas partes se verá lleno de opresores y oprimidos que cambian de bandera cuando de situación: en todas partes al que ayer pedía libertad y tolerancia, hoy alzar patibulos y encender hogueras en nombre de la libertad y del amor al prójimo. Así es y ha sido hasta ahora la humanidad: el bien no se conoce sin el contraste del mal; la libertad no se percibe sino al lado de la servidumbre. La traslación del poder arbitrario bajo una multitud de formas es el producto de todas las revoluciones: estas establecen categorías de vencedores y vencidos, como resultados de una lucha; mientras esta dura, cada uno en su campo defiende su libertad, y abriga la esclavitud á su manera. Decidida, el vencido sirve al vencedor, el cual á su vez se cansa de la lucha; el cansancio produce el abatimiento; el abatimiento, la inercia; la inercia, la sumisión pasiva, y la sumisión pasiva entrega los pueblos al despotismo de uno ó mas hombres. Esto es todo lo que hasta ahora dice la historia, y me parece que lo dirá siempre; porque las leyes morales son tan constantes, tan inmutables en su esencia como las físicas. El justo medio se halla también en aquellas, pero como un tránsito, y no como un término de la humanidad; porque el ansia de mudar de estado es una condición del movimiento que el hombre cree ejercer en línea recta sin fin, cuando solo es en un círculo, donde repite sus mismos pasos. Así la piedra lanzada por una fuerza extraña corre el espacio mientras le dura el impulso, para caer á su centro cuando le falta aquella; así la sal disuelta en un vehículo, luego que esta se evapora, si tranquilo se le deja, vuelve á cristalizarse según la afinidad de sus moléculas. Trastornar las leyes físicas, sería destruir el universo tal cual es; cambiar las morales, sería destruir la humanidad bajo sus condiciones de existencia: ni una ni otra cosa le es dado al hombre ejecutar, pero ni al mismo Dios le es posible, sino reduciendo el universo á la nada, ó formando otra nueva creación. Dios podrá hacer un ángel del hombre, pero así ya el hombre no será sino ángel. El hombre podrá cambiar de manos la riqueza y el poder, y distribuirlos á su antojo momentáneamente; pero no formar una sociedad constante, donde todos sean iguales en fuerza, en talento, en ingenio, etc.; ni aunque se proponga suprimir los indi-

del audaz, ó del imprudente, surgia una hoguera que sofocaba sus ideas, que abrasaba sus escritos y que quemaba su cuerpo, haciendo rechinar sus carnes y

viudos á quienes la naturaleza aventaje ó deprima, y aceptar el ostracismo de los aventajados, como se inició en Atenas, y la muerte de los deprimidos, como en Lacedemonia.

Establecer la utopía de una igualdad absoluta entre los hombres, es ir contra las leyes de su naturaleza, es reducirlos al sacrificio de toda individualidad, es privarlos de toda libertad física y moral, es reducirlos á sus necesidades puramente instintivas, es matar su inteligencia, cuya condicion de desarrollo consiste en el indefinido poder de crear nuevas necesidades, y de combinar medios para satisfacerlas, apropiándose cuanto presenta la naturaleza para asimilarlo á la humanidad. El hombre reducido por una constitucion social de esta clase á no excederse de los instintos naturales de conservacion del individuo y de la especie, en esto solo podria emplear su trabajo, y entonces dejaria de ser inteligente y libre, y se convertiria la sociedad en una colmena. No seria ya hombre, sino abeja, sino puramente animal. ¿Será esto posible? No lo sé; pero el hombre es como el *Judio errante*, y tiene que andar siempre; puede trasportarse de la civilizaci6n á la barbarie, de la barbarie á la civilizaci6n; mas nunca pararse mientras no mate toda individualidad, toda libertad, todo progreso, toda inteligencia. ¿Es este el punto á que se quiere reducir la especie humana? ¿Para lograrlo se derraman en nombre de su perfeccion ilimitada tanta sangre, tantos dolores? ¿Se ejercen tan diversas dictaduras y con tantos nombres para obtener una esclavitud perpetua; para llamar libertad á la mas omnímoda y forzosa negacion de ella; felicidad, á la escasez de los bienes; igualdad, á la extension de los males, y progreso, á la limitacion del uso de la inteligencia? Conducir la humanidad por tan errados caminos, puesto que el hecho de intentarlo éntre en las condiciones de la naturaleza, no me parece que entra el de conseguirlo, á no que sea posible convertir al hombre en puro animal, sometiendo á la mas estúpida obediencia pasiva, á la tiranía mas ilimitada, coartando sus deseos con las facultades de satisfacerlos. A esto no creo que alcance el poder humano, mas no por eso son menos reales y efectivos los dolores y trastornos que producen los conatos empleados en realizar esta idea. Lo digo y lo repito: profesando estas doctrinas, no me es posible acusar á nadie en particular del curso que se sigue actualmente para verificar una utopia, á mi ver, irrealizable. Estamos obediendo á la ley del movimiento que se impuso á la humanidad, de huir del mal presente sin cuidarse mucho del venidero; al irresistible deseo de cambiar de situacion, al de quitar la espina que nos hiere, siquiera nos clavemos otra que nos atormente mas, siquiera el arrancarla nos produzca mas grave y permanente dolor que el conservarla. La civilizaci6n actual, despues de llegar á su punto culminante, ¿se halla en el de su descenso? Gastada ya, ¿no puede compensar sus males con sus bienes? No se basta á si misma? Llevó la nivelacion individual á un punto de que no puede pasar sin destruirse? Llegó á corromperse sin medida, y la humanidad necesita quizás ya rejuvenecerse en la barbarie, en la fuerza brutal que haga sentir de nuevo ser necesario un poder moral que la contenga, y que, como millares de veces, surgirá ahora tambien de ella misma siguiendo los mismos pasos? La divina

Providencia, que en otra época para sus altos fines se valió de los bárbaros del Norte, ahora parece que se inclina á tomar por instrumento las clases proletarias. ¿Y qué sucederá? Lo de siempre. La sociedad cambiará de formas, no de esencia: habrá en ella bienes y males diversamente compensados, habrá las mismas cosas con diversos nombres. Los cataclismos físicos y morales, si no producen una nueva creacion, se reducen solo á modificar las formas de la antigua, obediendo á la ley providencial que las asignó su época necesaria. Solo cesarán cuando Dios en su mente lo haya decretado, cuando el bien y el mal dejen de ser condicion el uno del otro; cuando el mundo y el hombre dejen de ser lo que son, y se conviertan en otra cosa; cuando este se cambie en ser puramente contemplativo, en quien el hábito inutilice el uso de la libertad, y la perfeccion la necesidad del progreso. Mientras así no sea, mientras el mundo no se convierta en cielo, mientras la contemplacion de Dios no absorba todas las facultades del hombre, mientras este no se despoje de la condicion terrenal con que en el mundo existe, siempre en desigual lucha entre el bien y el mal, caminará por las mismas vias. La suma del bien y del mal es, como la de la materia, independiente de sus formas, siempre igual. Esta igualdad se constituye por compensaciones inherentes á las diferencias: esta es la única nivelacion que existe, no por la voluntad, no por el poder humano, sino por la ley eterna de la creacion. ¿Cómo pues ejercerá un hombre fructuosamente el uso de su libertad, para modificarse, ya que no para hacerse de nuevo? Luchando íntimamente con sus pasiones individuales, y sometiendo las á la razon universal. La suma y generalizacion de estas victorias forma el verdadero progreso de la humanidad, y su retroceso empieza desde que el hombre lucha con la conciencia de otro, y quiere someter por fuerza la voluntad y el pensamiento ajeno al propio. Desde este punto comienza la tiranía, triunfa la violencia, se provoca la defensa con el ataque, la sangre baña la tierra, la verdad retrocede y el error se ensalza. La idea fecunda y necesaria que nace, reemplaza sin violencia á la innecesaria que decae, ofreciéndola víctimas, no verdugos; pero si luego se hace agresiva, opresora y deprimente de la libertad y de la tolerancia que para si imploraba, empieza á pervertirse, á decaer, á perder los medios de realizarse lógicamente, aceptando por condicion la violencia, que es para las ideas lo que el fruto vedado fué para el hombre: el dolor y la muerte. La doctrina evangélica hubiera ya fraternizado el mundo, si el hombre no la extraviara tomándola por ensena de los mismos crímenes que prohibia: si no devolviera como represalias á los verdugos de sus mártires, los mismos suplicios cuyo uso condenaba en sus contrarios. ¿Qué fué la humanidad cuando el hombre se constituyó en vengador de Dios? Un verdugo, tanto mas cruel y temible, cuanto con segura pero extraviada conciencia, en nombre de Dios, y por vengarle, derramaba la sangre de sus hermanos, suprimiendo su libertad y violentando su pensamiento. Lo mismo son las revoluciones que fanatizando el pueblo en nombre de la libertad, ensangrientan la tierra hollando su misma bandera, y que, constituyéndose en jueces, partes y verdugos, oprimen y castigan hasta las sospechas de un pensamiento, aun en leve oposi-

sus huesos. Sus bienes eran arrebatados, sus hijos y su posteridad cubiertos de infamia y abandonados á la miseria. ¿Qué pudo hacer el pueblo bajo el imperio de la casa de Austria, sino enviar lo mas selecto de él á verter su sangre en otros climas, y convertir en frailes la otra parte? Reducido á tal extremidad, el antiguo y fiero castellano dobló su cerviz al yugo del despotismo. Vencido en Villalar y privado de toda esperanza de ser libre, dejó de existir como poder público, y se trasformó en vulgo miserable. Como tal aceptó un género de poesía conforme á sus nuevos pensamientos, y el ántes noble y patriota castellano fué despues el siervo fanático de sus opresores, el verdugo de los pocos que intentaban sacarle de su estado. Supersticioso, se dedicó á cantar los falsos milagros: esclavo en su pensamiento, todo lo creía sin exámen; pero valiente todavía, y no teniendo héroes de buena ley que celebrar, celebraba los malhechores y bandidos que burlaban la justicia de los hombres. Así retoñaban aun contra la tiranía los instintos del fiero carácter castellano. Privado de cuanto estimula y engrandece el alma, extraviada su imaginacion y su razon torcida, olvidado de sus antiguas glorias, se corrompió y degradó hasta el punto de apasionarse de lo que era mas deforme y despreciable. Demasiado abatido para que desde su baja alcansase á mirar las clases mas altas de la sociedad en que vivia; entregado al desaliento y la pereza; contento entre la inmundicia que le rodeaba; indiferente á los asuntos públicos con relacion á sí propio, solo veneraba, al traves del prisma de sus errores, á la hipocresía como virtud, á la barbaridad como valor, al desenfreno como heroismo, á la charlatanería como ciencia, y á las creencias falsas como parte integrante del dogma verdadero. La mentira mas absurda era para él la verdad mas evidente, si se acomodaba á sus instintos supersticiosos, y desde luego creía con toda su alma cuanto era imposible y absurdo. Este cenagal de corrupcion, de falsa ciencia y de fe extraviada, sirvió de materia á los romances que los ciegos empezaron á propagar desde mediados del siglo xvii, y que simpatizan tanto con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su encanto, sus delicias, y puede decirse que hasta su único modelo ideal y su verdadero retrato. Gratos le eran estos romances, porque personificaban el denuedo en un contrabandista vencedor de un regimiento, y que se burlaba de las autoridades que persiguiendo el crimen lo hacian bajo las formas odiosas del despotismo: interesábanle aquellos cuadros lascivos, donde una dama resuelta dejaba la casa, y ultrajaba la autoridad paterna por seguir á un valenton rufian, á quien encubria en sus robos y favorecia en sus asesinatos; batia las palmas de gozo cuando se le presentaba un enjambre de alguaciles huyendo de un desaforado malhechor con visos de valiente; se entusiasmaba en pro del ladron que socorria á los pobres con los despojos de los ricos; placíale verle subir animoso al cadalso, donde despues de confesado, echaba un sermon muy tierno á los espectadores, y moria, tan persuadido como ellos de que iba sin tropezar á gozar de Dios, cual si fuera un santo; y en fin gustaba

cion con el que las dirige. Yo creo que Constantino fué el mayor obstáculo de la perfeccion evangélica, convirtiendo el Cristianismo en instrumento de sus ambiciones; y tengo por mas enemigos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, á los que con su nombre en la boca las proclaman á fusilazos, que á los que las resisten con medios iguales. Sin embargo, aun cuando la opinion de un pueblo se haya formado con tales elementos de error, no por eso es ménos incontrastable. El mismo Jesus se sometió á las consecuencias de contradecir la que en su tiempo dominaba; por ello espiró en la cruz, perdonando á

los ciegos verdugos que al derramar la sangre del inocente cumplieron las condiciones de la salvacion del género humano. El Hijo de Dios no fuera hombre si no se sometiera á la ley de la humanidad; pues ¿cómo el hombre percedero podrá separarse de ella por mas que rueda en la circunferencia cuyos límites no puede traspasar? La sumision á los decretos de la Providencia, la caridad y otras virtudes espontáneas, y no forzadas, son la perfeccion moral á que el hombre puede llegar; y esta no se alcanza, si para realizarla se usa de la fuerza, de la intolerancia y de las persecuciones.

con desatino de hallar en estos romances un diluvio de milagros, de brujerías y encantamientos, una gaceta de terremotos y tempestades, incendios, pestes y castigos extraordinarios de la Providencia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si eran judíos, moros ó herejes. Todas ó casi todas estas composiciones, consideradas como poesía, son detestables; pero ofrecen mucho interes, porque conservan los vestigios de una civilizacion degradada, y forman el contraste mas notable entre el carácter y costumbres del antiguo pueblo ignorante con el del nuevo vulgo humillado y envilecido; de la barbarie que camina á la cultura, con la civilizacion que desciende á la barbarie. Despues de perder su importancia política, ¿en qué habia pues de ocuparse el pueblo sino en embrutecerse, para sentir ménos su desdicha, ó para desconocerla? Por fortuna los grandes poetas de fines del siglo xvi y parte del xvii, restos de aquel tiempo en que la gloria se substituyó á la libertad, centellas de aquel fuego divino que animó nuestra liberal existencia durante una lucha larga y santa, conservaron y elevaron la antigua poesía popular, que nació con ella, y que amalgamada con otros elementos de cultura y civilizacion, formó aquel sistema dramático tan vivaz, tan libre, tan fecundo que, salido de lo mas íntimo de nuestro carácter, circuyó la Europa, y substituyó para nosotros aquellas epopeyas que surgen siempre del impulso recibido en tiempos de gloria y libertad, y que son el canto del cisne que se exhala para anunciar su muerte. La degradacion del pueblo alcanzó tambien á los grandes ingenios que ensalzaron nuestra literatura, á los creadores de nuestro admirable sistema dramático. El espíritu de los romances vulgares les influyó tanto, que se vieron forzados á poner en la escena muchos de los innobles y groseros asuntos que el vulgo celebraba. La corrupcion del gusto y de la moral cundia cada instante, y se inoculaba en todas partes. ¿Qué otra cosa era posible, cuando agotado ó fatigado el ingenio, no le era lícito abrirse nuevos caminos de creacion y de entusiasmo? Debilitados los instintos de libertad en el reinado de los Reyes Católicos, ahogado bajo el imperio de Carlos V y de Felipe II, extinguidos los de gloria en los tiempos de sus débiles sucesores, la buena y bella literatura apagó del todo su brillo, y desapareció con el último vástago de la raza Austriaca que reinó en España. Para nosotros desaparecieron, con los postreros años del siglo xvii, todas las memorias gloriosas, todo el vigor nacional, todo lo que fuimos; y comenzó el xviii sometiéndonos á la dinastía francesa, que nos impuso las costumbres, la política, la administracion y la literatura de su patria. Bajo este fatal influjo desapareció la España moralmente; y su poesía grande, noble y original, espiró con ella y con su nacionalidad, despues de haber sido ambas víctimas del despotismo, de los errores políticos de sus mal aconsejados gobernantes, y del abuso que hicieron de sus fuerzas y aun de sus prosperidades. ¡Plegue al cielo que ahora, en la nueva carrera que nuestra patria ha comenzado, recupere lo que perdió, y conquiste aquel varonil vigor que la hizo muchos siglos respetable y respetada!

Dividimos el *Romancero de vulgares* en las secciones siguientes :

Primera. Novelescos y fabulosos.

Segunda. Caballerescos.

Tercera. Asuntos milagrosos y devotos

Cuarta. Asuntos históricos, generales y particulares.

Quinta. Biografías y anécdotas de valientes facinerosos y bandidos.

Sexta. Descriptivos y varios.

En la primera seccion se incluyen los que tratan de los encantamientos, etc.

En la segunda los de asuntos caballerescos, hechos sobre los de los antiguos y acomodados para el objeto de todos los vulgares.

En la tercera y cuarta, su título indica el objeto de que tratan.

La quinta tiene por asunto las valentías, amores, hazañas y desafueros que admira el vulgo.

La sexta finalmente comprende los de la clase que señala su denominación.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES VARIOS DOCTRINALES, AMATORIOS, SATÍRICOS, BURLESCOS.

Termina la tarea el *Romancero* de esta clase de composiciones, destinadas unas á la enseñanza moral, otras á la manifestacion especial de las pasiones que agitan el alma influida por afectos tiernos y delicados ó vehementes y profundos; otras que se dedican á la censura y crítica de los vicios sociales y morales, y otras que ridiculizan y caricaturan los actos humanos. En todas prepondera el elemento subjetivo y lírico.

Severos consejos de moralidad y conducta se hallan en los doctrinales; ternura, delicados y afectuosos sentimientos se expresan en los amorosos, donde ya bajo el aspecto pastoril, ya serio, ya apasionado ó ya lijero y festivo, se representan las diversas fases que toman las pasiones eróticas en su expresion y lenguaje.

En los satíricos y burlescos se esgrime el azote de la crítica contra los vicios de la sociedad y las diversas clases que la componen, ya usando de las punzantes sales de Horacio, ó ya del rudo cinismo de Juvenal. Entre estos romances se comprenden tambien las jácaras ó sátiras irónicas en que con apariencias de elogio se retratan y describen los hábitos y costumbres, y se remeda el lenguaje de cierta clase de monstruos que contaminan la sociedad, y que pueblan los cadalsos, los presidios, las casas de prostitucion y los hospitales. Allí la musa cínica de Quevedo, y de otros poetas que le precedieron ó imitaron, empleó su enerjía é ingeniosidad para retratar el vicio en toda su horrible desnudez, y de tal manera que causase horror y hastío.

Sabido es que los españoles hemos inventado y nos hemos aventajado en este género de literatura, un tanto grosera, pero vigorosa y ruda; y que *Lazarillo de Tórmes*, *Rinconete y Cortadillo*, *Guzman de Alfarache*, *La Pícaro Justina*, *El Bachiller Trapaza*, y otras tantas novelas semejantes, no han tenido rivales, sino que sea el *Gil Blas*, de quien puede decirse que es un libro inimitable; porque Lesage fué un gran talento imitador, que si cedió á sus modelos en originalidad, los aventajó mucho en cultura, en buen gusto y en filosofía. Las jácaras, ademas del objeto principal que las inspiraba, son muy interesantes, porque satirizan duramente á la autoridad que en vez de prevenir los delitos se asocia á ellos, ó los tolera y protege mientras la prestan utilidades. Desde el verdugo que vende á la víctima su lenidad en el castigo, desde el escribano que prostituye su fe para dilatarlo, desde el alguacil que por dinero encubre y asegura á los delincuentes, hasta el juez superior que descuida sus deberes de actividad y vigilancia; todos, todos sin excepcion son vigorosa y agriamente censurados y castigados en las jácaras, que así consideradas son el mejor contraveneno de los romances vulgares, cuyo objeto es revestir de heroismo y conducir á la gloria, despues de ahorcados, á los ladrones, asesinos y malhechores, y poner bajo sus piés á los jueces, que cumpliendo con sus deberes, los persiguen y castigan.

Inútil es advertir que el *Romancero de romances varios* no comprende todos

los de su clase, que se hallan en la multitud de colecciones que existen. Muchos volúmenes no bastaran á tamaña empresa, que aun realizada, solo produciria tedio, probando ademas falta de buen gusto. Harto he sacrificado con mi prodigalidad á los bibliomanos, exponiéndome por ella á una crítica severa, pero justa y conveniente.

Para convencerse de que no debí reimprimir todos, ni aun tantos romances de estos, bastará considerar que muchos de los reimpresos y casi todos los omitidos son medianos, malos, y una cansada, molesta y fastidiosa repeticion desfigurada de las ideas, pensamientos y formas de los buenos que he aceptado. Por tales causas he omitido gran número de los del *Romancero general* de 1614, del de Madrigal y de otros ménos interesantes. Pero en desquite incluiré algunos mejores y de mayor mérito literario ó bibliográfico, que se contienen en libros raros y preciosos.

Estos romances se dividen en las secciones siguientes :

Primera. Doctrinales.

Segunda. Amorosos.

Tercera. Satíricos y burlescos.

La segunda seccion se divide en estas clases :

Amorosos serios.

Id. alegóricos y simbólicos.

Id. pastoriles, piscatorios y villanescos.

Id. festivos.

CONCLUSION.

Acabaré este trabajo, que completa el de la anterior edicion, con aquellas ideas que me han ocurrido y que le dan un giro ménos especial, pero mas filosófico y trascendente. La historia de la literatura es el espejo de la sociedad y del hombre modificado por las circunstancias y necesidades que le rodean é influyen : es la consideracion de la ley constante de la humanidad, que solo aparece variada en su expresion y en sus formas accidentales. Si he hecho incursiones en el campo de los sistemas filosóficos y políticos, ha sido cuando en ellos creí hallar vestigios del influjo que ejercieron en el desarrollo intelectual y en la literatura de los pueblos, de cuyos hábitos y costumbres surgieron como necesarios para dar unidad á su marcha social segun las condiciones de existencia de cada uno. Como no soy partidario ni enemigo de ningun sistema general bajo cualquier forma que se constituya; como no ignoro que todos tienen sus ventajas y desventajas, y como sé que sus resultados prácticos dependen no de su esencia, sino de su aplicacion oportuna ó inoportuna, me he ceñido á juzgarlos en particular bajo el aspecto conveniente al objeto de mi tarea.

Así como en todas partes, comenzó nuestra nueva civilizacion y literatura desde la barbarie que acabó con la antigua : dejamos de ser romanos y fuimos bárbaros; aceptamos el elemento de destruccion, pero tambien nos acompañaba el elemento regenerador. Con el primero derruímos la antigua civilizacion, con el segundo alzamos otra nueva que se aprovechó de los restos de la antigua que sobrevivieron al tremendo cataclismo. Circunstancias particulares modificaron en España sus efectos, y constituyeron la especialidad de nuestra existencia social, de nuestra literatura, y de las instituciones políticas, que sin la invasion de los árabes fueran completamente feudales como en toda Europa. El fraccio-

namiento del terreno produjo el de las monarquías, que necesitando del pueblo, solo con él adquirían fuerza. Esta causa nos desvió harto del camino que siguieron los demás pueblos del Occidente, y produjo hábitos y costumbres populares y monárquicas á la vez, que influyeron no poco en el giro de nuestra literatura en sus primeros tiempos, aunque despues se uniformase con la de los extraños por habernos tambien conformado con el poder arbitrario que rigió toda la Europa.

Aun cuando los romances que conocemos no sean los documentos gráficos mas antiguos del origen de nuestra poesia, puede presumirse, sin embargo, que bajo sus formas se exhalaban los primeros alientos de la que fué popular. Su rudeza, su fácil construccion, los asuntos de que tratan : todo, todo contribuye á justificar esta conjetura. Hijos primero del pueblo rudo, aceptados despues por los juglares y luego por los grandes poetas, que revestidos de gala los restituian á su origen, contienen sin interrupcion la historia íntima de cada una de las épocas á que pertenecen, y los vestigios de aquellas mas remotas, cuyas producciones se perdieron. Así lo he querido demostrar en las observaciones que hago sobre las respectivas clases en que los divido. Allí se verá lo que opino acerca de los que nos son propios y de los que provienen de imitaciones extrañas : allí lo que presumo sobre los elementos que se reunieron para construir definitivamente el sistema poético español que duró hasta principios del siglo XVIII.

He comenzado mi coleccion con los romances, y no con otra clase de combinaciones métricas populares que reservo para un Cancionero, porque los miro como producto mas indígeno y popular por sus formas fáciles y sencillas; porque abrazan mayor número de épocas sin interrumpirse; porque retratan mejor nuestro carácter, y conservan mas vestigios de los orígenes y progresos del idioma vulgar; porque aun hoy dia tienen vida propia, porque llaman la atencion de los aficionados, que son en mucho mayor número que los eruditos; y en fin, porque el mejor modo de inspirar gusto á este género de estudios es el presentarlos bajo un aspecto agradable.

Al insertar sin excepcion en las tres primeras clases de romances todos los que han llegado á mi noticia pertenecientes á ellas, sé que los mejores y mas desapasionados críticos me tacharán de pródigo; mas como en esta obra no me propuse solo dar lo que pertenece en los romances al origen de nuestra literatura, sino tambien conservar lo mas raro de ella y presentar una serie de documentos que en esta clase de composiciones caracterice las diversas épocas de civilizacion por que pasamos hasta el siglo XVIII, no me disculparé, pero sí imploraré perdon de no haber podido ejecutarlo á gusto de todos.

En esta nueva edicion de los *Romanceros* he adoptado la misma ortografia que en la anterior; mas conservando la de los originales en aquellas voces características de la época á que pertenecen. En el texto no me he permitido ninguna libertad que lo desfigure, y solo tal vez habré mudado de sitio alguna palabra que por descuido ó mala correccion interrumpia la rima ó viciaba la medida de los versos. Pocas veces tambien se han intercalado algunos de estos, si faltaban para completar y hacer inteligible el sentido ó la frase, y eso casi siempre tomándolos de otro original impreso ó manuscrito que los contuviese. Tambien he usado con frecuencia de los apóstrofes ortográficos, cuando la *e* final de una partícula se suprime por empezar con ella la palabra siguiente.

Tal es el plan, el método y las miras que han presidido á esta nueva publicacion de los *Romanceros*, que ahora repito con el título de ROMANCERO GENERAL. En las observaciones generales y en las notas particulares que contiene, he expuesto y declarado mis doctrinas, mis juicios y conjeturas, y el aspecto

filosófico y literario con que concebí y realicé esta obra. Si la ejecución correspondiese, y lo dudo, al ímprobo y deslucido trabajo que hice en ella, habré sin duda duplicado el servicio importante hecho en pro de la patria literaria, y dado al público un tesoro de historia y tradiciones populares, de tal manera ordenadas, que facilitará su estudio evitándole el fastidio, y tal vez proporcionándole algún recreo. El sabio, el erudito, el filólogo y el crítico, hallarán en las viejas poesías un manantial de documentos á que aplicar su atencion y á que dedicar sus observaciones. El historiador filósofo encontrará recursos á propósito para investigar los ocultos resortes que influyeron en nuestra civilizacion, y la manera como descendimos desde la libertad política en que nos anticipamos á la Europa, hasta el establecimiento de la arbitrariedad, en que la acompañamos muy de cerca; y en fin, en las composiciones poéticas, hechas desde mediado el siglo xvi hasta el último tercio del xvii, podrán gozar é imitar los hombres de gusto y los poetas una multitud de modelos abundantes de bella, rica y briosa fantasía, que enaltecendo su imaginacion, le sirvan para engalanar su ingenio, prestándole medios fáciles, dulces, armoniosos y enérgicos de decir y expresar los pensamientos.

No bastando los grandes sacrificios que hice para reunir una coleccion completa de los documentos que me han servido de texto, he tenido que valerme del favor que algunos amigos amantes de las letras me han dispensado, ya prestándome materiales, ya dándome consejos, ya animándome á la empresa. Entre ellos debo mencionar especialmente al Sr. D. Jacobo María Parga, de quien en otra parte hice mencion; al actual ministro de Estado D. Pedro José Pidal, cuyos escritos y publicaciones llenas de filosófica y filológica erudicion, y sus amigables consejos, me han sido prodigados con amistosa franqueza; á mi ilustre amigo y protector D. Joaquin María Patiño, bibliotecario mayor que fué de la Nacional de Madrid, á quien he debido los adelantamientos en mi carrera; á D. Pascual Gayangos, juicioso literato y excelente arabista; á D. Justo Sancha, que posee una de las mejores colecciones de libros castellanos de poesia, y que la disfruta, no para adorno, sino para estudio y recreo del entendimiento; y á D. Serafin Calderon, distinguido y conocido escritor en todas materias. No ménos pruebas de celo y simpatías he recibido de algunos otros amigos, cuyos consejos y excitaciones me animaron grandemente; y entre ellos debe mencionarse nuestro modesto, pero apreciablesimo literato y compañero en la biblioteca Nacional de Madrid, el Sr. D. Eugenio Hartzenbusch.

Otros, y mas especialmente alguno muy versado en lo que á nuestra antigua bibliografía y filología concierne, pudieran haber ejecutado lo que con mucha desconfianza emprendí. Pero, pues no lo han hecho, discúlpese mi arrojo, y téngase en cuenta la constancia y noble desinterés que me animó á este trabajo, no tan del todo estéril, que haya sido inútil al estudio de nuestra literatura bajo el aspecto critico y filosófico con que lo he presentado.

Tampoco puedo omitir aquí los ilustres nombres de los sabios alemanes Bohl de Faber, Depping y Wolf. El primero, que nos concedió su amistad, fué el que con su *Floresta de rimas castellanas* nos inició en la idea de que era conveniente una clasificacion metódica en este género de trabajos; el segundo, con su *Romancero castellano y sus notas*, traducidas por el Sr. Alcalá Galiano, nos hizo admirar el punto altísimo á que en Alemania ha llegado el conocimiento de nuestra lengua, y la profunda manera de considerar nuestra historia. Las mismas cualidades y aun en mayor grado resaltan en el Sr. Wolf, y las ha manifestado en su publicacion de la *Rosa de romances*, y en su ensayo sobre los españoles, que acaba de publicar y que ha tenido la atencion de remitirme. A la verdad

que, por ignorar su lengua, no puedo juzgar de esta obra por ahora, y solo la conozco por un juicio diminuto y lijero que se ha publicado de ella en la *Nouvelle revue encyclopédique de Didot, deuxième année, septembre 1847*; pero esto basta para hacerme comprender los estudios profundos que ha hecho sobre este ramo de nuestra literatura, y las miras trascendentes á que lo ha elevado y en que mas de una vez hemos coincidido (21).

No ménos me ha sorprendido cuando llegó á mis manos, ya muy tarde, el *Romancero Espagnol* coleccionado y traducido por Hinnard, quien con lijereza aparente, y en verdad con inspiraciones profundas, ha considerado nuestros romances, y en ellos nuestra historia, sin pretensiones exageradas de anticuario, y la ha presentado bajo su verdadero aspecto filosófico y político. El cuadro, tal cual lo formó, es un bosquejo, pero lleno de pinceladas maestras que son otros tantos gérmenes de fecundos pensamientos.

Por lo demas, y en cuanto á mi obra, solo me resta decir: que á pesar de la conviccion íntima de utilidad que me la inspiró; que á pesar de las consideraciones profundas que han surgido del estudio necesario para realizarla; que á pesar de la imparcialidad á que he aspirado en mis juicios, desde ahora pido al público que no acepte á ciegas mis opiniones, que las examine y discuta severamente. ¿Quién sabe si una idea fija y sistemática habrá sido causa de mil errores? Quién si sutalizando demasiado habré creado diferencias que no existen entre los objetos? Quién si algun sentimiento de amor propio, oculto aun á mi conciencia, habrá influido en los juicios? ¡Mucho, mucho temo haber incurrido en errores involuntarios! Ni soy, como en otra parte he dicho, ni pretendo ser inspirado, ni maestro: aspiro solo á ser razonador, y á razonadores, no á discípulos me dirijo. ¿Quién es un hombre para enseñar dogmáticamente á otro hombre? Sumergido en un mar de dudas, sin datos completos, ni casi esperanza de adquirirlos capaces de resolverlas, suele tal vez desvanecer un error y cerrar la senda que á él conduce; pero ¿cómo lo hace frecuente, sino inventando otro error y abriendo otro camino de mayores desaciertos? ¿Dónde está la verdad absoluta, aquella verdad que mata todas las dudas, aquella que ciega todas las sendas del error? Solamente en la suprema Inteligencia, en la que es todo y lo contiene todo; en la que todo lo sabe y solo revela al hombre aquella parte de la verdad relativa, que le conviene, para que con la esperanza de completarla ponga en ejercicio sus facultades y cumpla su destino sobre la tierra.

(21) Despues de haber impreso este prólogo por via de ensayo, mi amigo D. Santiago Palacios me facilitó la traduccion que en obsequio mio tuvo la bondad de hacer de la obra del Sr. Wolf. Esta es un resumen crítico y filosófico de cuanto se ha escrito en España, en Alemania y en otros paises acerca de nuestros romances, lleno ademas de observaciones originales, que prueban profunda ciencia, estudio serio, extensos conocimientos, y un criterio claro, perspicaz y metódico de los orígenes de nuestra lengua y literatura. Parece imposible que un extranjero

pueda llevar á tan alto grado el conocimiento de una poesia y de un idioma tan diverso del que le es propio. Nada se le escapa al Sr. Wolf por delicado, por sutil que sea. Aun en aquellas ideas en que no hemos coincidido estoy indeciso y dudoso de mi acierto. Acaso el público y la ciencia ganaran mucho si en vez de mi trabajo propio le presentara el del sabio alemán: con gusto lo hiciera si yo fuese dueño y pudiera disponer de la traduccion que de esta obra me facilitó el Sr. Palacios.

APENDICE

sobre la clasificación de los romances considerados relativamente á las épocas á que se atribuye su composición, y al enlace que forman entre sí las diversas modificaciones que experimentaron en la tradicional y en la artística.

DESPUES de haber ordenado los romances por asuntos y materias, para dar una idea de la marcha que han seguido desde los mas antiguos que conocemos hasta mediar el siglo xvii, y para poderlos distinguir, conviene clasificarlos segun el carácter y aspecto que presentaron en las épocas en que se presumen hechos, y segun el espíritu que en ellos predomina. Antes, sin embargo, de proceder en este sentido á su clasificación, nos parece oportuno exponer las bases que sirven de apoyo á nuestra idea, para que aparezca clara y perspicua, ya que acaso sea incierta ó equivocada. Las series de romances que hemos reunido para la presente obra forman desde su principio una cadena no interrumpida de progresos intelectuales y de cambios en las ideas, pensamientos y lenguaje. Otro tanto sucede respecto á sus autores. La ilustración de la sociedad no es siempre igual, y sin duda la muchedumbre en los siglos medios distaba mucho de la de los siguientes. Así es que la diferencia entre los romances viejos y los de los ciegos, que los sustituyeron, procede de la que existía entre la civilización del vulgo, que los hacía, ó á quien se destinaban. Los asuntos de los romances vulgares nuevos podrán ser ménos nobles que los de los viejos; pero en su estilo, formas aparentes y lenguaje, no son tan rudos y bárbaros, porque el pueblo de su época era mas civilizado y mas artístico que en las anteriores. Y no se crea que tal diferencia existe solo entre las composiciones de diversas épocas, sino que tambien se advierte entre los de una misma, sin otra causa que el cantarse ú oírse por los habitantes de las ciudades, ó por la gente rústica y campesina (1). Esta, naturalmente desviada del roce y cultura de la otra, conservaba mas tiempo su ignorancia, y á duras penas se iba civilizando y recibiendo, no ya otros, sino sus antiguos cantares, algo alterados en su lenguaje y formas, pero muy semejantes en su espíritu.

En todos tiempos y circunstancias, en cualquiera grado de cultura que se halle la sociedad, es imposible que el comun de los que la constituyen sea de poetas. Los cantos populares, por bárbaros y sencillos que parezcan, siempre se realizan por personas mas dotadas de ingenio que el vulgo en general. En todas las sociedades nacientes el poeta se distingue de la multitud, ya que no por la ciencia adquirida, si por la que revela la naturaleza, y se desarrolla mas ó ménos entre ciertos hombres de organización privilegiada. Así es que los participantes de ella son propiedad del pueblo, al pueblo pertenecen y le personifican en sí propios. A los poetas de esta clase es á los que consideramos como autores de los romances populares primitivos. El progreso de la civilización rompe en fin, mas adelante, el círculo estrecho de los objetos que rodean materialmente á los individuos de la sociedad inculta, y los conduce á considerar otros mas distantes con que simpatizan, pero que conocen mal: entónces surgen los cantores y narradores populares de profesion, que se dedican á ordenar y satisfacer las nuevas necesidades de la muchedumbre, agregando un poco de ciencia á las inspiraciones toscas del ingenio natural é inartificioso. Estos son los cantos y los romances compuestos por los juglares. Sigue tras este tiempo otro de mayor cultura, en que se acumulan y complican las ideas á tal punto, que el vulgo no puede reunir las y expresarlas convenientemente; pero si comprenderlas tan luego como se le presentan formuladas y acomodadas á su alcance: en este caso aparecen los poetas eruditos, y luego los artísticos, que interpretan y desarrollan los instintos iniciados entre el vulgo, y le van completando la ciencia á que aspira. Los poetas primitivos, pues, y los juglares expresan la poesia natural del pueblo, la que el pueblo engendra y comunica; los eruditos y artísticos expresan aquella que la ciencia y el arte, habiéndola recibido de la multitud tosca y ruda, se la devuelve culta ya, pero siempre acomodada al mayor ó menor desarrollo de su civilización actual. Por ello, á dife-

(1) Es preciso entender que ni en todas ni en cada una de las épocas existía aislada la poesia popular, de la erudita y de la artística, pues marchaban á la par, aunque separadas entre sí. Al mismo tiempo que existieron los romances populares, se escribían los poemas del Cid, los de Berceo, y las obras de los trovadores cortesanos. Cuando SEPÚLVEDA publicaba sus romances, tambien Alonso de Fuentes escribía sus *Cuarenta cantos*; y cuando LOPE, GÓNGORA y los anónimos del *Romancero general* levantaban su vuelo poético, los romances vulgares los acompañaban celebrando los hechos contemporáneos, ó las hazañas

de los bandidos con los milagros de los santos. Y no solo esto, sino que tambien en el siglo xvi y el xvii, como en el xv, se vió marchar al mismo paso y á la par con la poesia popular, y la popularizada propiamente nacional, la sabia é imitada de los *Clásicos griegos, latinos é italianos*, introducida en aquel por los trovadores cortesanos, y en estos por Boscan, Garcilaso, Herrera, los Argensolas, etc., á quienes tambien siguieron los poetas artísticos populares que igualmente que romances, componían odas, canciones reales, sonetos, y aun poemas en octavas endecasílabas.

rencia de los imitadores de los clásicos griegos y latinos, llamamos poetas populares aun á los que hemos considerado como eruditos y artísticos, relativamente á la clase de literatura indígena que cultivaron ó que de ella procede.

OBSERVACIONES GENERALES.

No es posible fijar la época en que la poesía castellana adoptó la forma del romance : ningun documento histórico la acredita. Los códices mas remotos que tenemos conservan composiciones complicadas, que suponen en su confeccion arte y estudio; pero no existe en ellos ni un solo romance genuinamente popular, anterior al descubrimiento de la imprenta. Puede asegurarse que hasta la segunda década del siglo xvi no hemos visto ningun romance genuinamente primitivo, manuscrito ó impreso, pues los que nos restan de la última del xv pertenecen á poetas de profesion ó á trovadores cortesanos. En el *Cancionero general*, impreso en Valencia año de 1511, es donde aparece por primera vez un cortísimo número de romances viejos populares, hasta entónces conservados por tradicion, pero únicamente dedicados á servir de texto á las glosas ó trasmutaciones que de ellos hacian los poetas artísticos de la corte de Juan II ó de los Reyes Católicos.

Sin embargo, la poesía castellana por excelencia, con la forma de romance debió preceder entre el pueblo á la erudita y sabia hecha en versos largos ó imitados de los latinos ó de los provenzales, porque la naturaleza precede al arte, la espontaneidad al estudio, y la memoria á la escritura aplicada á las rudas producciones del vulgo. La medida del verso redondillo ú octosilavo es la primera que debieron encontrar nuestros versificadores inartificiosos, porque nace mas fácilmente que otra de la construccion é índole armónica de nuestra lengua y de la rotundidad de sus periodos. La combinacion métrica del romance es ademas muy favorable á las improvisaciones, pues su asimilacion á la prosa vulgar, la sencillez de su medida, sus pausas y música monótona, que facilitan la rima continua, y dan vagar al pensamiento para ordenar las ideas, su natural aptitud para la narracion de los hechos históricos considerados objetivamente, y para conservarlos en la memoria, todo indica que el romance fué ó debió ser el primer aliento musical y poético que exhaló entre nosotros un pueblo que necesitaba conservar su historia, sus recuerdos, sus impresiones, por medio de la tradicion oral, mientras ignorante del arte de la lectura y escritura, solo le quedaba el recurso de la memoria, facilitado por medio de la medida, de la rima y del canto, mas sencillos é inartificiosos, á que se prestaba su lengua casi informe en una época tan próxima á su primitiva formacion. ¿Y qué otra cosa pudiera hacer un pueblo donde los pocos que leian y escribian desdeñaban hasta el lenguaje del pueblo? Los cantos populares no penetraban en el palacio de los reyes ni en el gabinete de los sabios, que creyeran degradarse si echaran la mas leve mirada sobre la inculta naturaleza. Por eso los eruditos y preciados de una ciencia prestada y afectada abandonaron las inspiraciones espontáneas del ingenio, y huyeron de ellas como el florista caprichoso que en vez de cultivar las perfumadas flores naturales, prefiere producir artificialmente otras hechas de papel, bellas si se quiere, pero que carecen del suave olor y frescura de las naturales. La poesía popular nació sola por su propia virtud, por la necesidad de que naciese; creció entre el vulgo agreste: hija de su inteligencia y acomodada á ella, se conservó como por instinto, sin el arte, y á pesar del arte, hasta que al fin le penetró y le invadió de tal modo, que le impuso su indeleble sello y le obligó á trabajar para ella, á cultivarla y á tomarla por tipo. Entónces los poetas artísticos, haciéndose populares, excusaron al pueblo de tener los suyos propios, que ántes necesitaba, y se vió descender de su solio la poesía artificiosa y sabia, para unirse y amalgamarse con la que ántes desdeñó. Aunque á esta le negase la escritura durante muchos siglos sus auxilios, la memoria, como hemos dicho, la conservó trasmitiéndola de boca en boca, si no con aquella pureza primitiva de su origen inmediato, al ménos con las variantes que la palabra experimenta cuando no se escribe. De aquí procede que los romances tradicionales han sufrido la alteracion de voces inherente á su modo de transmitirse, y puede decirse que no han llegado á nosotros en toda su pureza. Como los juglares y cantores mas modernos conservaban la tradicion, debe suponerse que cambiaban las palabras antiguas y olvidadas por otras de su tiempo, que eran inteligibles á sus contemporáneos. Tambien es de inferir que ingiriesen en sus cantos algunas ideas nuevas, algunos pensamientos y costumbres de su época; pero separándose muy poco de los tipos antiguos: lo primero porque las ideas, los pensamientos y las costumbres se alteran mas lentamente que las palabras de una lengua que se va formando; y lo segundo porque, repro-

ducendo la tradicion conservada en obras ya hechas, dificilmente se apartaria la copia con exceso del original.

Si pues, fundados en las razones alegadas, admitimos la hipótesis de que el romance fué la primera forma con que apareció la poesia castellana popular, puede inferirse que es tan antiguo como el tiempo en que nuestra lengua rústica empezó á generalizarse y á constituir otra diversa del latin corrompido, que la produjo. En el monumento mas antiguo escrito que en nuestro idioma nos queda, es decir, en el *Poema del Cid*, y en la *Crónica general de España* que mandó hacer el rey D. Alonso el Sabio, en la del mismo Cid, y en otras varias, se hallan muchos y multiplicados fragmentos de romances intercalados; pero á los cuales se ha pretendido reducirlos á otro género de metro que el suyo propio, ó trasformarlos en prosa, rompiendo á veces su medida; pero mas frecuentemente escribiéndolos á línea tirada, como si prosa fuesen, y sin cuidar de disimular la rima, que conservan (2). Si esto no fuese casual, y no debe serlo, por la frecuencia con que se repite, pudiera creerse que los romances allí introducidos son muy anteriores á los poemas y á las crónicas que los contienen; y supuesto que aquel sea el documento gráfico mas remoto que poseemos escrito en lengua vulgar, los fragmentos de romances que encierra deben pertenecer á tiempos muy anteriores, y quizá contemporáneos á los hechos históricos á que se refieren, ó bien procedentes de otros cantos mas antiguos, que los sirvieron de original (3). En este último caso necesariamente habrán experimentado variantes, aunque ménos que todos los posteriores, que por tradicion oral se han conservado. De todas maneras, lo cierto es que aquellos fragmentos son anteriores á las obras que, tomándolos de la tradicion, los redujeron por primera vez á escritura, lo cual acaeció, segun los mejores críticos, antes de mediar el siglo xii: es decir, cuando ya existia un documento escrito en lengua vulgar, pero versificado imitando la medida de origen erudito. Y como en este se encuentran ya vestigios de romances hechos, y como no es natural que en los siglos anteriores no tuviese el pueblo poesia y poetas, tambien resulta una presuncion mas de que el romance pudo preceder á las otras formas de cantos mas difíciles y artificiosos, que se escribieron con preferencia á los vulgares.

Triste cosa es que hechos tan importantes no podamos fundarlos mas que en conjeturas; pero pues no alcanzamos mas, necesario es contentarnos con ellas, interin otros mas solícitos y afortunados puedan con documentos que nos son desconocidos, ó confirmar ó destruir la hipótesis establecida.

Hemos dicho ya que no es posible fijar el tiempo en que comenzaron nuestros romances viejos tradicionales; pero sí puede asegurarse que acabaron en fines de la primera mitad del siglo xvi. Hasta entónces no tenemos noticia de que se hubiesen escrito, sino el cortísimo número que accidentalmente, para texto de glosas ó como temas de otros artísticos se incluyeron en el *Cancionero general*. En la expresada época se empezaron á publicar algunos, imprimiéndolos en pliegos sueltos ú hojas volantes, que circularon entre el vulgo como ahora los de los ciegos, que han heredado la industria de los antiguos juglares. Así se fué formando un tesoro diseminado de poesías, entre las cuales se halla multitud de romances recogidos de la tradicion; pero no tan puros, que, ademas de las variantes consiguientes á la manera con que fuéron conservados por el pueblo y los juglares, no participen tambien de las que á sus editores les placia hacer so pretexto de modernizarlos y corregirlos. Puede pues presumirse, y casi asegurarse, que de la dicha época tradicional no nos quedan romances completamente conformes á su primitiva redaccion, aunque cada uno la haya conservado en infinitos fragmentos que no han sufrido cambio alguno.

(2) Del cap. lv de la *Crónica del Cid*, y su prosa descompuesta, resulta el fragmento siguiente, que si no es un romance exacto, da idea de cómo los antiguos cronistas los introducían en sus prosas.

Cid vos sabedes cuantos
E quiero vos agora rogar
Como amigo é como buen vasallo
Que vayades á Zamora.
A mi hermana Urraca Hernando
E que le digades otra vez
Me dé la villa por haber ó por cambio
E que la daré á Medina de Rioseco
Con todo el infantazgo,
E facerle he juramento
Con doce caballeros de mis vasallos
Que nunca seré contra ella, etc.

Compárese este fragmento de la *Crónica* con el romance número 768, tomado del *Romancero de Sepúlveda*, y se verá cuán poco distan entre sí, y cuán poco tuvo que trabajar el que hizo versos de la prosa, porque el cronista hizo prosa de los versos.

Ademas del fragmento arriba inserto hay otros muchos que igualmente se pueden reducir á romances. El Excmo. señor D. Pedro Pidal, que me le manifestó, tiene apuntados varios de igual clase.

(3) Aunque los mencionados fragmentos no existiesen en la crónica, no sería ménos cierto que habia romances anteriores, pues ella misma los menciona, ya para comprobar los hechos históricos, ó para desechar como fabulosas muchas de las tradiciones que contienen.

Despreciada la poesía popular por los trovadores, fiada únicamente á la memoria, ni el pueblo era bastante rico para conservarla en costosos códices, ni, aunque lo fuera, le podía ser útil, porque rudo é inculto ignoraba el arte de leer y de escribir. Contentábase pues con oír sus romances predilectos recitados por sus cantores y juglares, en las plazas y en las fiestas públicas, á cambio del óbolo que el pobre les alargaba. Pero como ya en el siglo xvi la imprenta habia disminuido considerablemente el valor de los escritos, y reduciéndolo poco mas ó ménos al precio que se daba al jugar por sus recitados; como por esta misma causa se fomentó la afición á la lectura, los impresores hicieron asunto de provecho y ganancia, el estampar todo cuanto podia producirse; y no poca debió ofrecerles el multiplicar las ediciones de los romances y poesías vulgares de que el pueblo gustaba y podia consumir á poco precio. Así se observa que no solo las hojas sueltas, primeros ensayos de la poesía popular impresa, sino tambien las copiosas y baratas colecciones de su clase que se publicaron despues ó poco ántes de mediar el siglo xvi, fueron especulaciones de libreros, mas bien que obras fomentadas por amor á la gloria. No así en los anteriores siglos, y particularmente en el xv, pues entónces los reyes, príncipes y los señores, por afición á la ciencia, hacian escribir en códices de lujo las obras célebres de los trovadores y de los sabios, empleando en ello la mano de diestros escribientes. Pero no el excesivo precio de estas obras era únicamente lo que las alejaba del pueblo, sino que ademas contribuía á ello el que su contenido no estaba al alcance de su inteligencia inculta, y era un fruto exótico y extraño al tipo característico del país: era una importacion del cultismo y sutileza metafísica de los trovadores provenzales. Impreso el *Cancionero general* en 1511, como sus poesías eran artísticas y eruditas exclusivamente, no fué inmediatamente buscado sino por la gente culta, aunque despues gran número de sus obras se popularizaron, reproduciéndose en muchas ediciones aumentadas con nuevas obras, y expurgadas de algunas poco decentes, hasta el año de 1575, en el cual se imprimió por última vez. El *Cancionero* conserva la poesía artística de los trovadores del siglo xv, así como el *Inédito de Baena* una buena parte de la de los del siglo anterior, siendo de notar que en este no hay un romance siquiera que sepamos, y en aquel tan pocos, que apenas ocupan algunas páginas. Todo prueba que ni aun la forma de tales composiciones se aceptó por los trovadores cultos hasta las últimas décadas del siglo xv, exceptuando alguno que otro iniciado entre las poesías que se atribuyen á Alfonso el Sabio. La parte pues de poesía popular y tradicional que nos queda, y que sin ellos se perdiera para siempre, debémosla á los editores de hojas volantes, y á los coleccionistas que recopilaron el *Cancionero*, las *Silvas*, las *Florestas*, etc., de romances. Los libreros de Búrgos, de Valladolid, de Sevilla y Granada, pueden considerarse pues como los conservadores de nuestra poesía vulgar. Pero no se crea que todo el contenido en los pliegos sueltos arriba mencionados y en estas colecciones pertenece á la poesía popular de tradicion, porque en ellas hay una parte que corresponde á la erudita y artística popularizada; ni se presume que todos los romances que á aquella corresponden se han conservado genuinamente como fueron en su origen, por mas que aparezcan inartificiosos; pues, como ya lo hemos dicho, casi todos han pasado por los juglares, son juglarescos y, por decirlo así, compuestos, alterados y reformados por hombres que se ocupaban y hacian profesion de cantarlos ó recitarlos al pueblo. Proceden de aquí las variantes de las diversas redacciones con que nos son conocidos.

Hechas estas advertencias, réstanos clasificar los romances con arreglo á su carácter esencial y particular, segun las épocas á que pertenecen ó se suponen pertenecer, y á las diversas trasformaciones que experimentaron desde sus primeros alientos épicos y puramente objetivos, á la perfeccion lírica, que adquirieron pasando de la ruda y general inspiracion del vulgo á la de los juglares, y de esta á la de los eruditos, de quienes recibieron los romances, aun toscos, los trovadores y poetas artísticos, para elevarlos á su mayor altura.

Considerando los romances bajo este aspecto, los dividimos en las ocho clases siguientes:

La primera, segunda y tercera corresponden á la época tradicional, y comprenden los que se consideran como copias exactas, ó mas ó ménos aproximadas, de su primitiva redaccion.

La cuarta, quinta y sexta pertenecen á la época erudita.

La séptima y octava á las verdaderamente artística y poética.

De las cualidades, carácter y esencia de cada una de ellas vamos á tratar ahora.

PRIMERA CLASE. (Época tradicional.)

Incluimos en ella los pocos romances que pueden considerarse, aunque dudosamente,

como primitivos, que pertenecen á la categoría de aquellos que muchas veces descompuestos en sus formas, sirvieron de texto á otras obras, ya en prosa ó ya en verso.

También admitimos en esta primera clase los romances cuyos originales se perdieron, pero que los juglares, á pesar de haberlos reformado, nos han conservado sin permitirse alterar en gran manera la tradición histórica de los hechos, sin desviarse del tipo nacional, y sin revestirlos con adornos y colores exóticos, propios de costumbres y civilización extrañas. A diferencia de los de la tercera, los romances de esta primera clase, aunque viciados por los juglares, aunque algo alterados en su primitivo texto, conservan siempre el sello de la nacionalidad íntegro, puro, y sin mezcla de extranjerismo: son los que mejor retratan nuestra civilización y conservan el origen de nuestra poesía. Libres de toda imitación científica, sin pretensiones eruditas ni artísticas, son rudos como los que los hacían, como los hechos que narraban, como la sociedad cuyo retrato eran. Aunque en su redacción actual los romances de la primera clase, que no se introdujeron disfrazados en el *Poema del Cid* ni en las crónicas, sean posteriores á dichas obras, muchos de sus fragmentos que han quedado ilesos descubren su origen anterior. Acaso no se intercalaron en ellas porque el asunto no lo exigía, ó si se hizo fué de un modo que es imposible conocerlos, por estar completamente reducidos á otro género de versos, ó á prosa pura.

Comparando estos romances con los fragmentos análogos que parecen mas antiguos y ménos alterados, se ve desde luego que la mayor parte de sus variantes consiste en haberse modernizado las palabras, pero no el giro de la frase, ni el orden y expresión de las ideas, ni el tipo de costumbres que retratan.

El carácter propio y peculiar de los de esta clase consiste en ser puramente objetivos, es decir, que en ellos solo aparecen los hechos narrados puros, sin reflexiones ni doctrinas, y casi sin descripción de escena. El poeta aparece únicamente como narrador, y de él no se percibe mas que el estilo y el orden con que ha colocado su pensamiento. Cuenta lo que pasa fuera de él, sin que deje traslucir sus propias impresiones: parece que ve y no piensa; es como un espejo que refleja y devuelve los objetos, sin que al devolverlos los modifique con una parte de sí mismo; es la memoria, que repite lo que conserva. Por eso estos romances carecen de entusiasmo lírico, de colorido y ornato fantástico, y si tal vez dejan traslucir algun rasgo de elevación épica, procede de hallarse contenida en los hechos mismos que narran. Tal es el tipo esencial de estos romances. En cuanto á las formas que los califican, dirémos que apenas se les percibe mas artificio que el de la medida y rima que les es propia y los distingue de la prosa pura, y aun eso conservadas cuando naturalmente y sin esfuerzo se presentan al improvisador; mas desobedecidas y cambiadas sin escrúpulo, si no se le ocurren pronto, ó tiene que vencer dificultades. Si alguna se le opone que pueda detenerle en su carrera, salta por ella, rompiendo la medida, cambiando la rima, ó en fin haciendo prosa cuando la dificultad no cede á tiempo. Esto es lo que se repara en los pocos romances de la primera clase, que se presumen primitivos; en cuanto á los de la misma transmitidos por los juglares, se observa un poco mas de artificio, y muchas veces para guardar la medida y la rima, el poeta ya vicia las voces, quitándolas ó añadiéndolas sílabas, ya cambia los acentos naturales, ya escribe, y pronuncia como mudas, vocales que no deben existir en las palabras; ya hace mudas las que no lo son, y ya en fin, si no puede otra cosa, hace lo mismo que hicieron los anteriores, es decir, que deja el arte y el trabajo á un lado, y sigue su narración como mejor puede. No es extraño que así fuese en una época de transición, en que el nuevo lenguaje comenzaba á existir, formándose como por instinto. Entónces el arte casi no influía en la formación de la lengua rústica que surgía del latín moribundo, pues aquella era un conjunto de ruinas hacinadas sin orden ni método previsto *á priori*, y sin otra base que la natural necesidad de adquirir medios de comunicar pensamientos sencillos, para lo cual con frecuencia el gesto y la entonación suplen á la falta de voces y al orden lógico. Nacidos los romances populares en esta época, expresándose en una jerga inculta, que solo hablaba el vulgo, se observa en los de los primeros tiempos mucho desorden y arbitrariedad en la manifestación de las ideas, y en el modo de enlazarlas para que formen un discurso terso y seguido. De aquí el suprimirse continuamente las conjunciones, de aquí lo corto de las pausas en los periodos, lo aislado de los pensamientos y las repentinas transiciones; de aquí también que los romances viejos pasan de la narración seguida al diálogo, y del diálogo al drama, convirtiéndose los personajes épicos en interlocutores, y la narración en acción mas ó ménos viva, miéntras el improvisador popular hallaba medios de volver á la senda narrativa, valiéndose de frases convencionales, de muletillas aceptadas, y de frecuentes ripios, que le daban tiempo y aliento para continuar su obra bajo el aspecto comenzado.

SEGUNDA CLASE. (*Época tradicional.*)

Fórmase también esta clase con ciertos romances, que por su tipo árabe español, de que conservan vestigios profundos, pertenecen á nuestra historia tradicional y de la comunicacion próxima con los moros. Procedentes de una civilizaci6n mas culta que la que alcanzábamos ent6nces, estaban predestinados á influir poderosamente en el sistema poético que despues resultó por haberse combinado diversos elementos. Eran eminentemente populares en su origen y respecto á la época en que nacieron, pues halagaban los instintos nacionales, presentando cuadros de las costumbres de un pueblo que con nosotros, aunque en continua guerra, vivía, y cuyo valor y cultura no nos eran del todo extraños. En su esencia estos romances difieren de los de la primera y tercera clase por su tono mas lírico, fantástico y sentimental, y por el mejor y mas brillante colorido que los anima. En sus formas materiales se diferencian de los de las mismas por su versificaci6n mas esmerada. Parte de ellos los hemos incluido en la primera y segunda secci6n de los moriscos novelescos, y parte en los históricos de aquellas épocas que les prestan el asunto, ya sea verdadero, ó ya tradicional aunque fabuloso. Ninguno de ellos nos parece anterior al siglo xv.

TERCERA CLASE. (*Época tradicional.*)

Contemporáneos, si no mas antiguos que los de la primera, son los romances de esta tercera clase. Debe considerárseles como exclusivamente hechos por los juglares bajo el influjo de un tipo de imitaci6n diverso del nacional, aunque asimilado á él en las formas de locuci6n. Formados sobre asuntos extraños á nuestra historia y costumbres indígenas, calcados sobre tradiciones y crónicas escritas en otra lengua, y sobre hechos, históricos ó fabulosos, propios de otra civilizaci6n, suponían cuando ménos el estudio, el arte y la observaci6n empleados sobre objetos lejanos, y adquiridos por la lectura de obras propias de otras sociedades. En los romances de la primera clase, aun los que pasaban por los juglares de profesi6n, nuestro pueblo se veía á sí propio retratado, pues él era el modelo que imitaban los cantores de sus glorias, de sus hazañas y de sus pensamientos. En los de la tercera clase se presentan solamente copias de modelos desconocidos al vulgo, de cuya verdad no podía juzgar sino por una asimilaci6n lejana y por una ciencia de hechos y de objetos que nuestro pueblo no veía á su lado ni por sus ojos, sino por medio de la erudici6n que sus juglares adquirieron en los libros, ó las noticias que de sí mismos les comunicaban los extraños. Los juglares dedicados á cantar asuntos de la Biblia, de la historia antigua anterior á los siglos medios, y de los tiempos y países completamente feudales, crearon para nosotros la tercera clase de romances contenidos también en la época tradicional. Rudos todavía, pero mas eruditos que los de la primera, iban ensanchando el círculo de la poesía popular, sin extralimitarse tanto que pudiera confundírsela con la erudita, y ménos con la artística. Aceptada por el pueblo esta clase de romances, y extendida la afici6n á ellos, sucedió lo que era de esperar, á saber: que desde luego comenzó á alterarse la poesía indígena en su esencia, ya que no en sus formas, admitiendo una idealidad extraña, que falseó su primitivo carácter, revistiendo los hechos, y aun los personajes nacionales, de un colorido exótico que, amalgamándose mas tarde con nuestros hábitos, facilitó sobradamente los cambios experimentados en el giro que tomó nuestra sociedad.

Diferénciase esta clase de romances de los de la primera en que, siendo obra de juglares de profesi6n, y suponiendo por eso en sus autores alguna lectura, emplearon en ellos mayor esmero en versificarlos y en ordenarlos. Así se ve que los juglares aparecen tal vez razonadores por su cuenta, tomando una parte personal y subjetiva en los asuntos, y atreviéndose á hacer reflexiones y á emitir máximas propias, aunque deducidas del objeto épico que se proponían en sus cantos. Verdad es que, siendo cortísimo el número de tales digresiones, no bastan para caracterizar la tercera clase de romances tradicionales, ni á considerarlos como un género diverso de los de la primera; mas no dejan, con todo, de ser un paso pequeño que daba la poesía popular hácia el elemento subjetivo, lírico y descriptivo, á que llegó despues la erudita y la artística. Respecto al lenguaje, al giro de la frase, á la locuci6n y expresi6n de los pensamientos, los romances de esta clase se identifican con los de aquella, tanto mas cuanto á pesar de estar tomados de modelos extraños, los poetas no podían prescindir de asimilarlos en alguna manera á los hábitos y costumbres patrias, en cuyo elemento vivían. Por eso nuestro *Bernardo del Carpio* no es exactamente el *Roldán francés*, sino una imitaci6n suya, bastante libre y acomodada al carácter propio del *feudalismo español*, tal como llegó á ser.

ÉPOCA ERUDITA.

Luego que la poesía tradicional llegó á convertirse en escrita, fuéron desapareciendo los juglares que la conservaron, y con ellos la creacion de cosas nuevas que alimentasen la curiosidad y el interes que el pueblo dispensaba á las cosas antiguas. En tal estado de cosas, la poesía directamente popular, reducida á no producir nada original y nuevo, hubiera desaparecido, si algunos, cansados de la erudita del siglo xv y amantes de las glorias nacionales, no se hubiesen apoderado de los romances viejos para devolvérselos al pueblo, y resucitar en él la afición á los hechos nacionales. En vez de crear un nuevo genero de poesía, imitaron los romances antiguos y los reprodujeron bajo sus mismas formas; pero despojándolos de aquella parte fabulosa que creían afearlos y separarlos de una crítica racional. Haciéndolo así, no advirtieron que privaban á la antigua poesía de su interes, y que concretándola á hechos reales, la despojaban del espíritu vivificante que le era propio, y del calor que anima la existencia de los pueblos y los distingue unos de otros. Pues qué, ¿la fe y las creencias, y hasta las supersticiones, no son una parte esencialísima de la historia? No constituyen su verdad tambien? No influyen en los hechos? No los explican, haciendo remontar el espíritu hasta las causas de las acciones, que aisladas no son la historia, sino un catálogo de sucesos sin animacion ni vida? Afortunadamente para la historia, los que imitando los romances viejos los expurgaron, eran buenos creyentes, tanto como las crónicas que les sirvieron de guia para despojarlos de su parte llamada fabulosa, y como á esta guia habian servido de documentos los romances viejos, en poco les podia empecer la pretendida reforma.

Si aquellos, reducidos á prosa, ó teniéndolos á la vista sirvieron de texto ó fuéron citados en las mas antiguas crónicas, en la época erudita sucedió lo contrario, pues de ellas, reducidas á rima y medida, se formaron los que la pertenecen. Poco antes de mediar el siglo xvi, aparecieron los eruditos que intentaron reproducir nuestros romances viejos, imitándolos con inseguro criterio, y que rimando, no poetizando, las crónicas, arreglaron á su contexto las tradiciones conservadas en los cantos populares, despojados de la parte que entónces se graduaba como fabulosa aun por los autores de ellas. LORENZO DE SEPÚLVEDA, que por cierto no era ni buen poeta ni buen rimador, fué el primero que publicó una coleccion de romances de la clase de que hablamos, parte suyos, y parte de un caballero cuyo nombre reserva, con título de *Romances nuevamente sacados de las historias antiguas, de la crónica de España*, etc. Con alguna mas libertad, ensanche y mas arte produjeron romances semejantes y de igual clase varios poetas, y entre ellos JUAN TIMONEDA, que intercaló algunos suyos en las antologías publicadas con el título de *Rosa de amores, Rosa española, Rosa gentil, y Rosa real*, que fueran perdidas para la literatura, sin el feliz hallazgo que de ellas hizo en la biblioteca real de Viena, y el solícito esmero con que ha reimpresso aquellas composiciones que solo en ellas se encuentran, el sabio y erudito alemán D. Fernando José Wolf, cuyos trabajos sobre los romances españoles son inapreciables, y coinciden en gran manera con los nuestros.

Ya en el párrafo anterior se ha dicho lo que caracteriza y distingue la época erudita de la tradicional; ahora falta discurrir sobre la cuarta y quinta clase de romances contenidos en aquella.

CUARTA CLASE. (Época erudita.)

Las composiciones que contiene se hicieron, no por gente ruda é iletrada, ni por rústicos juglares, sino por personas un tanto peritas en la ciencia histórica, que artificiosamente imitaban la poesía popular primitiva, y que afectaban su lenguaje. Ligados á una pauta fija, sus romances eran prosa mal rimada, copia servil de ajenos pensamientos, que excusaba y aun prohibia toda invencion, y que, como carecia de libertad, cortaba el vuelo del ingenio.

Los romances de esta clase conservan las formas exteriores de los tradicionales, pero no el espíritu vivaz que produce la espontánea y directa imitacion de la naturaleza. Dejan percibir que el arte pugna contra la perfeccion, y que retrocede hasta el punto de proponerse por modelo la imitacion de un lenguaje y de una frase pertenecientes á otro tiempo muy remoto y apartado de aquel en que se escribian. Pero esta misma y afectada intencion descubre el artificio, pues por falta de criterio en los que la tenian, mezclan en sus obras palabras y frases mas modernas al lado de las antiguas, resultando de ello un continuo anacronismo de locucion y de estilo. Aunque estos romances conservan la forma objetiva del elemento épico, ya los poetas, con mas frecuencia que en los verdaderamente viejos, aceptan la subjetiva, y aparecen en la accion como comentadores y doctrinistas, mezclando su individualidad con los hechos que narran.

QUINTA CLASE. (*Época erudita.*)

Muy semejante á la anterior, se la distingue sin embargo por su mayor libertad y por prevalecer en ella con mas frecuencia el elemento subjetivo. Los poetas que la cultivaron la impusieron el sello de la actualidad, desechando la imitacion del lenguaje de las crónicas, y las construcciones de los romances viejos. Así debió ser en efecto, pues dedicada al pueblo, y para él creada, debia, para vulgarizarse, adoptar la lengua entónces usual.

SEXTA CLASE. (*Época erudita.*)

Dedicada á asuntos históricos contemporáneos, expresados segun el estado de civilizacion del pueblo, se usa en ellos el lenguaje propio del tiempo en que se compusieron. Son pues para su época lo que los de la primera clase para la suya, pero calcados muchos sobre documentos oficiales en prosa, ó sobre noticias que circulaban, participan del espíritu de los de la cuarta clase. En efecto, pertenecen á los de la primera, porque refiriendo hechos acaecidos en la época misma ó próxima de su composicion, puede considerárellos como inspiraciones de actualidad, como primitivos y de primera mano, tanto mas cuanto, habiéndose escrito ó impreso desde luego, han llegado á nosotros sin las alteraciones inherentes á los de tradicion oral. El espíritu y pauta prosaica, sobre cuya letra se formaron, los aproxima á los de la cuarta clase, hechos, como ellos, para vulgarizar la historia. Atendiendo ademas á las formas subjetivas y líricas que afectan, puede considerarse á los romances de esta sexta clase como el eslabon de la cadena que une la época erudita con la artística, porque de los elementos de ambas participa.

Caracterízalos especialmente el prosaismo de que por su origen adolecen; su mayor artificio en la rima y la medida, exigido por los progresos que, introducidos en el pueblo, le hacian ménos rudo y mas civilizado que el de tiempos mas remotos. Tambien se distinguen por la intencion que manifiestan de elevarse al tono épico y lírico de la época artística que á su lado nacia, supliendo así la parte maravillosa antigua que la mayor civilizacion habia eliminado de la fe y la credulidad popular. A falta de estas, los poetas vulgares del tiempo, los que aspiraban á serlo del pueblo, deseosos de brillar ante sus oyentes ó lectores, equivocando el camino, sustituyeron á la ruda, pero sustanciosa sencillez antigua, los desvarios de una erudicion pedantesca é hinchada, los colores exagerados y de peor gusto, y en fin el vacío de las ideas y pensamientos disfrazados por una ciencia incompleta, indigesta y falsa. Los antiguos juglares eran ignorantes de buena fe, y no tenian necesidad de ocultarlo; pero los modernos, aspirando á ser tenidos por sabios, eran fastidiosos y afectados. Siempre á la ignorancia sucede una época de falso saber, de pedantescas pretensiones. Tal es la marcha de las sociedades en su civilizacion. Por eso estas malas composiciones que señalan el camino que sigue la ciencia, son útiles á la historia de la literatura y de la sociedad. Hállanse las de esta clase en todas las antologias posteriores á la mitad última del siglo xvi, ya porque se publicaron en las primeras ediciones, ya porque en las siguientes se añadieron, ó porque se recopilaron en otros libros hechos ex profeso, ó se incluyeron en hojas volantes anteriores ó posteriores para venderse y propagarlas entre el vulgo por los ciegos, que heredaron el oficio de los juglares.

ÉPOCA ARTÍSTICA.

Contiénense aquí las clases séptima y octava de los romances castellanos, y en ellas se ve la marcha que siguieron desde sus primeros pasos artísticos á su apogeo y á su declinacion.

SÉTIMA CLASE. (*Época artística.*)

Hemos dicho en otra parte que hasta el último tercio del siglo xv los poetas cultos y cortesanos, es decir, los trovadores, no adoptaron la forma del romance para versificar sus obras. Hasta entónces fué una composicion puramente popular, nunca escrita. Pero ya JUAN DEL ENCINA y algunos otros versificadores artísticos se atrevieron á componerlos, ó por mejor decir, á amoldar á sus formas la poesia culta que imitaban de los provenzales é italianos. Ininteligibles para el pueblo, la sutil metafísica, las pretensiones filosóficas, las artificiosas ideas y pensamientos que á nuestros trovadores sugerian semejantes modelos, no podian ser populares los romances hechos bajo los auspicios de una idealidad poética, hija de imitacion extraña y de un arte estudiado, no aplicado á lo que esencialmente era nuestro y nos caracterizaba. Tal vez algunos de ellos descendieron desde su altura y fueron aceptados por el vulgo, bien porque para eso los hicieron sus autores, ocultando la ciencia y el arte, ó porque glosaban, imitaban ó contrahacian los romances

viejos, y estaban impregnados de ideas caballerescas muy gratas al espíritu generoso de la nación. El mayor número de las composiciones de esta clase son devotas, místicas, doctrinales, alegóricas y amatorias: en todas ellas se manifiesta claramente el artificio de su estructura, de su estilo, de su versificación. Distingúense en general por un espíritu discutidor que los domina; por la sutileza exquisita y buscada de los pensamientos, y por una afectación paradójica é indefinible en la expresión de las ideas, que parece se escapan á la misma inteligencia que las produce. El elemento lírico prepondera en todos ellos sobre el épico, y el poeta ó sus íntimos sentimientos son el asunto sobre que versan en general.

OCTAVA CLASE. (*Época artística.*)

Llegó el tiempo de la perfección, donde los poetas inspirados por el ingenio emplearon decididamente el arte, y bebiendo en las fuentes de la nacionalidad, y apoderándose de todos los medios que contenía una adelantada civilización, formaron con ellos un completo sistema poético. Los antiguos poetas cultos habían desdeñado la poesía popular; mas eruditos que inspirados, se propusieron imitar originales exóticos. Al contrario, los de la nueva escuela, llevada al colmo de perfección en el último tercio del siglo xvi, no quisieron destruir la poesía del pueblo, antes bien la adoptaron como el mejor y principal elemento de la que se levantaba. En el manantial de los romances y canciones viejas y vulgares bebieron los primeros poetas del siglo xvi y xvii el espíritu nacional que animó sus cantos, y con que cultivaron el ingenio popular hasta el punto de inspirarle y hacerle comprensibles las bellas formas de la buena poesía. Ignorados y desatendidos por el vulgo, y privado este de sus cantores propios, se vió reducido á no obtener nada nuevo que sustentase su afición, y á contentarse con los cantos antiguos, ya desvirtuados con el tiempo, y tal vez con algunos de la época erudita que, lejos de rejuvenecerlos, los reproducían despojados de su originalidad y de su natural sencillez.

El intervalo que media desde la clase séptima artística del siglo xv, hasta la octava de las últimas décadas del xvi, se llenó con los romances de la sexta, medio eruditos y medio artísticos. En este tiempo el vulgo, privado de sus poetas propios, se vió reducido, para obtener algo nuevo, á entregarse al espíritu de pedantería que sucede al de ignorancia, y como ya participaba de aquella, fácilmente se popularizaron las composiciones que adolecían de este vicio. Los romances viejos y sus imitaciones, escritos en un lenguaje de otra época remota, no los entendía el pueblo; los de los trovadores del siglo xv le eran extraños además, y los verdaderamente artísticos de la escuela nueva y nacional apenas comenzaban á existir. Quedábanle pues al vulgo únicamente y al alcance de su actual inteligencia los de la sexta clase, que, como hemos dicho, eran para su tiempo lo que fueron los viejos para el suyo. En tal grado de esterilidad los grandes y aun los medianos poetas de fines del siglo xvi, que dirigían sus cantos á un pueblo ya mas instruido y culto, se apoderaron del espíritu nacional que dominaba en los antiguos romances, los despojaron de su rústica barbarie, los inocularon con cuanta ciencia, gusto y cultura se empezaba á vulgarizar, y los adornaron con todas las galas del lirismo capaces de hacerlos aptos á expresar las mas altas creaciones del ingenio. Ya fuesen los nuevos romances, moriscos, caballerescos, históricos, vulgares, amatorios, satíricos, doctrinales ó de cualquier género, hacia el poeta preponderar en sus obras el elemento lírico, y se proponía casi siempre retratar sus propias impresiones, sus íntimos sentimientos, mas bien que los hechos y los objetos que le rodeaban independientemente de su identidad. Verdaderamente que haciéndolo así obedecían al espíritu de la sociedad, de su época, y daban vida y relieve al sistema poético que se formó con los elementos de las antiguas escuelas. Esta obra magnífica del tiempo y de la naturaleza se hallaba diseminada y sin un centro de unión; pero, adivinada por el arte, se logró sacarla del embrion y del caos que la oscurecía. Los poetas que para nacionalizar la nueva poesía, la dedujeron de los elementos de la antigua, amalgamándola con los adelantamientos de la cultura contemporánea, y tomando de ella lo que estaba ya al alcance del pueblo, empezaron á despojar el romance primitivo y vulgar de su natural rudeza, á suavizar con arte sus asperezas, formas de lenguaje y locución, y en fin, á dedicarlo á expresar pasiones, sentimientos é ideas de un modo elevado y digno. Sin embargo, los primeros que á ellos se dedicaron, sin duda porque aun el arte no tenía reglas fijas, incidieron con frecuencia, no solo en los defectos propios de los romances de tradición, sino tambien en los que pertenecen á la época erudita. Por eso se observan todavía en sus obras mucho descuido y desaliño en el lenguaje, harta hinchazón de estilo, un gusto defectuoso y poco delicado, y demasiado prurito de ostentar una ciencia mal digerida é inoportunamente exagerada. Pueden contarse en el número de estos poetas iniciadores de la nueva escuela popular, á PEDRO DE PADILLA, á

LÚCAS RODRIGUEZ, á LOBO LASO DE LA VEGA, y á otros muchos que en sus obras particulares, ó en el *Romancero general* y colecciones posteriores, publicaron romances, ya á su nombre, ó ya anónimos.

Pero luego que el romance se emancipó de las trabas que le ataban, luego que se conaturalizó con el arte sin empecer á la espontaneidad de la inspiracion natural, luego en fin que de él se apoderaron los grandes ingenios que, como LOPE y GÓNGORA, brillaron desde fines del siglo XVI, se revistió de todas las galas de la poesia, sirvió de elemento al drama nacional, y de tal manera poetizó al pueblo, que hasta las clases mas incultas acudian al teatro y se dedicaban á componer romances. Estos llegaron pues otra vez á ser el depósito de la poesia popular, y la contraposicion de la sabia y clásica, que al propio tiempo Boscan, Garcilaso, Luis de Leon, Herrera y Rioja llevaban á su mayor altura, y daban con ella elementos que, aceptados por los romanceristas, se inoculaban hasta en el vulgo, puliendo su gusto y su inteligencia. Fatalmente la briosa juventud de nuestra poesia nacional tenia muy cerca su mortaja, y se revistió con ella cuando en el siglo XVII la nacion decadente se olvidó de sus triunfos, de sus glorias, y dejó caer de sus manos inertes el cetro del poder con que en el mundo dominara, y la lira encantadora que fué modelo y delicia de los hombres. Los mismos grandes ingenios que elevaron la poesia nacional, desde el primer día la pusieron en la senda del retroceso, la impregnaron del mal gusto, de la ominosa afectacion, que la hiere de muerte, y de cuantos vicios pudieran degradarla. El culteranismo de Góngora, exagerando el de los trovadores antiguos, invadió hasta los grandes ingenios; pero mientras ellos existieron, las inspiraciones eminentemente poéticas bastaron á paliar sus defectos; y Lope, Tirso, Calderon y otros muchos, aun cuando gongorizaban, despedian destellos de brillante y noble poesia. No así los que les sucedieron, pues faltándoles el estro creador y el tacto delicado que producen el arte y la buena critica, se abandonaron á una imitacion servil de todo lo que era vicioso y corrompido, sin acertar á conocer lo bueno, ni ménos á realizarlo. ¿Quién, treinta años ántes de esta catástrofe, hubiera creído que se degradase la buena é inspirada poesia, hasta el punto de hacer preferible la del vulgo, la de los ciegos? Los romances vulgares á lo ménos conservaron cierta naturalidad, cierto interes palpitante, de que carecian las obras afectadas, viciosas y pedantescas de los poetas artísticos que desde fines del siglo XVII hasta casi mediar el XVIII cultivaron las musas españolas. Tal fué el destino de aquella inspiracion divina que animó los grandes ingenios que crearon y ensalzaron pocos años ántes la poesia castellana. Esto prueba que el pueblo se corrompe ménos pronto que los sabios, y que la ignorancia yerra ménos completamente que la falsa y orgullosa ciencia que, por distinguirse del vulgo en demasia, se lanza fuera de la naturaleza para buscar caminos torcidos y laberintos sin salida.

Los libros y fuentes donde se hallan los romances de la octava clase, desde su nacimiento hasta su apogeo, desde su apogeo hasta su ruina total, son principalmente el *Romancero general* y los *Romancerillos* que ántes se publicaron y despues se reunieron á él, formando las siete primeras partes de las trece que contiene en su totalidad; la *Segunda parte del Romancero general* y *Flor de diversa poesia*, que publicó Miguel de Madrigal; y otras varias colecciones de igual clase posteriormente publicadas.

Del catálogo bibliográfico que insertaremos, y del exámen crítico de sus artículos, resultará el valor de cada uno, y las épocas y clases á que pertenecen los romances en ellos contenidos.

Hé aquí expuesto cuanto hemos pensado ó aprendido de otros acerca de la incierta y vaga clasificacion que ha motivado este apéndice. Los fundamentos de ella son casi todos formados sobre un criterio de íntima conciencia, que quizá haya interpretado con error los hechos, pero siempre con buena fe y con deseo del acierto. Frutos estos trabajos de nuestras propias observaciones y del estudio crítico de las ajenas, hecho para aceptarlas, modificarlas ó desecharlas, los presentamos al público llenos de desconfianza; pero seguros de que alguna verdad contendrán que pueda ser útil y abrir caminos poco trillados á la buena critica, para ensayarse ventajosamente en consideraciones filosóficas y trascendentales sobre la literatura en general, y sobre la nuestra especialmente.

DISCURSO PRELIMINAR (*).

El amor á las cosas de mi patria me ha sostenido hasta el fin en la empresa, tan útil para el público, como árdua, difícil y poco brillante para mí, de coleccionar los *Romanceros* que llevo publicados. Teniendo que transigir con una generacion educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los romances moriscos, ántes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico. Redactando nuestros antiguos romances, he procurado presentarlos como propios para el estudio filosófico de la historia del arte, de los progresos de la lengua, del carácter de nuestra poesia original, y del de la nacion á que pertenece. Si acabo pues mi tarea por donde pudo empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginacion de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que ofreciendo rosas ántes que espinas, no rechace los ánimos ni los retraiga de la lectura. Es muy fácil salvar el corto inconveniente que resulta de mi sistema, colocando los *Romanceros* en un orden inverso á su publicacion (**).

En las advertencias y prólogos puestos al frente de cada uno de los que preceden, he manifestado mis ideas sobre el género de poesia que contienen, y ahora me parece oportuno exponer mis conjeturas sobre el origen y antigüedad de nuestros romances, y acerca de los libros de caballeria donde algunos han tomado su peculiar carácter.

Escéptico y tolerante en materias opinables, nada ambicioso de gloria literaria, y tan poco seguro del acierto mio como del de los demas, diré no obstante lo que me parece, sin aspirar á erigirme déspota en el imperio de la razon, adoptando el intolerable dogmatismo con que los sabios preciados de serlo llenan de espinas, por su severa acrimonia, la senda de la literatura y del saber. Así en estas materias como en las que versan sobre la razon del gusto, se halla la verdad en un continuo problema, que no es posible resolver por falta de datos suficientes para ello; datos que á veces quien mas presume poseerlos mas se equivoca. El convencimiento intimo de tenerlos todos, sostenido por el amor propio, impide conocer y buscar los que faltan, y dando margen á una intolerancia insostenible, produce amargas disputas que convierten el templo de Minerva en crudo campo de batalla.

Después de tan franca é ingenua confesion sobre mi continua incertidumbre en materias opinables, sin temor ni voluntad de ofender á nadie, expondré lo que me parece acerca de cuán probable es que el romance antiguo castellano haya sido la primitiva combinacion métrica adoptada por nuestros antepasados para conservar la memoria de sus sentimientos, sus fastos, sus fábulas, y de su modo social de existir.

Difícil, si no imposible, es determinar cuándo las lenguas modernas, emancipándose de la latina, se vulgarizaron y constituyeron con formas esencialmente distintas de las de aquella. Observando empero la marcha de la naturaleza y de la necesidad en ocasiones semejantes, puede presumirse algo sobre el modo y tiempo de su formacion. Esta empezaria con la conquista del imperio del Occidente por las naciones bárbaras del Norte (***). Desde entónces la lengua latina vulgar comenzó sin duda á decaer, degenerar y adelterarse, cediendo en su construccion difícil y complicada á la ruda inteligencia de los conquistadores (vid. nota 2). Corrompida desde luego en las palabras, adoptó tambien la sencilla sintaxis de las lenguas bárbaras del Norte, y perdió la prosodia rica y sonora, propia de los idiomas de origen oriental.

Creáronse las lenguas rústicas (1) corrompiendo la pronunciacion latina, alterando el sonido de las letras, y formando sus nombres sustanciales, cualificativos, y aun sus verbos, ya solo de las raíces (2), ó ya de las desinencias de algun caso ó tiempo correspon-

(*) Este discurso se puso al frente del *Romancero de romances caballerescos é históricos*, que publiqué en 1852 á continuacion del de *Moriscos*, del de *Doctrinales* etc. y del *Cancionero*, ántes publicados desde 1828.

(**) Al fin de cada *Romancero* constan las fuentes de donde lo he coleccionado, y segun las indicaciones que hago en este discurso, con facilidad se alcanzará el orden posible cronológico que deberia darse á mi obra.

(***) Algunos sabios filósofos han creído sin embargo

que en Italia existió una lengua rústica ó vulgar, que precedió y luego coexistió con la latina culta y perfecta.

(1) Así llamaremos las diferentes jergas que se formaron corrompiendo la prosodia, pronunciacion y sintaxis latina.

(2) La *Provenzal*: Así esta lengua como la *francica* ó *theotisca* existian ya á los principios de la monarquia francesa. La primera debió nacer entre los godos que ocuparon el norte de España y el mediodia de Francia: se encuentran ya vestigios y formacion de algunas palabras suyas en documentos la-

diente á la lengua madre (5). La diferencia constante y mas esencial, entre las lenguas modernas de origen latino y este idioma, consiste : 1.º en haber aquellas suprimido la declinacion del nombre; 2.º en haber usado la anteposicion de particulas para distinguir los casos; 3.º en que adoptaron artículos determinativos del género y las relaciones; y 4.º en haber suplido la conjugacion directa de la voz pasiva con la union del auxiliar al participio pasado de los verbos.

Reparable es que en todas estas lenguas (4) se encuentra una pronunciacion mas abierta, mas semejante á la originaria y ménos contraida, cuanto mas al mediodía se acercan los pueblos que las hablan, probándose así cuánto influye el clima sobre los órganos bocales, guturales y auditivos. Exceptuase empero la lengua provenzal, que para su construccion adoptó solo las raíces latinas, por lo cual, y por haber sido formada la primera, pudo servir de paso intermedio á las demas. Tanto unas como otras fueron antes que verdaderas lenguas unas jergas informes creadas al modo de las que hoy llamamos *algarabías* ó *francas*, y que sirven para comunicarse los pueblos que hablan diferentes idiomas.

Formáronse en España, como en otras partes, varias de estas jergas ó lenguas rústicas, y entre ellas sin duda la que, cultivada y perfeccionada, constituyó la hoy dominante, á saber : la castellana. Hija como aquellas de la necesidad, ruda é incompleta al principio como todas, solo pudo emplearse para entablar las mas indispensables comunicaciones entre conquistadores y conquistados. Corrompidos estos, no tuvieron mas fuerza para conservar su idioma que para defender sus hogares; y bárbaros aquellos, ni quisieron ni pudieron estudiar un idioma que, fuera de ser complicado y difícil, tenia contra sí la prevencion de pertenecer á un pueblo vencido y degradado. No acomodándose pues los unos á luchar con las dificultades del idioma latino, ni los otros á la rudeza y pobreza de la lenguas del Norte, resultó en cada país el triunfo final de la lengua rústica que mas cultivada y extendida se hallaba, y con él la ruina no solo de sus iguales, sino la de las que les sirvieron de elementos.

Ningun monumento nos queda, anterior á la invasion de los moros, escrito en la lengua rústica (5), que luego perfecta se llamó castellana; pero los antiguos romances narrativos que nos restan, aunque muy posteriores á dicha época, y modernizados ó alterados por la tradicion oral, conservan todavia un lenguaje tan rudo y una construccion tan bárbara, que deja inferir cuán informe y desaliñada seria la lengua empleada en composiciones anteriores á ellos (*véase la nota 10 añadida á este discurso*).

Inútil é imposible de averiguar sería si los pueblos primitivos, despues de descubiertos los alfabetos, los emplearon en escribir poemas antes que crónicas, ó versos antes que prosa; mas lo cierto es, que todas ó casi todas las tradiciones civiles y religiosas sobre el origen de las sociedades se nos han conservado en un lenguaje métrico, porque siendo este un instrumento muy á propósito para imprimir fácilmente en la memoria lo que se queria encomendarla, debió suplir al arte de la escritura miéntras fué ignorado ó poco comun (6). Cadencia y armonia, y por consiguiente versificacion y canto : hé aquí

linos muy antiguos. Ademas de hallarse prevenido en varios concilios que las predicationes é instrucciones religiosas se hiciesen en las lenguas rústicas, ya en el siglo vii, segun Meyer, se sabe que el obispo de Tournay y de Montmolín, electo por muerte de San Eloy, era hombre sabio así en el idioma románico como en el theotico. El pueblo en el siglo viii cuando cantaba las letanias respondia *ora pro nobis*, suprimiendo la desinenencia de *nobis*; y *tu lo quia*, anteponiendo la particula provenzal *lo* al verbo, en vez del pronombre latino. En el documento del rey moro de Coimbra que cito en la quinta nota, se encuentran voces enteramente provenzales, é por *et*; *esparte* por *esparce*; *pecten* ó *peiten* por *pectent* ó *pendant*, etc. Segun Luit Prand, ya en el año de 728 se contaban el catalan y el valenciano por lenguas establecidas en España, y por consiguiente creadas antes de la conquista de los árabes. Esto hace probable la conjetura de haber nacido la lengua provenzal entre los godos que ocuparon el mediodía de la Francia. Quien pretenda enterarse mas á fondo de esta materia puede consultar á Raynouard en el tomo i de las *Poestas selectas originales de los trovadores*.

(3) La castellana, italiana y francesa.

(4) Se las distinguió por la particula afirmativa de cada una, llamando á la provenzal lengua de *oc*; de *oui* á la walona, despues francesa; de *si* á la caste-

llana, italiana y portuguesa; y de *ya* á la teutónica.

(5) Antes de la invasion goda se hablaban en España las lenguas cantábrica, fenicia, griega, hebrea, caldea, latina y celtibérica. Vulgarizada despues la árabe substituyó á las demas, acabando con ellas en los países dominados largo tiempo por los moros, y en los que no, preponderaron las que existian antes. Todas las expresadas lenguas prestaron algunas voces y etimologias al castellano, pero casi la totalidad de estas pertenece al latin. Los árabes tambien rindieron tributo al idioma de Virgilio y Ciceron, pues en las crónicas de Idacio, obispo, se halla un documento hecho por el rey moro de Coimbra en los años de 734, que empieza así: *Alboucen Iben-Mahumet Iben-Tarif, bellator fortis, vincitor Hispaniarum, dominator Cantabrie Gothorum, et magnæ litis Roderici*, etc.

(6) Las tradiciones remotas del origen y tiempos heroicos de las sociedades se nos han trasmitido en poemas, cuyo lenguaje parece ser ritmico, y sentencioso su estilo. Aunque el erudito D. Tomas Sanchez, para desmentir esta idea, trata de probar que el libro de *Job* y el *Génesis* fueron originalmente escritos en prosa, no consigue su intencion, pues ignorándose la prosodia hebrea y siriaca, mal se puede juzgar sobre el ritmo de estas lenguas. Al contrario, atendiendo á los hechos probados y á las consecuencias análogas que se deducen de ellos, debemos pensar que el libro de *Job* y el *Génesis* se compusieron en

los primeros recursos de los pueblos para trasmitir á la posteridad los signos orales, que explicaban los monumentos groseros levantados en las primeras épocas de la sociedad, y para conservar sus tradiciones interin no se hallaron los signos alfabéticos. La invencion de estos es claro se aplicaria ántes de todo á escribir las obras en verso, encomendadas á la memoria, cuya importancia era tanto mayor, cuanto en ellas habian depositado y coordinado los hombres lo que sabian sobre su historia, su religion, sus leyes civiles y morales, y aun sobre sus artes y ciencias imperfectas y nacientes.

Los lenguajes primitivos son siempre respectivamente mas sonoros y armónicos que los secundarios creados en cada pais; pero como la influencia de los climas es tan poderosa en la delicadeza de los órganos, y en particular en los de la pronunciacion y el oído, los idiomas orientales sobrepujan mucho á los del Norte en dichas cualidades. Fundados los primitivos en la imitacion directa de los sonidos naturales, por necesidad han de abundar en armonia imitativa. El estampido del trueno, el ruido de los torrentes, el blando susurro de los arroyuelos, el dulce canto de las aves, el rugido de los leones: tales serian los primeros sonidos imitados por el hombre para comunicar con otro las impresiones que recibia y las necesidades que experimentaba. Las lenguas salvajes están llenas de sonidos prolongados mas bien que articulados, y parecen mas propias para conmover la imaginacion pintando, que para hablar al entendimiento definiendo. No seria pues extraño que los pueblos primitivos, segun la mayor ó menor benignidad del clima que habitaban, hallasen desde luego el lenguaje métrico con que en varios poemas nos han trasmitido sus tradiciones. ¿Quién sabe si existió alguna época social en ciertos paises, donde bajo el influjo casi exclusivo de la imaginacion y de un lenguaje armónico y sonoro fué mas fácil ser poeta que orador? Si esta época existió alguna vez, debió cesar á medida que progresaba la sociedad, y cuando aumentándose las ideas con las necesidades, se desenvolvía mayor masa de inteligencia, y los hombres se vieron en la precision de crear voces para expresar ideas abstractas, cuyo perfecto análisis exigia sacrificar la armonia imitativa á la exactitud y al método.

Hijas y descendientes de la latina son las lenguas modernas del mediodía de la Europa; pero como imitaron sonidos de palabras, y no directamente los naturales, perdieron la prosodia rica y sonora de la original, y carecen en gran manera del ritmo y cadencia que aquella empleaba en la versificacion. A falta pues de la prosodia propia de los antiguos, los idiomas modernos han tenido que adaptar á la poesia y al canto un sistema métrico que funda sus recursos armónicos, no en la medida y tiempos de la pronunciacion, sino en el número determinado de sílabas, en las combinaciones de cierto ritmo periódico, y en el arte de colocar los acentos y apoyaturas (7). Tales son en general las bases del sistema métrico moderno, tan esencialmente distinto del antiguo (8).

Así en España como en toda la Europa, despues de la conquista goda se establecieron varias jergas ó dialectos rústicos que, con las lenguas nativas anteriores y posteriores á la dominacion romana, acrecentaron el número de las que habia en cada pais (vid. nota 4).

lenguaje métrico, pues constan de versículos sentenciosos que encierran el pensamiento en límites determinados, arte acaso mas difícil que el de versificar, cuando no es la versificacion la que conduce á él. Pero aun cuando Sanchez probase su opinion respecto á estos libros, con ello no demostraria que ántes no se escribieron otros en verso, pues la civilizaci6n de los hebreos y los egipcios estaba ya muy adelantada para suponer que ántes no existiesen escritos, aunque no hayan llegado hasta nosotros. Además el *Veda* enigmático de los bramias, las tradiciones pérsicas de los guebros, el *Zend-Avesta* del segundo Zoroastro, los libros del egipcio Osiris y del griego Orfeo, el *Alcoran* y los poemas árabes que le precedieron, parecen hechos en un lenguaje métrico y sentencioso. El *Edda*, el *Voluspa* y las estrofas *Havanna* del segundo Odin, el *Nibelungen* germánico, los poemas druidicos y célticos, y los cantos escoceses que pertenecen á la civilizaci6n de los pueblos del Norte y conservan sus tradiciones, también parecen obras métricas. Si descendemos á los monumentos escritos en *lenguas rústicas* de la edad media, composiciones poéticas nos presentan ántes que prosa. En el siglo xi aparece ya un poema portugués sobre la *pérdida de España por el rey Rodrigo*; siguese despues en el xii el del *Cid castellano*, y en el xiii descuellan las poesías de Alfonso el Sabio. Las cántigas ó lays y las tenzones provenzales presidieron á la formaci6n de casi todas las

lenguas rústicas, y sostuvieron su brillo hasta mucho despues que las cruzadas contra los albigenses acabaron con la raza de los poetas y con la lengua en que las componian. Las primeras muestras de que hay noticia escritas en el idioma breton, en el del pais de Gales, y en el de los walones, posteriores con mucho al libro de *Bruty-Brenhined* (Bruto de Bretaña), ascienden á los fines del siglo xii y principios del xiii, y se emplearon en componer poemas caballerescos y genealógicos como el de *Rou*, el de *Florimon*, y otros varios donde se reproducen ya alteradas muchas de las tradiciones célticas y germánicas. Sin duda los historiadores, legisladores, y los hombres comunes de los pueblos primitivos, encontraron en la metrificación y la armonia un recurso supletorio á la falta de caracteres alfabéticos, y se valieron de él para conservar las leyes, doctrinas y hechos mas importantes que, descubierta la escritura, trasladarian á ella con anterioridad y preferencia á cualquiera otra cosa.

(7) El arte de colocar convenientemente los acentos no se fijó bien hasta el siglo xvi.

(8) Viciada, corrompida y aun olvidada la pronunciaci6n latina, se empezaron á componer himnos en esta lengua, donde vemos usado el número silábico y los consonantes para suplir la prosodia de largas y breves. Quizá así se empezó á formar el nuevo sistema métrico adoptado en las lenguas modernas.

Tanta multitud de lenguas debió producir grave confusion, y esta contribuiría no poco á prolongar la existencia del latín como necesario para entenderse y comunicarse las poblaciones y provincias que adoptaron distintos idiomas ó dialectos. Despues de invadida nuestra Península por los árabes, la lengua de los nuevos conquistadores se hizo vulgar, y en los países que dominaron largo tiempo acabó con todas las que se hablaban ántes, inclusa la latina. No sucedió lo mismo en las comarcas donde no alcanzó el dominio árabe, ó fué poco duradero, pues allí se conservaron y perfeccionaron los respectivos dialectos que existían (9). Entre ellos distinguiremos, por su conexión con el asunto del presente discurso, el lenguaje rústico de los astures, que extendiéndose y cultivándose despues con la reconquista de la patria, llegó á ser la lengua dominante en España.

Ante la civilización de los árabes cayeron los restos de la romana, y dejando el latín de ser lengua viva, solo se empleó ya en escribir las leyes, los actos públicos y las obras sabias. Por esta causa no nos queda documento alguno perteneciente á época muy remota escrito en el dialecto asturiano, pues aunque se extendía rápidamente con los continuos triunfos de las armas cristianas, no debia ser aun bastante perfecto ni exacto para poderse emplear en las escrituras, contratos y códigos legislativos (véase la nota 10), aunque ya se usase en los cantos populares propagados por medio de la tradición oral.

El *Poema del Cid*, la traducción del *Fuero Juzgo*, las *Partidas*, y las coplas de D. Alfonso el Sabio, son los monumentos escritos mas remotos que nos pueden mostrar el estado de la lengua castellana á fines del siglo XII y á principios y mediados del XIII (10). La gala y soltura con que se ostenta en los dos últimos documentos, es una prueba clara de lo mucho que se habria ejercitado ántes de llegar al punto de flexibilidad y perfección en que allí la vemos, porque es imposible se hallase tan bien formada y completa, sin haberse cultivado de antemano en componer, sino en escribir, obras muy anteriores á las mencionadas. No puede decirse con seguridad si estas obras anteriores, exceptuando el *Poema del Cid*, se compusieron en prosa ó en metro; mas yo me persuado lo último, pues debiéndose fiar á la memoria sin escribirse, mal se conseguiria el objeto de conservarlas, á no adoptarse los medios oportunos. Mis conjeturas se apoyan ademias en que el lenguaje de las *Partidas*, esmerado, noble y correcto, posee ya la flexibilidad, armonía y aptitud para la buena prosa, que solo adquieren las lenguas despues de haber sido manejaadas con los giros y trasposiciones á que obliga la versificación.

El desaliño y rudeza en la frase, la falta de consecuencia gramatical y de enlace entre las ideas, y la versificación embarazada que se observa en el *Poema del Cid*, me inducen á considerarle como un escalon intermedio entre el dialecto rústico de los asturianos y la lengua castellana del siglo XIII. No dudaré pues en tenerle por obra compuesta en el XII por un erudito del tiempo, que intentó, aunque infelizmente, segun se deja ver, imitar los versos latinos ó los provenzales, intercalando el redondillo y la rima, combinados como en los romances vulgares; pero queriendo disfrazarlos con las formas aparentes de los versos largos. En una palabra, yo veo en este poema (11) un paso progresivo de la lengua, muy anterior al *Fuero Juzgo* y á las *Partidas*; mas atendiendo á su artificio y tendencia á imitar modelos desconocidos entre la gente rústica, no puedo suponerle ni la primera producción poética en el idioma vulgar, ni considerarle como la poesia del pueblo. En igual caso, pero con mayor motivo, se hallan respecto á este último punto otros poemas posteriores, tales como el del *Alejandro*, los de Berceo, del arcipreste de Hita, y varios que pertenecen tambien á una escuela imitadora de las formas latinas ó de las provenzales, ó de las reminiscencias que dejaron.

Si observamos ademias la marcha lenta de la naturaleza hácia la perfección, hallaremos que, á pesar del estilo y lenguaje imperfecto del *Poema del Cid*, no lo es tanto que pueda suponerse haber llegado al punto de cultura en que allí lo vemos, sin haber sido precedido de ensayos continuos y anteriores, ménos estudiados y artificiosos, y mas á propósito para imprimirse en la memoria.

(9) Las provincias Vascongadas, con parte de la Navarra, guardaron un dialecto céltico; los gallegos y portugueses formaron el suyo, mezclando el suevo con el latín, mas contraído que entre los castellanos; y los catalanes y valencianos adoptaron el provenzal con algunas modificaciones.

(10) Así pensaba yo en 1852 ántes de haber recorrido rápidamente la colección de *fueros*, *cartas-pueblas* etc. que ha empezado á publicar el Sr. D. Tomas Muñoz. En estos documentos ya latinos, ya romanizados, escritos en diversas épocas, ademias de contenerse la historia política de España, se puede seguir paso á paso la de la lengua, y ver el modo con

que el latín iba degenerando, y convirtiéndose en el romance que precedió á la traducción del *Fuero Juzgo* y á la confección del de las *Partidas*.

(Esta nota no existía en la primera edición del discurso que aquí se reproduce, algun tanto modificado).

(11) En este poema histórico-romancesco hay la pretension de imitar los versos latinos; pero tan malamente ejecutada, que es una lástima. Sin embargo, entre sus intolerables defectos tiene tal cual vez cierto candor, dignidad é interés, que demuestran que su autor es tan erudito y tan poeta como en su tiempo era posible serlo.

Como el *Poema del Cid* y demas de su escuela carecen de dotes propias á la poesia popular, en otro género mas fácil, natural, sencillo y remoto debemos buscar el tipo originario de ella. Digo mas remoto, pues sería absurdo creer que desde el punto en que dejó el latín de ser lengua viva, hasta el siglo xii, careció el pueblo de cantos amorosos y guerreros, y de himnos religiosos compuestos en lengua común, donde conservase, oralmente á lo ménos, sus sentimientos, fábulas é historias. Pudiérase pues inferir que la lengua castellana y la poesia del pueblo empezaron á progresar seria y constantemente desde mediados del siglo viii, cuando los españoles independientes refugiados en las Asturias iban formando un poder compacto y una verdadera monarquía. En el tiempo que media desde la invasion árabe al siglo ix, se alzaron varios imperios cristianos en la Península, y entre ellos crecía y se consolidaba el reino de Leon, regido por Alfonso II, llamado el Casto. Entre sus vasallos fué donde llegó á cultivarse, generalizarse y establecerse el dialecto rústico (*), que despues con nombre de castellano dominó en España, triunfando de los primitivos, como el vascuence, y de los secundarios, como el lemosino y el gallego, que ya solo se hablan por el vulgo en ciertas y determinadas comarcas (vid. nota 5).

El trato y comunicacion que los catalanes y aragoneses sostenian con Francia é Italia, y el haber aquellos adoptado la lengua provenzal, que como anterior y precursora de las otras rústicas, se perfeccionó ántes que ellas, fué causa de que dichos pueblos anticipasen su civilizaci6n á la de los asturianos, que circuidos por inaccesibles montañas, podian apenas salvar los límites estrechos de su imperio, sin establecerlos en las puntas de sus espadas, y á costa de mucha sangre derramada en crueles batallas contra los moros usurpadores del suelo español (12). Sin embargo, en el reinado de Alfonso el Casto empiezan á brillar algunos destellos de cultura social. Ya los valientes astures respiraban entre fronteras mas dilatadas; era su monarquía mas regular y fuerte, é iban dejando con los temores el odio concentrado que al principio fué causa de repeler todo trato amistoso con los árabes, y de rechazar las luces, las artes y la civilizaci6n que trajeron á España. Ent6nces fué cuando el entusiasmo de la gloria se substituyó con ventajas al valor ciego, hijo de la necesidad de ofender y defenderse. Los caudillos que conducian las huestes cristianas al campo del honor, volvieron á sus hogares cargados de botín y de objetos de lujo conquistados al enemigo. En acci6n de gracias al Dios de las batallas empleaban sus riquezas en edificar templos y en dotar iglesias, ocupando las artes, aun imperfectas, en levantar monumentos de gratitud al Sér Supremo y protector que les atribuía la victoria. Por este tiempo era ya el latín casi desconocido, y la lengua vulgar no podia permanecer mas ociosa que las artes, siendo muy probable que mientras estas se ocupaban en el ornato de los templos, aquella la empleasen los soldados y el pueblo para cantar sus sentimientos, celebrar sus caudillos, aplaudir sus triunfos, y conservar la memoria de sus hazañas en un lenguaje métrico. Cuáles fuesen estas canciones no puede decirse: ninguna ha llegado hasta nosotros, pero puede afirmarse su existencia, deduciéndola del orden natural y de la necesidad de las cosas. Atendiendo empero al carácter, índole, construccion y estado en que se halla el mas antiguo lenguaje cuyos vestigios nos quedan, y comparándole con el dialecto hablé, que aun conservan los asturianos, presumo que los cantos primitivos se construirian en versos cortos, donde la entonaci6n supliese el número exacto de sílabas y la libertad de apoyarlas ó abreviarlas al pronunciarlas, á la falta de ritmo y verdaderos consonantes. Si la necesidad de estos medios supletorios á un sistema completo y fijo de versificación se conoce leyendo los poemas del *Alejandro*, los de *Berceo* y los del arcipreste de Hita, compuestos por hombres del arte, ¿con cuánto mas motivo se hallará en los romances populares caballerescos é históricos que tenemos y son hechuras de gente rústica y lega, los cuales, si no me atrevo á colocarlos en época tan remota como la del nacimiento de nuestra poesia, creo al ménos que conservan vestigios de la primitiva forma con que se concibió entre nosotros la versificación? En ellos, si no las palabras (13), se ha conservado la construccion y cadencia que debió tener la lengua rústica asturiana, y tiene aun en mucha parte el dialecto que se habla por los habitantes de aquel país. Aunque sin medios positivos para probarlo, remitiéndome á la impresi6n que me causan y á la rudeza que existe en algunos trozos de romances caba-

(*) Véase el *Apéndice* puesto al fin de las notas.

(12) Por esto deben considerarse las Asturias como cuna del lenguaje y poesia nacional sin mezcla de imitaci6n extraña. Harto hacian los habitantes del país con repeler á los moros, que no les dejaban tiempo para estudiar á Virgilio ni á Horacio, ni para apreciar la literatura de los árabes sus enemigos.

(13) Conforme se trasmitian de edad en edad, las tradiciones orales iban modernizando y rejuveneciendo su lenguaje como el pueblo que las cantaba: así es que los primitivos romances habrán llegado á nosotros como á los griegos la nave de Colcos, es decir, con formas iguales á la original, pero con piezas renovadas en diversos tiempos.



llescos é históricos, estoy bien persuadido á que pertenecen á otros mas antiguos, intercalados en los mas modernos.

Entre las combinaciones métricas anteriores al siglo xvi que se encuentran en la poesía castellana, ninguna es mas fácil, natural y acomodada al carácter de la lengua, y al género narrativo, que la del romance comun octosilabo. Su constante é inalterable medida, su corte de periodos, y su sintaxis primordial, se encuentran mas que cualquier otro género de metro en la conversacion y en la prosa, sin necesidad de descomponer ni interrumpir la frase. Estas cualidades le hacen muy á propósito para imprimirse en la memoria, pues como su consonancia ó asonancia es siempre la misma en cada uno, é igual la distancia en que se colocan, la primera llama á la segunda, y esta á las sucesivas, casi sin esfuerzo. Ademas, el ritmo monótono del romance antiguo parece que indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio á las danzas pausadas del pais donde nació, que aun se conserva, él solo, inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada dia las demas canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas mas artificiosas (14). En una palabra, nuestro romance, tal como es y ha sido, es tan exclusivamente propio de la poesía castellana, que no se encuentra en ninguna otra lengua ni dialecto que se hable en Europa (15).

Segun se infiere de lo dicho, la forma del romance es tan fácil, sencilla, natural y acomodada á nuestro idioma, que hasta el hombre mas rústico é iletrado, sin un grande esfuerzo de imaginacion, podria componer las informes é inconexas narraciones con que se han conservado las fabulá, historias, y tradicion popular que en ellos se contienen. Aun en el dia, despues de haber adquirido el romance una perfeccion que le hace apto á todo género de tonos, está sometido al dominio del pueblo, tanto como al de los sabios. Todos los componen, los ciegos los cantan por las plazas, el vulgo entusiasmado y absorto los escucha, los criticos y los sabios, á su pesar y como por instinto, les rinden tributo cuando se dejan arrebatar por la pasion bien sentida, que pierde de su fuego y calor ante las trabas de un artificio complicado; en fin, el romance ha atravesado las edades y las generaciones con tanto aplauso, que quizá no hay un solo español, aun entre los mismos que por fácil le desdeñan, que no haya cantado amores, hazañas, guerras, valentias ó fabulas en esta clase de combinacion métrica (16). Considerando pues todas las cualidades del romance, no será muy temerario conjeturar que fué la primitiva forma métrica que despues de la conquista árabe y el olvido de la lengua latina tomó nuestra poesía castellana, aunque las primeras noticias que hallamos de esta clase de composicion no sean mas antiguas que la *Crónica general de España* y los tiempos de Fernando III, el cual, segun Zúñiga, llevó á la conquista de Sevilla un poeta conocido con el nombre de Nicolas de los Romances (17).

¿Pues cómo han llegado á nosotros códices anteriores al siglo xv con una multitud de versos cortos variamente combinados (18), y no se ve entre ellos romance alguno? ¿Por

(14) La música primitiva de los cantos populares se ha perdido del todo, cuando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto cuando acompaña las danzas pausadas del pais.

(15) Para atribuirle un origen árabe no tenemos otro motivo que haberlo así insinuado el erudito Conde en su *Historia de los árabes en España*; mas de cualquiera modo, no es ménos cierto que solo se adoptó entre los castellanos. Los romances árabes, como Conde los presenta, no son idénticos á los nuestros, y parecen un monorimo en versos de diez y seis sílabas, con emistiquio de ocho, sin blancos intermedios.

(16) Pocos y contados son ya los buenos literatos que se atreven á despreciar abiertamente el romance por ser romance; desprecian, sí, al que es malo, como despreciarian un poema en octavas que lo fuese tambien; pero casi todos convienen en negarle la aptitud para elevarse al género sublime y grave de la poesía. Otra idea he formado yo de esta composicion despues de haber estudiado los buenos romances de Lope, Góngora, Calderon y Melendez; y cuando leo el de *Angélica y Medoro* del segundo de estos poetas, le tengo, á pesar de sus defectos, por uno de los mejores trozos de nuestra poesía épico-lírica, sin exceptuar las mas sublimes composiciones del parnaso español. ¿Qué cuadros tan bellos le adornan! ¿Qué amenos paisajes presenta á la fantasia! ¿Con qué abundancia y conveniencia de epítetos la ensalza!

¿Cómo la arrebató por la facilidad, decoro, fuerza y afluencia de lenguaje! ¿Cuál la exalta por la expresion rica, noble y sublime de sentimientos! Y en fin, ¿cuánto la halaga y lisonjea por el brillo, armonia é idealidad de los pensamientos! Apenas el lírico Horacio y el tierno Tibulo podrán presentar una composicion que desluzca la del grande y alzado poeta cordobés. Conozco que mi modo de ver y juzgar en la materia no servirá de norma á los demas: siento disenter de lo que en ella opinan los sabios; pero al concederles esto, jamas condré en que mi modo particular de considerar las cosas les dé derecho para tratarme de ignorante ó inepto. La diferencia de opiniones literarias no debe ser motivo de desprecios ni de ultrajes, y á ninguna cosa del mundo puede aplicarse con ménos inconvenientes la virtud llamada tolerancia.

(17) Es de creer que el *Poema* y la *Crónica del Cid* se formasen sobre tradiciones conservadas en cuentos y romances populares, pues aunque la mayor parte de los que existen de esta historia son del siglo xvi remediando el lenguaje antiguo, hay algunos anteriores, donde sin embargo de estar modernizados, se conservan vestigios de muy remota antigüedad. Véanse el de *Helo*, *helo por do viene*, el de *Dia era de los Reyes*, etc.

(18) En los Cancioneros generales y códices impresos ó manuscritos se hallan muchas composiciones en versos cortos, diversamente combinados, anteriores al siglo xv, pero entre ellos muy pocos romances.

qué hay tan pocos de amor (19), y ménos históricos ni caballerescos en la multitud de Cancioneros generales y particulares que se imprimieron ántes de acabarse el primer tercio del siglo xvi, y estos de autores tan conocidos como la corte de Juan II, donde florecían? Por lo mismo que los romances eran la poesia del vulgo, y se conservaban de memoria sin ser epopeyas capitales, no se escribieron hasta que el vulgo supo leer, es decir, hasta mucho despues que hubo imprenta. Así entre los griegos, que carecieron de este medio, no se han conservado originalmente los cuentos y cantos populares que sirvieron de base á los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero, cuyos sublimes ingenios con sus grandes epopeyas hicieron olvidar las inartificiosas y sencillas narraciones que les suministraron materiales é ideas para sus poemas. Nosotros en verdad no tuvimos la fortuna de poseer Homeros ni Hesiodos, porque nuestros poetas de profesion, descendientes de una sociedad vieja y degradada, y productos de una civilizacion corrompida, que se renovaba por medio de otra aun semisalvaje, carecian del vigor y lozanía propios de los pueblos nuevos y robustos. Por esto gustaban mas de un artificio afectado, que de la sublime sencillez que inspira la naturaleza á los hombres cuando no tienen otro modelo de imitacion sino los objetos que ella directamente les presenta. Siendo nuestros poetas de la edad media incapaces por esta causa de producir las grandes y bellas creaciones que caracterizan el ingenio robusto y alzado de los pueblos nuevos, se dedicaron á componer obras complicadas, en las cuales pretendian distinguirse del vulgo, proponiéndose vencer dificultades hijas de la ingeniosidad y sutileza, pero no creadas ni procedentes de la grandeza natural de los objetos que cantaron. Así el romance, que como poesia del pueblo, era rudo é inartificioso, quedó bajo el dominio de los juglares, y desdénado de la gente cortesana; pero á pesar de todo, y de no haber salido de tan limitada esfera, sirvió largo tiempo de libro de memoria, donde el pueblo aprendia cuanto le era permitido saber, mientras no pudo adquirir, como los ricos, códices lujosos de hazañas caballerescas, de poesías provenzales y de poetas italianos. Los literatos ricos que adquirian estos códices, en vez de dedicarse á cultivar y perfeccionar la poesia nacional produciendo obras originales, pensaban adelantar mucho con imitar la literatura extraña en ellos contenida. Hé aquí la causa por qué las poesías de los siglos xiv y xv, imitaciones de los provenzales, del Dante y del Petrarca, interesan como documentos de los progresos del arte; pero no pintan, como los romances populares anteriores y contemporáneos, los cuadros que caracterizan la civilizacion española durante los primeros siglos, en que luchaba para recomponer su sistema social. Muchos de los caballerescos é históricos, entresacados del *Cancionero de romances* é incluidos en mi coleccion (20), servirán para dar probabilidad á mis conjeturas sobre que su combinacion métrica debió ser la primera forma de la poesia castellana.

Acostumbrándose un poco á su estilo áspero é inconexo, no es posible leer algunos trozos allí contenidos sin admirar cierta naturalidad y sencillez, cierta interesante ternura, y á veces hasta cierta especie de candor homérico que se descubre en ellos. ¿Quién verá con indiferencia los romances de los Infantes de Lara, algunos de los condes de Castilla, y del Cid, y otros muchos tradicionales que no cito? Verdad es que carecen del lujo y brillo de una imaginacion rica y abundante; pero allí se ven retratadas, aun mejor que en la historia, las costumbres, las creencias, las supersticiones de nuestros mayores, y la idealidad con que el pueblo concebía el heroísmo, la lealtad y el valor; allí se ve tambien el modo esencial y original de existir, propio de aquella sociedad, con los progresos y retrocesos que experimentaba la civilizacion segun las vicisitudes y circunstancias de cada época (21). Cuantos pretendan estudiar profunda y filosóficamente el carácter de nuestra historia y los progresos de nuestra lengua, es preciso que á vueltas del placer se sometan al fastidio consiguiente á la lectura de unas composiciones donde solo como relámpagos fugaces se vislumbra á veces un rayo de inspiracion, casi siempre ahogado por las dificultades que le opone una lengua todavia indócil á expresar consecuentemente y con enlace las ideas. Las buenas cualidades y defectos de tales composiciones me han persuadido, como ya he dicho, á que el romance octosilabo es la primera forma que

(19) Hay algunos muy antiguos, cuyos trozos mas populares trovaban los poetas del siglo xv, reduciéndolos de históricos ó heroicos que eran, á galantes y amorosos. Así hizo DIEGO SANT PEDRO en el suyo que dice: *Reniego de tí, amor*, trovando el de *Domingo era de Ramos*, desde el verso *Reniego de tí, Mahoma*; y así hicieron otros que sería largo citar.

(20) Es la coleccion exclusivamente de romances que primero se ha formado, recogiendo unos de la tradicion oral, y otros de los pliegos sueltos que se

comenzaron á publicar desde la segunda década del siglo xvi ó ántes.

(21) Parece increíble el retroceso de la literatura desde Alfonso el Sabio á Juan II. Además de las causas generalmente conocidas, sería muy útil indagar otras no ménos poderosas que contribuyeron á esta decadencia; mas siendo ajeno de este trabajo, reservo exponer mis ideas en el asunto para ocasion mas oportuna.

adoptó entre nosotros la poesía popular (22); y aunque ninguno de los que nos restan sea en su totalidad anterior al siglo xiv, así en ellos como en varios del xv creo hallar vestigios y trozos proverbiales de otros mas antiguos (23).

Habiendo expuesto ya mis conjeturas sobre el carácter y antigüedad del romance primitivo, falta todavía decir algo respecto á las fuentes de donde los caballerescos tomaron la parte fantástica, que unida en los históricos con los colores característicos y locales del país, han producido en los siglos xvi y xvi un sistema poético peculiar á nuestra nación.

Los libros y poemas caballerescos representan la idealidad poética, las costumbres aventureras y feudales, y la mitología ó sistema de lo maravilloso que aparece en los siglos medios, así como los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero las de los primitivos griegos. Tanto en unos como en otros se descubren ya pruebas de unas sociedades organizadas, que segun su respectivo sistema, tienden á perfeccionarse de un modo progresivo y ascendente sobre las bases religiosas, políticas y civiles que las constituyeron. Si los ingleses Thelesino y Melchino, segun supone Huet, escribieron, el uno la crónica casi contemporánea de Artus, y el otro la de la Tabla redonda, pudiera afirmarse que los primeros vestigios del espíritu caballeresco que hubo escritos, ascienden al siglo vi. Fué generalizándose este espíritu hasta producir los tiempos feudales, donde se completó un sistema político fundado en bases que constituían á la caballería casi como una orden religiosa. En esta época llegó á su mayor altura, descendiendo despues á medida que el poder monárquico sofocaba con la fuerza de las leyes la insubordinación aristocrática, y emancipaba al pueblo de la arbitrariedad de los grandes. A fines del siglo xvi, el espíritu caballeresco y el género fantástico de literatura que produjo, habia decaído tanto, como preponderancia adquirían los intereses materiales sobre el entusiasmo y la imaginación. La pluma del inmortal Cervantes acabó y puso fin á la obra del siglo, y desaparecieron ante su *Quijote* los amores místicos, las increíbles hazañas, los encantamientos, los Amadis y Esplandianes; y acaso tambien acabara con los Carlomagnos, Roldanes, Reinaldos y los Doce Pares, á no haberlos elevado un monumento eterno el Homero de Ferrara, cuyo talento sublime no pudo ser oscurecido por el espíritu de parodia y prosaismo del mayor ingenio conocido en Europa y con el cual tiene mas analogía que lo que á primera vista parece.

Aunque Thelesino y Melchino pusiesen mucho de suyo en las referidas crónicas, es de imaginar hallasen ya creado el fundamento de sus fábulas en los hechos y tradiciones vulgares, donde siempre se encuentran los primeros vestigios de las creencias del pueblo (24), las cuales cuando no son productos de una religion revelada como el Cristia-

(22) Pueden servir de ejemplo casi todos los romances de la primera y algunos de la cuarta sección de los caballerescos é históricos. Véanse el de *Vergilios*, el de *Moriana*, el de *Julianesa*, el de *Las bodas de Doña Lambra*, etc. La sencillez y el tono libre que los distingue, caracterizan bastante bien el estado social del tiempo en que se compusieron.

(23) Si á tales reflexiones se añaden las que resultan comparando algunos romances antiguos, aunque alterados y modernizados, con las composiciones de Alfonso el Sabio y el *Poema del Cid*, se verá que aquellos, al ménos en su primitiva creación, deben ser anteriores, porque despues de haberse compuesto las últimas, no pudieron retrogradar tanto la literatura y la lengua, como resulta de los primeros. Confírmase mi opinión examinando las composiciones del siglo xiv, infinitamente mas cultas y adelantadas que no los romances de que hablamos. Debemos pues inferir que estos habrían de preceder á la mas artificiosa y complicada poesia del *Poema del Cid*, lo cual es mas obvio de pensar, que el que se hallase la nación sin cantos en lenguaje vulgar desde que el latino dejó de serlo, es decir, mas de seiscientos años.

(24) ¿Cuánto pudiera decirse sobre tan importante materia! Quien estudia la historia y la literatura exclusivamente en los libros, y entre los estrechos é intolerantes métodos del siglo xviii, jamas conocerá mas hombres que los franceses, ni mas tiempos que dicha época, y siempre ignorará los resortes por donde el género humano tornó á encontrarse en el camino ascendente de la perfectibilidad. Los filósofos de aquel siglo, ocupados en esgrimir las armas de la ironía contra la superstición y las preocupaciones, apenas echaron una mirada filosófica sobre los siste-

mas que destruyeron, ni sobre los grandes medios que estos prestaron á la civilización. Vieron únicamente en Hesiodo y Homero dos poetas, dos modelos de literatura, y en sus obras unos excelentes poemas, ó cuando mas, unas bellas y magníficas alegorías de la naturaleza; pero no como debieran las grandes epopeyas, los sublimes sistemas que tanto influyeron en la civilización europea, y cuya marca indeleble se halla estampada todavía en las modernas sociedades. Hesiodo y Homero, creadores de la epopeya griega, formaron sus poemas, redactando con sus fábulas todo el sistema político, filosófico y religioso que constituyó el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cuyos auspicios marcha aun la sociedad europea, mientras la asiática permanece estacionaria hace ya siglos de siglos. Pues bien: Hesiodo y Homero ¿hicieron mas que revestir de bellas y convenientes formas, y dar unidad á las tradiciones de la cosmogonía y filosofía sacerdotal de los egipcios, modificadas por las localidades y el carácter de los griegos? ¿Estas tradiciones eran otra cosa que los medios inventados para ligar el pueblo por la imaginación y el sentimiento á las bases y modo de una sociedad progresiva? ¿Era por ventura salirse de las vías de la naturaleza el aprovecharse de la propensión innata en el hombre hacia lo maravilloso, para conducirlo donde no alcanzaba la razón natural? ¿Por qué pues no hemos de considerar, en las epopeyas de todas las naciones y edades, sino el arte del poeta, prescindiendo de los medios filosóficos que contienen é influyen tan fuertemente en el modo y sistema de sociedad? Un gran poeta épico es á mis ojos el complemento de una crisis social y el principio de otra: por eso en los intermedios aparecen solo pobres y mezquinas epopeyas; por eso son imitado-

nismo, reducidas á sistema por los legisladores y cuerpos sacerdotales, sirven de base á toda sociedad donde aquel no es el primer elemento (25). Estos sistemas, cayendo despues bajo el dominio de la poesia y de los grandes ingenios que los revisieron de colores propios á exaltar la imaginacion, produjeron, amalgamándose con los cuentos populares, los sublimes poemas que han vencido al tiempo y las edades. Empezó la sociedad de los siglos medios á formarse sobre distintas bases que las antiguas, desde que los bárbaros del Norte se comunicaron con el mundo romano, y pudieron minar lentamente la que allí se hallaba establecida, pero que flaca y débil por su misma corrupcion, necesitaba ya reemplazarse por otra mas fuerte, jóven y robusta. La creencia, fábulas y costumbres de los celtas y escandinavos se habian modificado por las tradiciones civiles y religiosas, que Odin (ó Wodin) introdujo en el norte de Europa (26) antes que sus habitantes se desplomasen sobre el imperio de Occidente. La invasion del Norte por Odin y los asiáticos se apoya en hechos históricos, y sin ella ú otra semejante no pudiera concebirse cómo se halló en Europa de repente un sistema de supersticion popular, y una mitologia compuesta de tradiciones orientales unidas á las germánicas y á las reminiscencias del paga-

ras y no originales. Desde el siglo xiii al xvi se acababa el trabajo social de la edad media, y comenzaba el de la civilizacion por los intereses materiales; entónces aparecen el Dante, el Ariosto y el Taso. ¿Quiénes le siguen en el siglo xvii y xviii, donde se perfecciona y completa el trabajo de la nueva sociedad? Ninguno que pueda compararse á ellos. Ahora en el siglo xix ya se ostenta la sociedad terminando la obra de los dos anteriores, para empezar la del amalgama y fusion de los intereses materiales y morales, y ya aparece como precursor de una magnífica epopeya el grande hombre que impele su siglo hácia ella, y se la dié, á nacer cincuenta años mas tarde. En vano el hombre quiere poner diques á los siglos; la fuerza de las cosas y la Providencia rigen sus pasos y le conducen al fin de sus altos decretos. Todos los sistemas humanos están llenos de errores y de verdades; pero para discernir los unos de las otras, es necesario no mirarlos por un solo aspecto, y preciso ademas escuchar y discutir imparcialmente aun las cosas que mas chocan con nuestras ideas, pues de lo contrario, jamas podrémos juzgar con acierto sobre ellos.

He dicho en el cuerpo de este discurso, que los primeros monumentos escritos donde aparece el espíritu caballeresco de la edad media, ascienden al siglo vi; mas no pretendo fijar su base en esta época, pues estoy muy seguro que viene de siglos muy anteriores. Ya en los primeros de la republica Romana aparecen los galos, los cimbrós, los germanos y los francos formando grandes y numerosos pueblos invasores, que se civilizaban y existian bajo el imperio de sistemas religiosos y políticos, harto complicados para no suponerlos producto de infinitas generaciones. César nos pinta los druidas y bardos como sacerdotes y magistrados de sus respectivas naciones, y para designar los poemas que la juventud del Norte aprendia de memoria los veinte primeros años de su vida, la lengua latina inventó la enérgica y significativa frase que decia, *libri exaltationis*. La mano poderosa del tiempo no acabara quizá con ellos, si los pueblos del Norte adoptando la sublime religion cristiana no los hubiesen destruido, como tambien lo intentaran y lograran con los monumentos de la civilizacion griega, si un sér protector no lo impidiera para conservar á la posteridad pruebas de los esfuerzos de la humana inteligencia. Los poemas irlandeses, los de la Armórica, del país de Gales y de la Cornualla, que mecieron la cuna de las sociedades célticas, dejaron algunos restos de lo que fueron en las traducciones latinas que existian aun en el siglo xi, pero que á su vez se hundieron como los originales en el rio del olvido: no tanto empero que no resten aun numerosos vestigios de su contenido en los poemas caballerescos del siglo xii. El célebre Mr. Quinet trata de publicar algunos de los setenta códices manuscritos inéditos de dicha clase que ha descubierto en la biblioteca real de París (1), entre los cuales existen algunos que con-

tienen desde treinta mil á cincuenta mil versos. Muchos, segun se dice, son libros genealógicos de dinastías, cuyas noticias histórico-romancescas ascienden á una época treinta generaciones anterior á la invasion de las Galias por los romanos. Otros son poemas caballerescos, tales como *Perceval*, *Lanzarote*, *Tristan y Giron Cortés*, que presentan mucha importancia para la historia de la civilizacion, de la filosofia y de la literatura.

(25) Los primeros patriarcas, los hebreos y los cristianos, únicamente han conservado puras las divinas revelaciones; los demas hombres las corrompieron hasta el punto de que todos sus sistemas religiosos son fábulas y errores, que disfrazan los principios sencillos de la moral natural. Los cristianos dejan la ficcion para la poesia; las ficciones son la religion de los pueblos infieles.

(26) Las naciones del Cáucaso al mando de Sigeo se introdujeron en el norte de Europa para poner su libertad al abrigo de los ejércitos romanos. Aquel caudillo tomando el nombre de Odin, deidad de los Partos, se constituyó legislador y profeta de los escitas, entre quienes halló seguridad contra las armas de Pompeyo. Llevó consigo la civilizacion asiática, y en su pecho un odio reconcentrado á los opresores del mundo. Con estos elementos, y los que le presentaba el país salvaje de los hijos de los hielos y las rocas, fundó una religion feroz y guerrera que participaba del carácter de los pueblos indigenos, del de los refugiados, y de la pasion rencorosa del legislador. Las fábulas orientales unidas á las de los celtas y escandinavos, y á las costumbres de todos estos pueblos, constituyeron la nueva mitologia de Odin. En ella se encuentra refundida la idealidad y extravíos fantásticos, las hadas, los genios del aire y de la tierra, los encantamientos y el lujo de una imaginacion oriental, con el carácter tétrico y adusto, con las pasiones feroces, con el culto de las rocas y los torrentes, con la creencia de los trasgos y brujas, con la semideificación de las mujeres, y con el pundonor de unos pueblos militares, entre quienes el valor personal era la primera y mas excelente virtud. Así formó Odin el amalgama y transaccion entre las doctrinas, costumbres y creencias de los pueblos del Cáucaso, los celtas y germánicos, que resulta de sus poemas. Aun se descubren en las sociedades modernas vestigios y profundas raices de aquel modo de sociedad, las cuales ni el espíritu del Cristianismo, ni la filosofia, ni la razon han logrado arrancar ni destruir. Tanta es la fuerza de la preocupacion y de la costumbre, que aun en el día el feroz duelista puede arrastrar al crimen al hombre honrado, pero pundonoroso.

las bibliotecas particular y pública del rey. ¡Ojalá que este trabajo mio llame la atencion pública, la de los jefes de ambos establecimientos, y la proteccion de nuestro ilustrado soberano hacia esta clase de estudios é indagaciones, pues de ello resultarian sin duda medios para estudiar y penetrar el carácter que imprimió la edad media en la civilizacion española.

(1) Acaso se hallarian monumentos igualmente preciosos en

nismo. No hay sistema alguno mitológico que haya sido producto de un solo hombre ó de un solo siglo. El caballeresco, como todos, es un conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han trasmitido modificándose á cada paso con el roce de intereses diversos, y de distintas idiosincrasias nacionales (27).

Cayó el imperio romano, y con él la religion y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fábulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual, que depuso en ellas la imaginacion risueña de los griegos, y el carácter de la antigua civilizacion. La memoria de estas fábulas descompuestas y vestidas de mas severidad y ménos riqueza, pudo servir de elementos á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hércules y un Teseo no habrán producido á Roldán y Reinaldos, y los de Medea y Calipso una Urganda y una Viviana (28)? La serpiente Piton y la hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides, ¿no se parece al jardin de Falerina? Si los griegos y romanos tenian Titanes y Polifemos, gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos; si aquellos poblaban de magas la Tesalia, nosotros de brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable, sino en la planta del pié, tiene su imitacion en Roldán y Ferragus, y las armas de Vulcano, en el encantado yelmo de Mambrino y en la armadura de Argalia. ¿Cómo pues se desemeja tanto la idealidad poética de la antigua y moderna civilizacion, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fábulas? Así como la mitología indica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la deidad al pasar entre los egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña y apacible imaginacion que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los griegos, y así tambien las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revistieron del carácter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesia lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los griegos y romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un sér máquina sometido al inflexible destino. Su idolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad: los mas fieros republicanos se tenian por mas esclavos de ella, y abdicaban todo interes personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia comun y exterior que excluía la importancia del hombre como individuo, para atribuirle á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la cosmogonia griega se adapta muy poco á la expresion de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En estas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones, y en la propension á espiritualizarlo todo. La patria del cristiano no es terrenal, y para conquistarla cuenta solo con la proteccion divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre si mismo.

Los griegos y los pueblos gentiles, que como los romanos adoptaron el sistema político y religioso de aquellos, fundaron su cosmogonia en la personificacion alegórica de la na-

(27) Los libros y poemas caballerescos pueden dividirse en cuatro secciones, á saber:

1.^a Los de origen céltico, cuya mayor parte fuéron compuestos en versos cortos de ocho sílabas. En ellos traspira ya el espíritu y carácter ligero é irónico de los franceses. Los poemas de *Artus* y de la *Tabla redonda* pertenecen á esta seccion.

2.^a Se colocan despues los de origen germánico, compuestos en versos largos, y en pesado estilo, grave y sesudo: estos han tomado por héroes á Carlomagno y sus Doce Pares.

3.^a Vienen en seguida los que produjo el espíritu de la civilizacion de los griegos modernos en tiempo de las cruzadas, escritos en prosa, y caracterizados por su tendencia á revestir las pasiones de un velo místico y de una metafísica sutil é incomprensible. Tales son los *Amadises*.

4.^a Preséntase últimamente la seccion de los poemas italianos que tratan de las guerras entre Carlomagno y los sarracenos, cuya base principal es la *Crónica de Turpin*. Los que precedieron al *Orlando*

Furioso prepararon el camino para que el Ariosto levantara la epopeya romancesca á la misma altura que Homero ensalzó la griega clásica. Entre muchos de estos poemas solo citaré los siguientes:

La Spagna: anónimo.

La regina Ancoja: id.

Altobello, ré Trojano: id.

Persiano, figliuolo de Altobello: id.

Innamoramiento di ré Carlo: id.

Morgante Maggiori: di Luigi Pulci.

Mambriano: d'el Cieco de Ferrara (*Francesco Bello*).

Orlando innamorato: di Matheo Bojardo.

(28) *Alcina* y *Urganda* se parecen mas á *Calipso* que á *Circe* y á *Medea*. Algunos con mucho fundamento, y yo con ellos, atribuyen el origen de las fadas, los genios celestes y terrestres, los encantamientos etc. á las fábulas orientales; pero le queda sin embargo todavia mucho á la poesia caballeresca, donde se ven patentemente reminiscencias de la mitología griega.

turalidad exterior, revistiendo sus fenómenos con bellas, pero materiales formas; y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginación risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrío, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los seres de la creación, y en fin, en el deseo de la patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimían, jamás formaron grandes contrastes morales; los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentran en su interior, y cuando ya el corazón no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcán rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los extremos de donde parten la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heroicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrero y melancólico carácter de las ficciones escandinavas, el espíritu aventurero de los normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginación árabe, y los sentimientos espirituales de la doctrina cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadises, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas alguna de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto origen.

Pero lo que más caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginación sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites, creado exclusivamente por ella y para ella, y tan lejanas de la realidad como de la verdad prosaica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gráfico de cierto y determinado país. Al considerarlas, parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los países del mundo estaban contiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é históricos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de París, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas é imperios que nunca existieron, y en fin, para considerar un soldado de Babilonia con los mismos hábitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas las mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros prepondera casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco más ó menos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida más bien por el instinto, que contenida por las leyes, el culto hacia el bello sexo, la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin, la confianza sin límites que cada caballero tenía en sus fuerzas y valor personal, que le hacía acometer impertérrito un ejército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadis? Aquel vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, este se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadis una sonrisa de su dama; el uno depone su clava, ciñéndose una rueca al lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña pobre para expiar los desdenes de su amiga haciendo una penitencia ascética y religiosa.

La mitología griega, conservando eterna juventud y lozanía, se sonríe á la imaginación, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templea algún tanto su lloroso semblante, ó la intensidad de su pasión, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follones y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las oscuras cavernas de los magos están los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y expía sus pecados al pie de un rústico altar, donde otro desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos acude á buscar los consuelos de la religión. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesía, pues si la caballerescas interesa mi corazón y mi alma por

la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razon, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroismo y supersticion, la de los griegos con sus bellas y voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido, halaga mis sentidos y se sonrie dulcemente á mi enajenada fantasia. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograremos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfeccion, y entonces no nos repugnarán muchas de las ficciones del Dante y del Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

Graves dudas hay sobre el órden sucesivo de las crónicas y poemas caballerescos; mas atendiendo al espíritu de cada seccion (*vid. nota 26*), yo pondria en primer lugar los de la conquista del Santo Grial, Artus y Tabla redonda, en seguida los de Turpin, Carlo-magno y los Doce Pares, y por último, los de los Amadises (29). En los primeros advierto ménos lujo de imaginacion oriental, y que participan mas de la sensibilidad de los pueblos del Norte; prepondera en los segundos el espíritu religioso con la disciplina monacal, y el deseo de conquistar almas para el cielo, llevando los caballeros la ofensa y defensa en la punta de la espada, y en el yelmo las santas aguas del bautismo, para dar eterna vida al vencido y moribundo enemigo cuando quisiera convertirse; y advierto, en fin, en los últimos la tendencia metafísica de una civilizacion mas suave, de pasiones mas refinadas y espirituales, y el imperioso influjo del bello sexo sobre una sociedad no ménos guerrera y generosa, pero mas culta y perfecta. Vanse marcando estas diferencias de una en otra gradualmente, por manera que parecen eslabones de una misma cadena, que entazan otras tantas épocas de la sociedad, desde la conquista de los bárbaros á las peregrinaciones y cruzadas á la Tierra Santa, y desde estas al complemento de las ideas caballerescas alambicadas por la metafísica sutil, que el trato y roce con los griegos modernos introdujo en el Occidente. Poco costará percibir esta graduacion de cualidades empezada en los Artuses, y concluida en los Amadises, y la reunion de todas ellas en el *Orlando Furioso*, de Ariosto, producto grande y magnífico de la poesia caballeresca, donde comienza á notarse la tendencia filosófica de los siglos posteriores, preparada por el genio burlesco y satírico que inspiró á Pulci su *Morgante*.

Así como las crónicas de historia (30) tomaron y prestaron alternativamente asuntos á los romances que les pertenecen, tambien los poemas y libros de caballeria debieron suministrar materiales á los caballerescos, que difundieron y vulgarizaron el espíritu suyo hasta entre las clases infimas del pueblo. Este, enlazando las nuevas fábulas á las tradiciones de los héroes indígenas, adornó á Bernardo del Carpio y otros caudillos semi-históricos, semi-fabulosos, con cuantas virtudes y hazañas constituian el heroismo de aquellos tiempos. En esta clase de composiciones transpira el carácter grave, fiero y guerrero de los españoles, á la par que la propension aventurera de los normandos, la exageracion fantástica y melancólica de los árabes, y la rudeza de la poesia luchando con una lengua poco flexible.

La coleccion de *Romances caballerescos é históricos* que ahora publico, está dividida en las siguientes clases:

Primera, en caballerescos, ó varios, que no forman entre sí una serie de ficciones que pueda colocarse entre los ciclos fabulosos conocidos.

Segunda, en romances de la Tabla redonda y de Amadis.

Tercera, en los de los Doce Pares.

(29) He dicho ya que las crónicas caballerescas en prosa, escritas desde el siglo xiv al xvii, son imitaciones ó traducciones de poemas originalmente compuestos en verso y en los idiomas breton, walou y del pais de Gales. Entre ellos se distinguen los poemas de Tristan, Perceval, el Galo y otros que, segun dije en la nota 24, ha descubierto Mr. Quimet y se propone publicar. Los libros caballerescos descendientes del de *Amadis de Gaula*, son sin duda productos del ingenio español; mas no puedo creer lo sea igualmente el padre de todos ellos. Aun cuando, como se supone, exista un códice portugués atribuido á Vasco Lobeira, donde se halla este libro caballeresco, solo probaria que es el primero que imitando otro anterior lo dió á conocer. Así á lo ménos parece, atendiendo á que el espíritu que domina en el *Amadis de Gaula* nada tiene de comun con la idealidad que preside en nuestra historia, con las costumbres del siglo xiv ni con los anteriores. Mucha mas semejanza tiene con los libros

de *Artus* y de la *Tabla redonda*. El *Amadis de Gaula* se resiente mucho de unas ideas feudales que casi nos eran desconocidas, pues los godos y los sarracenos, nuestros conquistadores, se amalgamaron tanto con el pais y sus habitantes, que se confundieron vencidos y vencedores, y no existió nunca en general la categoria de siervos territoriales. Hasta despues de muy adelantada la restauracion del imperio castellano no se organizaron en España instituciones algun tanto feudales, y esto fué cuando por la condescendencia y la penuria de los reyes, y por los efectos de la reconquista, se concedieron á los grandes algunos derechos de jurisdiccion en los paises que muchas veces recobraban á sus expensas.

(30) En el supuesto de haberse conservado las tradiciones populares en verso ántes que en prosa, es muy natural que los romances suministrasen materiales para la historia.

Cuarta, en los propiamente históricos, ó que se refieren á hechos tradicionales tenidos por verdaderos.

Los de la primera division participan mas ó ménos del carácter de todas las otras; en la segunda se perciben harto bien las cualidades de los originales de donde se han formado; y en la tercera, que viene y procede de la crónica latina del monje Turpin (31), se descubre el espíritu religioso y grave que de ella tomaron estas ficciones, con la exageracion gigantesca de un Roldán, solo comparable á la de Bernardo del Carpio. Pero donde descuella y se ostenta mas nuestro carácter nacional, es en los de la cuarta division, tomados del *Cancionero de Romances* y otras antologías (32), donde el rey Rodrigo, el Cid, Gonzalo Gustios de Lara, sus siete hijos, Ruy Velazquez, etc., son propiamente caballeros españoles, que luchan á brazo partido contra el dominio musulmán en un país determinado, y tienen las ideas, los trajes y las costumbres de su misma nacion, tales como entónces eran.

Como dichos romances fuéron conservados oralmente hasta mediados del siglo xvi, y provienen de épocas muy anteriores, domina en ellos cierta difusion y rigidez de estilo, y cierto amaneramiento é inconexion de frases, con la costumbre de repetirse en unos versos, y aun trozos enteros de otros, que les quita todo mérito considerados como poesia; pero que les presta un indecible interés como monumentos históricos de nuestras tradiciones, de nuestra lengua y cultura, y al mismo tiempo nos conservan vestigios de los usos, costumbres y formas ideales que atribuía el vulgo á sus héroes.

Una observacion notable ocurre acerca de esta última clase de romances, y es, que aunque predominan en ellos las ideas caballerescas, carecen del color maravilloso que caracteriza los poemas franceses é italianos de igual género. Ni fadas, ni genios, ni encantadores, ni ficcion alguna árabe se encuentra en aquellos, y sin embargo del trato íntimo que teníamos con los moros, la parte que constituye lo maravilloso es allí puramente cristiana. Tal era el odio con que los españoles mirábamos la fe de nuestros enemigos, que ni aun en poesia podíamos soportar sus ficciones, que detestábamos como obras del diablo. Nuestros héroes son por esta causa en los romances antiguos hombres extraordinarios y fuertes, sus armas de fino y acerado temple, y sus caballos de noble raza; pero no como en los libros y poemas caballerescos, encantados ni fadados. Apenas se encuentra en aquellos alguna otra reminiscencia de semejantes fabulas, y por esto son mas bien narraciones sencillas y áridas de hechos que carecen del brillo de una imaginacion verdaderamente poética.

Hasta fines del siglo xvi no adquirió la poesia castellana aquella rica inventiva, aquella gala y soltura, aquellas formas libres y fáciles, aquel lujo de colorido y de estilo, y aquellas dotes que tanto la ensalzaron en Europa, y que ahora empiezan de nuevo á apreciarse y á admirarse.

Los extranjeros que estudiando nuestra literatura confunden épocas y circunstancias, han anticipado el tiempo de nuestro verdadero romanticismo, considerado como sistema, atribuyendo á siglos anteriores lo que solo se verificó desde fines del xvi á mediados del xvii. En este intermedio, y no antes, se completó el amalgama y fusion de las partes heterogéneas que constituyen todo el brillo, riqueza, armonía y originalidad de nuestra bella literatura. Entónces se compuso la mayor y mejor parte de los romances del Cid y los moriscos (33), donde nuestros buenos poetas vertieron raudales de imaginacion y fantasia, probando al mismo tiempo no ignorar el arte de describir fuerte y vigorosamente, ya los caracteres, ya las costumbres. En las poesías anteriores á esta época se halla tal vez algun vestigio de la poesia árabe, mas bien por su tendencia melancólica y morosa, que por el lujo de imágenes y de colorido (34).

Yo considero á LOPE, GÓNGORA y sus contemporáneos como los primeros que com-

(31) Poco ventajoso es el cambio que hago del *Amadís* por la *Crónica de Turpin*.

(32) Todo el contenido del párrafo á que esta nota pertenece se refiere á las composiciones entresacadas del *Cancionero*, de la *Floresta*, y de la *Silva de romances*. Las que he tomado del *Cancionero general* pertenecen al siglo xiv y xv, y las que del *Romancero* al xvi casi todas, y pocas al xvii. Algunas he insertado del *Romancero de Sepúlveda*, serviles imitaciones del mal estilo de los romances antiguos; pero son pocas y únicamente para llenar algun vacío que otras dejaban.

(33) Hay con todo algunos que ascienden al siglo xv, y otros al xiv. Tales son los fronterizos, así llamados por ser las canciones donde los castellanos

celebraban las correrías que hacian en las fronteras de los moros.

(34) Mas resalta esta opinion comparando estos romances con los de LOPE, GÓNGORA ú otros poetas de los siglos xvi y xvii. Véanse los de *Fontefrida*, *Fontefrida*; — *Yo m'era Mora Moraina*; — *Que por mayo era por mayo*, y otros que he insertado en el *Romancero* de doctrinales, amatorios, etc. Estas cancioncillas en romances, particularmente las dos primeras, se hallan llenas de una tendencia dulce, melancólica y grave, que descubre bien á las claras su analogía de sentimientos con los pocos moriscos que en la *Historia de los árabes en España* ha traducido el sabio, modesto y amable D. José Antonio Conde.

prendieron el destino de la poesía castellana, y que abandonando la imitación de modelos latinos é italianos, establecieron el verdadero romanticismo español, tanto en la lírica como en la dramática. Así reunieron los elementos de la poesía popular, y crearon un sistema nuevo, compuesto con la brillante imaginación árabe, con la sentimental y vehemente pasión de los escandinavos, con la aventurosa y galante caballería de los normandos, con los profundos pensamientos del dogma y moral cristiana, y en fin, con el espíritu noble, guerrero, generoso y grave de su nación. Bajo el poderoso influjo de tan grandes ingenios, los versos cortos adquirieron toda la flexibilidad y dulzura que los distingue, y el romance octosílabo la perfección que le hace apto para expresar digna y convenientemente toda clase de pensamientos, y para adaptarse á todo género de tonos, desde el mas trivial al mas sublime. Hasta LOPE y GÓNGORA los poetas doctos y eruditos, mas que originales, apenas descendían con desden á la poesía del pueblo, y la abandonaron á los que por dictio llamaban ingenios legos. Hubo sin embargo algunos á mediados del siglo xvi que se propusieron imitar los romances viejos, poniendo en verso los hechos de la *Crónica general*; tal fué LORENZO DE SEPÚLVEDA y otros que afectando mas inspiración quisieron en estilo pomposo é hinchado popularizar episodios ó lances históricos de todas las épocas y naciones. Los del primero no dejan de presentar todavía mucho interés; los de los segundos no tienen otro que el de conservar algunas tradiciones populares que solo allí han dejado rastros y vestigios. Los poetas de la escuela docta anteriores al siglo xvi se propusieron por modelos exclusivos á los provenzales, al Dante y al Petrarca, y como todos los imitadores, estrecharon y anonadaron sus talentos ante los grandes originales que tenían á la vista. Por esto nuestra poesía erudita ó artística del siglo xv no tiene la grandiosidad de la del Dante ni la delicadeza de la del Petrarca; pero en desquite abunda en sutilezas metafísicas, y en una afectada galantería que se opone á la enérgica, natural y sencilla expresión de las pasiones. Posteriormente desde el siglo xvi al xvii BOSCAN, GARCILASO, HERREERA, RIOJA, LEON, VILLEGAS y los ARGENSOLAS dieron un grande impulso á la escuela docta, y la perfeccionaron aclimatando en España, además de los italianos, otros modelos mas sublimes. Horacio y Virgilio vinieron á habitar nuestro parnaso con Anacreonte, y casi le limpiaron de las sutilezas con que le mancillaron los poetas de la corte de Juan II. Así modificada y ensalzada la escuela imitadora, supera á la de origen popular en artificio, buen gusto, estilo, cultura y filosofía; pero la cede en estro, nacionalidad, riqueza de imágenes, abundancia de fantasía, y sobre todo, en las galas de una invención inagotable.

Cuantos hechos y raciocinios contiene este escrito me obligan á presumir :

- 1.º Que los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar debieron ser los romances.
- 2.º Que á ellos debemos principalmente la conservación de las tradiciones populares revestidas con el tipo y carácter nacional.
- 3.º Que nos marcan los diversos grados de cultura y modificaciones que segun los tiempos experimentaba la sociedad.

Y 4.º Que hasta fines del siglo xvi la poesía del pueblo, y por consiguiente el romance, no formaron un sistema completo y uniforme, capaz de llamar la atención de los sabios para adoptarle ó combatirlo.

Fácil es que yo me equivoque en cuanto llevo expresado; pero á lo ménos me lisonjeo de haber tratado la materia con alguna novedad, y de haber promovido cuestiones importantes, que otros mas sabios resolverán mejor, si quieren ó pueden. Si esto consigo, me doy por satisfecho del trabajo empleado en coleccionar los Romanceros que he publicado, y que presento en parte como modelos de buena poesía, y en parte como un medio filosófico de adquirir con su estudio muchos conocimientos acerca del carácter físico y moral que constituyó en nosotros la civilización de la edad media.

En este discurso, que versa en particular sobre la primitiva forma de la poesía castellana y los romances á ella pertenecientes, pudiera extenderme á proponer mi juicio acerca de los demas ya publicados en los volúmenes anteriores; pero además de haber dicho algo en cada uno sobre las poesías que contiene, nada puede añadirse á lo que con tanto saber, buena doctrina y gusto delicado ha escrito mi amado amigo D. Manuel José Quintana, en los bellos y perfectos resúmenes históricos de nuestra poesía, y en las excelentes notas críticas que ha insertado al frente y en el cuerpo de las dos secciones en que ha dividido su *Colección de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena á nuestros tiempos*, cuya segunda edición acaba de publicar.

APÉNDICE AL DISCURSO PRELIMINAR.

DESPUES de escrito el discurso y notas que anteceden, un discípulo, como yo, del hombre mas amable, sabio y celoso, que ha dedicado su vida á instruir la juventud, y á quien mucha parte de la de esta corte debe su afición y amor á los buenos estudios, me ha franqueado la siguiente advertencia, que inserto por la coincidencia de su contenido con mis ideas, por las miras útiles que contiene, por lo bien pensada que está, y por las noticias curiosas en que abunda. Así doy una prueba de mi aprecio y gratitud á quien ha tenido la bondad de franquearme este apunte.

POESIA BABLE.

« Pocas provincias de España conservarán mas reliquias y recuerdos de venerable antigüedad, que conservan las Astúrias. Su dialecto, conocido con el nombre de *Bable*, es sonoro, suave, y si no extremadamente rico, no tan pobre como creen algunos. Hablase en el interior de Astúrias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas frases y giros que se conservan en el *Poema del Cid* son familiares á los labriegos asturianos. Las voces adquiridas de los árabes no traspasaron los aledaños de Astúrias: será lástima que se deje perder un dialecto que, bien estudiado, podría dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podríamos tomar las que nos faltasen, sin tener que mendigarlas del extranjero. El Sr. Jovellanos estimuló á varios literatos á que formasen un diccionario *Bable* bajo las reglas que trabajó; mas no llegó á concluirse tan difícil empresa. D. José Caveda tiene escrita una *Memoria* acerca de la antigüedad y mérito del dialecto de Astúrias, digna de la luz pública.

« Una de las diversiones favoritas del pais es la danza circular conocida con el nombre de *danza prima*. La mesura y sencillez de este baile son los mejores garantes de su antigüedad: Homero nos describe ya danzas circulares (*). Canta el pueblo en estas danzas romances sagrados ó heroicos, amorosos ó festivos, intercalados de algun estribillo, por lo comun de asunto sagrado (**).

(*) Acaso las danzas circulares son resto y representacion de la táctica guerrera usada en las sociedades incipientes y en paises montañosos. En estos círculos se cantarían los himnos guerreros para animar los soldados: allí cada jefe los arengaría y comunicaría sus órdenes, y de allí saldrían ordenados los grupos ó pelotones para dar la batalla despues de haberse ejercitado en el manejo de las armas. Los asturianos bailan aun su *danza prima* armados de gruesas estacas, que saben usar perfectamente para la ofensa y la defensa; apenas se acaba uno de estos bailes sin batalla de garrotazos sobre la preferencia que pretende tener alguno de los concejos de la provincia. Comunmente el grito de guerra que precede á estas rijas, es el de *viva Pravia y muera Piloña*, ó al contrario. Los asturianos aman tanto estas danzas y costumbres, que donde quiera que estén y haya reunidos algunos aldeanos de esta provincia, arman su *danza prima* al son de los romances y una gaita, y se dan despues de palos sin misericordia. (Nota de D.)

(**) Lo particular es que desde tiempos muy remotos todos los romances que para música de estas danzas se cantan en Astúrias, son en castellano y de los mas vulgares. En el lenguaje bable no se conoce ninguno anterior al siglo XVII, y estos, aunque popularizados un tanto, son obra de poetas artísticos que, no teniendo poesías viejas en el dialecto del pais, las hicieron facticias é imitándole artificiosamente para dar una idea de lo que pudieran ser los cantos antiguos, que si los hubo se perdieron del todo ó se conservan entre las breñas de aquel pais, adonde no han podido ó no han procurado todavía hacer penetrar sus investigaciones las personas cultas y aficionadas á ellas. Los romances y poesías bables que existen conocidos son pues muy modernos, hechos ex-profeso, y afectan artificiosamente el dialecto ó los dialectos rústicos del pais. Consiguiente á ello es, que los poetas que los compusieron buscasen las palabras mas diferentes de la lengua castellana, y formasen una coleccion de las exclusivamente bables, por lo cual este dialecto aparece ménos castellano que lo que es en realidad. No obstante, estas mismas composiciones facticias bastan

para probar que el lenguaje rústico que aun hablan los asturianos es bastante copioso y apto para la poesía, y que pudo tener una antigua y propia que nos es desconocida. El Sr. D. José Caveda, que nos suministró el asunto de este apéndice, ha publicado posteriormente una preciosa coleccion de poesías en el dicho dialecto, que está precedida de un prólogo sabio y erudito acerca de él y de los poetas que le usaron. Refiriéndonos en todo á lo que dicho señor ha expuesto, nos contentaremos con insertar aqui un fragmento de romance dialogado é inédito, que en el siglo XVII escribió D. Antonio Gonzalez Reguera, con el pseudo-anónimo de *Anton de la Marireguera*, para muestra de esta clase de poesía, formada en el dialecto rústico, que creemos fuese el origen del nuestro vulgar. Dice así:

DIALOGO EN DIALECTO ASTURIANO.

TORIBIO.

Non quixera embarazabos,
Xuan Sauri, porque quiziás
Querrais dir para la llende
O au Dios vos ajudas
Posá esa carga de lleña,
Y cuntarevos lo c'hay:
El tabacu y é canseva
Pedivostu, claro esta
E como ño hay un uchabu
Faréis llo que los demas.
El tabacu tien lla culpa
¿Quién llo dixera que fai
Diez años, mal haya amen,
La infame necesida!

JUAN.

Entoncea yera otru tiempu:
Porque non habia rapaz
Que ño abarátas dineru
Mas q' agora un capellan.
¿Oh que tiempu aquel pasadu,
Que una vaca y un tenral,
Valia trainta ducados
Y eso luego á encarguechar.
¿Chá facer agora un probe
Si por ello ñon ó dan

» Astúrias tuvo poetas : el primero de que hay noticia clara, y del que se conservan algunos escritos, es D. Antonio Gonzalez Reguera, conocido por el nombre de *Anton de la Marireguera*, que floreció desde principios á mediados del siglo xvii. En 1639 escribió un romance sobre el pleito entre Mérida y Oviedo por la posesion de las cenizas de Santa

Cosa que lluzca nin preste
Y eso fado un año, y mas?
; Dios nos dé tener paciencia
Para tantu soportar!
Que si non nos ayudara
Nos habíamos sasparar.
Aunque rompíamos costazos
El botiello y la cuayar,
Non abarátamus pa peches
Nin nos llega l'agua al sal:
De cuantos usos se pierden
Nunc'esti se perderá,
De coyer y mayar argones
Que dexamos descansar.
Mal haya el hombre qu'enviuda
Y non torna á enmaridar,
Pos topa la cama fecha
Y preparadu el yantar.

TORIBIO.

Diz q' agora se ruxia
Que quier so real maxestá
Mandar far otro dineru,
Que bien fora; mas pupá:
Yo apuesto que algun señor
Y lo ha desaconsejar,
Qu'enfotados no hay un cuartu
Compren de balde lo q' hay.
Par ellos ye cuant' un probe
Puede correr y ganar,
En xornales y acarreos.
Y dempues en regalar
El gochu por San Martin
La lleña por Naviá
El cabritu par' á pascua,
Les ñates para San Iuan;
La gallina, el pollu, el huevu
Los figus y lo demas,
Y en faltando y'os á una
Llevó el diablu lo de atras.
Si estuviera yo c'ol Rey
Una media hora non mas
Había decei al oídu
La cartia de pe á pa.

JUAN.

; Xesus, home! ; Y con el Rey
Thabies de atrever falar?
; El oílo solamente
Las piernas me fai temblar!
; Solo pronunciar so nombre
En casa, en campu, en corral,
Al home mas entendida
Y farà trastabellar!
El Rey he muy gran señor,
No hay otu mas principal:
; Y si falares con el
Quei avis de rellatar?

TORIBIO.

Habia de decei, señor,
Si non quitá lla metá
De les peches, faga cuenta
Que nos unvia al hiespital.
Llo que so padre y dexó
; Non basta para pasar?
; Tantu como vien de Indies
Yo non sé que y se fai!
Tenga cuenta con les arque,
Con lo qu'entra y lo que sal;
Si hay per elles muncha llaves,
Lles pueden desocupar.
Tome cuenta por so mano
Q'ansi facen por acá
Los señores, y por eso
Non perden so calidá.
; Que quier tantu duque en casa,
Tantu ricu folgazan,
Que comen como abeyones
La miel del so colmenar!
; Non fora meyor mandallos
Para Flandes y Milan,
A vese con el inglés,
Que bien menester seran?
Si hay munchu, munchu se gasta:
Lo pocu suele bastar

Yo por mí l'echo de ver;
Porque si en mi casa hay
Una borroña, se gasta,
Y media suele allegar,
Y eso non solo en mió casa,
Tamien el amu lo fay.
Non se fie de dengunu,
Nin siquiera de seu pá:
Qu'el furtu bien amañadu
Al mas santu tentará.
Acuérdese de Bilbadu
Que bien se puede acordar,
De les barriques de figos
Que quitamos á so ma
Cuando y eren de doblones
Rebañados por acá
Q' al Emperador unviaba
Sin temor nin caridá
Cuand' eso se fai en casa
Por mandado de so ma,
Llos criados y criades
; Qué ye lo que non farán?
Siempre lo oi yo dezer
Y ora veo qu' é verda,
Qu'el diheru en munches manes
Nunca muy seguru está.
Dios tenga en bona folgancia
A so pa, que si tendrá,
Qu'en so tiempu andaba todo
Com'ello debia d' andar.
En so tiempo non s' usaba
Tanta embarcacion de pan,
Tanto maiz como ogano
Fo para San Sebastian.
El qu' embarca tien de sobra,
Y así un señor lo fará;
Pero axuntar la cevera
Dexando probe un llugar,
Y comprála pe los orros
Para embarcar ye maldá,
Si non por remediu n'ello
Bien sé yo que y de pesar
A cuantos ansina obrasen
Todos los habia enforcar.
Estes coses y otes munches
Me habia oír sin papizar;
Pero clli entendidu ye
Y non lo puede inorar.
Si tomare el min conseyu
Sé que non y habia faltar
Del so orru la cebera
Nin de sos arque el ral.
Qu'y socedia llo mesmo
Qu'a un avelo de so pa,
Segun cuentan les histories
Qu'en ellos lo faiara.

Non miren quian dá el conseyo
Si non se y vendrá.
Esto fo Enrique el enfermo
Que viniendo de cazar
Una noche para casa
Non afayó que cenar,
Y entre él y el mayordomo
Compezaron á falar,
Que la caza que traía,
Con que l' habin de axuntar.
El mayordomo ye dixo
Mal haya el remedio hay,
Qu'está en la carniceria
Ya no me quieren fiar.
Llevantó al cielo los güeyos
Y á Dios muchas gracias da
Y dixo: «; Un rey de Castilla
Ya non topa que cenar!
Tiró el gaban al criadu
Y dixo: tray que cenar
Sobre esa prenda, que aquesto
Presto se remediará.»
—Esta cena, dixo un paixio
Y la qu'esta nuiche hay
En casa del duque de Alba
Non se pueden igualar.
Aqui falta al Rey la cena,
Y alli estan al refaltar
Los grandes y el arzobispo;
Lo que alli se salará.

• Eulalia. Escribió en octavas los poemitas jocosos titulados *Dido y Eneas*, *Ero y Leandro*, *Piramo y Tisbe*. Se descubre en ellos genio festivo, amena y fecunda imaginación, excelentes imitaciones de los antiguos, y versificación fácil al mismo tiempo que numerosa.

Mas él supo remediallo
Oyendo lo que allí hay,
Que con un criado solo
Desfrásado se fo alla.
Entróse en casa del Duque,
Todo lo oyó falar.
Después que habian cenado
Alegres sin reparar
Que podría allí estar el Rey,
¿Quién díblos lo había pensar!
Mirándose unos á otros
Comenzaron ponderar
Lles rentes qu'ellos tenin
Y que podin sojuzgar.
A cuantos n'el mundo hubies
Sen en ello reparar.
—Uno á mi sobrame tanto
De lo que puedo gastar,
Otro: —Co-mio mayorazo,
Sen gaxies q' el Rey me da
Me sobren cien mil ducados,
Qu' esos los puedo emprestar.—
El Rey oyendo estes cosas,
Non pudo mas esperar
Salgíose él y el criado
Xurando en lo remediar.
Al otro día de mañana
Como quien non sabe tal,
Xuntó los grandes en casa
En so palacio real.
Teniéndolos todos yuntos
Comenzólos preguntar:
—¿Cuántos reyes conocéis?
Dícen que uno y non mas.
Al arzobispo é Toledo,
Y vuelve á repreguntar:
—¿Cuántos conocistes vos?
Yo á só agüelo y á su pa,
Y á so bisabuelo Enrique
Y á cuarto agüelo Xian,
Y ahora que guarde Dios, etc.

Pero si es extraño y casi increíble, que siendo la danza asturiana tan antigua que su origen se pierde en los mas remotos tiempos, y que por consiguiente los cantos con que se acompañaba deberían ser contemporáneos, nada de estos se haya conservado en su dialecto primitivo; si es extraño que solo se ejecuten en el día con los de la lengua moderna y usual, y esto por los mismos rústicos aldeanos que hablan aquel, no lo es ménos la existencia en el país y no en otro de España de una multitud de romances tradicionales castellanos, nunca escritos ni impresos, cuyas formas típicas, su espíritu sencillo y épico, parecen pertenecer esencialmente á la poesía primitiva, aunque su lenguaje está modernizado. En estos romances se percibe un sabor oriental, una sencillez bíblica admirables, muy parecidos á las leyendas caballerescas y maravillosas que se importaron á Europa por los cruzados. Hay en ellos un lujo de imaginación, pero sencilla y natural; hay una cultura inartificial y apacible de que carecen los rudos romances viejos históricos de la época también de tradición, y de que solo se hallan vestigios en algunos de los moriscos primitivos. ¿De dónde ha venido esta clase de romances puramente hechos en castellano, y de que solo hay vestigios en Asturias, y entre la gente vulgar, cuando parecen hechos hasta para la gente culta? En Andalucía es verdad que los campesinos cantan romances que se llaman tradicionales; pero que no lo son, pues están reducidos á fragmentos mal compaginados de otros de fines del siglo xvi, repetidas veces impresos. No sucede así con aquellos de que hablamos, que son originales, que se conservan de memoria sin grave alteración, que jamas se han escrito ni impreso, y que solo han llegado hasta nosotros pasando de la boca de los ancianos al oído de los niños, los cuales saliendo de su país los olvidan y desdeñan. Cuantos pasos hemos dado para conseguirlos completos han sido inútiles;

el siglo xviii mató nuestra nacionalidad literaria, y ha sido preciso un gran esfuerzo de atrevimiento para llamar la atención del presente hácia los orígenes de nuestros viejos cantos populares. Demasiado tarde por cierto, puesto que el pueblo también los ha ido olvidando, y ya es muy difícil, si no imposible, resarcir la pérdida. Sin embargo, gracias á la condescendencia amable, gracias á la excelente memoria de mi amigo el Sr. D. Pedro José Pidal, gracias á su amor á las cosas nacionales, que se extiende desde lo mas pequeño de la literatura patria, hasta lo mas alto y esencial de las cosas del Estado, he podido lograr de su bondad que me dedique el corto tiempo que le queda, y me proporcione los fragmentos de algunos de estos romances que oyó en su niñez, y que aun recuerda con placer, y son:

ROMANCE DE DON BUESO.

• Camina Don Bueso
• Mañana fría
• A tierra de moros
• A buscar amiga;
• Hallóla lavando
• En la fuente fría:
—¿Qué haces ahí, mora,
• O hija de judía?
• —Reviente el caballo
• Y quien le traía,
• Que yo no soy mora
• Ni hija de judía;
• Soy una cristiana,
• Estó' aquí cativa
• En poder de moros
• Diez años había.
• —Si fueras cristiana,
• Yo te llevaría,
• Y si fueras mora
• Yo te dejaría.—
• Montóla á caballo
• Por ver qué decía:
• Durante diez leguas
• No hablara la niña.
—¿Qué tienes, señora,
Que así enmudecías?—
La niña callaba
Y no respondía.
De allende los montes
El sol que salía
Alumbra los valles
Que verdor cubría,
Vagan los rebaños
Sin pastor ni guía,
Y los corderitos
Retozan y triscan;
Entonces alegre
La libre cautiva
Conoce la tierra
Adonde nació,
Y dice gozosa
Con dulce sonrisa:
—¿Oh prados alegres
• Donde siendo niña,
• Mi madre la reyna
• Sus paños tendía,
• Donde el rey mi padre
• Sus perros corria
Y adonde mi hermano
Don Bueso crecía
En hechos de amores
Y caballería!
—Di: ¿cómo te llamas,
De quién eres hija?
—Un rey es mi padre,
Yo soy Rosalinda,
Que malditos moros
Me hicieron cativa,
Y diez años presa
Pasé de mi vida.
—¿Qué señas me das
Por ser conocida?
—Rosa que en mi pecho
Hube al ser nascida.
—Muéstramela luego,

» Hay noticia y existen obras de otros poetas coetáneos y posteriores, siendo los mas célebres *Juan Fernandez Porley*, llamado *Juan de la Candonga*; *D. Bernardino Robledo*, cura de Piedelora; *D. N. Benavides*, *D. Bruno Fernandez*, y *D. Antonio Balvidares*.

Mi hermana querida,
Que sois la que busco
Uno y otro día.
Abrazanse luego
Don Bueso y la niña,
Y hácia el fuerte alcázar
Gozosos caminan.
El Rey y la Reina,
Que no presumían
Hallar tal ventura
Cual la que venía,
Oyeron del hijo
La grata noticia.
Torneos armaron,
Fiestas mil hacían,
Y dan á sus hombres
Preseas muy ricas.
La Infanta casaran
De allí á pocos días
Con noble marido
Que un reinado había.
Partióse Don Bueso,
Que partir quería,
Y va caminando
Mañanita fría,
A tierra de moros
Por buscar amiga.

Todos los versos señalados » pertenecen al romancillo tradicional, y los demás se han añadido para completarle, siguiendo empero el asunto y el desenlace mismo que tiene el original.

ROMANCE DEL MARINERO.

Mañanita de San Juan
Cayó un marinero al agua.
—¿Qué me das, marinero?
Por que te saque del agua? —
Doyte todos mis navíos
Cargados de oro y de plata.
—Yo no quiero tus navíos
Ni tu oro ni tu plata.
Quiero que cuando te mueras
A mi me entregues el alma. —
El alma la entregó á Dios
Y el cuerpo á la mar salada.

Aquí hay un pensamiento moral y religioso. El que ofrece la vida al marinero puede ser el mal espíritu; pero aquel prefiere la muerte á vida comprada á costa de la salvación espiritual.

CANTAR ANTIGÜO.

—Ay Juana, cuerpo garrido!
Ay Juana, cuerpo galano!
¿Dónde le dejas al tu buen amigo?
¿Dónde le dejas al tu buen amado?
—Muerto le dejó á la orilla del río,
Déjole muerto á la orilla del vado.

¿Cuánto me das, volver he te le vivo?
¿Cuánto me das volver he te le sano?
—Doyte las armas y doyte el rocino,
Doyte las armas y doyte el caballo.

ROMANCE QUE CANTAN LAS ALDEANAS DE ASTURIAS SIEMPRE QUE BAILAN LA DANZA DEL PAÍS.

—Ay, un galán d'esta villa!
Ay, un galán de esta casa!
Ay, diga lo qu'él quería!
Ay, diga lo qu'él buscaba!
—Ay, busco la blanca niña!
Ay, busco la niña blanca!
—Ay, qué no l'hay n'esta villa!
Ay, que no l'hay n'esta casa!
Si no era una mi prima,
Si no era una mi hermana,
Ay, del marido pedida!
Ay, del marido velada!
Ay, bien qu' ora la castiga!
Ay, bien que la castigaba!
Ay, con varillas de oliva!
Ay, con varillas de malva!
Ay, que su amigo l'espera!
Ay, que su amigo l'aguarda!
Al pié de una fuente fría,
Al pié de una fuente clara
Que por el oro corria,
Que por el oro manaba.
Ya su buen amor venía,
Ya su buen amor llegaba,
Por donde ora el sol salía,
Por donde ora el sol rayaba,
Y celos le despedía
Y celos le demandaba, etc.

El baile de Asturias, llamado la *danza prima*, se ejecuta en dos corros, el uno cerrado de hombres solos, y otro abierto, de mujeres. Estas cantan siempre el romancillo anterior, y los aldeanos, en general, cualquiera otro de los vulgares; pero todos como ántes hemos dicho en castellano puro. Por lo común se hacen estas fiestas en las romerías ó ferias, donde algunas veces los valentones del país gritando unos, por ejemplo: *viva Pravia*, y otros *viva Piloña*, que son dos concejos rivales, acaban el baile dándose garrotazos, y yéndose á comer despues con los curiales para hacer las paces.

En Oviedo, en las célebres fiestas de la Velasquida, fundación sumamente curiosa de una señora afecta á los alfayates, suelen cantar aun hoy día el romancillo que empieza así:

Donde los xastres vienen,
Donde los xastres van,
Donde los xastres vienen,
Zapateros non van.

(Nota de D.)

DE VARIOS PLIEGOS SUELTOS

QUE CONTIENEN ROMANCES, VILLANCICOS, CANCIONES, ETC., DE POESÍA POPULAR Ó POPULARIZADA.

NOTA.

Todos los que llevan este signo * los hemos tenido presentes.

Todas las composiciones así marcadas † son las que se incluyen en el *Romancero*, ó se incluirán en el *Cancionero*.

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS EN EL SIGLO XVI.

*Almoneda de disparates nuevamente hecha : cántase al tono de las Gambetas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Almoneda de disparates en coplas, que dicen : *En la tarde hay Almoneda*.

*Apartamiento del cuerpo y del ánima, agora nuevamente impresso.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contienen :

Coplas que dicen : *Providencia diuina*.

*Aquí comienzan dos romances con sus glosas. El primero de Durandarte. El segundo de vn gentil hombre que despues de gran prosperidad se vió en muy mayor necesidad.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Romance de Durandarte, que dice : *Muerto yace Durandarte*.†Glosa de dicho romance en coplas, que dicen : *Cuando el gran Carlos quería*.†Romance que dice : *En el tiempo que mi vida*.Glosa del dicho romance, en coplas que dicen : *Cuando la prosperidad*.

*Aquí comienzan dos romances del conde Grimaltos y su hijo Montesinos.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 6 fojas, fig.)

Contiene :

Romance que dice : *Cata Francia, Montesinos*.Idem que dice : *Muchas veces oí desir*.

*Aquí comienzan dos romances del marques de Mantua. El primero, de cómo andando perdido por vn bosque halló á su sobrino Valdouinos con heridas de muerte, y el segundo, la embajada que el Marques envió al emperador demandando justicia, y otro agora de nuevo añadido, que es vna sentençia que dieron á Carloto, hecha por JERÓNIMO DE TERNIÑO de Calatayud, año 1562. Búrgos. Felipe de Junta. 1562. (En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas, fig.)

Contiene :

†Romance del marques de Mantua, que dice : *De Mantua sale el Marques*.†Idem de la embajada que envió al Emperador, que dice : *De Mantua salen apriesa*.†Idem de la sentençia contra Carloto, por JERÓNIMO DE TERNIÑO, dice : *En el nombre de Jesus*.

En este pliego se dice TERNIÑO, al que en otros se llama TREVIÑO, el qual, segun parece, fué únicamente autor del tercer romance.

Aquí comienzan dos romances : el primero que dize *Riberas del Duero arriba*, y el otro del moro Alatar, con vn vencimiento de amor, y vnas coplas de JUAN DE MENA sobre vn macho que compró á

vn fraile, y vn romance nuevo de lo de Tunez, y otro del conde Fernan Gonzalez. Impressos con licencia.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Romance que dice : *Riberas del Duero arriba*.

†Item, otras obras que no cito, por no tener el pliego á la vista.

*Aquí comienzan las coplas de Magdalenica, con otras de la reina de Nápoles, con vna cancion.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Contiene :

†Coplas que dicen : *Abrasse Madalenica*.†Romance de la reina de Nápoles, que dice : *Emperatrices y reinas*.†Coplas endechas en diálogo entre dama y galan, que dicen : *Desidme lo que buscáis*.†Cancion que dice : *Donde amor su nombre escribe*.†Idem que dice : *Nunca pudo la pasion*.Mote que dice : *Por mi vida y vuestra vida*.

Aquí comienzan once maneras de romances con sus villancetes.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

*Aquí comienzan quatro maneras de romances : el vno de Magdalenica, y el otro *De Francia partió la niña*, y otro de Guarinos, y el otro del duque de Gandia, con vn villancico que dize : *Razon que fuerza no quiere*.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Coplas que dicen : *Abrasse Magdalenica*.†Romance que dice : *De Francia partió la niña*.†Idem del conde Guarinos, que dice : *Mala la hobiste franceses*.†Idem el duque de Gandia, que dice : *A ventisiete d. julio*.Villancico que dice : *Razon que fuerza no quiere*.

*Aquí comienzan quatro romances de los siete Infantes de Lara. Hechos agora nuevamente conformes á su hystoria.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Romance que dice : *De los reinos de Leon,—Bermudo, etc.*†Idem que dice : *Acabadas son las bodas*.†Idem que dice : *Muy grande era el lamentar*.†Idem que dice : *Ruy Velazquez el de Lara*.

*Aquí comienzan quatro romances del rey Don Rodrigo, con vna obra de GOMEZ MANRIQUE. Agora nuevamente impressos. M. D. L.

Sin L. 1550. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

†Romance del rey Don Rodrigo, que dice : *Don Rodrigo rey de España*.†Idem del idem que dice : *Las huestes de Don Rodrigo*.

- * Romance del rey Don Rodrigo, que dice : *Ya se sale de la priesa.*
- * Idem de la penitencia que hizo el mismo, que dice : *Después que el rey Don Rodrigo.*
- * Coplas de GOMEZ MANRIQUE, que dicen : *Cuando Roma conquistaba.*

Aquí comienzan quatro romances, y este primero dize : *Cautiuváronme los moros*, y otro, *De la bella mal maridada*, y otro de *Caminando por mis males*, con vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

* Aquí comienzan seis maneras de coplas y villancicos. Y en este primero cuenta cómo vn hombre que venía muy penado de amores, y rogaua á vn barquero que le passase el rio; y otras que dizen : *Romerico, tú que vienes*; con otras de *Anton Vaquero de Morana*.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Diálogo del caballero penado y el barquero, en copias que dicen : *Pasame por Dios, barquero.*
- * Idem entre un gentil hombre y un romero, en idem, que dicen : *Romerico, tú que vienes.*
- * Idem de Anton el Vaquero, en copias que dicen : *En toda la Tramontana.*
- * Villancico de *No me demandes, Carillo*, con coplas que dicen : *No tomes tal fantasia.*
- Idem que dice : *Pues vos consentis.*
- Idem fecho por PEREZ que dice : *Donde iré yo sin ventura.*

* Aquí comienzan seis romances. El primero de *La mañana de Sant Joan*. El segundo : *Ay Dios, que buen cauallero*. El tercero : *De Granada parte el moro*. El quarto de *Moricos, los mis moricos*. El quinto : *De concierto están los Condes*. El sexto : *Reinando el rey Don Alfonso*, con otras coplas de BOSCAN.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance morisco, que dice : *La mañana de Sant Joan*.
- * Idem del maestre de Calatrava, que dice : *Ay Dios, que buen caballero.*
- * Idem morisco, del moro Alatar, que dice : *De Granada parte el moro.*
- * Idem, idem, que dice : *Moricos, los mis moricos.*
- * Idem de los condes de Carrion, que dice : *De concierto están los Condes.*
- * Idem de Alfonso el Casto, que dice : *Reinando el rey Don Alfonso*. — *Que el Casto etc.*
- Coplas de BOSCAN á la tristeza, que dicen : *Tristeza, pues yo soy tuyo.*

* Aquí comienzan seis romances. El primero del rey Don Pedro. El segundo de Paris. El tercero del rey Don Juan. El quarto de Enéas y Dido. El quinto del rey Saul. El sexto de Polimnestor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance que dice : *Por los campos de Jerez — A caza va el rey Don Pedro.*
- * Idem de Paris, que dice : *Quien en mal punto se engendra.*
- * Idem del rey Don Juan, que dice : *Los cielos andan reueltos.*
- * Idem de Dido y Enéas, que dice : *Por los bosques de Cartago.*
- * Idem de Saul, que dice : *Cuando murió el rey Saul.*
- * Idem de idem, que dice : *Israel, mira tus montes.*
- * Idem de Polimnestor, que dice : *En la rueda de fortuna.*
- * Idem de idem, que dice : *Bien vengas mal, si eres solo.*

* Aquí comienzan tres romances glosados, y este primero dize : *Desamada siempre seas*; y otro de *La bella mal maridada*; y otro de *Caminando por mis males*, con su villancico y vn romance.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Glosa de MELCHOR LLANES al romance de *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen : *Pensé que por bien*

amaré, con deshecha que dice : *Perdonad, bien de mi vida.*

- * Idem de QUESADA al de *La bella mal maridada*, en coplas que dicen : *Cuando amor en mi ponía.*
- * Idem al de *Caminando por mis males*, en coplas que dicen : *Viendo que mi pensamiento.*
- Villancico de *Dame acogida en tu hato*, con sus coplas que dicen : *Esta noche en tu majada.*

* Aquí comienzan vnas coplas de la comadres : fechas á ciertas comadres, no tocando las buenas; y de sus lenguas, y hablas malas, y de sus afeites y blanduras, y de sus trajes y otros tratos. Fechas por RODRIGO DE REINOSA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas.)

Contiene :

- Coplas de las comadres, que dicen : *Fuestes hoy, comadre, á misa.*
- Es una composicion satírica, mordaz y poco decente, pero forma un cuadro de costumbres.

* Aquí comienzan vnos villancicos muy graciosos de vnas comadres muy amigas del vino. Agora nueuamente impressos.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Villancico que dice : *No me vea yo á la mesa.*
- * Idem por deshecha y de la otra comadre, que dice : *Ay, comadre ando á buscar.*
- * Idem entre dos comadres, que dice : *Con qué sanaré comadre.*
- * Idem por deshecha, que dice : *Ay, que me muero y me fno.*
- * Villancico que dice : *La letra dice que beban.*
- * Idem por deshecha, que dice : *No quiero tres, ni quiero treces.*
- * Villancico que dice : *Trabadas andan en procesion.*

* Aquí comienza vna glosa del romance de Amadis, y es á saber, qu'el romance es nueuo y la glosa assimismo nueua, sentida y muy gentil, segun que por ella verés. Con vna glosa hecha *A la mia gran pena forte*, tambien nueuamente trobada. Va solamente la glosa del romance, sin él, porque quien lo quisiere hallar, le ha en los dos piés postreros de las coplas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Glosa al nuevo romance de Amadis, que empieza tambien como el viejo : *En la selua está Amadis*, en coplas que dicen : *Siguiendo ajeno querer.*
- Idem de *A la mia gran pena forte*, en coplas que dicen : *Temiéndome de perder.*

* Aquí comienza un *Pater noster* trobado y dirigido á las damas, y las coplas de la *Chinigala*, y vn villancico que dize : *Los cabellos de mi amiga — de oro son*, con otras de vn ventero y vn escudero. Y vn villancico que dize : *No tengo vida segura — en no ver tu hermosura*, trobado por RODRIGO DE REINOSA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * El *Pater noster* trobado aplicándolo á cosas de amor, en coplas que dicen : *Oh señor, pues te tenemos.*
- * Romancillo en verso de endechas, que es las coplas de la *Chinigalas*, que dicen : *A la chinigala, — La gala chineta, — Damas cortesanias.*
- * Villancico y sus coplas, que dice : *Los cabellos de mi amiga.*
- * Diálogo entre un ventero y un escudero, en coplas que dicen : *Acógeme acá esta noche.*
- * Villancico y coplas suyas, que dice : *No tengo vida segura.*

Aquí comienza vn romance del conde Claros de Montalvan.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance del conde Claros, que dice : *Media noche era por filo.*

*Aquí comienza vn romance del conde Guarinos, almirante de la mar. Trata de cómo le cautivaron los moros.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 folias, fig.)

Contiene:

*Romance del conde Guarinos, que dice: *Mala la hobistes, franceses.*

*Aquí, lector, verás juntas, por HERNAN-LOPEZ compuestas, cincuenta viñas preguntas con otras tantas respuestas. Y otra obra hecha al mismo Yanguas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 y 1 colum., 8 folias, fig.)

Contiene:

Coplas en diálogo, precedidas de una introducción en prosa, las cuales son alegóricas, y dicen: *Estas noches de diciembre.*

Comienzan las preguntas y respuestas en coplas, que dicen: *Porque con ramos siniestros.*

Coplas del autor al lector, que dicen: *Bien pudiera yo llevar.*

Villancico que dice: *Pues este mundo acarrea.*

Demanda que hizo un galán á Yanguas acerca de la división de la cosmografía: coplas de arte mayor, que dicen: *En todo y por todo discreto y facundo.*

*Aquí se contienen dos obras á lo divino, contemplativas y de muy gran provecho, do el Christiano podría tomar emienda en su vivir. La primera trata del juego de la esgrima, á la tentación de nuestro Señor Jesucristo, con vn villancico aplicado á la obra. La segunda, del juego del axedrez. Agora nuevamente impressas en Valencia, año de MDLXXXVIII.

Valencia. Herederos de Juan Navarro. 1588. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 folias, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Dos maestros os señalo.*

Aquí se contienen dos romances glosados y tres canciones. Este primero es de *La bella mal maridada*, y otro de *Cautiváronme los moros*; y vna canción que dize: *Salgan las palabras mías*, y otra: *Si en las tierras do nasci.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

*Aquí se contienen ciertos proverbios muy ejemplares y graciosos, debajo de título de *Enfadados*, los cuales son muy naturales sentencias, y reprehension y matraca de muchas vanidades y vicios deste mundo. Compuestos por GASPAR DE LA CIMERA, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada. Fuéron impressos con licencia, en Sevilla, en casa de la viuda de Sebastian Trujillo.

Sevilla. Viuda de Sebastian Trujillo. Sin A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 folias, fig.)

Contiene:

Coplas en endecasilabo, que dicen: *Oh suma y gran bondad de Dios inmenso.*

Reprehension de vicios mundanos, en coplas que dicen: *A ti Dios omnipotente.*

*Aquí se contienen cinco romances. El primero, de cómo fué vencido el rey Don Rodrigo; el segundo, de la penitencia que hizo; el tercero, del conde Don Julian; el quarto, del infante Don Enrique; el quinto, del rey Don Fernando, que dizen que murió emplazado.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 folias, fig.)

Contiene:

*Romance de cómo fué vencido el rey Don Rodrigo, que dice: *Los vientos eran contrarios.*

*Idem de la penitencia que hizo dicho Rey, que dice: *Después que el rey Don Rodrigo.*

*Idem de cómo el Conde Don Julian vendió á España, que dice: *En Cepta está Don Julian.*

*Idem del infante Don Enrique, que dice: *Ese infante Don Enrique.*

*Idem de Fernando el Emplazado, que dice: *Válame Nuestra Señora.*

*Aquí se contienen dos admirables victorias que Dios nuestro Señor ha dado á sus fieles contra los endiablados turcos, enemigos de nuestra sancta fe católica. La primera la conquista de la hermosa Velona. La otra el fortissimo Castil-novo, fuerzas muy poderosas é importantes, con otras muchas y muy marauillosas cosas que en fauor de la Sancta Liga han acontecido. Contado todo en verso por GASPAR DE LA CIMERA, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de la ciudad de Granada. Con vn gracioso villancico á pregunta y respuesta, entre el auctor y el turco.

Impresso con licencia, en Granada, por Hugo Mena; y por el mismo original, en Toledo, en casa de Miguel Ferrer, etc. 1572. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Dice el diuino Platon.*

Villancico que dice: *Llega, turco, á enamorarte, con coplas entre el autor y el turco, que empiezan: Llega, perro sementido.*

*Aquí se contienen quatro nuevos acaescimientos. El primero, la perdicion y fin de vn muy valeroso turco, con sesenta naues de remo, en Malta la vieja. El segundo, la venida y conuersion de Cide Muza, alcaide de Alarache y de Alcazarquiuir. Los otros dos espirituales y ejemplares, todos nuevamente acontecidos, y contadas sus historias en llano verso, por GASPAR DE LA CIMERA, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada; y vn christiano villancico, por el qual el auctor auisa á los fieles que se guarden, porque andan, so piel de corderos, sembrados en España, luteranos.

Fué impresso, etc. Cordoba, en casa de Juan Baptista Escudero, y por el original, en Toledo en casa de Miguel Ferrer, que sea en gloria. Año de 1572. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 folias, fig. en la portada y al fin.)

Contiene:

Coplas que dicen: *El que sin Dios imagina.*

Villancico que dice: *Cristianos, tené atencion.*

*Aquí se contienen quatro romances antiguos. El primero de Tarquino, rey de los romanos, de cómo por traicion forzó á Lucrecia romana, y mo (*sic*, por como) se mató con vna espada delante de su marido, por auer sido adulterada. Otro, de los condes de Carrion, cómo maltrataron á las hijas del Cid. Otro del rey Don Alonso el Casto. Otro del rey Don Bermudo.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 folias, fig.)

Contiene:

*Romance de Tarquino y Lucrecia, que dice: *Aquel Rey de los romanos.*

*Idem de los condes de Carrion, que dice: *De concierto están los Condes.*

*Idem del rey Don Alfonso el Casto, que dice: *Después de muerto Bermudo.*

*Idem del idem, que dice: *Reynando el rey Don Alfonso.*

*Idem del rey Don Bermudo, que dice: *Reynando el rey Don Bermudo.*

*Aquí se contienen quatro romances. El primero, de Antenor, que cuenta cómo fué á pedir el cuerpo de Héctor á los grecianos. El segundo, la cruel y espantosa batalla que los romanos dieron contra Numancia, que es agora llamada la ciudad de Soria. El tercero es de los capalleros de Mo-

clin. El quarto es de Enéas y Dido, y vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Romance de Antenor, que dice : *De Troya sale Antenor.*
- ¶ Idem de la destruicion de Numancia, que dice : *Enojada estaba Roma.*
- ¶ Idem de los caballeros de Moclín, que dice : *Caualleros de Moclín.*
- ¶ Idem de Eneas y Dido, que dice : *Por los bosques de Carthago.*
- ¶ Villancico que dice : *En el monte la pastora.*

*Aquí se contienen quatro romances viejos, y este primero es de Don Claros de Montaluan, el qual trata de las diferencias que huuo con el Emperador por los amores de la princesa su hija.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Romance del conde Claros, que dice : *A misa va el Emperador.*
- ¶ Idem de Don Diego de Acuña, que dice : *Alterado el pensamiento.*
- ¶ Idem viejo, que dice : *Triste estaba el cauallero.*
- ¶ Villancico, que dice : *Cuidado, no me congojes.*
- ¶ Romance viejo, que dice : *Amara yo una señora.*
- ¶ Villancico, que dice : *Que vida terná sin vos.*
- ¶ Romance de un galán en loor de su amiga, que dice : *De la luna tengo queja.*
- ¶ Villancico que dice : *Madre mia, amores tengo.*

Aquí se contienen tres romances. El primero es el que dize : *De Antequera salió el moro*; y el otro, *Riberas del Duero arriba*; y el otro el que dize : *Abenamar, Abenamar, — moro de la morería*; los quales han sido agora nueuamente corregidos y emendados.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Romance que dice : *De Antequera salió el moro.*
- ¶ Idem que dice : *Abenamar, Abenamar.*
- ¶ Idem que dice : *Riberas del Duero arriba.*

*Aquí se contiene vn milagro que el glorioso San Diego hizo con una deuota suya á los 25 de febrero d' este presente año de 1594, juntamente de la gran justicia que en la ciudad de Lisboa se hizo de vn inglés luterano, y de otras personas. Y lleua al cabo una letrilla nueua, al tono de la Zarabanda, sobre la nueua premática. Compuesto en verso castellano por BENITO CARRASCO, vezino de Auila. Impressas en Seuilla, en casa de Benito Sanchez, con licencia.

Seuilla. Sin A. 1594 (En 4.º á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- Romance del milagro de San Diego, que dice : *Celestial santo, frai Diego.*
- Idem en versos pareados en tono de la Zarabanda, sobre la Pragmática de los trajes, que dice : *Oh qué buena manda.*

Arte de conseruar el dinero en la bolsa, con lo qual en gran manera se remedia lo mucho que se gasta en el orinal.

Salamanca. 1541. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Cancion hecha por LUIS DEL CASTILLO, con su glosa y otras muchas canciones glosadas, y villancicos y motes.

Medina del Campo, en el corral de los bueyes. 1395. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Cantares de diuersas sonadas, con sus deshechas muy graciosas, assí para bailar como para tañer.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

*Carta que enuia la reina Philis á su amado Demophonte, queixándose de su tardanza en Atenas, donde él era señor, y esto por auer prometido venir dentro de un mes, y viendo que se tardaua escribe la presente carta.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Contiene :

- Carta de Philis en coplas, que dicen : *Tu huésped, Demofon.*
- Villancico del fin, que dice : *Miren bien los amadores.*
- El asunto de esta obra se ha tomado de la *Heroyda* de Ouidio, que trata de él.

Chiste nueuo con seis romances y siete villancicos viejos, por FRANCISCO ARGUELLO.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Chistes de muchas maneras, nueuamente compuestos, con vn villancico al cabo, que dize : *No me demandes, carillo.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Ciertos romances con sus glosas nueuamente hechas. Y esta primera es : *Por la matanza va el viejo*, con su glosa; y otro, *Que me crece la barriga*, con vna glosa. Con vna glosa de Rosa fresca.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

*Comienzan vnas coplas á los negros y negras, de cómo se motejauan en Seuilla vn negro gelofe mandinga, con vna negra de Guinea. A él llamauan Jorje, y á ella Comba, y cómo él la requería de amores, y ella dezia que tenia otro enamorado que llamauan Grisolmo. Cántanse al tono de *La niña quando baileis*. Hechas por RODRIGO DE REINOSA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 1 y 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- Diálogo de los negros imitando su jerga, en coplas de arte mayor, que dicen : *Gelofe mandinga le da gran tormento.*
- Coplas en la misma gerga, para cantarse al tono del *Guineo*, y dicen : *Mangana, mangana.*
- ¶ Idem, comienzan unas coplas de un pastor que estaba enamorado de una pastorcilla, segun que las coplas irán recontando, hechas por el mismo RODRIGO DE REINOSA, y dicen : *Viva la gala de una pastorcilla* (Son una serranilla).
- ¶ Comienzan otras coplas pastoriles, de cómo un pastor fué á la corte, y de cómo otro su compañero le mandaba si iria tambien ó no; hechas por RODRIGO DE REINOSA, dicen : *Dime, Juan, si iré á la corte.*
- ¶ Coplas que hizo sobre el villancico *Sola me dejaste*, en versos de endechas, que dicen : *Buscastes crueldad.*

*Comiézase la historia de Judith, diuidida en seis romances, con vn romance al cabo, de la Pasion. Compuestos y recopilados por JUAN BAPTISTA, impremidor de libros.

Sin L. ni A. (En 4.º á 2 colum., 8 fojas.)

Contiene :

- ¶ Romance que dice : *Maldita seas, serpiente.*
- ¶ Idem que dice : *Gran prisa se da Holofernes.*
- ¶ Idem que dice : *Muy triste estaba Israel.*
- ¶ Idem que dice : *Ya se partia Judith.*
- ¶ Idem que dice : *Pasados eran tres dias.*
- ¶ Idem que dice : *Ya Judith llega á Bethulia.*
- ¶ Idem á la Pasion, que dice : *Tú me digas ermitaño.*

*Comienza vn razonamiento por coplas, en que se contrahace la germania y fieros de los rufianes y las mujeres del partido, y de vn rufian llamado Cortauiento, y ella Catalinas Torres-altas, con otras dos maneras de romance. Y la Chinigala. Fechas por RODRIGO DE REINOSA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- Diálogo en germanía, en coplas que dicen : *Catalina qu'es mi vida.*
 Romance que dice : *De Francia salió la niña.*
 Idem á la muerte del duque de Gandia, que dice : *A veinte y siete de julio.*
 Idem de la Chinigala, en verso de endechas, que dice : *A la Chinigala, La gala chinela, — damas cortesanas.*

* Copias vn romance del conde Alarcos, hecho por PEDRO DE RIAÑO.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene :

- Romance del conde Alarcos, que dice : *Retraída está la Infanta.*

Cómo vn rústico labrador astucioso, con consejo de su mujer, engañó á vnos mercaderes.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* Coplas agora nuevamente hechas á vna mujer casada que pedia á su marido vna sauoyana, y el marido le responde quién son las que la han de traer y las que no, con otras coplas nuevas de los que dicen mal de mujeres, y dichos maravillosos. Van tambien otras coplas que dicen : *Que quereis que os traiga, galana*; con otras que dicen : *Que quereis que os traiga, delicada.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Coplas en diálogo entre la mujer y el marido que dicen : *Comprame vna sauoyana.*
 Villancico del fin de dichas coplas, que dice : *Qué demandais mas, galana.*
 Coplas contra los que dicen mal de mujeres, que empiezan : *Quien dice mal de mujeres.*
 Diálogo entre marido y mujer, en coplas que dicen : *Que quereis que os traiga, delicada.*
 Villancico del fin de dichas coplas, que dice : *Los casados que quereis.*

Coplas compuestas á modo de chiste, de vn clérigo que tenia amores con vna labradora.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

* Coplas compuestas por BERNARDINO DE AUELLENA, beneficiado en Gamonal, y capellan del muy magnífico señor Don Pedro Xuarez de Velasco, dean de Burgos, mi señor : en las quales se contiene lo que hasta agora su Majestad ha concluido en el ecuménico y universal concilio, en la ciudad de Ratisbona, y del ejército que se hordeña para castigar los rebeldes. Año de MDXLVI años.

Sin L. ni A. 1546. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Con el divino favor.*

* Coplas contra las rameras, con otras muchas obras.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Coplas contra las rameras, pié quebrado y versos pareados, que dicen : *Dejenlas con su lacerta.*
 Glosa jocosa á modo de disparates, hecha al romance de, *Tiempo es el caballero*, en coplas que dicen : *En danza mil putas viejas.*
 Villancico que dice : *Llenos de lágrimas tristes.*
 Idem que dice : *Vos, señora, á desamarme.*
 Idem que dice : *No quiero ser casada.*
 Mote que dice : *Pues mi vida y vuestra vida.*
 Villancico de este mismo RODRIGO DIEGO DE REINOSA, que dice : *Sola me dejaste.*
 Idem de CARTAGENA, que dice : *Partir quiero yo.*

* Coplas de Anton Vanquerizo de Morana, y otras de *Tan buen ganadico*. Y otras canciones. Y vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Coplas de Anton Vaquero, que dicen : *En toda la tramontana* (diálogo).
 Villancico que dice : *Mas quiero morir por vos.*
 Idem que dice : *Ojos garzos ha la niña.*
 Idem que dice : *Tan buen ganadico.*
 Idem que dice : *Pues el fin de mi esperanza.*
 Coplas de Magdalena, que dicen : *Abrame, Magdalena.*
 Villancico que dice : *No te tardes, si me mueres.*

* Coplas de Caminá, señora, si quereis caminar, con sus villancicos sobre el caso. E otras de Si quereis comprar romero, muy apacibles. Agora nuevamente fechas por FRANCISCO DE MONTE-MAYOR.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Diálogo entre galán y dama, en coplas y versos de endechas, que dicen : *Caminá, señora.*
 Villancico de la dama, que dice : *Quiera Dios por mi no digan.*
 Idem del caballero, que dice : *Quedo de vos tan contento.*
 Coplas á modo de las de Si quereis comprar romero, que dicen : *Alma mía, tomad amor.*

* Coplas de dos galeras turquesas, las cuales alzaron los cautivos christianos iunto la ciudad de Argel, en miércoles, y á los 26 de setiembre, año de 1590: y de cómo llegaron en el puerto mayor de la ciudad de Alcudia, deste reino de Mallorca. Compuesta por HERNANDO DE LA CÁRCEL.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1590. (En 4.º á 2 colum. 4 fojas, fig.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Suene la fama su trompa.*

Coplas de Magdalena. Otras de *Tan buen ganadico*, añadidas por JAKES NORMANTE. Otros fieros que hizo vn rufian en Zamora con vna puta, por ALVARO DE SOLANA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Abrame Magdalena.*

Idem que dice : *Tan buen ganadico.*

No sé lo demas porque no tengo el pliego.

* Coplas de vna dama y vn pastor sobre el villancico que dize : *Llamábalo la doncella, — y dijo el vil : al ganado tengo d'ir*; — con vn romance que dize : *Quanto mas mal me trateis.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, viñeta.)

Contiene :

- Coplas en diálogo, que dice : *Llamábalo la doncella.*
 Romance que dice : *Cuando el ciego Dios de amor.*
 Villancico que dice : *Mientras mas mal me trateis.*
 Lamentación de amor, en coplas que dicen : *Resuenen mis alaridos.*
 Motete en una copla, que dice : *Ved cuán fuera de razon.*

* Coplas de vn galán que llamaua á la puerta del palacio de su señora, y ella responde *Pápale, coco*; y las de la hija de la labradora, y vnos adagios, y muchos villancicos.

Sin L. ni A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Diálogo entre la dama, y el galán que llamá á su puerta, en coplas de pié quebrado, que dicen : *Abrime, señora, que he medio.*
 Coplas de la hija de la labradora, que dicen : *La hija de la labradora.*
 Adagios en coplas de pié quebrado, que dicen : *El dolor que al alma llega.*
 Coplas al duque viejo del Infantazgo, quando fué enamorado de la Maldonado, que dicen : *Ya se pasan los amores.*
 Porque en versos redondillos pareados, que dice : *Di-chosa fue mi ventura.*
 Villancico que dice : *Todos rienden de la vela.*
 Idem que dice : *Qué dolor tienes, pastor.*

- ¶ Idem que dice: *Si la noche hace oscura.*
 ¶ Idem que dice: *Descendé al valle, niña.*
 ¶ Idem que dice: *Mi señora, si se usase.*
 ¶ Idem que dice: *Ah hermosa, — abríme cara de rosa.*

- * Coplas de vnos compañeros de la buena vovya, que partieron del puerto de Esgueva, y fuéron á Medina del Campo, sobre mar. Con vn villancico que dize: *Digas pastorcico*, etc. Con vnas coplas de vn torbellino que derrocó y quebró mucho vidrio en la plaza de Valladolid.

Sin L. ni A. Valladolid. 1540. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios, *orta y fig.*)

Contiene:

- Coplas de los compañeros de la buena vovya, que dicen: *Ya despues que nos juntamos.*
 ¶ Villancico que dice: *Digas pastorcico.*
 ¶ Coplas del torbellino, que dicen: *Espantado de continuo.*

- * Coplas de vnos disparates, nuevamente compuestos, con otras de la Apyaha, y otras de vna labradora y vn gentil hombre.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios, *fig.*)

Contiene:

- Coplas de unos disparates, en redondillos pareados, que dicen: *Escuchame lo que digo.*
 ¶ Idem de la Pryaha describiendo las perfecciones que debe tener una dama, dicen: *Hanne dicho de una dama.*
 ¶ Idem en verso de endechas, de una labradora que requerida de amores se resiste, pero al fin cede á los ruegos de un caballero, dicen: *Vos, caballero.*
 ¶ Cancion que dice: *Nunca pudo la pasion.*
 ¶ Mote que dice: *Pues mi vida es vuestra vida.*

- * Coplas fechas por mandado de vn señor, el qual tenia vn mozo adeuino, y allende d'eso era perezoso, mentiroso y goloso, y sisáuale la mercaduría que compraua, de tres blancas la vna; y el qual tenia las tres tachas siguientes.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios.)

Contiene:

- ¶ Coplas que dicen: *Tengo un mozo mentiroso.*

- * Coplas fechas por vn religioso de la órden de Sant Augustin, del bienauenturado Sant Roch: conformes á su historia para excitar á las gentes á mas deuocion; en especial para que le llamen en tiempo de la pestilencia, que es sancto muy apropiado para librá de tal necesidad; y comienzan assí hablando con Sant Roch.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios, *fig.*)

Contiene:

- Coplas á Sant Roch, que dicen: *Tanta fué vuestra bondad.*
 Siguese una obra contemplativa sobre lo que dice Sant Joan, que la Señora estaba al pié de la cruz mirando á su hijo bendito, en villancico y sus coplas, que dice: *A quien mirarán mis ojos.*
 Siguese la historia trovada del niño Jesus perdido, etc. en un villancico y coplas, que dice: *Pues el Niño no parecece.*

- * Coplas hechas por DIEGO GARCÍA, natural de la ciudad de Berganza, con vnos amores de un cauallero y vna doncella, con las maldiciones de SELAYA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios.)

Contiene:

- ¶ Coplas de DIEGO GARCÍA, que dicen: *Vino en tan triste penar.*
 ¶ Cancion villancico remitiendo á una dama las coplas anteriores; dice: *Perdime por conoceros.*
 ¶ Romance en versos pareados, de las maldiciones de SELAYA, que dice: *Mucho quisiera apartarme.*
 ¶ Villancico en verso anacreóntico y su quebrado, hecho en dialogo entre una dama y su galán que la pide le abra la puerta, y dice: *Ah hermosa.*

- * Coplas nuevamente hechas al caso acaescido en Italia en la batalla de Paulia, en las quales se reuenta dende qu'el duque muniur de Borbon se

pasó de Francia á la parte del Emperador, hasta la batalla y prision del rey de Francia, las quales se pueden cantar al tono de las gambetas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 8 folios.)

Contiene:

- Coplas de la batalla de Pavia, que dicen: *Cesa tu furia, frances.*

- * Coplas nuevamente hechas de *Perdone vuesa merced*, con vn romance de amor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., *fig.*)

Contiene:

- ¶ Coplas de pié quebrado, que son un diálogo entre dama y galán, que dicen: *Perdone vuestra merced.*
 ¶ Idem en dialogo, pié quebrado, que dicen: *Ah hermosa.*
 ¶ Idem que dicen: *Ah señora, si se usase.*
 ¶ Idem romance en pareados y con villancicos, que dice: *Lastimado del amor.*
 ¶ Romance de amor, que dice: *Di si tú me desconuelas.*
 ¶ Querellas de amor en endechas, que dice: *Muy grave pena.*
 ¶ Villancico que dice: *Si no te duele, señora.*

- Coplas nuevamente hechas de una señora que pedia á su marido vna sauoyana, con vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column.)

Contiene:

- Coplas que dicen: *Compráme una sauoyana.*
 Villancico que dice: *Qué queréis que os traiga.*

- * Coplas hechas sobre la plématica del pan, que su cesárea y católica Majestad del Emperador nuestro señor ha puesto en el reino de Castilla, Leon y Toledo. Nueuamente impressas.

Sin L. ni A. Valladolid. (En 4. Gót. 4 folios.)

Contiene:

- Coplas sobre la plématica del pan, que dicen: *Cantemos todos, cantemos.*

- * Coplas nuevamente hechas por FRANCISCO DE LORA á este villancico, que dize: *Mariquita fué á la plaza*, con vna glosa del mismo LORA á las coplas de *Desamada siempre seas*, etc., é otras dos maneras de coplas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 column., 2 folios, *fig.*)

Contiene:

- ¶ Villancico en diálogo, que dice: *Mariquita fué á la plaza.*
 Glosa de LORA, al romance *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen: *Si en algun tiempo supiera.*

- * Coplas y cartas para requerir de nuevos amores.

Sin L. 1555. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios, *fig.*)

Es una coleccion de cartas amorosas en prosa y verso.

Contiene:

- Carta para declarar su amor, que termina en coplas, que dicen: *La carta lleva consigo.*
 Idem quejándose de falta de correspondencia; acaba con las coplas: *Si con este triste quejarme.*
 Idem sintiéndose desahuciado; acaba con coplas: *Pues no me puedo partiros.*
 Idem fingiéndose enfermo de amor; acaba con coplas, que dicen: *Quedados á Dios, que me vó.*
 Idem fingiéndose desterrado; acaba con coplas, que dicen: *Ya me lleuan los cuidados.*
 Idem estando ya ausente; acaba con las que dicen: *La triste carta que va.*
 Idem á la vuelta de su ausencia; que acaba con las que dicen: *El siervo de vos que fué.*
 Coplas en loor de la dama, que dicen: *Los altos merecimientos.*

- * Coplas y chistes muy graciosos para cantar y tañer al tono de la vihuela. Agora nuevamente hechas por GASPAR DE LA CINTERA, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada. Con licencia impressos.

Impresso en Búrgos, Phelippe de Junta. Sin A. (En 4.º Gót. á 2 column., 4 folios, *fig.*)

Contiene :

- ¶ Cancion y coplas de disparates, que dicen : *A bodas soy convidada.*
- ¶ Coplas letrillas, que dicen : *La mujer.*
- ¶ Coplas que dicen : *Bras muere de amores de Ana.*
- ¶ Idem que dicen : *Bras por Ana padeciendo.*
- ¶ Idem que dicen : *Dicen que esta malo Anton.*
- ¶ Idem que dicen : *De Pascuala soy amado.*
- ¶ Idem que dicen : *Mal consejo me parece.*
- ¶ Idem que dicen : *Zagala de ojos morenos.*

* Desesperaciones de amor que hizo vn penado galán. Y vna glosa que dize : *Salgan las palabras mias.* Y vna queixa contra el amor. Y vnas exclamaciones hechas por vn cauallero filósofo de Cupido. Y las coplas de *Dama hermosa*. — *Qué cosa es cosa*. — 1537.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Desesperaciones de amor, en coplas que dicen : *Cuando en la mayor altura.*
- ¶ Cancion de SANCHEZ DE BADAJOZ, que dice : *Salgan las palabras mias.*
- ¶ Glosa de la anterior cancion, en coplas que dicen : *Los sentidos tengo muertos.*
- ¶ Quejas contra el amor, en coplas que dicen : *Oh amor, que quien te dió.*
- ¶ Exclamaciones de un penado amador, en coplas que dicen : *Oh Roma, que si abrasada.*
- ¶ Coplas en verso de endechas, que dicen : *Deci, hermosa.*
- ¶ Romance de Gerineldos, que dice : *Leuantose Gerineldos.*

Deshecha de lo acaescido en la Sierra Bermeja y de los lugares perdidos.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

* Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres. Son interlocutores Alethio, que dize mal de las mujeres, y Fileno que las defiende. Va nuevamente corregido de algunas cosas malsonantes que en otras impresiones solian andar.

Al fin. — Fué impresso este diálogo en el mes de febrero año de MDXVI. Sin L. 1546. (En 4.º á 2 colum., 26 fojas, sin numerar : signat. desde a hasta c, inclusive, las a y b de á 8 fojas y la c de 10.)

Contiene :

- ¶ Coplas en diálogo de las condiciones de las mugeres, que dicen : *Bien se parece Fileno.*

Es un precioso artículo que corresponde á los de una época anterior á la edición de 1598, que es la mas antigua que ha llegado hasta nosotros, y por estar menos expurgada de las posteriores á él, aunque ya lo está mucho; pero conserva sin embargo el trazo de las condiciones de las monjas, suprimido en las mas modernas que hemos visto. ¿Que se hicieron las ediciones del CASTILLO que precedieron á esta parte de sus obras, fecha 1546? Sin duda se aniquilaron por la Inquisicion, de tal manera, que ni por asomos hemos podido ver ninguna.

Es ademas muy interesante este artículo por el aviso al lector, que pone BLASCO DE GARAY, ignorando ó afectando ignorar quien fuese el autor que compuso la obra de que él daba una edición. Indicalo sin embargo diciendo que debió componerla el mismo que hizo el sermón de amores, que publicó un trovadoreillo que solo puso de suyo en el una introducción que vulgarmente se llama de FR. PUNTEL, y á la que dió el título de *Sermón de amores*. — (Vid. *Sermón de amores*.)

Disparates de GABRIEL DE SARAUJA, muy graciosos y apacibles para cantar, glosando muchos viejos romances. Otras coplas del mismo auctor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

* Disparates muy graciosos. Ahora nuevamente compuestos por DIEGO DE LA LLANA, de la villa de Almenar. Y otras en carta á vna señora qu'él seruía, suplicando le tenga por suyo. Y otras á vna borracha.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Romance de disparates, en versos redondillos pareados, que dicen : *Yo queriendo caminar.*
- Carta loando á su señora, en coplas que dicen : *Muy desdada señora.*
- Coplas á una borracha, que dicen : *Poned luto, taberneros.*

Disparates muy graciosos y de muchas suertes hechos, y vn aparato de guerra que hizo MONTORO, y vnos fieros que haze un rufian.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Disparates y almoneda, trobados por JUAN DEL ENCINA; é un villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót.)

* Documento é instruccion muy prouechosa para doncellas desposadas y recién casadas, con vna justa de amores, hecha por JUAN DEL ENZINA á vna doncella que mucho le penaua.

Sin L. 1536. (En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas, fig.)

Contiene :

Carta en prosa sobre lo que indica el título de la obra y cuyo encabezamiento expresa que va hecha en coplas por un religioso, y dirigida á una doncella desposada con un su amigo.

- ¶ Comienza el documento, en coplas que dicen : *Doncella muy generosa.*

¶ Justa de amores por JUAN DEL ENZINA, en coplas que dicen : *Pues por vos cresce mi pena.*

¶ Romance de Don Juan Manuel, que dice : *Gritando va el cauallero.*

Dos glosas sobre el romance que dize : *Buen conde Fernan Gonzalez*, y otra sobre el romance de *Yo me leuantara, madre*, é vnas coplas sobre las que dicen : *Aquel cauallero, madre*, — *tres besicos le mandé*; y otras sobre *Llamáualo la doncella*, — *y dixo el vil* : — Con vna deshecha y vn villancico, hechas por ALONSO DE ALCAUDETE.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* El destrozo y robo hecho de vna nao Regusea, nombrada Sanct Roque, por otra inglesa, y el suceso de cómo llegó al puerto de la ciudad de Mallorca, guiada y gobernada por vn hombre solo, nombrado Juan...., natural de Regusa. Compuesto por HERNANDO DE LA CÁRCEL.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1591. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Suele la necesidad.*

* El espantoso y doloroso dilunio que en la villa de Bilbao ha sucedido, con los demas pueblos comarcanos que á las orillas del rio están fundados, en este año de 1593, á veinte y dos dias del mes de septiembre, que duró su ímpetu desde media noche de Sant Mateo hasta medio día, que empezó á menguar. Compuesto por JUAN DE MAGASTON, oficial en el arte de la imprenta (sic), natural de Ixe de Cornago, en este año de 1593.

Bilbao. Pedro Cole de Ibarre. Sin A. 1593. (En 4.º á 2 colum.)

Contiene :

Romance sobre la inundacion de Bilbao, que dice : *Año de mil y quinientos — con mas de noventa y tres.*

* En este breue tractado se contienen dos cosas muy notables. La primera es sobre vn martirio de vn deuoto religioso de la orden de Sant Francisco. El qual fué martirizado en Francia entre los herejes en vna ciudad que se dize Macon. La segunda es vn castigo que hizo nuestro Señor en vn mal hombre que quiso sacar vna religiosa de su orden. Lleua al cabo vnos versos puestos á lo

diuino sobre aquella letra que dize : *A su aluedrio y sin orden alguna*, agora nueuamente compuesto por CHRISTOBAL BRAVO, priuado de la vista corporal, natural de la ciudad de Córdoba, Impreso.... en Toledo, en casa de Miguel Ferrer, que sea en gloria. Año de 1572.

(En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Ilustre congregacion*.

Idem de endecasílabos, que dicen : *Andaba un pecador tan desmandado*.

Este es el pleito de los judíos con el perro de Alba, y de la burla que les hizo. Nueuamente trouada por el Bachiller JUAN DE TRASMIERA, residente en Salamanca, que hizo á ruego y pedimiento de vn señor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Pleito de los judíos, en coplas que dicen : *En Alba estando el Alcalde*.

* Este es el pleito de los judíos con el perro de Alba, y la burla que les hizo, nueuamente trobado por el bachiller JUAN DE TRASMIERA, residente en Salamanca, que hizo á ruego y pedimiento de vn señor. E vn romance de JUAN DEL ENZINA.

Sin L. ni A. Salamanca. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Coplas del pleito, que dicen : *En Alba estando el Alcalde*.

¶ Romance de JUAN DEL ENZINA, que dice : *Yo me estaba reposando*.

La obra del pleito está escrita parodiando las formas y fórmulas que se siguen en un asunto judicial.

* Este es vn processo de amores hecho contra vna dama á pedimiento de vn galán : procede el dios de Amor contra ella porque fué rebelde á sus mandamientos, y en fin el juez los concierta y quedan conformes.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 6 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Processo de amores, en coplas que dicen : *De mi vicario especial*.

* Este es vn consejo que dió vn rufián á vnas doncellas, con las coplas del hueuo.

Sin L. (Vailadolid), ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Consejos del rufián, en coplas que dicen : *De las nueve villas*.

¶ Diálogo en un villancico, que dice : *Abajad las sienas, marido*.

¶ Siguense unas coplas que hablan de cómo las mujeres por una cosa de nonada dicen muchas cosas, en especial una mujer sobre un hueuo con su criada : empiezan : *Amarga de mi cuitada*.

* Este es vn romance de Gerineldos, el paje del Rey, nueuamente compuesto.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Gerineldo, Gerineldo*.

Con algunas variantes se imprime aun, y canta por los ciegos este romance.

* Glosa de la reyna troyana, y vn romance de Amadis, hecho por ALONSO DE SALAYA; con otros romances y obras suyas.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

Glosa del romance de *Triste estaba y muy pensosa*, en coplas de SELAYA, que dicen : *Con doloroso gemido*.

¶ Romance nuevo de Amadis, por SELAYA, que dice : *En un hermoso vergel*.

Villancico por IDEM, que dice : *Quién será que sea cobarde*.

¶ Romance por IDEM á una señora, dice : *En mis pasiones pensando*.

¶ Villancico por IDEM : *Gloria me será la muerte*.

¶ Romance por IDEM, que dice : *Dormiendo está el pensamiento*.

Coplas de IDEM á una señora que traía por colores en el trenzado, el verde y el pardillo : dicen : *Esmalte de perfeccion*.

Cancion (villancico) de IDEM, que dice : *Mis pasiones y tormentos*.

Idem de IDEM á una señora que no le cumplió lo prometido : dice : *Quién podrá vivir mirando*.

Villancico de IDEM, que dice : *Contraria me fué ventura*.

* Glosa de los romances que dizen : *Cata Francia, Montesinos*. Y la de *Sospirastes, Baldouinos*. E ciertas coplas de JUAN DEL ENZINA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

Glosa del romance *Cata Francia, Montesinos*, en coplas que dicen : *Por tierras entristecidas*.

Idem del de *Sospirastes, Baldouinos*, en idem, que dicen : *Cuando es amor lisongero*.

¶ Coplas de JUAN DEL ENZINA, á una que tenia el marido viejo, que retozaba con su criada, que dicen : *Pues que vos, señor, hoigais*.

¶ Villancico de IDEM, que dice : *Oh castillo de Montargis*.

¶ Coplas de IDEM, que dicen : *Coposcite, desdichado*.

Las coplas y villancico de ENZINA estan en su *Cancionero*.

* Glosa del romance de Don Tristan. Y el romance que dizen de la reyna Elena, y vn villancico de *Páseme por Dios, barquero*, y otro villancico de *Romerico, tú que vienes*, y otro que dize : *No me demandes, Carillo,—que á ti no te me darán*.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Coplas glosando el romance de *Ferido está Don Tristan*, que dicen : *Al tiempo que se alegraba*.

¶ Romance de la reyna Elena, que dice : *Reina Elena reina Elena*.

¶ Cancion ó villancico que dice : *Páseme por Dios, barquero*.

¶ Villancico que dice : *Romerico, tú que vienes*.

¶ Idem que dice : *No me demandes, Carillo*.

* Glosa del romance de O Belerma, ó Belerma, nueuamente glosado por BARTHOLOMÉ SANTIAGO; con otras de *Do tienes las mientes*. Con vnos dos romances nuevos, hechos por el mismo auctor. Con otras de *Tanto me demanda la niña*. Y otras de *Guárdame las vacas*, etc.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Contiene :

Glosa del romance de *Oh Belerma*, en coplas que dicen : *Con mi mal no soi pagado*.

¶ Villancico que dice : *Do tienes las mientes*.

¶ Romance de SANTIAGO, que dice : *Oh princesa, linda dama*.

¶ Idem de IDEM, que dice : *En el tiempo que triunfaba*.

¶ Villancico que dice : *Tanto me demanda la niña*.

¶ Idem que dice : *Guárdame las vacas*.

* Glosa de *Olorosa clauellina*. Con otra de *Morir vos queredes, padre*; con coplas de *Guárdame las vacas*; y vnas requestas de amores.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

¶ Glosa del romance *Olorosa Clauellina*, hecha por QUESADA, en coplas que dicen : *Entrando por una huerta*.

¶ Idem del idem de *Morir vos queredes, padre*, hecha por GONZALO DE MONTALVAN, en coplas que dicen : *Por menor y menos fuerte*.

¶ Villancico ANONIMO de *Guárdame las vacas*, con coplas que dicen : *Juri á mi qu'eres tan bella*.

* Glosa nueuamente hecha por FRANCISCO DE LORA, sobre el romance de *Melisenda*, que dize : *Todas las gentes dormian*. Con otra cancion del mismo.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Glosa de LORA al romance de Melisenda, en coplas que dicen : *Las estrellas relucientes.*
- ¶ Cancion de IDEM, que dice : *Los martirios infernales.*

* Glosa nueuamente hecha por DIEGO DE ARMENTA, vezino de la ciudad de Loxa, á vn villancico que dize : *Llamáualo la doncella.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- ¶ Villancico ANÓNIMO de *Lamáualo la doncella*, con coplas de ARMENTA, que dicen : *Llamalo de vna ventana.*
- ¶ Deshecha del fin de dichas coplas, en diálogo, que dice : *Oyes, Gil, quieres saber.*

Glosa nueva sobre aquel romance de *Gritos daua de passion*, — *aquella reyna troyana*, por JAIME DE HUETE, con obras del mismo auctor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* Glosa religiosa y muy christiana sobre las coplas de DON JORGE MANRIQUE, que comienza : *Recuerde el alma dormida*, ahora nueuamente por su auctor corregida y emendada.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. y redond. á 1 y 2 colum., 19 fojas.) Lam. en madera que representa la muerte.

Contiene :

- ¶ Coplas de JORGE MANRIQUE, que dicen : *Recuerde el alma dormida.*

Glosa en coplas que dicen : *Nuestra bienauenturanza.*

Aunque no se expresa en esta edicion el auctor de la glosa, es de el religioso cartujo DON RODRIGO DE VALDEPEÑAS, prior del Paular.

Las coplas de JORGE MANRIQUE, hechas en doce versos de pie quebrado cada una, son cuarenta y una. En la presente edicion está una de estas coplas en una columna de letra gótica, sobre el texto de la glosa, que en coplas de igual clase y puestas en dos columnas de letra redonda, va glossando aquella, de tres en tres versos; pero deja en blanco y sin glossar desde la veinte y seis hasta la treinta y seis inclusive, mas las inserta á la letra en redondilla y á dos columnas.

* Glosas de los romances de *O Belerma*, etc. Y las de *Paseábase el rey moro*. Y otras de *Riberas del Duero arriba*. Todas hechas en disparates.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- ¶ Glosa en disparates al romance de *O Belerma*, en coplas que dicen : *El conde Partinuples.*
- Idem en idem al idem de *Paseábase el rey moro*, en coplas que dicen : *Sant Gines de Cartagena.*
- Idem en idem al idem de *Riberas del Duero arriba*, en coplas que dicen : *La blanca de Guinea.*
- ¶ Villancico de *Tomale, lléale, pápale, coco*, con coplas que dicen : *Habladme, señora mia.*

* Glosas de los romances y canciones que dizen : *Domingo era de Ramos*, y *Entre Torres y Jimena*, y *Morir os queredes, padre*. Hecho por GONZALO DE MONTALVO.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- ¶ Romance que dice : *Domingo era de Ramos.*
- Glosa á dicho romance, en coplas que dicen : *Mirando la gran constancia.*
- ¶ Cancion serranilla que dice : *Entre Torres y Jimena.*
- ¶ Glosa de dicha cancion, en coplas que dicen : *Caminando por la sierra.*
- ¶ Glosa del romance de *Morir os queredes, padre*, en coplas *Por menor y menos fuerte.*

Las glosas son de GONZALO DE MONTALVO.

* Glosas de vnos romances y canciones, hechas por GONZALO DE MONTALVO. — *Entre Torres y Jimena*. E *Morir vos queredes, padre*. E *Domingo era de Ramos*.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- ¶ Cancion serranilla anónima, que dice : *Entre Torres y Jimena.*
- ¶ Glosa de MONTALVO á dicha cancion, en coplas que dicen : *Caminando por la tierra.*
- ¶ Glosa de idem, al romance de *Morir vos queredes, padre*, en coplas que dicen : *Por menor y menos fuerte.*
- ¶ Romance viejo que dice : *Domingo era de Ramos.*
- Glosa de MONTALVO á dicho romance, en coplas que dicen : *Mirando la gran constancia.*

* Glosas nueuamente compuestas, por ALONSO DE ALCABDETE, sobre los romances siguientes : *Ya se salia el rey moro*, etc. ; y el otro : *Yo me adamara vna amiga* ; y el otro : *Nuño Vero*, *Nuño Vero*. Y vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Glosa de ALCABDETE al romance de *Ya se salia el rey moro*, en coplas que dicen : *En el tiempo que esta tierra.*
- Idem de IDEM al romance de *Yo me adamara vna amiga*, en coplas que dicen : *En el tiempo y juventud.*
- Idem de IDEM al romance de *Nuño vero* etc., en coplas que dicen : *De gran deseo listada.*
- ¶ Cancion de IDEM que dice : *Didme vos, señora.*
- Idem de IDEM que dice : *Esperanza mia por quien.*
- ¶ Villancico de IDEM que dice : *Tus ojos sanan, señora.*

* Glosas sobre el romance que dize : *Tres cortes armara el Rey*, nueuamente compuesta por ALONSO DE ALCAUDETE, natural de la muy noble ciudad de Ronda; con otras muchas glosas y villancicos.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- Glosa de ALCAUDETE al romance de *Tres cortes armara el Rey*, en coplas que dicen : *En el tiempo de aquel sol.*
- Villancico de IDEM á la toma de Oñe, plaza de Africa, por el marques de Santa Cruz, que dice : *Llore el rey de Tremecén.*
- ¶ Glosa de IDEM al romance de *Yo me leuantara, madre*, en coplas que dicen : *En los tiempos deleitosos.*
- ¶ Villancico de IDEM, que dice : *De mí, dicha no se espera.*
- ¶ Coplas de IDEM al cantarillo de *A aquel cavallero, madre*, que dicen : *Porque fué el mandado primero.*
- ¶ Idem, de IDEM al idem de *Llamáualo la doncella*, que dicen : *Llamáualo ; di, perdido.*

* Glosa sobre la tomada de Roma.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene :

- ¶ Glosa del romance de *Triste estaua el Padre Santo*, en coplas que dicen : *Ya los Alpes, altas sierras.*
- En esta glosa, tomando los dos últimos versos de cada copia, resulta el texto completo del romance, y con algunos versos mas que se suprimieron en el inserto en el *Cancionero de Romances*, y en esta misma glosa que incompleta se puso en los *Romances*, etc., de SEPÚLVEDA.

* Gracioso razonamiento, en que se introducen dos rufianes, el vno preguntando y el otro respondiendo en germania, de sus vidas y arte de vivir, quando viene vn alguacil: los quales como le vieron fuéron huyendo, y no pararon fasta el burdel á casa de sus amigas: la vna de las quales estaua riñendo con vn pastor, sobre quel se quexaua que le auia hurtado los dineros de la bolsa. Y viendo ella su rufian, házese muerta, y él se haze fiendo, y dize al pastor que se confiese, el qual haziéndolo así, acaua.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.) En la portada y entre el texto.

Contiene :

El razonamiento de los rufianes, en coplas de arte mayor, que dicen : *A boca de sorna por ir encubierto.*

Es una composicion que retrata muy bien los hábitos, costumbres y el lenguaje de los rufianes y rameras; pero es indecente, en particular la confesion del pastor que en ella se declara sodomita.

*Lamentaciones de amor, hechas por vn gentil hombre apasionado. Con otras de *Los comedadores*, *Por mi mal os vi*. Y la glosa sobre el del romance de *A la mia gran pena forte*, hecha por una monja, la qual se quexa que por engaños la metieron pequeña en el monesterio; con otras de *Circunderunt me*, en las quales se quexa Sant Pedro porque negó al Señor.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

*Lamentaciones de amor, en coplas que dicen: *Lágrimas de mi consuelo*.

*Coplas de los comedadores, en versos de endechas, que dicen: *Los comedadores*.

*Glosa del romance *A la mia gran pena forte*, en coplas que dicen: *El amor es sin piedad*.

El negamiento de San Pedro, en coplas, que dicen: *Ay, circunderunt me*.

*Las trobas siguientes hizo PEDRO BARRANTES MALDONADO, estando en Alemania en la guerra del turco, en loor de los españoles; con vn romance en que recuenta la súbita y muy valerosa partida del ilustrísimo señor duque de Béjar, de la qual habla el romance.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 6 fojas.)

Contiene:

Coplas en loor de los españoles, que dicen: *Oh españoles, españoles*.

Mote en loor del duque de Béjar, que dice: *La vida por la victoria*, glosado en las coplas que dicen: *Quiso el Duque porreer*.

Romance en loor de la partida que súbitamente hizo el duque de Béjar desde una caza en que estaba, á las guerras de Alemania contra el turco, que dice: *Nunca vi tal montería*.

Siguen á este romance varias letras y sus glosas que hizo el autor á su amiga, yendo á la guerra del turco, y cuya mencion individual se omite por poco interesantes. Las letras son diez y nueve, y las glosas otras tantas.

Cancion de amores, que dice: *Como es de amor verdadero*.

Idem que dice: *Muchas cosas deseamos*.

Idem que dice: *Si á ti no tienes secreto*.

Todas las composiciones de este pliego son de BARRANTES MALDONADO, y su impresion debió de ser posterior á 1532, época en que hizo el romance de la partida del duque de Béjar, que se verificó en dicho año.

*La triste y dolorosa muerte de la Princesa, nuestra señora; agora nueenamente trobada en la noble villa de Valladolid, por ANTONIO DE VALCAZAR MENESTRIL, vecino de la dicha villa. Año MDXLV.

Sin L. 1545. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas á la muerte de la Princesa, que dicen: *Con sospiros muy crecidos*.

Muchas maneras de coplas y villancicos, con el juicio de JUAN DEL ENZINA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Muchas maneras de coplas y villancicos de muchos autores.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Contiene once composiciones.

Obra compuesta por FRANCISCO DE FIGUEROA, dándose cuenta de la vida y el martirio de vna sancta mujer española, y fué que la quemaron viua en Jerusalem. Glosa en alabanza del Sanctísimo Sacramento, compuesta por VICENTE MIRABET, natural de Valencia.

Valencia. 1581. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

*Obra nueva, la qual trata de vn caso de grande exemplo para los que mal viuen, acontecido en esta

ciudad, y del gran cuidado que los padres deuen tener en castigar y doctrinar sus hijos. Puesta en metro por ANTONIO GONZALEZ. Vista y examinada, y con licencia impressa en este presente año. Sin L. ni A. (En 4.º semi Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Padres, los que hijos tenéis*.

*Obra nueva, la qual trata de vn caso de gran milagro, acontecido en el reyno de Nauarra en la villa de Miranda. Es obra para que todos tomemos exemplo, puesta en gracioso metro por GASPARD DE LA CINTERA. Nueuamente impressa con licencia. Año MDLXXXII.

Sin L. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Dame tu gracia excelente*.

Perque espiritual muy prouechoso: en que se dicen todas la verdades que en la escriptura y en el vulgo se pueden hablar.

Sin L. ni A. (En 4.º á 2 colum.)

Perque muy gracioso: la que recuenta las tachas que tiene vna dama, y va en manera de la *Hapia há*, con vnas lamentaciones de amores, y vn romance al fin, por TORRES NAHARRO.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

*Pregunta que fizo un canallero mancebo á ALONSO DE ARMENTA, sobre qué cosa es amor, el qual responde á ella. Con vn villancico en fin de la respuesta. E vna glosa de vn romance que dize: *Véouos crecida, hija*, y otras canciones, nueenamente impresso.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas) Lámina y orla en madera para la portada.

Contiene:

Pregunta del mancebo, en coplas que dicen: *Pues es vn refran muy vario*.

Respuesta de ARMENTA, en coplas que dicen: *Pues que en seruiros yo gano*.

*Villancico del fin de dichas coplas, que dice: *No se engañe el amador*.

*Romance viejo, que dice: *Véouos crecida, hija*.

*Glosa del fragmento de dicho romance, que hizo ARMENTA, en coplas y diálogo que dice: *Cuál mal fué tan crecívuo*.

Coplas de ARMENTA á una partida, que dicen: *Aquella cruel partida*.

Cancion de IDEM á su señora, que dice: *Señora, yo soy vendido*.

Coplas de IDEM á una partida, que dicen: *Corazon, pues que consientes*.

Cancion de IDEM á una señora desamorada, que dice: *El morir no es cosa fuerte*.

El romance viejo es un fragmento del que dice: *Paseábase el buen Conde. Desde Véouos crecida hija*.

Refranes glosados, en los quales, qualquier que con diligencia los quisiere leer, hallará prouerbios y marauillosas sentencias, y generalmente á todos muy prouechosos. (En prosa y verso.)

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 16 fojas.)

Refranes y auisos por via de consejos, hechos por JOAN GARCÉS, enderezados á vnos amigos casados.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1591. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Es muy sancto el matrimonio*.

*Relacion de lo sucedido con la enfermedad de la peste que en la noble y leal ciudad de Logro-

ño ha hauido, siendo corregidor D. FRANCISCO DE MOSCOSO, cauallero del Abito de Sanctiago, y capitan general de las fronteras de Nauarra.

Logroño. Juan de Mogaston. 1599. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Romance que dice: *Mientras con estilo attivo.*

- *Relacion muy verdadera del felice recibimiento que al inuencible y serenissimo rey Don Phelipe, nuestro señor, se hizo en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla. Compuesto en metro castellano por GASPAR RODRIGUEZ, vezino de Xerez de la Frontera, y natural de Mérida.

Impresso en Sevilla, con licencia del illustrissimo señor Don Fernando Carrillo de Mendoza, asistente de Sevilla y de su tierra, por S. M. Y agora en Valladolid con licencia, en casa de Bernardino de Sancto Domingo, etc., año de 1570.

Valladolid. Bernardino de Sancto Domingo. 1570. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Musa mia, comenzad.*

Villancico que dice: *Vuele la fama en Castilla.*

- *Relacion verdadera de la batalla que vueron dos naues de ingleses lutheranos con quatro galeras de España, y cómo nuestro Señor fué seruido de dar victoria á los Christianos, y cómo vn capitán inglés de la naue capitana se echó encima de vn barril de pólvora con vna mecha encendida, y cómo se boló la naue con toda la gente que en ella auia, y la otra truxeron á xorro al puerto de Gibraltar. Compuesta por HERNANDO DE LA CÁRCEL, en este año 1586.

Mallorca. Gabriel Guasp. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

Coplas que dicen: *En los ayres, tierra y mar.*

Romance de Amadís y de Oriana, y otro del rey Mal-sin. Con otro del infante Gayferos, et otro que dize: *En Jaen está el buen Rey*; con otros dos romances.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

- *Romance de Don Gayferos, que trata de cómo sacó á su esposa que estava en tierra de moros.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance de Don Gayferos, que dice: *Asentado está Gayferos.*

- *Romance de Don Manuel, glosado por PADILLA. Glosa muy graciosa. Y vn villancico al cabo. Visto y examinado, y con licencia impresso en Toledo, en casa de Francisco de Guzman. Año de MDLXXVI.

Toledo. Francisco de Guzman. 1576. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance de Don Manuel, que dice: *Cuál será aquel cauallero.*

Glosa del dicho romance, en coplas que dicen: *Metida en gran confusio.*

*Cancion villancico que dice: *Quien triste vida sostiene.*

- *Romance de Don Roldan: trata como el emperador Carlo Magno le desterró de Francia porque volvió por la honra de su primo Don Reynaldos. Y vna glosa nueuamente hecha por MELCHOR DE LLANES, sobre el romance que dize: *Desamada*

siempre seas; y vn villancico. Impresso con licencia.

Búrgos, Phelippe de Junta. Sin A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance de Don Roldan, que dice: *Dia era de Sant Jorje.*

*Glosa de MELCHOR LLANES al romance de *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen: *Pensé que por bien amarte.*

*Deshecha de dicha glosa, en coplas que dicen: *Perdonad, bien de mi vida.*

*Villancico al tono de: *Por mas que me digais*, que dice: *Que por mas que me digais.*

- *Romance de la braua batalla que pasó entre el conde Don Roldan y el conde Mandricardo, sobre la espada Durindana, y cómo Roldan se tornó loco por amores de Angélica la bella. Impresso con licencia.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance que dice: *Hélo, hélo por do viene—el valiente*, etc.

- *Romance del conde Alarcos é de la infanta Solisia, fecho por PEDRO RIAÑO. Otro romance de Amadís que dize: *Después qu'el muy esforzado.*

Sin L. ni A. Sobre 1520. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance del conde Alarcos, que dice: *Retrahida está la Infanta.*

*Idem de Amadis, que dice: *Después qu'el muy esforzado.*

- Romance (Otro) del conde Claros, nueuamente trobado por otra manera, fecho por JUAN DE BÚRGOS.

Contiene:

*Villancico que dice: *Di, Juan, ¿de qué murió Bras?*

Solo conozo de él esta composicion que inserta Bohl en su *Floresta de rimas*.

- *Romance del conde Claros de Montalvan, nueuamente trobado por otra manera, fecho por ANTONIO DE PANSAC, Andalúz.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.)

*Romance nuevo del conde Claros, que dice: *Durmiendo está el conde Claros.*

Es una trova, hecha sobre el romance viejo, al mismo asunto, que dice: *Media noche era por filo*, pero con un desenlace trágico.

- *Romance del conde Dirlos, y de las grandes venturas que huuo. Nueuamente añadidas ciertas cosas que hasta aquí no fueron puestas, y vna cancion de nuestra Señora. Año de 1538.

Sin L. 1538. (En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas, fig.) Carácter de Cocí, impressor de Zaragoza.

Contiene:

*Romance del conde Dirlos, que dice: *Estáuase el conde Dirlos.*

*Cancion que dice: *Oya tu merced y crea.*

Glosa que DIEGO GARCIA hizo de dicha cancion en coplas devotas á la Virgen, que dicen: *Consuelo de los nacidos.*

- Romance del conde Don Sancho.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Solo sé que contiene, segun Bohl,

*Endechas que dicen: *No lloreis, mi madre.*

- Romance del moro Calaynos, de cómo requeria de amores á la infanta Sibilia, y ella le demandó en arras tres cabezas de los doze Pares.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Contiene:

*Romance que dice: *Ya cabalga Calaynos.*

* Romance de *O Belerma*, o *Belerma*, agora nueuamente glosado por ALBERTO GÓMEZ.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- ¶ Romance que dice: *Oh Belerma, oh Belerma*. Glosa de GÓMEZ al dicho romance, en coplas que dicen: *Oyendo como salieron*.
- ¶ Villancico del fin de dichas coplas, que dice: *Oh Belerma, mi señora*.
- ¶ Romance que dice: *Los que habeis servido amores*. Glosa de GÓMEZ al dicho romance, en coplas que dicen: *Caminando sin errar*.
- ¶ Villancico del fin de ellas, que dice: *Amadores que adamaís*.

Romance de *Rosa fresca*, con glosa de PINAR, y otros muchos romances.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Contiene:

- ¶ Romance que dice: *Rosa fresca, rosa fresca*.
 - ¶ Glosa al dicho, por PINAR, en coplas que dicen: *Cuando yos quise, querida*.
 - ¶ Romance de *Estando desesperado*, con villancico que dice: *Todos duermen, corazon*.
 - ¶ Idem de NICOLAS NUÑEZ, de *Durmiendo estaba el cuidado*, con villancico al fin, que dice: *No puede sañar ventura*.
 - ¶ Idem, que dice: *Fontefrida, fontefrida*.
 - ¶ Glosa de TAPIA al dicho romance, en coplas que dicen: *Andando con triste vida*.
 - ¶ Romance de *Decidme vos, pensamiento*, con villancico al fin, que dice: *El día del alegría*.
 - ¶ Romance de DON JUAN MANUEL, que dice: *Gritando va el caullero*.
 - ¶ Idem, de DON JUAN DE LEYVA á la muerte de Don Manrique de Lara, que dice: *A ventisiete de marzo*; y su villancico, al fin: *El triste que se partió*.
 - ¶ Idem de SORIA, de *Triste está el rey Menelao*, con villancico al fin, que dice: *Lo que la ventura quiere*.
- Todo lo contenido en este pliego se halla también en las ediciones del *Cancionero general*, y mucho en el de *Romances*. El de *Gritando va el caullero*, es de JUAN DEL ENZINA, y no de DON JUAN MANUEL.

Romance de vn desafío que se hizo en Paris de dos caulleros principales de la Tabla redonda, los quales son Montesinos y Oliueros.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

Contiene:

- ¶ Romance que dice: *En las salas de Paris*.

* Romance muy antiguo y viejo, del moro alcaide de Antequera, nueuamente emendado de todas las variaciones y letras que comunmente le suelen dar, con vna glosa muy conforme de CRISTÓVAL VELAZQUEZ DE MONDRAGON, que hizo á complacencia de vn caullero su tío, llamado Gutierrez Velazquez de Cuellar.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

- ¶ Romance que dice: *De Antequera sale el moro*.
 - ¶ Glosa del dicho romance, hecha por VELAZQUEZ DE MONDRAGON, en coplas que dicen: *Cuando el infante Fernando*.
- El romance es una reforma muy libre del mismo viejo del *Cancionero de Romances*.

* Romance nueuamente hecho por ANDRES HORTIZ, en que se tratan los amores de Floriseo y la reyna de Bohemia; con vn villancico.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

Contiene:

- ¶ Romance de *Floriseo*, etc., que dice: *Quien hobiese tal ventura*.
- ¶ Villancico del fin que dice: *Que por mas que me digais*.

* Romance nueuamente hecho por la venida del rey de Francia; el qual narra largamente todo lo que se ha hecho en su rescibimiento desde el día que

desembarcó hasta que se fué. Compuesto por MARTIN DE ALBIO.

Sin L. 1525. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

- ¶ Romance que dice: *Año de mil y quinientos*. Trata del desembarco de Francisco I, rey de Francia, quando llegó á Barcelona, como prisionero que fué hecho en la batalla de Pavia.

* Romance nueuamente hecho por LUYO HURTADO, en el qual se contienen las treguas que hizieron los troyanos, y la muerte de Héctor, y cómo fué sepultado. También van aquí los amores de Achiles con la linda Policena.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- ¶ Romance de las treguas, que dice: *En Troya entran los griegos*.

Romance nueuamente imprimido, del infante Turián y della infanta Floreta.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

* Romance sacado de la farsa de Don Duardos, que comienza: *En el mes era de abril*, nueuamente glosado por ANTONIO LOPEZ, estudiante portugués, vezino de la villa de Troncoso, éstante en la uniuersidad de Salamanca; y vn testamento de amores, y vna pregunta á vn amigo, con su respuesta. Todo nueuamente hecho por el mismo auctor, y en cabo de cada copla están dos renglones del romance que se glosa.

Sin L. ni A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

- ¶ Glosa de LOPEZ al romance de *En el mes era de abril*, en coplas que dicen: *En el tiempo qu'el amor*.
- ¶ Villancico que termina la glosa, y dice: *Todos servid al amor*.
- ¶ Testamento fecho por LOPEZ en coplas de pié quebrado, que dicen: *Pues amor me tiene herido*.
- ¶ Pregunta de LOPEZ, en coplas que dicen: *Queriendo yo bien mirar*.
- ¶ Respuesta á dicha pregunta, en coplas que dicen: *Teneis tal gracia en decir*.

* Romances compuestos por BARTHOLOMÉ DE TORRES NAHARRO, por muy alto estilo. En primer lugar este que comienza: *Hija soy de vn labrador*. El segundo que dize: *Só los mas altos cipreses*. El tercero hecho á la muerte del Rey Cathólico. El quarto dize: *Con temor del mal ayrado*.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- ¶ Romance de TORRES NAHARRO, que dice: *Hija soy de vn labrador*.
- ¶ Idem de IDEM, que dice: *Só los mas altos cipreses*.
- ¶ Idem de IDEM á la muerte del Rey Cathólico, que dice: *Nueva voz, acentos tristes*.
- ¶ Idem de IDEM, que dice: *Con temor del mar ayrado*.
- ¶ Idem de IDEM á la bajada de Cristo al limbo, que dice: *Triste estava el padre Adán*.

* Romance sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Archiles, á la linda Policena.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- ¶ Romance de la muerte de Policena, que dice: *Oh cruel hijo de Aquiles*.
- ¶ Glosa á dicho romance, hecha por VILLATORO, en coplas que dicen: *La flaqueza que sentimos*.
- ¶ Romance de IDEM, con canciones intermedias, que dice: *Por las saluajes montañas*.
- ¶ Cancion intercalada en dicho romance, la cual dice: *Cuando tal dolor sentis*.
- ¶ Idem, idem, en idem, que dice: *La flaqueza que sentimos*.
- ¶ Idem, idem, en idem, que dice: *Huyamos de tal dolor*.

- * Cancion intercalada en dicho romance, que dice: *Loemos á Dios por siempre.*
 * Idem, idem, en idem, que dice: *Fenecese mi triste vida.*
 * Villancico de VILLATORO, que dice: *Madre mia, amores tengo.*
 Coplas de IDEM, al mismo, que dicen: *Madre mia, amores tengo.*

* Romance y glosa sobre la muerte de la Emperatriz y reyna nuestra señora, y el suntuoso enterramiento que se le hizo en la ciudad de Granada, con vn villancico. Hecho por ANTON DELGADO.

Al fin.—Cuenca. 1539. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- * Romance á la muerte de la Emperatriz, que dice: *Año de mil y quinientos—Treinta y nueve corria.*
 * Glosa de dicho romance, hecha por DELGADO, en coplas que dicen: *Estando en cortes juntados.*
 * Villancico de IDEM al mismo asunto, dice: *D'esta reyna Emperatriz.*

* Sermón de amores, nueuamente trobado por el MENOR DE AUNES, á los galanes y damas de la corte.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas.)

Contiene:

- * Sermón de amores, en coplas de pié quebrado y versos pareados, que dicen: *Mirando cómo enamoran.*

El MENOR DE AUNES, pseudo-anónimo de CHRISTÓBAL DE CASTILLEJO, el cual tomando por asunto el sermón de amores en prosa de DIEGO DE SANT PEDRO, hizo el suyo, mordaz y satírico, en verso, y en el tono crudo que dió á todas sus obras de igual clase. BLASCO DE GARAY en el prólogo que puso á una edición, sin L., año de 1546, que hizo del *Diálogo de las condiciones de las mujeres*, escrito por CASTILLEJO, supone que ignora el nombre de su autor, pero que cree «que es el mismo que compuso el sermón de amores, pues así lo manifiesta su estilo», y añade, «que por una entradilla que tiene, acaso pegadiza de algún vano trovadorcillo que por aventura se la añadió, se le llama FRAY PUNTEL. Verdad es (continúa Garay), que por ser entrambas obras (el Sermón y el Diálogo), á lo que representan, nacidas de pasión, que es odioso á aborrecimiento y excesivo que muestra el autor tener á las costumbres de las malas mujeres, parece el autor haberse cegado y apasionado, etc.»

Todo lo que expresa GARAY acerca del Sermón de amores que atribuye al mismo autor del *Diálogo*, que sabemos ser de CASTILLEJO, y como tal incluido en sus obras, conviene con el ejemplar del Sermón que tenemos á la vista; pero en el no se halla introducción alguna que parezca pegadiza, ni de donde pueda inferirse se haya tomado el pseudo-anónimo de FRAY PUNTEL, á quien se atribuye vulgarmente; mas en su lugar se pone el del MENOR DE AUNES, como va dicho.

* Siguense dos romances de Don Gayferos, en que se contiene cómo mataron á Don Galuan.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.) Item otra edición del mismo pliego. Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene uno y otro:

- * Romance que dice: *Estábase la zondesa.*
 * Idem que dice: *Vámonos, dijo mi tío.*

Siguense dos romances por muy gentil estilo. El primero de los doze Pares de Francia. El segundo, del conde Guarinos, almirante de la mar, y trata de cómo le cautivaron los moros, etc.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., fig.)

* Siguense ocho romances viejos. El primero es de la presa de Túnez, que dice: *Estando en una fiesta.* El segundo que dice: *Castellanos y leoneses.* El tercero que dice: *Por Guadalquivir arriba.* El cuarto que dice: *Sálese Diego Ordonez.* El quinto que dice: *Por aquel postigo viejo.*—*Que nunca fuera cerrado.* El sexto que dice: *Parida estaua la Infanta.* El séptimo que dice: *Ay Dios, que buen cauallero.*—*El maestre*

de Calatraua. El octavo que dice: *En el mes era de abril.* Y al fin dos villancicos de JUAN DEL ENZINA, y dos canciones.

Al fin.—Impresso en Valladolid, en casa de Diego Fernandez de Córdoba, impressor, año de MDLXII. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- Los ocho romances referidos en la portada, y además:
 * Villancico de JUAN DEL ENZINA, que dice: *Dos terribles pensamientos.*
 * Idem de IDEM, que dice: *Enemiga le soy, madre.*
 * Cancion que dice: *Cuán noble mas es aquel.*
 * Idem que dice: *Ay que yo, señora, ya.*

* Siguense quatro romances. El primero es el de los cinco maravedis. El segundo es: *Vn día de Sant Anton.* El tercero es: *Ya caualga Diego Laynez.*—*Al buen Rey besar la mano.* Y el quarto que dice: *Quéxome de vos, el Rey.* Ahora nueuamente impressos. Año de MDLIX.

Sin L. 1539. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

- * Romance que dice: *En Búrgos estaua el Rey.*
 * Idem que dice: *Vn día de Sant Anton.*
 * Idem que dice: *Ya caualga Diego Laynez.*
 * Idem hecho á la mujer del duque de Guimaráns, que dice: *Quéjome de vos, el Rey.*

Siguense vn perque que dice: *Veo, veo;* y vna glosa nueva de: *Oh mundo caduco y breve.* Y vn derreniego de vnas damas. Y vn perque hecho á vna señora por BARTHOLOMÉ DE TORRES, y vna cancion que dice: *Sola me dexaste.*

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* Testamento de amores, hecho por JUAN DEL ENZINA á su amiga, que se queria desposar.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

- * Testamento de amores, en coplas que dicen: *Ya no tengo confianza.*

Trabajo de vicios, nueuamente compuesto por ALONSO DE TOROCHO.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* Tratado nueuamente hecho en metro castellano en loor y alabanza del Emperador y Emperatriz nuestros señores, contando las grandezas y hazañas que ha hecho y haze, haziendo memoria de la forma y manera como fué entrado en Barcelona, y de las grandes fiestas qu'en sus reynos y señoríos se hazen por su victoriosa venida. Dirigido, etc., á Don Pedro de Nauarra Marichal, corregidor de Toledo. Hechas por JUAN DE REUENGA.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.) Edición de la segunda década del siglo xvi.

Contiene:

- * Coplas al asunto del título, que dicen: *Muy magnífico Señor.*
 Villancico que dice: *Vuestras majestades canten.*

Triunfos de la locura, compuestos por HERNAN LOPEZ DE YANGUAS.

Sin L. ni A. (En 4.º Gót. á 2 colum.)

* Verdadera relacion de vn martirio que dieron los turcos en Constantinopla á vn deuoto frayle de la órden de Sant Francisco, y de los treze que están en el Sancto Sepulchro de nuestro Redemptor Jesuchristo en Hierusalén, que venía á Italia, su tierra; con vn villancico de la obra. Compuesta

por DIEGO LOPEZ, vezino de la ciudad de Córdoba. Con dos milagros de nuestra Señora del Rosario.

Valencia, junto al molino de la Rouella, año 1585. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Si Dios es manso cordero.*

* Verdadera relacion sobre vn martirio que dieron los turcos, enemigos de nuestra sancta fee catholica, en Constantinopla, á vn deuoto frayle de la órden de Sant Francisco, llamado Fray Gonzalo Lobo. Con vn milagro que nuestra Señora de Monserrate hizo con vn clérigo de misa, natural de Cazalla, que es en el Andalucía. El qual yendo á Oran á rescatar á vn hermano suyo que estava captiuo en Buxia, fué captiuo y vendido á vn renegado llamado Alycaysi. Impreso con licencia, en Córdoba, por JUAN BAPTISTA. Año de MDLXXVII.

Córdoba. Juan Baptista. 1577. (En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Romance del martirio de Fray Gonzalo Lobo, que dice: *Si Dios es manso cordero.*
Idem, que dice: *Leuante el alma el cristiano.*

* Verísima relacion del riguroso y aceruo martyrio que la reyna inglesa dió á dos soldados de nuestra nacion española, del exército del Príncipe Cardenal, y de cómo la serenissima Virgen les manifestó el martirio que hauian de pasar, juntamente con el conuertimiento de seis judios que recibieron el mismo martirio muriendo empalados. En 17 de mayo de 1596 años. Con vn romance al cabo. Impreso en Alcalá á la puerta de los mártires. Compuesto por PEDRO SANCHEZ MAZO, natural de Trugillo.

Sin A. 1396. (En 4.º, letra redonda, á 2 colum., 4 fojas, con un Cristo y las Marías y San Juan, fig. en madera, estampados en la última plana.)

Contiene:

Romance del martirio de los soldados y judios, que dice: *Dos capitanes vinieron.*
Octavas con que termina el romance, que dicen: *Recibe, buen Jesus omnipotente.*

* Romance morisco, que dice: *Entró Zoraida á deshora.*

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS EN EL SIGLO XVII (1).

Almirante Galceran.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Anton Loxa.—Vid.—Aquí se contiene una xácara nueva de vn valiente, etc.

Apolo y Leucotoe.—Vid.—Fábula burlesca de, etc.

Aquí comienzan las coplas de *Digas ortelano*, compuestas por MARTIN DE LA PUENTE, natural de Ubeda.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1608. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Quien lleuó de aquí.*

* Aquí se contienen dos famosas xácaras curiosas y entretenidas. La primera es la de *Periquillo el de Madrid*, que se ha cantado aora nueuamente en las comedias. La segunda de vn valenton al vso, que contando su vida á su dama en breue, se queja de que no la acude. Con vnas seguidillas por postre, á varios asumptos.

Madrid. Alonso Paredes. 1650. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

Xácara que dice: *Periquillo el de Madrid.*
Idem que dice: *A la Chitona se queja.*
Seguidillas que empiezan: *Todo el tiempo lo-cura.*

* Aquí se contienen dos romances nuevos de vna carta que enuó vn gallego á su hijo á esta corte, y el segundo de la respuesta que enuó el hijo á su padre. Compuesto por MIGUEL LOPEZ DE HORRUBIA.

Madrid. Julian Paredes. 1656. (En 32.º, 4 fojas.)

(1) En este siglo se imprimieron y compusieron casi todos los romances vulgares que despues insertaremos en el indice de las ediciones del siglo XVII y siguientes, pues consumidas las anteriores por el uso continuo apenas se conservaron. Algunos, pero pocos romances de los aquí contenidos, son reimpressiones de los viejos.

Contiene:

Romance que dice: *Toribio Martin me dijo.*
Idem respuesta al anterior; dice: *Padre yo estoy bien hallado.*

* Aquí se contienen dos xácaras famosas. La vna de las quejas que le da vn tio á su sobrino, entrambos verdugos en Valladolid, despues de haberle azotado. La otra sobre lo que vulgarmente suena en Madrid por los chascos de la Marigotona. Compuesta por ANTONIO DE SANTE-LOY.

Madrid. Andres Garcia. 1636. (En 32.º, 4 fojas.)

Contiene:

Romance xácara que dice: *Escúcheme todo Jaque.*
Idem, idem que dice: *O quieras, musa, ó no quieras.*

* Aquí se contienen dos xácaras nuevas de dos Jaques campanudos, y ambos de vn oficio. La primera de Portillo el de Alcalá. Y la segunda de Sancho el del Campillo; con vn romance de vna dama muy hermosa. Compuestas por MIGUEL LOPEZ.

Madrid. Imprenta Real. Sin A. (Sobre 1630.—En 4.º á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

Jácara de Portillo el de Alcalá: que dice: *Tocando con la cadena.*
Idem de Sancho el del Campillo que dice: *Yo soy Sancho el del Campillo.*
Romance satirico á una dama cuya boca oía mal, que dice: *Muy á lo bobo gasté.*

* Aquí se contienen dos xácaras, vna del Mulato de Andújar, que se ha cantado en la comedia; otra del desafio que tuvo Periquillo el de Baeza con Periquillo el de Madrid.

Sin A. ni A. Madrid, sobre 1630. (En 4.º á 2 colum., 1 foja.)

Contiene:

Romance jácara que dice: *Con el mulato de Andújar.*
Idem idem que dice: *Periquillo el de Baeza.*

* Aquí se contienen quatro romances muy curiosos, los tres primeros de cómo degollaron á Don Rodrigo Calderon en la plaza Mayor de la villa Madrid, con otras cosas particulares que aconte-

cieron, que son de mucho gusto para los curiosos lectores. El último romance es del acto de contrición que hizo así como acabó de subir en el tablado, con una relación en prosa de lo que allí sucedió. Compuesto por SIMÓN HERRERO, impreso, etc.

Córdoba. Viuda de Justo Martín. 1621. (En 4.º a 2 column., 4 fojas.)

Contiene:

¶ Romance que dice: *Qué es aquesto, fama amiga.*

¶ Idem que dice: *Los que seguís ambiciosos.*

¶ Idem que dice: *Desde el Arco al Antártico.*

¶ Idem que dice: *Dulcísimo Jesús mío.*

Relación del suceso, escrita en prosa.

Aquí se contienen unas seguidillas y xácaras nuevas de lo que sucedió a una suegra con su hierno, y cómo siendo perseguido de mujer y cuñada, se desembarazó de ellas a muy poca costa. Compuestas por MANUEL DÍAZ DE LA PLAZA.

Madrid. Domingo García Morras. 1637. (En 32.º 4 fojas.)

Contiene:

Seguidillas que comienzan: *Vna suegra le pide.*

Romance xácara, que dice: *A las quejas los vecinos.*

Aquí se contiene un maravilloso milagro que obró Dios en la ciudad de Argel, por la qual se convirtieron un renegado y una mora.

Sin L. ni A. (En 4.º a 2 column.)

Aquí se contiene una xácara curiosa sobre las medias de pelo. Compuesta por DIEGO GONZÁLEZ.

Madrid. Gregorio Rodríguez. Sin A. (En 32.º 4 fojas.)

Contiene:

Romance xácara, que dice: *Vaya unas medias de pelo.*

Seguidillas que terminan el romance y dicen: *Fregatrices se humillan.*

Aquí se contiene una xácara entretenida de la sangrienta batalla que tuvieron trescientas labanderas en el río Manzanares, entrando a meter paz quarenta esportilleros. Compuesta por DIEGO GONZÁLEZ.

Madrid. Julian Paredes. 1634. (En 32.º 4 fojas.)

Contiene:

Romance xácara, que dice: *Labando en el río estauan.*

Seguidillas que acaban el romance, y dicen: *Ruñeron en el río.*

Aquí se contiene una xácara nueva de un valiente de la ciudad de Antequera, llamado Anton Loxa. Juntamente con un romance de Marizápalos, a lo humano. Compuesto por MIGUEL LÓPEZ DE HONRUBIA.

Madrid. Andrés García. 1637. (En 32.º, 4 fojas.)

Contiene:

Romance xácara, que dice: *Los que campas por la hoja.*
Coplas de Marizápalos, que dicen: *Marizápalos bajó una tarde.*

Arnante Mamí.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Barbarroja.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Batalla de trescientas lauanderas.—Vid.—Aquí se contiene una xácara entretenida, etc.

Batalla naval.—Vid.—Historia de la batalla naval, etc.

Bernardo del Carpio.—Vid.—Cinco romances de la historia de Bernardo, etc.

*Canción a la milagrosa conversión, vida y muerte del egregio doctor Ramón Lull. Compuesta por el licenciado NICOLÁS DE MELLINAS, natural de la ciudad de Mallorca.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1603. (En 4.º a 2 column., 8g.)

Octavas que dicen: *Deidad que sobre roxos cherubines.*

Cancionero de galanes, nuevamente impreso, en el qual se contienen muchos romances y glosas, y muchas canciones, villancicos, chistes y cantares para bailar, tañer, cantar y danzar.

Sin L. ni A. (En 4.º a 2 column., 4 fojas.)

Chascos de la Marigotona.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras famosas.

Chocolate y el vino.—Vid.—Xácara del gracioso desafío, etc.

Cinco romances de la historia de Bernardo del Carpio, compuestos por el licenciado PEDRO GONZÁLEZ, vistos y emendados por el padre JUAN BERGUE, de la Compañía de Jesús.

Barcelona. 1677. (En 4.º a 2 column., 4 fojas.)

*Cinco romances famosos. El primero del corsario Barbarroja. El segundo de Arnante Mamí. El tercero del maestro de Calatrava. El cuarto y quinto del almirante Don Garcerán. Recopilados por JUAN DE ESCOBAR. Llena al cabo una letrilla muy curiosa. Impreso con licencia, etc.

Madrid. Herederos de la Viuda de Pedro Madrigal. Año de 1637. (En 4.º a 2 column., 4 fojas, 8g.)

Contiene:

Romance de Barbarroja, que dice: *Honrad el puerto de Túnez.*

Idem de Arnante Mamí, que dice: *Sulcando el salado charco.*

¶ Idem del maestro de Calatrava, que dice: *A los soldados que hanian.*

¶ Idem del almirante Garcerán, que dice: *A las costas de Almería.*

¶ Idem del idem, que dice: *Cien doncellas pide el moro.*

Letrilla que dice: *Mal hayan mis años.*

¿Será este ESCOBAR el que recogió los romances del Cid?

Conde Dirlos.—Vid.—Historia del esforzado cauallero, etc.

*Contiene este pliego seis romances muy curiosos. Los dos primeros de los sentimientos de la muerte del infante Don Carlos. El tercero: *Con sus trapos Inesilla.* El cuarto una xácara famosa de unos valientes xaques de Madrid. El quinto, de las virtudes de la noche. El sexto una letrilla al cabo. Compuestos por el licenciado JUAN DE GAMARRA, natural de Valladolid.

Madrid. María de Quiñones. 1636. (En 4.º a 2 column., 4 fojas.)

Contiene:

Romance que dice: *Tocauan los corazones.*

Idem al despedimiento del infante, que dice: *Adios amado señor.*

¶ Idem que dice: *Con sus trapos Inesilla.*

Idem xácara, que dice: *Ya se parten de la corte.*

Idem de las virtudes de la noche, que dice: *Cuando el amor me trata.*

Idem letrilla jocosa, que dice: *Vna vieja me pretende.*

*Coplas en alabanza de la Virgen nuestra Señora, al tono de *Ya tiene saya blanca*; con otras dos canciones muy deuotas, hechas por NOFRE AUMODOUEAR.

Barcelona. Sebastian Cormellas. 1609. (En 4.º a 2 column., 2 fojas, 8g.)

Contiene :

- Coplas que dicen : *Ya tiene saya blanca.*
 Cancion del mismo al tono de *Bella, de vos so enamoras,*
 que dice : *Vos sois descanso y bien de nos.*
 Idem cancion del mismo al tono de *qué bonita que es la*
zagala, que dice : *Oh cuan atinada.*

Curiosa xácara nueva de la vida, prision y muerte de Francisco de la Sera, en el año de 1673, por ANTONIO DE ROBLEDO.

Valladolid. 1673. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Curiosa xácara nueva de la prision y muerte de Pedro Andres, y Juan Martinez, etc., ajusticiados en 1673: por LUCAS ANTONIO DE BEDMAR.

Valladolid. 1673. (En 4.º á 2 colum.)

Es el mismo del pliego suelto intitulado : *Romance famoso de la vida, etc.*

Declaracion de vn milagro que obró Dios en la ciudad de Argel.

Cordoba. 1673. (En 4.º á 2 colum.)

* Diálogo de las condiciones de las mugeres. En el qual se halla cómo se han de estimar las nobles, honradas y virtuosas, para huir y aborrecer de las que no lo son..... por CHRISTÓVAL DE CASTILLEJO.

Alcalá. Andres Sanchez Ezpeleta. 1614. (En 12.º fig.)

Contiene :

Coplas en diálogo sobre las condiciones de las mujeres entre Alethio que las acusa, y Fileno que las defiende, y dicen : *Bien se parece, Fileno.*

Es una reproducción del mismo diálogo impreso en las obras de CASTILLEJO, edicion de 1598 y de 1600.

* Diálogo entre la verdad y la lisonja. En el qual se hallará cómo se pueden conocer los aduladores y lisongeros que se meten en casa de los principes, y la prudencia que se deve tener para huir d'ellos..... Con otro tratadito de la vida de la corte. Por CHRISTÓVAL DE CASTILLEJO.

Alcalá. Andres Sanchez de Ezpeleta. 1614. (En 12.º)

Contiene :

Despues de la portada y preliminares, siguen un romance en alabanza del amor, un soneto á la adulacion y la lisonja, y las coplas en diálogo entre la adulacion y la lisonja, que dicen : *Si la lanza no me miente.*

Sigue á esta obra sin foliaturas, pero con signaturas especiales, el

* Diálogo y discurso de la vida de la corte, en coplas que dicen : *No sé qué camino halle.*

Historia de Piramo y Tisbe, en coplas que dicen : *Grand es, muy grand es, amor.*

Coplas contra el amor, que dicen : *Al reclamo del deseo.*

Capítulo de amor, en coplas que dicen : *Dicen los sabios doctores.*

Los dos diálogos y las tres composiciones insertas en este libro, son una repetición de las que hay en las obras de CASTILLEJO, impresas en 1598 y en 1600.

* Don Alvaro de Luna (Primera parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance que dice : *En el tribunal supremo.*
 - * Idem que dice : *Ilustrísimo señor.*
 - * Idem que dice : *En un alto cadahalo.*
 - * Idem que dice : *Los que priuats con los reyes.*
 - * Idem que dice : *A Don Alvaro de Luna.*
 - * Idem que dice : *El segundo rey Don Juan.*
 - * Idem que dice : *Aquella luna hermosa.*
- El primer romance solo es exclusivo á esta coleccioncita, los demas están en varias anteriores.

* Don Alvaro de Luna (Segunda parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance que dice : *Hagan bien por hazer bien.*
 - * Idem que dice : *Riguroso desengaño.*
 - * Idem que dice : *La miserable tragedia.*
 - * Idem que dice : *Eclipsada ya del todo.*
 - * Idem que dice : *Don Alvaro el condestable.*
 - * Idem que dice : *El Maestre de Santiago.*
 - * Idem que dice : *Tocauan á la oracion.*
- El quinto romance no está en las colecciones anteriores.

* Don Alvaro de Luna (Tercera parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance que dice : *Fablando están sobre mesa.*
- * Idem que dice : *En una oculta capilla.*
- * Idem que dice : *Iba declinando el día.*
- * Idem que dice : *Subid, señor Condestable.*
- * Idem que dice : *Debajo el siniestro brazo.*
- * Idem que dice : *Dividida de los hombros.*

Los dos últimos romances no están en colecciones anteriores.

* Don Alvaro de Luna (Quarta parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene :

- * Romance que dice : *Atento escuchaua el Rey.*
 - * Idem que dice : *La luna bella hermosa.*
 - * Idem que dice : *Hincadas ambas rodillas.*
 - * Idem que dice : *A los pies de la fortuna.*
 - * Idem que dice : *Los que á la mesa del mundo.*
 - * Idem que dice : *En vna mula enlutada.*
 - * Idem que dice : *Ya Don Alvaro de Luna.*
- Ninguno de estos romances se halla en colecciones anteriores.

Don Beltran.—Vid.—Romance que pinta la batalla, etc.

Don Juan de Austria.—Vid.—Historia de la batalla naval, etc.

Don Rodrigo Calderon.—Vid.—Aquí se contienen quatro romances muy curiosos, etc.—Vid.—Siete romances de la muerte, etc.

Epítome del auto general de fe que el tribunal del S. O. de la inquisicion de Granada, celebró en ella año de 1672: por el licenciado D. CARLOS DE MOYA.

Granada. Sin A. (En 4.º á 2 colum.)

* Fábula burlesca de Apolo y Leucotoe, dedicada á Don Gabriel de Rojas, cauallero de la órden de Santiago, regidor desta coronada villa de Madrid. Por DON JUAN MATOS FREGOSO.

Sin L. ni A. 1632. (En 4.º á 1 colum., 8 fojas.)

Dice : *De aquella á quien por sus muros.*

Felipe II.—Vid.—Romance del serenísimo Rey, etc.

Fiestas que hizo la ciudad de Milan.—Vid. (Verdadera y nueva relacion de las).

Francisco Sera.—Vide.—Curiosa xácara nueva de la vida, prision, etc.

* Gracioso romance en que se queja Sancho Panza á su amo Don Quixote de que no le da de comer, por cuya causa se despidió de la caualleria andante. Y respuesta que Don Quixote le da en vnas agudas quintillas. Compuesto por JUAN DE BURGOS DE SEGOVIA, despensero.

Madrid, Julian Paredes. 1637.

Contiene :

Romance que dice : *Señor, ya basta el silencio.*
Quintillas que dicen : *Para salvar mi opinion.*

- * Historia de la batalla naval que el serenísimo príncipe Don Juan de Austria dió al gran turco, llevando el estandarte real que le entregó el rey nuestro señor Don Felipe, su hermano.

Valladolid. Alfonso del Riego. Sin A. (En 4.º á 2 column., 8 foljas, fig.)

Contiene :

¶ Romance que dice : *De Madrid sale Don Juan.*
¶ Idem que dice : *Alegre estaba el gran turco.*
¶ Idem que dice : *En el serrallo está el turco.*
¶ Idem que dice : *Con gran poder de Sicilia.*
¶ Coplas que dicen : *Felipe, pastor chapado.*
¶ Romance que dice : *Después que Piali Baxá.*
¶ Idem que dice : *Dentro en Constantinopla.*
¶ Idem que dice : *Gallardo entra un cavallero.*
¶ Idem que dice : *Yo el gran sultan Selim.*
¶ Idem que dice : *A ti, Selimo, sultan.*

- * Historia del esforzado cauallero conde Dirlos, y las aventuras que hubo. Agora nuevamente añadidas ciertas cosas que hasta aquí no fueron puestas, y lleva vna glosa de *Mi libertad en sosiego.*

Alcala. Andres Sanchez de Ezpeleta. Año de 1611. (En 4.º á 2 column., 12 foljas, fig.)

Contiene :

Romance del conde Dirlos, que dice : *Estándose el conde Dirlos.*
Glosa de *Mi libertad en sosiego*, en coplas que dicen : *Los grandes á los menores.*

Aunque en el título se supone añadido el romance del conde Dirlos no es ni mas ni menos que el del *Cancionero de Romances.*

Jonas.—Vid.—Viage y predicacion del profeta, etc.

Maestre de Calatrava.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del Corsario, etc.

- * Marques de Mantua.—Tres romances del marques de Mantua. El primero es de cómo andando perdido por vn bosque halló á su sobrino Baldouinos con heridas de muerte. El segundo, la embaxada que el marques embió al Emperador demandando justicia. El tercero es vna sentencia que dieron á Carloto. Hecho por JERÓNIMO TREBIÑO.

Alcalá. Juan Gracian, que sea en gloria. 1608. (En 4.º 12 foljas, fig.)

Contiene :

Romance que dice : *De Mantua sale el Marques.*
Idem que dice : *De Mantua salen apriesa.*
Idem de la sentencia contra Carloto, por TREBIÑO, que dice : *En el nombre de Jesus.*
Al fin trae el extracto de la licencia que se dió para imprimir estos romances, fecha en Madrid á 8 de noviembre de 1598.

Moriscos.—Vid.—Relacion del sentimiento de los moriscos, etc.

Muerte del infante Don Carlos.—Vid.—Contiene este pliego seis romances muy curiosos, etc.

Mulato de Andújar.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras, vna del Mulato, etc.

Nueve romances, etc., por JUAN DE RIVERA.

Sin L. 1603.

Contiene :

Romance que dice : *Cavallero de lejas tierras.*
Idem que dice : *Paseábase el buen Conde.*
No hemos visto este pliego, pero los dos romances que citamos y conocemos, pertenecen á la clase de los viejos tradicionales. Si los siete romances que nos son desconocidos se parecen ó pertenecen á la clase de los dos cita-

dos, puede asegurarse que Rivera es solo el colector ó reformador, y no el autor de ellos.

Obra graciosa y muy gustosa para reir.... y es vn cuento que le pasó á vn soldado con vn gato que le llenava la comida... juntamente con la respueta del gato, con vn villancico que las gatar le dan. Compuesto por JUAN GONZALEZ DE LEGARIA.

Madrid. 1642. (En 4.º á 2 column.)

- * Obra nueva, donde ay admirables sentencias de gran ponderacion y contento; y es sobre que vn hombre tenia la muger braua y mal acondicionada, y pidió al autor cómo se regiria con ella, y que le dixesse todo lo que sentia de las mugeres deste tiempo. Es obra la mejor que sobre el caso se ha visto. Agora nuevamente compuesta por MELCHIOR HORTA.

Impressa en Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1604. (En 4.º á 2 column., fig.)

Coplas que dicen : *Bravo trabajo sostiene.*

- * Obra nueva llamada la vida del estudiante pobre, diligente é industrioso, juntamente con la del necio ocioso; compuesta por MARTIN DE LA FUENTE.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. Año 1604. (En 4.º á 2 column., 4 foljas, fig.)

Contiene :

Coplas que dicen : *Yo el que mas miserias paso.*

Pedro Andrés.—Vid.—Romance famoso de la vida, prision, etc.

Pedro Andres y Juan Martinez.—Vid.—Curiosa xácar nueva de la prision, etc.

Pedro Navarro.—Vid.—Relacion verdadera en que se descriuen, etc.

Pedro Pedrici.—Vid.—Romance nuevo que hace relacion, etc.

Periquillo el de Madrid.—Vid.—Aquí se contienen dos famosas xácaras curiosas y entretenidas, etc.

Pleito (El) de los gatos contra las criadas y cocineras.

Barcelona. 1646. (En 4.º á 2 column., 4 foljas, fig.)

Portillo el de Alcalá.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras nuevas de dos iáques, etc.

- * Relacion de la salida á dar gracias á la soberana Virgen de Atocha las dos magestades de Felipe IV y Doña Mariana de Austria, por el feliz suceso del socorro de Valenciana, y relacion de la plaza socorrida. Compuesto por DIEGO GONZALEZ.

Madrid. Julian de Paredes. 1636. (4.º 2 column., 2 foljas.)

Contiene :

Romance que dice : *En un profundo silencio.*
Idem que dice : *De las mejores victorias.*

- * Relacion del sentimiento de los moriscos por su justo destierro de España, y el número y cantidad que se han embarcado dellos, así hombres como mugeres, y niños de todas edades hasta aora. Y de las mandas que dexan hechas á iglesias y lugares píos, y otras cosas dignas de memoria. Lleva dos romances al fin muy gustosos. Impressas con licencia.

Seuilla. Fernando de Lara. 1610. (En 4.º á 2 column., 3 foljas, fig.)

Contiene:

Romance que dice: *Gran revuelta hay en España.*
Idem que dice: *En triste prision y ausencia.*

Relacion de vn portentoso milagro.

Barcelona. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 8 fojas.)

Relacion muy verdadera que ha sucedido este año en la ciudad de Jaen, la qual declara los enredos de vna muger, etc.

Barcelona. 1699. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

*Relacion notable de la sancta penitencia que en el monte Arsiano, junto á Roma, hizo vna muger natural de Valladolid, la qual auia sido renegada en Turquía. Y cómo conuirtió á dos hijos suyos, sin conocer los hijos á la madre, y su buen fin. Agora nuevamente compuesta por MATHEO DE BRIZUELA, natural de Duénas.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1611. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Dios padre rey sempiterno.*

Relacion verdadera de un manceuo que cautiuaron en Argel.

Valladolid. 1670. (En 4.º á 2 colum.)

Relacion verdadera en que se describen la prision, muerte, delitos, etc., de Pedro Nauarro.... que se ajusticia en Sepúlveda, año de 1673. Compuesta por PEDRO GUTIERREZ, médico de dicha villa.

Valladolid. 1673. (En 4.º á 2 colum.)

*Romance á la fiesta de toros que se hizo celebrando los años de la Reyna nuestra señora, en 21 de diziembre de 1649. Dirigido á Doña Isabel de Figueroa, hermana del marques de Cusano, etc., por D. PEDRO DE GUEVARA.

Sin L. ni A. Madrid. 1649. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas.)

Contiene:

Romance que dice: *Suspended, oh gran matrona.*

Romance á lo divino del Testamento de Christo. Compuesto por el licenciado MARTIN DE LA CUEVA.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1610. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

Romance que dice: *El gran monarca Iesus.*

*Romance del Serenissimo rey Don Phelipe, y de su muerte, que Dios lo tenga en su santa gloria. Impresa, etc.

Barcelona. Sebastian. Cormellas. 1608. (En 4.º, fig.)

Contiene:

*Romance que dice: *El sol esconda sus rayos.*

Romance de un milagro, compuesto por JUAN DE RIVERA.

Sin L. 1604. (En 4.º á 2 colum.)

Romance famoso de la vida, prision, sentencia y muerte de Pedro Andres.

Barcelona. 1694. (En 4.º 2 fojas.)

Es el mismo del pliego suelto *Curiosa xacara nueva de la prision y muerte de Pedro, etc.*

Romance nuevo en que se da cuenta del mas maravilloso caso y peregrino portento que ha sucedido en la ciudad de Málaga.

Barcelona. 1694. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Romance nuevo que haze relacion de la vida, prision y muerte de Pedro Pedrici.

Barcelona. 1701. (En 4.º 2. colum., 2 fojas, fig.)

*Romance que pinta la batalla que Don Beltran, caballero nauarro, tuuo con vna sierpe que le acometió á la boca de vna cueua de las montañas de Sobrarbe, al tiempo que comenzaua la restauracion de España, y poco despues de su pérdida, de cuya hazaña tuuieron principio las armas apellido de la Cueva.

Granada. 1662. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas.)

Contiene:

*Romance en lenguaje viejo, que dice: *En planto asaz amargoso.*

El Autor es DON ANTONIO NAUARRETE Y MONTAÑES.

Romances que se han cantado en el conuento de la Pasion dela órden de Santo Domingo desta villa, en los Misereres que ha celebrado esta Quaresma de 1637, la congregacion y diputacion real de N. S. de las Angustias.

Madrid. 1637. (En 4.º á 2 colum.)

Sancho Panza y Don Quixote.—Vid.—Gracioso romance en que se quexa Sancho, etc.

*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon, marques de Siete Iglesias.

Barcelona. Juan Fornis. Sin A. (En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.)

Contiene:

*Romance que dice: *La barba hasta la cintura.*

*Idem que dice: *Aprisa deana y coge.*

*Idem que dice: *Otorgóle el Rey la suplica.*

*Idem que dice: *En vn aposento á solas.*

*Idem que dice: *Quedando ya triste y solo.*

*Idem que dice: *A veinte y vno de octubre.*

*Idem que dice: *Dicen varios religiosos.*

Testamento del gallo, obra muy graciosa para reyr y passar tiempo. Agora nuevamente corregida y enmendada por CHRISTÓVAL BRAVO, vecino y natural de Córdoba.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1608. (En 4.º á 2 colum., 2 fojas, fig.)

Contiene:

Coplas que dicen: *Por daros contentamiento.*

*Verdadera y nueva relacion de las fiestas que hizo la ciudad de Milan á la Reyna nuestra señora, y de lo que sucedió por sus jornadas hasta desembarcar felizmente su Magestad, que Dios guarde, en Denia, en 4 de setiembre deste presente año. El recibimiento, fiestas y saluas reales que le hizieron, y las luminarias y regocijos que se han hecho en esta corte á la dichosa nueva.

Madrid. Alonso de Paredes. 1649. (2 fojas.)

Contiene:

Romance que dice: *Despues que dichosamente.*

Idem que dice: *La insigne Doña Mariana.*

*Viage y predicacion del profeta Ionas á la gran ciudad de Ninive, corte de los asirios, por mandado de Dios, y el maravilloso efecto que causó su predicacion. Dedicado á Rodrigo Mendez de Silua, etc., por DON PEDRO DE GUEVARA.

Sin L. ni A. Madrid. 1650. (En 4.º á 2 colum., 6 fojas.)

Contiene:

Romance de la predicacion de Jonas, que dice: *Siendo señor soberano.*

Virtudes de la noche.—Vid.—Contiene este pliego seis romances muy curiosos, etc.

Xácara del gracioso desafío que tuvieron el chocolate y el vino.

Sin L. ni A. (En 4.º a 2 colum., 2 fojas.)

Xácara de vn frances que robó la custodia del Santísimo Sacramento, en Colmenar.

Madrid. 1673. (En 4.º a 2 colum., 2 fojas.)

Xácara en trobá de *Entre los sueltos cavallos*, compuesta por FRANCISCO DE YEPES, natural de la ciudad de Valladolid, etc.

Madrid. Julian de Paredes, etc. 1652. (En 4.º a 2 colum., 2 fojas.)

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS DEL SIGLO XVIII EN ADELANTE (1).

Alfonso Tellez y Pedro Cadenas.

(2 fojas, fig.)

Comienza: *Atencion, noble auditorio.*

Alarbe (El), de Marsella. Romance de un caballero de Marsella, que por haber muerto á su padre permitió la divina Majestad de Dios que se viese en esta forma. (*Aquí un grabado que representa un monstruo.*)

(2 fojas, fig.)

Comienza: *A la celestial princesa.*

Antonio de Salafraña. Romance en que se da cuenta y declara el riguroso martirio que han ejecutado en la ciudad de Túnez con un cristiano cautivo llamado Antonio de Salafraña, natural de Cerdeña, que por no haberse querido casar con la hija del Turco, y defender nuestra santa fe católica, mandó su amo que muriese atenaceado y quemado.

(2 fojas, fig.)

Comienza: *Deme el gavilan lijero.*

Antonio Montero y Diego Frias. Romance que refiere un raro suceso y notable tragedia que en la ciudad de Antequera les sucedió á dos muchachos muy amigos, el uno llamado Diego de Frias, y el otro Antonio Montero, el cual era casado con una muy hermosa dama, y cómo Diego de Frias, habiéndose enamorado de ella, la sacó de su casa y la llevó á la ciudad de Sevilla, y cómo despues Antonio Montero los mató á entrambos.

(2 fojas, fig.)

Comienza: *A la virgen del Rosario.*

Apartamiento del alma y del cuerpo. Romance para contemplar en la hora de la muerte y con-

(1) Se ha formado este catálogo alfabético por las palabras que indican el objeto ó el sujeto de que tratan los romances, colocando en seguida el título bibliográfico, el cual se pone entre paréntesis cuando debe preceder á dichas palabras.

Casi todos estos romances pertenecen y son reimpressiones de aquellos que se compusieron en el siglo xvii, porque en el xviii casi se hicieron los romances políticos concernientes á la guerra de Sucesion, etc.

La casi totalidad de los romances de este catálogo, así como los del anterior de pliegos del siglo xvii, son del género vulgar y versan sobre asuntos de valientes, facinerosos, ahorcados, milagros, amorios novelescos, raptos de damas resueltas, sucesos portentosos, maravillosos é increíbles, descripción de pestes y catástrofes, jácara, burias, esclavos cristianos que se libertan del cautiverio de los turcos ó que mueren mártires, etc. Entre ellos hay sin embargo algunos de asuntos viejos, ya sean reimpresos, ó compuestos de nuevo, tales como los que se refieren á Bernardo del Carpio, Garcilaso de la Vega, Pulgar, Céspedes de Ocaña, Griselda, y aun hay algunos que tratan de asuntos y cuentos de origen oriental.

Todos los que no lleven indicado el lugar, año é impresor, ó en que no se expresa carecer de esta circunstancia, se entienden que son edicion de Córdoba, por Gabriel Garcia Rodríguez, que los imprimió desde el año de 1822 en adelante. Están en 4.º a 2 colum.

siderar el gran dolor que siente el alma cuando se despide del cuerpo. Primera y segunda parte.

(4 fojas, fig.)

Comienza la primera parte: *Oigan el clarin sonoro.*
Idem la segunda idem: *Tarde acuerdas, infeliz.*

Ardenia. Primera y segunda parte.

(4 fojas, fig.)

Empieza la primera parte: *Crujan los ejes celestes.*
Idem la segunda idem: *Dejó en la primera parte.*

Arlaxa, mora. Primera y segunda parte.

(4 fojas, fig.)

Empieza la primera parte: *Resuene el clarin dorado.*
Idem la segunda idem: *Y despues que hubo pasado.*

Batalla del Grillo y el Leon (Romance de la).

(2 fojas, fig.)

Empieza: *Atiéndame todo el orbe.*

Batalla de Roncesvalles. — Vid. — Bernardo del Carpio.

Batalla (La) que el Sr. Don Juan de Austria tuvo con la armada del gran Turco. Carta con la nueva de la victoria. Presente que el gran Turco le envió, y respuesta del Sr. Don Juan.

(4 fojas, fig.)

Contiene:

Romance que dice: *De Sicilia con poder.*

Idem que dice: *Gallardo entra un caballero.*

Idem que dice: *Yo el gran Selimo sultan.*

Idem que dice: *A ti Selimo sultan.*

Este pliego es una reimpression de romances de la época de los acaecimientos que narran y celebran.

Baraja (Romance de la).

(2 fojas, fig.)

Belardo y Lucinda. Romance en que se declara cómo la hija del gran sultan de Constantinopla se enamoró de un cristiano cautivo suyo, y cómo este la redujo á nuestra santa fe, la bautizó, y despues murieron los dos quemados.

(2 fojas, fig.)

Dice: *En el aleazar de Venus.*

Es el mismo intitulado: *Lucinda y Belardo.*

Beneficios que logran los hombres, etc. — Vid. — Daño que viene á los hombres, etc.

Bernardo de Carpio (Seis romances famosos de la historia de), en que se da cuenta de alguna parte de sus valerosos hechos. Refiérese la batalla de Roncesvalles. Todos compuestos por DIEGO COSÍO.

Madrid. Francisco Sanz. Sin A. (4 fojas, fig.)

Contiene:

Romance que dice: *No os llamo canalla vil.*

Idem que dice: *Las varias flores despoja.*

Idem que dice: *Con cressa y dorada crin.*

Idem que dice: *Aspergo llanto hacia.*

Romance que dice: *Hincado está de rodillas.*

Idem que dice: *Con solos diez de los suyos.*

Cosío, cuando mas, es el editor de este pliego impreso ya muy entrado el siglo XVIII, y si hay algunos romances suyos, serán el primero y el quinto, pues los demás están en el *Romancero general*, y en el de *Lobo Lasso de la Vega*.

Bernardo del Carpio (Curioso romance en que se da cuenta de los valerosos hechos de), juntamente con la grande batalla de Roncesvalles. (Primera y segunda parte.)

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *No os llamo canalla vil.*

La segunda idem dice: *Hincado está de rodillas.*

Estos romances pueden ser de DIEGO COSÍO.

Bernardo del Montijo (Curioso romance en que se declaran las portentosas hazañas de).

(2 fojas, fig.)

Empieza: *Escuchadme, jaquetones.*

Boda de negros. Romance en que se refiere la celebridad, galanteo y acasos de esta boda, que se ejecutó en la ciudad del puerto de Santa María.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Cese todo regocijo.*

Borríco Pajarito — Vid. — (Desgraciada muerte del, etc.)

Caballero Maltes. — Vid. — Maltes en Madrid.

Calzones (Los) y las alforjas. Discreto, gracioso y divertido romance de lo que sucedió el día 2 de enero de este presente año á un carbonero que le dieron un par de calzones pensando darle sus propias alforjas, y cómo una vieja con sus industrias raras le engañó de tal manera, que aun la dió la mitad del dinero que sacó del carbon. (Primera parte.)

Idem. Segunda parte, donde se siguen los chistes que sucedieron al referido carbonero.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Todo casado me escuche.*

La segunda idem dice: *Aquí fueron los suspiros.*

Carlo-Magno (De). Folleto que consta de 16 fojas, su autor JUAN JOSÉ LOPEZ.

Sin L. ni A. (En 4.º á 2 colum., fig.)

Contiene:

Primera relacion en que se refiere la cruel batalla que tuvo el valeroso Oliveros con el esforzado Fierabras de Alejandria, con lo demas, etc. Dice: *Suenen cajas y clarines.*

Segunda relacion, en que se prosigue la cruel batalla del valeroso Oliveros, y como venció á su contrario Fierabras, lo hizo cristiano, con lo demas, etc. Dice: *Si con la primera parte.*

Tercera relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Oliveros y el valiente Fierabras de Alejandria. Dice: *Ya dije como llegaron.*

Cuarta relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Oliveros y el valiente Fierabras de Alejandria. Dice: *Ya referí en la tercera.*

Quinta idem idem. Dice: *Apénas el Almirante.*

Sexta relacion, en que se prosiguen los valerosos hechos de Fierabras y Carlo-Magno para ganar el Puente de Mantible. Dice: *Supuesto que prometi.*

Séptima relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Carlo-Magno y los doce pares de Francia. Dice: *Ya dije que Carlo-Magno.*

Octava y última relacion de los valerosos hechos de Carlo-Magno y los doce pares de Francia y el fin que tuvieron. Dice: *Ya dije que Carlo-Magno.*

Carlos y Estela.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Desde el principio del mundo.*

La segunda idem dice: *Supuesto que en la primera.*

Su autor es MANUEL MARTÍN.

Cárlos y Lucinda.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Suene el clarín de la fama.*

La segunda idem dice: *En el pasado romance.*

Casamiento (El) entre dos damas. Romance en que se refieren los sucesos de una señora natural de la ciudad de Viena, corte del imperio, y de la varia fortuna que tuvo habiéndose salido de su patria en busca de un amante suyo: primera parte.

Idem. Romance en que se finalizan los sucesos de esta principal señora, con el mas raro caso que han visto los nacidos, como lo verá el curioso en esta segunda parte. Autor PEDRO NAVARRO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En la corte mas suprema.*

La segunda dice: *Hechas las célebres bodas.*

Castigo que Dios nuestro Señor ejecutó en dos hijos malvados que sacaron á su padre á un monte y le maniataron para que le comiesen las fieras (Nuevo romance en que se da noticia del).

(2 fojas, fig.)

Empieza: *Descuadrénense los ejes.*

Castigo que Dios ejecutó en una jóven de diez y ocho años, en el reino de Valencia, por haber levantado la mano á su madre, etc. (Relacion en que se declara el riguroso).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Emperatriz soberana.*

Cautiva de Sevilla (Romance que se intitula, La), compuesto por ALONSO DE MORALES.

La primera parte dice: *Ciérrese el bello volúmen.*

La segunda dice: *Luego que las tristes nuevas.*

Cautivo (El) de Girona.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Permita el cielo divino.*

La segunda idem dice: *Apénas el noble padre.*

Celinda y Don Antonio Moreno. Refiérese el cautiverio de este y las amorosas ternezas de esta argelina, y cómo la redujo á nuestra santa fe, declarándola el nacimiento y muerte de Mahoma.

Idem. Declárase cómo esta Argelina se redujo á nuestra santa fe, por haberle el cristiano explicado quién es el verdadero Dios, y cómo se bautizó y casó con él: refiérese cómo se vinieron á España, trayéndose á su padre, el cual se hizo tambien cristiano.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Ayudado de Dios padre.*

La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Chasco del arriero. — Vid. — Juan de Prados.

Chasco de una vieja á un mancebito, etc. — Vide. — Teresa Mocarro.

Cinco (Los) hijos de un parto. Verdadera y extraña relacion del maravilloso parto de cinco hijos varones que ha dado á luz una mujer llamada Maria Gutierrez, natural del pueblo de Jalapa, casada con Isidro Lopez. Declárase la señal con que nació cada uno. El primero con una espiga de trigo en la mano, el segundo con una de cebada, el tercero con dos espadas en cruz sobre el vientre, el cuarto con un ra-

cimo de uvas en la mano derecha, y el quinto con una vara en la misma mano.

(4 fojas, fig.)

Empieza: *Por los ámbitos del mundo.*

Conde Alárco (Relacion del), y de la infanta Solisia. Trata de cómo mató á su mujer para casarse con la infanta.

(4 fojas, fig.)

Dice: *Retraida está la Infanta.*
Es una reimpression del viejo.

Condiciones, vicios y propiedades de las señoras mujeres.

(2 fojas, fig.)

Empieza: *Promete el cielo vestido.*

Contador espiritual. Romance en que se declara por los números de cuenta lo que se debe contemplar para no errar la que cada uno hemos de dar de nuestra vida en el tribunal de Dios.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Habiendo considerado.*
La segunda idem dice: *Habiendo, lector discreto.*

Contienda y argumento entre un pobre y un rico.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Atendan pobres y ricos.*

Contienda del agua y el vino con un tabernero y un aguador.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Oyame todo curioso.*
La segunda idem dice: *Yo soy aquella princesa.*
Es el mismo pliego de la *Reñida contienda, etc.*

Conversion (La) de San Pablo.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Después que amorosamente.*

Cortante (El) de Cádiz. Romance en que se declara la feliz fortuna que tuvo un hijo de un cortante de la ciudad de Cádiz, llevándosele un mercader á las Indias: dase cuenta cómo volvió á España y se casó con la hija del mercader, que fué causa de su desgracia, siéndolo también de su dicha y prosperidad, como verá el curioso lector.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Oh gran Dios de la verdad.*
La segunda idem dice: *Ya dije cómo salió.*

Creacion (La) del mundo y fábrica del hombre.

(2 fojas, fig.)

Comienza: *Omnipotencia divina.*

Cristiano (El) y el gentil. Romance histórico que refiere la mas firme amistad que tuvieron un cristiano y un gentil, y los sucesos que les acaecieron.

Idem. Se da fin á la historia verdadera de la mas fina amistad del cristiano y el gentil.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Coronado de laureles.*
La segunda idem dice: *Ya dije, si bien te acuerdas.*

Cristo -- Vid. -- (Vida, muerte y pasión de, etc.)

Cristo de Santa Tecla. -- Vid. -- Renegado de Francia.

Daño que viene á los hombres por las señoras mujeres.

Idem. Beneficios que logran los hombres por las señoras mujeres.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Escúchenme atentamente.*
La segunda idem dice: *Muy irritado he quedado.*

Declárase cómo esta Argelina. -- Vid. -- Celinda y Don Antonio Moreno.

(2 fojas, fig.)

Desgraciada (La) Ginesa. Nueva relacion en que se da cuenta y declara el admirable prodigio que ha obrado su divina Majestad por la intercesion de su santísima Madre N. S. de Montserrat, y los sagrados cuatro evangelios, con una mujer que por haberse echado una maldicion, y no querer criar á un hermano suyo, permitió Dios que se le agarrasen de sus pechos dos espíritus malignos en figura de culebras, para escarmiento; y por una rogativa y promesa que hizo su padre á la Virgen, se vió libre, con lo demas que verá el curioso lector.

(2 fojas, fig.)

Comienza: *Sacra aurora soberana.*

Desgraciada (La) muerte del borrico Pajarito.

Despedimiento de un galán para ausentarse, por la esquivéz de una dama.

(2 fojas, fig.)

Empieza: *A tí, centro de deidades.*

Despertador espiritual, en que se declara cómo ha de despertar el pecador que está dormido en la culpa.

(4 fojas, fig.)

Empieza la primera parte: *Si en la cama de la culpa.*
Idem la segunda idem: *Si con el primer romance.*

Dionisio el de Salamanca.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En el nombre de Jesus.*

La segunda idem dice: *Ya dije que en la mazmorra.*

Autor PEDRO SAENZ.

Doce Pares de Francia. -- Vid. -- Carlo-Magno (De).

Domingo (El negro). -- Vid. -- Don Isidro y Doña Violante.

Don Antonio Narvaez y Rosaura. Romance de los varios lances que acaecieron á esta dama y á su amante, naturales de la ciudad de Córdoba: dase cuenta de cómo este la descubrió en Sierra-Morena, por haber sacado en la corriente de un arroyo un guante de seda bordado de oro, y cómo la señora dijo que la guardaba un monstruo, que se fuese, porque le haría pedazos, y cómo no quiso irse, hasta que vino y le mató. (Primera parte.)

Idem. -- Idem. Romance en que se prosiguen los sucesos amorosos de estos finos amantes: dase cuenta cómo él fingió una carta para Madrid, y se la trajo á Córdoba, donde se deposaron, etc. Segunda parte.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *A olvidar vanas memorias.*

La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Este romance se ha impreso también con título de *Rosaura la del guante.*

Don Carlos Udarca. Autor, JUAN DE RIBERA.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Rompa mi voz el silencio.*

La segunda idem dice: *Supuesto, noble auditorio.*

Don Cárlos y Doña Elena. Romance nuevo en que se da noticia de los amores de estos amantes, naturales de la ciudad de Málaga, con lo demás que verá el curioso lector.

Idem (Segunda parte, en que se finalizan los amores de, etc.).

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Galanes enamorados.*

La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Don Claudio y Doña Margarita (Romance de).

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Hoy, señores, hoy se alienta.*

La segunda idem dice: *Ya dijo el primer romance.*
Es su asunto, con otros nombres, el mismo de la *Historia de Urson y Valentin.*

Don Diego del Castillo.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Una risueña mañana.*

La segunda idem dice: *Ya dije cómo llevó.*

Don Diego de Peñalosa y Doña María Leonarda. Romance de los amorosos sucesos de estos dos finos amantes.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Rompa la vaga region.*

La segunda idem dice: *Ya dije cómo en el monte.*

Don Enrique y Don Estefano. — Vid. — Dos príncipes de Italia.

Don Eusebio de Herrera (Nueva y curiosa relación de un prodigioso portentoso que obró nuestra Señora del Carmen con un caballero devoto suyo, natural de la ciudad de Valencia, llamado). Autor PEDRO DE PORTILLO.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Hoy se renueva mi pluma.*

Don Félix el pecador. Autor CRISTÓBAL FÉLIX QUIROS.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Sacra y celestial princesa.*

Don Hernando de Aragon.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Empeñado en la ocasion.*

La segunda idem dice: *Ya que en el primer romance.*

Don Fernando del Pulgar. Relación verdadera de los arrestos y valentías de este valeroso caballero, que puso en la mezquita de Granada, cuando era de moros, el Ave María.

Dice: *Santa fe, que bien parece.*

Es reimpression del antiguo.

Don Francisco del Castillo. — Autor PEDRO MIGUEL GONZALEZ.

(4 fojas, fig.)

Comienza la primera parte: *Sagrada Virgen María.*

Idem la segunda idem: *Ya he dicho cómo quedó.*

Don Francisco de Leon y Mesa. Portentosas hazañas y amorosos hechos de este valeroso caballero: refiérese cómo dió muerte á tres bandidos, libró de la muerte á un sacerdote, é hizo otras muchas heroicas bizarrías. Autor FRANCISCO ANTONIO.

(2 fojas, fig.)

Empieza: *De la redondez del mundo.*

Don Gerónimo Morales.

(2 fojas, fig.)

Dice: *A la aurora soberana.*

Don Guindo y Pascual Cerezo. — Vid. — Testamento de Don Guindo, etc.

Don Isidro y Doña Violante, y el negro Domingo. — Autor JUAN MIGUEL DE FUENTES.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Escuchadme atentamente.*

La segunda idem dice: *Apénas el otro día.*

Don Jacinto del Castillo y Doña Leonor de la Rosa. Romance en que se declaran los amores que tuvieron, y la gran violencia que su padre la hizo para que se casase con otro, al cual mataron, y á su padre y suegro, y se salieron de su tierra.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Sagrada Virgen María.*

La segunda idem dice: *Ya dijo el primer romance.*

Don Jaime de Aragon. Romance en que se declaran los varios sucesos de este caballero, siendo el mas notable el de la calavera. Autor JUAN DIONISIO.

(6 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Remonte el vuelo mi pluma.*

La segunda idem dice: *Prosiguiendo de esta historia.*

La tercera idem dice: *Deseando concluir.*

Don José de Ahumada.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Aunque con dolor intenso.*

La segunda idem dice: *Si el silencio me permiten.*

Don Juan de Austria. — Vid. — (Batalla que dió el señor, etc.)

Don Juan de Austria. — Vid. — (Testamento del señor, etc.).

Don Juan de Aviles.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Publique mi lengua á voces.*

Don Juan de Lara y Doña Laura.

(2 fojas, fig.)

Dice: *La pena con la alegría.*

Don Juan de la Tierra. Romance en que se da cuenta y declaran los hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas. Dase cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey. Con todo lo demás, etc. Autor PEDRO SALVADOR.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Corónese de laureles.*

La segunda idem dice: *Tomó la pluma Don Juan.*

Don Juan de Lison. Nuevo y curioso romance en que se refieren las valerosas hazañas del valiente Don Juan de Lison, natural del reino de Murcia.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En el gran reino de Murcia.*

La segunda idem dice: *Dije en mi primera parte.*

Don Juan de Saavedra. — Vid. — Marques del Villar.

Don Juan Lorenzo. Autor JOSÉ FRANCISCO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En la ciudad mas alegre.*

La segunda idem dice: *Apénas Don Juan Lorenzo.*

Don Juan Merino (Valerosos hechos, muertes y desafíos que tuvo un caballero de Valencia, llamado). Autor JOSÉ FRANCISCO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En este opulento alcazar.*

La segunda idem dice: *Ya dije cómo Don Juan.*

Don Luis de Borja.

(4 fojas, fig.)

Dice: *En el mar de los placeres.*

Don Patricio de Córdoba y Aguilar. Romance en que se da cuenta y declaran los trágicos sucesos que sucedieron á este caballero, natural de la ciudad de Lisboa.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En la ciudad de Lisbon.*

La segunda ídem dice: *Supuesto que prometí.*

Don Pedro Azedo, y príncipe de Arjel. Nuevo y curioso romance de la trágica historia y admirables sucesos del príncipe de Arjel, que fué apisionado de unos soberbios corsarios, y traído á España sin saber la presa que traían, y fué vendido, y de la suerte que fué descubierto á su amo, con lo demás que verá, etc. Autor JUAN JOSÉ LOPEZ.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En la ciudad mas alegre. — Que caliente etc.*

La segunda ídem dice: *Si con el otro romance.*

Don Pedro Natera.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Calle el tigre, calle el oso.*

Don Pedro Salinas.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Escúchenme los valientes.*

Don Raimundo de Tejada y Doña Rosa Peralta.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Hoy el clarín resonante.*

La segunda ídem dice: *Dejamos á Doña Rosa.*

Don Rodulfo de Pedrajas. Autor JUAN ANTONIO LOPEZ.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Todo bandido se esconda.*

La segunda ídem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Doña Fénix Alba. Romance en que se declaran los maravillosos sucesos de esta noble señora. Dase cuenta cómo habiéndola sacado un amante suyo de su casa, con engaños la llevó á un monte, donde la quiso quitar su honor, y la dió de puñaladas. Como asimismo la venganza que tomó un león de su alevoso amante, y el dichoso fin que tuvo la señora.

(4 fojas, fig.)

Dice: *Hoy, señor, estáme atento.*

Doña Francisca la cautiva. Romance en que se refiere cómo esta señora, navegando á Roma con tres hijos pequeños, la cautivaron los turcos. Primera parte.

Idem. Idem. Romance en que se da cuenta de un prodigioso milagro que hizo la Virgen santísima del Cármen con esta señora y sus hijos, librándolos del poder de los turcos. Segunda parte. Autor PEDRO DE FUENTES.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Oh gran Reina de los cielos.*

La segunda ídem dice: *Sagrada Virgen Maria.*

Doña Ines de Castro, cuello de Garza de Portugal.

(2 fojas, fig.)

Dice: *A la Reina de los cielos.*

Doña Josefa Ramirez. Romance en que se da cuenta de los arrojos y valientes arrestos de esta dama,

natural de Valencia, y la felicidad con que salió de todos ellos.

Idem. Idem. Romance en que se refiere el cautiverio de esta dama, y los varios sucesos que pasó hasta el fin de su vida. Autor PEDRO DE FUENTES.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *A la que es Madre del Verbo.*

La segunda ídem dice: *Ya dije cómo salió.*

Doña Juana de Acevedo.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Hombres que estais en el mundo.*

La segunda ídem dice: *Ya sabrás cómo salió.*

Doña Rafaela de Arcos. Trágicos sucesos de la muy noble señora Doña Rafaela de Arcos. Refiérese cómo habiendo muerto á un caballero su amante, despues de muchas otras aventuras, se entró religiosa en un convento de la ciudad de Valencia.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Aunque son las esperanzas.*

Doña Rosa la cautiva.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Gloria de los horizontes.*

Doña Rosa de Peralta. — Vid. — Don Raimundo de Tejada.

Doña Teresa de Llanos.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Présteme silencio el mundo.*

Doña Teresa en la Cueva. Autor JUAN DE MENDOZA.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Al divino consistorio.*

La segunda ídem dice: *Ya dije en otro romance.*

Doña Victoria Acevedo.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Detente, pluma, y repara.*

Doña Violante.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *La fama en ecos acordes.*

La segunda ídem dice: *No dejarás de acordarte.*

Dos (Los) príncipes de Italia. Romance que trata de las aventuras de dos caballeros italianos, llamados Don Enrique y Don Estefano, los cuales eran primos hermanos. Declárase cómo corrieron lo mas de nuestra España, y el caso mas particular que les sucedió en ella. Primera parte.

Idem. Romance en que se refiere muy por menor el dichoso fin que tuvieron las prodigiosas aventuras de los dos nobles caballeros Don Enrique y Don Estefano. Segunda parte.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Descoscos de ver mundo.*

La segunda ídem dice: *Entre claveles y rosas.*

Eligenia.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *A la madre, hija y esposa.*

La segunda ídem dice: *Despedido el religioso.*

Enamorada (La) de Cristo, María de Jesus de Gracia.

(2 fojas.)

Dice: *A las discretas mujeres.*

Espínela.

(2 fojas, fig.)

Dice: *El sol detenga sus rayos.*

Excelencias de la santísima Cruz.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Madero excelso de Cristo.*

Excelencias de la seda (Romance que explica las).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Quién eres, bella princesa.*

Fierabras.—Vid.—Carlo-Magno (De).

Fiera (La) de Oporto. Caso notable y espantoso que acaba de suceder en la ciudad de Oporto, reino de Portugal, con un animal fiero; dase cuenta de cómo por la providencia de Dios arrebatada diariamente los niños de las casas de sus padres, sin hacerse visible, trasladándolos á una cueva de un monte; declárase también cómo al cabo de algunos días se descubrió la causa de este castigo por un tierno niño de pechos que lo declaró por disposición divina.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Con el sacrosanto nombre.*

Fraile (El) fingido. Romance en que se manifiestan los excesos de un amor profano, y hasta dónde llega el ardid y las astucias de las mujeres. Autor ALONSO DE MORALES.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Cuando el autor soberano.*
La segunda idem dice: *Brotando llamas de enojo.*

Francisco Correa (Romance en que se declaran los hechos, valentías y arrojos del andaluz mas valiente, llamado).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Oid, mancebos valientes.*

Francisco Estéban el Guapo, natural de la ciudad de Lucena (Curiosa relacion en que se da cuenta de las proezas y arrojos de).

(8 fojas, fig.)

Consta de cinco partes:

La primera dice: *Tiembale de mi nombre el mundo.*
La segunda dice: *Desde donde empieza Europa.*
La tercera dice: *Santo Cristo de la Luz.*
La cuarta dice: *Oh soberano Señor.*
La quinta dice: *Explique mi lengua torpe.*

Garcilaso de la Vega.—Vid.—Triunfo del Ave María.

Gigante (El) Cananeo.—San Cristóval.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Oh montaña de virtudes.*
La segunda idem dice: *Ya dije en mi primer parte.*

Grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.—Vid.—Primera parte de las grandezas.

Griselda. Romance de la peregrina historia de esta pastorcilla, y de cómo el marqués Gualtero trató su casamiento con ella, y salió el mas singular ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas á sus maridos.

(6 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Atiéndame todo el orbe.*
La segunda idem dice: *Ya dijo el primer romance.*
La tercera idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Guapo (El) Juan de Lucena.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *No sé si será posible.*
La segunda idem dice: *Ya dije cómo salió.*

Hallazgo de un cadáver en una cueva junto á Peña-Cerrada (Romance nuevo del).

(2 fojas, fig.)

Dice: *No muy lejos de Vitoria.*

Harpía (La) americana, animal feroz y anfibio, ó que vive en agua y tierra, que fué cogido en las costas del Perú, en una laguna llamada Orfagá, en este presente año.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Quien no se pasma y asombra.*

Hazañas y atrocidades del dios Baco.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Atienda todo cofrade.*

Hijo (El) del Verdugo. Nueva relacion en la que se refieren los mas raros sucesos de este mancebo, natural de la ciudad de Córdoba, el cual se pasó á las Indias y logró grandes fortunas.

(2 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Noble y discreto auditorio.*
La segunda idem dice: *Supuesto, noble auditorio.*

Isla de Jauja (Breve relacion y curiosa carta que da cuenta de una prodigiosa isla que se ha descubierto junto al reino de los Matricados, llamada). Refiérese con el aparato, ostentacion y grandeza que se vive en ella, como lo declara la gustosa copla, que es la siguiente.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Desde el Sur al Norte frio.*

Jacinto de Rovira.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Retumben con armonía.*
La segunda idem dice: *Digo pues que en Barcelona.*

Jauja.—Vid.—Isla de Jauja.

Juan de Arévalo.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Ningun guapo me dé voces.*

Juan de Lucena.—Vid.—Guapo Juan de Lucena.

Juan de Navarra.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Dios con su inmenso poder.*
La segunda idem dice: *Supuesto que los oyentes.*

Juan de Prados ó el chasco del arriero.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En Valladolid famosa.*
La segunda idem dice: *Picado Juan Prados luego.*

Juan García Nebron.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Nobilísimo auditorio.*
La segunda idem dice: *Gran día se nos ofrece.*

Juan Portela. Nuevo romance en que se declara los robos y asesinatos que ha cometido el valeroso Portela en las inmediaciones de Córdoba.

(2 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Escuchen, señores míos.*
La segunda idem dice: *A dar pienso á mi caballo.*

Judío (El) de Toledo.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Hermosísima Marta.*

La linda deidad de Francia.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Hoy, señores, hoy pretendo.*
La segunda idem dice: *Al fin de los dichos años.*

Lisardo el estudiante de Córdoba. Romance en que se declaran los lances de amor, miedos y sobresaltos que le acaecieron con Doña Teodora, natural de Salamanca. Refiere como habiendo ido una noche á escalar el convento para sacar á esta señora, vió su entierro, con otras particularidades.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Escucha, Carlos, mi historia.*
La segunda idem dice: *Después que hubo Teodora.*

Lucinda y Belardo. Nuevo y curioso romance en el que se refiere que estando Belardo cautivo en Constantinopla, se enamoró de él la hija del rey, y después que se hizo cristiana se pusieron en camino para venir á Valencia; los cuales fueron cogidos por el turco, y consintieron morir quemados por no renegar, etc.

Valladolid. Santaren. 1843. (2 fojas, fig.)

Dice: *En el alcázar de Venus.*
Es el mismo de *Belardo y Lucinda*.

Maltes (El) de Madrid. Romance en que se declara una prision que ha hecho la santa Inquisicion en la corte de Madrid, de tres hombres y dos mujeres por haber dado muerte á ventisiete personas, y cómo se descubrió por un caballero Maltes, que querian ejecutar lo mismo con él.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Emperatriz de los cielos.*
La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Márcos de Cabra.

(2 fojas, fig.)

Dice: *El domingo se casó.*

María de Jesus de Gracia. — Vid. — Enamorada de Cristo.

Marques (El) del Villar, Don Juan de Saavedra, veinticuatro de la ciudad de Córdoba.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Qué tienes, Córdoba insigne.*

Martin Alonso. Nuevo y curioso romance en que se refieren los hechos y arrogancias valerosas del alentado Martin Alonso, natural del castillo de la Alcahorra, en el reino de Granada, y de otros compañeros suyos, y el desastrado fin que tuvieron sus temerarios compañeros.

(2 fojas, fig.)

Dice: *No campe ningún valiente.*

Mercader (El) de Tarragona. Autor GABRIEL RAMIREZ.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Suene mi prolifa voz.*

Mercader (El) de Toledo. Nuevo romance en que se refiere un milagroso portentoso que sucedió en la ciudad de Toledo con un devoto de la santísima Cruz, y el maravilloso premio que sacó por tan santa devocion: con otras cosas prodigiosas que mas largamente verá el curioso lector.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Por un árbol perdió el hombre.*
La segunda idem dice: *Supuesto que prometí.*

Milagro de San Antonio del Doblon. — Vid. — San Antonio del Doblon.

Milagro que ha obrado el Patriarca Señor San José en la villa de las Cabezas con un devoto suyo (Romance que refiere un). Primera parte.

Idem (Romance que prosigue el milagro que ha obrado, etc.).

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Al soberano Jesus.*
La segunda idem dice: *Sean todos en Sevilla.*

Molinero (El) de Arcos.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Galanes enamorados.*

Misterios del santo sacrificio de la Misa (Romance de los).

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Aplique mi rudo labio.*La segunda idem dice: *Suspenda su voz suave.*

Negro Domingo. — Vid. — Don Isidro y Doña Violante.

Nombres (Los) de las señoras mujeres.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Supuesto que me han pedido.*

Noticias ciertas en que se contiene el descubrimiento de una isla, la mas rica y abundante de todo cuanto hay en el mundo; descubierta por el afortunado capitán llamado Longares de Sentlom y de Gorgas. Compuesta por un soldado que iba en el navío que la descubrió, como testigo de vista de todo lo que aquí se refiere.

Sin L. ni A. (2 fojas, fig.)

Dice: *Desde el Sur al Norte frío.*

Es el mismo romance de la isla de Jauja.

Nuestra Señora de la Cabeza. — Vid. — (Primera parte de las grandezas de, etc.)

Ocho muertes hechas en este presente año por mano de un hombre ingrato seducido de una dama, el que por estar amancebado con ella las ejecutó, cuyo motivo en la plana lo verá el, etc. (Esta nueva relacion y curioso romance se reduce á manifestar al público.)

Madrid. 1847. (2 fojas, fig.)

Dice: *Al altísimo Jesus.*

Oliveros—Vid.—Carlo Magno (De)

Once novios (Sátira nueva de los), en que se manifiestan los dengues, monadas y zalamerías que gastan las señoritas doncellas cuando ven que tienen muchos novios.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Una satrilla indiana.*

Oracion (Romance de la).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Sonoro clarín mi voz.*

Pares de Francia (Doce)—Vid.—Carlo Magno (De).

Pedro Cadenas. Relacion verdadera de los amores y desafíos que tuvieron en Barcelona cuatro valerosos soldados de la marina española.

Dice: *Atencion, noble auditorio.*

Pensamiento (El) del hombre. Enigma curioso en un discreto romance, compuesto por LÚCAS DEL OLMO ALFONSO.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Discretísimos lectores.*

Peregrina (La) Doctora. Autor JUAN MIGUEL DEL FUEGO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Sacra antorcha luminante.*

La segunda idem dice: *Vamos ahora á los cuatro.*

Pleito y público desafío que tuvo el agua con el vino, para saber cuál de los dos era de mayor utilidad y provecho.

(2 fojas, fig.)

Dice: *En tiempo del rey Perico.*

Preso por la comun deuda. Fervoroso acto de contrición, en un romance donde se avisa á los mortales el modo con que en la hora de la muerte y en todo tiempo han de pedir á Dios nuestro Señor el perdón de sus culpas, con la contemplación de los misteriosos pasos de su sagrada Pasión.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Preso por la comun deuda.*

Primera y segunda parte de las grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Remonte el heroico vuelo.*

La segunda idem dice: *Habiendo con gran valor.*

Primera parte de las grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.

Idem. Segunda parte de idem. Autor LÚCAS DEL OLMO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Remonte el heroico vuelo.*

La segunda idem dice: *Habiendo con gran valor.*

Princesa (La) cautiva. Nuevo y curioso romance de una princesa cautiva rescatada por un caballero mercader. Dase cuenta cómo fué desposado con ella sin saber con quién se casaba. Cómo fué robada de un traidor capitán, con todo lo demás que verá, etc.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Ah de los montes y selvas.*

La segunda idem dice: *Atencion, noble auditorio.*

Princesa de Dinamarca. — Vid. — Príncipe Filiberto, etc.

Princesa (La) de Siria.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Desde que Adán nuestro padre.*

Princesa (La) de Tinacia.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Resuenen multiplicados.*

Princesa (La) Ismenia.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Ismenia, aquella otomana.*

Princesas (Las) encantadas y deslealtad de hermanos. Autor ALONSO DE MORALES.

(6 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Aquel indómito monstruo.*

La segunda idem dice: *Apigido y pesaroso.*

La tercera idem dice: *Teniendo la hermosa Infanta.*

Príncipe Filiberto de Esparta y la princesa de Dinamarca (Admirable y gustosa historia del). Autor MANUEL MÁRTIR.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *No canto, auditorio ilustre.*

La segunda idem dice: *Pasados algunos días.*

Príncipes de Italia. — Vid. — Dos príncipes, etc.

Puente de Mantible. — Vid. — Carlo Magno (De).

Receta para las mujeres mal casadas.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Tu que mal casada eres.*

Renegada (La) de Valladolid. Primera parte de la maravillosa historia que se contiene en este gustoso tratado, que declara cómo una mujer, natural de Valladolid, llamada Agueda de Acevedo, siendo cautiva cuando se perdió Buja, negó la ley de Dios nuestro Señor, y se casó con un moro, habiendo vivido veinte y siete años en la secta de Mahoma. Declárase cómo Dios le envió un hermano suyo sacerdote que le sirvió tres años de esclavo sin conocerse, y al cabo de este tiempo por una conversacion que tuvieron se conocieron los dos, hermano y hermana, llorando ambos de contento.

Idem. — Idem segunda parte. Declárase en esta segunda parte la forma que tuvo para traer los hijos desde Turquía á Roma; cómo recibieron el agua del bautismo, y en la forma que acabó esta santa mujer en un convento.

(8 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Desde poniente á levante.*

La segunda idem dice: *Dios Padre, rey sempiterno.*

Renegado de Francia (Nueva relacion y curioso romance, en que se refiere la gustosa y agradable historia del Santo Cristo de Santa Tecla de la ciudad de Valencia, y la del célebre Simon Ansa, del). Autor ANTONIO PORTILLO.

Malaga. Félix de Casas. Sin A. (4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Noticie mi voz por cuanto.*

La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Reñida contienda que han tenido el vino y el agua con un tabernero y un aguador.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Oigame todo curioso.*

La segunda idem dice: *Yo soy aquella princesa.*

Es el mismo pliego de la *Contienda del vino, etc.*

Residencia á mozos, casados y viudos.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Oiganme todos los mozos.*

Rey Basilio (El) de Dinamarca, su hija la Princesa, y su amante el conde Federico. Autor BERNUDO.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Escucha, auditorio noble.*

La segunda idem dice: *Ya dije que la Princesa.*

Rey (El) Claudio Teodomiro y la princesa de Inglaterra.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Publique á voces la fama.*

La segunda idem dice: *Ya dije cómo quedó.*

Reina (La) Sultana.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Canten gloriosos elogios.*

La segunda idem dice: *Ya dijo el primer romance.*

Riqueza (La) y la pobreza.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Supuesto que de mi pluma.***Rodolfo y Casandra.**

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Ah del real supremo trono.*La segunda idem dice: *Ya dije cómo quedaron.***Romance de un milagro que ha obrado, etc.—Vid. —San José.****Romance en que se finalizan los sucesos.—Vid. —Casamiento entre dos damas.****Rosaura la de Trujillo. Romance en que se refiere un lastimoso caso que le sucedió á esta doncella.**Dice: *Sobre una alfombra de flores.***Rosimunda (Romance en que se da cuenta y declara la trágica y verdadera historia de la hermosa).**

(2 fojas, fig.)

Dice: *Aunque la pluma desmayos.***Sacerdote (El) de Valencia y Audalá.**

(2 fojas, fig.)

Dice: *Sacro eterno incomparable.***San Albano.—Vid.—Vida de San Albano.****San Alejo.—Vid.—Vida, muerte y milagros de San Alejo.****San Antonio á lo militar. Romance de dos portentosos milagros que ha obrado el glorioso San Antonio con un devoto y una devota, llamado el caballero Don Francisco de Hermosilla y Valdepeñas, y la señora Doña Tomasa de Castilla y Cerezueta, naturales de la ciudad de Búrgos: declárase cómo el caballero fué cautivo, renegó y se casó con una turca. Primera parte.****Idem. Dase cuenta en este romance cómo por intercesion del señor San Antonio de Padua se vieron libres de cautiverio Don Francisco y la turca, con la cual despues se casó.**

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Para su curso veloz.*La segunda idem dice: *Supuesto, noble auditorio.***San Antonio del Doblón (Milagro de).**

(2 fojas, fig.)

Dice: *Al ave de gracia llena.***Sancho Cornillo. Autor JOSÉ FRANCISCO.**

(2 fojas, fig.)

Dice: *Aunque parece confuso.***San Cristóbal.—Vide.—Gigante Cananeo.****San José.—Vid.—Celos de San José.****San José.—Vid.—(Milagro que ha obrado el Patriarca).****San Pablo.—Vid.—Conversion de San Pablo.****San Rafael.—Vid.—Verdadera relacion y curioso romance del señor...****Santa Genoveva. Romance en que se refiere la peregrina historia y trágica vida de esta penitente anacoreta, princesa de Brabante, sacado de la vida que anda impresa de la misma santa.**

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *No canto fingidos hechos.*La segunda idem dice: *Militaba Sigifredo.***Santa Maria Egipciaca (Romance de la vida de la mujer fuerte).****Idem. Prosigue la vida de la mujer fuerte Santa Maria Egipciaca hasta su tránsito feliz.**

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Pues que gustas que te cuente.*La segunda idem dice: *Ya dejamos á Maria.***Santa Rosalia de Palermo (Romance de la prodigiosa vida de).**

(6 fojas, fig.)

La primera parte dice: *En la ciudad de Palermo.*La segunda idem dice: *Estando ya Rosalia.*La tercera idem dice: *Viendo el comun enemigo.***Siete (Los) judíos de Roma.**

(2 fojas, fig.)

La primera parte dice: *A vos, Reina de los cielos.*La segunda idem dice: *El esclavo que está viendo.***Simon Ansa.—Vid.—Renegado de Francia.****Teresa Mocarro y Gangarilla (Romance nuevo del chasco que le dió una vieja á un mancebo dándole una sobrina suya por doncella, llamada), compuesto por un cazador de grillos y cardador de lana de tortugas.**

(4 fojas, fig.)

Dice: *Discreto auditorio mio.***Testamento del asno, donde se refiere su enfermedad, las medicinas que le aplicó un doctor de bestias, y las mandas que hizo en su testamento á todos sus amigos y parientes, con el llanto que los jumentos hicieron por su muerte.**

(4 fojas, fig.)

Contiene:

Romance primero, que dice: *Yo, triste asno cansado.*Idem segundo: *Era el tiempo de calores.*Idem tercero, que es el testamento: *Cuanto á lo primero mando.*Idem cuarto: *Cinamomos y laureles.***Testamento (El) de la zorra.**

(4 fojas, fig.)

Dice: *Atencion, todos me escuchen.***Testamento del señor Don Juan de Austria.**

(4 fojas.)

La primera parte dice: *Olvidado de la muerte.*La segunda idem dice: *Viendo ya el gran celador.***Toma de Sevilla por el santo rey Don Fernando.**

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Dios te salve, Virgen santa.*La segunda idem dice: *Ya que al discreto lector.***Trigo (El) y el dinero.**

(2 fojas, fig.)

Dice: *Para su dorado carro.***Triunfo (El) del Ave María. Garcilaso de la Vega.**

(2 fojas, fig.)

Vandidos (Los) de Toledo. Romance en que se refiere la historia de estos vandidos, que habitaron en los montes de Toledo, ejecutando en ellos notables atrocidades.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Llamado de su monarca.*La segunda idem dice: *Supuesto que en la otra parte.***Verdadera relacion y curioso romance del señor San Rafael Arcángel, abogado de la peste y custodio de la ciudad de Córdoba.**

(2 fojas, fig.)

Dice: *A la Virgen sacrosanta.*

Via (La) Sacra de Jerez.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Oid atentos, mortales.*

Vida de la mujer fuerte.—Vid. — Santa María Egipciaca.

Vida (La) de San Albano.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Las tres divinas personas.*

La segunda idem dice: *Vuelta en si la blanca rosa.*

Vida, muerte y milagros del bienaventurado San Alejo.

(6 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Cese el belicoso estruendo.*

La segunda idem dice: *Viendo el demonio que Alejo.*

La tercera idem dice: *Habiendo entregado a Dios.*

Vida, pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor, compuesto por LÚCAS DE OLMO ALFONSO.

Dice: *A la aurora bajó el sol.*

Vino (El) y el agua.—Vid. — Reñida contienda que han tenido.

Violín (El) encantado.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Todo el mundo me esté atento.*

Virtudes (Las) de la noche.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *La ayuda, gracia y favor.*

La segunda idem dice: *Ya que en la parte primera.*

Virtudes (Las) del día.

(4 fojas, fig.)

La primera parte dice: *Al sacro y divino autor.*

La segunda idem dice: *Ya que en el primer romance.*

Zelos de San José.

(2 fojas, fig.)

Dice: *De casa de Zacarías.*

Zorra.—Vid.—Testamento de la zorra.

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS DESDE EL SIGLO XVIII EN ADELANTE,

QUE CONTIENEN LAS RELACIONES EN ROMANCES QUE SE HACIAN EX-PROFESO PARA SER REPRESENTADAS EN LAS TERTULIAS (1).

Amante mas perfecto (Relacion jocosa. El).

(2 fojas.)

Dice así: *Docto é invicto teatro.*

Amantes de Teruel (Relacion burlesca intitulada los), para cantar y representar. Compuesta por un aficionado.

(2 fojas.)

Dice: *En Teruel, principe agosto.*

Amantes de Teruel (Relacion de los).

(2 fojas, fig.)

Dice: *En Teruel principe agosto.*

Astolfo y Auristela (Relacion).

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Astolfo mi hermano y yo.*

Andriónico y el león. Romance en que se refiere el cautiverio y aventuras de Andriónico. Dase cuenta de sus amores, y de lo que le sucedió con un león, que reconocido á los beneficios que de él habia recibido, se humilló á sus piés.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Escúchame, invicto César.*

Bachiller Trapazas. — Vid. — Doctor de los embustes.

Bañado en los pelambres (Relacion burlesca. El).

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Auditorio non plus ultra.*

Borrico Pajarito.—Vid. — Desgraciada muerte del.

Caballo (Relacion burlesca intitulada del). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Una vez que ustedes quieren.*

Calabaza y el vino (Relacion. La).

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Silencio, atencion, soniche.*

Calle de la Feria (Relacion burlesca intitulada la). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Salgo á servirlos, señores.*

Carlo-Magno (Relacion de).

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Escucha, gran-Carlomagno.*

Chasco que le sucedió á un mozo yendo á maitines la Noche-buena (Relacion burlesca intitulada).

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Oh ámbito celestial.*

Cabeza.—Vid.—Nueva relacion del que metió la Cabeza.

Desgraciada muerte del Borrico Pajarito (Relacion burlesca. La). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Aves que con consonancias.*

Desgraciada belleza (Relacion nueva. La).

Málaga. Félix Casas y Martínez. Sin A. (fig.)

Dice: *Si mi pecho no me niega.*

Desgracias (Las) de Toribio, y fracasos de los Duendes.

(2 fojas, fig.)

Dice así: *Ya que estoy en la palestra.*

(1) Las relaciones sacadas de las comedias del siglo XVII no se incluyen en este catálogo.

Se omiten tambien los pasos ó pasillos escénicos que para el mismo fin se escribian.

Dispensero bribon (Relacion burlesca. El).

(2 fojas.)

Dice así: *Escuchadme, amigos míos.*

Doctor de los embustes y bachiller Trapazas. Relacion burlesca.

(2 fojas.)

Dice: *De las desdichas del mundo.*

Don Din (Relacion burlesca de).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Es disparate, señores.*

Don Márcos de Auñon.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Si he de contarte mi historia.*

Don Reinaldos de Montalvan (Nueva relacion de), el mejor Par de los Doce.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Noble Carlos, oye atento.*

Don gozos en un hallazgo (Relacion.).

(2 fojas.)

Dice: *Cuando la brillante luz.*

Español naufragante y pintura de una dama (Relacion. El).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Beso la playa mil veces.*

Estudiante tunante (Relacion. El).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Ego escolasticus pauper.*

Favorecer á las damas. (Relacion nueva.)

Dice: *Al pié de ese bello monte.*

Galan burlado (Relacion burlesca. El).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Ya que ustedes han querido.*

Galan burlado (Relacion burlesca intitulada el). Compuesta por un ingenio cordobes.

Córdoba. Luis Ramos y Coria. Sin A. (2 fojas, fig.)

Dice: *Ya que ustedes han querido.*

Ganso de la catedral (Relacion. El).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Por fin tropecé con ella.*

Ganso en la botillería (Relacion nueva del).

(2 fojas.)

Dice: *Alabao sea por siempre.*

Gitana (Relacion nueva de la).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Alabado sea Dios.*

Gitano de Cartagena (Relacion. El).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Muy buenas noches tengan, mis señores.*

Jaque y sus hazañas.—Vid.—Relacion burlesca de los hechos de un

Juan Gutierrez (Relacion jocosa que le sucedió á un patan, llamado), en la ciudad de Toledo.

(2 fojas.)

Dice: *Ya sabes, Jusepe Usorio.*

Juan soldado (Nueva relacion de los chistosos lances ocurridos á).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Si ustedes me dan palabra.*

Lágrimas (Relacion burlesca. Las). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

Dice: *Supuesto que estamos solos.*

Lisardo y Polidora (Relacion de).

(2 fojas.)

Dice: *Mi nombre propio es Lisardo.*

Mas ingrata hermosura (Relacion. La).

Dice: *Ya sabes que me parti.*

Motivos para no casarse (Relacion de un mozo soltero manifestando los).—Vid.—Relacion de un mozo soltero manifestando los, etc.

Mujeres.—Vid.—Relacion en contra de las mujeres.

(2 fojas.)

Mujeres.—Vid.—Relacion en favor de las mujeres.

Mujer (La) que mas se adora suele ser la mas ingrata.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Confundido en un mar de confusiones.*

Nueva relacion del que metió la cabeza.

Dice así: *Con el motivo, señores.*

Once (Los) amores nuevos.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Atencion, nobles amigos.*

Peregrino en las ondas, y tragedia de Policarpo y Narcisa (Relacion nueva. El).

Dice: *Pues la historia me has pedido.*

Pintura de una dama.—Vid.—Español naufragante.

Pintura que hace un galan á una dama (Relacion).

(2 fojas, fig.)

Dice: *Al móvil de mis acciones.*

Policarpo y Narcisa.—Vid.—Peregrino en las ondas.

Pulga.—Vid.—Suceso de la pulga.

Ramon Uluferne (Relacion jocosa de).

Córdoba. Luis de Ramos y Coria. Sin A. (4 fojas, fig.)

Dice: *E yo Ramon Uluferne.*

Relacion burlesca de los hechos de un jaque, y sus hazañas.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Duque excelso de Alcorcon.*

Es una parodia de la relacion de la comedia de *El valiente Nazareno.*

Relacion de un mozo soltero, manifestando los motivos para no casarse.

(2 fojas, fig.)

Dice: *Pues me preguntan algunos.*

Relacion en contra de las mujeres.

(2 fojas.)

Dice: *Señores, no soy yo el mismo.*

Relacion en favor de las mujeres.

(2 fojas.)

Dice : *Felicisimas princesas.*

Rigor (El) de las desdichas.

(2 fojas, fig.)

Dice : *Desde el umbral de la vida.*

Ruina y fragmentos de Troya (Critica relacion, cuyo título es :).

Málaga. Félix Casas y Martinez. Sin A. (4 fojas.)

Dice : *Que hubo Troya bien lo sabes.*

Es una relacion de la destruccion de Troya, referida por Enéas á Dido.

Suceso de la pulga (Relacion burlesca intitulada :).
Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice : *Audite, señores míos.*

Tagardinero de Sevilla (Relacion burlesca. El).

(2 fojas, fig.)

Dice : *Ya parece que las dichas.*

Tertulia (Relacion burlesca intitulada : La). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice : *Felices noches, señores.*

Todas me gustan (Relacion burlesca intitulada :).
Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice : *Ya que quieren las señoras.*

Toros (Relacion burlesca intitulada : De los). Compuesta por DON AGUSTIN NIETO.

(2 fojas, fig.)

Dice : *En la muy noble y leal.*

Tragedia de Policarpo y Narcisa.—Vid.—Peregrino en las ondas.

Treinta reales (Relacion de los).

(2 fojas, fig.)

Dice : *Cierto, señores, que habia.*

Troya.—Vid.—Ruina y fragmentos, etc.

Valor bien empleado por la hermosa Doña Blanca (Relacion nueva. El).

(4 fojas, fig.)

Dice : *Naci en Flándes, aquel raro.*

Vengada madrileña. (Relacion nueva de mujer. La)
Compuesta por JUAN GARCÍA VALEROS, vecino de la villa de Arahial.

(2 fojas, fig.)

Dice : *De mi infelice fortuna.*

ADVERTENCIA.

El catálogo de libros que, ademas de los *pliegos sueltos*, han servido para formar este *Romancero*, y servirán para el *Cancionero*, si llego á publicarle, con otros muy raros y curiosos, se insertará en los preliminares del segundo tomo de aquel.

ROMANCES MORISCOS JOVELLANOS

ROMANCES MORISCOS JOVELLANOS

ROMANCERO

DE

ROMANCES MORISCOS.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS SUELTOS.

1.º

ALMANZOR Y BOBALIAS¹.

(Anónimo.)

Durmiendo está el rey Almanzor
A un sabor á tan grande;
Los siete reyes de moros
No lo osaban acordare.
Recordólo Bobalias,
Bobalias el Infante.
—Si dormides, el mi tío,
Si dormides, recordad :
Mandadme dar las escalas
Que fueron del rey mi padre,
Y dadme los siete mulos
Que las habian de llevar;
Y me deis los siete moros
Que las habian de armar,
Que amores de la Condesa
Yo no los puedo olvidar.
—« Malas mañás has, sobrino,
No las puedes ya dejar :
Al mejor sueño que duermo,
Luego me has de recordar. »—
Ya le daban las escalas
Que fuéron del rey su padre;
Ya le daban siete mulos,
Que las habian de llevar;
Ya le dan los siete moros
Que las habian de armar.
A paredes de la Condesa
Allá las fuéron á echar :
Allá al pié de una torre,
Y arriba subido han.
En brazos del conde Almenique
La Condesa van á ballar :
El Infante la tomó,
Y con ella ido se han.

(Cancionero de Romances.)

¹ Aunque el héroe de este romance es homónimo del del siguiente, no son el mismo personaje. El primero, por su construcción y lenguaje parece mas antiguo que el segundo, aunque ambos perteneczan al mismo siglo.

2.º

BOBALIAS EL PAGANO.

(Anónimo¹.)

Por las sierras de Moncayo
Vi venir un renegado :
Bobalias ha por nombre,
Bobalias el Pagano.
Siete veces fuera moro,
Y otras tantas mal cristiano;
Y al cabo de las ocho

T. X.

Engañólo su pecado,
Que dejó la fe de Cristo,
La de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
Que de allende habia pasado :
Cartas le fuéron venidas
Que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
Gente de á pié y de á caballo :
Por Guadalquivir arriba
Su pendon llevan alzado.
En el campo de Tablada
Su real habian sentado,
Con trecientas de las tiendas
De seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
Está la del Renegado ;
Encima en el chapitel
Estaba un rubi preciado :
Tanto relumbra de noche
Como el sol en día claro.

(Cancionero de Romances.)

¹ Véase la nota del anterior; pero adviértese en este mas colorido poético, mas brillantez y perfeccion, que en el precedente romance.

3.º

LA MORILLA BURLADA.

(Anónimo¹.)

Yo m'era mora Moraina,
Morilla de un bel catar :
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
Como aquel que bien la sabe :—
—Abrasme las puertas, mora,
Si Alá te guarde de mal.—
—¿ Cómo t'abriré, mezquina,
Que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejó muerto ;
Tras mí venia el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
Aquí me verás matar.
—Cuando esto oí, cuitada,
Comencéme á levantar,
Vistiérame una almeja
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abríla de par en par.

(Cancionero de Romances. — It. Cancionero general.)

¹ Una glosa que hay de este romance empieza : Cuando mas embebecida. La hizo Jerónimo del Pinar, y está en el Cancionero general, edicion de 1511. La composicion es antigua, bella y popular; pero parece ser un fragmento de algun romance, cuyo

resto no hemos hallado en ninguna parte. La sencillez de lenguaje, con que se expresan ideas muy sencillas, le caracteriza de composición primitiva, así como también la falta de consecuencia en seguir el consonante, si bien esto puede provenir de que se ha suprimido la *e* en los versos que se enlazan.

4.º

LA INFANTA MORA Y ALFONSO RAMOS.

(Anónimo ¹.)

Estaba la linda Infanta
A la sombra de una oliva,
Peine de oro en las sus manos,
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salía:
Vió venir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida:
¿Y qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
Si me aseguras la vida.
—Díselas, Alfonso Ramos,
Que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese por qué
La cabeza te cortaría.
—Si la mía me cortases,
La tuya te costaría.

(Cancionero de Romances.)

¹ No hemos podido averiguar la época histórica á que pertenece el asunto de este romance, pero nos recuerda cuentos que en nuestra infancia oíamos á las ancianas, donde las reinas y las infantas se tocaban al sol, ó á la sombra, en los bosques ó en sus palacios. Así debían ser las costumbres sencillas en los pueblos meridionales y pastores, y así lo vemos en los *Libros Sagrados*, y en la *Odisea*. Uno de los cuentos que se presentan á nuestra memoria es el de una reina á quien una mora esclava, que quería obtener el amor del rey su esposo, estando peinándola al sol la convirtió en paloma, clavándola un alfiler en la cabeza. Bajo esta forma la infeliz, que no quería apartarse de su marido, presenciaba las caricias y amores que obtenía su rival, hasta que el rey un día, viendo aquella palomica tan blanca, tan apacible y tan doméstica, la cogió en sus brazos, y acariciándola halló en su cabecita el alfiler, el cual sacado, se deshizo el encanto, se supo la verdad, y la falsa mora fué quemada en castigo de su pecado.

5.º

LA INFANTA SEVILLA ¹ Y PERANZULES.

(Anónimo.)

Sevilla está en una torre
La mas alta de Toledo;
Hermosa es á maravilla,
Que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
Por ver riberas del Tejo,
Y el campo todo enramado,
Como está de flores lleno.
Por un camino espacioso
Vió venir un caballero
Armado de todas armas,
Encima un caballo overo.
Presos siete moros traía
Aherrojados con fierro:
En alcance d'este viene,
Un perro moro moreno,
Armado de piezas dobles
En un caballo lijero.
El continente que trae,
A guisa es de buen guerrero;
Blasfemando de Mahoma,
De sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:

—Espera, cristiano perro,
Que d'esos presos que llevas
Mi padre es el delantero,
Los otros son mis hermanos,
Y amigos que yo bien quiero;
Si me los das á rescate,
Pagártelos he en dinero,
Y si hacerlo no quisieres
Quedarás hoy muerto, ó preso.—
En oírlo Peranzules
El caballo volvió luego:
La lanza puso en el ristre;
Para el moro se va recio,
Con tal furia y lijereza
Cual suele llevar un trueno.
En el suelo le derriba,
Y á los primeros encuentros
Apeárase del caballo;
El pié le puso en el cuello;
Cortárale la cabeza:
Ya despues que hizo esto
Recogió su cabalgada,
Metiése luego en Toledo.

(Rosa gentil.—It. Wolf, *Rosa de Romances*.)

¹ Esta infanta Sevilla de Toledo es diferente de la hija del rey moro de Sansueña ó Zaragoza, de quien se enamoró Valdivinos siendo cautivo.

El romance es viejo y parece compuesto en el siglo xv.

6.º

CUESTION DE AMOR RESUELTA POR EL REY BUCAR.

(Anónimo ¹.)

Entre muchos moros sabios,
Que hubo en Andalucía,
Reinara un moro viejo
Que rey Bucar se decía.
Siendo ya de muchos años
Que amancebado vivía,
Por ruegos de su mancha,
Que amaba mucho y quería,
Llamó á Cortes á sus gentes
Para un señalado día,
Porque en ellas se tratase
Lo que á sus reinos cumpla.
De muchas leyes que pone
Esta de nuevo añadía:
«Que todo hombre enamorado
Se casase con su amiga,
Y quien no la obedeciese
La vida le costaría.»
A todos parece bien,
A muchos les convenia;
Sino á un sobrino del Rey,
El cual ante d'él venia;
Con palabras muy quejosas
D'esta manera decía:
—La ley que tu Alteza puso,
Cierto que me desplacia;
Todos se alegran con ella,
Yo solo me entristecía,
Que mal puedo yo casarme,
Siendo casada la mía:
Casada, y tan mal casada,
Que gran lástima ponía.
Una cosa os digo, Rey,
Que á nadie no lo diría,
Que si yo mucho la quiero,
Ella muy mas me quería.—
Allí hablara el rey Bucar,
Esta respuesta le hacia.
—Siendo casada, cual dices,
La ley no te comprendía.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*.—It. Wolf, *Rosa de Romances*.)

¹ El Bucar de que habla este romance es diverso del que combatió al Cid en Valencia. Es una de las cuestiones de origen provenzal, tan de moda entre nosotros en el siglo xv.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS, QUE FORMAN SERIES DE NOVELAS¹.

ROMANCES DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

7.º

MORIANA Y GALVAN. — I.

(Anónimo².)

Moriana en un castillo
 Juega con el moro Galvane;
 Juegan los dos á las tablas
 Por mayor placer tomare.
 Cada vez qu'el moro pierde
 Bien perdía una cibdade;
 Cuando Moriana pierde
 La mano le da á besare.
 Del placer qu'el moro toma
 Adormecido se cae.
 Por aquellos altos montes
 Caballero vió asomare:
 Llorando viene y gimiendo,
 Las uñas corriendo sangre
 De amores de Moriana
 Hija del rey Moriane.
 Captiváronla los moros
 La mañana de Sant Juane,
 Cogiendo rosas y flores
 En la huerta de su padre.
 Alzó los ojos Moriana,
 Conociérale en mirarle:
 Lágrimas de los sus ojos
 En la faz del moro dane.
 Con pavor recuerda el moro
 Y empezara de hablare:
 — ¿Qu'es esto, la mi señora?
 ¿Quién vos ha fecho pesare?
 Si os enojaron mis moros
 Luego los faré matare,
 O si las vuestas doncellas,
 Farélas bien castigare;
 Y si pesar los cristianos,
 Yo los iré conquistare.
 Mis arreos son las armas³,
 Mi descanso el peleare,
 Mi cama, las duras peñas,
 Mi dormir, siempre velare.
 — Non me enojaron los moros,
 Ni los mandedes matare,
 Ni ménos las mis doncellas
 Por mi reciban pesare;
 Ni tampoco á los cristianos
 Vos cumple de conquistare;
 Pero d'este sentimiento
 Quiero vos decir verdade:
 Que por los montes aquellos
 Caballero vi asomare,
 El cual pienso qu'es mi esposo,
 Mi querido, mi amor grande. —
 Alzó la su mano el moro,
 Un bofetón la fué á dare:
 Teniendo los dientes blancos
 De sangre vuelto los hae,
 Y mandó que sus porteros
 La lleven á degollare,
 Allí do viera á su esposo,
 En aquel mismo lugare.
 Al tiempo de la su muerte
 Estas voces fué á hablare.
 — Yo muero como cristiana,
 Y tambien sin confesare
 Mis amores verdaderos
 De mi esposo naturale.

(Códice del siglo xvi.)

¹ En esta seccion deben tener presente los lectores, que

no siempre forman los romances historias seguidas, pues tal vez un poeta las empezaba y otros las seguían, prescindiendo de lo que estaba escrito. Ademas cualquiera caballero para cantar sus amores adoptaba un nombre moro, y á su dama le imponía otro, casi siempre tomado de los mas célebres romances. Por eso hay tantos homónimos, que, unidos entre sí forman infinitas aberraciones, y que no pueden enlazarse bien con los anteriores ó posteriores. Así lo advertiremos cuando llegue su caso.

² El carácter de este romance indica su antigüedad y su origen muy anterior al descubrimiento de la imprenta, á la cual debió preceder como tradicional, primitivo é independiente del estilo y forma de las crónicas. Casi pudiera asegurarse que es uno de los pocos que, á lo ménos en su redacción primitiva, es anterior al siglo xv. Así el comp los tres siguientes forman un interesante cuadro de costumbres y expresión de sentimientos. — Se halla inserto en el Cancionero *Flor de Enamorados*, y en la *Silva de Romances*, con los dos siguientes que están en la *Rosa de amores* de Timonedá: se han trasladado de un códice donde se hallan mas completos y ménos alterados que en los impresos. Todos ellos corresponden á la clase de los que se llaman viejos. Así este como los demas de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y particular que los distingue, con algunos otros de esta seccion, de los demas romances moriscos.

³ Este verso y los tres siguientes son el principio de un romance contrahecho, que empieza tambien diciendo: *Mis arreos son las Armas*, el cual cita Cervantes en el *Quijote*.

8.º

MORIANA Y GALVAN. — II.

(Anónimo⁴.)

— ¡Arriba, canes, arriba!
 ¿Que mala rabia os mate!
 En juéves matais el puerco
 Y en viérnes comeis la carne.
 Ya hace hoy los siete años
 Que ando por aqueste valle,
 Pues traigo los piés descalzós
 Las uñas corriendo sangre,
 Pues como las carnes crudas,
 Y bebo la roja sangre.
 Busco triste á Moriana
 La hija del Emperante,
 Pues me la han tomado moros
 Mañanica de Sant Juane,
 Cogiendo rosas y flores
 En un verjel de su padre. —
 Oídolo ha Moriana,
 Que en brazos del moro estae;
 Las lágrimas de sus ojos
 Al moro dan en la fase.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Este romance viejo llama, en el Cancionero, Julianesa á la heroína de él; pero como es el mismo asunto novelesco del de los de Moriana, hemos aceptado este nombre para colocarle aquí. Su estilo, maneras y lenguaje indican ser de la misma época, y acaso anterior al del número 7.º que le precede.

9.º

MORIANA Y GALVAN. — III.

(Anónimo⁴.)

Rodillada está Moriana,
 Que la quieren degollare,
 De sus ojos envenados
 Non cesando de llorare;
 Atada de piés y manos,
 Que era lástima mirare;
 Los cabellos de oro puro
 Que al suelo quieren llegare,
 Y los pechos descubiertos,
 Mas blancos que non cristale.

De ver el verdugo moro
En ella tanta beldade,
De su amor estando preso
Sin poderlo mas celare,
Hablóle en algarabía
Como á aquella que la sabe :
—Perdonédesme, Moriana,
Querádesme perdonare,
Que mandado soy, Señora,
Por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viese mi alma
Como vos poder librare!
Para librtar dos vidas
Que aquí las veo penare.—
Moriana dijo : — Moro,
Lo que te quiero rogare
Es que cumplas con tu oficio
Sin un punto mas tardare.—
Estando los dos en esto
El esposo fué á asomare⁴
Matando y firiendo moros,
Que nadie le osa esperar.
Caballero en su caballo
Junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
Y le ayuda á cabalgare :
Los tres van de compañía
Sin ningún contrario hallare;
En el castillo de Breña
Se fueron á aposentare.

(Códice del siglo xvi. — Cancionero, Flor de enamorados. — Silvea de varios Romances.)

⁴ En la Rosa de amores están intercalados los dos versos siguientes que faltan en el códice :
De la linda Moriana
Con seguridad mostrare.

10.

MORIANA Y GALVAN.—IV.

(Anónimo.)

Al pié de una verde haya
Estaba el moro Galvane;
Mira el castillo de Breña
Donde Moriana estae;
De riendas tiene el caballo,
Que non lo quiere soltare;
Tiene el almete quitado
Por poder mejor mirare;
Cuando con voz dolorosa
Entre llanto y suspirare,
Comenzó el moro quejando
D'esta manera á hablare :
—Moriana, Moriana,
Principio y fin de mi male⁴,
¿Cómo es posible, señora,
Non te duela mi penare,
Viendo que por tus amores
Muero sin me remediare?
De aquel buen tiempo pasado
Te debrias recordare
Cuando dentro en mi castillo
Conmigo solias folgare :
Cuando contigo jugaba,
Mi alma debrias mirare
Cuando ganaba perdiendo,
Porque era el perder ganare :
Cuando meresci ganando
Tus bellas manos besare,
Y mas cuando en tu regazo
Me solia reclinare,
Y cuando con ti hablando
Durmiendo solia quedare.
Si esto non fué amor, Señora,
¿Cómo se podrá llamare?
Y si lo fué, Moriana,
¿Cómo se puede olvidare?—

A lo alto de una torre
Moriana fué á asomare,
Y al enamorado moro
Aquesto fué á declarare.
—Fuye de aquí, perro moro
El que me quiso matare,
El que me robó doncella,
Y dueña me hubo forzare :
Las caricias que te fice
Fuéron por de ti burlare
Y atender mi noble esposo
Que viniese á libertare.—
Salió de Breña el cristiano
Y arremete al buen Galvane:
Pasádole ha con la lanza
Y el alma del cuerpo sale.

(TIMONEDA, Rosa de amores. — Wolf, Rosa de Romances.)

⁴ Los cuatro versos que siguen recuerdan la cancion que dice :

¿Dónde estás, Señora mía,
Que no te duele mi mal?
O tú lo ignoras, Señora,
O eres falsa y desleal.

Los cuatro siguientes son el original ó la imitacion de los que en el romance del Cid, que empieza *Afuera, afuera, Rodrigo*, dicen :

Acordarte se debía
De aquel buen tiempo pasado, etc.

Conviénenle las mismas observaciones que á los números 7.º y 8.º; pero ó es mas moderno, ó ha sido posteriormente modernizado.

11.

MORIANA Y GALVAN.—V.

Glosa del romance que dice : Moriana en un castillo.

(Anónimo.)

Con su riqueza y tesoro
Galvan sirve á Moriana;
Ella se deshace en lloro
Por ver que siendo cristiana
Está cautiva de un moro;
Y su doloroso afán,
Que sus tristezas le dan,
Pasa sin osar decillo:
«Moriana en un castillo
»Con ese moro Galvan».
Robóla el moro atrevido
De la huerta de su padre,
Sin ser de nadie impedido,
De los ojos de su madre,
Y poder de su marido.
En su castillo y lugar
La quiere tanto adorar,
Que en un jardín recostados
«Jugando están á los dados
»Por mayor placer tomar».
Y tanta pena sentia,
Que por victoriosa palma
Tiene cuanto allí perdía :
Ella aunque triste en el alma
Muestra en el rostro alegría!
Y solo en ver su beldad
Está tan sin libertad,
Que echado en la yerba verde,
«Cada vez que el moro pierde,
»Pierde una villa ó ciudad».

(Romancero general.)

⁴ Debiera colocarse esta glosa del romance núm. 7.º en el Cancionero, pero como forma parte de la historia de Moriana y de Galvan, y la aclara algo, la hemos puesto entre los romances. Pertenece á los fines del siglo xvi.

ROMANCES DE ABENAMAR.

12.

ABENAMAR. — I.

(Anónimo¹.)

Por arrimo su aborno,
Y por alfombra su adarga,
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza;
Colgado el freno al arzon,
Y con las riendas trabadas
Su yegua entre dos linderos
Porque no se pierda y pazca;
Mirando un florido almendro
Con la flor mustia y quemada
Por la inclemencia del cierzo
A todas flores contraria,
En la vega de Toledo
Estaba el fuerte Abenamar,
Frontero de los Palacios
De la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
Al aire extienden sus alas,
Desde lejos le parecen
Almazares de su dama.
Con esta imaginacion,
Que fácilmente le engaña,
Se recrea el moro ausente,
Haciendo de ella esperanzas:
—Galiana, amada mia,
¿Quién te puso tantas guardas?
¿Quién ha hecho mentirosa
Mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
Hoy me ves, y no me hablas:
Al paso de estas desdichas
¿Qué será de mi mañana?
¡Dichoso aquel moro libre
Que en mullida ó dura cama,
Sin desdenes, ni favores,
Puede dormir hasta el alba!
¡Ay, almendro! ¿cómo muestras
Que la dicha anticipada
No nació cuando debiera,
Y así debe, y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
De lo que en mi dicha pasa,
Yo prometo de traerle
Por divisa de mi adarga;
Que abrasado y florecido
Aquí como mi esperanza,
Bien te cuadrará esta letra:
«Del tiempo ha sido la falta.»
Dijo; y enfrenando el moro
Su yegua, mas no sus ansias,
Por la ribera del Tajo
Se fué camino de Ocaña.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

¹ Este y casi todos los de esta seccion pertenecen al último tercio del siglo xvi, es decir, á aquella época en que los cantos populares cesaron, y los poetas de profesion se apoderaron de ellos para devolvérseles al pueblo mas perfectos é ideales, pero no tan gráficos ni característicos como fueron los primitivos y los de los juglares. Hay entre unos y otros una diferencia muy semejante á la que existe entre el retrato de un pintor maestro, y el que sale de un daguerrotipo.

13.

ABENAMAR. — II.

(Anónimo.)

En el mas soberbio monte,
Que en los cristales del Tajo
Se mira como en espejo
Solo de verse tan alto,

El desterrado Abenamar
Está suspenso, mirando
El camino de Madrid,
Descubierto por el campo,
Y con los ojos midiendo
La distancia de los pasos.
Quejarse quiere, y no puede;
Y al fin se queja llorando:
«¡Oh, terribles agravios!
»Sácame el alma, y ciérrame los labios.»
¡Oh camino venturoso,
Que á los muros derribados
De mi patria ingrata llegas,
Honrada con mis trabajos!
¿Por qué me dejas á mi,
Tú que vas llevando á tantos,
En los montes de Toledo,
Prision de mis verdes años?
De que seas tan comun
Siempre te estoy murmurando;
Porque, como te adore,
De que te pisen me espanto.
«¡Oh terribles, etc.»
El alcaide de Reduan,
Mas envidioso que hidalgo,
Me ha puesto en esta frontera
Por terrorero de cristianos.
Atalaya soy aquí
Del maestro de Santiago:
Pero mas lo soy de aquella
Maestra de mis engaños;
Y porque dello me quejo,
Que solo en esto descanso,
Amenaza mi cabeza,
Y así mis agravios callo.
«¡Oh terribles... etc.»
Sí callo, me llaman mudo,
Y maldiciente si hablo;
Y lo que de griegos digo,
Lo entienden por los troyanos.
Mordaza me pone el vulgo,
Intérprete de mis daños,
Si ven, que el alma ofendida
Tiene la lengua por manos:
Todos miran lo que digo,
Mas no miran lo que paso:
¡Maldiga Dios el juez
Que no consiente descargos!
«¡Oh terribles agravios!
»Sácame el alma, etc.»

(Romancero general.)

14.

ABENAMAR. — III.

(Anónimo.)

Su remedio en el ausencia,
Y sin remedio aunque parta,
Falto de todo consuelo,
Que todo el mundo le falta,
Sale á cumplir su destierro
El desdichado Abenamar,
Que por bien amar padece,
Y ajenas culpas lo causan.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra, no la quiere,
Pues al mejor tiempo faltan.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca:
Que no las quiere llevar,
Por ser colores de Zaida,
Colores que adoró el moro,
Porque á su dueño adoraba,
Y desea aborrecellas,
Porque otro moro las ama.
De su ventura heredero,
De su dama y de su patria,

A quien en vano se queja,
Y á los suyos desagrada;
Porque un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
A gozar tan libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su mora, bella ingrata,
Siendo en el talle disforme,
Y sin provecho en las armas;
Porque el rey le favorece,
O porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque lo quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un rato
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos presentes,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su gloria,
Y en las del tiempo sus ansias,
Sus riquezas poseídas
De quien las tiene usurpadas,
Tan mal pagada su fe,
Pues que su fe no se paga,
Para memoria de todo
Aquestas divisas manda,
Que si es posible, le pinten
En el campo de la adarga,
Pues una sola no puede
Manifestar su desgracia,
Y que tantas desventuras
Requieren divisas tantas:
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas
Y el carbon hecho cenizas,
Como están sus esperanzas:
Una deseada muerte,
Que volviendo las espaldas,
Parezca que va huyendo
De quien á voces la llama:
Un rico avariento, luego,
Que una joya encierra y guarda
Que teme que se la roben,
Porque no puede gozalla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza;
Y un invierno que comienza,
Con un verano que acaba.—
Esto dijo el fuerte moro,
Y convertidas en saña
Sus lágrimas y sus quejas,
A la pintura no aguarda.
De ninguno se despidе,
Y de la vida se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

15.

ABENÁMAR. — IV.

(Anónimo¹.)

De su fortuna agraviado,
Y sujeto á quien le agravia;
De todo el mundo quejoso,
Porque lo está de su dama,
De su patria se querella
El desdichado Abenámар,
Y dice que le persigue,
Y á los extraños ampara;
Y que un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
Para gozar libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su bella mora ingrata,

Siendo en el talle disforme
Y sin provecho en las armas,
Porque el rey le favorece,
Y porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque le quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un poco
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos perdidos,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su bien,
Y en la del tiempo sus ansias;
Sus riquezas poseídas
De quien las tiene usurpadas;
Tan mal pagada su fe,
Porque de fe no se paga,
A un paje manda que luego
Un pintor allí le traiga,
Que estas divisas le pinte
En el campo del adarga,
Porque una sola no puede
Manifestar su desgracia;
Porque tantas desventuras
Requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas,
Y el carbon hecho ceniza
Como lo está su esperanza:
Un rico avariento luego,
Que una joya encierra y guarda,
Que teme que se la roben,
Porque él no puede gozarla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza:
Un invierno que comienza,
Con un verano que acaba;
Un jardin verde y hermoso
Que se marchita y estraga,
Gozado y pisado á solas
De unas groseras abarcas.—
Esto dijo el fuerte moro;
Y convertidas en saña
Las lágrimas y suspiros
A la pintura no aguarda.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alzana,
Por ser hembra no la quiere,
Pues al mejor tiempo falta.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca,
Que no las quiere llevar
Por ser colores de Zaida.
De mujer no se despidе,
Y de la ciudad se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

¹ Este romance es una repetición del anterior, pero está mas bien ordenado y correcto.

16.

ABENÁMAR. — V.

(Anónimo.)

Entre leonados rubios,
Entre verdes esmeraldas,
Sobre las muertas cenizas
De plumas que fueron pardas,
Sacó dos manos asidas
En el bonete Abenámар,
Blasonando la unidad
Del secreto y su esperanza,
Lo azul, que descubre el cielo
Entre seis estrellas claras.
El valiente cuello ciñen
Las rojas venas de Arabia,

Y á matices finos cubren
Del brazo la corta manga,
Y abona de la memoria
Los asaltos y emboscadas;
Porque lo asaltó en las paces
Amor con recias escalas.
Ya pisa el moro galán
Las alfombras del Alhambra,
Donde su primo Celin
Se casó con Celindaja;
A quien con voz algo triste
De rodillas en sus faldas,
A vueltas del parabien
Dijo quedo estas palabras:
—; Oh prima del alma mía!
Por tu vida que bien asgas
La ocasión de los cabellos,
Y de fortuna las alas:
Enlaza este pecho tuyo
Con la mitad de tu alma:
Mil años con él te goces,
Y en él tus centellas ardan,
Que en las sombras de tu gloria
Yo mis tormentos trocaré:
Idolo fuera del tiempo
Con seguro de mudanza;
Y si cual te ves, me viera,
A los cielos de tu fama
Rindiera amor tus paredes,
Sujeto á ofrecermé pagas:
Cualquiera mármol cubriera,
Todos los broncees pintara,
Codicioso de tesoros
Al gusto que me sobrara.—
El moro dijera mas;
Pero la fortuna avara
Ordenó que Azarque fuese
A danzar con Celindaja.

(Romancero general.)

17.

ABENÁMAR. — VI.

(Anónimo.)

Fuerte, galán y brioso,
Que á toda Granada espanta,
Rico de insignias de amor
Sale el valiente Abenámár.
Del colorado bonete
Lleva la vuelta bordada,
Con una cifra que dice:
«De amor es mi alegre causa».
Aprieta bonete y frente
Una verde sinabafa,
Y entre dos moradas plumas
Lleva sujeta una blanca.
En medio roseta y toca,
Una esmerada medalla,
Con una cifra que dice:
«Entre dos hay sola un alma».
Capellar y tunicela
Lleva de color morada,
Y á trechos cifras que dicen:
«Eres sol de mi esperanza».
Lleva en el siniestro lado
Una fuerte cimitarra,
En un caballo tordillo
Todo cubierto de manchas;
El brazo derecho lleva
Con una leonada manga,
Y banderilla turquesca
En el cabo de la lanza;
Y paseando poco á poco
Llegó al campo de Daraja,
Mas vió que estaba cerrado
Por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
Adonde un poco se tarda,

Que fué para el galán moro
Celos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
Porque oyese sus pisadas,
Y en ello viese la mora
Que con afición le aguarda.
Échó de ver su desdicha
En la celosa tardanza,
Y el corazón animoso
Tiernas lágrimas derrama.
Dice: — Salíó verdadera
La sospecha de mi alma,
Adonde es bien conocido
Tu poca ley, y fe falsa.
Déjame por un genízaro
Que fué de nación cristiana,
Afrentado por Gómel
En las zambras del Alhambra.
¿Adónde está tu afición
Y aquel amor que mostrabas?
¿Las lágrimas que vertías
Con amorosas palabras?
¿Oh mas mudable que el viento
Mas débil que frágil caña,
Mas ingrata á mis servicios
Que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
Ni de lijera mudanza,
Porque al fin eres mujer,
Y solo el nombre te basta.—
Dió vuelta el gallardo moro,
Toda la color mudada,
Dando al vulgo que decir,
Con su alegría vuelta en rabia.

(Romancero general.)

18.

ABENÁMAR. — VII.

(Anónimo.)

—Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Bónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
Aquella recién casada.
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias:
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
¿Cierta seña que me agravia!
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Después que á Granada vine,
¿Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádame mis caricias,
Y estar conmigo le enfada:
¿No es mucho que yo le cause,
Si en otra parte descansa!
Si está en el jardín conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas niegame las palabras.
Si le digo ¿vida mía!
Me responde: mis entrañas;
Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga!
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma

De pensamientos traidores,
Enseñame las espaldas.
Si me enlace de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas encienden
Y mis contentos abrasan.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada!
Pues decir que le he ofendido!
En infiernos de amor arda,
Si después que le conozco
Me he asomado á la ventana!
Si he tomado mano ajena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcoran se guarda.
Mas ¿para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
Aquella mujer mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
Que son traidores los hombres,
Como sus promesas falsas;
Muerto el fuego desaparecen
Como escritas en el agua.
Del prometer al cumplir,
¿Qué jornadas hay tan largas!
¿Qué ventas en el camino,
Tan yermas y tan cerradas!
¿Ay Dios, que me acuerdo cuando!...
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga.—
Dijo llorando Adalifa,
Celosa de su Abenámbar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

(Romancero general.)

⁴ Con cuánta naturalidad, delicadeza y gracia se pintan en este romance, uno de los muy buenos de su clase, los sentimientos celosos de una dama tiernamente enamorada! Es uno de los mejores en su clase, y pertenece al fin del siglo xvi.

19.

ABENÁMAR.—VIII.

(Anónimo⁴.)

Tan celosa está Adalifa
De su querido Abenámbar,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamás le pierde de vista
En las fiestas y en las zambras
Y si acaso por su rey
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña,
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejara un momento,
Mas siempre le acompañara,
Porque en apartarse de él
En vivo fuego se abrasa,

Y aun de sus palabras tiene
Celos, cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,
Y haciendo mil pruebas varias,
Porque al fin los celos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza;
Y como quien quiere bien
Jamás se asegura en nada,
Son los celos amorosos
Efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámbar,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma:
—Valeroso capitán,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ansias:
No te espantes que mis ojos
Ante ti derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazón
Con el fuego que le abrasa,
Cuyo valor excesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazón se descarga;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,
Celos y sospechas, lloro,
Porque el corazón descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas
No las mires, ni las veas,
Porque en hacello me agravias:
Que como eres tan galán,
Cuanto valiente en las armas,
Por galán te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámbar le responde:
—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas,
Si acaso no estás turbada,
Como Abenámbar te tiene
Fe inviolable, afición casta.
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano
Me mate á malas lanzadas;
Que jamás tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen
La libertad deseada;
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea
Cumplidas mi esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mía,

Se asegure tu esperanza :
Cesen tus celos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á ti en mi corazon,
Que Abenamar no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

(Romancero general.)

⁴ Si el anterior retrata primorosamente las inquietudes de una dama celosa, este no le cede en ello; pero además pinta con delicadeza y ternura el modo con que el galán pretende calmar las sospechas y aprehensiones de su amiga.

20.

ABENÁMAR. — IX.

(Anónimo¹.)

Ya no tocaba la vela
La campana del Alhambra,
Porque las torres Bermejas,
Bañaba de plata el alba,
Cuando sin haber dormido
Recuerda el fuerte Abenámar,
Con mas cuidado que sueño :
¿Qué mal duerme quien bien ama !
Y viendo que sale el sol
Y que no sale Derraja,
Con lágrimas de sus ojos
Aqueste canto acompaña.
—Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.
Paso llorando la noche,
Aguardando á la mañana,
Y es de condicion tu sol.
Que no saliendo me abraza.
Vanse las claras estrellas,
En mi desengaño claras,
Y aunque sol, no es para mí,
Que para mí todo es agua.
¿Qué importa que el sol hermoso
De las Indias venga y vaya
A traer á España el día,
Si me esconde su luz clara?
Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Auochece el alma.—

(Códice del siglo XVII.)

¹ Es una lindísima y sentida composicion.

21.

ABENÁMAR. — X.

(Anónimo.)

Albornoces y turbantes
No traen los moros de Gelves,
Marlotas ni capellares,
Almazales ni alquicelles;
Ni traban escaramuzas,
Ni alheñan los brazos fuertes,
Ni procuran por sus damas,
Si están presentes ó ausentes;
Ni de celosas porfias,
Ni de amorosas mercedes :
Todos de negro vestidos
Con vestidos portugueses,
Por la muerte de Abenámar,
Que de muchos es pariente.
Viendo que traga la tierra

A quien tragaba la gente,
Y que la muerte y amor
Jamás respetó valiente,
En casa del moro muerto
Mil vivos están presentes.
Unos publican la causa
De sus deseos ardientes;
Otros que murió de celos,
De desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
En años mozos y verdes,
Lloran sus amigos del,
Y otros del hay maldicientes,
Que hallaron al moro escrito,
Revolviendo sus papeles :
«Es mi voluntad, amigos,
Que si en Gelves yo muriese,
Que me entierren en mi tierra,
Porque mas no me destierre :
Que en presencia son los males
Como en ausencia los bienes.»

(Romancero general.)

ROMANCES DE AZARQUE EL GRANADINO¹.

22.

AZARQUE EL GRANADINO. — I.

(Anónimo.)

Ensíllenme el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Dénme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple :
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinets,
Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista déñme.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celin Amete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles;
Un Adónis que va á caza
De jabalies monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra : Muere.
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese,
A aquel discreto animoso,
A aquel galán y valiente
Almoralfé el de Baza,
De Zulema descendiente.
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
Y suspirando mil veces
Del bello Adónis miraba
La gentileza y la suerte :
—Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses :
Viviré para gozarte;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada;
Tu firmeza no sea breve :
Procura, aunque eres mujer,
Ser de todas diferente.
No te parezcas á Vénus,
Aunque en beldad te pareces,
En olvidar á su amante
Y en no respetarle ausente.

Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desuele:
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse,
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos,
Que muchas lágrimas vierten,
¡Y fe á que lágrimas tuyas
Pocas moras las merecen! —
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen;
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.^a parte. — It. PEREZ DE HITA, His-
toria de los bandos de los Cegries, etc.)

* Este Azarque es el que en las guerras de Granada llama-
man Malique Alavez, y Adalifa, la que llaman Cohaida: ambos
distintos del Azarque y Lindaraja de Toledo del Romancero
general. El romance es de los mas célebres y populares de su
clase, y ha sido objeto de una parodia que empieza: *En-
sillénme el asno rucio*, etc. Por su brio y brillantez es muy
simpativo con el carácter español, y en especial con el de los
andaluces.

25.

AZARQUE EL GRANADINO. — II.

(Anónimo¹.)

— Recoge la rienda un poco;
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas:
Que, sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú desleal olvidas,
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frías!
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á ti; qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temías:
Que amor y tiempo, en mil años,
No están iguales un día.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuera rica,
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de ti no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
Si yo saberlo quierá,
Cuando escuché tus razones
Y vi tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme:
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas

Será mejor que te sirvan.
Ya te causas de escucharme,
Bien será que te despidas
De mi alma y de mis ojos,
Como de mis celosías. —
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olias,
Y cerrando su balcon,
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
Y hácia el terrero le guía,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

(Romancero general.)

* Por iguales razones que el anterior es atendible este
romance.

24.

AZARQUE EL GRANADINO. — III.

(Anónimo.)

En un balcon de su casa
Estaba Azarque de pechos
Con el humilde Cegri,
A quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
Estaba Azarque leyendo,
Que al pobre Cegri causaba
Pena triste, y llanto eterno;
Cuando hácia la puerta Elyra
La larga vista tendiendo,
Vió cómo en el mar de España
Sus rayos lanzaba Febo;
Y bajándola algo mas
A contemplar, cómo el suelo
Su bella color trocaba,
Mudando lo verde en negro,
Vió que entraba por la puerta
Nueva luz, y otro sol nuevo,
Cuyos rayos excedían
A los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
Y quitando el negro velo,
Anunció con su verdura
Un no esperado contento.
Dijo Azarque: — Aunque mi vista
Aquel sol hiere de lleno,
Es Celinda la discreta,
O me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
Pues causa con sus efectos
En las almas donde toca
Gloria inmensa, y gozo inmenso. —
Reconociéndola el moro
Quitó el bonete de presto,
Humillando la cabeza
Hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
Y bajando todo el cuerpo,
Cumplió al moro su esperanza,
¡Que no fué favor pequeño!
Y de muy alegre, triste,
Porque se acabó tan presto,
Daba callando mil voces:
Que el gozo hace mil extremos.
Siguiéndola con la vista
La dice: — ¡Mucho te debo,
Pues sin haberte servido
Das tal pago á mis respetos!
Aqueste favor, Señora,
Aunque yo no lo merezco,
Le pondré con los demas,
Cuyo número es incierto,
Y bastará su memoria
A desterrar mis tormentos,
Y entre glorias y pesares
Será bastante el tercero. —

Celinda en esto pasó,
Y Azarque dejando el puesto,
Ufano con tal merced
Se retiró á su aposento.

(Romancero general.)

25.

AZARQUE EL GRANADINO. — IV.

(Anónimo.)

Arrancando los cabellos,
Maltratándose la cara,
Está la bella Adalifa,
Porque su Azarque se embarca,
Echando tierra en los ojos,
Mordiéndose las manos blancas,
Maldiciendo del contrario
Por quien se hace la jornada.
— ¡Ay capitán de mi gloria!
¡General de mis entrañas!
¡Patron de mis pensamientos!
¡Competidor de mis ansias!
¡Lustre de mi rostro alegre!
¡Alegría de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Espejo en que me miraba?
¡Ay Azarque, mi Señor!
Mi Señor, pues ¿qué me mandas?
¿Mándame que esté esperando?
¿Larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
Y acá otra guerra te aguarda:
Piénsasme dejar en salvo
Y estoy metida en campaña.
¡Ay! si mi ausencia te aqueja,
Y mi favor te acompaña,
Tu solo serás bastante
Para vencer la batalla.
Mi fe te encomiendo, Azarque;
Alá vaya en tu compañía,
Porque vuelvas con victoria,
Pues con victoria te embarcas.
¡Bien dirás, Azarque mío,
Que mujeres son livianas!
Mas hay muchas diferentes
Como soldados en armas.
Nadie me verá sin ti
En baile, sarao ó zambra;
Ni me verán en conciertos,
Sino metida en mi estancia.
Ya no me verán las moras
Vestir almazar, ni galas,
Porque poco le aprovecha
Vestirse un cuerpo sin alma.—
Con esto llegó Celinda
Prima hermana de Bahata,
Y dió fin á sus razones,
Pero no le dió á sus ansias.

(Romancero general.)

26.

AZARQUE EL GRANADINO. — V.

(Anónimo.)

— Bien te acuerdas, fácil mora,
Que me llamaste tu amado,
Y que lloraste á mis ojos,
Aunque de Circe fué el llanto.
Bien sabes que me pediste
Celos, torciendo los brazos,
De tu madre, porque tiene
Grave rostro y blancas manos.
Bien sabes que en mi partida
Tus cabellos se juntaron
Con mis colores, creyendo
Que del amor fueran lazos,
Y que sin perlas el cuello,

Y con almaiiales pardos
Estarías hasta verme,
Y que te creí de falso.
Tú te trocaste, Adalifa,
Y yo también me he trocado:
Si dura estás á mis quejas,
A las tuyas no estoy blando.
Tus cabellos no los quise,
Y por este desengaño
Conocerás que cabellos
No pueden atar soldados;
Y que vistas pardo ó verde,
De burriel, ó de damasco,
No me importa, porque privo
Con quien arrastra tres altos.
Quiéreme alzar esta dama,
En cuyos amores ardo,
Con favores, y sin quejas,
Alegres y asegurados:
Mora que en las reales zambras
Tiene el cojin mas cercano
A la reina, por hermosa,
Y por dama de palacio.
Pasean competidores,
Y yo de todos triunfando
Gozo lo que merecian,
Siquiera por desvelados.
No hay día sin nuevo gusto
Ni favor nuevo; ya he dado
En que no me traigan mas
Para acabar de estrenarlos,
Y porque vivas empresas
Que de mi ventura saco
No me cumple que se mezclen
Con los que se dan acaso.
¡Oh, si vieses, Adalifa,
La fineza de este trato!
¡Qué corrida que estarías
Del tuyo fingido y vario!
¡Oh, si vieses el amor
Conmigo agora tan franco!
¡Qué de envidia me tendrías
Viendo que contigo acabo!
Al fin, como acá es el mundo
Tan liberal y tan ancho,
De tus mudanzas me olvido,
Y de tu olvido me pago.
Doite cuenta de mis bienes,
Porque te ofenda el pensallo,
Y porque entiendas que en mi
Tus memorias espiraron.
Y porque Aliaja me pide
Cuenta del tiempo que gasto,
Y de ti no hago cuenta;
Ya no mas, porque me tardo.—

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

¹ En el romance siguiente se da á esta mora el nombre de Celindaja.

27.

AZARQUE EL GRANADINO. — VI.

(Anónimo.)

— Desensillenme la yegua
Que del potro rucio es madre,
Y la adarga que es de Fez
Por fe de Alcoran se guarde;
Y la lanza con dos hierros
En mi sangre se acicale:
Que en mi sangre, que no en otra,
Pequeños yerros son grandes.
La jacerina y el casco
Me quiten y me desarmen:
Que lo que es acero en guerras,
Se vuelve cera en las paces.
Martinetes y garzotas,
Pues son plumas, dénse al aire,
Que mejor vuelan en tierra,

Y no se mojen y estraguen;
Y la toca de Adalifa
De mi bonete se rasgue,
Pues fué tormento de toca.¹
Con que confieso mis males;
Y en la cuadrada medalla,
Para que mejor me cuadre,
De un Adónis que va á caza,
Pinten un Apolo y Dafne,
Que en el tronco de un laurel
Se convierte y se deshace;
Y diga la letra: «Quiera
Cada cual su semejante.»—
Cuando de la guerra vuelve.²
Esto dijo el moro Azarque,
De Zulema descendiente,
Y Almoradí de linaje;
El que supo hacer su hecho;
Pero agora se deshace,
Viendo que su ausencia hizo
Que por otro le desame
Su Adalifa, bella mora,
En quien tanto rigor cabe,
Que robó el retrato muerto,
Y en él puso un vil alarbe.
—¿No te acuerdas, di, traidora
De los imposibles graves
Que en un tiempo me pusiste?
¿Cómo agora estás tan fácil?
Si te acuerdas, no permitas
Que mi voluntad arrastre
Tan desigual afición
Siendo igual la mía y grave,
Y que pague ajenas deudas
Por ajenas libertades,
Con holgazanes deseos,
Con pensamientos de balde.
A Venus te pareciste,
Ser Diana me mostraste:
¿Quien creyera tus mentiras
Pues me enseñas con verdades
Dejar hidalgas promesas
Por villanas amistades?
Que no hay á tus males queja,
Ni á mis bienes con que pagues.
Mas si vive el moro en ti,
Cuando mas favor alcance,
Sea tan mudable y firme
Como tú firme y mudable;
Porque cotejo mi gloria
Cuando mas se satisface
Por las firmezas del cielo,
Con las mudanzas que hace.
Vengaréme presto del,
Y de ti podré vengarme,
Porque quedarás de suerte
Que los dados se relancen
Quien te dió el caudal que juegas
Para que con él jugares,
Que en esto paran los juegos
De los tahures amantes.

(Flor de nuevos y varios Romances, 3.ª parte.)

¹ Este romance es una especie de trova mudando el pensamiento del que dice: *Ensillenme el potro rucio*, etc. —

² Aquí hay una especie de juego de palabras entre la toca que servía de adorno á la cabeza, y la que se usaba para atornillar á los reos y obligarlos á declarar sus delitos ciertos ó presuntos.

³ Este verso y los once que le siguen deberían colocarse al fin del romance, y para terminarle, pues de otro modo no se concibe el sentido.

28.

AZARQUE EL GRANADINO. — VII.

(Anónimo.)

De Sevilla partió Azarque,
Dejando en ella su alma,

Que se la dejó en rehenes
A la hermosa Celindaja;
Porque la que lleva el moro
No es suya, sino prestada,
Que á la despedida triste
Se la quiso dar en guarda.
—Azar de los ojos míos,
Dice, pues vas de batalla
Armado de piezas dobles,
Como la razón lo manda,
Que te armes de sufrimiento
Te ruego, en esta jornada,
Y de firmeza en ausencia,
Que es causa de la mudanza.
Ya sé que por donde vas,
Moras verás mas bizarras,
De mayor donaire y brío,
De mas hermosura y gracia,
Donde podrás ocuparte,
Y olvidarme con maraña;
Mas ninguna te querrá
Del modo que esta tu esclava,
Pues que vivir yo sin tí,
Sin temor, recelos ni ansias,
Es cosa muy imposible
Para quien de veras ama.
Si en algun sarao te hallares
Donde acudan mis contrarias,
Deten, Azarque, los ojos,
No tiendas la vista larga,
Que ojos que de rondon miran
Ocasiones de amor hallan.
Y con esto Alá te guíe,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y el cuidado de ti tenga
Con que queda Celindaja.—

(Romancero general.)

ROMANCES DE GAZUL¹.

29.

GAZUL.—I.

(Anónimo.)

Desesperado camina
Ese moro de Villalba,
Maldiciendo su ventura,
Porque en tal tiempo le falta:
No porque le den cuidado
Los bandos que hay en Granada,
Entre los linajes nobles
De Abencerrajes y Audallas:
Ni tiene envidia á los moros
Que son del Rey la prianza,
Ni los cargos ni alcaldías,
Con las insignias honradas:
Solo estima el fuerte moro
Le deje la bella Zaida,
Guiada por las razones
De unas fingidas palabras.
Y considerando el moro
Su mucha hermosura y gracia,
Dice con suspiros tristes,
Sacados allá del alma:
—¿Quién causó tanto desvío?
¿Quién perturba mi esperanza?
¿Quién te mudó del intento
Firme, bella mora Zaida?
¿Quién hizo que mis trofeos
Del lauro y altiva palma
Dejasen de coronar
Esta frente desdichada,
Sino algunos falsos pechos
De intencion falsa y dañada,
Que hicieron tu condicion
Del león ó tigre hircana?
¿Oh lenguas de maldicion!

¡Calumniadoras de fama!
 ¡Salteadoras de las honras!
 ¡Almacenes de cizañas!
 ¡Alcázares de malicia!
 ¡Torres de desconfianza,
 Que no sabiendo lo cierto
 Sentencian con ley contraria!
 ¡Alá permita, crüeles,
 Se paguen vuestras marañas,
 En otra tal ocasion,
 O en cosa que tanto os vaya,
 Y que veais, inhumanos,
 Pechos falsos, lenguas falsas,
 Como os da el cielo castigo
 Por la merecida paga!
 ¡Oh cuán justos os mostrais
 En la apariencia y palabras!
 Y sois peores que lobos
 Entre las ovejas mansas.—
 Ardiendo se parte el moro
 En una amorosa llama,
 Despedido de gozar
 De la bella mora Zaida;
 Y al sagrado Tajo dice
 Mirando sus olas claras:
 —¡Ay río, si hablar supieras
 Para declarar mis ansias,
 A quien mirando te está
 La tarde, noche y mañana,
 En el fin de tu corriente,
 Y en la feliz Lusitania!—

(Romancero general.)

* Los romances sobre Gazul y sus amores, son de los mas célebres, y compiten y se enlazan con los de Zaida y Zaida. Segun el contexto de ellos, la historia fabulosa en que se fundan puede referirse al tiempo de los Reyes Católicos.

30.

GAZUL.—II.

(Anónimo.)

—Si tan bien arrojas lanzas
 Como las cañas arrojas,
 No pretendas por galan,
 Que á los Gazules deshonras.
 No las zambras ni las fiestas
 De las granadinas moras,
 Que el nombre de fuerte pierdes
 Cuando el de coharde cobras.
 Deja el vistoso albornoz,
 El almaizar y marlota,
 Y no te precies del oro,
 Que á tu linaje desdoras:
 Mira que las armas son
 De mas honra y ménos costa,
 Y que los que no son nobles
 Con ellas nobleza cobran.
 Mide, Albenzaide, tu gusto
 Con el estado que gozas,
 Que á veces de altos deseos
 Nacen esperanzas locas.
 Huye de tu pensamiento,
 Porque de plumas se adorna,
 Lijeras para subirte,
 Para sustentarte flojas.
 No te arrojes en el mar,
 Donde tantos vientos soplan,
 Ya de furioso desden,
 Ya de encubierta lisonja.
 La libertad que se pierde,
 Con gran trabajo se cobra
 Y mas la que va perdida
 Por una imposible cosa.—
 Esto decia Gazul,
 El que la fama pregona,
 Puesto en olvido por pobre
 De la bella Zaida mora.

(Romancero general.)

31.

GAZUL.—III.

(Anónimo.)

Cuando de los enemigos,
 En roja sangre bañado,
 Defiende nuestras riberas
 Mas que los otros gallardo;
 Cuando deja la marlota,
 Y desnuda los damascos,
 Vistiendo malla sangrienta
 De los despojos contrarios;
 Cuando de tu Abencerraje,
 Si tienes hidalgo trato,
 Cuanto es mayor el peligro
 Has de tener mas cuidado:
 ¡Entónces, ingrata mora,
 En olorosos brocados
 A mano ajena te rindes,
 Y das de mano á tu amo!
 Borraste el blason antiguo
 De los reyes tus pasados,
 Y pones menguantes lunas
 En tus chapiteles altos.
 Alá me venga de ti;
 Aunque para ser vengado
 Bastante venganza das,
 Y así la darás llorando,
 Cuando de esos largos días
 Vieres que quedan burlados
 Con sus concertados gustos
 Tus gustos desconcertados.
 ¡Qué contento será verte
 Cuando llegues á-abrazallo,
 Mezcladas tus trenzas rubias
 Entre su copete blanco!
 ¡Y cuando de la otra mora
 Las gracias te esté contapdo,
 Y sus hijos atropellen
 Tus alfombras y tu estrado!
 ¡Y cuando dejes las aguas
 De Genil fértil y claro,
 Y vayas á las riberas
 Del turbio y corriente Tajo,
 Donde no hay Abencerrajes,
 Ni aquel tropel de caballos,
 Que desde tus miradores
 Mirabas correr gallardos!
 Soledad te ha de causar,
 Ingrata, el tiempo pasado,
 Cuando en el presente mires
 Todas tus glorias en blanco,
 Y las divisas y amores,
 Los papeles regalados,
 Palabras y juramentos
 En tu daño conjurados.
 Todos han de ser verdugos
 De tus años malogrados,
 Cuando entregados los veas
 A tan bien logrados años.
 El tiempo es padre de celos,
 Y quien tiene tiempo largo,
 Detras de mil celosias
 Aun no estará asegurado.
 Serás celada en la corte,
 Serás celada en el campo,
 Serás celada en las fiestas,
 Y en las zambras y saraos.
 Celada serás en todo,
 Y con ser celada tanto,
 Nunca celada pondrás
 A tus disgustos cansados.
 Darás muy flaca disculpa
 Cuando digas, que forzados
 De tu padre, respondiste
 El sí, que lastima á tantos.
 Goza de lo que escogiste
 Con ese descargo falso,

Que donde amor se atraviesa,
No hay padres reverenciados.

(Romancero general.)

32.

GAZUL.—IV.

(Anónimo¹.)

Limpíame la jacerina;
Vé presto; no tardes, paje,
Que para el fuego que tengo
Por muy presto será tarde;
Y quitame del bonete
Las verdes plumas que Azarque
Me dió, cuando fui á su boda,
Pues se han vuelto plumas aire.
Pondrásme unas plumas negras,
Y una cifra que declare:
«Plomo son dentro en el alma,
Pues del alma el peso sale.»
Y á mi mariota amarilla
Le quitarás los diamantes,
Y harás que se los pongan
De un fino y negro azabache;
Porque llevando lo negro
Con lo amarillo, señale
Mi suerte desesperada,
Suerte que sin suerte sale;
Y unos llanos boreguies
No guarnecidos ni graves,
Que á quien le falta la tierra
Es muy justo que se allane.
Dame la lanza de guerra,
La de los dos hierros grandes,
Que de la sangre cristiana
Están templados con sangre:
Que quiero que en esta nuestra
Nuevamente se acicale,
Porque he de pasar si puedo
Un cuerpo de parte á parte.
Y ponme en el taheli
De diez el mejor alfanje,
Y la vaina también negra,
Porque á lo demás iguale;
Y el caballo que me dió
De presente, por su padre,
El cristiano de Jaen,
Que no quise otro rescate;
Y si no estuviere herrado
Harás luego aderezarle:
Que pues no acierto con gentes,
Acierte con animales;
Y mudarás las correas
Que tengo en los acicales;
Y sino dales con tinta,
No se vean los esmaltes. —
Aquesto dijo Gazul
Un martes triste en la tarde,
Tarde triste para él,
Y al fin despojos de Marte,
Pues en él le vino nueva,
Que el miércoles adelante
Se casa su bella mora
Con su enemigo Albenzaide,
Moro rico de nacion,
Aunque de torpe linaje;
¡Pero venció la riqueza
A tres años de amistades!
Todo aquesto puesto á punto
Lo tiene, y comienza á armarse,
Que pues amor le desarma,
No es mucho contra amor se arme.
La primer señal de Venus,
Mostrando su estrella sale,
Cuando sale de Sidonia,
Y para Jerez se parte.

(Romancero general.)

describir el traje de un moro armado de luto para demostrar sus penas amorosas. Es una repetición del mismo pensamiento expresado en varios otros romances, respecto al poder del interés contra el amor.

33.

GAZUL.—V.

(Anónimo¹.)

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone, —
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge,
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia airado;
De Jerez la vega corre
De donde entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que siendo en linaje noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase tiernamente
De un agravio tan inorme,
Y á sus palabras la vega
Con dulces ecos responde:
—¡Zaida, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte!
¿Cómo permites, cruel,
Después de tantos favores,
Que de prendas de mi alma
Ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abracés
A las cortezas de un robles,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruta y flores?
¿Dejas tu amado Gazul,
Dejas tres años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Que aun apenas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Pues las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Y que por celos suspires,
Y por ausencia le llores;
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojés;
Y en las fiestas y las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verlas permita
Que á la ventana te asomes;
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotes,
El almaizar que le labres
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne;
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue Alá que suceda
Cuando la mano le tomes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces.

¹ Aquí parece que el poeta por fin principal se propone

Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres —
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche;
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con sus hachas encendidas
Y con libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos alzóse,
Y arrojándole la lanza
De parte á parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
Desnudó el moro el estoque,
Y por mitad de la gente
Hacia Sidonia volvióse.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 1.^a parte.)

¹ Para colocar este romance entre los moriscos novelescos que se refieren al tiempo de las guerras de Granada, hay que pasar por un anacronismo, pues entonces ya Sevilla era de los cristianos, y no podía ser Albenzaide alcaide de ella ni de su alcázar. Sin embargo, esta composicion es tan bella que se halla en casi todas las antologías que se han publicado desde principios del siglo xvi.

34.

GAZUL.—VI.
(Anónimo¹.)

No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano,
Que llamaron rey de Arjel
Y de Zarza intitulado,
Salió por su Doralice
Contra el fuerte Mandricardo,
Como salió el buen Gazul
De Sidonia aderezado,
Para emprender un hecho
Tal, que nunca se ha intentado,
Y para esto se adorna
De jacarina y de jaco;
Y al lado puesto un estoque,
Que de Fez le fué enviado,
Muy fino, y de duros temple,
Que le forjara un cristiano,
Que allá estaba en Fez cautivo,
Porque del Rey era esclavo:
Mas le estimaba Gazul,
Que á Granada y su reinado.
Sobre las armas se pone
Un alquizel leonado;
Lanza no quiere llevar
Por ir mas disimulado.
Pátese para Jerez
Do tiene puesto el cuidado:
Tropella toda la vega
Corriendo con su caballo.
Vadeando pasa el río,
Que Guadalete es llamado,
El que da famoso nombre
Al puerto antiguo nombrado,
Cual dicen Santa Maria
Deste nuestro reino hispano;
Así como pasó el río
Mas aprieta su caballo
Para llegar á Jerez,
Ni muy tarde ni temprano;
Porque se casa su Zaida
Con un moro sevillano
Por ser rico y poderoso,
Y en Sevilla emparentado,
Y biznieto de un alcaide
Que fué en Sevilla nombrado
Del alcázar y la torre,
Moro valiente esforzado;

Pues de casarla con este,
A su Zaida habia tratado,
Mas aqueste casamiento
Caro al moro le ha costado
Porque el valiente Gazul
Como á Jerez ha llegado
A dos horas de la noche,
Que así lo tiene acordado,
Junto á la casa de Zaida
Se puso disimulado.
Pensando está qué hará
En un caso tan pesado:
Determina de entrar dentro,
Y matar al desposado.
Ya que en esto está resuelto,
Vido salir muy de espacio,
Mucha caterva de gente,
Con mil hachas alumbrando.
La Zaida venia en medio,
Con su esposo de la mano,
Que iban con los padrinos,
A desposarse á otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
Con ánimo alborotado,
Como si fuera un león
Se habia encolerizado.
Mas refrenando la ira,
Se acercó con su caballo,
Por acertar en su intento,
Y en nada salir errado.
Y aguarda llegue la gente
Adonde estaba parado;
Y como llegaron junto,
A su estoque puso mano;
Y en alta voz que le oyeron,
Desta manera ha hablado:
—No pienses gozar á Zaida,
Moro bajo y vil villano:
No me tengas por traidor,
Pues que te aviso y te hablo.
Pon mano á tu cimitarra,
Si presumes de esforzado.—
Estas palabras diciendo,
Un golpe le habia tirado
De una estocada cruel,
Que le pasó al otro cabo.
Muerto cayó el triste moro
De aquel golpe desastrado:
Todos dicen, muera, muera
Hombre que ha hecho tal daño.
El buen Gazul se defiende;
Nadie se llega á enojarlo:
Desta manera Gazul
Se escapó con su caballo.

(Romancero general.)

¹ Es una repetición del asunto del anterior, pero que desmerece mucho comparado con él.

35.

GAZUL.—VII.
(Anónimo¹.)

Cuando por prados amenos
Febo su ganado impone
De noche á pacer los henos,
«Sale la estrella de Vénus
»Al tiempo que el sol se pone.»
Y cuando con rayos de oro
Febo busca otro horizonte,
Sale Diana y su coro,
«Y con ella un fuerte moro
»Semejante á Rodamonte.»
Es el moro enamorado,
Aunque amor no le socorre;
Y como desesperado
«Sale de Sidonia airado,
»De Jerez la vega corre.»

Va de noche sin almete;
Y como su sol se esconde,
Con el camino arremete
»Por donde entra Guadalete
»Al mar de España, y por donde,
Toma el camino mas tuerto
Por no ser visto de hombre,
Y por donde va encubierto,
»Santa Maria del Puerto
»Recibe famoso nombre.
Su cierto mal adivina,
Y aunque de trato tan doble
La venganza determina,
»Desesperado camina,
»Siendo de linaje noble.»
Y como es metal la plata
Que ha vencido siempre al cobre,
Y el moro no se rescata,
»Le deja su dama ingrata
»Porque se suena que es pobre.»
Las leyes de amor traspasa;
Y porque no quiere tope
Hombre, que es pobre su casa,
»Aquesta noche se casa
»Con un moro feo y torpe.»
Y sin tenerle mancilla,
Quiere su pecho le borre;
Y al otro da mano y silla,
»Porque es alcaide en Sevilla,
»Del alcázar y la torre.»
Con el gran dolor que siente
Blasfema á veces su nombre;
Y como olvidado ausente,
»Se quejaba dulcemente
»De un agravio tan enorme.»
Como cólera le ciega
Y no sabe quien le esconde,
En llanto y voces se anega,
»Y á sus palabras la vega
»Con dulces ecos responde.»
Ingrata, que eres casada
Sin que mi lanza lo estorbe,
Y como el nombre le agrada,
»Zaida, dice, mas airada
»Que el mar que las naves sorbe.»
Como el agravio es notable,
Va cual otro Rodamonte
Diciendo: — ¡ah, mujer mutable,
»Mas dura é inexorable
»Que las entrañas de un roblo!»
»Déjame en tan gran fatiga
Con los primeros favores,
Cual pajarillo en la liga!
»¿Cómo es posible, enemiga,
»Después de tantos amores?»
Mil vidas dejaré en calma
Primero que atras me torne;
Pues me has negado la palma,
»Que de prendas de mi alma
»Ajena mano se adorne.»
Mira, cruel, lo que trazas,
Y si este pecho tan noble,
Y esta alma que es tuya enlazas
»¿Es posible que te abrazas
»Con las cortezas de un roblo?»
Pierdo el juicio, y me destruyo
De que á un tronco le des favores,
Que no se vió fruto suyo,
»Y dejas un árbol tuyo
»Desnudo de fruta y flores.»
Por un nieto de Acenul
Metido en cien mil dolores,
Vestido el alma de azul,
»Dejas tu amado Gazul,
»Dejas tres años de amores.»
Solo porque no so alcaide,
Ingrata, me desconoces,
No habiendo como yo nadie:
»Y das la mano á Albenzaide,

»Que aun apenas le conoces.»
Yo quiero cese mi pico;
Pues noblezas no conoces,
Que aunque es en dinero chico,
»Dejas un pobre muy rico,
»Y un rico muy pobre escoges.»
Yo haré que se quede en calma
El alma á que te dispones,
Y que no goces la palma;
»Pues las riquezas del alma
»A las del cuerpo antepones?»

(Romancero general.)

¹ Estas quintillas son una glosa del de *Sale la estrella de Venus*.

² Pospones debería decir.

36.

GAZUL.—VIII.

(Anónimo.)

La bella Zaida Cegri,
A quien hizo suerte avara
Esposa y viuda en un punto
Por una arrojada lanza,
Sobre el cuerpo de Albenzaide
Destila líquida plata,
Y convertida en cabellos
Esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
Por do el moro se desangra
Pone, y en Gazul los ojos,
Que está lidiando en la plaza.
—¡Oh cruel mas que celoso!
Le dice con voz turbada:
Ruego á Alá que de esta empresa
Presto recibas la paga,
Y que en medio del camino
Cuando á tu Sidonia vayas,
Encuentres, aunque sea solo
A Garci-Perez de Vargas,
Y que en viéndole te turbes,
Y con fuerza desmayada
No puedas regir la rienda
Ni cubrirla con la adarga.
Cautivo quedes ó muerto,
¡Valiente solo en la fama!
¡Guerrador entre libreas
No entre arneses y corazas!
Y si á Sidonia volvieres
A los ojos de tu amada,
Celos se vengan á hacer
Sospechas averiguadas.
Torna, deja los amores
De fe burladora y falsa,
Por cuya mudanza espero
Hacer honrosa mudanza.
¡Envaina, perro, el alfanje!
¡Vuelve, traidor, las espaldas,
Pues estás hecho á volver
La fe, y á nunca aguardarla!
Nunca tú tuviste amor,
Ni vienes de buena casta,
Que el amador bien nacido
Jamás procuró venganza.
Torno á decir, que permita
Alá, que tan mal te vaya
En guerra, en paz, en amor,
Que pierdas con la ganancia.
Tu dama la de Sanlúcar,
Cuando vuelvas sea casada,
Y en parte donde no pueda
Verte cuando á vella vayas;
Y si casada no fuere,
Verdad no te diga en nada;
Enfádenle tus servicios,
Y cánsenle tus palabras.—
El moro estando en questo
En la plaza se hace plaza,

Y deja que el viento lleve
Sus quejas y sus palabras.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

57.

GAZUL. — IX.

(Anónimo⁴.)

Por la plaza de Sanlúcar
Galan paseando viene
El animoso Gazul,
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas el Alcaide
Por las treguas de los reyes.
Adora una bella mora,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Cegries y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes;
Y al cabo de un hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir á un balcon
Haciendo los años breves;
Y arremetiendo al caballo
Por ver el sol que amanece,
Haciendo que se arrodille
Y el suelo en su nombre bese,
Con voz turbada la dice:
—No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Mas volverá mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarda, acompaña y esfuerce. —
Celosa estaba Celinda,
Que envidiosos, como suelen,
A Zaida la de Jerez
Dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al moro:
—¡Si en las cañas te sucede
Como mi pecho desea
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran
Y á los que mas aborreces!
Mas plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas
Porque mueras como mientes;
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceres,
Porque si quieres vengarte
Acabas y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Porque muerto en hombros salgas
Cuando á matar damas entres;
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen. —
El moro piensa que burla,
Que es propio del inocente,
Y alzándose en los estribos
Tomarle la mano quiere:
—Miente, le dice, Señora,

El moro que me revuelve,
A quien esa maldicion
Le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
Y de su amor se arrepiente,
Que su desden y tu amor
Han hecho mi fuego nieve.
¡Malditos sean tres años
Que la servi por mi suerte,
Pues me dejó por un moro
Mas rico de pobres bienes! —
Oyendo aquesto Celinda
Aqui la paciencia pierde,
Cerró la ventaua airada,
Y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entónces un paje
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
Toma, y furioso arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las fuertes paredes,
Y manda que sus caballos,
Jaeces y plumas truequen,
De verdes en leonadas,
Y parte furioso á Gelves.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

⁴ Romance lleno de brio, de amenidad, de rica y natural
poesia.

58.

GAZUL. — X.

(Anónimo.)

A media legua de Gelves
Hincó en el suelo la lanza,
Y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se para.
Pensando en las maldiciones
De su Celinda, y de Zaida,
Está diciendo: —¡Fortuna,
Siempre me fuiste contraria! —
Y entre suspiro y suspiro
Un ay con rabiosa saña
Arranca del fuerte pecho,
Sin otras razones varias.
—El ausencia de Celinda
No me atormenta ni causa,
Porque fuera sin razon
Maldiciéndome adamalla. —
Con esto, indignado y fiero
Enristró su fuerte lanza,
Y contra un nudoso roble
Hizo tres trozos el asta.
Quitó al caballo el jaez;
Y la empresa de su dama,
Como si fuese leon,
Con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda
Que le puso en la celada
Su enamorada Celinda,
Tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
Y cuanto su fuerza basta,
Despide rompiendo el aire
Porque burle su mudanza.
—¡Para qué quiero yo adornos,
Si llevo adornada el alma
De maldiciones injustas
Por premio de mi ganancia?
Mas me vale ir despojado,
Pues lo voy de la esperanza,
Y aunque no de los cuidados
Que me atormentan y cansan,
Yo tomaré en estos robles
De mi mal cruda venganza.

Mas ¿qué digo? ¿Estoy en mí?
No tienen sentido plantas.—
Quitó el freno á su caballo,
Y echóle por la ventana,
Diciendo: —Vé á tu albedrío,
Que así me dijo á mi Zaida.—
El caballo estando suelto
Al punto á correr arranca,
Y él prosigue su camino
A pie, sin yelmo ni lanza.

(Romancero general.)

39.

GAZUL. — XI.

(Anónimo.)

Cual bravo toro vencido
Que escarba la roja arena,
De su Celinda afrentado,
Gazul á Sanlúcar deja.
Desesperado va el moro
En una alazana yegua,
Con un jacz leonado,
De su congoja la muestra.
En naranjado y en negro
Lo blanco y lo verde trueca,
Y lo amoroso morado
En rabia cruel y negra.
Una marlota vestida
De blanco y azul á medias,
Y en la parte que era azul
Unas nubladas estrellas.
Listados van los volantes
De encarnado y seda negra,
El bonete azul oscuro,
Cielo de luto y tristeza:
Solamente el tahali
Del alfanje, verde lleva,
Porque él solo ha de vengarse
De quien revuelve su esfera;
Y de la triste color
Que queda en la seca arena,
El moro lleva la toca
Que el nervioso brazo aprieta;
Negros son los borceguiles,
Y negras las estriberas;
Negras las ligas y cabos
Y barcinas las espuelas:
No lleva lanza alheñada,
Que ya la volara en piezas
En la pared de su dama,
Cuando le cerró la puerta.
Lleva datilada adarga,
Y en ella una nueva seña,
Que es un cielo oscuro y triste,
Y en medio una luna llena:
Llena, pero ya eclipsada,
Y alrededor esta letra:
«Tan oscura como clara,
«Y tan cruel como bella»;
Y pues le quitó Celinda
Las alas con que alto vuela,
No quiere plumas el moro
En su gallarda cabeza.
Miércoles á medio día
Gazul por los Gelves entra;
Vase derecho á la plaza,
Y á jugar cañas comienza.
No le conocen las damas
Por la trocada librea,
Ni le conoce su Alcaide
Hasta que mas cerca llega.
Las adargas pasa el moro
Cual de blanda ó tierna cera,
Con los veloces bohordos
Que tira en la fértil vega.
No hay quien al moro resista,
La gente se hace afuera,

Que viene desesperado
Y por las obras lo muestra.
Alborótase la plaza,
Y solo Gazul se queda
Diciendo, al cielo mirando,
Con voz colérica y recia:
— ¡Ojalá las maldiciones
De Celinda se cumplieran,
Y en mi pecho atravesadas
Alheñadas lanzas viera!
Y que en lugar de llorarme
Las damas me maldijeran,
Y muerto afrentosamente,
En hombros de aquí saliera!
Y que nadie me ayudara,
Porque dar gusto pudiera
A aquella airada leona,
Que ver mi muerte desea!—
Aquesto diciendo el moro
La veloz yegua rodea,
Jurando de no volver
Donde Celinda lo vea.

(Romancero general.)

40.

GAZUL. — XII.

(Anónimo.)

En el tiempo que Celinda
Cerró airada la ventana,
Y la disculpa á los celos
Que el moro Gazul le daba,
Confusa y arrepentida
De haberse fingido airada:
Por verle y desagrarle
El corazón se le abraza;
Que en el villano de amor
Es muy cierta esta mudanza,
Y la danzan muchas veces
Los que de veras se aman.
Y como supo que el moro
Rompió furioso la lanza
Que llevaba para entrar
En Gelves á jugar cañas,
Y que la librea verde
Había trocado en leonada,
Sacó luego una marlota.
De tafetan rojo y plata,
Y un bizarro capellar
De tela de oro morada,
Llenos de costosas perlas
Los rapacejos y franjas,
Con un bonete cubierto
De zafiros y esmeraldas;
Que publican celos muertos,
Y vivas las esperanzas,
Con una nevada toca
Con plumas verdes y blancas,
Y con acerados hierros
Una lanza naranjada:
Que el color de la veleta
También publica bonanza.
Un listón de verde claro
Con que trajese la adarga,
Con una letra que dice:
«Guárdele bien quien bien ama»
Informándose primero
Adónde Gazul estaba,
Y que las fiestas de Gelves
A otro día se dilatan,
A una casa de placer
Aquella tarde le llama;
Y diciéndole á Gazul,
Que Celinda le aguardaba,
Al paje le preguntó
Tres veces, si se burlaba:
Que son malas de creer
Las nuevas muy deseadas,

A lo ménos las que esperan
 Personas enamoradas;
 Y afirmandole que sí,
 Sin hablarle mas palabra,
 Se sale á ver en la gloria
 De los ojos de su dama.
 Encontróla en un jardín
 Que un almoraduj cortaba,
 Y dejaba las violetas
 Azules, por las moradas.
 Entre mosqueta y jazmín
 Un ramito concertaba,
 Poniendo lo blanco al pecho
 Y lo morado en el alma.
 Viéndose el moro con ella,
 Apenas los ojos alza,
 Que á quien sale de lo oscuro
 Turbacion el sol le causa.
 Celinda le asió la mano,
 Un poco roja y turbada;
 Y al fin de infinitas quejas,
 Que en tales pasos se pasan,
 Dijo Gazul:—;Es posible,
 Señora, que dés tal paga,
 A quien por Alá te juro
 Que cuando sin tí se halla,
 Moriría á no traerte
 En la idea retratada?
 ;Y si de Jerez me acuerdo
 Mátenme de una lanzada,
 Del modo que yo maté
 Al desposado de Zaida;
 O véate yo en los brazos
 De quien mas celos me causa,
 Y que por desesperarme
 Tiernos favoresle haga,
 Si el moro que te ha informado
 Te dijo verdad en nada!—
 La mora quedó con esto
 Satisfecha y muy pagada,
 Y entre ellos el aficion
 Con mas firmeza que estaba,
 Que de revolver amantes
 Otra cosa no se saca.
 Vistióse al fin las preseas
 Con las manos de su dama;
 Y sobre un caballo overo
 Con los jaeces de plata,
 Un bozal de oro morado,
 Moradas plumas y banda,
 Despues de haberse abrazado
 Con palabras regaladas,
 Se parte Gazul á Gelves
 Contento á jugar las cañas.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos
 Romances*, 1.^a parte.)

44.

GAZUL. — XIII.

(Anónimo¹.)

De honor y trofeos lleno,
 Mas que el gran Marte lo ha sido,
 El valeroso Gazul
 De Gelves habia venido.
 Vinose para Sanlúcar
 Donde fué bien recibido
 De su dama Lindaraja,
 De la cual es muy querido,
 Estando ambos á dos
 En un jardín muy florido,
 Con amorosos regalos
 Siendo cada cual servido.
 Lindaraja aficionada
 Una guirnalda ha tejido
 De clavelinas y rosas,
 Y un alheli escogido,
 Cercada de violetas,

Flor que de amantes ha sido;
 Se la puso en la cabeza
 A Gazul, y así le dijo:
 —;Nunca fuera Ganimédes
 De rostro tan escogido!
 ;Si el gran Júpiter te viera,
 El te llevara consigo!—
 El fuerte Gazul la abraza
 Diciéndole con un riso:
 —;No pudo ser tan hermosa
 La que el troiano ha escogido,
 Por la cual se perdió Troya,
 Y en fuego se habia encendido,
 Como tú, Señora mía,
 Vencedora de Cupido!
 —Si hermosa te parezco,
 Gazul, cástate conmigo,
 Pues que me diste la fe
 Que serías mi marido.
 —Pláceme, dijo Gazul,
 Pues yo gano en tal partido.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los
 Cegries*, etc.)

¹ Aquí se ha mudado el nombre de Celinda en el de Lindaraja.

42.

GAZUL. — XIV.

(Anónimo.)

De los trofeos de amor
 Ya coronadas sus sienas,
 Muy gallardo entra Gazul
 A jugar cañas á Gelves,
 En un overo furioso
 Que al aire en su curso excede,
 Y en su pujanza y vigor
 Un leve freno detiene.
 La librea de los pajes
 Es roja, morada y verde:
 Divisa cierta y colores
 De la que en su alma tiene.
 Todos con lanzas leonadas
 En corredores ginetes,
 Adornados de penachos
 Y de costosos jaeces:
 El mismo se trae la adarga,
 En quien un Fénix parece,
 Que en vivas llamas se abraza
 Y en cenizas se resuelve.
 La letra, si bien me acuerdo,
 Dice: «Es inconveniente
 Poderse disimular
 El fuego que amor enciende.»
 Llegado á do están las damas,
 En los arzones se mete:
 En pié se pusieron todas
 Bien ciertas que mas merece.
 Entre ellas estaba Zaida,
 De quien un tiempo doliente
 Fué favorecido el moro,
 Aunque agora la abortece.
 Fué causa una sinrazon,
 Que en amantes mucho puede,
 Y viene á ser quien la hizo
 El arrepentido siempre.
 Con ella estaba Zafira,
 Y Alminda, que dueño tiene
 En grado muy allegado
 Con los granadinos reyes.
 Y como vido á Gazul
 Renovóse el accidente,
 Y tanto cuanto le mira
 Mas le adora y mas le quiere;
 Y así cual puesta en balanza,
 Dando el alma mil vaivenes,
 Celosa y arrepentida
 Diversas cosas revuelve.

Alminda que vido a Zaida
Que de nuevo se entristece,
Para divertirla dijo
Le descubra lo que siente.
Turbada la respondió :
—Una imaginacion fuerte
Ha sido la causadora
De este mal que á puntos crece.
—Mejor será, dijo Alminda,
Refrenarla, porque suele
Después de haber discurrido
Dar al traves las más veces.
—Bien muestras, le respondió
La de Jerez, qué no sientes
Los celos y fantasías,
Ni sabes qué son desdenes :
Que á saberlo, soy bien cierta
Que otra compasion tuvieses
De mí, que padezco y muero
De este mal que tú no entiendes.—
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque,
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hien den.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta ;
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba prisa el cano tiempo
A Apolo, porque detiene
Su velocísimo carro,
De su tardanza impaciente;
Y cuando llegó al ocase,
Su contrario que lo siente,
Con no ménos movimiento,
Bate las alas y viene,
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los jueces.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 1.ª parte.)

43.

CAZUL. — XV.

(Anónimo 1.)

Adornado de preseas
De la bella Lindaraja,
Se parte el fuerte Gazul
A Gelves á jugar cañas.
Cuatro caballos ginetes,
Lleva cubiertos de galas,
Con mil cifras de oro fino,
Que dicen : «Abencerraje.»
La librea de Gazul
Es azul, blanca y morada,
Los penachos de lo mismo,
Con una pluma encarnada.
De costosa argentería
De fino oro y fina plata ;
Pone el oro en lo morado,
La plata en lo rojo esmalta.
Un salvaje por divisa
Lleva en medio de la adarga,
Que desquijara un león :

Divisa honrosa y usada
De nobles Abencerrajes,
Que fueron flor de Granada,
De todos bien conocida,
Y de muchos estimada,
Llevaba el fuerte Gazul,
Por respeto de su dama,
Que es de los Abencerrajes,
A quien en extremo amaba.
Una letra lleva el moro
Que dice : «Nadie le iguala».
De aquesta suerte Gazul
De Gelves entró en la plaza,
Con treinta de su cuadrilla,
Que así concertado estaba,
De una librea vestidos
Que admira á quien los miraba.
Y una divisa sacaron,
Que ninguno discrepaba,
Sino fué el fuerte Gazul
En las cifras que llevaba.
Al son de los añalles
El juego se comenzaba.
Tan trabado y tan revuelto,
Que parece una batalla.
Mas el bando de Gazul
En todo lleva ventaja :
El moro caña no tira,
Que no aportilla una adarga.
Mirando mil damas moras
De balcones y ventanas ;
También le estaba mirando
La hermosa mora Zaida.
La cual dicen de Jerez,
Que en las fiestas se hallara,
Vestida de leonado
Por el luto que llevara
Por su esposo tan querido,
Que el bravo Gazul matara ;
Zaida bien le reconoce
En el tirar de la caña.
Acuérdase en su memoria
De aquellas cosas pasadas,
Cuando Gazul la servía
Y ella le fué tan ingrata.
Muy mal pagó sus servicios,
Y lo mucho que él la amaba :
Siente tanto dolor desto,
Que allí cayó desmayada.
Y al cabo que volvió en sí,
La hablara su criada :
—¿Qué es esto, Señora mía,
Por qué causa te desmayas?—
Zaida le responde así
Con voz baja y muy turbada :
—Advierte bien aquel moro
Que agora arroja la caña :
Aquel se llama Gazul,
Cuya fama es bien nombrada.
Seis años fui del servida,
Sin de mí alcanzar nada.
Aquel mató á mi marido,
Y dello yo fui la causa,
Y con todo eso le quiero,
Y le tengo acá en el alma.
Holgara que me quisiera
Pero no me estima en nada :
Adora una Abencerraje,
Por quien vivo desamada.—
En esto se acabó el juego,
Y la fiesta aquí se acaba :
Gazul se parte á Sanlúcar
Con mucha honra ganada.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de Ce-
grics, etc.)

1 Es al mismo asunto que el anterior.

44.

GAZUL. — XVI.

(Anónimo.)

Después que el fuerte Gazul
Volvió de Gelves con vida,
De correr celosas cañas
Para su dulce Celinda;
En la plaza de Sanlúcar
La misma tarde á la brida
Se presenta dando vueltas
Al puerto de su alegría.
De morado y recamado
Un rojo alquicer traía,
Y un bonete verde oscuro
Con la toca tunecina;
Los adornos del caballo
Van con la misma divisa:
Solo muestra el borecegui
De oro la labor pajiza,
Que ya la desconfianza
Trae bajo del pié metida,
Porque Celinda esta cierta
Que á la ingrata Zaida olvida.
Con tanta gracia pasea
De ver la luz de su vida,
Que el caballo aun de las piedras
Saca polvo cuando pisa.
Labrando un caparazon
Para su Gazul Celinda
Estaba en esta ocasion,
Sola, triste y retraida,
Quiso dibujar un lirio
En un recamo que hacia,
Y sobre el dibujo puso
Una rosa alejandrina.
Echó en el color de ver
Que no es la flor que queria,
Y queriéndola quitar
La mano, el intento quita:
Que en los sucesos de amor,
Cuando el paso desvaria,
Truecan suerte los efectos
Por do el corazon los guia;
Y viendo que á sus antojos
Cuanto mas ménos atina,
Deja la labor y sale
Enojada de sí misma;
Y viendo al fuerte Gazul
Que á otra cosa no atendia,
Deja el balcon presurosa
Y luego á llamarlo envia;
Y dando razon de Gelves,
Y de su buena venida,
Dejando frias sospechas,
Entregaron ambas vidas.

(Romancero general. — It. Flor de nuevos y varios
Romances, 1.ª parte.)

45.

GAZUL. — XVII.

(Anónimo 1.)

Estando toda la corte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre moros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,
Que llevan ocho rejonés
Y en ellos mil esperanzas,
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y mas en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas,
Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama

Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria;
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir solo por ella
Toda la ocupa y levanta:
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Y en los apacibles suyos
Los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
Del Principe y de la Infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza para.
Después del galan paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejon
Y el diestro brazo levanta:
Furioso acomete y pica.
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
Del airoso brio y gracia,
Porque ningun lance pierde
Y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
A la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro,
Famoso entre la manada,
No de la orilla del Bétis,
Ni Genil, ni Guadiana,
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente bellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
A quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespó,
La piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,
Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza,
Y casi en la blanda arena
El hendido pié no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro
Vibrando al rejon el asta:
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuerno, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
El suelo mide la espalda,
Los piés que en la tierra herian
Al cielo vuelven las plantas;
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene mas que arrogancia;
De cuya herida en un punto

Reuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
A quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Algava.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

⁴ Bellísima descripción de un toro, y del lance del lidiador. No puede haber cosa más poética, y al mismo tiempo más verdadera de lo que sucedía en las fiestas de toros del tiempo de los Reyes Católicos y aun de sus sucesores. En ellas y en los juegos de cañas los caballeros, olvidados de sangrientos torneos, conservaban los recuerdos y aun las costumbres de los moros. En el romance que sigue se llama *Abdili*, en vez de *Almanzor*, al rey que presidió la fiesta.

46.

GAZUL. — XVIII.

(Anónimo ⁴.)

Estando toda la corte
De Abdili, rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta,
Habiendo hecho la zambra,
Por respeto de unas bodas
De gran nombradía y fama,
Por lo cual se corren toros
En la plaza Vivarambla;
Estando corriendo un toro,
Que su bravura espantaba,
Se presentó un caballero
Sobre un caballo en la plaza,
Con una marlota verde,
De damasco vandeada;
El capellar de lo mismo,
Muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
Parece de una esmeralda.
Seis criados van con él,
Que le sirven y acompañan,
Vestidos también de verde,
Porque su señor lo manda;
Como aquel que en sus amores
Esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo,
Cada criado llevaba;
De color negro eran todos
Y vandeados de plata.
Conocen al caballero
Por su presencia bizarra,
Que era el muy fuerte Gazul,
Caballero de gran fama.
El cual con gentil donaire
Se puso en medio la plaza,
Con un rejon en la mano,
Que á algun Marte semejava,
Y con ánimo invencible
Al fuerte toro aguardaba;
El toro cuando le vido
Al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los piés,
¡Cosa que gran temor daba!
Y después con gran braveza
Hacia el caballo arrancaba,
Por herirle con sus cuernos,
Que como alevnas llevaba:
Mas el valiente Gazul
Su caballo bien guardaba,
Porque con el rejon duro
Con destreza no pensada
Al bravo toro hería
Por entre espalda y espalda.

El toro muy mal herido,
Con sangre la tierra baña,
Quedando en ella rendido,
Su bravura aniquilada.
La corte toda se admira
En ver aquella hazaña.
Y dicen que el caballero
Es de fuerza aventajada,
El cual, corridos los toros,
El coso desembaraza,
Haciéndole al rey mesura,
Y á Lindaraja su dama:
Lo mismo hizo á la reina,
Y á las damas que allí estaban

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

⁴ Es al mismo asunto del que le precede, y en uno y otro se describe maravillosamente una fiesta de toros de aquellas en que eran lidiadores los mas nobles y valientes caballeros, y de las cuales no quedan en España sino los débiles y pálidos vestigios que se notan en las fiestas reales que se celebran á la coronación de nuestros reyes, ó la jura de los príncipes herederos. Pero ¡cuán enorme es la diferencia! Porque faltando en estas la galantería y el amor, y las damas á quienes las otras se dedicaban, puede decirse que las falta todo. El romance que precede á este es en sumo grado mas bello y perfecto; pero en vez de *Abdili*, llama *Almanzor* al Rey de Granada ante quien se celebró la fiesta.

47.

GAZUL. — XIX.

(Anónimo.)

Al tiempo que el sol esconde
Debajo del mar su lumbre
Y de rojos arreboles
Colora el aire y las nubes,
Llegaba el fuerte Gazul
A Alcalá de los Gazules,
Con cuatrocientos hidalgos
De los moros andaluces:
Y apenas llegaba, cuando
«Suenan tiros y arcabuces,
» Atabales y trompetas,
» Chirimías, sacabuches,
» Que venia á echar de España
» A Zulema, rey de Túnez,
» Que estaba ya apoderado
» De Marbella y sus alumbres.»
Y aunque entra de noche el moro,
No quiere ni pide lumbres,
Que el claro sol de Celinda
Quiere solo que le alumbre;
Y á la entrada de la villa
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Todas las damas por vello
A los miradores suben,
Solo su esposa Celinda
Del suyo se esconde y huye.
Como no sale Celinda,
El corazon se le cubre
De temerosas sospechas,
De celosas pesadumbres;
Y apeándose en palacio
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Gazul del caballo baja
Y á ver á su esposa sube;
Hállala sola y tan triste
Que en suspiros se consume.
El moro llega á abrazalla,
Y ella se aparta y rehuye.
Y él dice: — ¿Cómo es posible
Que tal conmigo se use?—
Y antes que ella le responda
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Al fin le dice con ira,
— Traidor, ¿adónde se sufre
Que en cuatro meses de ausencia
De escribirme te descuides?—

Humilde responde el moro :
— «Mi bien, no es bien que me culpes,
Pues la pluma sin la lanza
Tomar un punto no pude.»—
Abrazáronse, y al punto
«Suenan tiros y arcabuces etc.»

(*Romancero general*.—It. *Flor de varios y nuevos*
Romances, 1.ª parte.)

48.

GAZUL. — XX.

(Anónimo.)

Del perezoso Morfeo
Los rancos pifaros suenan,
Que se tocan, porque el día
Hace con la noche treguas.
Ya del bullicioso vulgo
Las trampas y tratos cesan,
Y del pequeño al mayor
Con el dulce sueño huelgan :
Solo el triste canto se oye
De nocturnas avezuelas,
Y el retumbido del vulgo
Hace un ru, ru, en las orejas.
En medio de este silencio
De Zaida las quejas suenan,
Que con temor de la muerte
Cuando todos duermen vela :
«Que no hay quien quiera
Morir aunque la muerte sea lijera :»
Que como hay tantos malsines,
Por congraciarse con ella
Le han dicho, como Gazul
De dalle la muerte ordena.
Toma el vestido de un moro
Y el suyo de mora deja,
Y así sale á media noche
De Jerez de la Frontera :
«Que no hay quien quiera, etc.»
En un lijero caballo,
Con una lanza lijera,
Tan animosa, que es harto
Que Gazul algo la exceda :
Y á cada paso que da
Vuelve hácia atrás la cabeza,
Y con el miedo imagina
Su enemigo va tras ella :
«Que no hay quien quiera etc.»
El camino real dejó
Porque la dejen sospechas,
Y hácia Sevilla camina,
Por una oculta sendera ;
Y aunque el caballo brioso
Va corriendo á rienda suelta,
Con el temor, le parece
Que no anda mas que una piedra :
«Que no hay quien quiera, etc.»
Aunque quiere ir con secreto
Los suspiros no la dejan,
Que le salen por la boca,
Cual furiosas escopetas.
Cada momento se para,
Y escucha si gente suena ;
Y como no suena nadie
Apresura su carrera :
«Que no hay quien quiera etc.»
Autojósela que el aire
La habla y dice : «Esposa, espera ;
Haré de tí un sacrificio ;
Que á Albenzaide grato sea.»
Con aquesta fantasia,
Va mas que no viva, muerta ;
Y aunque el temor la desmaya,
Saca fuerza de flaqueza :
«Que no hay quien quiera, etc.»
Llegó á vista de Sevilla,
Y á aguardar que noche sea,

Y á las diez se va á apearse
A casa de una parienta,
Donde estuvo algunos días,
Y en siendo del todo cierta,
Ser mentira lo pasado.
Se tornó á Jerez contenta.
«Que no hay quien quiera
Morir, aunque la muerte sea lijera».

(*Romancero general*.)

ROMANCES DE ABENUMEYA.

49.

ABENUMEYA. — I.

(Anónimo.)

El gallardo Abenumeya,
Hijo del rey de Granada,
Con enemigos valiente,
Discreto y galán con damas ;
Ausente y enamorado
De la hermosa Felisarda,
Hija del bravo Ferri,
Que es capitán de la guarda,
Por la vega de Genil
En una yegua alazana
Parte solo, porque á solas
Quiere gozar de sus ansias.
Son las colores que viste
Conformes al mal que pasa,
Porque si vieran sus ojos,
Vean lo que sufre el alma.
Viste leonada marlota,
Y en ella flores moradas,
Que entre congojas y penas
Florida está su esperanza ;
En un albornoz pajizo
Unas columnas bordadas,
Por mostrar que á su firmeza
Combaten desconfianzas.
Puso en la adarga una luna
Con una banda morada,
Por dar muestras que de amor
Nace el temor de mudanza.
Banderilla lleva azul
Junto al hierro de la lanza :
Que celos son ocasión
De hacer yerros quien bien ama.
Una toca en su cabeza
De oro y de seda encarnada,
Plumas, garzotas, bonete
Recoge, aprieta y enlaza,
Y en el rizo de las plumas
Una muerte de esmeraldas,
Y de aljófar esta letra :
«Muerte es esperanza larga».
Mas aunque parte galán,
Apercibido va de armas,
Porque son de fino acero
Los forros de aquestas galas.
Suspirando va y diciendo ;
— ¡ Mi querida Felisarda,
No borres de tu memoria
A quien te escribió en el alma !
¡ Mira que por causa tuya
Traigo vestida la malla,
Siempre la lanza en la diestra,
Siempre embrizada la adarga,
Venciendo en escaramuzas,
Y saliendo de batallas
Herido, por ser de celos,
Do acero ni fuerzas bastan !—
Diciendo esto el moro ausente
Sacó del pecho una carta,
Y con ella mil suspiros
Con que el viento fresco abrasa.

Quiso leella, y no pudo,
 Porque lágrimas cansadas
 Y espesas nubes de penas
 Lo impiden con fuego de agua.
 La carta, con lo que llora,
 Moja, enternece y ablanda,
 Y con suspiros la enjuga;
 Y aun es mucho no quemada.
 Siente las frescas heridas,
 Y en busca de quien las causa
 Vuelve á Granada los ojos,
 Y el alma á su Felisarda;
 Y mira del Albaicín,
 Adonde vive su dama,
 Los dorados chapiteles
 Y las antiguas murallas.
 Por las de un jardín que tiene
 Ve que se asoma una palma,
 Que á pesar del grave peso
 Levanta sus verdes ramas.
 —¡Mora de mis ojos, dice:
 Si, como dices, me amas,
 Fáciles inconvenientes
 Fácilmente atropellaras!
 ¡Mas ¡ay! que el tiempo descubre
 Mi firmeza y tu mudanza!
 La firmeza de mis obras,
 Lo falso de tus palabras.
 ¡Mal haya yo, que por ti
 Traigo revuelta á Granada!
 Mis deudos me ponen ceño,
 No me pueden ver tus guardas;
 Mas aunque enemigos crezcan
 Desdenes y ausencia larga,
 Nada bastará á mudarme,
 Que contra mí nada basta.—
 En esto oyó que á rebato
 Tocan en el Alpujarra,
 Y como á quien tanto importa,
 Parte á morir ó libralla.

(Romancero general.—It. *Flor de varios y nuevos
 Romances*, 2.^a parte.)

50.

ABENUMEYA. — II.

(Anónimo¹.)

El gallardo Abenumeya,
 Gran guerrero sobre el agua,
 General de las galeras
 De Muley, rey de Granada:
 Aquel que hizo estragos
 Contra las velas cristianas,
 Se sale estragado el pecho,
 Porque ha visto una mudanza.
 No se queja de fortuna,
 Pues jamás le fué contraria;
 Mas quejase, y con razón,
 De la bella Celindaja,
 Camarera de la Reina,
 Y por Muza amartelada,
 De que fué causa una ausencia,
 Que siempre para en mudanza;
 Por lo cual hace le pinten
 En el campo de la adarga
 Una nao veloz que al viento
 Rompiendo del mar las aguas,
 Porque en pasando una ola
 No queda señal formada,
 Que es condición de mujeres,
 De quien no hay firme palabra,
 Y que al fin de su viaje
 Da de traves en la barra,
 Como ha dado su ventura
 Por mujer y por mudanza;
 Y que sirva el pensamiento
 De popa bien levantada,
 A causa de que en amar

Nadie al moro hizo ventaja;
 Y que sirva de piloto
 Su firme fe y su palabra,
 Para apartalle del daño
 Que le causó una mudanza;
 Y que sean escotillones
 Los dos ojos de su cara,
 Por donde le entró á ver
 Una afición mal lograda;
 Y quiere esté un estandarte
 En el mástil de la gavia,
 Para mostrar que en un tiempo
 Tuvo á la fortuna en nada;
 Y una letra en el bauprés
 Que diga en lengua cristiana:
 «Todos estos mis servicios
 Tuvieron injusta paga»;
 Que podrá ser que con esto
 Conozca su mora ingrata,
 Que á un capitán de la tierra
 Gana un general del agua.
 Con esto se partió el moro
 Camino de la Alpujarra,
 Para llegar á Almería,
 Adonde dejó su armada.
 Y promete que jamás
 Creerá de mujer palabra,
 Porque son plumas en viento,
 O escrituras en el agua.

(Romancero general.)

¹ Malísimo romance.

ROMANCES DE ZAIDE.

51.

ZAIDE. — I.

(Anónimo¹.)

Zaide ha prometido fiestas
 A las damas de Granada,
 Porque dicen que su ausencia
 De fiestas las tiene faltas;
 Y para poder cumplir
 Lo que promete á las damas,
 Concierta con sus amigos
 De hacerles fiestas y zambras.
 Entre muchas que imagina,
 Concierta una encamisada,
 Para las damas secreta,
 Y para el vulgo callada.
 Y ántes que la clara aurora
 El pecho se rasgue y abra,
 Entra el venturoso moro
 Con su ilustre camarada:
 Hecha escuadra de cincuenta
 Va toda bien concertada.
 Cegries con los Gomeles,
 Azarques con los Audallas,
 Vanegas y Portoloses,
 Abencerrajes y Mazas,
 Alfarries y Achapices,
 Fordaques con los Ferraras,
 Madrugan para coger
 A las damas descuidadas,
 Deseosos de ver libre
 Lo que encubren tocas blancas.
 Cabezas y cuerpos ciñen
 De unas floridas guirnaldas,
 Muchas cañas llevan verdes,
 Y en las manos blancas hachas.
 Ya los clarines comienzan,
 Ya las trompas y dulzainas,
 Ya los gritos y alaridos,
 Ya las voces y algazara,
 Ya los añfiles tocan,
 Ya les responden las cajas,
 Y el envidioso Albaicín
 Con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos
Con los cascabeles andan,
Moviendo tanto ruido,
Que á la ciudad amenazan.
Únos corren, otros gritan,
Otros dicen: Pára, pára,
Sigan orden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gereá
No se deje, ni su plaza;
Otros, de Vavataubin
Vuelvan luego á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambal.
Corran toda la ciudad,
Viva Albolun, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido despiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca;
Cuál por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotadas,
Aunque del cuidado nacen
A cada mora mil ansias.
De pechos, y en pechos puesta
A la ventana asomada,
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan solo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
Y Muza su camarada;
Luego todos á la folla
Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas véras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar á la gente,
Diciéndola: Aparta, aparta.

(Romancero general.)

Hay en este romance tanta vida y animación, como puede haber en las fiestas que describe. No hay quien al leerle no se sienta trasportado á ellas. Oyense allí el ruido de las pisadas de los caballos, el sonido de los cascabeles y campanillas de los pretales, la confusión de la música con las voces y aclamaciones, el murmullo y gritos del pueblo; vése la sorpresa y curiosidad de las damas y las coquetuerías con que medio desnudas se asoman á las ventanas. ¿Se puede hallar un cuadro mas bello con un mas brillante colorido, y con mas riqueza de expresión?

52.

ZAIDE. — II.
(Anónimo.)

Ya que la aurora dejaba
De Titon el lecho, y vuelve
A la tierra el rostro hermoso
Con la claridad que suele,
Sale un moro descompuesto
Que Zaide por nombre tiene,
Disfrazado, solo al fin,
Que es lo que de amor pretende.
No trae adarga, ni lanza,
Caballo, pluma en bonete,
Ni la marlotá bordada,
Plumas, cifra ó martinetes;
Aunque al lado del vestido
Una letra se parece
Que declara, en aljamía:

«Así me tratan desdenes».
Vestido un débil gaban,
Porque con vestido leve,
Es mas honor la nobleza,
Y mas oculta parece;
Y con la falta que muestra
De le faltar lo que quiere,
Va gallardo el fuerte moro,
Porque hoy amor le enriquece;
Y aunque por montes camina
A do gentes no parecen,
Es el ver su gallardía
Lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
Como él es hijo de Hamete,
Alcaide de los castillos
Que hacen á Granada fuerte,
Pues oro, plata ni sedas
No dan honor ni enriquecen,
Que la mancha en un linaje
Oro quitarla no puede;
Porque nunca Febo sale,
Si la noche prevalece,
O cuando ya la mañana
Con luz abundante crece.
De celos vive seguro,
Que es don que no se concede
A aquellos que son amantes,
Ni á todos los que pueden.
Lleva solo un rico alfanje
Oculto do no parece,
Y bien seguro de sí,
Aunque mas armas no lleve;
Y de su patria Granada
Le manda amor que se ausente
Hacia do vive su Zaida,
En cuya ausencia se muere,
Por ser la mas bella dama
Que cría el sol del Oriente.
Vive ausente de la corte,
Porque el Rey así lo quiere.
Es hija de un Alfaquí,
A quien el Rey mucho debe;
Allegado á la corona,
Del mismo Rey descendiente;
Y porque no se permite
Casar con moro pariente,
No es hoy su yerno el Rey,
De lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
Después de muchos reveses,
Y palabra de ser suya,
Si el tiempo no lo impidiese.
Después de andar sus jornadas,
Cansado de verse ausente,
Llegó á vista de la torre
Que dentro á su mora tiene.

(Romancero general.)

53.

ZAIDE. — III.
(Anónimo.)

Por la calle de su dama
Paseando se halla Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablalle.
Desesperado anda el moro,
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Viola salir á un balcón,
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zaide diciendo:
—Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen



Tus criadas y mis pajes.
 Dicen que dejarme quieres,
 Porque pretendes casarte
 Con un moro que ha venido
 De las tierras de tu padre.
 Si esto es verdad, Zaida bella,
 Declárate, no me engañes,
 No quieras tener secreto
 Lo que tan claro se sabe.
 Humilde responde al moro :
 — Mi bien, ya es tiempo se acabe
 Vuestra amistad y la mía,
 Pues que ya todos lo saben.
 Que perderé el ser quien soy,
 Si el negocio va adelante :
 ¡Alá sabe si me pesa,
 Y lo que siento el dejarte!
 Bien sabes que te he querido
 A pesar de mi linaje,
 Y sabes las pesadumbres
 Que he tenido con mi madre,
 Sobre aguardarte de noche,
 Como siempre vienes tarde,
 Y por quitar ocasiones
 Dicen que quieren casarme.
 No te faltará otra dama
 Hermosa, y de galán talle,
 Que te quiera, y tú la quieras,
 Porque lo mereces, Zaida.—
 Humilde respondió el moro,
 Cargado de mil pesares :
 — No entendi yo, Zaida bella,
 Que conmigo tal usases!
 No entendi que tal hicieras,
 Que así mis prendas trocases
 Por un moro feo y torpe,
 Indigno de un bien tan grande!
 ¿Tú eres la que dijiste,
 En el balcón la otra tarde :
 « Tuya soy, tuya seré
 Y tuya es mi vida, Zaida » ?
 (PÉREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los*
Cegries, etc.)

54.

ZAIDE. — IV.

(Anónimo ¹.)

Por las puertas de Celinda
 Galán se pasea Zaidé,
 Aguardando que saliera
 Celinda para hablalle.
 Salíó Celinda al balcón
 Mas hermosa que no sale
 La luna en oscura noche
 Y el sol entre tempestades.
 — Buenos días tengais, mora.
 — A ti, moro, Alá te guarde.
 — Escucha, Celinda, atenta,
 Si es que quieres escucharme.
 ¿Es verdad lo que le han dicho
 Tus criadas á mi paje,
 Que con otro hablar pretendes
 Y que á mi quieres dejarme
 Por un turco mal nacido,
 De las tierras de tu padre?
 No quieras tener oculto
 Lo que tan claro se sabe.
 ¿Te acuerdas como dijiste
 En el jardín la otra tarde :
 « Tuya soy, tuya seré,
 Tuya es mi vida, Zaidé » ?—
 De verse reconvenida
 La mora en enojos arde,
 Y cerrando su balcón
 Al turco dejó en la calle.
 El galán soberbecido,
 Pisotea su turbante,

Y con rabiosas fatigas
 Ha cantado estos cantares :
 « ¿Quieres que vaya á Jerez,
 Por ser tierra de valientes,
 Y te traiga la cabeza
 Del moro llamado Hamete ?
 ¿Quieres que me vaya al mar
 Y las olas atropelle ?
 ¿Quieres que me suba al cielo
 Y las estrellas te cuente,
 Y te ponga á ti en la mano
 Aquella mas reluciente ? »
 La estrella sale de Vénus
 Al tiempo que el sol se pone,
 Y la enemiga del día
 Su mantito negro esconde.

(Romance recogido de la tradicion.)

¹ Este romance, que tal como es parece una mezcla inco-
 nexa de varios trozos de los impresos, da una idea de otros
 muchos que con iguales circunstancias se cantan tradicional-
 mente en la Serania de Ronda, por los jóvenes aldeanos y
 campesinos. Al considerarle es fácil ver en él todo el carácter
 hiperbólico de los andaluces, y cuánto aun se acomodan á él
 la poesía y los amores tales como se trataban en el siglo xvi:
 sobre todo cuanto sigue al verso, *Quieres que vaya á Jerez*,
 no puede ser mas andaluz. Me le comunicó el Sr. D. Serafin
 Calderon.

55.

ZAIDE. — V.

(Anónimo.)

Fijó pues Zaidé los ojos
 Tan alegres cual conviene,
 Por ser el tiempo cumplido
 De su tan propicia suerte,
 Y dice : — ¡Dichoso muro,
 Y dichosas tus paredes,
 Adonde vive mi Zaida,
 Y mi alma que ella tiene!
 ¡Dichoso el suelo que pisa
 Con razon llamarse puede!
 Pues en él sienta sus plantas
 Hechas de fuego y de nieve;
 ¡Y mas dichoso tú, Zaidé,
 Si dar fin Alá quisiese
 A esta tan terrible ausencia,
 En que pensé que muriese!
 El descanso desta vida,
 Si durase para siempre,
 ¡Cuántos mas le procurarán
 De los que buscarle suelen!
 Y si la mortalidad
 Que nos convida á la muerte,
 Aunque con tarda esperanza,
 Esperarla nos conviene;
 Ya desde luego la espero,
 Y en Alá primeramente,
 Que el fin dichoso, en tus brazos,
 Me dará próspero alegre.
 Y si en la mas alta cima
 Me hallase, y se permitiese,
 Y mi amor hiciese efecto,
 ¡Dichosa sería mi suerte!
 ¡Bella Zaida de mis ojos!
 ¡Dichoso si ya te viese
 En estos rendidos brazos,
 Dichosos entre mil gentes!
 Llega pues, verás tu Zaidé,
 Que nombras galán y fuerte,
 El cual en saber amarte
 A todos pasa y excede.
 Debiera ser tu belleza
 Tan libre como la muerte,
 ¡Aunque si tan libre fuera
 Dieras á mil mundos muerte!
 ¡Bella Zaida! llega á tiempo
 Que alcance mi avara suerte
 La palma de tu valor,

Pues es deuda que me debes.—
Y como la vido el moro,
Dijo: —¡Si Alá permitiese
Que para alumbrar mis hechos
Tal sol no se oscureciese!
Y porque mi lengua muda
Temo que no manifieste
Lo mucho que noto en ti,
Digalo quien mas sintiere.—
La mora responde: —Zaide,
Si de ti cierta estuviese
Que traías la lengua muda,
Juro que te obedeciese;
Mas temo que tus palabras
A la fin se me volviessen
Por remate de amistad,
Cada una una serpiente.—
Zaide respondió: — ¡Señora,
Si en mi tal jamás hubiere,
Quiero me falte la tierra,
Y el cielo su luz me niegue! —
Con esto los dos asientan
Una amistad firme y fuerte,
Para no faltar jamás,
Si no falta con la muerte.

(Romancero general.)

56.

ZAIDE. — VI.

(Anónimo 4.)

Mira, Zaida, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mujeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse;
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte:
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarran;
Y con esto, Zaida amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaida,
Si conservarme supieras

Como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes.
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
Como le desafiaste
Por las verdades que dijo,
¡Que nunca fueran verdades!
De mala gana me rio:
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¡Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte:
Esta será la postrera
Que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pague».

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

4 Es composicion tan bella y popular que se inserta en todas las colecciones de su género desde fines del siglo xvi en que se compuso, hasta el día. De él se han hecho muchas imitaciones y algunas parodias.

57.

ZAIDE. — VII.

(Anónimo 4.)

Mira, Zaida, que te digo
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada sin causa
De aborrecerme, y dejarme.
No preguntas en qué entiendo,
Ni consientes visitarte;
Mis recaudos aborreces,
Mis billetes te despiacen.
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,
Y que con donaire y brio
Bailas, danzas, cantas, tañes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre,
No con espada ni lanza,
Sino con armas mas graves;
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguaje,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares;
Que pierdo mucho en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y si solo me quisieras
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de quedarme
De la suerte que me dejas,
Huyendo tus novedades:
Que eres pródiga en amar
Y presta en determinarte,
Lijerisima en querer,
Y mas lijera en mudarte.
Habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad,
Y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mujeres
De tantas gracias y partes,

Porque hay pocas tan discretas,
Que en general poco saben :
Mas por eso, Zaida amiga,
Cuando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de hacer mas de una llave.
; Costosa es la que me diste !
; Venturoso fuera Zaida
Si conservarte supiera
Como supo enamorarte !
Mas no bien hubo salido
De los jardines de Tarfe,
Cuando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerraje.
No porque enseñe la trezua
Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte.
De esto no estarás quejosa,
Ni llamarás disparate
No guardar yo tus secretos.
Y querer que otro los guarde ;
Que quien como hombre las siente,
Callar como piedra sabe ;
Y aunque de quejas revente,
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí, sino es por amarte,
Que soy extremo en quererte,
Y tú extremo en despreciarme.
Mas quien de mujeres fia
Es justo que así le traten,
Y que por mí digan todos :
Quien tal hace, que tal pague.

(Romancero general.)

¹ Este romance es una contestacion al anterior, valiéndose del mismo tema.

58.

ZAIDE.—VIII.

(Anónimo 4.)

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
; Quieres que muera y que calle?
No des crédito á mujeres
No fundadas en verdades ;
Que si pregunto en qué entiendes,
Ó quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi tormento
Ver que visitas te aplacen.
Si dices que estás corrida
De que Zaida poco sabe,
; No sé poco, pues que supe
Conocerle y adorarte!
Si dices son por mi causa
Las que en el rostro te salen,
; Por la tuya, con mis ojos,
Tengo regada tu calle!
Confieras que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes ;
; Pocas tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
Que ya, que el quererme te canse,
No pongas inconvenientes
Mas, de que quieres dejarme;
No entendi que eras mujer
A quien novedad aplice ;
Mas son tales mis desdichas
Que en mí lo imposible hacen :
Y haime puesto en tal extremo
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme para hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte ;
Y aunque hablas en mi ofensa

No dejaré de adorarte.
Dices, que si fuera mudo,
Fuera posible adorarme ;
Si en mi daño yo le he sido,
Enmudezco en disculparme.
; Hate ofendido mi vida?
; Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé,
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales ;
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales ;
Mas de favores hacello
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte ;
; Mejor te supe obligar,
Que tú has sabido pagarme!
Mienten los moros y moras,
Miente el infame de Tarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.
A ese perro mal nacido
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos,
Que en bajos pechos no caben :
Yo le he de quitar la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zaida, replicas :
Quien tal hizo que tal pague.

(Romancero general. —It. Flor de varios y nuevos
Romances, 4.ª parte.)

¹ Es otra contestacion que da Zaida al romance num. 56

59.

ZAIDE.—IX.

(Anónimo.)

; Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la mas bella,
Y mas que todas ingrata,
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En quien ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas!
; Qué gustos, fiera, recibes,
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas?
; Y no contenta de aquesto,
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda
De ver mi suerte trocada?
; Ay cuán mal, dulce enemiga,
Las véras de amor me pagas,
Pues en cambio del me ofreces
Ingratitud, y mudanza!
; Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
; Pero bastaban ser tuyas,
Para que tuviesen alas!
; Acuérdate que algun día
Dabas de amor muestras claras,
Con mil favores tan tiernos,
Que por ser tantos ya faltan!
; Acuérdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias,
Cuando rondaba tu casa!
Si de día, luego al punto
Salias á las ventanas;
Si de noche, en el balcón,
O en las rejas te hallaba.

S' tardaba, ó no venía,
Mostrabas celosa rabia;
Mas ahora que te ofendo,
Que acorte el pasar me mandas.
Mandasme que no te vea,
Ni escriba billete, ó carta
Que un tiempo tu gusto fueron,
Mas ya tu disgusto causan.
¡Ay Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas,
Por falsas se han descubierto,
Y descubren que eres falsa!
Eres mujer finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
Por no parecerte en nada,
Cuando de yelo tu fueras,
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en veras,
Tarde se rinde á mudanza.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

60.

ZAIDE.—X.

(Anónimo.)

«Dime, Bencerraje amigo,
¿Qué te parece de Zaida?
¡Por mi vida que es muy fácil!
¡Para mi muerte es muy falsa!
Este billete la escribo:
Escucha, y silencio guarda.
Que su beldad estimé,
Y quiero estimar su fama.
—¡Oh mora, imagen del tiempo
En condicion y mudanza,
Hipócrita en los amores,
Logrera en las esperanzas!
Ya tu voluntad y gustos
Van por leyes de las galas,
Que á cada tocado nuevo
Nuevos pensamientos sacas.
Confieso que eres mas bella
Que las flores con el alba;
Mas al fin, hay varias flores,
Y tú también eres varia.
Espejo eres de hermosura,
Pero tienes una falta,
Que á todos haces buen rostro,
¡Notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
Pues no te llamo inhumana;
¡Mas ojalá cruel fueras.
Y no tan afable y mansa,
Que aunque dieras tarde el fruto,
Fueras firme como palma,
Que á costa de mis tormentos
De ella te hiciera guirnaldas!
Mas ayer se vino un huésped,
Y ya le ofreces el alma.
¡No sé, Zaida, cómo es esto,
Pues otra me tienes dada!
¡Si tantas almas tenías,
Dijéraslo, y no te amara!
Que yo no tengo mas de una,
Y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, cómo te temo!
¡Deja que el huésped se vaya,
Y verás tras su partida
Su fe partida y quebrada!
Pero dirás que no sientes
Ausencia, porque no amas,
Y que yo quedo en la corte

Esclavo antiguo de casa.
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡Mucho te estimas y engañas!
¿Qué, tengo yo faltas, mora,
Para entretenerme á faltas?
Quien media vez me ofendió,
Entera no ha de contarla,
Que en mujer, un solo yerro,
A quien sufre mucho agravía:
Mas esto al fin te aconsejo,
Y es dar al viento palabras,
Que al primero que admitieres
Le des las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fe,
No condenes tu honra y fama
Con amor falso y fingido,
Que sin fe nadie se salva;
Y no firmo este papel,
Pues no soy á quien llamabas
Antes, con razones dulces,
Y sin razones extrañas;
Pero bien entenderás
Los efectos y la causa.
Que aunque tú mas disimules,
Bien sabes á quien agravias.
Esto mostró al Bencerraje
El bravo Alcaide de Baza,
Y errándole, lo envía
A la misma mora Zaida

(*Romancero general*.—It. *Flor de nuevos y raros Romances*, 3.ª parte.)

61.

ZAIDE.—XI.

(Anónimo.)

—Reduan, anoche supe
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En cera blanda le vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fui siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Que de suspiros me debe,
Que ardiendo van de mi pecho
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decia
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso.
Por ser dichoso ¡tan breve!
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡Quién tal creyera! Olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quién descende.
El si le dió á sus porfias,
Y unas fiestas hacer quieren,
Y tienen de salir ambos
Vestidos de tela verde.
¡Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues!
¡Entra ufana en Vivarambla,
Donde mis penas te alegren!
A aqueste infame morillo
Que aborrezco, y favoreces,
Atale al brazo tu toca
Para que las cañas juegue,
¡Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve!

Y en la tuya la tiñera...
 Mas soy hombre, y mujer eres.
 ¡Por Mahoma que estoy loco!
 ¡Mi sangre en las venas hierve!
 ¡La paciencia se me acaba,
 Y mi juicio se pierde!
 Pero no me tenga el mundo
 Por el Alcaide de Velez,
 Ni me favorezca el cielo,
 Ni la tierra me conserve;
 Muera á manos de un cobarde
 Sin qué tenga quien me vengue,
 Si á esta ciudad, si á este infierno,
 Adonde mi honra muere,
 No la escandalizo, y vengo
 Mis agravios con la muerte
 De ese morillo cobarde,
 Que es infame, y se me atreve,
 A quien quitaré la vida,
 Y mil vidas, si mil tiene.
 Resuelto estoy, Reduan,
 De vengarme, ó de perdeme;
 Que un noble, si está ofendido,
 Fácilmente se resuelve.—
 (Romancero general.)

62.

ZAIDE. — XII.
 (Anónimo.)

Cuando el noble está ofendido,
 Es resolución discreta
 Por satisfacer su agravio
 Arriesgar vida y hacienda;
 Pero esto se ha de entender,
 Cuando aquel que hizo la ofensa
 Tiene sugeto capaz
 Para hacer la recompensa.
 Y respondiendo á tu carta,
 La cual vi letra por letra,
 Y lo que tu dama escribe,
 Claro su discurso enseña;
 Diréte en razones breves
 Lo que el deseo me ofrezca;
 Que errar ó acertar la cura,
 Consiste en la vez primera.
 Primero he sido en saberlo,
 Por ser en mi amistad deuda,
 Y lo seré en aplicarte
 El remedio que convenga.
 Si dices que un moro infame,
 De sangre baja y pechera,
 En tu ausencia él y tu dama
 Muestran efectos de ausencia,
 ¿Qué mejor venganza quieres?
 ¿Qué mas tu alma desea,
 Pues obligaciones tuyas
 Las pagas con bolsa ajena?
 A ella en pago del delito
 Le será castigo, y pena
 El truco de su mudanza,
 Que muchos siglos posea.
 Y si á los gozos presentes
 Tus memorias tienen muestra,
 Será flor de maravilla,
 Que con el alba recuerde.
 Pasan estas novedades,
 Y la fortuna que vuela
 Poniéndoos en su balanza
 Hará ver la diferencia.
 Contemple en el galán nuevo
 La bella rueda y cabeza,
 Llegue á los pies de su sangre,
 Y olvidársele ha la rueda¹.
 A entrambos conocerá
 Cuando sea menos la hoguera,
 Que quien ve quemar su casa,
 No es mucho memorias pierda.

Si en las fiestas que ordenaren
 Sacaren verde librea,
 Darán pregon, que es un tonto,
 Y ella, que es lo que se precia;
 Que aquel que á una alma mudable
 La voluntad y fe entrega,
 Por castigo bien le basta
 La esperanza de esta feria.
 Si tus prendas le alegraban,
 En las mujeres las prendas
 Es precio en que se remata
 Falsedad en almoneda.
 Si en tí se cerró el remate,
 Ha habido una puja nueva,
 Y son bienes de menores,
 Que se abre el remate, y cierra.
 Aire, suspiros y abrazos
 De tu memoria destierra,
 Que el bronce y el aire vano
 Mal podrán esculpir letras.
 Deja muertes y alborotos,
 Ven, y con verlos te alegría,
 Que la venganza mayor
 Será no hacer cuenta de ella.

(Romancero general.)

¹ Alude al pavo real de quien dicen que al verse los pies tan feos, deshace humillado la rueda de su cola, que soberbio y ufano le engrie.

63.

ZAIDE. — XIII.
 (Anónimo.)

Si tienes el corazón,
 Zaide, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dejas volar las palabras;
 Si en la vega escaramuzas
 Como entre las damas hablas,
 Y en el caballo revuelves
 El cuerpo, como en las zambras;
 Si el aire de los bohordos
 Tienes en jugar la lanza,
 Y como danzas la toca
 Con la cimitarra danzas;
 Si eres tan diestro en la guerra
 Como en pasear la plaza,
 Y como á fiestas te aplicas,
 Te aplicas á la batalla;
 Si como el galán ornato
 Usas la lucida malla,
 Y oyes el son de la trompa
 Como el son de la dulzaina;
 Si como en el regocijo
 Tiras gallardo las cañas,
 Y en el campo al enemigo
 Le atropellas y maltratas;
 Si respondes en presencia,
 Como en ausencia te alabas,
 Sal á ver si te defiendes
 Como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 Como lo está el que te aguarda,
 Algunos de tus amigos
 Para que te ayuden saca.
 Que los buenos caballeros,
 No en palacio, ni entre damas,
 Se aprovechan de la lengua,
 Pues es do las manos callan;
 Pero aquí que hablan las manos,
 Ven, y verás como habla
 El que delante del Rey,
 Por su respeto callaba.
 Esto el moro Tarfe escribe,
 Con tanta cólera y rabia,
 Que donde pone la pluma
 El delgado papel rasga.
 Y llamando á un paje suyo,

Le dijo: «Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Jenil
Al Generalife bañan».

(Romancero general.)

¹ Es una de las mas bellas y perfectas composiciones donde se pinta el valor y arrogancia de un carácter fiero y audaz. En contraposición de este romance, el del núm. 74, en vez de increpar á un caballero para que salga á batalla, siguiendo el mismo tema, excita á los guerreros para que suelten las armas y se aprovechen de la tregua, dedicándose mientras dura á obsequiar las damas con fiestas y placeres.

64.

ZAIDE. — XIV.

(Anónimo.)

Cese, Zaida, aquesta furia,
Que á fe que te entiendo, Zaida,
Que deseas verme muerto,
Pero muerto por tu causa.
Si tu lengua me despidie,
¿Por qué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿Por qué en secreto te abrasas?
La razón de estos efectos
No te la pregunto, Zaida;
Pero díganlo tus ojos,
Que yo sé que no lo callan.
Avisasme que te deje;
Ten aviso en tus palabras,
Que á do se trata de amor
Hierre quien de aviso trata.
Pintasme lindo en extremo;
Pero el publicar mis gracias,
Solo es darme lo que es mío,
Como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio;
¿Blanco me tienen desgracias;
Pero negra es mi ventura,
Por ser rubia tu mudanza!
¿Pareceme que te loas,
Viniendo á dejarme, ingrata!
Son las honras que me haces
Como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
Publicas que me adorarás:
¿Mil lenguas tener quisiera,
Porque todas te alabaran!
Aquese alcázar que dices,
En mi pecho no hace falta,
Porque todo es fortaleza
Por el primor de mis ansias.
Solo el alcaide en mis labios
Falta, porque ya en mi alma
Tenía guarda de alcaide,
Ilija de alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
Que yo sé que son bien claras,
Si no es que las escurezcan
Los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
Mucho pueden con las damas;
¿Mas poco puedo contigo,
Porque partes no te espantan!
Los platos de sus favores
Los sabios comen, y callan;
Mas si el manjar es sabroso,
¿Qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
Pues eres tan poco sabia
En los sucesos de amor,
En que experiencia se alcanza.
La trenza de los cabellos
No enrede la verdad, Zaida;

Basta que enrede las vidas
De falsarios que me agravian.
Jamás publiqué ser tuyo,
Solo ella lo publicaba,
Llevando escrito tu nombre
En el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
Riete de buena gana,
Que no aquellos que te han dicho
Soy hablador de ventaja;
Y admite agora disculpa,
Si te place, bella Zaida.

(Romancero general.)

65.

ZAIDE. — XV.

(Anónimo.)

No faltó, Zaide, quien trujo
A mis manos tus dos cartas,
Por las cuales vi que en una
En ausencia me maltratas.
Trátasme injustamente,
De severa, cruel, tirana,
No echando de ver que tú
Eres el principio y causa
De la que, Zaide, he tenido
Para mostrarme enojada,
Por ser tú blando de boca,
Y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
Nuestras historias pasadas,
Me ha parecido escribirte
Solamente estas palabras,
Movida de que también
En la segunda me tratas
De afable, mansa y benigna,
Conociendo tu desgracia:
Y lo mejor que hay en ellas
Es que pusiste las plantas
Por testigos de tu pena,
Porque te oyesen sus ramas,
Las cuales, según sospecho,
Han de quedar enseñadas
A ser oráculo y templo
De la sibila Cumana.
¿Gran trabajo tienes, moro,
Por tener tan mala fama,
De quien como de la lumbre
Huyen hoy de ti las damas!
Pero porque te arrepientas
Quiero mostrarme ya mansa,
Pues no hay piedra donde no
Haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
De tu sentencia ya dada;
Pues no hay juez tan riguroso,
En quien piedades no haya.
De mí te sabré decir,
Que aunque tus obras son malas,
Tengo, como nací noble,
Noble corazón y entrañas.
Notando que una leona,
Aunque esté furiosa y brava,
Si el león se le humilla,
Ella se humilla, y le halaga;
Pero si acaso el león,
El amistad celebrada
No la sabe conservar,
Le aborrece y le desama.
¿Harto, Zaide, creo he dicho,
Para que entiendas de Zaida,
Estar ajena de culpa,
Y libre de tus palabras!

(Romancero general.)

66.

ZAIDE. — XVI.

(Anónimo.)

Gallardo pasea Zaida
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imagen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga,
Que desdichas le sacaron
Desterrado de Granada:
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama;
Mas por dar gusto á enemigos,
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su patria:
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,
Y cuanto alegre turbada:
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener mas lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro celoso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
—; Oh mas hermosa y mas bella
Que la aurora aljofarada!
; Mora de los ojos mios,
Que otra en beldad no te iguala!
; Dime, faltate salud
Despues que el verte me falta?
; Mas segun la muestra has dado
Amor es el que te falta!
Pues mira, ; diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuántas noches dormi
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decias: ; El firme amor
Solo entre los dos se halla!
Pues que por mi no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,
Lo que prometo una vez,
Cúmplelo tambien, ingrata.
No pido mas que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar solo en ti
Me ocupo tarde y mañana.—
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabara,
Si no faltara la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra:
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba

Al moro sus quejas tristes
Dijo la discreta Zaida:
—Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamas no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mi confiada,
Que suele, el cuerpo presente,
Ser la vigilia doblada;
Y mas que tú lisonjeas,
Que ya lo tienes por gala,
De ser como aqui lo has dicho,
No habiendo en mi bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo,
; Y pluguiese á Alá quedara
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casara!
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mi lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras.—
No pudo escuchalla mas
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no ménos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos
Juntas quedaron las almas.

(Romancero general.)

67.

ZAIDE. — XVII.

(Anónimo.)

«Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdi mi contento,
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.
; Ingrata! Con tus mudanzas
Tanto mis véras ofendes,
Que vuelves mi ardiente pecho
Mas helado que las nieves:
Los males que le causabas
Estimaba mas que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Mas que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece.
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fe y agravio me ofrece.
Jamás conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses;
; Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererte!
En estos afectos mios
Claro puede conocerse,
Que al fin una sinrazon
Mas que mil razones puede.
La mudable condicion
En el sugeto que tienes,
No puede ser cosa tuya
Sino solo de mi suerte.
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,

Que ya en esto te parezco,
Aunque siento el parecerle.
; Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tú tienes,
No fueran tan de estimar
Por no sentir el perderle!—
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

(Romancero general.).

68.

ZAIDE. — XVIII.

(Anónimo.)

Zaide espasce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas,
Dice: — Si escrituras fuisteis,
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia;
Y si fuisteis testimonios
De algunas veras pasadas,
Indebido fué tal nombre,
Pues veras tarde se acaban.
Si fuistes obligaciones,
Ya sin razon son negadas;
; Pero quien niega las propias,
Poco en ajenas repara!
Y si féas, fuisteis fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningun fuego os quemara,
Porque siendo en vuestra ofensa
Mis lágrimas le apagan;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á fallarme agora fuego
Os quemara el de mi rabia.
Lieve el viento esas cenizas,
Pues llevó mis confianzas;
Y llévase mis memorias
Que ya en perderlas se gana.—
Mas dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras,
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

(Romancero general.).

69.

ZAIDE. — XIX.

(Anónimo.)

—Algun fronterizo alarbe
De los pecheros comunes,
Zaide, malquisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu baja
Por mil partes se descubre;
Y como lo falso opones
A la verdad de que huyes,
Oropel de la nobleza

T. X.

Te llaman, y rey de embustes.
Engañome tu semblante,
Amistad contigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
; Mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
; Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura, y su firmeza,
Porque se ofenda y me culpe.
; Si tú fueras el dichoso,
Desde el suelo hasta las nubes,
A su nobleza infamaras,
Que es obra de tus costumbres!
De mí ya saben las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque mas mis glorias duren.
Ausentéme de la corte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zaira que me amaba
Osaste decir que busque
Ocasión para valerte,
Y que en tu ocasión la ocupe.
; Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigno mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los ajenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalguía con traición
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,
Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
; Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debéis!
; Mirad que el plazo se cumple!
; Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que cifien estuches!
Que aunque mas vuestro linaje
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte
Quien traidores pasos sube.—

(Romancero general.).

ROMANCES DE TARFE.

70.

TARFE.—I.

(Anónimo.)

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de yelo
La que tanto fuego enciende,
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Celia, por quien padece.
Viola estar á la ventana

Con hermosa y grata frente.
 Pero los esquivos ojos
 Daban muestras de crueles,
 Mostrando el bravo rigor
 Que con él tuviera siempre,
 Haciendo su duro pecho
 Con sus rayos trasparente;
 Y muestra el moro en la cara
 Mil colores diferentes,
 Que en ver el extremo de ellas,
 Unas van, y otras se vuelven:
 Y sudando de coraje
 Se limpia el rostro mil veces,
 Con un velo que le dió
 La hija del moro Hamete:
 Y porque Celia en miralle
 Algua tanto se suspende,
 De mudanza temeroso
 Dice que arderse parece.
 —La mas sublime merced,
 Cruel, que puedes hacerme,
 Es, que de véras me avises,
 Si me quieres ó aborreces;
 Porque le pague á Adarifa
 Lo mucho que tú me debes:
 Que me adora, y no la estimo,
 Y tú de verme te ofendes. —
 Y celoso de traicion
 De los que envidia le tienen,
 Con mil amorosas ansias
 Dice apretando el bonete:
 —¡Miente el traidor homicida
 Que con Alia me revuelve,
 Y si fuere mas que uno,
 Todos cuantos fueren mienten!
 Cegries ó Bencerrajes
 Salgan, aunque sean veinte,
 Sarracinos ó Aliatares,
 Aderifes ó Gomeles,
 Que yo soy el moro Tarfe,
 Espejo de los valientes,
 Que á la corte soy venido
 A pasear con los reyes,
 Como paseó mi padre
 En los palacios de Gelves;
 Y por mí dejan sus aguas
 Las bellas ninfas del Bétis,
 Y ellas harán que mi nombre
 En la corte se celebre:
 Y sepan quien es el Tarfe,
 Y de qué sangre descende,
 Y que me hagan la salva
 Los demas de alta progenie:
 Y que en solo oír mi nombre
 Los mas arrogantes tiemblen.
 ¡Mienten otra vez, les digo,
 Los que al contrario dijeren!
 Salga gente de Granada;
 Suelten plumas y alquiceles;
 Suelten las bandas moradas,
 Y las de esperanzas verdes
 Sus usurpadas divisas
 De damas que no merecen:
 Pongan cascos acerados
 Y yelmos de finos temples,
 Sabrán si cumple mi lanza
 Lo que mi lengua promete:
 Que por Celia he de morir;
 Pero antes de mi muerte,
 Quedará el suelo teñido
 De sangre de estos alevos.

(Romancero general.)

71.

TARFE. — II.
 (Anónimo.)

En dos yeguas muy ligeras,
 De blanco color de cisne,

Se pasean en Granada
 Tarfe y el rey de Belchite:
 Iguales en las colores,
 Porque iguales damas sirven,
 Que el Tarfe sirve á su Celia,
 Y el Rey sirve á Doralice:
 Con bandas verdes y azules
 Los gallardos cuerpos ciñen,
 Cubiertas de naranjado,
 Que el verde no se divise:
 Marlotas y capellares
 Moradas y carmesies,
 Bordadas de plata y oro,
 Y esmeraldas y rubies:
 Los almaizares leonados,
 Color congojosa y triste,
 Plumas negras y amarillas,
 Porque sus penas publiquen.
 En las letras y divisas,
 Algua tanto se distinguen,
 Que lleva el Rey en la adarga,
 Hecha de varios matices,
 Una dama muy hermosa,
 Y un gallardo rey humilde,
 Con la corona á sus piés,
 Sufriendo que se la pisen,
 Y un corazon abrasado,
 Con una cifra que dice:
 «De hielo nace mi llama,
 »Y el hielo en mi fuego vive».
 La dama lleva en la mano,
 Y encima su frente insigne,
 Dorado cetro y corona,
 Porque se entienda que rige;
 Y en la mano izquierda un mundo,
 Porque le manda y oprime,
 Y la Fortuna humillada,
 Que el paso á su rueda impide.
 No lleva el Tarfe divisas,
 Porque no se escandalice
 Adarifa, que de Celia
 Celos al moro le pide.
 Solo lleva por empresa
 Un verde ramo apacible,
 Y un retrato cuyos ojos
 Vivas centellas despiden,
 Y en todo el ramo esta letra,
 Que en árabe prosigue:
 «Aunque tus rayos me abrasen,
 »Fía que no me marchiten»;
 Y arrancando muy veloces,
 Porque sus damas los miren,
 Acabando la carrera
 El Rey dijo á Doralice:
 — Aunque las diosas sagradas
 Tu hermosura te envidien,
 ¿Por qué con tu gloria y cielo,
 Pena y infierno permites?
 Dime pues, ¿qué mas deseas?
 ¿Qué mas al cielo le pides?
 Que tener á un Rey sujeto,
 Si de reyes sucediste?
 Ya no te pido favores,
 Ni que me adores ni estimes,
 Sino que uno solo escojas,
 De los muchos que te sirven,
 Porque veo que á cualquiera
 En tu servicio le admities,
 Así al de bajo linaje,
 Como á el de alto y sublime
 Y en los saraos y zambras
 De ordinario te persiguen
 Los Audallas y Aliatares,
 Azarques y Almoradies,
 Cegries y Bencerrajes,
 Sarracenos y Adalifes,
 Y con cara alegre y grata
 A ninguno nos despiden,
 Que á todos matas de amor

Con un falso amor que finges.
 Quitas la vida y el alma,
 Y tú con mil almas vives :
 Si no quieres enmendarte,
 Me desengañes y avisas,
 Que damas hay en la corte
 Que desean de servirme ;
 Y la hermosa Bindarrafa
 Desde Antequera me escribe
 Con cien mil celosas quejas,
 Diciendo : ¿Cómo es posible
 Que mis letras y mis cartas
 Dentro en tu alma no imprimen,
 Pues que tú impreso en la mía,
 Aunque estás ausente, vives?—
 Y con esto cesó el Rey,
 Y el Tarfe á Celia le dice :
 —Celia y cielo te llamaba,
 Mas ya encantadora Circe,
 Porque tú sereno cielo
 De oscuras nubes cubriste,
 Y en los soles de tu cara
 Tu crueldad hace eclipse,
 Y al que ántes del sol vestías,
 De oscuras tinieblas vestiste ;
 Y antes que la santa fiesta
 Del Bautista solemne,
 Por Alá, que he de sacarte
 De la patria donde vives!
 Y esto no será en tu mano,
 De que yo me determine,
 Pues sabes que el mundo es poco
 Para poder resistirme,
 Pues he des poblado á Francia
 De valientes paladines.
 Y tengo en toda Vandalia
 Teñidos los arracifes
 De los de la cruz de grana
 Y los de flores de lisas,
 Y he de teñir en Granada
 Alhambra y Zacatines,
 Aunque no suele mi alfanje
 En tan vil sangre teñirse :—
 Y en esto oyeron tocar
 A rebato los clarines,
 Y mas lijeros que el viento
 Se parten sin despedirse.

(Romancero general.)

72.

TARFE.—III.

(Anónimo 1.)

A un balcón de un chapitel,
 El mas alto de su torre,
 Alto extremo de hermosura,
 Y alteza de los amores,
 Estaban dos damas moras,
 En suma beldad conformes :
 Suma que es suma en quien suma
 Mil sumas de corazones :
 La una se llama Celia,
 Y otra Jarifa es su nombre :
 Jarifa, que agudas flechas
 Y jaras tira á los hombres.
 Salían Tarfe y Gazul
 Por delante sus balcones,
 Delante las que adelante
 Se adelantan á sus dioses,
 Y las moras desde arriba
 Tiran piedras por favores,
 Piedras que empiedran el alma,
 Y las piedras blandas ponien ;
 Y tiran juntos con ellas
 Claros rayos de sus solos :
 Claros, que al mas claro sol
 Clara ventaja conocen.
 Los moros alzan los ojos

Viendo las llamas feroces,
 Llamas, que en llamas abrasa
 Y llama á quien no conoce ;
 Y la clarifica luz,
 La clara vista quitóles ;
 Vista, que mil veces vista
 Hace que á revista tornen.
 Juzgan los moros por gloria
 El perder la luz entonces,
 En la luz que á la luz priva,
 Y sin luz da luces dobles :
 Y tienen puestos los moros
 Velos de varias colores,
 Varios que á varias amantes
 Dan varias muertes enormes.
 Bajanse del chapitel,
 Y en el corredor se ponen,
 Corredor, que corre almas,
 Y alcanza las que mas corren,
 Y mirándolas de cerca
 Dan mas vivos resplandores,
 Vivos, que dan á los vivos
 Vivas muertes y pasiones :
 Y á los moros les hicieron
 Que la luz perdida cobren,
 Perdida, mas bien ganada ;
 Ganada, pues bien perdióse :
 Y alegres y satisfechos
 Lijeros la plaza corren,
 Plaza, que á tantos aplaza,
 Y emplaza en pleitos de amores.

(Romancero general.)

1 Romance de muy mal gusto, lleno de equívocos y retrócanos.

75.

TARFE.—IV.

(Anónimo.)

«Mora Zaida, hija de Zaidé,
 No quiero que mas te burles,
 Con burlas que tanto aumentan
 Las penas que mi alma sufre.
 No quieras cubrir el cielo,
 Que siempre en mirarte tuve,
 Para descubrir los males
 Que tu favores me cubren.
 Si te pido la palabra
 Que me diste, no te excuses
 Con cautelosas razones ;
 Di que no quieres, concluye.
 No muestres tanto desprecio,
 Ni te alities, ni te enumbres,
 Pues de gravedades locas
 Cualquiera que ama huye.
 Porque mil moros te quieran
 No te pongas en las nubes,
 Que los discursos mas llanos
 Usan ya los mas ilustres,
 Que ya no hay moros Cegries,
 Ni otros semejantes busques,
 Que hagan cueva por desdenes
 A sombra de un acebuche.
 El tiempo con que te burlas
 A ti propia te destruye,
 Que el pasárete tus años
 Entre los moros se ruge.
 Cásate, Zaida, si quieres,
 Porque es cosa que te cumple ;
 No aguardes que los que juzgan
 Tantas verdades desnuden.
 Y si quieres aguardar
 Que el tiempo este caso cure,
 Mira tú cuán sin piedad
 Todas las cosas consume.
 Dame el premio que merecen
 Mis presentes pesadumbres,
 Y al hacer salva, á la sorda

Suenen tiros y arcabuces.
Y en el campo de mi fe
Pon luz con tu clara lumbre,
Para que oigan con mi triunfo
Chirimías sacabuches.
Esto dijo el moro Tarfe
Con los acentos mas dulces,
Como aquel que en solo amar
Es flor de los andaluces.

(Romancero general.)

74.

TARFE. — V.

(Anónimo.)

— Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lado izquierdo
Os poneis la cruz de grana;
Si en los juveniles pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las véras
Os place el burlar de plaza,
Y os cubris de blanda seda
Como de ásperas corazas:
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El día que os diere gusto
Podrémos jugar las cañas;
Que no es justo que la guerra,
Aunque nos quemais las casas,
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas;
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas,
Por vuestro cerco prolijo
Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Queréis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas,
Dadlas á nuestras desgracias:
Que es grande alivio del cuerpo
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota,
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aquí mi palabra,
En señal de su valor,
Para que viva su fama,
De atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el Maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos,
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrajes,
Se le envió á la campaña.
Recibienlos en las tiendas,
Y sabida su demanda,
Dando el Maestre licencia
Se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanías,
Hasta salir del real

A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan
Cierran la puerta al acero.
Y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan,
Mientras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos,
Y ellas en bordarles mangas:
Y los dos competidores
De la pendencia pasada,
Hacen paces entre sí,
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galán,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora
Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Mas que á su vida y su alma,
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
Vió una mora á la ventana,
A quien con joyas tenia
De muy atrás granjeada:
Hablóla, y dijo: —¿Señora,
Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
Mas que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata mas moros
Que el Maestre con su espada,
¿Cuándo los volverá mansos?
¿O cuándo volverá mansa,
Dejando á Tarfe que tiene
Ménos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas,
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decia,
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oído á las razones,
Y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul, con oro y plata.

(Romancero general.)

Es un bellissimo romance, donde brilla mucho el espíritu de caballería que se supone existía entre los moros y cristianos, poco ántes de acabarse la guerra de Granada. (Véase la nota del romance núm. 65.)

ROMANCES DE ABINDARRAEZ EL TIO.

75.

ABINDARRAEZ EL TIO. — I.

(Anónimo.)

Abindarraez y Muza,
Y el rey Chico de Granada,
Gallardos entran vestidos
Para bailar una zambra.

Un lunes á media noche
 Fué de los tres concertada,
 Porque los tres son cautivos
 De Jarifa, Zaida y Zara.
 El descomponerse el Rey,
 Cosa entre reyes no usada,
 Y darle Muza su ayuda,
 Poco galan sin las armas,
 Que es hombre que noche y día
 Tiene ceñida la espada,
 Y para dormir se arrima
 En un pedazo de lanza,
 Halo cansado un desden
 Que tiene en los ojos Zaida,
 Y amores de un Bencerraje
 Que adora los suyos Zara.
 Abindarraez es mozo,
 Y siempre de amores trata:
 Fátima muere por él,
 Y á Jarifa rinde el alma.
 Al fin ordena la fiesta
 La desórden qué amor causa,
 Que al mas cuerdo hará mas loco
 Celo y gusto de su dama.
 Para cumplir con la gente
 Echaron fama en Granada,
 Que ha venido cierta nueva
 Que Antequera era ganada.
 Es la fiesta por agosto,
 Y entra el Rey toda bordada
 Una marlota amarilla,
 De copos de nieve y plata,
 Con una letra que dice:
 «Sobre mi fuego no basta».
 Gallardo le sigue Muza,
 De azul viste cuerpo y alma,
 Labradas en campo de oro
 Unas pequeñas mordazas,
 Cuya empresa de ellas dice:
 «Acabaré de acaballas».
 Abindarraez se viste
 El color de su esperanza,
 Unas yedras sobrepuestas
 Con unas tocas doradas,
 Un cielo sobre los hombros,
 Con unas nubes bordadas,
 Y en las yedras esta letra:
 «Mas verde cuanto mas alta».
 Sacaron á las tres moras,
 Que eran la flor de la sala;
 Eran el adorno de ella,
 Y lo mejor de sus armas.
 Abindarraez brioso,
 Con una vuelta gallarda,
 Pisó á Fátima en el pié,
 Y á su Jarifa en el alma.
 La mano le suelta al moro,
 Y así le dice turbada:
 «¿Para qué entraste encubierta,
 Traidor, la engañosa cara?
 Arroja el fingido rostro,
 Que el propio tuyo te basta,
 Pues que te conocen todos
 Por mi daño y su venganza».
 Con mil caricias el moro
 La blanca mano demanda,
 Y ella replica:—No quieras
 Mano en la tuya, agravada:
 Baste que Fátima diga,
 En conversacion de damas,
 Que estimas en mas su pié
 Que mi mano desdichada.—
 Abindarraez turbado
 Sale buyendo del Alhambra:
 Si de verde salió el moro,
 De negro vuelve á la sala.
 Entre tanto el Rey y Muza
 Estaban con Zaida y Zara,
 Cansados de tantas vueltas

Que son de amor las mudanzas.
 Como estaban disfrazados,
 Recostáronse en sus faldas:
 Cuando hablan enmudecen,
 Y cuando están mudos hablan.
 Tambien se cansarán ellas,
 Que el cuerpo muerto no cansa
 Como el vivo aborrecido
 Que quiere forzar el alma.
 Levántase un alboroto,
 Que la reina se desmaya:
 La fiesta se acabó en celos,
 Que amor con ellos acaba.

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.^a parte.)

⁴ Este Abindarraez y esta Jarifa son del todo fabulosos, á diferencia de aquellos que son los héroes de la historia de Abindarraez y Narvaez, los cuales á pesar de ser muy novelescos, como tienen mucho de lo que se cree verdadero, se han colocado entre los romances históricos. Es uno de los buenos romances moriscos donde se retratan bien los lances de amor y celos á que las fiestas dan lugar.

76.

ABINDARRAEZ EL TIO. — II.

(*Anónimo.*)

Despues que con alboroto
 Pasó el bailar de la zambra,
 Do el gallardo Abindarraez
 Dejó agraviada su dama
 Pisando á Fátima el pié
 En la presencia de Zara,
 Y se entraron con la Reina
 A divertirla sus damas;
 Juntanse en conversacion
 Jarifa, Fátima y Zara,
 Que Zaida está con la Reina,
 Que la entretiene y regala.
 Son estas las mas hermosas,
 Y de mas nombre en Granada:
 Tiene Fátima en los ojos
 Paraísos de las almas,
 Y en sus rubios cabellos
 El rico metal de Arabia,
 En cuyos lazos aínda
 Las almas mas libertadas.
 Tiene Jarifa la frente
 De un liso marfil sacada,
 Con sus mejillas hermosas,
 Y sus labios de escarlata:
 Son las manos de cristal,
 Nieve el pecho y la garganta,
 Adonde el fuego de amor
 Invisiblemente abrasa;
 Y aunque en su comparacion
 Es algo morena Zara,
 En discrecion y donaire
 A las demas aventaja,
 Que la flor de la hermosa
 En breve tiempo se pasa,
 Y es don que jamas se pierde
 La discrecion y la gracia.
 Es su plática de amores,
 Y de los ajenos tratan,
 Que las mudanzas del moro
 Cada cual las siente y calla.
 Lágrimas son de Muley,
 Y libertades de Zaida,
 Que agora Jarifa llora,
 Y las considera Zara,
 Pues ama á quien la aborrece,
 Y Jarifa á quien la engaña,
 Y Fátima está contenta
 Pues las deja por su causa;
 Y como los corazones
 Siempre por los ojos hablan,
 Respondió á su pensamiento

Jarifa diciendo: — Basta,
Que no quiero otro castigo,
Ni pretendo otra venganza,
Que la que te puede dar
La mentira de mis ansias,
Que pronto verás el rostro
De la fortuna contraria
Con mas luto y mas tristeza
Que yo la tengo en el alma;
Que si levanta tu pie,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta,
Que ya me subió el favor
No sé si diga mas alta.
;Mal anduve en no tenello
Cuando juntamos las palmas! —
Zara que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo: — ; Dichosa la mora
Que jamas ha sido amada!
Si con celosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habellos conocido
Es mas segura ganancia. —
Fátima que estuvo atenta
A una y a otra desgracia,
Coligiendo de sus daños
Una consecuencia llana,
Dijo: — Quien tan sin razon,
Y tan sin porqué os agravia,
Merece que le castigue
La que mas quiere del alma.
Dijera mas, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
A decirlas que la Reina
A mucha prisa las llama,
Y al levantarse juntarou
Estrechamente las palmas,
Diciendo: — Muera su fe,
Y viva nuestra esperanza.

(Romancero general.)

77.

ABINDARRAEZ EL TIO. — III.

(Anónimo.)

En la ciudad Granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,
Y la que pinta su pluma
De varias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,
La cual se llama Jarifa,
De la Torre y de la Alhambra.
A esta sirve un Bencerraje
Que le dió asiento en el alma,
Al cual le dan guerra celos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa,
Que jamas muestra mudanza.
A un paje de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla
Un Cegri que se pasea
Por delante sus ventanas:
Y el paje que es secretario,
De presto le desengaña,
Diciéndole que el Cegri
Sirve á otra mora gallarda,
A quien se humilla el amor
Como á su madre sagrada.
Y con esto el Bencerraje
Aplacó su ardiente llama;
Pero no mitigó el fuego,

Que su corazon le abrasa,
Que quedando satisfecho
Mas el vivo amor le inflama,
Y del paje se despide,
Y va contento á su casa.
Y tiene razon el moro,
Porque la mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana:
Que es tanta su discrecion,
Y su hermosura tan rara,
Que las musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.
Y si hace oscura noche,
Revoltoza y temeraria,
Con solo ella abrir sus ojos.
La hace apacible y clara;
Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol mas de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarifica luz
Alumbra á toda Granada;
Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura mas alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sabia;
Y es un retrato divino,
Por quien Alá nos declara
Las divinas hermosuras
De su corte soberana.

(Romancero general.)

78.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IV.

(Anónimo.)

Celoso y enamorado.
Rompe los aires con quejas
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y celoso
Quejándose de su estrella,
Dice, y mira á la ventana
De Jarifa mora bella:
— ¡ Ventana! ; Divino cielo!
En cuyas hermosas verjas
Vi cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera;
Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Dame los hermosos rayos
Que el cielo á los tristes niega.
« Rabiosos celos... etc. »
Mis dichas esperanzas
Fuéron sombra, humo y niebla,
Esposas mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.
Sufri esperanzas dichasas...
; Penas en el mar de penas,
Dejad que mi pensamiento
Lleve al cielo mis querellas!
« Rabiosos celos... etc. »
Y tú, hermosa Jarifa,
Causa de mi mal primera,
Y en esta prision esquivo
De mi alma cárcelera,
No quites, Jarifa hermosa,
Las prisiones en que pena,
; Mas pues de su muerte gustas,
Su muerte te venga fiera!
« Rabiosos celos... etc. »
Pero con tormentos mas
No verás mas clara prueba,
Que la verdad en el potro,
Te la confiesa sin vueltas,
Y si para mas tormentos
Mi larga prision ordenas,

Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sujeta.
«Rabiosos celos... etc.»
Miraba el moro celoso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarde,
Que está la gente despierta.
Y quitase el moro luego
De su puerta, porque suena
Gente en la calle de ronda,
Y ténese no le vean.
«Rabiosos celos... etc.»

(Romancero general.)

79.

ABINDARRAEZ EL TÍO. — V.

(Anónimo.)

Fátima y Abindarraez,
Los dos extremos del reino,
Ella por extremo hermosa,
Y él valiente en todo extremo;
Abencerraje de fama,
Del rey de Granada deudo,
Capitán de Alora, cuando
Doraba su rostro el vello:
Aquel que con los peligros
Daba descanso á su pecho,
Mostrando en él y en los ojos
De un amante y amor tierno:
El que por su fe y su rey
Ha mostrado en poco tiempo
Que lo que en la edad faltaba,
Sobraba en valor y esfuerzo,
Y en las Cortes de Almería¹,
Las últimas que se hicieron,
Hizo gran servicio al Rey
Guardando al reino sus fueros²,
Tanto que los Alfaquies
Decretaron en consejo,
Que se le hiciese una estatua
Por reparador del reino,
Y de esto y de su valor,
Estando el Rey satisfecho,
Por gratificarle en algo
Parte de lo que había hecho,
Le ha nombrado por alcaide
De aquel belicoso suelo,
Donde bebe el mar de España
Las aguas de Tajo y Duero³.
Aquí estaba Abindarraez
Ocupado en su gobierno,
Presente de sus cuidados,
Y ausente de sus contentos:
Cuando á la ausente Jarifa,
Que no lo está de sus duelos,
Sino presente á su pena,
Y de su gloria el destierro,
Hablando con un retrato,
Que le sacó de su pecho,
Donde está mas natural
Que puede en tabla ó en lienzo:
Después de decir callando
Mil amorosos conceptos,
Que mas que una lengua ó libro
Habla á veces el silencio,
Dijo: ¡Amiga de mis ojos!
¡Vida de mi pensamiento!
No verte como solía
Me es otro nuevo tormento.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)¹ Entre los Moros no había Cortes.² Tampoco había fueros, á lo menos que se pareciesen á los de los castellanos.³ Ni el Duero ni el Tajo mezclan sus aguas en el mar de España.

80.

ABINDARRAEZ EL TÍO. — VI.

(Anónimo.)

La mañana de San Juan,
A punto que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas
Labrados por sus amadas;
Ricas aljubas vestidas
De oro y de seda labradas:
El moro que amores tiene
Allí bien se señalaba,
Y el moro que no los tiene
De tenerlos procuraba.
Miranlos las damas moras
Desde las torres de Alhambra,
Entre las cuales había
Dos de amor muy lastimadas;
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solían ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan:
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba.
— ¡Ay Fátima, hermana mía!
¿Cómo estás de amor tocada!
Solías tener colores,
Veo que ahora te faltan;
Solías tratar amores,
Ahora obras y callas;
Pero si los quieres ver,
Asómate á esa ventana,
Y verás á Abindarraez,
Y su gentileza y gala.—
Fátima como discreta,
Desta manera le habla:
—No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratara;
Si se perdió mi color,
Tengo dello justa causa,
Por la muerte de mi padre,
Que aquel alaves matara:
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
En aquella vega llana,
De quien pudiera servirme,
Y dellos ser muy amada,
De tanto valor y esfuerzo,
Cual de Abindarraez alabas.—
Con esto las damas moras
Pusieron fin á su habla.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de los
Cegries, etc.)

81.

ABINDARRAEZ EL TÍO. — VII.

(De Lucas Rodríguez¹.)

Cuando el rubicundo Febo
Sus rayos comunicaba
Al suelo caliginoso
Que de su ausencia quedaba
Temeroso, triste y feo
Con todo cuanto criaba:
En el venturoso día
Celebrado en nuestra España,
Y por todo el universo
De tal nombradía y fama,
Del glorioso Juan Baptista
A quien la Iglesia señala
Por uno de los mayores
Que en los nacidos se halla;

Cuando la morisma toda
En fiestas se señalaba,
Salen dos gallardos moros
Por la vega de Granada
Con relinchosos caballos
Haciendo grande algazara,
Y agradable escaramuza,
Curioso jugar de lanza,
Y otras muchas gentilezas,
Cuyas hazañas mostraban
Estar heridos de amor
Y sus almas captivadas.
Miranlos dos bellas moras
De las torres del Alhambra,
Que en particular tenían,
Aunque lo disimulaban,
Rendidos sus corazones
A los que escaramuzaban.
Llaman Jarifa á la una,
La otra Fátima se llama:
Si la una tiene hermosura,
La otra hermosura y gracia,
Y entre la una y la otra
Mortales celos se tratan
De ese moro Abindarraez:
Días ha que no se hablan.
Jarifa es grave y hermosa,
Vive leda y conliada,
Y aunque Fátima lo es,
No tiene su confianza,
Puesto que el gallardo moro
La dió á entender que la amaba,
Y para certificarse
Mil ocasiones buscaba.
Finalmente vió á Jarifa
Junto á sí en una ventana,
Al tiempo que el bravo moro
Adarga y lanza jugaba.
Parecióle esta ocasión
Para lo que deseaba,
Y con voz baja y quieta
Aunque con alma alterada,
Le dice: — Hermana Jarifa,
Tiéneme muy admirada
Un efecto, que yo veo
En la color de tu cara.
Ya estás blanca, ya amarilla,
Y á ratos muy colorada.
Unas veces por los ojos
Parece que das el alma,
Y adonde está Abindarraez
Allí la pones fijada.
Si le vencen los contrarios
Te muestras muy desmayada,
Y si sale vencedor
Alegre y regocijada.
Todas estas cosas son
Propias de persona que ama. —
Atenta estaba Jarifa
A todo, muy sosegada:
Quiso callar y no pudo,
Que amor la tenía forzada;
Mas con su boca graciosa
Desta manera la habla:
— Fátima, ¿burlas de mí,
O estás conmigo enojada?
Si burlas son, no las quiero,
Que con celos, son pesadas:
Si véras, á ti mas toca,
Pues estás amartelada,
Que ese moro Abindarraez
Te tiene muy sujetada,
Y sé que huelgas de sello:
¡No hagas de la excusada,
Que es echar mas leña al fuego,
Y tener pena doblada! —
Fátima respondió así:
— ¡Vives, Jarifa, engañada
Si piensas que por él peno!

Que para hacer tal entrada,
Tarde llegó Abindarraez:
Tomada está la posada. —

(RODRIGUEZ, *Romancero historiador*.)

¹ Es este romance una imitación bastante feliz del anterior; pero en el primer trozo hay ideas harto pedantescas y de mal gusto.

82.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VIII.

(De Pedro Padilla.)

Con Fátima está Jarifa
A una ventana hablando,
Y ardiendo de celos della
Le dice con rostro airado:
— ¡Nunca entendí que tuvieras
Conmigo tan doble trato,
Porque caber no podía
Sino en corazón villano!
Dejásteme el otro día
Con el pecho asegurado,
Para poderme engañar
Mucho mejor á tu salvo.
Creíste yo como amiga
Descuidada de tu engaño,
Que lo que yo no hiciera
No supe en ti recelarlo.
Dice, Fátima, muy bien
Aquel refrán tan usado,
«Que solo el que no se fia
» Deja de ser engañado».
¿Por qué dijiste que estaba
El aposento ocupado,
Y que el moro Abindarraez
Había tarde llegado,
Sabiendo que en el lugar
Sabían todos lo contrario,
Que públicamente anda
Tu servidor declarado?
Solo el engañarme siento,
Que no lo que me has quitado,
Pues nunca tanto me quise,
Ni estimé en mas mi cuidado.
Yo sé de su propia boca
Cuanto contigo ha pasado,
Y que tú le solicitas
Estándose él descuidado.
No tengo celos de ti,
Ni nadie me los ha dado,
Porque cuanto del pretendo
Tengo muy asegurado:
Lo que siento es, que tuvieses
Conmigo trato doblado,
Siéndote yo tan amiga
Y habiéndotelo mostrado.
Fátima, muda de intento,
Porque yo te desengañé
Que son conmigo las véras
Y andan contigo de falso.
Del agravio que me has hecho
El que puede me ha vengado,
Y con decirte queda
Mi corazón descansado. —
Fátima responder quiso:
Mas Jarifa no ha esperado,
Que la palabra en la boca
Saliéndose la ha dejado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías*.)

83.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IX.

(De Pedro de Padilla¹.)

El gallardo Abindarraez,
Tan conocido por fama,

Y el valiente moro Muza,
Que era alcaide del Alhambra,
Pariente del rey Chiquito
Y gran servidor de Axa,
A pasear la ciudad
Del Alhambra se bajaban.
El uno va de amarillo
Y otro de color leonado,
Que estas eran las colores
De las dos que los dos aman.
Los caballos eran rucios
En que los dos moros bajan,
De muy hermosa presencia :
Las sillas aderezadas
La una de verde y de oro,
La otra de leonado y plata.
¡Tan lozanos van los moros,
Que por do quiera que pasan
Unos les dan bendiciones,
Y otros de envidiosos callan !
Y tratando algunas cosas
En que mas gusto hallaban,
Vinieron á tratar luego
De las damas de Granada.
Y repararon los dos
En las dos que entrambos aman :
Dice el uno que Jarifa
Es de hermosura y gracia,
De valor y cortesía
La mora que mas alcanza.
No consiente aquello Muza,
Diciendo que no hay criada
Mujer, debajo del cielo
Que se igualase con Axa :
Y fué la burla de suerte
Que de palabra en palabra,
Si no fueran tan amigos
Pusieran mano á las armas.
Mas lo que allí no fué véras
En una gran fiesta para,
Porque el moro Abindarraez,
Luego que volvió al Alhambra
Hizo llamar sus amigos,
Y por defender su dama
Una fiesta de sortija
Dieron órden que se haga,
Entre ellos cosa muy nueva
Y nunca jamas usada :
Y el cartel que allí se hizo
Otro diaregonaban
En que Abindarraez defiende,
Que la mora á quien él ama
Es la mujer mas hermosa
Que vive dentro en Granada,
Y que lo mantendrá solo
A cuantos moros le salgan,
A tres lanzas las mejores,
Mejor letra y mejor gala :
Y que si fuese vencido,
Que perderá una guirnalda
De piedras de gran valor
Y de perlas adornada,
Que la hermosa Jarifa
Con su mano aderezara.
Y cuando ya llegó el dia
Para la fiesta aplazada,
Todas las moras hermosas
Acudieron al Alhambra,
Codiciosas de ganar
Lo que cada cual pensaba
Que le era deuda debida
Por mas hermosa y gallarda.
Y cuando ya estuvo dellas
Hecha un cielo aquella plaza,
Los enamorados moros
A caballo paseaban,
Cada cual haciendo fiesta
A la que mas le cuadraba.
Estando en esto, sintieron

Que el mantenedor entraba
Con doce moros delante,
Todos de encarnado y plata
Con unas llamas de fuego
Que un corazon abrasaban,
Los seis con doce atabales
Que de dos en dos tocaban,
Y con trompetas los otros
De música concertada,
Y doce pajes tras ellos
De hermoso talle y cara,
De tela de oro vestidos,
De encarnado matizada,
Y con estrellas de perlas
A todas partes poblada.
En doce caballos blancos
Los doce pajes entraban,
Encubertados los seis,
Y los seis con sillas rasas;
Y los seis pajes mayores
Lleva cada cual su lanza,
Y los caballos testeras
Con plumas diferenciadas :
De la suerte del vestido
Las cubiertas adornadas.
Tras ellos entra Jarifa
Al natural retratada,
En un carro aderezado
Con mucha riqueza y gala.
Cuatro caballos le tiran,
Todos color de castaña,
Con frenos dorados todos
Y las cabezas pobladas
De largas y bellas plumas
Pardas, blancas y leonadas;
Y ante los pies de Jarifa
Vénus viene arrodillada,
Ofreciéndole del hijo.
El arco, flechas y aljaba :
Y Amor á su lado puesto
Viene la venda quitada,
Llorando porque Jarifa,
No quiere lo que le daban.
Detras vienen seis padrinos
Con marlotas encarnadas
Y flor de lises de oro
Y medias lunas de plata,
Ricos alfanjes ceñidos
Y las cabezas tocadas
Con tocas listadas de oro
Dentro de Túnez labradas,
Y de su misma librea
Los caballos que llevaban.
El gallardo Abindarraez
Tras ellos entra en la plaza
Sobre un gran caballo blanco,
La silla de oro bordada,
Y un penacho en la testera
De plumas diferenciadas
Y todas de argentería
A los remates pobladas.
El capellar y marlota
Eran de color leonado,
Y sobrepuestas en ella
Cifras bordadas de plata.
Jarifa dicen las letras
En las cifras estampadas.
Llevaba una blanca toca
Hecha con muchas lazadas,
Rubies asidos de unas,
Y en las otras esmeraldas,
Y un penacho muy hermoso
De plumas todas rizadas,
Y un taheli berberisco
En que colgando llevaba
Un alfanje damasquino;
La guarnición y la vaina
Hechas de oro de martillo
Con gran artificio y gala.

Lleva en la mano derecha
 La riquísima guirnalda
 Que en premio fué prometida
 Al que se le aventajara.
 Entra tan gallardo el moro,
 Que por bienaventurada
 Tienen todas á Jarifa
 Por ser de tal hombre amada
 Y entrando desta manera
 Y dando vuelta á la plaza,
 Apeóse en una tienda
 Para aquel efecto armada,
 De una tela muy hermosa
 Sobre la color morada,
 Y aquesto dice la letra,
 Que deja por donde pasa :
 « La que me pudo vencer
 » Y hoy tengo de coronar,
 » Es sin par en merecer,
 » Yo sin segundo en amar ».
 Y el primer aventurero
 Vieron luego cómo entraba,
 El cual entró por la posta
 Sobre una yegua muy flaca,
 Y delante un postillon
 Con una mora á las ancas,
 De muy buen tallo de cuerpo,
 Pero de muy mala cara;
 Y llevaba por empresa
 Una muy seca guirnalda,
 Y al pasar deja esta letra
 Por las partes do pasaba:
 « Es imposible que acierte
 » Nada de cuanto desea
 » Quien se enamora de fea ».
 Y en entrando cumplió luego
 Cuanto se pronosticaba,
 Que de tres lanzas ninguna
 Corrió que fuese acertada;
 Y así se volvió dejando
 La plaza regocijada.
 Tras aquel entraron muchos
 Con invenciones extrañas
 Y todos dejan los preeios
 Adonde Jarifa estaba;
 Hasta que el valiente Muza
 Hizo el último su entrada
 Con la mayor gallardía,
 Mayor riqueza y mas gala,
 Que de lengua humana puede
 Ni de pluma ser contada,
 Y á la plaza dando vuelta
 Aquesta letra dejaba :
 « Seguro va de vencer,
 » Axa, señora, el que ha sido
 » De vuestra mano vencido ».
 Y acercándose á la tienda
 En que Abindarraez estaba,
 Comenzaron á correr
 Entrambos á dos sus lanzas
 Con tan perfecta destreza
 Y tan desenyuelta gracia,
 Que nadie la diferencia
 Del uno al otro juzgara;
 Y así dándolos por buenos
 Los jueces que allí estaban,
 Porque el sol ya se encubría
 Y obscuro el mundo dejaba,
 Acabándose la fiesta
 Se salieron de la plaza
 Con mucho contentamiento
 De verla bien acabada.

(PADILLA, Tesoro de varias poesías.)

¹ Hé aquí una de aquellas composiciones del último tercio del siglo xvi, en que desgraciadamente un buen poeta creyó pujar todo lo hecho en los cortos y lieros romances moriscos hijos de una rápida inspiración. Pedro de Padilla creyó sin duda haber puesto una pica en Flandes reuniendo en este larguísimo y pesado romance todos los medios, formas,

ideas, descripciones y pensamientos, que en los moriscos de su clase repartidos forman cuadros lieros, ó valientes, ó tiernos, ó graciosos. Hizo lo mismo que hiciera un gran colorista, que para lucirse se empeñase en emplear en un cuadro todos los colores, viniesen ó no al caso, que los buenos en el arte emplearon convenientemente. Los colores en sí serán brillantes y bellos; pero mal empleados, solo presentan agrado á la vista, sin interesar mucho el alma.

84.

ABINDARRAEZ EL TÍO. — X.

(De Pedro de Padilla¹.)

Cuando salió de cautivo
 El rey Chico de Granada,
 A quien cautivó el alcaide
 Que de los Donceles llaman,
 Dos caballeros mancebos
 Que en la ciudad se hallaban,
 Por mostrar en algo al Rey
 Lo mucho que deseaban
 Verle volver con sosiego
 Al regalo del Alhambra,
 Y regocijar queriendo
 Venida tan deseada,
 Donde comienza la vega
 Fértil, espaciosa y llana,
 Que el caudaloso Genil
 Por mil partes riega y baña,
 En aquel alegre día
 En que á su rey esperaban,
 Entre muchos que salieron
 Cincuenta se aderezaban
 Con muy hermosas libreas
 En esto diferenciadas :
 Que llevaba cada uno
 Los colores de su dama,
 Y llevan en las cabezas
 Tocaduras extremadas;
 Unas hechas de almaiçares
 Con gran artificio y gala,
 Y otras de tocas hermosas
 Dentro de Túnez labradas.
 Unas listadas de oro,
 Y otras de color leonada
 Con rapacejos azules
 Y las orillas de plata :
 Los brazos derechos todos
 Con empresas de quien aman;
 En muy hermosos caballos
 Las sillas aderezadas
 Del color de la librea
 Que cada moro sacaba.
 Adargas ante los pechos,
 Con borlas diferenciadas;
 Lanzas largas berberiscas
 De dos hierros adornadas.
 Y en llegando junto al Rey
 Escaramuza trababan,
 Mostrando cuán diestros eran
 En el jugar de la lanza.
 Y habiéndose ya acabado
 Esta fiesta comenzada,
 Al Alhambra se subieron,
 Adonde el Rey esperaba
 De las moras mas hermosas
 Una muy lucida escuadra,
 Que al rey Chiquito reciben
 A la entrada de una sala,
 En traje y rostro mostrando
 El regocijo del alma.
 Entre todas le llevaron
 Donde su madre le aguarda,
 Que con la gloria de verle
 Como fuera de sí estaba.
 Y en tomando el Rey su asiento
 Comenzan todas la zambra,
 Que era entre ellas el sarao
 Y fiesta mas regalada.

La belleza de las moras,
 El donaire, gracia y gala
 Es mejor para creida
 Que con palabras contada,
 Porque la mas larga pluma
 Quedara muy atrasada:
 Y con ser desta manera,
 Las que alli se aventaban
 Eran Fátima y Jarifa,
 Que del Rey importunadas
 La toca danzaron juntas
 Y hicieron mas mudanzas
 En las colores del rostro
 Que en el baile que danzaban;
 Porque siempre se tuvieron
 Enemistad declarada,
 Que es oficio de los celos
 Hacer aquel en el alma.
 Danzaron en competencia
 Como en lo demas andaban,
 Con tal primor, que no dieron
 A ninguna la ventaja,
 Sino los que con pasión
 Su competencia miraban:
 Y fué el donaire de suerte
 Con que la una trataba
 De aventajarse á la otra
 Por estar adonde estaban,
 Que de amores de las dos
 Ardiera la nieve helada,
 Tanto que el moro Abenzaide,
 Uno de los de la fama,
 De admirable valentia
 Y de persona gallarda,
 Hijo de un Abencerraje
 Que Mahomet se llamaba,
 Viendo en Jarifa el extremo
 Que á todos tanto agradaba,
 Rindió sin defensa luego
 Las fuerzas todas del alma.
 Acabándose la fiesta,
 Tan digna de ser loada,
 Se sentó el Rey á la mesa
 Y en otra todas las damas,
 A quien los galanes moros
 Servian y festejaban.
 Solo Abenzaide se muere
 De ver que á Jarifa daba
 Tanto gusto Abindarraez
 Que puesto á su lado estaba,
 Y aunque eran grandes amigos,
 El amistad no bastaba
 Para que no le pesase
 De ver cuán valido andaba;
 Y como el fuego de amor
 Nunca de véras abrasa,
 Ni tanto desasosiega
 Si competidores faltan,
 Y con ellos el deseo
 Sin resistencia se inflama;
 Asi le sucede al moro
 Que por no ver lo que pasa,
 De envidia y amor ardiendo
 Se fué para su posada,
 Determinado á querer,
 Y á morir en la demanda.
 Asi comenzó á mostrar
 El fuego en que se abrasaba,
 Con cuantas demostraciones
 Suelen hacer los que aman;
 De suerte que Abindarraez,
 Aunque al principio callaba,
 No pudiendo ya sufrir
 Muestra tan desenfadada,
 Y mas de un amigo y deudo
 De quien tanto confiaba,
 Y porque todo el lugar
 De ver que disimulaba
 Ofensa tan descubierta,

En secreto murmuraba,
 Se determinó de hablarle,
 Y bajando del Alhambra
 Le dijo: — ¡Abenzaide amigo,
 No sé qué ha sido la causa,
 Que siendo vos caballero
 De mi propia sangre y casta,
 Y que de mi voluntad
 Jamas conocistes falta,
 Deis en servir á Jarifa
 Con muestra tan declarada,
 Sabiendo que yo la sirvo
 Y que ella no me desama!
 ¡No sé qué nombre le ponga
 A cosa tan mal mirada!
 Solo siento que me obligue
 No querer vos remedialla,
 A venir en rompimiento.
 Con hombre que tanto amaba:
 Y pues la libertad vuestra
 En nada desto repara,
 Quiero que sepais de mí
 Que ni la amistad pasada,
 Ni el deudo que con vos tengo,
 Ni el temor de vuestra espada,
 Podrán hacer que no tome
 Deste exceso la venganza,
 Que una cosa tan mal hecha
 No es justo disimullala. —
 Abenzaide le responde
 Con voz mansa y reportada:
 — No pienses, Abindarraez,
 Que esa cólera me espanta,
 Ni que por ese temor
 He de dejar mi demanda;
 Que ántes de mudar intento,
 Saldrá de mi cuerpo el alma:
 Y si no te he respondido
 Con los filos de esta espada,
 Es por darte una disculpa
 Que para tu cargo basta,
 Aunque sangre y amistad
 Ande en esto atravesada,
 Y es: que razon en amor,
 No hay cosa mas excusada,
 Y que las sobras del mio
 Hacen al tuyo ventaja. —
 Y diciendo estas razones,
 El lucido alfanje saca,
 Y el valiente Abindarraez
 Ardiendo en furiosa rabia
 Poniendo la mano al suyo
 Dice con voz alterada:
 — Una tan gran desvergüenza,
 Asi ha de ser castigada.
 Y queriendo comenzar
 Entre los dos la batalla,
 Cuatro caballeros moros
 Que del Alhambra bajaban,
 Pudieron tanto con ellos
 Que fué forzoso dejalla;
 Y al Abenzaide los dos
 A la ciudad le bajaban:
 Y á Abindarraez los otros
 Le volvieron á la Alhambra.
 Abenzaide al mismo punto
 Que ya la noche cerraba,
 Dejada la compañía
 Se fué para la posada
 De la hermosa Jarifa,
 Y por su padre demanda:
 El cual salió á recebille
 Con muy agradable cara,
 Pidiendo de su venida
 Tan á deshora la causa.
 Abenzaide le responde,
 Que lo que mas deseaba
 Y lo que alli le ha traído,
 Es á suplicar que haga

Merced de darle á Jarifa
 Por esposa regalada.
 El viejo se huelga dello
 Viendo lo bien que le estaba,
 Y así le dió de hacello
 Su promesa, fe y palabra;
 Y dando á Jarifa cuenta
 De todo como pasaba,
 Aunque no mostró disgusto,
 Sino que dello se holgaba,
 Quedó tal con esta nueva
 Aquel alma enamorada,
 Que á solas, en su aposento,
 Cuando se vió retirada,
 La tuvo el dolor esquivo
 Tan triste y desesperada,
 Que de quitarse la vida
 Estuvo determinada.
 Y así, resuelta en hacello
 Si Abindarraez le faltaba,
 Se determinó á escribirle
 Contándole lo que pasa;
 Y para certificarle
 De la fe con que le amaba,
 Con un pajeillo suyo,
 Que estos recados llevaba,
 Aquésta carta le envía
 Otro día en la mañana.

Carta de Jarifa.

La que amor hizo tan tuya
 Que con solo amarte vive,
 Antes que el tiempo destruya
 El descanso y vida suya,
 Esta, Abindarraez, te escribe;
 Y es milagro que un tormento,
 Tan áspero de sufrir,
 Me deje vida y aliento
 Para poderte escribir.
 Y aunque poco ya me queda,
 Podré hacerte saber,
 Que de fortuna la rueda,
 Como nunca se está queda,
 Nunca asegura placer.
 Solo contra mí cuidado
 Fuerza ni poder alcanza,
 Que entre los que amor ha dado
 No le hay tan asegurado,
 Sin la muerte, de mudanza.
 Y siendo en efeto así,
 Aunque es trance riguroso
 En el que me veo por tí,
 No tienes que estar de mí,
 Ni aun burlando, temeroso.
 Que contra todo el poder
 Del cielo y de la fortuna,
 Tiene fuerzas mi querer;
 Y tengo en esto de ser
 Fénix, porque no hay mas de una.
 Y habiendo de lastimarte
 Un suceso tan extraño,
 He querido asegurarte,
 Primero que declararte
 La causa de tanto daño.
 Y aunque tan asegurado
 Siempre has vivido conmigo,
 No me pareció excusado,
 Porque al fin, retificado,
 Tiene mas fuerza el testigo.
 Y puédelo el cielo ser
 Como mis ojos lo son,
 Que yo no puedo creer
 Que se vió jamas mujer
 En tamaña confusión.
 Porque mi padre procura
 Darme á mi pesar marido,
 Y aunque él intenta locura,
 Es para mi cosa dura
 Que á tal punto haya venido.

Porque es fuerza declararme,
 A no le ser obediente,
 Pues aunque quiera forzar me
 A obedecerle y casarme,
 Amor no me lo consiente.
 Y aunque me esté bien á mí
 Descargarme desta mengua,
 Si no fuere para tí,
 Primero que decir si
 Dejaré sacar la lengua.
 Y no podrá confesar
 Que al punto que supe amarte
 Nada dejé de entregar,
 Que despues pudiese dar
 A nadie en ninguna parte;
 Que para tuya nací,
 Y desto mi fe te empeño,
 Y pues que soy la que fui,
 Tendrás por cierto de mí,
 Que jamas tendré otro dueño.
 Y no quiero señalarte
 El que estorbarlo pretende:
 Baste solo declararte
 Que en valor piensa igualarte,
 Y de tu sangre decidiendo.
 Pero no le ha sucedido
 Como lo tenía pensado;
 Que aunque es moro tan valido,
 Do puede ser acogido
 Está el lugar ocupado.
 Y siempre lo entendió así
 Las veces que me miraba,
 Que las que acaso le vi,
 Bien entenderia de mí
 Que aun de verle me cansaba;
 Porque luego da á entender
 Un alma de amor herida,
 Que en comenzando á querer,
 Ni aun de burlas ha de haber
 Para ninguno acogida.
 Y si habiéndolo entendido
 En seguir su intento ha dado,
 Tras no lo haber conseguido
 Quedará necio y corrido
 De haber sido porfiado;
 Y si á los dos ofendió
 Con intento tan villano
 Del pié le quiero dar yo,
 Solo porque pretendió
 Ganarte el juego de mano.
 Y pues hay tal ocasion
 Para nuestras pretensiones
 Si á tí no falta afición,
 No es bien que la dilacion
 Esfuerece estas ocasiones.
 Y si del dolor que paso
 Hay en tu pecho disgusto,
 No es tiempo de andar escaso,
 Sino cortalles el paso,
 Para darle á nuestro gusto.

Sigue el romance.

Sintió tanto Abindarraez
 Entender lo que pasaba,
 Que no quiso responder
 Por escrito á aquella carta;
 Que la cólera que tiene
 Tanto espacio no le daba;
 Y porque Jarifa entienda
 Que del era tan amada,
 Que lo que le habia mandado
 Un punto no dilatara,
 A pié con solo un criado
 Se sale de la posada,
 Y á la de Jarifa llega
 Y á su padre la demanda:
 A lo cual replica el viejo,
 Que ya la tenia mandada,
 Y que perderá la vida

Por no quebrar su palabra.
 Abindarraez le cuenta
 El caso cómo pasaba,
 Y le dice que Jarifa
 Primero le tenía dada
 Palabra de ser su esposa,
 Y que Abenzaide trataba
 Una cosa muy mal hecha
 Y no de hombre de su casta,
 Estando cierto de aquello,
 En venir á demandalla.
 El moro, entendido aquello
 Dice que á su gusto haga,
 Y subiéronse los dos
 Adonde Jarifa estaba.
 La cual á su cargo toma
 Deshacer esta maraña;
 Y dándose allí las manos
 De nuevo se confirmaba
 La fe, que entre ellos había
 No tan bien asegurada.
 En saliendo Abindarraez
 Jarifa luego enviaba
 Al moro Abenzaide un paje,
 Y con él le suplicaba
 Que luego al punto la viesse
 Para un caso que importaba:
 Y el enamorado moro
 En cumplir esto, no tarda,
 Que el fuego no es tan activo
 Como el que de veras ama.
 Y cuando se vió en presencia
 De aquella á quien adoraba,
 Quedó el rostro sin color
 Y la lengua suelta, atada,
 Con un helado temor
 La persona embarazada,
 Sin hacer en él su oficio
 Ordenadamente nada.
 Jarifa viéndole así
 Encendida y colorada,
 Le comenzó de hablar,
 Poco ménos que él turbada,
 Aunque era el turbado efecto
 De muy diferente causa.
 — Héte rogado, Abenzaide,
 Que hagas esta jornada,
 Para agradecerte mucho,
 Como quien te está obligada,
 El pedirme por esposa,
 Que es deuda á que falta paga:
 Y aunque con nadie pudiera
 Estar yo mas bien casada,
 Porque á tu valor y suerte
 Ninguno se le aventaja,
 Ha hecho amor imposible
 Lo que á mí tan bien me estaba;
 Porque fe de esposa tengo
 Al Abencerraje dada,
 Y por eso sus servicios
 Con voluntad acetaba.
 Una prenda desta suerte,
 Y serle yo aficionada,
 Es ocasion que no pueda
 Faltarle de mi palabra:
 Pudieras de mi ofenderte
 Si por otro te negara;
 Mas á tanta obligacion
 Es fuerza no ser ingrata.
 Ya ves que tengo razon,
 Y si de ti soy amada,
 Sola una merced te pido,
 Y que esto luego se haga:
 Que vuelvas por darme gusto
 En el amistad pasada
 Con el moro Abindarraez;
 Y pues que Fátima es dama
 Tan gallarda y tan hermosa,
 Y que hacienda no le falta,

Porque nuestra competencia
 Del todo quede acabada,
 Y tu muy bien empleado,
 Y Fátima bien casada,
 La pidas luego á su padre,
 Y dejarásme obligada
 A serte toda mi vida
 Por esta merced, esclava. —
 El moro, aunque le llegaron
 Aquellas nuevas al alma,
 Fué, tan como caballero,
 Obediente á su demanda,
 Que partió para cumplilla
 Sin respondelle palabra;
 Porque puesto que quisiera,
 El dolor no le dejara;
 Y ántes que cerrase el día
 Al Abencerraje habla,
 Y á Fátima en casamiento
 A su padre la demanda.
 Y acabados los conciertos,
 A una fiesta señalada,
 Se dilató el cumplimiento
 De cosa tan deseada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías*.)

4 Véase la nota del anterior, núm. 85; porque á este aun con mas razon todavía le convienen las observaciones que para aquel hicimos. Sin embargo, uno y otro son composiciones agradables de un buen poeta, aunque demasiado largas.

85.

ROMANCE DE ABENZULEMA.

(De Don Luis de Góngora.)

Aquel rayo de la guerra
 Alíñez mayor del reino,
 Tan galán como valiente,
 Y tan noble como fiero;
 De los mozos envidiado,
 Y admirado de los viejos,
 Y de los niños y el vulgo
 Señalado con el dedo:
 El querido de las damas
 Por cortesano y discreto,
 Hijo hasta allí regalado
 De la fortuna y el tiempo:
 El que vistió las mezquitas
 De victoriosos trofeos,
 Y el que pobló las mazmorras
 De cristianos caballeros;
 El que dos veces armado
 Mas de valor que de acero,
 A su patria liberto
 De dos peligrosos cercos:
 El gallardo Abenzulema
 Sale á cumplir el destierro
 A que le condena el Rey,
 O el amor, que es lo mas cierto.
 Servia á una mora el moro,
 Por quien andaba el Rey muerto,
 En todo extremo hermosa,
 Y discreta en todo extremo.
 Dióle unas flores la dama,
 Que para él flores fuéron,
 Y para el celoso rey
 Yerbas de mortal veneno;
 Pues de la yerba tocado
 Le manda desterrar luego,
 Culpando su lealtad
 Para disculpar su yerro.
 Sale pues el fuerte moro
 Sobre un caballo overo,
 Que á Guadalquivir el agua
 Le bebió, y le pació el heno.
 Tan gallardo iba el caballo,
 Que en grave y airado vuelo,
 Con ambas manos media
 Lo que hay de la cincha al suelo:

Con un hermoso jaez,
Bella labor de Marruecos,
Las piezas de feligrana,
La mochila de oro y negro:
Sobre la marlot negra
Un blanco alcaizar se ha puesto,
Por vestirse las colores.
De su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
También no le quita el viento:
Bordó mil fierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra
Que dice: «Estos son mis yerros.»
No lleva más de un alfanje
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta, y su derecho.
Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio los dos alcaides
De la Alhambra y Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa,
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde los balcones
Aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
—Vete en paz, que no vas solo,
Y en mi ausencia ten consuelo,
Que quien te echó de Jerez
No te echará de mi pecho.—
El con la vista responde:
—Yo me voy y no te dejo:
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.—
Con esto pasó la calle,
Los ojos atrás volviendo
Dos mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.—GÓNGORA (Obras de).)

ROMANCES DE LOS AMORES DE MUZA.

86.

AMORES DE MUZA. — I.

(Anónimo.)

De celos del rey su hermano
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo: —Rey, ¿por qué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo también soy rey
A donde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Así goces de la Alhambra;

Que si aquesto me concedes
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Mientras quisiere mi lanza;
Y á mas te prometo, Rey,
Con aquesta, otra hazaña,
Que es traerte cada día
Doce cabezas cristianas.
Y si me das á mi gloria
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada.
Gocemos vida quieta,
Pues que podemos gozalla,
Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.—

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

87.

AMORES DE MUZA. — II.

(Anónimo.)

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada,
Por tenerle envidia á él,
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo
Armado de todas armas,
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al ruido del caballo
Asomóse á la ventana,
Y el moro por despedida
Con mil suspiros la habla.
—No temo la partida,
Ni la gran sinrazon que el Rey me ha hecho,
Ni temo corta vida,
Que el mundo es muy estrecho
Para mí que te tengo á ti en mi pecho.
Mas el mal de la ausencia
Hará el efecto en ti que en otras suele;
Fáltame la paciencia,
Y esto es lo que me duele,
Y no poder hallar quien me consuele:
Y para consolarme,
Suplicote tu intento me declares
De vivir ó matarme,
Pues cuanto te acordares
Tendré de vida, y muerte si olvidares.
Respondió la mora airada:
—Por Maboma y por su ley
Que holgara me oyera el Rey
Que por ti lo es de Granada;
Mas en tu valor confío
Que crearás bien de mí,
Que te quiero mas á ti
Que al Rey que por fuerza es mío.
Pierde, señor, los estribos
De tanta desconfianza,
Que si tus brazos son vivos
Me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscaré ocasion,
Gozará por su maldad
El alma sin libertad,
Y el cuerpo sin corazon.—

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 2.ª parte.)

88.

AMORES DE MUZA. — III.

(Anónimo.)

Afuera, afuera, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas:
Treinta lleva en su cuadrilla

Abencerrajes de fama,
 Conformes en las libreas
 De azul y tela de plata;
 Yeguas de color de cisne
 Con las colas aleñadas,
 Y de listones y cifras
 Travesadas las adargas:
 Atravesan cual el viento
 La plaza de Vivarambla,
 Dejando en cada balcón
 Mil damas amarteladas.
 Aquí corren, allí gritan,
 Aquí vuelven, allí paran,
 Aculla los veréis todos
 Prevenirse de las cañas.
 La trompeta los convida,
 Ya les incita la caja,
 Ya los clarines comienzan
 A concertar la batalla:
 Ya pasan los Abencerrajes
 Ya las adargas reparan,
 Ya revuelven, ya acometen
 Los Cegries contra Mazas.
 El juego se va encendiendo,
 De véras ya el juego anda,
 No hay amigo para amigo.
 Las cañas se vuelven lanzas.
 El rey Chico que conoce
 La ciudad alborotada,
 En una yegua lijera,
 De cabos negros y baya,
 Gritando con un baston
 Por ver la fiesta acabada,
 Va diciendo: «Afuera, afuera,
 Con rigor, aparta, aparta»
 Las damas hacen lo mismo
 Desocupando ventanas,
 Porque la misma pendencia
 Riñen ellas en sus almas.
 Muza, que conoce al Rey,
 Por el Zacatin se escapa,
 Y la demás de su gente
 Le sigue por el Alhambra.
 Mandólos el Rey prender,
 Y en Generalife aguarda
 Particularmente á Muza,
 Por gozar de su esperanza:
 Mas dentro de tercer día
 De las prisiones los saca,
 Resultando del enojo
 Una muy hermosa zambra.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
 Romances, 2.ª parte.)

89.

AMORES DE MUZA. — IV.

(Anónimo.)

Con mas de treinta en cuadrilla,
 Hidalgos Abencerrajes,
 Sale el valeroso Muza
 A Vivarambla una tarde
 Por mandato de su rey
 A jugar cañas, y sale
 De blanco, azul y pajizo,
 Con encarnados plumajes.
 Y para que se conozcan,
 En cada adarga un plumaje,
 Acostumbrada divisa
 De moros Abencerrajes.
 Con un letrero que dice:
 «Abencerrajes levanten
 » Hoy sus plumas hasta el cielo,
 » Pues dellas visten las aves.»
 Y en otra cuadrilla vienen
 Atravesando una calle
 Los valerosos Cegries,
 Con libreas muy galanes.

Todos de morado y verde,
 Marlotas y capellares,
 Con mil jaqueles gualdados,
 De plata los azicates.
 Sobre yeguas bayas todos,
 Hermosas, ricas, pujantes,
 Por divisa en las adargas
 Unos sangrientos alfanjes,
 Con una letra que dice:
 «No quiere Alá se levanten,
 Sino que caigan en tierra
 Con el acero pujante.»
 Aperciense de cañas:
 El juego va muy pujante,
 Mas por industria del Rey
 No se revuelve ni hacen;
 Porque traen los Cegries
 Contra los Abencerrajes
 Un concierto de villanos,
 Y así incierto les sale.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de los Cegries, etc.)

90.

AMORES DE MUZA. — V.

(Anónimo.)

Admirada está la gente
 En la plaza Vivarambla
 De verle tirar á Muza
 En una fiesta una caña.
 Entró bizarro y gallardo,
 Mas que Audalla el de las galas,
 Mas fuerte que Reduan
 Sufre al contrario en batallas,
 Con librea berberisca
 Turquesada y respuntada,
 Sembrada de piedras verdes
 Que señalan su esperanza,
 Aunque le matan los celos,
 Que todo el cuerpo le abrasan,
 Cuya causa es Bajamed,
 Tesorero de su alma.
 Trae el brazo arremangado
 Con una toca leguada;
 Triste y trabajosa seña
 De su perdida esperanza.
 Trae una adarga pequeña,
 Con una banda encarnada,
 Pintado allí el dios Cupido
 Con una flecha dorada:
 Bonete con muchas plumas
 De color amortiguada,
 Una cifra le rodea
 Que dió á Albenzaide la ingrata;
 Una cadena de oro,
 Muy estrecha, al cuello atada,
 Con esta letra en el pecho:
 «Preso tiene cuerpo y alma».
 Cuando le vieron entrar,
 La gente suspensa estaba
 Diciendo: Ya entra Muza,
 Flor y honra de Granada.
 Lleva una caña en la mano,
 Blanca mas que nieve blanca,
 Porque la piensa teñir
 Antes que del juego salga.
 Comenzó la escaramuza,
 Unos con otros se traban;
 Ya se vuelven y revuelven;
 Casi parece batalla.
 Muza revuelve con ira
 Contra quien su amor le asalta:
 Hizole una mala herida
 Con una delgada caña.
 Rompióle adarga y librea,
 Tiñendo el caballo y plaza
 Con la sangre, que á porfia

Sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
Desde su alta ventana,
Diciendo : «Moros, libradle
De aquesta tigre de Hicarnia».
Luego se deshace el juego,
Acuden á ver que pasa,
Ven al Bencerraje herido,
Y que Muza ufano anda.

(Romancero general.)

91.

AMORES DE MUZA. — VI.

(Anónimo.)

Mira, Muza, que te aviso
Que con Zaidá no me trates,
Ni en las zambras, ni en las fiestas
No la hables ni acompañes;
Ni en las justas ni torneos,
Ni en cañas, ni en fiestas tales,
No salgas con su librea,
Que es librea de un infame.
¡Que un moro de pocas prendas
Venga á decir, y se alabe,
Que estuvo á solas conmigo
En los jardines de Tarfe!
¡Oh perro, si te lo oyera!
¡Por Alá si te topase,
Que con estos pocos dientes
A bocados te acabase!
¡Es posible, di, traidor,
Traidor y de baja madre,
Que en un pecho hidalgo y noble
Cupiesen palabras tales?
¡Porque juro por Alá,
Así goce yo á mi padre,
Perro, que rabiando estés
Entre fieros animales;
Y que el cielo todo junto
Sobre mí caiga y me abrase,
Y que viva en pena eterna,
Sin remedio de mi padre;
Y que el moro por quien muero,
No me quiera ni me ame,
Ni á las fiestas donde fuere
Mí cifra no le acompañe;
Si ántes que pasen tres días
No le cuento yo á mi Azarque
La injuria que me has hecho,
Porque no te di una tarde
Una cinta que tenía
Labrada para mi Azarque,
Para salir al torneo
El miércoles por la tarde!
Pero ya entenderás, perro,
Que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso,
Mas que otro Abencerraje;
Y que si acaso la viera
Puesta en cuerpo tan infame,
¡Por Alá que te abrasara
De cólera y de coraje!
Pero agora pagarás
Tu atrevimiento que usaste
En decir palabras feas,
Con tu boca tan infame.—
Y con aquesta congoja,
Se entrará á ver su padre,
Que estaba enfermo en la cama
De una enfermedad muy grave.

(Romancero general.—II. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

92.

AMORES DE MUZA. — VII.

(Anónimo.)

La calle de los Gomeles
Deja atrás y el alameda,

Y en una yegua alheñada
Furioso cruza la vega :
Y en llegando á un claro arroyo
Vuelve airado la cabeza,
Y á la inexpugnable Alhambra
Dice Muza con soberbia :
—¡Levantadas fuertes torres,
Que al cielo con vuestra alteza
La tierra comunicais,
Y espantais acá én la tierra !
¡Vanos muros y mezquitas,
Famosas torres Bermejas,
Relumbrador chapitel,
Donde el sol se para y llega !
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia,
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que aun apenas las señales
De lo que fuisteis se vean.
Pero quedaos un consuelo
Que á mí triste no me queda,
Que es el verme á mí caído
De otra mas sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino sola la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
¡Daraja, dura é ingrata,
Mas inexorable y fiera
Que los levantados riscos
De las mas nevadas sierras,
Goza de tu Abencerraje,
Goce él de ti, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa !
Mas hágale Alá dichoso,
Y á mí tanto en esta empresa,
Que cuando le hayas dejado
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte mas,
Sino para que tú mesma
Me des venganza de ti,
Si de ti das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que pues no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve,
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de ti;
Palabras te suelto y prendas,
Y aun mi ley voy á dejar,
Porque tú vives en ella.—

(Romancero general.)

93.

AMORES DE MUZA. — VIII.

(Anónimo.)

Gallardo en armas y trajes,
Sin amores y con galas,
Que es mucho para soldado
Cuidar tan poco de damas :
Cansado de aborrecer
Sale Muza de la Alhambra,
Por defenderse de amor
Y defender á Granada :
Que teme mas un enfado
Que amor muchas veces causa,
Que el rigor inexorable
De mil espadas y lanzas.
El capellar lleva blanco,
Doradas todas las franjas,
Y esta letra de oro en ellas :
«Desespero en la venganza.»
Unas granadas partidas
En marlota azul y blanca,

Y esta letra : « En gracia estoy
 » Cuando parto de Granada.»
 Lleva un alma y una muerte
 Divididas en la adarga,
 Y este epíteto siguiente :
 « A desviarte del alma.»
 Era el caballo morcillo
 Con aderezos de plata,
 De verde claro el jaez
 Bordado de seda baya,
 Y de morado esta letra :
 « Esperanza de amor vana,
 » Huye de mí, pues no admito
 » De amor ninguna esperanza.»
 El borcegui lleva azul,
 Porque así los celos trata;
 Trae un bonete bordado
 Con una pluma dorada,
 Y por volante esta letra :
 « Las amorosas palabras
 » Son mas que ligeras plumas,
 » Y mas que plumas livianas.»
 Pasó por junto á un balcón
 Donde con celos le aguardan,
 Sin esperanza ninguna,
 La bella Jarifa y Zara.
 Descuidado Muza dellos,
 Y de sus cuidados y ansias,
 Fué á pasar, mas no pasó,
 Que el paso las dos le atajan,
 Que estaban ardiendo en fuego,
 Vertiendo sus ojos agua :
 Juntas le piden les dé
 Lo que les robó apartadas.
 Jarifa el alma le pide,
 Lo mismo le pide Zara,
 Y él les responde admirado :
 —¿Dónde tengo tantas almas?
 Si una que tengo pedis,
 ¿Cómo á las dos podré dalla?
 ¿El alma puede partirse?
 No, que no se parte el alma :
 Dejáme, y dejadla á ella,
 Que temo que quien sin causa
 Dejó ayer á Abindarraez,
 Dejará á Muza mañana.—
 Con esto se fué, y las moras
 Llamando en vano se cansan,
 Que oye el que no quiere oír,
 Ménos, mientras mas le llaman.
 Quedaron... pero mal digo,
 Que no queda quien bien ama,
 Pues que va tras quien pretende
 Deseo, memoria y alma.

(Romancero general.)

94.

AMORES DE MUZA.—IX.

(Anónimo.)

Sobre el acerado hierro
 Que Muza lleva en la lanza,
 De esmalte color de fuego,
 Pintadas lleva unas llamas,
 Sobrepuerto un corazón
 Abierto, que el hierro pasa,
 Y por remate de arriba
 Aquesta letra que habla :
 « Hierro soy, y soy la causa,
 » Que á mí ser hierro me basta.»
 Llevaba la banderilla
 De las colores del alma,
 Que son verde y amarillo,
 Y en medio una letra blanca :
 Dos medias de entrambos lados
 Que las colores enlazan,
 Y abajo esta letra puesta,
 En lugar de fleco ó frauja :

T. X.

« Desesperada esperanza,
 » Si cual luna baces mudanza.»
 Lleva un bonete tejido
 De plumas verdes y blancas,
 Ceñido sobre la frente,
 Con una banda encarnada,
 Colgando al aire dos cabos
 Sin rapacejos ni galas,
 Y por penacho esta letra
 Sobre una garzota larga :
 « Tanto temo lo que es nada,
 » Que lo que es algo me basta.»
 Viste un capellar azul
 Y una marloti leonada :
 Sobre un caballo morcillo,
 Embraza una negra adarga,
 Pintada en ella un Cupido
 Que quiebra, quema y abrasa
 Dos coronas, y esta letra,
 Que bien la enigma declara :
 « Sus propias fuerzas quebranta
 » La voluntad del que ama.»
 No sale el moro arrogante,
 Ni es la enigma de arrogancia,
 Que agravios de tanta envidia
 Así le esfuerzan que salga;
 Y porque en tal ocasion
 No le vale fuerza de armas,
 Lleva en la espada esta letra
 Escrita sobre la vaina :
 « El agravio que me agravia
 » Es el no ser yo agraviada.»
 Porque al fin es solo el Rey
 Quien de tanto bien aparta
 A un moro, que fama y hechos
 Conoce el mundo y alaba.
 Desterrada su persona
 De la ciudad de Granada,
 Parte á cumplir su destierro
 Hablando aquestas palabras :
 « No va el alma desterrada
 » Pues queda presa en Daraja.»

(Romancero general.)

95.

AMORES DE MUZA.—X.

(Anónimo.)

Las riberas del Genil
 El fuerte Muza pasea,
 Tan desdichado en amores,
 Como dichoso en la guerra.
 Hay una mora en Granada,
 Tan hermosa y tan discreta,
 Que para su pecho ha sido
 Lo que para Troya Elena.
 De esta se sale quejando,
 Y por señal de tristeza
 Alquicel morado viste
 Sobre una marloti negra.
 Sola una pluma amarilla,
 Desesperada firmeza,
 El rojo bonete adorna,
 Y con sus brazos enreda.
 Amaba Zaida un morillo
 De los Gomeles de Tébas,
 Mas galán para las damas,
 Que fuerte para la guerra,
 Y por estas novedades
 El antiguo amor desprecia
 Del pagano mas gallardo
 Que empuño lanza y gueta.
 Dióle el moro la palabra
 De jamás hablarla ó verla,
 Porque sabe que con Muza
 No puede hacer competencia,
 Y porque moros hidalgos
 Puestos de por medio quedan,

Para excusar desafíos
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre, y cañas juega,
A instancia del rey que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zaida mas mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Abencerraje inquieta.
Ella le busca, y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á Granada ocasion
Que la mormure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es mujer, y apasionada,
Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas:
De algunos respetos libre
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja,
Que celos averiguado
Cuanto amor enciende, hielan.
— ¡Oh fiera, viene diciendo,
Mas que las silvestres fieras,
Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdena!
¡A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias!
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por mas piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandaran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los mas discretos ciegan,
Que quien no sabe qué es bien,
Poco mal tiene que sienta.
Solás aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos
Adonde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo, que las cosas
Acaba, consume y trueca,
Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva,
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro,
Es bien que en mi pecho mueras;
Mas porque estando yo libre,
Aficionada te veas,
Donde me enfaden tus glorias,
Y me burle de tus penas.—
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los pies á la yegua,
Y del falso río Genil
Desamparó las riberas.

(Romancero general.)

96.

AMORES DE MUZA.—XI.

(Anónimo.)

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarambla,
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanías,
Porque sacó el Bencerraje
Bajamed con arrogancia,
En lengua arábiga escrita

Esta letra en el adarga:
« Seguro voy de alcanzar
» Vitoria en cualquier batalla,
» Pues me admite en su servicio
» La que todo lo avasalla.»
Celinda se sintió de esto,
Y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque caíla.
¿Dónde se sufre, decían,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?
Cuando todo aquesto supo
Del Bencerraje la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Cómo del amor triunfaba,
Y que no hay moro galán
Que no la sirva en Granada:
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja
Las convidó al Jaragui
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerraje,
A quien tiene dada el alma.
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra;
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara.
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda
En truco de una esmeralda:
Un plumaje en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas
Que Celinda le envió
Para que jugase cañas.
Las damas cuando la vieron
Se miran, pero no hablan,
Porque allí ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que celos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fe mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada,
Y ninguna mora quiso
Con ella jamas baraja.

(Romancero general.)

97.

AMORES DE MUZA.—XII.

(Anónimo.)

Hacen señal las trompetas,
El clarín, pifaro y caja.
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara:
Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba;

Amarilla es la librea,
 Albornoz, marlota y manga,
 Que viste quien desespera
 Color de desesperanza.
 Lleva adarga berberisca,
 Pesada y nerviosa lanza,
 Y una toca atada al brazo,
 Y al cuello una cimitarra.
 Ya en un furioso caballo,
 Con unas cervunas manchas,
 Que al son de los instrumentos
 El pié y la mano levanta.
 Halo puesto Audalla en campo
 Por los amores de Zara,
 Que en la presencia del Rey
 Puso el gaje y la palabra.
 Era Muza entre los moros
 El moro de mayor fama,
 Y Audalla entre los galanes
 El galán de mayor gala.
 Procuró el Rey concertarlos,
 Mas como en amor no hay trazas,
 Fué el concierto entre los dos
 Confusion desconcertada;
 Y así con gallarda muestra
 Se presenta el moro Audalla,
 Tan galán como discreto
 En una yegua alazana.
 Viste marlota de tela
 Blanca, de rosas bordada;
 Rosado es el albornoz,
 Y allí las rosas son blancas:
 Un derrocado bonete,
 Con cinco plumas rizadas,
 Una blanca y dos azules,
 Una roja y otra gualda.
 Lleva la red de Vulcano
 Por divisa en la medalla,
 Y acude la letra, y dice:
 «La de amor mas fuerte enlaza.»
 Partieronles los jueces
 El sol, la plaza y las armas,
 Dejando solo á fortuna
 Que dé al vencedor la palma;
 Y en un tiempo Audalla y Muza
 La escaramuza trabaran:
 Pero desigualan luego
 Con la desigual batalla;
 Que tirando Muza un golpe
 Audalla pierde la adarga:
 Tocóle de paso el hierro
 Y en medio en medio del alma.
 Revolió Muza con otro,
 Y Audalla rindió las armas,
 Para no rendir la vida,
 Que la guarda para damas.

(Romancero general.)

98.

AMORES DE MUZA.—XIII.

(Anónimo.)

Acompañado, aunque solo,
 De pensamientos y agravios,
 Sale de Granada Muza
 Desmentido y desterrado,
 Desdeñado de Daraja,
 De sus amigos dejado,
 De Bajamed desmentido,
 Desterrado de un hermano:
 Agravio, deshonor y celos,
 Tres fieras suertes de agravios
 Para sus tres condiciones,
 Galán, valiente y hidalgo.
 Por la orilla del Genil
 Bate el furioso caballo,
 Que el acicate morisco
 Baña en sangre, y todo el campo.

Como parte tan furioso,
 Parece que van temblando
 Las ondas del manso río,
 Que reconocen su brazo,
 Desde que con el maestre
 De la cruz de Santiago
 Azotó sus blancas ondas,
 De sol á sol peleando.
 Detuvo el caballo un poco,
 Del freno, de espuma blanco,
 Y detuvo el de su ira,
 Mas rebelde que el caballo;
 Y vuelto el rostro á Granada,
 Dijo, sus torres mirando:
 —¡Granada donde nací,
 De adonde me han desterrado,
 La envidia, que á muchos buenos
 No deja, por muchos malos,
 Que mueran adonde nacen,
 Sino por reinos extraños!
 Esta me fuerza á dejarte
 Cercada de los cristianos,
 De adonde espero que pronto
 Serán tus hijos esclavos;
 Y aun agora por tus puertas
 Un Pulgar, soldado bravo,
 Hincó su puñal sangriento
 Con un pergamino blanco,
 Y mató á un Tarfe tuyo
 Un muchacho Garcilaso.
 Hoy te posee Almanzor,
 Pero mañana Fernando.

(Romancero general.)

99.

AMORES DE MUZA.—XIV.

(Anónimo.)

A la orilla del Genil
 Escribe una carta Muza,
 Tan á solas, que no hay nadie
 Sino el agua que le escucha.
 Hizo de una caña verde
 Con el alfanje una pluma,
 Y con agua y flor de malva
 Tinta para hacer la suma.
 Ya de un pedazo de toca,
 Por no haber papel, se ayuda,
 Tirando con piés y manos
 Para quitar las arrugas.
 Tanto tiró que rompió
 Por medio de una costura,
 Y despidiendo un suspiro
 Dijo: «¿Qué quieres, fortuna?»
 Vueltos los ojos al cielo,
 Pudo contemplar la luna,
 Y dijo: «¡Qué alta que está,
 Y cuán de presto se muda!
 Y pues las cosas del cielo
 De hacer mudanzas se ocupan,
 ¿No es mucho se mude el suelo,
 Mas es mudanza corrupta!
 Con todo tomó el tocado,
 Y lo que está roto añuda,
 Escribe, y de agravio tiembra,
 Aunque de coraje suda.

(Romancero general.)

100.

AMORES DE MUZA.—XV.

(Anónimo.)

Los ojos vuelve á Granada
 Desde la espaciosa vega
 El valiente moro Muza
 Lleno de congoja y pena,
 Quejoso de los agravios,



Del Rey su hermano y la Reina,
Y del moro Bajamed,
Por quien el Rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
Formando entre sí querellas
Contra fortuna de amor,
Contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
Porque la noche serena
Va desencerrando el sol
Y acrecentando su pena.
Perdió de vista á Granada,
Y cuando no pudo vella,
Dice al cielo suspirando:
«¡Ay del ay que al alma llega!»
A la orilla de Genil
Detuvo un poco la yegua,
Y á sus peregrinos ojos
Les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
Y entre sí mil veces piensa
De olvidar á quien le olvida,
Y amar á quien del se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
La mano en el pecho puesta,
Vertió sus fuentes el moro,
Y el río sus fuentes lleva.

(Romancero general.)

401.

AMORES DE MUZA.—XVI.

(Anónimo.)

Marlotas de dos colores
De verde claro y morado,
Bordadas de fino aljófar,
Sembradas de muchas manos
Asidas unas de otras,
Firme amistad señalando;
Bonetes á la turquesca
Encima de fuertes cascós
Debajo de las marlotas
De mallados fuertes jacós,
Que aunque van á lo galán
Iban á un honroso caso,
En dos caballos overos
Con furia el suelo pisando,
Y con dos dorados frenos
Blandamente gobernados:
Las lanzas llevan tendidas,
Los brazos arremangados,
Adargas en los arzones,
Y por divisa dos manos,
Asidas una de otra,
La de un moro y un cristiano,
Con una letra que dice:
«Hasta la muerte te guardo.»
Se sale el fuerte Maestre
Y Muza el enamorado,
Que el amor de Sarracina
Los lleva así disfrazados:
Al uno llevan amores,
Otro de amistad los lazos,
Y así entraron en Granada
Para su fin deseado.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.^a parte.)

402.

AMORES DE MUZA.—XVII.

(Anónimo.)

Cuando salió desterrado
De la ciudad de Granada
El fuerte y valiente Muza,
Por el Rey que en ella estaba,
Desterráronle traidores
Envidiosos de su fama,

Porque en armas y en amores
Ninguno se le igualaba.
Servía una dama el moro
Que era la flor de Granada,
Mas hermosa que Jarifa,
Mas que Fátima estremada.
Quitósele el rey Chiquito,
Y con ella se le alza;
Y no contento con esto
Desterróle de Granada.
A ella puso en un castillo,
Que Vivarrambra se llama;
Entregósele á su alcaide
Para que la tenga en guarda.
El rey Chico cada día
Tres veces va á visitalla,
Y delante del castillo
Armaba juegos de cañas
Para que Zaida los viera,
Que así se llama la dama.
Mas cuando Zaida lo supo
Un correo despachaba
Para avisar desto á Muza,
Que con el Maestre andaba.
La brevedad del correo,
Que Zaida á Muza despacha
Fué tal, que en muy breve espacio
Le dió al moro la embajada,
El cual con el buen Maestre
Se partieron á Granada,
Solos los dos caballeros
Con gruesas lanzas y adargas,
Y de una misma librea,
Como para jugar cañas.
Mas debajo dellas traen
Muy fuertes y ricas armas.
Por un camino secreto
Entraron dentro en Granada:
A tal tiempo y coyuntura
Llegan los dos á la plaza,
Que la flor de caballeros
De la corte de Granada
Entran por ella corriendo,
Haciendo grande algazara,
Diciendo en algarabía:
«Fuera, fuera, aparta, aparta.»
Zaida en un rico sillón
Allí las fiestas miraba.
Muza luego que la vido
Y el Maestre que allí estaba,
Arremeten con gran furia,
Y á pesar de la compañía
La sacaron del sillón,
Y el Maestre la llevaba.
Muza luego con gran furia
Hace lugar por do pasan,
Y á pesar de todos ellos
La sacaron de Granada,
Tornando su regocijo
En llanto toda Granada.

(Códice del siglo XVII.)

403.

AMORES DE MUZA.—XVIII.

(Anónimo.)

Cuando las veloces yeguas,
Al son de trompas y cajas,
Parece que desempiedran
La plaza de Vivarrambra,
Todo es marlotas, bonetes,
Capellares, tocas, bandes,
Argentados borceguies,
Plumas, volantes y galas:
Estas fiestas hacían
A la hermosa Daraja,
Y el Rey está mas contento
Que cuando ganó á Granada.

Sola Sarracina, sola
 Está temiendo y turbada,
 Hasta que el valiente Muza
 Cumpla su palabra dada.
 No tarda el gallardo moro,
 Que ántes que la noche clara
 Se manifieste á los hombres,
 Y Apolo esconda su cara,
 Viene á interrumpir las fiestas
 Y á publicar su venganza,
 Y en lugar de galas viste
 Ante duro y dura malla.
 Bien acompañado va,
 Pues sabe el mundo que hasta
 Para conquistar mil reinos
 Sola una cruz colorada.
 El traje morisco lleva
 El Maestre que en España
 Dió tanto ser y valor
 A la gente castellana.
 Llegan de presto al balcón,
 Donde Sarracina aguarda,
 Tan turbada y temerosa
 Como la ciudad lo estaba;
 Y sin aguardar un punto
 Se arrojó por la ventana:
 Muza la recoge y pone
 De su caballo á las ancas.
 Viéronse en terrible aprieto,
 Porque los moros se arman,
 Y salen á defendelles
 Que de la ciudad no salgan:
 Pero luego que conocen
 Al bravo de Calatrava,
 Y que es el valiente Muza
 Quien le sigue y acompaña,
 Dejan la plaza y las calles,
 Y vanse luego á la Alhambra,
 Y ellos su vuelven contentos
 Adonde su gente aguarda.

(Romancero general.)

104.

AMORES DE MUZA.—XIX.

(Anónimo⁴.)

De aljófar grande y cuajado
 Sobre tela de oro y seda,
 Entre rubíes y esmeraldas
 Hechas ahorrádas tarjetas,
 Que unas llevan camafleos,
 Otras muy preciosas piedras,
 Otras llevan escorpiones
 De á seis y siete cabezas;
 Los campos de la labor
 Que los revoltones cierran,
 Son pequeños corazones
 Cada uno con tres saetas;
 Los frisos de cada parte
 Dos enlazadas cadenas,
 Hechas de oro de martillo,
 Que toda la laborean;
 De unos dorados cabellos
 Que las tinieblas destierran,
 Hechas de varios labores
 Unas muy curiosas trenzas:
 Cabellos, labor y lazos
 Esmaltan catorce letras,
 Que dan bien claro á entender,
 Que dicen: «La dura ausencia».
 Sobre una marlotá azul
 Todo esto Bernardo lleva,
 Y el campo de la marlotá
 Lleno de nubes y estrellas,
 Que alrededor de un topacio
 Engastado en oro y perlas,
 Ocho puntas de diamantes
 Lleva cada una de ellas:

Las nubes eran de plata
 Con espantosas cometas.
 Por encima del tocado
 Una media luna lleva,
 Por ser cosa mas movable,
 Que ciñe el cielo y esfera,
 Y motejar á Daraja
 Ser movable en lo que muestra,
 No por Bernardo el galán,
 Mas de Muza por quien entra
 A correr cañas y toros
 Y solemnizar la fiesta.

(Romancero general.)

⁴ Este romance puede enlazarse con otro de Bernardo del Carpio, en que se supone que fué á Granada y contrajo amistad con otro Muza, sin duda diferente del hermano del Chico, que es el héroe de estos romances.

ROMANCES DE REDUAN.

105.

REDUAN.—I.

(Anónimo⁴.)

Con dos mil ginetes moros
 Reduan corre la tierra,
 Todos los ganados roba,
 Y amenaza las fronteras:
 De los muros de Jaén
 Reconoce las almenas,
 Y entre Ubeda y Andújar
 Pasa como una saeta.
 «Y las campanas de Baza
 »Alarma tocan apriesa.»
 Con tanto silencio pasan,
 Que parece que concuerdan,
 Con lo mudo de las trompas,
 Los relinchos de las yeguas;
 Pero al fin las atalayas,
 Que estaban á trechos puestas,
 Con las hachas encendidas
 Unos á otros se hacen señas,
 «Y las campanas... etc.»
 Favoreceles la noche
 Con sus confusas tinieblas,
 Pero son tantos los fuegos
 Que por todas partes dejan
 En las malogradas mieses
 Y en las humildes chozuelas,
 Que sirven de luminarias
 De tan lastimosas fiestas.
 «Y las campanas... etc.»
 Al no pensado rebato
 Se levantan y se aprestan
 Caballeros con sus lanzas,
 Peones con sus ballestas.
 Los hidalgos de Jaén,
 De Andújar la gente buena,
 Y de Ubeda los nobles,
 Todos hacen de sí muestra:
 «Y las campanas... etc.»
 Abre el sol las del oriente,
 Y los cristianos sus puertas:
 Vienen á juntarse todos,
 Poco mas de media legua,
 Y puestós en son confuso
 El eco y aire resuenan
 Armas, pifaros y cajas,
 Relinchos, voces, trompetas;
 «Y las campanas de Baza
 »Al arma tocan apriesa.»

(Romancero general.—II. Flor de varios y nuevos Romances, 1.^a parte.)

⁴ Tambien este romance pudo colocarse entre los moriscos fronterizos pertenecientes á asuntos históricos de la época de los Reyes Católicos.

106.

REDUAN. — II.

(Anónimo.)

Pues que te vas, Reduan,
A las fiestas de Pisuerga,
Mas por lo que tú te sabes,
Que por hallarte en las fiestas;
Si acaso jugares cañas,
Para que saques por letra,
Tres sinrazones te escribo,
Si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
Como si venido hubieras
A engañarme solamente,
Pues me engañas y me dejas.
Dices que vas a jugar,
Yo creo que siempre juegas;
Lo que ganas, tú lo sabes,
Lo que pierdes, es sin cuenta.
Granjeas el ofender,
Que el engañarme es ofensa:
Si se pierde en consentirla,
Se pierde mas en hacerla.
Engañarme con decir
Que á las fiestas vas por fuerza:
Si algo supieras de amor,
Yo sé que por fuerza fueras!
Dos moras allí te aguardan,
Que cada cual de ellas piensa
Que sola te da cuidado,
Y que solo vas á vella.
Yo vine solo á saber,
Para que por todas sienta,
Que me desengañes presto,
Y que te debo mas que ellas.
No puedes satisfacerme,
Aunque poderoso en rentas,
Que un alma de firme fe
Mas que el mundo vale y pesa:
Solo pudieras pagarme
Con dejarme en recompensa
La tuya, que está en mil partes
Hecha piezas, y en ti entera.
He venido solo á ser,
A donde de nuevo pruebas
El hacer nuevos engaños
Para sinrazones nuevas.
Véngume el cielo de ti,
Que si el cielo no me venga,
Tienes mil almas hurtadas,
Y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
Nunca su sol te amanezca,
Y que la luna se esconda
Para que el camino pierdas:
Que tropiece tu caballo,
Y tus espuelas se pierdan,
Que el caballo mas brioso
No caminará sin ellas;
Y que si no se perdieren,
Cuando le piques, no sienta,
Y que los pasos que diere,
Todos hacia atrás se vuelvan.
Si te defiende la noche,
Que la noche es tu defensa,
Por ser gran madre de engaños,
Y abrir á los tuyos puertas;
Cuando á la vista llegares
De aquellas dos moras bellas,
Conócante el alma falsa,
Y burlense y no te crean.
Menospreciente por otro
Que de casta infame sea,
Que si te dejan por otro,
No dirán que te desprecian:
Y si en las fiestas entrases,
Se vuelvan las burlas véras,

Y tu adarga sea de vidrio,
Y el brazo de blanda cera;
Y entre las lijeras cañas
Te arrojen lanzas secretas
Que el corazon te atraviesen,
Porque como matas mueras.

(Romancero general.)

107.

REDUAN. — III.

(Anónimo.)

« ¡Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas!
¡Lijero como los vientos,
Mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural!
¡Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarían
Para culpar tu maldad!
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento te dan,
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad;
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes
Para que te deba mas.
¡Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian,
Adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa ajena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fuéron
Causa de todo mi mal;
Y celos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan,
En el jardin del Alhambra
Al pié de un verde arrayán.
El moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asíole la blanca mano,
Y así la comienza á hablar:
— Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mi me llamais piedra,
En piedras haceis señal;
Y no penseis que me agravio
De injurias que me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

(Romancero general.)

108.

REDUAN. — IV.

(Anónimo¹.)

De léjos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas partes la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro,
A la bella ciudad habla:
— ¡Ay Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza,
Pues di con loca osadía
A mi rey la fe y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta!
Hallo ahora mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi rey ganada:
De dó vengo á conocer
Ser verdad averiguada,
Quien prestó se determina,
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen,
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima,
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.—
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte,
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro de ella estaban;
Y que en pérdida tan cierta,
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

(Romancero general.)

¹ Pudo colocarse entre los Fronterizos, correspondientes á la época de los Reyes Católicos.

109.

REDUAN. — V.

(Anónimo¹.)

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena,
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena,
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena,
Sin aguardar á su gente

Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melená
Tener presa la fortuna,
Que al fin cumple lo que ordena
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena,
Que dió muerte á Reduan,
Y á Jaen sacó de pena:
Y mientras del cuerpo el alma
Se aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable,
Tendido en la seca arena:

«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte dó tus manos
Me hicieran la mortaja:

Que cosa es muy conocida,
Que si de esta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.

Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar,
Por á Jaen no gauar,
Sino por solo perderte:

Y aun temo, que el que en relieves
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte,
Que gauar dos mil Jaenes.

Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego,
Que esté mas fuerte á su ruego,
Que para mí fué Jaen;

Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos,
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Romancero general.)

¹ Se halla en el mismo caso que indica la nota del anterior.

ROMANCES DE BOABDIL Y DE ZARA SU ESPOSA¹.

110.

BOABDIL Y ZARA. — I.

(Anónimo.)

La libre Zara, que tiempo
No les dió para quejarse
A mil lastimados pechos,
Ya esparce quejas al aire.
La que tuvo un rey por suyo,
Tan discreto como afable,
Sino amara por ser rey
Mudanzas y novedades,
Sentida de ellas, acusa
La causa de donde nacen,
De su punto menosprecio,
Y del mismo infamia grande;
Que un rey, ejemplo de todos,
En su condicion mudable,
El fin que de sí promete
Es dar principio á desastres.
— Quisete, dice, enemigo,
Porque amando me obligaste,
Si puede reinar amor
En pechos tan desiguales.
Los que vieron que pasabas
A menudo por mi calle,
Como no te acuerdas de ella
Han dado en maravillarse.
Sospechan que te sucede
Lo que á los falsos amantes,
Que es el cumplir sus deseos
De los amores remate:
Que pensar que es porque importa

Que los reyes se recaten,
 Tras tan largas apariencias,
 Llegó el recato muy tarde;
 Pero de que el poco tuyo
 Echés de ver, no te espantes,
 ¡Que el ser tan poco, me cuesta,
 Lo que no podrás pagarme,
 Pues diste causa á las lenguas
 De hartos moros principales,
 Porque tú no se las cortas,
 De ofenderte y agraviarme!
 ¡Mas bien te conocen todos,
 Y que corta mas se sabe
 La agudeza de la tuya
 Que los filos del alfanje!
 Señales de que te precias
 De galan entre galanes,
 Mas que de rey que castiga
 Livandades semejantes:
 Y en fin, como te conoces
 Cargado de culpas graves,
 Dejaste de verme al punto
 Que de ser firme dejaste.
 Mas quien ha tenido lengua
 Para no decir verdades,
 ¿Cómo es posible que tenga
 Ojos para visitarme?
 No siento el dejar de verte
 Por el gusto de mirarte,
 Que no mueve gentileza
 Que cubre tantos azares.
 Eres cual campo florido
 Donde suelen albergarse
 Mil serpientes ponzoñosas,
 Homicidas de ignorantes;
 Pero á la reputacion
 Que corrompen obras tales,
 Importaba que acudiera
 El pecho de donde nacen;
 Que á no ser de que me veas
 El fruto tan importante,
 Mas me alegrara la nueva
 Que tengo, de que te apartes.
 Anda la corte revuelta,
 Revueltas las voluntades,
 Que de su amistad estrecha
 No es posible que se aparten.
 Si te dejaren los tuyos,
 No hay de qué maravillarte,
 Que al rey que no guarda fe
 Bien es que le desaparen.

(Romancero general.)

411.

BOABDIL Y ZARA. — II.

(Anónimo.)

En la reja de la torre,
 Por donde la bella Zara
 Dió un tiempo favor á un rey,
 Labrando estaba una banda.
 Cuatro labores á trechos
 En la rica labor gasta,
 Alternando plata y oro,
 Entre seda azul y nácar:
 No para empresa de moro,
 Que jamas quiso alabarla,
 Sino una que le dió
 Ella al Rey, y el Rey á Zaida,
 Que bastara solo aquello
 A dar puerta á mil mudanzas,
 Sin la que ella ha visto de él,
 Tan mal puesta ante su cara:
 Y así no pone los ojos
 En las labores que labra,
 Porque da cuenta á Dalife,
 Secretario de sus ansias.
 —Bien sabes, Dalife, dice,

Cómo están sacrificadas
 Las memorias de mis gustos
 Con muy evidentes causas,
 Y cómo convierto en humo
 Las reliquias de mis gracias,
 Pues las quemó casi el fuego
 De un rey con falsas palabras.
 No lo digo porque entiendas
 Que en mi nobleza hizo mancha;
 Que un rey, ni todos los reyes,
 Para mancharla no bastan;
 Que aunque él para mi sea rey,
 Seré yo para él infanta,
 Que baste á hacer fementido
 A quien quisiere mancharla:
 Ni ménos porque coijas
 Que me quema en las entrañas
 Este fuego de los celos,
 Que tantos pechos abrasa;
 Sino solo porque adviertas,
 Si has dado palabra á damas,
 Que no importa que la guardes,
 Pues los reyes no la guardan;
 Aunque en noble cortesía
 A cualquiera es de importancia
 Que la palabra se cumpla
 A quien se diere, aunque falsa
 Principalmente á mujeres,
 Pues tan fácilmente cambian
 Lo que se cumple con ellas,
 Cuanto mas lo que les falta.
 No digo que no le quise
 Por mil razones fundadas,
 Que fuera de ser el Rey
 Las muestra muy á la clara.
 Es muy galan y discreto,
 Compuesto en su trato y habla,
 Es grave donde conviene,
 Y muy afable entre damas:
 Y si por esto le quise,
 Por esto mismo me agravia
 Su mudanza á que le olvide,
 Y le aborrezco en el alma;
 Y si la mora á quien sirve
 Es de un general hermana,
 Yo lo soy de quien gobierna
 A su Granada y mi patria.
 Bien sabes que mis parientes,
 Por respeto mio, se holgaban
 De acreditar su nobleza,
 Y guardarle las espaldas;
 Y lo que en este suceso
 Me maravilla y espanta,
 Es, que no advierte en razon
 Obra que importa á su fama;
 Que aunque es rey, es solo uno,
 Y los hijos de Granada
 Son mas, y sin ser mis deudos,
 Ver que sin ellos no es nada! —
 La ataja Dalife luego,
 Diciendo: —Zara, ya basta,
 Que diré que no son quejas,
 Sino celos que te dañan;
 Que la culpa no fué tuya,
 Ni de mudable te cuadra
 El nombre, aunque todo el mundo
 Por fe y Alcorán se guarda;
 Mas no te podré negar
 Que es justo estés enojada,
 Pues la mora á quien visita,
 Los pasos de amor le ataja,
 Como tú los atajaste
 Por el voto de ser casta,
 Que tenéis hecho á Mahoma
 En su mezquita sagrada,
 A cuya causa vivís
 En vuestras torres cerradas,
 Cada una de por sí,
 Con mucha clausura y guarda;

Que por eso supo el vulgo
Tan claro, que el Rey te amaba,
Pues en tu torre á menudo
Con véras te visitaba,
Y por no poder salir
A ver los toros ó cañas,
Te enviaba por servirte,
Músicas, tragedias, zambras.
Déjale, Zara, si quieres,
Que es procurar poner tasa
A los hombres en sus gustos,
Y á las corrientes del agua:
Que si sabe una mujer
Que un hombre firme la ama,
Confiada en la firmeza,
Por momentos idolatra.
Aun les parece que es poco,
Que á mas llega su arrogancia,
Que lo que es poco aniquilan,
Y lo que es mucho amenazan.
Dime, Zara, las colores
Que son tuyas y te agradan;
Dejemos estas razones,
Pues lo mejor es dejarlas.—
Quiso responder la mora;
Mas entró entónces un'aya
A decirle, que entre luego
A la cuadra, que le aguardan.
Partióse luego Dalife,
Quedando ella algo turbada:
Tomó el aya la labor
Y entróse luego á la cuadra.
(*Romancero general.*)

† Este verso no se sabe lo que quiere decir.

412.

BOAEDIL Y ZARA.—III.

(*Anónimo.*)

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
Con sus mas queridas damas,
Que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
De fino cendal cubiertas,
No con marlotas bordadas:
Sus almaizales bordados,
Con muchas perlas sembradas,
Descalzos los albos pies,
Blancos, mas que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
No como suelen tocadas,
Y mas al desden la Reina,
Por celosa y desdenada;
La cual llena de dolor
No dice al Rey lo que pasa,
Ni quiere que en la ocasion
Su pena sea declarada.
Estando de varias flores
Las moras ya coronadas,
Con lágrimas y suspiros
A todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, jutaros,
Porque sois amigas caras,
Para quejarme á las tres
De cómo me trata Zaida,
Cuya hermosura pluguiera
A Alá que no la criara.
Pues en ella está mi daño
Presente de cara á cara.
Sabréis como el Rey la quiere
Mas que á la vida y el alma,
De do resulta mi daño,
Pues veis con él soy casada;
El cual no creo que sabe
Que sé de esto lo que pasa,
Antes entiendo lo sufre

Receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada,
Y á veces con el color
Que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
Quién soy por toda Granada,
Dañaránme tus locuras,
Mujer inconsiderada.
Jamás, Reina, me has creído,
Antes escudriñas causas,
Mas para mi mal durables,
Que lo son para tus ansias.
Doite bastantes razones,
Y tan bastantes, que basta
Creer que no son creídas,
Aunque las ponga en la plaza:
Y en ellas te digo, Reina,
Que no fueras coronada,
Que no me es mas ver al Rey
De que á ti celosa airada.
Si piensas que tu corona
Codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
O saldréme de Granada.—
Pero el Rey que no dormía,
Antes bien las escuchaba,
Sale diciendo que callen,
Con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
Encubrió el estar turbada,
Y con un aplauso afable
Le recibe, y así habla:
—Nunca suelen los galanes
Entrar donde están las damas
Sin que primero licencia
Por ellas le sea otorgada.—
El Rey le replicó luego:
—A mi nunca me es vedada,
Ni ha de ser donde estais vos
Y donde están vuestras damas.—
—Los reyes todo lo pueden,
Respondió la Reina airada,
Y tambien sé yo que tienen
Algunos dobles palabras.—
El Rey gustó de callar
Porque la vido enojada,
Y metiendo otras razones
Se fuéron para el Alhambra.

(*Romancero general.*)

† Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fueron mas galantes, y los españoles mas celosos que lo eran antes de mezclarse y de tratarse. En las noches de velada de alguno de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular en la de que tratamos, por ser comun á amigos y enemigos, rompianse los cerrojos, caianse los candados, descorrianse las celosías, abrianse las puertas y ventanas, descuidabanse los celosos, y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podian al aire libre, si las tenían, gozar de sus intrigas amorosas con ménos recato al ménos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran unas saturnales: casi siempre el amor, legítimo ó no, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues aun cuando los Argos celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de prudencia, los despertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No solo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares, y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías de estas fiestas generales, sino que tambien retratan con viveza muchas de las trágicas escenas á que el menor descuido daba lugar, entre hombres cuyo idolo era el pundonor, y que jamas perdonaban un hecho que aun levemente pudiera mancharle. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interés, aun conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fué. Los jóvenes labriegos y pastores corren las calles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavía enraman las ventanas de sus queridas con flores y ramas de frutales; todavía las muchachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen—

para adivinar por ella si está lejano ó próximo el día de tener un novio, ó si el que tienen les será fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de un huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navío que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la protección del Santo. Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas; entre los modernos ha servido, y sirve aun de asunto é inspiración llena de un dulce sabor inexplicable. Melendez, Iglesias y otros muchos poetas, la celebran en sus versos, acaso no los menos blandos, suaves y apacibles que compusieron, como puede verse en sus obras.

ROMANCES NOVELESCOS SOBRE LA PERDIDA DE ANTEQUERA Y LOS AMORES DE BOABDIL Y VINDARAJA¹.

113.

BOABDIL Y VINDARAJA². — I.
(De Lucas Rodríguez.)

Con los francos Bencerrajes

El rey Chico de Granada

Estando en Generalife

Una muy fresca mañana

Gozando del fresco viento,

Y viendo correr el agua,

Mirando está los frutales,

Sus verdes hojas y plantas,

Oyendo á los ruiseñores

Su música concertada,

Viendo á los moros y moras

Tañer y bailar la zambra.

Los moros enamorados

A sus moras dan guirnaldas;

Y cuando aquestos placeres

A todos mas gusto daban,

Por una verde espesura

De arboledas bien plantada,

Vido un moro de á caballo

Haciendo grande algazara,

Con vestido turquesado

Y almalafa plateada:

El alfanje trae desnudo,

La barba toda mesada,

Con el tocado deshecho

Y sin lanza y sin adarga.

Sospirando viene el moro

Que se le arrancaba el alma:

Heridas trae de muerte,

Y la cara ensangrentada:

Y llegado junto al Rey

Del caballo se arrojaba.

Hincándose ha de rodillas

Sin poder hablar palabra;

Sacó una carta del seno

Con once sellos sellada,

Y besándola tres veces

En su mano al Rey la daba.

El Rey la estaba leyendo,

Y antes que fuese acabada,

Llora, lamenta y sospira,

Y al fin della se desmaya;

Y vuelto del parasismo

Desta manera hablaba:

— No lo he por Antequera,

Aunque haya sido ganada;

Pésame que me han robado

Divinas joyas del alma.

¡Vindaraja, amiga mía!

¡Oh mi linda Vindaraja!

Si estás muerta, si estás viva,

O si estás aprisionada,

O si estás entre cristianos,

No te me vuelvas cristiana,

Que este captivo que tienes

Trocará por ti el Alhambra. —

Y estas palabras diciendo

Mandó el Rey tocar alarma.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

¹ Los romances históricos de la pérdida de Antequera por

los moros, y su conquista, se han colocado entre los de su clase.

² En los varios romances de diversos autores aquí insertos, unos llaman á esta mora Jarifa, y otros Narcisa; para uniformarlos hemos adoptado el nombre de Vindaraja, que se le da en este.

114.

BOABDIL Y VINDARAJA. — II.

(Anónimo.)

En Granada está el Rey moro,

Que no osa salir della:

De las torres del Alhambra

Mirando estaba la vega;

Miraba los sus moriscos

Cómo corrían la tierra:

El semblante tiene triste;

Pensando está en Antequera;

De los sus ojos llorando

Estas palabras dijera:

— ¡Antequera, villa mía,

Oh quién nunca te perdiera!

Ganóte el rey Don Fernando,

De quien cobrar no se espera!

¡Si le pluguiese al buen Rey

Hacer conmigo una trueca,

Que le diese yo á Granada

Y me volviese á Antequera!

No lo he yo por la villa,

Que Granada mejor era;

Sino por una morica

Que estaba de dentro della,

Que en los días de mi vida

Yo no vi cosa mas bella.

Blanca es y colorada,

Hermosa como una estrella;

Sus cabellos son mas que oro,

Que el oro dellos naciera;

Las cejas arcos de amor,

De condicion placentera;

Dos saetas son sus ojos

Que en mi corazón pusiera:

Sus manos Deyfebo⁴ son;

No fué mas graciosa Elena.

¡Ay morica! que mi alma

Presa tienes en cadena! —

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. Wolf, *Rosa de Romances*.)

⁴ De Febo querria decir, ó de Deyfebo.

115.

BOABDIL Y VINDARAJA. — III.

(De Juan de Timoneda.)

Suspira por Antequera

El Rey moro de Granada:

No suspira por la villa,

Que otra mejor le quedaba,

Sino por una morica

Que dentro en la villa estaba;

Blanca, rubia á maravilla,

Sobre todas agraciada:

Deziseis años tenía

En los deziseite entraba;

Críola el Rey de pequeña,

Mas que á sus ojos la amaba,

Y en verla en poder ajeno

Sin poder ser remediada,

Suspiros da sin consuelo,

Que el alma se le arrancaba.

Con lágrimas de sus ojos

Estas palabras hablaba:

— ¡Vindaraja! de mi vida!

¡Ay Vindaraja del alma!

Envíete mis cartas yo

Con el alcaide de Alhambra,

Con palabras amorosas
Salidas de mis entrañas,
Con mi corazon herido
De una saeta dorada.
La respuesta que le diste:
Que escribir poco importaba.
Daria por tu rescate
Almeria la nombrada.
¿Para qué quiero yo bienes
Pues mi alma presa estaba?
Y cuando esto no bastare
Yo me saldré de Granada;
Yo me iré para Antequera
Donde estás presa, alindada
Y serviré de captivo
Solo por mirar tu cara².

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

¹ En el romance dice: Narcisca.

² Se halla tambien este romance con variantes, y no tan completo; en un pliego suelto intitulado *Historia del moro Abindarraez*, etc.

416.

BOABDIL Y VINDARAJA. — IV.

(De *Pedro de Padilla*.)

En la villa de Antequera
Cautiva está Vindaraja¹.
La mora que mas queria
El rey Chico de Granada.
Siente tanto verse presa,
Que nada la consolaba,
Porque el cuerpo en Antequera
Tiene, y en Granada el alma;
Que si el moro la queria,
Ella mas que á sí le amaba.
Cien mil años le parece
Cada momento que tarda
El rescate que se habia
De dar, para libertalla;
Porque de aquello imagina
Que la tienen olvidada,
Que de cualquier niñeria
Lo sospecha el que bien ama.
Por certificarse de esto
Al Rey escribe una carta
Dándole en ella á entender
Lo que en la prision pasaba,
Y con un moro la envia,
Que era alcaide del Alhambra
Y de paz vino á Antequera
Solo á saber como estaba.
El Rey la carta recibe,
Y ántes de abrirla temblaba,
Y cuando la tuvo abierta
A leerla comenzaba:
Vió que Vindaraja en ella
De esta suerte se quejaba.

Carta de Vindaraja.

La cautiva desdichada,
Libre un tiempo, y venturosa
En ser de ti tan amada,
Te escribe muy temerosa
De que estará ya olvidada:
Aunque no puedo creer
Que esté apagada esa llama;
Mas no deja mi querer
De recelar y temer,
Que es ordinario en quien ama.

Para la desconfianza,
Amando, no hay resistencia,
Ni segura confianza,
Que al fin, olvido y mudanza
Son condiciones de ausencia,
Y yo no puedo de ti
Estar muy asegurada,

Que hay muchas moras ahí
Por quien me trueques á mí,
Si no me tienes trocada.
Y si lo debo de estar,
Pues tanto tiempo has tardado
De enviar á rescatar
La que ha sus ojos tornado
Fuentes, por ti, de llorar:
Tanto no me descuidara
Si te viera yo á ti preso,
Que si hacienda me faltara
Para librarte, confieso
Que con sangre te comprara.

Si soy de ti tan amada
Como fui, Rey y señor,
Sea luego rescatada,
Que ya sabes que el amor
No sufre descuido en nada.
Y sospechar me haria
Si mas que el pasado hubiese,
Que tu fe no es cual solia,
Y el punto en que lo creyese
El de mi muerte seria.

No consideres mi muerte
Porque te haria olvidarme,
Sino que supe quererte,
Y te preciaste de amarme,
Como yo de obedecerte.
Y sea esto tanta parte,
Que de esta prision tan brava
Salga yo libre á gozarte,
Pues librarás una esclava
Que ha sido reina en amarte.

Que aunque trabajosa y fuerte
Es de sufrir mi prision,
Todo mi mal es no verte,
Y esta sola es la pasion
Que podrá darme la muerte.
Y no es bien que los enojos
Del vivir me desposean
Sin que primero estos ojos
En tu presencia se vean
Gozando alegres despojos.

Mira que tarde y mañana
Estos que conmigo están
Creyendo que soy liviana
Cuanto quisiere me dan
Porque me vuelva cristiana;
Y yo llorando les digo
Que jamás no dejaré
Esta ley que tengo y sigo,
Y mucho menos la fe,
Que tuve y tendré contigo.

Prosigue la historia.

Esta carta de su dama
Habiendo el moro leído,
Arrimado á una ventana
Quedó fuera de sentido,
Y despues que volvió en sí
Tiña y papel ha pedido,
Porque Vindaraja entienda
Que no la ha puesto en olvido,
Sino que aumentaba ausencia
La fe que le habia tenido.
Cuando dió lugar la pena
Al corazon affligido
Para mostrar el dolor
Que de su mal ha sentido,
En respuesta de su carta
Esto el moro ha respondido.

Carta del Rey.

Grande agravio se le ha hecho,
Hermosa mora, á mi fe²,
En imaginar que esté
Aun de vivir satisfecho,
Sin lo que en verte gocé.
Oféndesme con temer
Mudanza de mí, ni olvido;

Que donde amor ha cabido
No puede olvido caber,
Si no fué el amor fingido.

Y con el que yo te quiero
La misma imaginacion
No llega á su perfeccion,
Y así acabará primero
Mi vida que mi aficion.

Y esta no me da licencia
Para olvidarme de ti,
Y siendo, señora, así,
Son condiciones de ausencia
Amor y firmeza en mí.

Y cuando aquesto no fuera,
En mil mundos no hallara
Otra por quien te trocara,
Aunque apostá la hiciera
El cielo, y su resto echara.

Que á los que te pueden ver
Es bien fácil de juzgar,
Que el cielo, con su poder,
Ni tiene mas que hacer,
Ni yo mas que desear.

Estoy muriendo sin verte,
Porque de tu vista vivo,
Y la vida que recibo
Es la que me da el quererte,
Que alivia el dolor esquivo.

Y en solo este pensamiento
Se entretiene el alma mía,
Y es el entretenimiento
De suerte, que si un momento
Me faltase, moriría.

Y si el Rey te me quisiese,
Dulce amiga, rescatar,
No me podría demandar
Tanto como yo le diese,
Por no dejarte penar.

Descuido ahora en mí no le ha habido,
Ni el amor querrá otorgarme
Licencia de descuidarme,
Que á mi mismo me he ofrecido
Por ti, si quieren llevarme.

Que de imaginar que tienes
Tan triste imaginacion,
Siente tanto el corazon,
Que basta saber que penes
Para morir de pasion.

No deben de querer darme
Tu persona, por saber
Que esta sola podrá ser
Ocasión para acabarme,
La mayor que puede haber.

Y en eso tienen razon,
Que si faltase esperanza
De remediar tu prision
Haria cierta esa pasion
Mi muerte, y su confianza.

Que en ti me quitan la vida,
Y el bien que puedo tener
Es pensar que has de volver
A ser de mí poseída
Sin temerte mas perder.

Y esto se ha de efectuar
Con brevedad segun creo,
Y puédeste asegurar
Que lo han de solicitar
Por ti, mi amor y deseo.

Que este por momentos crece,
Y si en amor tasa hubiera,
Su término en mí tuviera;
Que lo que tu ser merece
No sufre que menos quiera.

Y siendo, señora, así,
Alma tan enamorada
No se olvidará de ti:
Déjame el cuidado á mí,
Sin tenerle tú de nada.

Y deste tu esclavo fia,

Que fué Rey cuando te quiso,
Que estará sin alegría,
Hasta que su paraíso
Goce en ti como solía.

Y pues que sabes que muero
De la manera que mueres
Espera como yo espero,
Que de lo bien que te quiero
Conozco lo que me quieres.

Y sé que no ha de ser parte
La mucha importunidad
Para poder olvidarte
Del que nunca voluntad
Tuvo, sino de adorarte.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías*.)

¹ *Jarifa cautiva estaba*, dice el verso, pero se ha puesto en todo el romance el nombre de Vindaraja para uniformarle con el anterior, y que no se confundiera esta mora con la Jarifa de Abindarraez.

² Dice el romance: *Dulce Jarifa á mí fe*.

117.

BOABDIL Y VINDARAJA.—V.

(Anónimo.)

En la villa de Antequera,
Cautiva está Vindaraja¹
La mora que mas quería
El rey Chico de Granada.
Siente tanto el verse presa,
Que no la agradaba nada,
No por el poco valor
Que en el buen cristiano halla,
Sino por temor y miedo,
Que la han de llevar á Baza,
Y que si á Baza la llevan
La han de hacer tornar cristiana.

Tomando tinta y papel
Al Rey escribe una carta:
No le escribe como á rey
Sino como enamorada.

«¿Qué me sirve ser hermosa,
»Y de ti, buen Rey, amada,

»Si en aquestas ocasiones
»Me tienes, Rey, olvidada?

»Rescata el cuerpo á dinero,
»Pues me tienes allá el alma;

»Si por dineros me dejas,

»Moros tengo yo en Granada,

»Que por esta amante mora²

»Perderán la vida y alma.»

Contento estaba el rey Chico,

Grandes fiestas ordenaba

Por una carta que tiene

De su amada Vindaraja:

Mandó llamar á su alcaide

De quien hace confianza,

Y le dijo: — Buen alcaide,

Impórtame que mañana

Te partas para Antequera,

Al rescate de mi dama:

Llevarás cien doblas de oro,

Y otra cantidad de plata;

Cien caballos enjaezados,

Bordados todos de plata.

Traerásla como á reina,

Pues es reina de mi alma.

Por las tierras do viniere

Corran toros, jueguen cañas,

Hagan fiestas y torneos,

Toquen clarines y cajas:

Yo la saldré á recibir

Legua y media de Granada

Con toda mi casa y corte

Para que entre mas honrada. —

Luego se parte el alcaide,

Y á Narvaez dió la carta:

Desque la hubo leído

Estas razones le habla.

—Anda vete, el moro perro,
Anda y vuélvete á Granada,
Y le dirás al rey Chico,
Que si me da Vivarambla,
Zacatin y Plaza nueva
Y también las Alpujarras
Comparadas con la mora
No las estimo yo en nada. —

(*Romances de varios y diversos autores.*)

¹ Dice el romance: *Jarifa cautiva estaba.*

² Que por la linda Jarifa, dice el romance.

ROMANCES DE CELIN, SEÑOR DE ESCARICHE¹.

418.

CELIN DE ESCARICHE.— I.

(*Anónimo.*)

Por divertirse Celin
Fiestas ordena en Granada,
En desgracia del rey Chico,
Y en ausencia de su dama.
Secretas hace sus fiestas
Con dos amigos del alma,
Galanes y Abencerrajes,
Hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
A mil respetos y guardas,
Solo por dar un buen día
A tanto penar sin causa;
«Que una prision muy larga
»La vida gasta, y la paciencia acaba».
A la cristiana los viste
De villanesca bizarra,
Con tafetanes el rostro,
Caperuza, sayo y capa.
Blanco, leonado, amarillo,
Congojas sin esperanza,
Dieron al disfraz colores
Y memorias á Adilaja.
Pensado lleva Celin
De hacer famosas bazañas,
Y dejar melancolias
Que la buena sangre gastan;
«Que una prision muy larga,
»La vida pierde y la paciencia acaba».
Ya las yeguas y jaeces
Van alterando á Granada;
Todos dicen de Celin,
¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!
No queda mora Cegri
Que no se ponga á ventana,
Y todas dicen, á ver—
El galán de las desgracias.
Como saben ya su historia,
Quisieran verle la cara,
Que en las bazañas no miran,
Porque ya saben las damas,
«Que una prision muy larga
»La vida gasta, y la paciencia acaba».
Para verle entrar de noche,
Aunque viene á la cristiana,
La puerta de Elvira encubre
La hermosura del Alhambra.
Allí tratan de aquel tiempo
Que fué dichoso en Granada,
Envidiado de mil moros,
Y querido de mil damas:
Otros cuentan en corrillos
Los amores de Adilaja,
Diciendo, que ya los dos,
Ni se escriben ni se hablan;
«Que una prision etc.»
Como ven que no venia,
Para la fiesta le aguardan,

Haciendo mucho mayores
Los deseos y esperanzas.
Adilaja con las nuevas
Muy celosa y enojada,
Le escribe al moro que deje
Fiesta que le ofende el alma.
A la mitad del camino
Recibió el moro esta carta,
Dió vuelta luego á Jaén
Trocando en luto las galas;
«Que una prision muy larga,
»La vida gasta, y la paciencia acaba».

(*Romancero general.*)

¹ Por el postrer verso del último romance de Celin de Escariche, se deja presumir que todos se compusieron en elogio de algún duque de Alba.

419.

CELIN DE ESCARICHE.— II.

(*Anónimo.*)

Celin, señor de Escariche,
Y Aliatar, rey de Granada,
Azarques y Abenumeas
Salen á juegos de cañas.
Vandas blancas lleva el Rey,
Color que su ser demanda:
De esperanzas va vestido
Que á mas le obliga Baraja.
Por divisas tiene un cielo
Con muchos cedros y palmas.
De coronas, esta letra
«Seguro estoy de mudanzas».
Los Abenumeas todos
Y los Azarques llevaban
De encarnado las divisas
Que un mar de desdichas baña.
El muy bizarro Celin
Por dar contento á su dama
Entre las blancas marlotas
Estrellas de oro sembraba,
Y por dar seguro al Rey
De lo que celoso estaba,
Lleva pajizo el jaez
Con campanillas de plata,
Y en la adarga por divisa,
Una azucena entre llamas
Con una letra que dice:
«Por ser fingidas no atrasan».
Advierte su letra el moro,
Que tiene Aliatar cifrada,
Y aunque no demuestra celos
Celosas ansias le abrasan;
Que quiere salir de extremo,
O quedar sin vida en calma,
Valiente, bravo y furioso
Dando remate á las cañas.
Trabóse la escaramuza
De todas las cuatro escuadras,
Ganando el bizarro moro
Eterno renombre y fama.
Alborotóles el juego
La voz que les amenaza,
Que quiere salir un toro
De la inmutable Jarama.
Dicen los Abenumeas:
—Ningun Azarque se parta.—
El Rey se va á su balcon;
Sola les deja la plaza.
Celin, que á su desengaño
Sola esta ocasion buscaba
Con su acerado rejon
Al toro en el coso aguarda.
Tiene clavados los ojos
En la que en el sol enclava;
Conócese en el mirar
Que tienen juntas las almas.
Adilaja se encubrió

Temiendo alguna desgracia,
 Porque sus hermosos soles
 Los de Celin deslumbraban;
 Y quitado el resplandor
 Pudo el moro ver la plaza,
 Y en ella un toro furioso,
 Que á los cielos amenaza.
 La cabeza en proporcion
 La cerviz corta, empinada;
 Anchuroso tiene el pecho,
 La cola toda enroscada:
 Un remolino en la frente.
 En sangre los ojos baña:
 Cortos brazos, largos piés,
 Rufa, salta, corre y brama.
 No teme el bello amador,
 Que á Marte en fama aventaja.
 Seguro en el alazán
 En las puntas se empinaba.
 Cuando el vigoroso toro
 Con el amador cerraba,
 Hirióle con el rejon,
 Por la cerviz se lo clava:
 Quedó atormentado el toro,
 La una rodilla hincada,
 Cogido en la dura tierra
 Sin que al moro ofenda en nada.
 Revuelve Celin los ojos
 Y vió que su mora estaba
 En los brazos de Adaiifa
 Del gran temor desmayada:
 Del contento que tomó
 Al toro menospreciaba:
 Quebrando el asta al rejon
 Todo el medio le dejaba,
 Y de una veloz carrera
 Atravesara la plaza
 Parando en los miradores
 De su querida Adilaja.

(Romancero general.)

120.

CELIN DE ESCARICHE.—III.

(Anónimo.)

Vestido el cuerpo de cielo,
 Y de sus glorias el alma,
 Con mil estrellas y soles,
 Y mil cifras coronadas,
 Entra á correr la sortija
 Celin, á quien acompañan
 Catorce moros Cegries,
 Los mejores de Granada,
 En un caballo andaluz,
 De la generosa raza
 Que al sacro Guadalquivir
 Le suele pastar la grama:
 Castaño oscuro, fogoso.
 Cabos negros, gruesas ancas,
 Ancho pecho, recios brazos
 Corto cuello, cola larga,
 Chica cabeza y orejas,
 Crines grandes enrespadas,
 Gallardo, brioso y fiero,
 Y humilde al freno que tasca.
 Alborótase la gente,
 Y en los tablados se alza,
 Bendiciéndole mil veces
 Por donde quiera que pasa.
 Todo el mundo le bendice,
 Y la envidia avergonzada
 Se esconde en algunos pechos,
 Que de envidiosos no hablan.
 Desde su balcón le mira
 La dulce y tierna Adilaja,
 Original de mil soles,
 Que en la marlota llevaba.
 Levanta el moro los ojos
 Y hácia su dama los baja,

Que siempre su hermosa
 La trae por las nubes altas.
 Contempla Celin su cielo,
 Aunque con vista turbada,
 Porque el resplandor divino
 Turba las vistas humanas.
 Quedaron mudos los cuerpos,
 Solas las almas se hablan,
 Que en las luces de los ojos
 Iban y venían las almas.
 Licencia pide Celin,
 Adilaja se la daba,
 Para que corra con Muza
 En su presencia tres lanzas.
 Muza se pone en el puesto,
 Gallardo corre su lanza,
 Y Celin le ocupa luego
 Con postura mas gallarda.
 Vuelve furioso el caballo
 A la carrera la cara,
 Pone la cola en el suelo
 Y entrambos brazos levanta:
 Llámale con las espuelas
 Y con el freno le llama
 Responde fiero y humilde,
 Y vuela sin tener alas.
 Celin con aire del cielo
 Afuera la lanza saca,
 Y al tercio de la carrera,
 Corva el brazo, aprieta el asta;
 Abrigala con el pecho,
 Y abrigándola la baja
 A ley de galán, y cierto
 A lo que mandan las armas.
 Para veloz el caballo,
 Tanto que en la arena blanda
 Apenas juzga la vista
 La herradura ni la estampa.
 Derriba Celin el brazo,
 Vuelve á su lugar la lanza,
 Oprime el freno el rigor,
 Y para el caballo á raya.
 Corre otras dos, y en la corte
 Admirada de mirarlas,
 Levantan hasta los cielos
 La voz de sus alabanzas.
 En esto se puso el sol,
 Y la noche con sus alas
 Cubrió de confusas nieblas
 Los palacios y la plaza.
 Dieron hachas á Celin,
 Y regocijo á Granada,
 Quedando por mil razones
 Gloriosa la casa de Alba.

(Romancero general.)

ROMANCES DE CELIN AUDALLA.

121.

CELIN AUDALLA.—I

(Anónimo.)

Las soberbias torres mira,
 Y de léjos las almenas,
 De su patria dulce y cara,
 Celin, que el Rey le destierra:
 Y perdida la esperanza
 De jamas volver á vella,
 Con suspiros tristes dice:
 «¡Del cielo luciente estrella!
 ¡Granada bella!
 Mi llanto escucha, y duélate mi pena»:
 ¡Hermosa playa que al viento
 Das por tributo y ofrenda
 Tanta variedad de flores,
 Que él mismo se admira en vellas!
 ¡Verdes plantas de Genil,
 Fresca y regalada vega,

Dulce recreacion de damas,
De los hombres gloria inmensa!
«¡Granada bella etc.
¡Fuentes de Generalife,
Que regais su prado y huerta,
Las lágrimas que derramo.
Si entre vosotros se mezclan,
Recibillas con amor,
Pues son de amor cara prenda!
Mirad que es licor precioso
Adonde el alma se alegra:
«¡Granada bella etc.
¡Aires frescos que alentais
Lo que el cielo ciñe y cerca,
Cuando lleguéis á Granada,
Alá os guarde y mantenga!
Para que aquestos suspiros
Que os doy, le deis en mi ausencia.
Y como presentes digan
Lo que los ausentes penan.
«¡Granada bella!
Mi llanto escucha, y duélate mi pena.»

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

122.

CELIN AUDALLA. — II

(Anónimo.)

La hermosa Zara Cegri,
Bella en todo y agraciada,
Discreta, porque sirvió
A la Reina en el Alhambra;
Hija del alcaide Hamete
Que tuvo en tenencia á Baza,
Llora triste y afligida
Su cautiverio y desgracia
En el porfiado cerco
Del rey Fernando de España.
Ya despues de muchos dias,
Por falta de vituallas,
Se entregó el misero Alcaide
Siendo su casa asolada.
La bella Zara le cupo
A la condesa de Palma,
Que acompañando á la Reina,
Se vino al cerco de Baza.
La condesa le pregunta
A Zara, en qué se ocupaba,
Y qué ejercicio tenia
En el Alhambra en Granada.
Llorando la mora dice:
—Señora, asentaba plata,
Labraba la seda y oro,
Tañia, tambien cantaba;
Pero agora solo sé
Llorar mi mucha desgracia,
Porque aunque merced me haces
A la fin, fin soy tu esclava:
Y para pasar el tiempo
De cautiverio en tu casa,
Labraré, si gustas de ello,
Una nao bien aprestada,
Navegando viento en popa;
Luego la mar alterada
Con las olas por el cielo,
Y que las velas amaina,
Y en la alta gavia esta letra
Que diga en lengua cristiana:
«No hay bonanza que no vuelva
» En gran tormento y borrasca»;
Y por orla en la labor
Que diga en letra de Arabia:
«Podrá ser que Alá permita
» Que tenga fin mi desgracia».
—Muy bien me parece, mora,
Esa labor que tu trazas,

Que es conforme á mi deseo,
Y al tiempo en que tú te hallas.

(Romancero general.)

123.

CELIN AUDALLA. — III.

(Anónimo.)

En Palma estaba cautiva
La bella y hermosa Zara,
Y aunque en Palma tiene el cuerpo,
En Baza la vida y alma,
Porque imagina está en ella
El moro Celin Audalla,
Ignorante del tormento
Que el moro por ella pasa:
Y aunque la quiere y estima
La condesa, y la regala,
No es parte para que el llanto
Amaíne un momento en Zara;
Y para se consolar
De la gran pena que pasa,
A otra cautiva la cuenta
Su pasion, y de do mana.
—Habrás de saber, le dice,
Que yo he nacido en Granada,
Adonde servi á la Reina
Diez años dentro en la Alhambra.
Servila de camarera,
Tuve su riqueza en guarda,
Queríame por extremo,
Y yo por extremo amaba,
No á la Reina mi señora,
Aunque obligada la estaba,
Sino á un moro, que es mi sol,
Y mi bien, Celin Audalla.
Era galan y de estima,
Y por eso le estimaba;
Teniale por mi sol,
Porque con él me alumbraba.
Cielo le llamé, mas fué
Para mi toda desgracia.
Causóla el venir mi padre;
¡Pluguiera Alá no llegara!
A servir el alcaidia
Y la tenencia de Baza.
Vinole el moro á servir
Con el cuerpo, á mi con el alma,
Poniéndose á mil peligros,
Porque á mi padre agradaba.
Asaltóse la ciudad,
Y fué mi alma asaltada,
Perdiendo padre y amigo,
Y yo sujeta y esclava.
Fuese el moro, y yo no creo
Ser posible que se vaya
El corazon con el cuerpo,
Dejándome á mi su alma;
Y para que la labor
Que es testigo de mis ansias
Manifieste mi dolor,
Diré en la lengua de Arabia:
«Si llevaste el corazon,
» Pienso que me quedó el alma»;
Y en otro lado pondré:
«No faltará mi palabra».
Y pondré en tercera orla:
«Firme estará mi palabra»;
Y en la cuarta por remate:
«En jamas habrá mudanza»;
Y en medio de la labor
Una ave Fénix pintada,
Que de las cenizas frias
Saca vivas esperanzas;
Y un montero que le tira,
Y un mote que dice: «Aguarda,
» Porque no es justo que tires
» A quien la vida le falta.»

Esto decía la mora,
Cuando la Condesa llama,
Diciéndole: ¿Adónde estás?
¿Por qué no respondes, Zara?

(*Romancero general.*)

124.

CELIN AUDALLA. — IV.

(*Anónimo.*)

El animoso Celin,
Hijo de Celin Audalla,
El que fué alcaide de Alora
Y de la villa de Albama,
Mira el fuerte sitio el moro,
El alcázar, la muralla,
Las aportilladas torres
De la destruida Baza.
Quiere despedirse el moro,
Y llama la patria amada,
Imaginando que está
En ella el bien de su alma.
Quéjase de la fortuna,
Y entre sí confuso habla:
—¿En qué te ofendi, le dice,
Para tomar tal venganza,
Después de tantos trofeos
Que me dió la bella Zara,
Haciéndome mil favores
En los juegos y en las zambras?
Y agora quiso mi suerte,
Digo, quiso mi desgracia,
Que el rey Fernando pusiese
Cercos á la ciudad de Baza.
Usó conmigo clemencia,
¿Que á Alá pluguiera no usara!
Para libertar el cuerpo,
Y quedar cautiva el alma.—
Esto diciendo, se quita
La marlotá que llevaba
De verde, morado y blanco
En amarillo aforrada,
Y dice: —Sirva el aforro
Por ser color que me cuadra.
Las verdes plumas no quiero,
Pues se perdió mi esperanza:
De la adarga borraré
El lince que declaraba
Que mis ojos en mirar
A los de lince ganaban.
También borraré la letra,
Que dice en lengua cristiana:
«Mucho más rinde mi brazo,
» Que lo que la vista alcanza».
Y ese tabali azul
Ya no es cosa que me cuadra,
Pues me falta la ocasión
De celos, no por mudanzas.
La toca morada dejo,
Porque aunque amor no me falta,
Podrá ser que halle otro
Que pueda mejor gozalla.—
Con esto la lanza toma,
Y muy ligero cabalga,
Suelta al caballo la rienda
Para que do quiera vaya,
Diciendo: —Camina tú,
Y busca el bien que me falta,
Que ya no te guiaré
Sino es á buscar desgracias.—

(*Romancero general.*)

125.

CELIN AUDALLA. — V.

(*Anónimo.*)

Celoso vive Celin
De su regalada griega,

Porque sabe que el poder
No hace á las almas fuerza;
Y que el imperio del mundo,
Y voluntad de sus tierras,
Se le ha de esquivar en algo,
Y teme que allí no sea.
Sabe que la mas hermosa
Es al doble de soberbia,
Y que al fin la libertad
Aun en el amor no es buena.
Ve suya á su hermosura,
Y quiere mayores prendas,
Que los cuerpos sin las almas
También los goza la tierra.
Su pensamiento, en quien cabe
Sujetar al mundo en guerra,
Ya dudoso dignamente
De la de algun hombre tiembla.
El que de muy generoso
Se fiaba de cualquiera,
Ya se recela de todos,
Y no hay verdad en que crea.
El que siempre á sus oídos
Trajo cajas y trompetas,
Ya se humana á imaginar
De un nuevo Celin querellas.
Si mira á su Zara llora
De verla el alma encubierta,
Que quisiera al chico mundo
Volver lo de dentro fuera.
Su armada pone en olvido;
Solo adora la galera
Que en la isla de Coron
Le hizo tan rica presa.
Aquella, en su gran mezquita,
Por cosa sagrada cuelga,
Votando cada diciembre
En su memoria una fiesta.
Zara, cautiva y señora,
Ya se alegra, ya se queja,
Que menos aviva el gusto
El cetro que una terneza;
Y entre los mismos abrazos
De sus parientes se acuerda,
Con que los brazos afloja,
Que la obligacion aprieta;
Y en medio de las razones
Cien mil suspiros degüella,
Haciendo dellos justicia
Porque sin cordel confiesan.
Mil veces al Gran Señor
A darle gusto se esfuerza,
Y si presto no volviese,
Amor se entraria á vueltas;
Pero es enemigo al fin
De encogimiento y vergüenza,
Y verdugo, de los gustos
Propios, la memoria ajena.
¿Gran cosa es la majestad!
Mas no hay pensar que convenga
Con el amor, que es muchacho,
Y sin respetos se huelga.
Las holguras de Coron,
Frescas, gustosas y bellas,
Con sus lágrimas las tiene
En la memoria mas frescas.
Buena fuera la gran corte,
Mas como no goza della,
Cánsala el desasosiego,
Y el ruido la desvela.
—¿Qué es esto? ¿Cómo, gran Zara,
Lo que todas no deseas,
Que es que venga tu linaje
A ser señor desta tierra?
Vida, regalo, señora,
Ojos, alma, esposa tierna,
Corazon, entrañas, gloria,
Descanso, esperanza eterna,
Ojos, frente, cuello, boca,

Cabellos mios, estrellas,
Claro cielo, nieve, grana,
Soles, oro, rubies, perlas,
¿Cómo mi gran voluntad,
Hermosa Zara, desprecias?
¿Por qué te llamas cativa
Si mi voluntad gobiernas?
Favorece tu gran patria,
Que aunque estuve mal con ella,
Si quieres haré por ti
Que vuelva á lo que ántes era.
Zara, obedece á Celín,
Y mira que te lo ruega
Condolido en tu cautivo
Y natural de tu tierra. —

(Romancero general.)

126.

CELIN AUDALLA. — VI.

(Anónimo.)

Por la puerta de la Vega
Salen moros á caballo,
Vestidos de raso negro,
Ya de noche al primer cuarto,
Con hachas negras ardiendo,
Un atahud acompañando.
«¿A dó va el malogrado
» Celín, del alma y vida despojado?»
Matóle el pasado día
Sin razon un moro airado,
En una fiesta solemne
De que hubo presto el pago :
Lloralo toda Granada,
Porque en extremo es amado.
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Con él van sus deudos todos,
Y un alfaquí señalado,
Y cuatro moras hermanas,
Con muchos en su resguardo;
Y dicen al son funesto
De un atambor destemplado :
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Mesan los rubios cabellos
Que enlazan á un libertado,
Y de entre ellos va saliendo
Un licor claro y salado,
Y sobre rostros de nieve
Vierten el color rosado.
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Y los moros que mas sienten
Ver tan espantoso caso,
Llevan roncás las gargantas ;
Y aunque en son callado y bajo,
Dicen los moros y moras,
Mil suspiros arrojando :
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Una mora, la mas vieja,
Que de niño lo ha criado,
Sale llorando al encuentro,
Mil lágrimas derramando,
Y con furia y accidente
Pregunta al bando enlutado :
«¿A dó va mi hijo amado
» Celín, del alma y vida despojado?»
«¿A dó vais, bien de mi vida?
¿Cómo así me habeis dejado?
¿Qué es del amor increíble
Que siempre me habeis mostrado?
¿Quién eclipsó vuestros ojos,
Luz de los mios cansados?
«¿Dó vais, mi hijo amado
» Celín, del alma y vida despojado?»
¿Dónde os llevan, hijo mio,
En estos pechos criado?
¿Quién mudó vuestro color
Y el rostro apacible y claro?
¿Quién ha sido el homicida,

T. X.

Y de ánimo tan osado?
«¿A dó va mi hijo amado
» Celín, del alma y vida despojado?»
Diez y seis años hoy hace,
Ved cuán contados los traigo,
Que vuestra madre os parió,
Y yo os crié en mi regazo :
Yo crié un fuerte muro,
Aunque lo veo derribado,
«Pues faltáis, mi hijo amado
» Celín, del alma y vida despojado.»
Con estas lamentaciones,
Sin que la sientan dar cabo,
De lágrimas hace rios
Por adonde van pasando,
Y á darle la sepultura
Dentro en su villa han entrado,
«Del triste y desdichado
» Celín, del alma y vida despojado.»

(Romancero general.)

ROMANCES DE AUDALLA.

127.

AUDALLA. — I.

(Anónimo.)

Contemplando estaba en Ronda,
Frontero del ancha cueva,
El valiente moro Audalla;
Que va la vuelta de Teba,
Que un honroso pensamiento
De su voluntad lo lleva
De su patria desterrado,
Por hacer del hado prueba.
Parado sobre el caballo,
La lanza en el hombro puesta,
Unas veces mira al pueblo,
Y otras hablando se eleva.
— ¡Oh patria desconocida,
Presto oirás de mí la nueva
Que si envidia te ha movido
Mayor envidia te mueva!
Ya que me diste ocasion
Que tu propia sangre beba,
No permita el alto cielo
Que haga lo que yo no deba;
Y ántes que del frío invierno
El sol la humedad embeba,
Verás que mi claro nombre
Con mas valor se renueva.
¡Mal haya el halcón lijero
Que en ruin presa se ceba,
Y el que padeciendo sed
Aguarda á que el cielo llueva
¡Mal haya quien no se ampara
Del frío si ve que nieva,
Y el que espera que en su casa
Otro menor se le atreva! —
Dijo : y ántes que el enojo
La sangre mas le remueva,
Volvió riendas al caballo,
Y va la vuelta de Teba.

(Romancero general.)

128.

AUDALLA. — II.

(Anónimo.)

Ponte á las rejas azules,
Deja la manga que labras,
Melancólica Jarifa,
Verás al galán Audalla,
Que nuestra calle pasea
En una yegua alazana,
Con un jaez verde oscuro,
Color de muerta esperanza.

Si sales presto, Jarifa,
Verás cómo corre y pára,
Que no lo iguala en Jerez
Ningun ginete de fama.
Hoy ha sacado tres plumas,
Una blanca y dos moradas,
Que cuando corre ligero,
Todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
¡Peligro corren las damas!
Bien puedes salir á verle,
Que hay muchas á las ventanas.
¡Bien siente la yegua el día
Que su amo viste galas,
Que va tan briosa y loca
Que revienta de lozana;
Y con la espuma del freno
Teñidas lleva las bandas,
Que entre las peinadas crines
El hermoso cuello enlazan!
Jarifa, que al moro adora,
Y de sus celos se abrasa,
Los ojos en la labor,
Así le dice á su Aya:
—Días ha, Celinda amiga,
Que sé cómo corre y pára:
Quien corre al primer deseo,
Al segundo pára el alma.
No me mandes que le vea,
¡Plugüiera á fortuna varía,
Que como sé lo que corre,
El supiera lo que alcanza!
¡Muy corrida me han tenido
Sus carreras y mis ansias:
Las secretas por mi pena,
Las públicas por mi fama!
Por mas colores de plumas
No hayas miedo que allá salga,
Porque ellas son el fiador
De sus fingidas palabras:
Por otras puede correr
De las muchas que le alaban,
Que basta que en mi salud
El tiempo toma venganza.—

(Romancero general.)

129.

AUDALLA. — III.

(Anónimo.)

Después de los fieros golpes,
Que con gran destreza y saña
Se dieron los fuertes moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
No olvidando á Celindaja,
Y Audalla vuelve á la corte
A ver á su Lindaraja,
Por tener celos el moro
De Albenzaide que la amaba,
Que por ser rico, y él pobre,
Teme quiebre la palabra.
Dice: —¡Lindaraja mía!
¡Dulce prenda de mi alma!
Haz que muera esta sospecha
Que en mi corazón escarba.
No permitas que Albenzaide
Se ponga alegre guirnalda,
Ni que de esperanzas mías
Lleve triunfando la palma.—
Y volviendo el rostro al cielo
Vió que en medio su jornada
Estaba ya el rojo Febo
Dando al mundo luz dorada,
Y con la pasada fiesta
La gente en silencio estaba,
Temiendo el grave rigor
Que sus claros rayos lanzan.

Entrando por Val del Moro,
Queriendo tomar posada,
Se acordó que en el cortijo
Un álamo grande estaba,
Que con sus ramos hojosos,
Cubriendo del sol la cara,
Hace una agradable sombra,
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
A descansar, que se halla
Fatigado del calor,
Que cuerpo y alma se abrasa.
Entrado que fué en la cerca,
Vió que destroncado estaba:
Sabida la causa, fué
Porque pidieron las damas
A los galanes del pueblo,
Que le despojen de ramas
Que les hace el gesto feo
Y verdinegras las caras.
Suspira el moro diciendo:
—Amor artero, ¿en qué andas,
Que no contento con hombres,
Gustas que mueran las plantas?
Mostrádome has con el dedo
La prueba de las mudanzas,
Con que renuevas mi pena
Y pagas al que te ama.—
Vuelve al caballo la rienda,
Ardiendo en celosa llama,
Y por en medio del pueblo,
La lanza en el hombro, pasa
Jurando no descansar
Antes de ver á su dama:
Que de medrosas sospechas
No se escapa quien bien ama.

(Romancero general.)

130.

AUDALLA. — IV.

(Anónimo.)

A los suspiros que Audalla
Arrimado á un fresno arroja,
Las fieras bajan humildes
De las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
Con gritos y voces roncadas,
Porque hasta los animales
De su pena se congojan.
Es la ocasión de su llanto
Daraja, una ingrata mora,
Hija de Zulema, alcaide
De Guadix, Velez y Ronda;
Que sin mirar los servicios
De dos años, quiso agora
Por una injusta sospecha,
Borrarle de su memoria;
Y fué que en cierto sarao
Sobre una blanca marlota
Sacó escrita aquesta letra:
«Aborrezco á quien me adora».
Entendió que se decía
Por ella, y por si lo toma,
Y sin aguardar mas causa
Privó al moro de su gloria.
Desterróle á media noche
Con esta palabra sola:
«Si á quien te adora aborrezco,
Que te olvide tanto monta».
Cerró con esto el balcon
Y Audalla con mas congoja
Se sale desesperado
Al mismo instante de Ronda.

(Romancero general.)

131.

AUDALLA. — V.

(Anónimo.)

—Galanes, los de la corte
Del rey Chico de Granada,
Quien dama Cegri no sirve,
No diga que sirve dama;
Ni es justo, pues que se emplea
Su fe tan mal, que le valgan
Del amor los privilegios,
Ni las leyes de la gala;
Ni que delante la Reina
En los saraos de la Alhambra
Se le consienta danzar
Entre sus damas la zambra;
Ni que el dulce nombre della
Le cifre en letras grabadas,
Ni bordado en la librea
Le saque en fiesta de plaza;
Ni que pueda del color
De su dama sacar banda,
Almaizar listado de oro,
Travesado por la adarga;
Ni atar al robusto brazo
Mano blanca, toca blanca,
Para tirar los bohordos
Y para jugar las cañas;
Ni que ponga en camafeo
Ni en targeta de oro ó plata,
Debajo de ricas plumas,
Su retrato por medalla;
Ni yegua color de cisne,
De clin ni cola alheñada
Para ruar el terrero,
La puerta ni la ventana.—
Esto plantó en un cartel
El enamorado Audalla,
Galan, Cegri de linaje
Y que bella Cegri amaba;
Pero las damas Gomeles,
Que eran muchas y muy damas,
Y las pocas Bencerrajes
Que han quedado desta casta,
Y algunas Almoradies,
Este papel enviaban,
Siendo por voto de todas
Fátima la secretaria.
—Audalla: si á cortesía
No está sujeto quien ama,
Perdona lo que leyeris;
Si lo estás, escucha y calla,
Que damas hay en la corte
Que ya que por su desgracia
Les falte gracia contigo,
Pluma y pico no les falta
Para quedar satisfechas,
O podrán muy poco ó nada,
Contra ofensas de carteles
Satisfacciones de cartas.
Sobre el cuerno de la luna
Las damas Cegris levantas;
Pero hasta llegar á ellos
Todo es aire lo que pasas.
A sus galanes prefieres
Privilegios y ventajas
En máscaras y saraos,
En juegos y encamisadas:
Prefiérelas norabuena,
Y dales blason y fama
De gala, de ocio y de paz,
En guerra, batalla y armas.
Mas ¿qué se le dará de esto,
Ni qué tendrá por infamia
Quien no quiso perdonar
Al regalo de su casa,
Viendo al cristiano que tiene
La ciudad así sitiada,

Y de católicas tiendas
Coronada la campaña;
Y viendo que en nuestro tiempo
De Genil las olas claras
Ha dos años que se beben
Con tanta sangre como agua;
Y que á los demas galanes
Son libreas las corazas,
Refriegas los caracoles,
Y los bohordos son lanzas;
Y quien sabe prometer
Con soberbia y arrogancia
La cabeza del Maestre
De la Cruz de Calatrava,
Cuando prendieron al Rey
En sangrienta lid trabada,
El alcaide y los donceles
Del fuerte conde de Cabra,
Y partiendo á Santa Fe,
Mas á vella que á estorballa,
Después de ocupado un día
En aquesta empresa escasa,
Con mas salud que partió,
Y mas luciente la lanza,
Y la adarga mas entera,
Y la yegua ni aun sudada,
Viendo que las damas quedan
Del Alhambra en la muralla,
Para mirar los guerreros
Y para ver lo que pasa,
Por tener continuo vuelta
A su señora la cara,
Al primer encuentro vuelve
Al cristiano las espaldas;
Sirvase de eso quien gusta
De este amor, de esta crianza,
Y de ver hombres en hechos,
Y leones en palabras,
Que gozará de mil años,
Muy segura y confiada,
Que si de edad no muriere,
No morirá de lanzada.

(Ramancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

132.

AUDALLA. — VI.

(Anónimo.)

Galanes, damas Gomeles,
Con las de esotros bandos,
Nosotras moras Cegries
Saludes os enviamos.
La carta que le escribisteis
A nuestro Audalla preciado,
Después de andar en la corte
De una mano en otra mano,
Vino á parar en las nuestras;
Si nos pesó lo llamamos:
Baste que nos dió contento,
Que Audalla hubiese hallado
Quien de escribir sus hazañas
Haya tenido cuidado,
Y de que sus coronistas
Seais, sin que os dé salario:
Aunque nosotras queremos
Que se os señale muy largo,
Pues tan largas habeis sido,
Y tan bien habeis glosado.
El cartel que en el Alhambra
Fué por Audalla plantado,
No hablaba con las damas,
Sino con los cortesanos,
Con los que os quieren y adoran,
Y serviros es su trato.
De ellos era el responder,
Y á vosotros excusado;
Mas á falta de hombres buenos

Habeis por ellos hablado.
 Juntasteis vuestro cabildo.
 Usurpasteis cetro y mando,
 Y elegisteis secretaria,
 Que escribió lo decretado.
 ¡Por cierto fué grande hazaña!
 ¿Pues no visteis el agravio
 Que á los galanes hicisteis,
 A quien hacer era dado
 El descargo del cartel,
 Pues era solo en su daño?
 Habeis mostrado con esto
 Que entre todos ha faltado
 Quien satisfacer pudiese
 Con tal descargo á tal cargo,
 O que estiman en tan poco
 Ser de vosotras amados,
 Que el aumento de palabras
 Que es nada, estiman en algo.
 ¿Muza por ventura duerme?
 ¿O solo sabe en palacio.
 Delante el Rey y las damas
 Mostrarse brioso y bravo?
 ¿Ha cobrado el ramillete?
 ¿Ha ya de la vega echado
 Al Maestro y los demas
 Que nos matan con rebatos?
 ¡Bien se parece, pues vemos
 A Bajamed tan lozano,
 Aunque albadadas ahora
 Da á las puertas el cruzado!
 Decid que Muza responda
 A Audalla, que no al cristiano;
 Y si excusarse pretende,
 Por vivir desesperado,
 Como lo muestra en salir
 De amarillo disfrazado,
 Tome por él la recuesta
 Abindarraez gallardo,
 Muestre los grandes favores
 Que ha de Jarifa alcanzado,
 Y cuán diestro y suelto es
 En hacer mal á un caballo,
 Y en sujetarle y volverle
 Ya de este, ya de aquel lado,
 Mas como no es en las veras
 Como en las burlas probado,
 Ni jamas se vió en batalla
 Con los cristianos lidiando,
 No es justo se cargue de armas
 En que no está ejercitado,
 Y mas viviendo Aliatar,
 Que en esto es cual él probado,
 Pues por no tenerse envidia
 Ambos á dos se han jurado
 No quitar cristiana vida,
 Ni manchar con sangre el campo.
 Visto que no tratan de armas,
 Serán estos excusados,
 Y suplirá Keduan
 La falta de tantos faltos,
 Galan que ganó á Jaen
 En una noche soñando,
 Y engañado con tal sueño,
 Le tuvo por acabado;
 Y así prometiendo al Rey
 Darle á Jaen en las manos,
 Sin ver los inconvenientes
 Que pudieran estorbarlo,
 A la conquista partió,
 Y dió á ella tan buen cabo,
 Que hoy Granada es del rey Chico,
 Y Jaen de Don Fernando.
 Volved por estos galanes,
 Queriedlos y acariciadlos,
 Favorecedlos, servidlos,
 Que es justo ser estimados;
 Pues segun sus claros hechos,
 Muy cierto os aseguramos,

Que si del lodo no os ponen,
 Se les contará á milagro.

(Romancero general.)

155.

AUDALLA. — VII.

(Anónimo.)

—Mira, Tarfe, que á Daraja
 No me la mires ni hables,
 Que es alma de mis despojos,
 Y criada con mi sangre,
 Y que el bien de mis cuidados
 No puede mayor bien darme
 Que el mal que paso por ella,
 Si es que mal puede llamarse.
 ¿A quién mejor que á mi fe
 Está mora puede darse,
 Si ha seis años que en mi pecho
 Tiene la mas noble parte?—
 Esto dijo Almoradí,
 Y escuchóle atento Tarfe,
 Entrambos moros mancebos,
 Y de los mas principales;
 Y arqueando entrambas cejas
 Con airosos ademanes,
 Sin cólera le responde,
 Pidiendo le escuche y calle:
 —Dices que Daraja es tuya,
 Y que de su amor me aparte:
 Si lo hiciera, si á mi vida
 Tanta vida no costase.
 Nunca tú por su servicio,
 Como yo escaramuzaste,
 Ni en su presencia al Maestro
 Caballo y lanza ganaste:
 Caballero de la Cruz
 Cautivo no la enviaste,
 Ni las medias lunas nuevas
 Entre sus tiendas plantaste;
 Ni con agua hasta los pechos
 Por Genil atravesaste,
 Para quitar al Maestro
 La cabeza de Albenzaide;
 Ni delante de las damas,
 Entre el río y el adarve,
 Tres cabezas de cristianos
 A tu dama presentaste;
 Ni es bien que suyo se miente
 Quien salió ayer al alcance,
 Y fué postrero en salir,
 Y primero en retirarse;
 Y que cuando entre esos moros
 Cristianos despojos parten,
 Se está rizando el cabello,
 Tratando de retratarse.
 Retrátate, Almoradí;
 Pero es bien que te retrates
 De tus femeniles hechos,
 Y en cosas de hombres no trates;
 Pues suena mal que te estés
 Entre invenciones y trajes,
 Cuando tus deudos y amigos
 Andan cubiertos de sangre;
 Y cuando con los contrarios,
 Sin que ganemos ni ganen,
 Nos matamos mano á mano,
 Tú con las moras te mates;
 Y que en vez de echarle al hombro
 La malla y turques alfanje,
 Te echas bordadas marlotas,
 Y vayas á ruar calles:
 Mira que es fama en Granada,
 Y aun en el campo se sabe,
 Que hay un moro entre nosotros
 Almoradí de linaje,
 Que cuando á la escaramuza
 Los moros mancebos salen,
 Con un enfermo accidente

Se finge por excusarse.
Mira pues si son hazañas
Estas que tus brazos hacen,
Para que mi bella mora
Me deje de amar y te ame.
Mira si te favorece
Como á los demas galanes
Los favorecen sus moras
Con empresas y almaizares.
La mañana de San Juan,
Cuando á escaramuzas sales,
Nunca de su blanca mano
Blanca toca te tocaste;
Ni en las zambras y saraos
Se sabe que te mirase,
Como á mi, que me miró,
Mandándome que descause,
Y los dos danzamos juntos
Cuando se casó Albenzaide.
Y vive Alá que me pesa
De que tanto se declare,
Porque su valor y prendas,
Su discrecion y sus partes
De mas de un dichoso moro
Merecen enamorarse!
Deja los intentos locos,
Si ya no quieres que pasen
A mas que conversacion
Las arrogancias que hablaste:
Refrena la lengua un poco,
Y piensa que el hablar hace
Continuamente gran daño
Donde se siente el ultraje;
Porque ha de entender el juez,
Primero que sentenciare
Las culpas, que no sentencie
La pena de la otra parte:
Mira que aunque cuesta poco
El hablar, suele estimarse
Una palabra en mas precio
Que el oro que un reino vale!
Así que, apartarte es bien
Del principio que tomaste,
Sin querer que nadie goce
De lo que tú no alcanzaste,
Si no es, Tarfe, que te sueñas
Que puedes señor llamarte,
En ser servidor de damas;
Pero no que ellas te amen.—
El Almoradi acabó,
Dejando al galán de Tarfe
Entre turbado y furioso,
Prometiéndole de vengarse.

(Romancero general.—It. *Flor de varios y nuevos*
Romances, 3.^a parte.)

134.

AUDALLA. — VIII.

(Anónimo.)

El espejo de la corte,
Aquel celebrado Audalla,
El querido de su Rey,
Y el mas noble de su casa;
Respetado por su sangre,
Y temido por su espada,
Amado del reino todo,
Respetado de las damas;
Corrido de que en la corte
Del rey Chico de Granada
No se guarde aquel decoro
Que las leyes de amor mandan,
A Tarfe y Almoradi,
Que fueron de ello la causa,
El uno con damerías,
Y el otro con arrogancias;
En una fiesta solemne
Que se hizo en el Alhambra
La noche que se casaron

Benzelema y Celindaja,
Hallando Audalla ocasion
Para lo que deseaba,
Los dos de la competencia
Le oyeron estas palabras:
—Mis amigos sois entrambos,
Y entrambos sois de mi casa,
Y como á tal, mis razones
Escucharéis, si no os cansan.
No fuera bien, caballeros,
Que á costa de ajena fama,
Dén los cuerpos á entender
Las pasiones de las almas,
Y que todo el vulgo diga
Por las calles y las plazas,
Que Tarfe y Almoradi
Se acuchillan por Daraja;
Que el uno la llama suya,
Y el otro suya la llama;
Que uno se alabe de cosas
Que el otro tambien se alaba,
Y que estimeis en tan poco
El valor de vuestra dama,
Que os pinteis favorecidos
Los dos, y digais que os ama.
Yo tengo por muy sin duda,
Y en toda la corte es fama,
Que á entrambos os favorece,
Y á ninguno ha dado banda.
Pésame de que se entienda
Entre la gente cristiana,
Que la que en Granada vive
Es tan poco cortesana;
Pues dirá Puertocarrero,
Famoso señor de Palma,
Que en las honras femeniles
Ensayamos las espadas,
Y que cortan nuestras lenguas
En el honor de las damas,
Harto mas que en sus aceros
Cortan nuestras cimitarras;
Que acá nos echamos plumas
Cuando ellos nos echan lanzas,
Y deshonoramos las moras,
Cuando ellos honran las armas;
Que prometemos cabezas,
Cuando hay en las nuestras falta,
Y nuestra braveza toda
Se convierte en amenazas.
Si Tarfe de esta señora
Quiere granjear la gracia,
¡Hacerlas, y no decirlas,
Son las finas arrogancias!
Y si Almoradi pretende
Por lo lindo granjearla,
Tenga mayor el secreto,
Y menor la confianza.—
En esto salió la Reina
Con el Rey á ver la zambra,
Y así cesó por entónces
La plática comenzada.

(Romancero general.)

135.

AUDALLA. — IX.

(Anónimo.)

—Aquel que para es Amete,
Este que corre es Audalla,
El que en tu fe mal segura
Fatigan sus esperanzas.
¡Qué firme que va en la silla!
¡Qué bien que embraza la adarga!
¡Qué segura lanza lleva!
¡Qué bien matizada manga!
Tres veces paró la yegua,
Hizo mesura otras tantas
A tu balcon, cuyas rejas
Son mas que tu pecho blandas,

Tras tantas nubes de olvido,
 Por favor divino aguarda
 De tu sol los rayos bellos,
 Que á dalle su gloria salgan.
 Acábense las tinieblas
 De su pena y tu venganza;
 Bellísima Zara, espera,
 Abriré las dos ventanas.
 ¿Qué imágen como la tuya,
 Desde Genil á Jarama
 Sustenta y compone el tiempo,
 Adora y pinta la fama?
 Eres mucho para vista,
 Fuera mucho para amada;
 Pero con las veras hielas,
 Y con las burias abrasas.
 Audalla vuelve á correr,
 Extremo de gala y armas:
 Tú le alabas, y él te adora,
 Para que le adores basta.—
 Esto á Zara le decía,
 Viendo en Granada unas cañas,
 Záfira la de Antequera,
 Y así le responde Zara:
 —¿Qué necesidad me encareces?
 ¿Qué extremo de galas y armas
 De mis querellas principio,
 Y fin de mis alabanzas?
 ¿Qué mal informada vives!
 ¿Qué poco sabes de Audalla!
 ¿Qué de verdades desmienten
 A sus apariencias falsas!
 Irá muy firme en la silla,
 Porque es el correr mudanza;
 Su lanza segura rige
 Peligrosa mano varia.
 Tantos damas son las suyas,
 Que si de todas alcanza
 Solo un punto de favor,
 Podrá matizar diez mangas.
 Para aquí y allí la yegua;
 Su voluntad nunca para;
 Humildes mesuras finge
 Con alma rebelde, ingrata;
 Facilidades humildes
 Le ocupan, sabiendo Audalla,
 Que á disfavores humildes
 Bajos favores no igualan.
 Yo confieso que me burlo;
 Confiesa tú que es hazaña
 Pasar de amor los peligros
 Con mil cautelas de guarda.
 Záfira, tú convaleces,
 El aire colado pasa,
 Esta sala está muy fría,
 Volvámonos á la cuadra.—

(Romancero general.)

ROMANCE DE SALER CEGRI.

136.

(Anónimo.)

—Mientes, y si acaso el Rey
 Los ampara en esta causa,
 En su cara le diré
 Al Rey, que me lo levanta
 Por no pagarme el servicio
 Que debe á mi brazo y lanza,
 Creyéndose de quien quiere
 Acreditarse con gracias.—
 Por la puerta de palacio,
 Los ojos vueltos en brasa,
 Bravo y furioso Saler
 Sale empuñando la espada.
 —¿No saben los Bencerrajes,
 Dice, volviendo la cara,
 Que no sufren los Cegries

Que les toquen en la fama?
 Mienten otra vez, les digo:
 Y repito estas palabras,
 Por si hay tan valiente alguno,
 Que de lo dicho se agravia.
 ¿Qué cristianos habeis muerto,
 O escalado qué murallas?
 ¿O qué cabezas famosas
 Habeis presentado á damas?
 ¿Cuándo vencisteis alguno
 De los de la cruz de grana?
 ¿Pensais que empuñar ginetá,
 Es como volar las cañas?
 En el usurpado escudo
 Blasonais de las hazañas,
 ¿Dónde están los coroneles
 De reyes que os deben parias?
 Finalmente, ¿qué habeis hecho
 Para decir en las plazas,
 Y ante el Rey, que los Cegries
 Mejor que lo hacen hablan?
 Y cuando de noche estais
 Durmiendo en las blandas camas
 ¿Quién si no son los Cegries,
 Salen á hacer cabalgadas?
 Cuando los cristianos vienen
 Sobre vuestra hacienda y casa,
 ¿A quién acudis los moros,
 Vertiendo los ojos agua?
 Sepa vuestro bando junto,
 Que á todo junto en campaña
 Le daré á entender que soy
 Cegri, si todo me aguarda:
 Y si por ser yo no osais,
 Escogé en toda Granada
 El menor de los Cegries,
 Que él os dirá quién se alaba.

(Romancero general.)

ROMANCES DE ADULCE.

137.

ADULCE. — I.

(Anónimo.)

—Aquel moro enamorado,
 Que de las batallas huye,
 Mal parece que en palacio
 Honroso lugar ocupe:
 El que al Maestre no ha dado
 Entre las bermejas cruces
 Bote de lanza ó flechazo,
 Con valientes no se junte:
 El que á su competidor
 Favor conocido sufre,
 Con el duelo de amadores
 Comedidamente cumple:
 El que no dice en las plazas
 Cautivos cristianos truje,
 Que están sirviendo á mi dama,
 De galanes no murmure:
 El que no saca en las fiestas
 Cuadrilla y galas azules,
 No embrace adarga de Fez,
 Ni lanza ginetá empuñe.—
 Esto dice Abindarraja,
 Ultrajando al moro Adulce,
 Enemigo de Albenzaide,
 Que baldonalle presume.
 Bajezas contaba de él,
 Que tan infames costumbres
 Aun no pudieran hallarse
 En los alarbes comunes.
 Había zambra en palacio,
 Y casábase aquel lunes
 Aja, la prima del Rey,
 Con un infante de Tunez.
 Galvana la cordobesa

Era gran cosa de Adulce,
Y viendo que son malicias
Las faltas que le atribuye,
A Abindaraja responde:
— Tú piensas que de las nubes
Bajo tu moro Albenzaide?
Pues ruegote que me escuches.
Adulce, de sangre real,
Tiene el vencer por costumbre,
Y es el lugar mas honroso
Cualquiera lugar que ocupe.
Cuando el hielro de su lanza
Allá en la Vega reluce,
No está seguro el Maestro,
Aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
Ha dicho: Cautivos truje,
A fuego y sangre ganados,
Bien haya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
Tampoco hajezas sufre
De amadores generales
Que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
No tafetanes azules,
Como algunos, que es vergüenza
Que lanza ginetá empuñen.
Vale Adulce por mil moros
Como Albenzaide; no busques
Alguna ocasión forzosa
En que la cara le crucen.
Si á Adulce quisiste bien,
Si no te quiso, concluye
Con olvidalle callando,
No me agravies ni le culpes,
Que á no estar adonde estamos,
El cuchillo de mi estuche
Esa lengua te cortara,
Porque con ella no injuries. —
Levantóse Abindaraja
Diciéndola: — No te burles,
Porque aquí me vengaré
De quien aquí me lo jure. —
Alhorotóse el palacio,
Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrajes,
Que son los bandos ilustres,
Salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
Que á guisa de caballeros,
Y valientes andaluces,
Al campo se salgan solos,
Y despues que desmenucen
Sus lanzas largas y gruesas,
Y á las espadas se ajuntan,
El caballero animoso
Que al otro en tierra trabuque,
Pueda gozar de su dama
Conforme el padrino juzgue.
Oh maldito seas, amor,
Que no hay bien que tú no mudes,
Ni cordura tan fundada
Que mil veces no la turbes!
Encubres públicos celos,
Y amor secreto descubres;
Con ciertas enemistades,
Terribles marañas urdes:
Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aunén;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

(Romancero general.)

138.

ADULCE. — II.

(Anónimo.)

La noche estaba esperando,
Y apenas cierra la noche,

Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro,
Mas no contra sinrazones,
Que estas no tienen defensa
En hidalgos corazones;
Porque como no las hacen,
Ni las temen, ni conocen.
Y aunque es grande honor vengallas,
No ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro día,
Y ocasión de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
O con alguna ocasión,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha
Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luego,
Y encierranlo en una torre.
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
El mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que le cercan y le esconden,
Las relucientes estrellas
Que le fuéron claros soles,
Cuya luz anticiparon
Dando nuevos resplandores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
— ¡Ay Aja! dijo, ¿qué es esto?
¿Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Que sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Solo porque no los logre?
Desta, hermosa Aja, infiero
Que estaremos ya conformes,
Porque á no ser esto así
No me prendieran entonces;
Pues solo para que viera
Que viene á menos tu nombre,
Me sobra libertad,
Porque en desdichas me sobre. —
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

139.

ADULCE. — III.

(Anónimo.)

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
Es la pena menos grave,

Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,
Enmudeciendo las leyes
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja
Que hace mas fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traidores,
Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
Temiendo que se le cae,
Y dijo: — Siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto?
¿Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males,
Y todo porque no pueda,
Ingrata, desengañarme,
Pues con quererte en naciendo,
Pienso que te quise tarde!
A otra reja me vi asido
Mas baja, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, di, que crea
Que el aire se las llevase,
Estando los dos tan cerca
Que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte!
¿Quién derribó por el suelo
El edificio admirable
Que alzó amor á las estrellas,
De que apenas hay señales?
Déjame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza que hizo el tiempo,
Sin poder jamás mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
Todos dicen que me guarde:
¿Mas de qué sirve ¡cruel!
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Cuando la campana tañen?
¿Quieres, ingrata, que pierda
El premio de ser constante,
Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para corta ventura
Cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda,
Donde es justo que me gane.—
Llamaron en esto al moro,
Que lo esperaba su paje,
Que venia muy contento
Con una carta que trae,
Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dijo: — ¡Qué importa,
Si Aja gusta que me acaben! —

(Romancero general. — *It. Flor de varios y nuevos
Romances*, 2.ª parte.)

Al camino de Toledo,
A donde dejó empenada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zaida la bella,
Y á su pensamiento encarga
Que se entregue á sus suspiros,
Y á ver á su Adulce vaya:
«Que ausencia sin mudanza
» Comienza en celos, y en morir acaba»,
A cualquiera pasajero
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zaida:
— ¡Venturoso tú mil veces,
Y yo sin dicha otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra:
«Que ausencia, etc. —
Adulce, que en su memoria
Está mirando la estampa
Que pintaron sus deseos,
Como en el alma la aguarda,
Al dolor de Zaida bella
Con triste llanto acompaña,
A sus suspiros con quejas,
Con voces á sus palabras:
«Que ausencia, etc.»
— ¡Ay Zaida del alma mía!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los míos acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama,
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
«Que ausencia, etc.»
A tu imagen hablo en sueños
Y sin duda que me hablas
En triste llanto deshecha,
De haberme apurado en llamas,
Imagino que te acercas,
Y como el llanto no basta
Contra tan inmenso fuego
La huyo por no abrasalla.
«Que ausencia, etc.»
Luego celoso me finjo,
Sospechando que á mis ansias
Busco segundo remedio,
Cansado de apaciguallas.
Agravado la has, responde,
Tu fantasía te engaña,
Que salud de ajeno gusto
Al gusto del alma estraga.
«Que ausencia, etc.»
Zaida, espera en la fortuna
Y en el tiempo que no pára,
Y á entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu pecho tierno
Para que con vida salgas
Deste golfo de tormento,
Sin que digan por tu causa,
«Que ausencia sin mudanza
» Comienza en celos, y en morir acaba.» —

(Romancero general.)

¹ Este romance habla de un Adulce, toledano, distinto del de los anteriores.

ROMANCES DEL ALCAIDE DE MOLINA.

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,

Y las riendas algo flojas,
 Porque corra y no se pare,
 En un caballo tordillo,
 Que tras de sí deja el aire,
 Por la plaza de Molina
 Viene diciendo al Alcaide:
 «¡Alarma, capitanes,
 »Suenen clarines, trompas y atabales!»
 Dejad los dulces regalos,
 Y el blando lecho dejadle:
 Socorred á vuestra patria,
 Y librad á vuestros padres.
 No se os haga cuesta arriba,
 Dejad el amor suave,
 Porque en los honrados pechos
 En tales tiempos no cabe.
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Antepone el honor
 Al gusto, pues ménos vale,
 Que aquel que no le tuviere,
 Hoy aquí podrá alcanzalle;
 Que en honradas ocasiones,
 Y peligros semejantes,
 Se suelen premiar las armas
 Conforme el brazo pujante.
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Dejad la seda y brocado,
 Vestid la malla y el ante,
 Embrázala adarga al pecho,
 Tomad lanza y corvo alfanje:
 Haced rostro á la fortuna;
 Tal ocasion no se escape;
 Mostrad el robusto pecho
 Al furor del fiero Marte.
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 A la voz mal entonada,
 Los ánimos mas cobardes,
 Del honor estimulados,
 Ardiendo en cólera salen
 Con mil penachos vistosos
 Adornados los turbantes,
 Y siguiendo las banderas
 Van diciendo sin pararse;
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Cual timidas ovejuelas,
 Que ven el lobo delante,
 Las bellas y hermosas moras
 Llenan de quejas el aire;
 Y aunque con femenil pecho
 La que mas puede mas hace:
 Pidiendo favor al cielo
 Van diciendo por las calles:
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Acudieron al asalto
 Los moros mas principales,
 Formándose un escuadron
 Del vulgo y particulares;
 Contra doce mil cristianos,
 Que están talando sus panes,
 Toman las armas furiosos,
 Repitiendo en su lenguaje:
 «¡Al arma, capitanes,
 »Suenen clarines, trompas y atabales!»

(Romancero general.)

⁴ Retrátase al vivo y con mucha verdad una de aquellas alarmas tan comunes y casi diarias que por necesidad acaecian entre los pueblos fronterizos que estaban frente á frente como dos ejércitos enemigos. Tal era la situación de los moros y cristianos españoles, que sin descanso peleaban entre sí.

142.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — II.

(Anónimo.)

El alcaide de Molina,
 Manso en paz y bravo en guerra,
 Con sus capitanes todos
 Llegó á la vista de Atienza,

De do volvió victorioso
 Sin daño, y con grande presa
 De cautivos bautizados
 Y de cristianas banderas.
 Entró por la puerta el moro,
 Y corriendo á media rienda,
 A la calle de su dama
 Soberbio y contento llega.
 Dos vueltas por ella dió,
 Y al dar la tercera vuelta,
 Desterrando sus temores,
 Celinda salió á una reja,
 Diciendo furiosa y loca:
 «¡Si tú tuvieras vergüenza,
 Ni corrieras en mi calle
 Ni pararas en mi puerta!
 ¡Mal haya Celinda, mora
 Tan determinada ó necia,
 Que para vivir en paz
 Se aficionó de la guerra!
 Por ser tu alfanje temido,
 Mas que no por tu nobleza,
 Ofrecí á tu nombre solo
 Lo que ves en tu presencia,
 Sin considerar primero
 Que es claro que no conciertan
 Con entrañas de diamante
 Entrañas que son de cera.
 ¿Qué importa que mis regalos
 En paz y en amor te tengan,
 Si al son de pifano ronco
 En furia y odios los truecas?
 No niego yo que no acudes
 Con voluntad á mis quejas;
 Pero acudes con mayor
 Al ruido de una escopeta.
 Pues esas cosas estimas,
 Justo es que esas cosas quieras,
 Que pues en tanto las tienes,
 Ménos soy, y mas son ellas.
 Cíñete tu corvo alfanje,
 Embrázate tu rodela,
 Y llama á tu fiel Acates,
 Que te lleva las saetas:
 Sal á hacer escaramuzas
 Por el monte y por la vega,
 En tu caballo el tordillo
 Y en tu fronteriza yegua:
 Tala los cristianos panes,
 Roba las cristianas tiendas,
 Desde el campo de Almazan
 Hasta el monte de Sigüenza:
 Deja á Celinda del todo,
 Pues tantas veces la dejas,
 Y acude á tus obras vivas,
 Pues que me haces obras muertas.
 No te llamarán mis ojos,
 Aunque viendo su miseria,
 Llorarán sin ver los tuyos,
 Mi soledad y tu ausencia.—
 Esto dijo, y al momento
 Cerró del balcon las puertas,
 Sin tener lugar el moro
 De poderla dar respuesta.
 Colérico de lo oido,
 Apretando entrambas piernas,
 Furioso corrió al castillo,
 Suspenso entre culpa y pena.

(Romancero general.)

143.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — III.

(Anónimo.)

— Tambien soy Abencerraje
 De los buenos de Granada,
 Y tambien me vi en la vega
 Con el de la cruz de grana;
 Tan presto acudo á sus Reales

Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfanje,
Como otros de su dulzaina.
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras:
Veisla aquí, Cegries, hablada.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es ménos fuerte mi brazo,
Ni son ménos mis palabras.
Acaso, cuál de vosotros
Dejó como yo su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanápalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se talan!
A mi toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo
Do tantos cobardes se hallan,
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó
Y lo que hice se estimaba.
Mas como el cielo os dotó
De fuerzas tan moderadas,
De tan flacos corazones,
No quereis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejes las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desechaisme por extraño,
Y es justo que yo me salga,
Como extraño mi valor
De vuestra bajeza extraña.
Si agraviados os sentís,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte, ó treinta,
O toda Granada salga;
A lo ménos no diréis
Que me visteis las espaldas,
Pues mas que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No, si puedo, os jactaréis
Que me ultrajasteis la fama,
Mientras esta fuerte diestra
Lanza enristra, embraza adarga,
Que ó moriré, por Alá,
Ó con vuestra sangre cara,
Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas.—
Salí diciendo el Alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfanje,
De una junta no acertada.

(Romancero general.)

ROMANCES DE AMETE ALI.

144.

AMETE ALI. — I.

(Anónimo.)

Amete Ali, Bencerraje,
Moro valiente y gallardo,

Con marlota y capellar,
De pardo, amarillo y blanco,
Sale con otros amigos
Presuntuoso, alegre, ufano,
Y llevan tras sí los ojos
Libres, sujetos y francos;
Pero llegando á Genil,
Rio claro, fresco y manso,
Se aparta de la cuadrilla,
Libre, solo, suelto y bravo:
Parte á descubrir su pecho,
Firme, amoroso é hidalgo,
Donde ventura le espera
Con victoria, triunfo y lauro.
Va publicando valor
Su gala, persona y brazo,
Y así ganó de su dama
Ojos, lengua, pecho y mano.
Tomó para posesion
Oro, coral y alabastro,
Que son en guerras de amor
Despojos, premios y pago.
Celinda, soberbia un tiempo,
Por su rostro, talle y garbo,
Fué la que dió fin de guerra,
Dando entrada, tienda y campo.
Mas fué su dar recibir
Trueco, logro, usura y cambio,
Pues la entregó el vencedor
Alma, vida, honor y estado;
Y así de dos se hizo uno,
De un amor, un sér y un trato,
Del cual procedió un infante,
Niño hermoso, rojo y blanco.
En las selvas de Diana,
Su escondrijo, cueva y manto
Le dejaron porque sirva
A Ceres, á Pan y á Baco.

(Romancero general.)

145.

AMETE ALI. — II.

(Anónimo.)

De verde y color rosado,
En señal que vive alegre,
Y al fornido brazo atada
Una toca tambien verde;
Con plumas verdes y azules
Poblado un azul bonete,
Mas por parecer galán
Que por celosos desdenes;
La lanza y adarga negra,
Toda sembrada de sierpes,
Que en su ponzoñosa lengua
Una oreja todas tienen,
Y en medio de ella estos versos
En árábigo parecen:
»Desa dañada intencion
»Mi inocencia me deliende.»
En un potro remendado
Viene el valeroso Amete,
El mas gallardo galán
Que en Granada hallarse puede.
Sale de Ubeda furioso,
Y á Baeza el paso tiende,
Que hay alarde general,
Y es fuerza hallarse presente.
Temeroso de fortuna,
Porque su daño pretende,
Dió principio á sus querellas.
Hablando con las serpientes:
—¡Polilla de mi esperanza!
¡Niebla de mi sol alegre!
¡Carcoma de mis deseos!
¡Cardillos de mis papeles!
No pretendais desterrarme,
Envidiosos de mis bienes,

Que tengo á amor de mi parte,
Y tiene de defenderme:
«Y tú, fortuna, tente,
»No gustes de que muera estando ausente».
No permitas que en el pecho,
Donde mi sangre descende,
Estos áspides dañados
Sus bajos intentos siembren,
Ni el justo cielo lo quiera,
Pues mi fe no lo merece,
Ni Zaida en su pensamiento
Sus falsos silbos encierre,
«Y tú fortuna, etc.»
No des la vuelta á la rueda,
Ni el clavo quites del eje,
Ni permitas que yo diga:
«Subiome para perderme»;
Ni con las nieblas de ausencia
Mi esperanza se me anieble,
Pues es claro que el olvido
Se hace fuerte en los ausentes:
«Y tú fortuna, etc.»
Y ya que por mi desdicha,
Todo este bien se me niegue,
Por lo que toca á Celinda,
Ser escuchadas no deben;
Ni es justo que a sus querellas
Amor las orejas cierre,
Y es bien que ella hablando ablande
Lo que endurecer pretenden:
«Y tú, fortuna, etc.»
Esto dijo, y descubrió
La ciudad y muros fuertes
Y de Almanzor las banderas
Que tremolando se extienden.
Salen los de dentro afuera
A ver quién el moro fuese,
Que haciendo corvetas altas,
Ufano diciendo viene:
«Tente, fortuna, etc.»
En medio de los balcones
Mil damas bellas se ofrecen,
Satisfaciendo el deseo
Con el contento de velle:
El vulgo todo le sigue,
Dando voces: viva Amete;
Y agradeciendo el favor
Dice en la mano el bonete:
«Tente, fortuna, etc.»
Llegó en casa del Alcaide,
Recibióle alegremente
Con trompetas y añafiles,
Y músicas diferentes.
Apeóse de su potro,
Y despidiendo la gente
Se subió á la fortaleza,
Diciendo entre sí mil veces:
«Tente, fortuna, tente,
»No gustes de que muera estando ausente».

(Romancero general.)

ROMANCES DE CELINDOS.

146.

CELINDOS. — I.

(Anónimo.)

Con semblante desdeñoso
Se muestra el rostro de Zaida,
Pretendiendo de acabar
De Celindos vida y alma.
Es moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
Sobrino del gran Cegri,
Primo hermano de Abenamar.
Causó el desden de la mora
En el moro una tal llaga,
Tan penetrante, que llega

A lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
Que de cruel se gloriaba,
Quiere mostrárselo claro
Con hechos, obras, palabras;
Y así se viste de verde,
Color alegre, y galana,
Bien diferente de aquella
Que saca el moro de Baza,
Por que salió de amarillo,
Que es color desesperada;
Azul que denota celos,
Morado, que muere el alma.
Sacó la mora una aljuba,
De muertes toda sembrada,
Junto á ellas una cifra
Barreteada de plata,
Con cuatro perlas de estima
«Muera, no tenga esperanza».
Sacó una toca turquesca,
De cuya punta colgaba
Una almalafa cubierta
Azul, blanca y colorada,
Con flor de lises de oro
Entre águilas de plata;
La basquiña á media pierna,
Con una media leonada;
Las ligas verdes y rojas,
Bordadas con seda parda;
Una zapatilla azul,
Que de seis puntos no pasa,
Hecha con tanto primor,
Cual jamas se hizo en Granada:
En cada una un corazon
Con unas pintadas brasas,
Y una letra que decía:
«¡Es muy duro! Estas no bastan!».
Puestos al lado dos niños,
Que parece que las matan,
Y una cifra que les dice:
«No las mateis, niños, ardan».
Parte la gallarda mora
A casa de Celindaja,
Tan hermosa como esquivia,
Cruel, desabrida é ingrata.
Era Celindaja prima
De aquesta mora lozana,
Y casábase aquel día
Con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
Que viniese, que habia zambra,
Escaramuza de moros,
Juegos, disfraces y danzas.
Obedeciola la mora,
Y así partió, acompañada
De dos moros, primos suyos,
Y hermanos de Celindaja.

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

147.

CELINDOS. — II.

(Anónimo.)

Cubierta de trece en trece
Por los girones y mangas
De mil roeles azules
Una marlota morada,
Un capellar amarillo,
Terciado con unas bandas
De carmesi guarnecido,
Con rapacejos de plata:
Un turquesado bonete,
Con cuatro lazadas blancas,
Que cuatro medallas tiene,
Y en cuatro piedras sus armas
Entre dos plumas pajizas,
Una verde y dos moradas,

Y la verde muy oscura
 Como de muerta esperanza,
 Y una letra de oro escrita,
 Que la pluma verde enlaza,
 Que dice: «Entre amor eterno
 Mas muerta vive en el alma»:
 De azul, blanco y amarillo
 Teñida lleva la lanza,
 Y al brazo una toca negra,
 Y una esfera en el adarga,
 Con una letra en el campo,
 Que dice en lengua cristiana:
 «Ni mas alto el pensamiento,
 Ni mayor fuego en el alma,
 Que esperanza de imposibles
 Es fe que nunca se paga»;
 Y por orla mil antojos,
 Que unos á otros se traban,
 Y por las lunas de todos
 Dos calaveras de plata,
 Con una letra que dice:
 «O no mirar, ó mirallas».
 Unos borceguies negros,
 Solo la vuelta dorada:
 Dos grillos por acicates,
 Con tanto primor y gracia,
 Que declaran su prision
 Batiendo una yegua baya,
 Que lleva un rico jaez
 Y una mochila dorada,
 Bordada de mil trofeos,
 De manoplas y de espadas,
 Trompetas, yelmos, escudos
 Y de cabezas cortadas
 Una banderilla azul,
 Con unas verdes granadas,
 Y en morisco aquesta letra:
 «Maduran para ser agrias».
 Sale el famoso Celindos,
 Alcaide de Alora y Baza,
 Convaleciente de heridas,
 Mas no de amores de Zaida.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
 Romances, 1.^a parte.)

148.

CELINDOS. — III.

(Anónimo.)

A los torreados muros
 De su Jaen, dulce y cara,
 Dulce porque nació en ella,
 Cara pues le cuesta el alma,
 Revuelve á mirar Celindos,
 El biznieto de Abenamar,
 El que fué alcaide de Ronda,
 Y á Estepa tuvo en su guarda.
 No va desterrado el moro
 Por sucesos y desgracias;
 Destiérrale una sospecha
 Por no poder desterrarla,
 De que su Zaida querida
 Le ha quebrado la palabra
 Que dió de guardar la fe
 Mal cumplida y bien jurada.
 Sale galan, aunque triste,
 Para mostrar por sus galas
 Que parte rico y contento,
 Pues de ello gusta su dama:
 Con muchos racimos de oro
 Una marlota encarnada,
 Acuchillada á reverses
 Y en tela verde aforrada,
 De lazos y nudos ciegos,
 A trechos toda bordada,
 Con esta letra que dice:
 «Mientras mas me desengaña»
 Capellar de parda seda,

Forrado en tela de plata,
 Bordado todo de abrojos;
 Por letra: «Cuando me dañan».
 Negro tambien el bonete,
 Con las plumas variadas,
 Pajizas, blancas y azules,
 Moradas, verdes y pardas:
 Una medalla las prende
 Con una esmeralda falsa,
 Y esta cifra á la redonda:
 «Tu promesa y mi esperanza»;
 Ceñido un dorado alfange,
 Una veleta en la lanza,
 Azul, que siempre los celos
 Traen á la muerte cercana:
 Pintado un ardiente fuego
 En el campo de la adarga,
 Y la letra dice: «Muera
 Quien á dos amores ama»;
 Desnudo el brazo derecho,
 Y atada una toca blanca,
 Empresa de su querida,
 Y de amor humildes parias:
 Caballo rucio tordillo,
 Jaez de carmesi y plata,
 Dos balanzas por estribos,
 Que aquí estriba el que mas ama,
 Sirve el moro de fiel,
 Aunque no le sirve nada;
 Mas por mostrar á Celinda
 Que como murió, así acaba.
 Llegó el caballo á la orilla,
 Al agua se arroja y lanza,
 Como en señal de que siente
 Del dueño la ardiente llama.
 A nado pasa el caballo,
 Y él, como á acabar ya pasa,
 No repara en que se moja,
 Pues morir no le repara.
 Saltó á la arenosa orilla,
 Y vuelve á mirar su patria,
 Hincando la lanza en tierra,
 Y arrimado el rostro al asta
 Contempla los edificios,
 Alta roca y fuerte alcázar,
 A quien su firmeza opone,
 Y halla su semejanza:
 —Aquí vieras, mora, dice,
 Si como yo me miraras,
 Un monte de sufrimiento,
 Y un alcázar de inconstancia:
 Y si como yo te miro,
 Te miraras, en ti hallaras
 Un alcázar de soberbia,
 De dureza una montaña.
 Pase por ti aquella aprisa,
 Cual tú por mis cosas pasas.
 Aun no saliste á verme,
 Como á cosa ya pasada,
 Para ver en mi librea
 Mi firmeza y tu mudanza,
 Reparando en mis colores
 Lo que en gustos no reparas.—

(Romancero general.)

149.

CELINDOS. — VI.

(Anónimo.)

—Mal os quieren caballeros
 De Antequera y de Granada,
 Celindo, porque presumen,
 Que os quieren mucho las damas.
 Hablan de vos en ausencia,
 Y si estais entre ellos, callan;
 Murmuran de vuestros hechos,
 Y acreditan os la fama,
 Por que no mostrais papeles

De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas caías,
Y que salen los Cegries
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos,
Y de la fe de vuestra alma;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan,
Y que tengais mas promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas;
Y á la amiga de Adalifa
No os canséis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—
Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

(Romancero general.)

ROMANCE DE CELALBA.

150.

(Anónimo.)

—Celalba, mora, que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adorna y alegras:
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hechos dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasión
No contradicen mi lengua:
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡Ah mora sabrosa y dulce!
¿Es posible que la tierra
Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en ti sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese alcaide que te guarda,
Ríos por sus ojos echa
De tristes celos bramando,
Aunque en el bramar acierta.

Quiere temerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
Será de tus gustos rienda,
Y no vé que sus sermones
Acrecientan mas tu tema.
¡Mal conoce las mujeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero,
Imitando á la primera!
¿No vé que son como el agua,
Que si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge mas,
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias
Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser su alhacea.
¡Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta!—

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

ROMANCES DE ZULEMA.

151.

ZULEMA. — I.

(Anónimo.)

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De mas alas y mas lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No armado, sino galán,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un día
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Todo se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;

Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza :
Cuando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella ;
Solo algunos de á caballo
Aunque le temen le esperan :
Piessan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo en que á la bella mora
De sus deseos dé muestra :
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa ;
Cuando ve que á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe,
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas :
Retírase el toro atras,
Librase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas :
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, pateo,
Vuelve á mirar quien le ofende
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha ;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta :
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envidianle los mas fuertes,
Bendicénle las mas bellas ;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas ;
Las damas le envían el alma

A darle la enhorabuena ;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela ;
Apolo toma la pluma :
Yo acabo, y su gloria empieza.

(Romancero general.)

¹ No puede darse una composicion mas bella, mejor desempeñada, ni que interese tanto por su verdad, por su brillante colorido, y aun por su perfeccion. ¡Qué cuadro !

152.

ZULEMA. — II.
(Anónimo.)

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentia
Y retrato de nobleza ;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta,
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual con tropel menudo
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia della ;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva :
Y lleva el bonete azul,
No porque celoso venga,
Sino porque de su cielo
Es la color mas perfecta.
Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,
Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y no de poca soberbia.
Era pues el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta mas no quemada,
Y si quemada no muerta ;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la mas ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra :
« Así recibo yo vida
» De la Dama que lo ordena » ;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la corte
No sin mucha competencia ;

Servida, mas no pagada,
Sino solo de Zulema,
Que como fino amador
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y aun procura que le deba,
No para mas libertad
Sino para mas cadena;
Y así por esta ocasion
Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mirale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galan,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo cuello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
Lo que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigurosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretara
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva,
Aunque de arrogancia llena:
—Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.

(Romancero general.)

155.

ZULEMA. — III.

(Anónimo)

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra.
Tenia celos el moro
Del alcaide de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlotta verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
»Y como se vió sujeta,
»Dudando de su rescate
»Vino á morir en cadena».

El bonete carmesí,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegría
»Compite con mi tristeza».
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
»De mi fortuna la rueda».
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca».
Un borcegui datilado,
Dorado solo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
»Difícil será volvellas».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y dice la letra: «Celos,
»Hircádsela hasta que muera».
Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa:
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada mas cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto
Estando un rato suspensa;
Zulema picó el caballo,
Allegándole mas cerca,
Diciéndole: —;Sol del mundo,
Que en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo: — Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna hasta que sea,
Que ya sabéis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra.
Zulema le dijo: —;Ay Zara,
Cuanto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo,
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra mas
Es cuando su sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena—.
Respondió Zara turbada:
—;Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de Peña á sus dueños
Cuanto para ti de cera—.
Zulema algo asegurado
Solo la da por respuesta:
—;Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera!
Con esto se parte el moro,

Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

(Romancero general.)

154.

ZULEMA. — IV.

(Anónimo⁴.)

De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de sus pensamientos
La fe y palabra le quiebra,
Tomaba celos el moro
Del alcaide de Marbella,
Que en Granada residia
Y su calle le pasea.
Cuanto llevaba vestido
Va publicando su pena,
Que quiere, ya que él la calle
Que la diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza incierta,
Una cadena bordada
Y en ella lija esta letra:
«Mi esperanza lo quitó
»Por no verse mas sujeta;
»Con temor de su rescate
»Quiere morir en cadena».
El capellar amarillo
Que unos lazos le atraviesan
Y por letra: «Desespero
»Si no los corta firmeza».
El bonete carmesí
Y en él una pluma negra
Y por letra: «Mi alegría
»Compite con mi tristeza».
Un borcegui datilado
Con una letra en la vuelta
Que dice: «Si vuelta está,
»Es excusado volvello».
Caballo rucio rodado
Escrito de entrambas ruedas:
«Ha rodado por mi mal
»De la fortuna la rueda».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y letra que dice: «Celos,
»Hincadla hasta que muera».
De aquesta suerte camina
Por do sus celos le llevan,
Y en llegando que llegó
Adonde vive su prenda,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el hierro de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
La dama, que descuidada
Estaba de tal novela,
Por un pequeño postigo
Se paró por ver quién era.
No le conoció tan presto,
Estuvo un rato suspensa;
Zulema picó el caballo
Y llegándose mas cerca
Le dijo: — Sol de mi cielo,
Que en mi alma reverbera,
Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas. —
Zara que le conoció
Le dice: — Amado Zulema,
Este nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que bien sabéis que á la luna
El sol de su luz le presta;
Así que si en mi hay alguna
Me procede de la vuestra;
Porque la luna en el cielo

Estando el sol en presencia
No da de sí luz alguna,
Señal que en verle le pesa.
De lo que colijo y saco
Cuán bien de ver te se echa
En eso, y en venir tarde,
Que celos te hacen la guerra.
Desecha Zulema amigo
Ansias, suspiros y penas,
Aunque escaramuza y juegos
Veas delante mi puerta.
Corran ellos sus caballos,
Por llanos, montes y peñas,
Que yo lo soy para ellos
Como para ti de cera. —
Zulema ya asegurado
Solo le da por respuesta:
— ¡Plegue á Alá del mucho curso
Se le allane la carrera! —
Y con esto se volvió,
Humillando la cabeza,
Con intencion de mudarse
Caballo, lanza y librea.

(Romancero general.)

⁴ Es una repetición casi literal del anterior, núm. 153.

155.

ZULEMA. — V.

(Anónimo.)

—Lo que puede aborrecida
La mujer que olvida tarde,
Hoy se prueba en mis desdichas,
Que de amor y olvido nacen.
Del linaje de Tarife.
Aunque fué de humildes padres,
Nací Bencerraje al mundo
Para morir Bencerraje.
Heredé sus desventuras,
Gran mayorazgo de males!
Poca hacienda y mucha envidia
Madrasta de mi linaje.
En la campaña valientes,
En el terrero galanes,
Amigos de valerosos
Y enemigos de cobardes,
No tuvo dama Granada
Que Bencerraje no amase,
Que solo el nombre tenia
Rendida la mayor parte.
Ha crecido cierta envidia
Entre el vulgo variable:
Dicen, que amaron la Reina,
¡Si la amaron, Dios lo sabe!
Dejáronme al fin muy niño,
Tan sin amparo de nadie,
Que por solas mis desdichas
He conocido mis padres,
Que con las suyas pudieran
Las mías ser solo iguales,
Pues el tiempo y la fortuna
Han hecho en mí ejemplos grandes.
Quise á la mora mas bella
Que mira el pastor de Daphne,
Desde la mar donde muere,
Hasta el cielo donde nace.
Desamela, aunque á creerlo
Muy pocos se persuaden;
Mas quien lo entiende me diga
Lo que pueden libertades.
¿Qué quieres, ingrato amor?
¿Por qué perseguir te place
La vida que no te ofende?
Con muerte que ha de pesarte?
¿Por qué lloras contra mí,
Tú que en mi favor lloraste?
Ausente estoy de tus ojos,

Quizá será aquesta parte.—
Esto contaba Zulema¹
A su señor Albenzaide,
Junto á la mar donde quiere
Y á las piedras que combate.

(*Romancero general*.)

¹ El Zulema de este romance es un personaje distinto del de los anteriores.

ROMANCES DE CEGRI.

156.

CEGRI.—I.

(*Anónimo*.)

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Había una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegri,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundía el aire con quejas,
Y luego rompiendo el aire
A sus querencias volvía
Bramando porque bramasen,
Mas como en guerra de celos
El mas fuerte ménos vale.
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡ Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra mas brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una merced te pido:
Que si á Granada llegare,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

(*Romancero general*.—It. *Flor de varios y nuevos*
Romances, 1.ª parte.)

157.

CEGRI.—II.

(*Anónimo*.)

En un aposento oscuro,
El mas de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un día por la mañana,
Cegri, dicho el Montañés,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda.
Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo así hablaba:
¿Adónde vas, atrevido?

¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.

Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
« Señora, el dejar de veros
» No es porque me falta gana,
» Sino por no dar disgusto
» A quien mi disgusto causa,
» Porque tu gusto no pierda
» Lo mucho que el mio gana;
» En no verte pierdo mucho:
» Mas no pierdo, que tú ganas.
» Perdona, señora mía,
» Las pesadumbres pasadas,
» Que pues las causo locura.
» Bien me disculpa ignorancia.
» A mis importunaciones
» Tambien has dado tú causa,
» Dándome tales favores,
» Que el menor de ellos bastaba
» Para poder competir
» Con el mejor de Granada.
» Tú, mi señora, me diste
» Grandísimas esperanzas
» De mejorar los favores
» Que agora van á la larga.
» Pensé que fuera subiendo
» Como quien sube por gradas;
» Mas pensando ganar tierra
» Voy perdiendo la ganada.
» Los favores que me das.
» Si es que te salen del alma,
» No hay á qué los comparar,
» Pues pensarlo pone calma:
» Mas si son por cumplimiento
» Supícote no los hagas,
» Pues son dineros de duende
» Que en sombra se desbaratan;
» Cuartos que llaman de fraile,
» Que en el mercado no pasan;
» Pesas que por no ser justas
» Están del rollo colgadas;
» Obras hechas en pecado,
» Que no aprovechan al alma;
» Son obispos de anillo
» Cuya renta no se paga;
» Voz de guitarra sin cuerdas,
» Fuerzas de cuerpo sin alma,
» El beso y la paz de Judas,
» Cartas y escrituras falsas.
» Yo, para decir verdad,
» Harto dudo si me engañas:
» Veo señales de amor,
» Pero tibias y aun heladas,
» Que por mas que estoy sin verte
» Nunca veo que me llamas:
» Cuando de ti me despido
» Nunca me dices aguarda;
» Si al cuello te hecho los brazos
» Los quitas y desenlazas;
» Si llevo mi rostro al tuyo,
» El tuyo muy presto apartas,
» Y por mas que te lo ruego
» Nunca quieres ver mi cara:
» Haces reparo á mis manos
» Las veces que se desmandan:
» Todas estas son señales
» De voluntad no muy sana.
» Con todo aquesto, señora,
» Te quiero ir á ver mañana:
» Será para darte gusto,
» Porque le tendrías sin falta,
» Que aunque al entrar no lo tengas,
» Tendráslo cuando me salga;

» Si dijeres : Mal venido ;
 » Diras : Norabuena vayas.
 » Diciéndote estas sospechas
 » Tú me has dicho que son falsas,
 » Y que por no agradecellas
 » Pongo á tus favores tachas ;
 » Y esto en buen romance es
 » Persuadirme que me amas :
 » Si es así, y me das lo mas,
 » ¿Cómo en lo ménos reparas ?
 » Yo me daré por vencido
 » Con la vista de mañana,
 » Si entónces viere que estás
 » Corregida y emendada.
 » Sé larga en lo que nos resta
 » Si hasta aquí no fuiste larga :
 » Si del secreto recelas
 » Harán que le haya mis trizas,
 » Que habiéndotelas yo dicho
 » No te han parecido malas.
 » ;Pero hartó malas son
 » Si no han de servir de nada !
 » Ya sabes que en el secreto
 » Nadie en el mundo me iguala.
 » Con esto solo concluyo.
 » Con que doy fin á mi carta ;
 » Que si el favor que me diste,
 » Le diste de buena gana,
 » No habrá cosa que me niegues,
 » Pues es verdad apurada,
 » Que es fácil ganar la villa,
 » La fortaleza ganada.»
 Habiendo la carta escrito
 La cierra, y para envialla
 Llamó un paje que la lleve ;
 Mas recelase de dalla,
 Que para cosa tan grave
 Ninguno hay de confianza :
 Ni al flaco papel se atreve
 Cargar carga tan pesada :
 Envolviola en un papel
 Y en su escritorio la guarda.

(Romancero general.)

158.

CEGRÍ. — III.

(Anónimo.)

Al venturoso Cegri
 La hermosa Celindaja,
 Con mas lágrimas que letras
 Está escribiendo una carta.
 Soberbio es el sobrescrito,
 Que es soberbia su esperanza :
 «Al idolo de mi gusto,
 » Tan al justo de mi alma.
 » Si temo viéndote ausente,
 » No te admires, prenda cara,
 » Porque este monstruo de ausencia
 » Pare imposibles mudauzas ;
 » Y mas tú, olvidado moro,
 » Que con encomiendas flacas
 » Sabes hacerte tan fuerte
 » Que horras memorias hartas.
 » Hablo, amigo, de experiencia,
 » Que conozco tus ventajas,
 » Y temo propias sospechas
 » Cuando á ajenas tierras vayas.
 » Tu descuido me promete
 » Cuidado por nueva causa ;
 » Que eres para ser querido,
 » Y no han de faltarte esclavas.
 » La que dejaste en Toledo
 » Con tu memoria descansa :
 » ; Quiera Alá, dichoso moro,
 » Que allá esté desocupada !
 » En mi corazon te mira
 » Las tardes y las mañanas,

» Que el espejo de mi pecho
 » Son tus primeras palabras.
 » En mi alma tu fe guardo,
 » Si es que cual tuya la tratas :
 » Ven, visítala, Cegri,
 » Que se confiesa agraviada.
 » Si me engañares, al ménos
 » Una mujer flaca engañas,
 » Culpada de voluntad,
 » Que no pequé de ignorancia.
 » ¡Ay moro del alma mia !...»
 Aquí suspensa y turbada,
 Renovando sentimientos,
 Borra las letras que estampa :
 Crece el nubló de suspiros,
 Los ojos el papel bañan,
 Falta á la mano el aliento,
 Y á la pluma tinta falta.
 La mora que las encierra,
 Como es la mora encerrada,
 Tocó á recoger el cuarto
 De la Reina y de las damas :
 Celindaja dobló el pliego,
 Y á quien lo que es le demanda,
 Dice que son devociones
 Que pasa cada semana.

(Romancero general.)

ROMANCE DE ARLAJA.

159.

ARLAJA.

(Anónimo.)

En el aceruelo Arlaja
 Puestos los dos soles tiene,
 Eclipsadas ambas lunas
 Con las lágrimas que vierte :
 Mil veces pone los ojos
 En la labor, y la vuelve,
 Porque turbada de celos
 El úno y los puntos pierde :
 Dos mil se le corta el hilo,
 Y no el hilo de sus fuentes,
 Que como nacen del alma
 Son perpetuas sus corrientes.
 — ¡ Moro, dice, mas ingrato
 Que los ingratos de allende,
 Pues en condicion ingrata
 A esos bárbaros excedes !
 Dime, Arlaja ¿ qué te ha hecho
 Que le das tantos desdenes ?
 ¿ Es posible que no estimes
 La palabra que le ofreces ?
 Si no me quieres, cruel,
 ¿ Por qué en balde me entretienes ?
 Y si dices que me amas,
 Quiéreme como me vendes.
 Ten lástima de tu Arlaja,
 Si de tí mismo la tienes,
 Que vendrás á hacer al fin
 Lo que agora no resuelves.
 Bien sé que besas y adoras
 Otras mas altas paredes ;
 Mas no lo son en firmeza,
 Que es firmeza de papeles.
 Poca guarda es la que guardan
 Altas torres, lienzo fuertes,
 Que cuando quisiere el alma
 Los hallará transparentes.
 Quiere bien en una parte,
 No quieras en tantas veces,
 Que es forzoso no querer
 Si tan partido anduvieres.
 ¿ No ves que es notable agravio
 Seguir tantos pareceres,
 Y pagar con un amor

A tres ó cuatro quererés ?
 ¿ Qué poco te cuesta amar
 Que tras cada canton mueres !
 Bien parece que no amas ,
 Pues á ninguna aborreces !
 Envidia te tengo , moro ,
 No á tu amorcillo ¹ , que mientes .
 Oh quién pudiera mentir
 Por querer siquiera á veinte !
 De gallarda complexion ,
 De hermosa voluntad eres ;
 Tú vendrás á amar por tiempos
 Algun millon de mujeres .
 ¡ Plegue á Alá que quieras tanto
 Que de puro amor revientes ,
 Y que aborrezcas á todas
 Cuando finges que las quieres ,
 O que des en otro extremo ,
 Pues de extremo á extremo vienes ,
 Que te suban mas de punto
 Lo que tú tanto encareces ;
 Y que pues eres Narciso ,
 Pues Narciso te pareces ,
 De ti mismo te enamores ,
 Pues no te bastan mujeres .

(Romancero general.)

¹ Este verso está sin duda equivocado.

ROMANCES DE ARBOLAN.

160.

ARBOLAN. — I.
 (Anónimo ¹.)

Sobre lo verde y las flores
 Unas moras enlazadas ,
 Amarga fruta que dieron
 Sus floridas esperanzas ,
 Sacó el gallardo Arbolan
 En una muestra gallarda ,
 Muestra con que al mundo muestra
 Lo que se muestra en su cara .
 No lleva mote en la empresa ,
 Que mudo emprendió sus ansias ,
 Y el ser mudo no le muda
 La mudanza de su dama .
 Callando á su calle llega ,
 Y al pasar por ella , pasa
 Tan duros pasos de muerte ,
 Que el menor pasa de raya .
 Tan mirado y tan temido
 Mira el balcon de Gubala ,
 Que aunque á la mira estuvieran
 Mil ojos , no le miraran ;
 La cual de cabellos bellos
 Unos lazos desenlaza ,
 Lazos que en lazos de amor
 Rendidas almas enlazan :
 Y entre matas de un jazmin
 Tiende sus matas doradas ,
 Matas que matan á todos ,
 Y por ninguno se matan .
 Cayóle una cinta verde
 Que el moro alcanzó , y alcanza
 Tan rico alcance su gloria ,
 Que no viviera alcanzada .
 Ella por cobrar su prenda ,
 Una su criada llama ,
 Criada , y criada al gusto ,
 De quien es norte en crianza ;
 Y díjole que subiese
 Una lista enamorada ,
 Que entre las moras de un moro
 De verde se hace morada ;
 Que si tantas moras moran
 Como en su aljuba en su alma ,
 Alma , mora , aljuba y moras

No morirían solitarias .
 El , apuntando la cinta
 Con la punta de la lanza ,
 Punta que su punta esfuerza
 Sin faltar punto á su fama ,
 Dijo : — Las moras nacieron
 De una que sembré en el alma ,
 Una , tan una en belleza ,
 Cuanto es una en las mudanzas .
 Cogilas sin merecerlo ,
 De mil flores plateadas ,
 Flores que bien eran flores ,
 Pues tan de flores se pasan ,
 Y no teñirán tu cinta .
 Porque de sangre se pagan ,
 Sangre de la mejor sangre .
 Que vertió sangre cristiana .
 Si es yerro no obedecerte ,
 Yerro elhierro de mis armas ,
 Que cautivo que tú hierras ,
 Yerra mucho si te enfada .
 De aquí la pruebe á quitar
 Tu prenda , quien en tu casa
 Prendas sin prendas merece ,
 Porque aprenda á celebrarla . —
 Con esto atajó la rienda
 Al caballo , y á las ansias ,
 Parte á acaballo á caballo ,
 Y en mil partes parte el alma .

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
 Romances , 2.ª parte.)

¹ Romance ingenioso , pero de muy mal gusto.

161.

ARBOLAN. — II.
 (Anónimo ¹.)

A la gineta vestido
 De verde y flores de plata ,
 Verde y flores que prometen
 Verde y florida esperanza ;
 Por divisa un corazón
 Morado y blanco en la adarga ;
 Blanco , que es blanco á do tira
 La que deja en blanco á tantas ,
 Busca el gallardo Arbolan
 A su bella mora Gubala .
 Mora que en su pecho mora ,
 Mora que enamora y mata .
 Viola con su mora Alcida
 De pechos á una ventana ,
 Pechos á quien paga pecho
 El que los pechos abraza .
 Conoce en ella de lejos
 Serena frente y bonanza ,
 Frente , que puestas enfrente
 No es mucho afrente mil damas .
 El moro se regocija
 Con vista tan dulce y grata .
 Vista , que vista condena
 En vista y revista al alma .
 Juzga , viéndola , por gloria
 Las graves penas que pasa ,
 Penas , que apenas las sabe
 Quien tan sin penas las causa .
 Humilla adarga y bonete ,
 Bandera y hierro de lanza ,
 Hierro que castiga yerros
 Y no yerra á quien le agravia .
 Gubala cubre la boca
 Con una toca de plata ,
 Toca dichosa , que toca
 En parte jamás tocada :
 Y al encubrir tanta gloria
 Descubre una mano blanca ,
 Mano , que es todo en su mano
 Y á todas de mano gana .

El recorrer con los ojos
 Primero calle y ventanas,
 Calle, que es bien que se calle,
 Que no medra quien no calla :
 Y no viendo azar ninguno
 Por ganar la suerte, para,
 Suerte, que por ser de suerte
 Desta suerte la declara :
 —Serán de lo que dijere,
 Señora, el tema mis ansias,
 Tema que es fuerza se tema
 Pues da temor el pensallas.
 También de fortuna temo
 El trato y sus inconstancias,
 Trato que es trato de cuerda,
 Para quien ménos maltrata.
 Mas hoy probaré hasta dónde
 Tira mi dicha la barra,
 Dicha sin igual si á dicha
 Mi pena dicha no os cansa.
 Y en prendas, solo os ofrezco
 Mi casta fe por esclava,
 Casta, y de casta tan noble
 Que os iguala en noble casta.
 Y la merced que recibo
 Soy mudo en el publicalla,
 Mudo, que jamas me mudo,
 Porque aborrezco mudanzas.
 Aceptadlo, sin mostraros
 Dura á tan tiernas palabras,
 Dura, que si el serlo dura
 No durará quien os ama.
 Y adios, que siento ruido :
 El cuerpo parte sin alma
 Parte, por no ser ya parte
 De alma que de vos se aparta.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos
 Romances*, 2.ª parte.)

⁴ Tiene el mismo carácter que el anterior del núm. 160.

162.

ARBOLAN. — III.

(*Anónimo.*)

Sale de un juego de cañas
 Vestido de azul y verde
 El valeroso Arbolan,
 Casi al punto que anochece,
 En un alazan caballo,
 Adornado de jaeces,
 Lleno el freno de penachos,
 Y el pretal de cascabeles.
 De Sanlúcar sale el moro,
 Y camino va de Gelves,
 Tan melancólico y triste,
 Cuanto vino ayer alegre,
 Porque una morada toca
 Que á su mora dió en retruque
 De un hermoso camafeo,
 En un verdoso bonete,
 Vió que la llevaba puesta,
 Si los ojos no le mienten,
 En lo blanco de la adarga
 Su competidor Amete.
 A sus lástimas tan justas
 A responder no se atreve
 El eco por no enojalle,
 Que aun hasta el eco le teme.
 — ¡ Maldito sea, dice el moro,
 Quien se fia de mujeres,
 Pues sabe son mas mudables
 Que los años, dias y meses !
 ¡ Malditos sean sus halagos,
 Si halagos decirse pueden,
 Pues halagan con la paz,
 Y armada la guerra tienen !
 ¡ Malditas sean sus palabras,

Maldito cuanto prometen,
 Pues prometen y no cumplen,
 Y sin dadas no quieren !
 ¡ Maldita su falsa risa,
 Pues cuando rien aborrecen,
 Y cuando muestran amor
 Es cuando mas se endurecen !
 ¡ Malditos sean sus favores,
 Y el amor falso que tienen,
 Pues quieren al que no ama,
 Y al que las ama aborrecen !
 ¡ Malditos sean los gemidos
 Que dan, si ausentes los tienen,
 Pues no lloran por la ausencia,
 Sino temiendo que vienen !
 ¡ Mal haya tambien mi dicha,
 Pues cuando florecer debe,
 Con la niebla de unos celos
 Se aniebla, marchita y pierde !
 ¡ Malhayan mis esperanzas,
 Pues estaban ayer verdes,
 Y hoy se han tornado amarillas
 Con un cierzo de desdenes !
 ¿ Qué me importa á mi, di, Guhala,
 Que me mires siempre alegre,
 Pues que segun hoy he visto,
 Sin duda entónces me vendes ?
 ¿ Qué me importa que tú digas,
 Que por mi vives y mueres,
 Pues segun hoy has mostrado
 Fingidamente hablar debes ?
 Entre los fingidos tratos
 Que á entrambas partes prometes
 Sin inclinarte á ninguna,
 A él piadosa, á mi clemente,
 Mas vale que te declares
 Y esos ademanes dejes,
 Pues que con ellos me engañas,
 Y suspenso á Amete tienes.
 Con esto vivirás leda,
 Y alegre vivirá Amete,
 Y yo moriré contento
 Por ser tú quien me da muerte.
 Podréis gozaros los dos,
 Y yo gozaré mi muerte,
 Que será una corta vida,
 Colgada de esos placeres.—
 No pudo hablar mas el moro,
 Que lágrimas le detienen,
 Y un sudor que ha procedido
 De celosos accidentes.

(*Romancero general.*)

163.

ARBOLAN. — IV.

(*Anónimo.*)

El mas gallardo ginete
 Que jamas tuvo Granada,
 Cortés, galán y discreto,
 Briosos en jugar las cañas,
 Diestro en una y otra silla,
 Y mucho mas en las armas,
 Fuerte cual acero en ellas,
 Y cual cera entre las damas,
 Diamante entre los alfanjes,
 Gracioso en bailar las zambras,
 Sal en las conversaciones,
 Y medido en las palabras,
 Vestido de una marlota
 Medio azul, medio encarnada,
 Efectos que causa el moro
 En la bella mora Guhala :
 El capellar amarillo,
 Que es color desesperada ;
 Azul el turbante y toca,
 Por unos celos que trata,
 Pártese con razon poca,

Y auséntase de su dama;
 El va vestido de fiesta,
 Y ella de luto en el alma.
 Camina para Jaén
 Solo por jugar las cañas,
 Cuando Gubala pierde el rastro
 De los contentos del alma.
 Es mora cuya hermosura
 Mil corazones enlaza,
 Y viendo libre á Arbolan,
 De esta manera le habla :
 —¡Arbolan, valiente moro!
 ¡Tan flacamente me amas,
 Que con pequeña ocasion
 De mi presencia te apartas?
 ¡Oh si pudiera seguirte,
 Y cómo que te espantaras
 Viendo en mi la fortaleza
 De amor, que en ti se acobarda!—
 El ver partir á Arbolan
 Tanta pena le dió á Gubala,
 Que cayó la mora enferma
 Al tiempo que él caminaba;
 Y á moras que le preguntan
 De su enfermedad la causa,
 Responde con fingimiento
 Y con palabras dobladas.
 Méenos dobleces la toca
 Tiene, que el moro llevaba,
 Que son los que Gubala muestra
 En el mal y en las palabras.
 Solo á Zara, que es su amiga,
 Y de su Arbolan hermana,
 Quejas y ocasion le cuenta
 Con plática clara y llana :
 —¡Ay Zara, querida amiga!
 ¡Cuán mal tu hermano me trata,
 Que con ausencia rabiosa
 Ya por momentos me acaba!—
 Y estas palabras diciendo
 Se le quedó desmayada:
 Flaqueza del mal que tiene,
 Y fuerza de amor lo causan.

(Romancero general.)

164.

ARBOLAN. — V.

(Anónimo.)

Preso en la torre del Oro
 El fuerte Arbolan estaba,
 Por mandado de su Rey,
 Con cuatro alcaides de guarda;
 No porque traidor ha sido
 Contra su corona en nada,
 Sino por celos que tiene
 De su idolatrada Gubala :
 «¡Ay querida Gubala,
 »Triste del que sin verte muerte aguarda!»
 Manda que suelto no sea,
 Sino para mas venganza,
 Con dos pesadas cadenas,
 Que piés y manos le traban :
 Viéndose de aquella suerte,
 Sin remedio de esperanza,
 Suspirando dice á voces,
 Asomado á una ventana :
 «¡Ay querida Gubala,
 »Triste, etc.»
 Y luego volvió los ojos,
 Y á Guadalquivir miraba,
 Diciendo : — Rey inhumano,
 Ya obedezco lo que mandas.
 Mandásteme poner hierros,
 Y cargásteme de guardas,
 Ambas á dos, cosas son
 No sin gran misterio causa.

«¡Ay querida Gubala,
 »Triste del que sin verte muerte aguarda!»
 (Romancero general.)

165.

ARBOLAN I. — VI.

(Anónimo.)

Cuando de Titon la esposa
 Deja el asiento dorado,
 Dando á la rosa su precio,
 Que la noche le ha robado,
 Cantan Filomena y Iris;
 El ruiñenñor namorado
 Muestra sus dulces amores,
 En que siempre está enlazado;
 Vuelve con nueva querella
 Al trabajo comenzado
 El labrador industrioso
 Y el trabajador cansado,
 Sale del monte de Arcadia
 Arbolan enamorado,
 A quien amor de Soltana
 Traia el pecho abrasado.
 Rica marlota traia
 De oro verde y morado,
 Esmaltada de mil flores,
 Que declaran su cuidado;
 Blanco el bonete y lustroso,
 Todo de perlas sembrado,
 Rica bordadura de oro,
 Y de seda recamado.
 En caballo alazan viene,
 Ricamente enjaezado,
 Cuanto de uno al otro polo
 No puede otro el sol mirallo
 Con soberbio continente
 En su amor embelesado,
 Por do el caballo lo lleva,
 Iba el moro trasportado.
 Lloro la manda terrible,
 Siente el triste su cuidado,
 Porque la bella Soltana
 Con desden le habia tratado.
 Mandado le habia su dama,
 Que en Argel no hubiese entrado
 Hasta que del sol la hermana
 Muestre su rostro menguado,
 Porque en campo no venció
 A Azarque, moro esforzado,
 Que por enojar su amor
 Con él entró en estacada.
 Maldice el moro á si mismo,
 A la fuente, río y prado;
 Por haber hecho tan poco
 Contra si se vuelve airado.
 «¿Qué es de ti, moro Arbolan?
 ¿Qué es de tu valor sobrado,
 Que en nada tenia al mundo,
 Y agora se ve amenguado?
 Aunque Azarque lo mejor
 De Arbolan no haya llevado,
 Es gran mengua que se diga
 Que conmigo se ha igualado.
 ¿No bastaba el amor vivo
 Que tu dama te ha mostrado,
 Verte de ella ser querido,
 Verte de ella regalado?
 ¡Ay bella Soltana mia!
 ¡Ay mi rostro delicado!
 ¡Ay bellos cabellos de oro,
 Que me tienen enlazado!
 No consintais daño tanto :
 Alzad, alzad el destierro,
 Destierro que á mi destierra
 Por tierra tan alejado.—
 Y llorando de sus ojos
 Con mortal dolor y rabia,

Quedó el moro amortecido,
Pálido el gesto y mudado.
El campo iba regando
Por do le lleva el caballo
Tal que parece trasunto⁴,
Sin bullir con pié ni mano.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

⁴ Este Arbolan no tiene relacion alguna con el de los romances anteriores.

² Así en el original, faltando á la asonancia.

³ Desde este verso hasta al fin se falta al asonante que corresponde.

⁴ Difunto querrá decir.

ROMANCES DE ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

166.

ALIATAR — 1.

(Anónimo.)

De la Naval con quien fuéron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fe de sucesos varios;
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En mas peligrosos cargos;
Que de su linaje noble
Las proezas imitando,
Del gran Alfaquí su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando pues su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitállos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano;
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya deti-ne á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fe;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vario
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda
Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su lijereza el cargo.

(Romancero general.)

167.

ALIATAR. — II.

(Anónimo.)

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congradasteis:
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos,
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajaiza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosias,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y sino callad de día,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa
Siendo mentira, contastes,
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;
Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna alicion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,
Sabréis bajaizas notables.
Jamás tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen;
Señal de malos respetos,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,

Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

(Romancero general.)

168.

ALIATAR. — III.

(Anónimo.)

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Mas de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes,
Y que soy cobarde : mientes;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez antes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste.
Dijiste : — ¡ Pobre Aliatar !
En pie morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,
Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance :
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperaré;
Que soy mas bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste :
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pie me agravies;
Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen !
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes :
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames;
Pues se da nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire. —

(Romancero general.)

169.

ALIATAR. — IV.

(Anónimo.)

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,

Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha :
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ansias,
Y de todo la ocasion
Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra :
« Por envidia se las saca ».
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenamar,
Si con mi daño no medras,
¿ Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas ?
¡ Ay, amiga de mis ojos !
¡ Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas !
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras. —
Dijo, y olvidóse luego
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va mas que el caballo
Presurosa la venganza :
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo : — Si el temor de verme,
Abenamar, no te mata,
Espera para la vuelta. —
Y en esto se entró en Granada.

(Romancero general.)

170.

ALIATAR. — V.

(Anónimo.)

« Dénme el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio :
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento :
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmelo luego
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho

Como el vestido que llevo :
 Las cañas negras tambien ,
 Porque se haga negro el juego ,
 Que quien tiene el pecho triste ,
 Color no le alegra el pecho .
 Solo el velo de la adarga
 Quiero que no vaya negro ,
 Sino azul , porque declare
 Los negros celos que tengo .
 Todo de negro vestido ,
 Por el arenal del puerto
 Entró Aliatar en el coso
 Acosando su tormento :
 Vido á su Zoraida bella ,
 Y parte luego corriendo
 Deseando de hablarla ;
 Mas no cumplió su deseo ,
 Que su contrario Celin
 Pasó cerca de su puesto ,
 Y al pasar le echó Zoraida
 Prendas que mas le prendieron .
 Echóle una toca verde ,
 Y una flor morada en medio
 Dándole fe y esperanza ,
 Y á Aliatar muerte de celos .
 Parte Celin tan ufano
 Cuanto Aliatar descontento ,
 Y sin acabar su pena
 Principio ponen al juego .
 Hicieron dos ó tres suertes ,
 Y el alcaide se está quedo ,
 Defendiéndose de cañas
 Que pretenden ofenderlo .
 Tiróle Celin la suya ;
 Mas con un enojo intenso
 Su caña tiró Aliatar ,
 Que fué tiro sin remedio ,
 Porque dándole en la adarga ,
 Le pasó la adarga y pecho ,
 Abriendo al alma camino
 Por donde salió al momento .
 Apéose del caballo ,
 Y fué donde estaba el muerto :
 Quitóle la toca verde ,
 Esperanza de sus duelos ;
 Y volviendo á cabalgar ,
 Fué á Zoraida diciendo :
 « Mal guarda Celin tus prendas ,
 Tan grande amor pretendiendo !
 Quédate , tirana ingrata ,
 Que en tu memoria esta llevo ,
 Qué quiero hacer prendas propias ,
 Prendas que para otro fueron .

(Romancero general.)

471.

ALIIATAR.—VI.

(Anónimo.)

Por una nueva ocasion ,
 Tan penosa como fuerte ,
 Deja su villa de Ocaña ,
 Donde vive y donde muere ,
 El bravo moro Aliatar ;
 Porque su esperanza verde ,
 Los desengaños y el tiempo
 Son causa de que se seque ,
 Pues á sus altos principios
 Sucedió tan triste suerte ,
 Y tan infelice fin ,
 Que trocó su vida en muerte .
 Vióse el moro regalado
 De palabras y papeles
 De la mas hermosa mora
 Que el reino morismo tiene ,
 Cuya bizzarria estima ,
 Y cuyo donaire escude
 A toda imaginacion ,

Pues comparar no se puede .
 De mala gana se parte
 De donde su gusto tiene ;
 Mas fuerzanle á que lo haga
 Los amigos y parientes ,
 Porque pronostican daño
 De su amoroso accidente ,
 Que es la dama emparentada
 Con Cegries y Gomeles ,
 Y temen , sabido el caso ,
 No procuren ofendelle ,
 Y mas el bravo Celindo ,
 A quien le cupo por suerte ,
 Moro de valor y estima ,
 Respetado de la gente ,
 Que el pueblo rige y gobierna ,
 Y en la villa vale y puede .
 Partiése sin despedirse ,
 Porque no se parta alegre ,
 No por falta de ocasion ,
 Pues no falta á quien la quiere .
 Solo se sale de Ocaña
 Sin que amigo ni pariente
 Para despedille salga ,
 Ni en su compañía lleve ,
 En un caballo morcillo ,
 Que las yeguas ya le ofenden ,
 No por no ser animosas ,
 Mas por el nombre que tienen :
 Y quiso por su tristeza
 Que tambien el jaez fuese
 Negro , como su desdicha ;
 Y porqué en todo se muestre ,
 En un capellar leonado
 Lleva pintada la muerte ,
 Con esta letra , que dice :
 « Matóme , sin que muriese » .
 Sembrados de aves nocturnas
 Llevaba un negro bonete
 Con solas dos plumas pardas ,
 Que ya no las quiere verdes .
 No quiso salir sin plumas ,
 Porque sus desdichas vuelen
 Como vuelan sus contentos ,
 Un martes cuando amanece ;
 Y llevaba por garzotas
 Un ramo de laurel verde ,
 En fe que contra la suya
 El tiempo muy poco puede :
 Por medalla , una leona
 Que á solo gemidos quiere
 Dar vida á lo que ha parido ,
 Y dice lo que se lee :
 « Estos bastan para darla ,
 Mas quien á mi dalla puede
 Con ellos se ablanda ménos ,
 Y mucho mas se endurece » .
 Una marlota encarnada
 Bordada , de mil dobleces ,
 Y por borla aquesta letra :
 « No son ménos los que tiene , »
 Y una lanza con dos hierros ,
 Por solo sufrir desdenes ,
 Y de morado teñida
 La culpa de quien consiente :
 De color de rosa seca
 Es la bandera que pende ,
 En señal que se secó
 Lo que ántes fué mas verde :
 El brazo todo cubierto ,
 Porque arregazado teme
 De ver en él el retrato ,
 Que le obliga se destierre ;
 Con una toca amarilla ,
 Y en ella pintado viene
 Un Fénix , que ya se abrasa
 Y en ceniza se convierte ,
 Y con las alas soplando
 Aquel fuego en que se enciende ,

Y escrito con letras de oro .
 «Mucho temo el parecerle»;
 Con un alfanje ceñido,
 Dado en su paciencia el temple,
 Y en la guarñicion en cifra,
 El nombre de quien lo ofende,
 Colgado de un tahali
 Que tiene ramales trece,
 Porque pasan de docena
 Sus males, que no sus bienes;
 Y en el campo del adarga
 Lleva pintada su suerte,
 Que es una escura noche
 Que truena, graniza y llueve.
 Un borcegui datilado,
 Hechos lazos en reveses,
 En señal que sus intentos
 Todos al reves suceden;
 Y en los estribos de bultos
 Mil animales monteses,
 Porque piensa que con ellos
 Pasará su vida breve.
 No quiso sacar espuelas,
 Porque bastan sus desdenes
 Para picar el caballo,
 Y á él, que tanto los siente.
 Con tan cansadas divisas
 Llega á las aguas que vierte
 El claro y corriente Tajo,
 Y junto á una turbia fuente,
 Que de un cenagal salia
 Al pié de un monte silvestre;
 «Este, dice el moro, es
 »El lugar que me conviene».
 Apóese del caballo,
 Y por el monte se mete,
 Dejándole suelto y libre,
 Como se ha visto otras veces,
 Adonde piensa esperar
 Lo que el tiempo de él hiciere,
 Hasta que muerte, ó su mora
 Su vida y estado truequen.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.^a parte.)

⁴ Es una antigua creencia que la leona pare los hijos muertos, y los da vida con sus rugidos.

172.

ALIATAR. — VII.

(Anónimo ¹.)

No con azules tahalies,
 Corvos alfanjes dorados,
 Ni coronados de plumas
 Los bonetes africanos,
 Sino de luto vestidos
 Entraron de cuatro en cuatro,
 Del mal logrado Aliatar
 Los afligidos soldados:
 «Tristes marchando,
 »Las trompas roncacas, los tambores destemplados».
 La gran empresa del Fénix
 Que en la bandera volando
 Apenas la trató el viento
 Temiendo el fuego tan alto,
 Ya por señas de dolor
 Barre el suelo y deja el campo,
 Arrastrado entre la seda
 Que el Alférez va arrastrando:
 «Tristes, etc.»
 Salió el gallardo Aliatar
 Con cien moriscos gallardos
 En defensa de Motril
 Y socorro de su hermano.
 A caballo salió el moro,
 Y otro día desdichado
 En negras andas le vuelven

Por donde salió á caballo:
 «Tristes, etc.»
 Caballeros del Maestre.
 Que en el camino encontraron,
 Encubiertos de unas cañas
 Furiosos le saltaron:
 Hiriéronle malamente,
 Murió Aliatar mal logrado,
 Y los suyos, aunque rotos,
 No vencidos se tornaron:
 «Tristes, etc.»
 ¡Oh cómo lo siente Zaida!
 ¡Y cómo vierten, llorando
 Mas que las heridas sangre,
 Sus ojos aljófar blanco!
 Dilo tú, Amor, si lo viste:
 Mas ¡ay que de lastimado
 Distes otro nudo á la venda,
 Por no ver lo que ha pasado!
 «Tristes, etc.»
 No solo le lloró Zaida;
 Pero acompañanla cuantos
 Del Albaicín á la Alhambra
 Beben de Genil y Darro;
 Las damas como á galán,
 Los valientes como á bravo,
 Los alcaides como á igual,
 Los plebeyos como á amparo:
 «Tristes marchando
 »Las trompas roncacas, los tambores destemplados».

(Romancero general.)

⁴ Es uno de los romances mas dignos de atención, en donde su parte lírica apenas sufre competencia. Está lleno de bellas imágenes, cuya pompa lúgubre interesa sobremediana, y hiera la imaginación, trasladándola á la escena que el poeta quiso pintar.

ROMANCES DE MULEY.

173.

MULEY. — I.

(Anónimo.)

Los ojos vueltos al cielo
 Y el pensamiento en su alma,
 Cercado de mil sospechas
 Ingratitud y mudanza,
 Celos, temor con engaño,
 Embustes, nuevas marañas,
 Peligros, muerte segura,
 Con tormenta y sin mudanza,
 De azul, pardo y amarillo
 Una marlota bordada
 Cercada de mil trojeos
 Entre listones y franjas;
 Por descanso un almaizar
 Con una borla encarnada
 Y en un extremo este mote:
 «Mas el descansar me cansa».
 Un bonete aceitinado,
 Una toca anaranjada,
 Que ni es bien desesperado
 Ni con perfecta esperanza;
 Y del cabo del bonete
 Que hasta el hombro izquierdo baja,
 Cuelga un precioso joyel
 Con una fina esmeralda
 Y dos arábicas letras,
 Lo que le parece gracia,
 Que declare en Aljamia:
 «De esperar estoy colgada».
 En un morado tahali
 Un alfanje de Tartaria,
 La hoja llena de letras,
 La guarñicion plateada,
 Y en medio de la contera

Un Cupido con sus armas
Y en una flecha este mote :
«Al que le defienda, mata».
Borceguies datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil
Si con los pies pinta ó labra
Pasando mas adelante
La cola le desbarata.
Quiso así significar,
Que cuanto labró en Granada
La cola de un desengaño
Le destruyó sus pisadas,
Salió el gallardo Muley
De la fuerza del Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

(Romancero general.)

174.

MULEY.—II.

(Anónimo 1.)

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces
A decille así principia :
«¡ Oh tesoro de mis males,
»Y de mis querellas miña!
»¿ Es posible que tus manos
»Contra mi pecho se inclinan?
»Acuérdate de las flores
»Que cogí en Guadamedina;
»Y que en presencia y ausencia,
»Muley ante ti se inclina.
»Ablanda ya el corazon
»De esmeralda diamantina,
»Y no pienses que en desdenes
»Tu falsa afición se afina.
»Buscando voy tu calor,
»Como la fiel golondrina,
»Que se va huyendo del golpe
»De la furiosa marina :
»Que porque me viste hablar
»En la zambra con Cevina,
»Quisiste contra tu fama
»Ser á tu gusto divina.
»No uses de los dobleces
»Que usó la cauta Armelina;
»Mira que mi pensamiento
»A pensar en ti no atina.
»Si te hablo, dicesme,
»Que me voy de la bolina;
»Y si te miro callando,
»Eres contra mi malina.
»No sé, mora, qué te hago,
»Pues con furia repentina
»Te defiendes de un rendido
»Con escudo y jacerina.
»Con esto llegó á un arroyo
»De una fuente cristalina,
»Y á la sombra de un nogal
»Su lacio cuerpo reclina.

(Romancero general.)

¹ Este romance puede considerarse como resultado de un monorrismo de pies de diez y seis sílabas, partidos por la mitad en el emistiquio. Conde presume que de esta combinación métrica de los árabes resultó nuestro romance de verso redondillo, u octosílabo.

175.

MULEY.—III.

(Anónimo 1.)

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el Santo Rey Fernando,
Día de San Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano Rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice : «Llega, cristiano,
»Saquea, roba y destruye.
»Pues que has vencido el linaje
»Que al mundo de sangre cubre.
»Los Gazules llevas presos,
»De esta tierra honra y lumbré,
»Y te afirmo que Granada
»Cercada un año no dure.
»Cuando veniste á Alcalá,
»Dentro en mis baños lo supe :
»Déjale la toca de seda,
»Que mi frente ciñe y cubre;
»A las torres de mis armas
»Con mis moros me retruje :
»Sali al campo porque nadie
»De ser cobarde me acuse;
»Mas llévanme el alma presa
»En una mora de Túnez,
»Que fué desta tierra fuego,
»Y de estos ojos la lumbré.
»Díomela su padre el Rey;
»De Africa á España la truje
»En una fusta turquesa,
»Que de oro y seda compuse
»Toda la popa dorada :
»Hice que mi estrado ocupe
»Con cien cristianos vestidos
»De telas blancas y azules.
»Celebráronse las bodas,
»Mañana un año se cumple :
»Martes, día de desgracia,
»Que se acabaron hoy lúnes.»

(Romancero general.)

¹ También puede este romance colocarse entre los históricos de la época de Fernando V, el Santo, considerándole como fronterizo, aunque moderno y de fines del siglo XVI.

ROMANCES DE ALMORALIFE.

176.

ALMORALIFE.—I.

(Anónimo.)

El mayor Almoralfé,
De los buenos de Granada,
El de mas seguro alfanje,
Y el de mas temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,
Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su rey
Se va á la mar desde Baza,
Mas animoso y galán,

Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios, que ya son verdes,
Y fueron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo pues la rienda
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aun á sacalle no basta
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejas,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te vi esta mañana
Tan enojada conmigo
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¿Mucho me quieren tus ojos!
¿Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¿Muchos cabellos, amiga,
Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste
Vacio y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú, y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¿Mal haya aquel amorador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¿Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
El llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¿Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¿Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejara!
Mas si deo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envies,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.^a parte.)

177.

ALMORALIFE. — II.

(Anónimo.)

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralfé,
Sobriño del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas
Desde lejos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mío,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¿Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¿Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los celos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:
Si tu belleza estimaras,
Como estimo tu belleza,
Fuerais idolo de España,
Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envía el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse reventan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada cuanto bella,
Estando atento su moro
A preguntalle comienza:
—Almoralfé galán,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
Ó murió de las sospechas
Que á su triste original
Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.^a parte.)

178.

ALMORALIFE. — III.

(Anónimo.)

Descargando el fuerte acero,
Desciéndosela la espada,

Desembrazando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el bracelete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la corte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,
Dice el paje, quien mas te ama,—
Y el mensajero replica:
—El Rey y la corte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,
Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos destos pasa.
—El Rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá: — y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—¡Almoralfé! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro: —¿quién me espera?—
Responde el paje: —Tu dama
Fehisalva, Almoralfé:
Almoralfé, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.
Vióte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
¿Cara cuesta tu venida!
¿Tu venida cuesta cara!
¿Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que mas te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en ti se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solás, si en venir te tardas.—

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

ROMANCES DE JARIFE.

179.

JARIFE. — I.

(Anónimo.)

Una parte de la vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaragui de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de mas ganancia,
Dejó en dote Amete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda
Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gajes
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado della
Un bizarro de Cartana,
Y préciase de bizarro
Porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarifica lumbre
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria,
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegría,
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenia esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias
Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen,
Con callada y veloz planta,
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrisono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,
Aprieta la toca al brazo,
Pone hebillita y enlaza;
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
— ¡Traidor, dice el uno dellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, aguarda, que vengo.
Que vengo, que vengo, aguarda!
¡Apercíbete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto
Pasarte he con esta lanza! —
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra mas brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres mas altas
Y como si en aquel punto

Comenzaran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar mas la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,
De muy valiente le alaba;
¿Mas cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuéle siguiéndole el moro
Que habia venido en su guarda,
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.
(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos*
Romances, 3.^a parte.)

180.

JARIFE.—II.
(*Anónimo.*)

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne,
Sentada está Celindaja,
Mas hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen,
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma sienta,
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Mas al afligido aligen.
Por un pequeño recelo,
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.
Así Celindaja muere,
Y aunque muere no lo dice;
A mas padecer mas calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede
Y una vez y otra repite:
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despidie:
—Pensamientos amorosos,
¿Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivasteis?
Declarad todo el origen,
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de véras amais,
Olvidar es imposible,
Y mas si con el amor
Teneis la fortuna firme.
¿Ay quién supiera do estás,
Mi regalo y mi Jarife!
¿Si acaso vives con otra?
Mas ay, si con otra vives!... —
El moro que oyó el lamento
Procura presto encubrirse,
Para oír el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;

Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo: —Mi Celindaja,
¿Quién hay que del bien te prive?
¿Tiene por ventura el mundo
Aliatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Cegries,
Que cualquiera en tu servicio
No se postre y arrodiile,
Y para mas agradarte
A besar tus piés se incline?
¿Mas qué es lo que dije ahora?
¿Coharde! ¿qué es lo que dije!
Que si no soy yo, ninguno
Puede pretender servirte.—
Descubre el rostro la mora
Como el sol tras el eclipse,
Tan apacible y alegre,
Cuanto alegre y apacible;
Y el enamorado moro,
Que en sus razones prosigue,
A vueltas de mil ternezas
A su Celindaja dice:
—Sosiégate, gloria mia,
Haz que tus ojos me miren,
Que en ley de moro te juro
Que jamas mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplane,
Porque el mio se mitigue,
Y recibe en holocausto
Esta vida que en ti vive.—
Con el fin de estas razones,
Ambos á dos se despiden,
Diciendo: —Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.—

(*Romancero general.*)

181.

JARIFE.—III.
(*Anónimo.*)

Al alcaide de Antequera
El Rey de Granada escribe
Que contra el Rey castellano
Diez y seis lanzas le envíe;
Las ocho que partan luego,
Y á Jaen las encamine,
Y que apereiba las otras
Para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
Y ejecuta lo que pide,
Escogiendo de sus moros
Los mas fuertes adalides.
En este tiempo á la corte
Le fué forzoso partirse
A poner en paz dos moros
Que tratan guerras civiles;
Y á su hijo noble encarga
Que al Rey las lanzas envíe,
Pues el honor de los dos
En esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
Al son de sus añaliles,
Los caballos cordobeses
Y los soldados Cegries.
De amarillo, azul y blanco
Los ocho moros se visten,
Colores de Celindaja,
Por quien suspira Jarife:
Bonetes de mezcla llevan,
Y con bandas verdes ciñen
Las plumas blancas terciadas
Que verlas todas impiden.

Alfanges de Tunez penden
De doblados tahalles :
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre ;
Bayos llevan los jaeces,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los borceguies.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco
Aunque se precia de humilde,
Por orla bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne ;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que dividen
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Muzas y Alfaquies.
Gallardo sale este día
En una yegua Jarife,
Que las armas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes.
Con una estrella en la frente
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado
De aljófar y de rubies.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste,
Con unas letras doradas
Que dicen : « Cuando se eclipse ».
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tuneceas,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises :
Un alfange de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
Parece en sus manos nimbres,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.
Oído se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verte las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren ;
Y viendo á su bella ingrata
Así la requiebra y dice :
— Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al Rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lò que es posible en tu nombre,
Y la ocasion me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma
Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden :
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cautiven,
Mientras lo queda su dueño
De los ojos por quien vive.—
Alegre la hermosa mora,
De que no quiere partirse,
Y que solo con las lanzas

Al Rey de Granada sirve,
Cúbrela desde el balcon
De azucenas y alelies,
Y el moro favorecido
De la reja se despidió.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.

(Romancero general.)

182.

JARIFE.— IV.

(Anónimo.)

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja :
Vela en ajeno poder,
Y él se ve en el de mil brasas :
Sus suspiros son el viento,
En que se enciende esta llama :
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez
Ni de la pluma bizzarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga :
Solamente se desvela
En el hábito del alma ;
Que amor, como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada :
Huye de gente los días ;
Llorando las noche pasa,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras :
— ¡ Daraja, tanta hermosura,
Cómo tan mal empleada ?
¿ Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava ?
¿ Que dejes á tu Jarife,
Que no vale ménos que ama,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras mas que á tu alma !
¿ Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta ?
¿ Tanto te va, fiera bella,
En que te noten de ingrata ?
Si huelgas como enemiga
De ver mi muerte temprana,
Yo mismo la buscaré,
Si quien la busca la halla ;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña ;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada,
Haz que me mate á traicion
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme,
Aunque en armas ménos valga,
Pues en tenerte consigo
Sin ellas me quita el alma ;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contare alguna
De ménos duras entrañas
A dónde hallaron mi cuerpo,
Y quién le lavó las llagas ;
Cuántas lanzadas tenia,
Y cuántos golpes de espada,
Y cuántas horas estuvo
Sin conocerte en la plaza ;
¿ Qué te faltará aquel día
Para bienaventurada,
Si no te turba el contento

Ver mi desdicha acabada?
 Podrás despues de yo muerto
 Ir libremente á las zambras;
 Podrás sacar en las fiestas
 Una gala y otra gala;
 Podrás gozar de la vega,
 Y ponerte á la ventana,
 Y entre las moras amigas
 Alabarte de esta hazaña:
 Y como tendrán mis huesos
 La tierra por dura cama,
 ¡Bien te ha de valer mi muerte
 Para vivir descansada,
 Si ménos ha de celarte
 El que sabes tú que trata
 Mas de vengarme de ti,
 Que yo de pedir venganza!—

(Romancero general.)

183.

JARIFE. — V.

(Anónimo.)

Al lado de Sarracina
 Jarife está en una zambra,
 Hablando en su amor primero,
 De que fué la secretaría.
 — ¿Sois vos, le dice la mora,
 Jarife aquel de Daraja,
 Aquel de fe templo, aquel
 Monstruo de perseverancia?
 Tres años ha, caballero,
 Que os llora por muerto España:
 Si muerto, ¿cómo en el mundo?
 Si vivo, ¿cómo sin alma?—
 El enamorado moro,
 Por satisfacer la dama,
 Ni en voz humilde ni altiva
 Así la lengua desata:
 — El hilo de nuestras vidas
 En mano está de las Parcas,
 Ellas le rompen y tuercen,
 Que fuerza de amor no basta.
 A cada cual su carrera
 De una vez se le señala;
 No hay mas alargar la corta,
 No hay mas acortar la larga.
 Si hubiera querido el cielo,
 Que para mas mal me guarda,
 Puerta han dado mis empresas
 A mas de un morir de fama:
 Mas de una vez el Maestre
 Midió conmigo su lanza;
 Mas de un golpe de los suyos
 Guarda por blason mi adarga.
 En la traicion de Muley,
 Y en la libertad de Zaida,
 Si no derramé la vida
 Fué culpa de mi desgracia;
 Aunque fué, si bien se mide,
 Cosa por razon guiada,
 Que no es justo pueda el hierro
 Lo que no puede la rabia.
 Vi triunfar á mi enemigo,
 De quien me venció sin armas,
 Yo el cuello puesto en cadenas,
 Y él su frente coronada:
 Vi adornados sus trofeos
 De mil laureles y palmas,
 Y el ave de Ticio fiera
 Cebarse de mis entrañas.
 ¡Entónçes, entónçes, muerte,
 A buena sason llegarás;
 Tuviera el sepulcro el cuerpo
 Do tuvo su cielo el alma!
 Muriera donde á lo ménos
 Supiera el mundo la causa,
 Donde mis placeres, donde

Murieron mis esperanzas.
 Mas si está ordenado arriba,
 Vivamos, pase esta farsa,
 Que quien hasta aquí ha sufrido
 Sufrir podrá lo que falta.—

(Romancero general.)

184.

JARIFE. — VI.

(Anónimo.)

En la vega está Jarife
 Mirando el famoso alcázar
 Que á Generalife sirve
 De fuerte, corona y guarda;
 Y al mismo tiempo que el sol
 Doraba la luz al alba,
 Y el rocío de sus ojos
 Deshizo el sol de Daraja,
 A cuyo fuego tambien
 Desató la lengua helada,
 Y descubrieron las quejas
 Detenidas en el alma.
 — ¡Bien he visto, dice el moro,
 Si las sospechas engañan,
 Pues han salido mas, ciertas,
 Que fuéron imaginadas!
 Por el primero favor
 Me diste una pluma, ingrata,
 Imágen del seco fruto
 De mi perdida esperanza:
 Pensé que el grande calor
 Del amor que me mostrabas,
 Fertilizara tu pecho,
 Tierra estéril, seca y tarda,
 Y que la palma me diera
 El dulce fruto temprana;
 ¡Pero quién siembra en arena
 Que coja viento y palabras!
 Llegose ya la ocasion
 En que pudieran mis ansias
 Hallar remedio en tu pecho,
 Y estaba en él tu mudanza;
 Pero como de mi mal
 No fuiste mas que la causa,
 Al apurar de la fe
 Se conoció que eras falsa.
 ¿Para qué finges, cruel,
 Imposibles y amenazas?
 Pero si amaras, supieras
 Que no las teme quien ama.
 Los mayores imposibles
 Amor deshace y allana,
 Porque es como el rayo fuerte
 Que lo mas fuerte quebranta.
 Como dos contrarios juntos
 Para vencer se señalan,
 Así amor en imposibles
 Su poder muestra y levanta.
 No te espantes si el desden
 Y el alma desengañada
 Pueden tanto, que me fuercen
 A que del tiempo me valga,
 Y que busque mi remedio
 Y procure mi venganza,
 Que un desden sana con otro,
 Si amor con amor se paga.
 ¡Por mucho que el fuego sea,
 Puede ser la nieve tanta
 Que venza lo ménos fuerte
 Con la calidad contraria!
 No te fies de los ojos
 Que cuando quieren me matan,
 Pues la fuerza de un disgusto
 La mayor paciencia acaba.
 A mujer que quiere bien
 ¿Qué impiden tías ni hermanas,
 Pues los muros y las torres

Suelen ser débiles cañas ?
 Amor que mira en respetos ,
 ¿ Por qué causa amor se llama ,
 Si al Amor le pintan ciego
 Porque no repara en nada ?
 ¿ Esas túbiezas y celos ,
 Recelos, dudas, palabras,
 No son efectos de amor.
 Que al amor nada le espanta !
 Sin quemarse, el vivo fuego ,
 Y á pié enjuto el agua pasa,
 Asperos montes camina
 Y al aire extiende sus alas.
 ¿ Quien pone duda en su gusto
 Mucho descubre del alma !
 Yo á lo ménos bien conozco
 Que no le tienes, Daraja.
 Si una vez se apaga el fuego ,
 No hayas miedo que renazca ,
 Que no he de ser como el Fénix ,
 Aunque he sido Salamandra.—
 Esto dijo, y suspirando
 Picó su yegua alazana ,
 Y entró en Granada furioso
 Por la puerta del Alhambra.

(Romancero general.)

185.

JARIFE. — VII.

(Anónimo.)

¿ No la reina de las aves
 Cuando se abate á la presa,
 No la flecha de Diana
 Sale del arco tan presta,
 Como parte de Jerez
 El nieto del gran Zulema !
 ¿ Bien se le parece al moro
 Que amor las alas le presta !
 La vuelta va de Toledo,
 Jurando no dar la vuelta
 Hasta allanar el alcázar
 De quien depende esta empresa
 Vele al pasar su Daraja,
 Y reconoce la yegua,
 No la empresa de la adarga,
 Que como olvidado es nueva.
 Lleva en lugar del ayunque
 Y del monte, aunque lo fuera,
 Un hacha verde encendida,
 Con otra amarilla y muerta.
 Sin letra va la divisa,
 Que es el alma de la empresa,
 Que mientras vive su alma
 No quiere empresa con ella.
 Verde toca, verdes plumas,
 Verde la manga, y cubierta
 De menudo aljofar, verde
 Borcegui, mochila y cuerda :
 Verde la aljuba que viste
 Llena de blancas estrellas,
 Y por los verdes extremos
 Se ve lo pajizo apénas.
 Conócele, y desconoce
 La dama, mira, arde y tiembla,
 Ni bien se atreve á llamarle,
 Ni bien de llamarle deja.
 En esto alzó el Bencerraje
 Con descuido la cabeza,
 Pudo ser que por miralla,
 Aunque le pesó de vella;
 Y como mas de cortés
 Que de obstinado se precia,
 Inclina tocado y lanza,
 Y recoge brazo y rienda.
 Ella con voz alterada
 Le dijo, viéndole cerca,
 Despues de algunos suspiros

Y alguna lluvia de perlas :
 — Jarife, ¿ para matarme
 Tan galán y tan apriesa ?
 ¿ Qué promete esa verdura ?
 ¿ Qué hacías quieren ser esas ?
 ¿ Es Zaida la verde y viva ,
 Y yo la amarilla y muerta ?
 ¿ O son hacías de sus bodas
 Que sirven á mis exequias ?
 Irás muy gallardo agora
 A la comenzada empresa ,
 Si no está cansado el cielo
 De sufrir mil insolencias.
 ¿ Piensas que por ser galán
 Y haberte puesto en la overa,
 Por ser de prueba el adarga
 Y la lanza algo mas gruesa ,
 Y por ser, como otras muchas,
 Esta jornada en mi ofensa,
 Puedes allanar los montes ,
 Y hacer de los valles sierras ?
 ¿ Camina, ingrato, camina !
 ¿ ¡ Pretende mujer por fuerza !
 Trabaja de romper solo
 Por tantas gradas y puertas !
 Que si de los justos cielos
 Algo puede la clemencia,
 Yo espero ver de tu cuerpo
 Cebadas aves y fieras ;
 Y el corazon que me diste,
 Y agora, traidor, me llevas,
 Pasado de tantas lanzas,
 Como de amorosas flechas.
 No siempre la ciega diosa
 Temeridades aprueba.
 Ni siempre cerrado el cielo
 Está de un triste á las quejas.—
 Esto dijo demudada,
 Y sin aguardar respuesta
 En confusion á Jarife,
 Y al mundo dejó en tinieblas.

(Códice del siglo XVII.)

186.

JARIFE. — VIII.

(Anónimo.)

— Fiel secretario Lisaro,
 El forastero Jarife,
 Sabiendo tus pretensiones,
 Por esta carta te pide,
 Que á la discreta Daraja
 No la rondes ni visites,
 Ni gozar de sus favores
 Procures ni solicites :
 Que no la escribas billetes,
 Porque si alguno la escribes,
 El alma que tengo en ella
 Lo ve luego, y me lo dice :
 Que es harto mejor que ocupes,
 En servir al Rey que sirves,
 La pluma, que no ocupalla
 En billetes mujeriles.
 Hanme dicho que procuras
 Con mil astucias y ardidés,
 Apartarme de sus ojos,
 Siendo una cosa imposible.
 Cansaste en balde, Lisaro,
 Si della quies dividirme,
 Que dos almas que son una
 Solo el morir las divide.
 Mil moros hay en Granada,
 Tan gallardos y gentiles,
 Que hurtan la hermosura á Apolo
 Y esfuero y valor á Alcides ;
 Y aunque algunos pretendieron
 Asistir en lo que asistes,
 Salióles al fin la suerte

De la color de los cisnes :
 Que este ceguezuelo amor ,
 Como es hecho de imposibles ,
 Lo que es fácil dificulta ,
 Facilita lo difícil.
 Yo he visto moras gallardas
 Despreciar moros sublimes ,
 Y despues poner su amor
 En un paje que las sirve ;
 Porque en gustos no hay disputa ,
 Ni en amor leyes que obliguen ,
 Ni en las mujeres razon
 Que su gusto las limite.
 Significote estas cosas ,
 Porque me han dicho que dices
 Mal de mí , y que de Daraja
 Te maravillas y ries ,
 Porque poniendo su amor
 En un forastero humilde ,
 Deja un secretario real
 Que la ciudad manda y rige.
 Humilde soy , y no en sangre ,
 Que si eres de los Cegries ,
 Yo soy de los Bencerrajes ,
 Y en desgracias parecíes .
 Siempre fueron envidiosos ,
 No es mucho que tú me envidies ,
 Que siempre damas nos quieren
 Y traidores nos persiguen !
 Tambien me certificaron
 Que entre las trazas que diste
 Para gozar de Daraja ,
 Desterrarme pretendiste .
 ¡ Preciándote de discreto
 Muy necia eleccion hiciste ,
 Porque mal , Lisaro amigo ,
 Un cuerpo sin alma vive !
 Daraja tiene mi alma ,
 La suya en mi pecho asiste ,
 Vivir sin mí es excusado ,
 Y yo sin ella imposible ;
 Y pues indicios has visto
 De ser esto verosimil ,
 Deja el alma de mi alma
 Y procura otra alma libre .
 Otras moras hallarás
 Que te sirvan y acaricien
 De voluntad , que el amor
 Nunca por fuerza se riñe .—
 Acabada esta razon
 Cerró la carta Jarife ,
 Y á Lisaro la envió
 Con un paje que le sirve .

(Romancero general.)

ROMANCES DE LISARO.

187.

LISARO. — I.

(Anónimo.)

Ya por el balcon de oriente
 Su rostro Apolo mostraba ,
 Las lágrimas enjugando
 Que vertió su dulce hermana :
 Por él la encogida rosa
 Las hojas tiende y ensancha ,
 Y Clície comienza el curso
 Que hace mirando su cara .
 En esta sazón Lisaro ,
 A quien fortuna contraria
 Hizo enemigo á la vida ,
 Y amigo á la muerte amarga ;
 Cuanto infelice gallardo ,
 En una yegua alazana
 Con tardo curso camina
 Por la vega de Granada .

T. X.

Mil veces la ciudad mira ,
 En agua los ojos baña ,
 Y procurando hablar
 Su voz un suspiro ataja ;
 Pero del dolor forzado
 Voz y suspiro acompaña ,
 Cansado de un dolor fiero
 Que ya con su vida acaba .
 — ¡ Zoraida , dice , que olvidas
 A quien muriendo te llama ,
 A mis antiguos servicios
 Pagaste al fin como ingrata !
 ¿ No soy yo quien pudo un tiempo
 Encender tu nieve helada ,
 Cuando decías : de Lisaro
 Ha de ser siempre Zoraida ?
 ¿ Cómo olvidaste esta fe ,
 Y á quien tanto te agradaba ,
 Condenas á daño eterno
 Nacido de tu mudanza ?
 ¡ Y tú , Rey , que has conocido
 El valor de aquesta espada ,
 Rayo que ofende y deshace
 A quien tus leyes no guarda ;
 Pues tal concierto ordenaste ,
 Poco mi vida te agrada ,
 Que mal admite concierto
 La division que tal causa !
 ¡ Dejárame que muriera
 Receloso de mi alma ,
 Y no me dieras la muerte
 Entre muertas esperanzas !
 ¡ Consintieras que Abenzaide
 Por ventura ó por ventaja ,
 Diera fin á aquesta vida
 Que me ofende sin Zoraida !—
 Esto dijo , y del turbante
 Una pluma verde arranca ,
 Y esparcela por el viento
 Que hasta el cielo la levanta .
 — Huye de mí , dijo el moro ,
 Que tu color no me agrada ,
 Pues tras un desden tan claro
 No habrá lugar de esperanza .—

(Romancero general.)

188.

LISARO. — II.

(Anónimo.)

Lisaro que fué en Granada
 Cabeza de los Cegries ,
 Mas gallardo en guerra y paz
 Que el mejor Almoralfé ,
 Salió de Alcalá de Henares
 Donde sirviendo reside
 El alcaldia famosa
 Que le dió su rey Jarife .
 No va cual suele á Toledo
 A jugar cañas , ni viste
 Morado alquicel de seda ,
 Ni dorado alfanje cñe .
 No siembra bonete azul
 De granates y amatistes ,
 Ni lleva listadas de oro
 Blancas tocas tunecies .
 Sale buscando furioso
 A su Zoraida , á quien sirve ,
 Y á su padre que la lleva ,
 Siguiendo á quien le persigue .
 Encerrarla quiere el moro
 Por sospechas que le oprimen ,
 Siendo tal , que puede al templo
 Llevar el agua del Tiber !
 Con estas ansias Lisaro
 Hace que su gente aplique
 Al color del corazon
 El vestido negro y triste .

Cuatro moros le acompañan,
 Todos de negro se visten :
 De negro son los jaeces,
 Y de luto los tahalies.
 En alfanjes y acicates
 Relumbran nuevos matices,
 Y negras las estribas,
 De Córdoba borceguies :
 Las lanzas de color negro,
 Los hierros la vista impideu,
 Hasta las blancas adargas
 Con bandas negras dividen.
 Yeguas negras andaluzas
 Que al viento los pasos miden,
 Solo los frenos son blancos
 Por la espuma que los tiñe.
 Lisaro, solo entre todos
 Un ramo de laurel ciñe
 A la toca del bonete,
 Entre los penachos tristes.
 En el camino se para,
 Aunque importa que camine
 Y mirando el ramo verde
 A sus esperanzas dice :
 —Solo en mi deseo pudo
 Ser poderoso y posible
 Nacer de esperanzas verdes
 La muerte que le marchite.
 En las manos de Zoraida,
 Alegre ramo, naciste,
 Con tan dichosos principios
 Que esperaba alegres fines;
 Mas en la flor de tu gloria
 Cuatro enemigos tuviste,
 Agua, fuego, nieve y viento,
 Que aun cortado te persiguen :
 Pero aunque voy á la muerte
 No he querido que te prive
 De que este mi luto veas
 Tú que mi esperanza fuiste,
 Para que en mi sepultura
 El que te viere imagine,
 Que el dueño de tanto bien
 Vivo muere, y muerto vive.—
 Tales quejas dice el moro,
 Cual suele en su muerte el cisne,
 Cuando amor muestra á Zoraida,
 Que tiene vista de lince.
 Lisaro avisa á su gente,
 Hace que las yeguas piquen,
 Y los caballos contrarios
 Que alborotados relinchen.
 Pónense á la defensa;
 Pero de poco les sirve,
 Porque al fin vuelve á Alcalá
 Con su esposa alegre y libre.

(Romancero general.)

Hace alusión á las vestales.

ROMANCE DE MOHACEN.

189.

MOHACEN.

(Anónimo.)

Antes que el sol su luz muestre
 La suya Venus nos muestra,
 Anunciador cierto y claro
 De la Aurora y su luz bella,
 A tal hora, que en Granada
 Gran alboroto se suena
 De atambores y clarines,
 De añafles y trompetas,
 Que hacen de la gente alarde,
 Y tocan á la reseña.
 Quiere el Rey salir á vello,

Y con sus damas la Reina;
 Y luego como el sol sale,
 Salen moros á la vega,
 Los mas bravos y galanes
 Que empuñan lanza ó gineta,
 Vestidos y aderezados
 Al fin, como para muestra.
 Los que en solo guerra tratan
 Llevan adornos de guerra,
 Los que son enamorados
 Llevan divisas y empresas.
 Un gran mirador se hizo
 Para que los reyes vean
 Despues pasar las cuadrillas,
 Y escaramuzar los dellas.
 Ya vienen, y van pasando
 De cinco en cinco en hilera
 Los de Ubeda y Andújar,
 Los de Córdoba y Baeza,
 De Málaga y de Jaen,
 De Ecija y de Lucena,
 De Velez y de Molina,
 De Jerez de la Frontera.
 Entre todos se señala
 Mohacen el de Antequera,
 En su caballo picazo,
 Con marlota blanca y negra;
 Negro y blanco el capellar,
 Cabezadas y estribas;
 Negras y blancas las plumas,
 Las borlas y la bandera;
 De negro toda la adarga,
 Y de plata mil estrellas :
 Un cendal negro en el brazo,
 Y el blanco brazo de fuera,
 Y en la muñeca una ajorca
 Que le dió de su muñeca
 Celinda, de perlas y oro,
 Linda, mas que el oro y perlas.
 Va tan lozano y gallardo
 Que apenas toca la tierra ;
 Lleva los ojos á todos,
 Y á todos el alma lleva,
 Y á quien le rinde la suya
 Baja el moro la cabeza,
 Y vióla mas bella y clara,
 Que la aurora clara y bella
 Diferenciándose á todas,
 Como la flor á las yerbas.
 Mohacen la miró alegre,
 Y ella le miró risueña ;
 Habláronse con los ojos,
 Que son de las almas lenguas.
 En esto se pasó el moro,
 Y ella traspasada queda,
 Con la mano en la mejilla,
 Contemplativa y suspensa;
 Y dijo, considerando
 Del moro la gentileza :
 —Alá, Mohacen, te guarde,
 Mahoma te favorezca,
 Y en guerra ó en paz que trates,
 Próspero fin te suceda :
 Respétente los amigos,
 Los enemigos te teman,
 Las banderas de sus manos
 Debajo tus piés las veas :
 Sea tu lanza de diamante,
 Las tuyas sean de cera,
 Porque los hieras y mates,
 Y no te maten ni hieran.
 Las damas, entre galanes,
 Por el mas galán te tengan,
 Y en las fiestas y en las cañas
 Mas que todos bien parezcas,
 Y las damas que quisieres
 Mucho mas que á sí te quieran.
 Nunca entre en su pecho olvido,
 Ni en el tuyo entre sospecha :

Si competidor tuvieres,
A ti solo favorezca,
Y si con ella casares
No te engañe ni te mienta,
Y tal gusto en ella halles
Que á todas dejes por ella:
Tengas desengaño en celos,
Y sufrimiento en ausencia:
Levántete la fortuna,
Y fije el clavo en su rueda. —
Nunca Celinda acabara
Mas la escaramuza empieza,
Y vió ir su moro delante.
Porque á todos atras deja;
Y así trabada entre todos
Duró gran rato la fiesta,
Y volviéronse á Granada,
Donde otra fiesta se ordena.

(Romancero general.)

ROMANCES DE MANILORO.

190.

MANILORO. — I.

(Anónimo.)

En la mas terrible noche
Que envió la tierra al cielo
De viento y oscuridad,
Soledad, frío y silencio;
Cuando todos se recrean
En blandos y dulces lechos,
Deja Maniloro á Ronda,
Bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
Y el suelo tiembla de miedo,
Porque conoce sus furias
Y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
Maldice la fiesta y juego
Donde vió la desventura
Que recelaba su pecho.
Cuanto llevaba vestido
Publicaba su tormento,
Con recelosas medallas
Y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
Y escrito en un jaez negro:
«Vaya, quien supo mudarse
»Fuera de mi firme pecho».
Con una marlota azul
De esperanza y cautiverio,
Llevaba unos eslabones,
Y este mote puesto en medio:
«Cautivó mis esperanzas
»Un moro, no caballero,
»Que si caballero fuera,
»No fuera mi mal tan fiero».
En un capellar pajizo
Llevaba de azules veros¹
Una cenefa vistosa,
Y este mote en medio puesto:
«Veros me dió nueva vida,
»Y fuera vida no veros;
»Pues de veros vi mis veras
»Vueltas en burlas y juegos».
Un bonete de brocado
Sembrado de camafeos,
Y por plumas dos espigas,
Y un pájaro en medio puesto,
Y dice la letra así:
«Granó sin sazón ni tiempo,
»Y el pájaro mas cercano
»La comió por ser primero»;
Y por medalla un delfín,
Torcida la cola al cuello,
Con una letra que dice:

«Del-fin me quedó el deseo»:
Un borcegui turquesado
De dorados sellos lleno,
Y en cada sello dos caras,
De donde nació su duelo;
Y en medio de un ancho mar
Una ballena buendo,
Y por letra: «Mi esperanza
»Va llena de descontento».
A los cabos de la adarga
Llevaba los cuatro vientos,
Con una letra que dice:
«El menor pidiera de ellos».
Al lado de la capilla
Llevaba en el hombro izquierdo
Pintado un blanco unicornio,
Y escrito en medio del cuerno:
«Uno solo puede dar
»A mil mundos descontento».
Y el que mas de uno sufriese
»Sufrirá carga de ciento».
Entre cansadas divisas
Iba bramando y muriendo,
Y entre rabiosos suspiros
Hablando consigo mismo:
—¡Mal haya el hombre que fia
De mujer y sus contentos,
Pues sabe que sus dulzuras
Son ponzoñosos venenos!
A un agravio tan notable
Mi brazo pondrá remedio,
Con revolcarme en la sangre
Del que oscureció mi cielo.
Pero no tiene él la culpa,
Porque va tras su deseo,
Sino tú, que le creiste
Sus ténuras y requiebros.
¡Mal se sirven dos señores,
Que es carga de grave peso,
Y el bien mas alto se pierde
Cuando lleva mas de un dueño!
Mas ten por cierto, Zoraida,
Que estás ya muerta en mi pecho,
Que mora que quiso á dos
Podrá querer á trescientos. —

(Romancero general.)

¹ Especie de campanitas de plata y azul, de las que se usan en el blason, parecidas á la flor llamada *sombrerillo*.

191.

MANILORO. — II.

(Anónimo.)

En un alegre jardín
Que un ancho estanque cercaba,
Donde no se puede entrar
Sin fuerza de remo y barca,
Cuyas cercas de alabastro
Con barandillas doradas
Ha tejido el arrayan
Naranjas, cedros y parras;
A sombra de unos jardines,
Recostada entre unas matas
De claveles y alelías
Y de violetas doradas,
Gozando del dulce sitio
Que está brotando esperanzas,
Está la bella Celinda
Rendida de ausentes ansias.
Como fué su mal con yerba,
Entre las yerbas descansa,
Pensando que yerbas pueden
Sanar heridas del alma.
Una gloria la entretiene,
Y esta gloria es la palabra
Del alcaide Maniloro,
Alcaide y rey de su alma.

Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galán en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Manilero amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galán
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El día del Santo espera¹,
A quien la gente villana
Celebra la noche y día
Con escaramuza y zambra.
Para este día la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive
De esperar desesperada,
Que la esperanza mas corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse
Abrió una dorada caja,
A donde tenía dos prendas
De la prenda que mas ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada;
— De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mi celos
Mientras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor mas que esto manda.—
Una toca es la otra prenda,
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia.
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpión
Que con su aceite descansa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
— Sin mas tormento de toca²
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

(Romancero general.)

¹ El día de San Juan Bautista.

² Alude á un instrumento que servía para atormentar á los reos.

ROMANCES DE AZARQUE EL DE OCAÑA.

192.

AZARQUE DE OCAÑA. — I.

(Anónimo¹.)

El rey Marruecos un día
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba como los rayos

Del sol hacían en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salían
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámbar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba.
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,
Que sujeta la tenía
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamás me será voltaria,
» Quien se teme de la vuelta
» De tan hermosa contraria?»
Abenámbar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Mas merece quien me manda»
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazón tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
«No se teme la mudanza
» En los que en igual padecen,
» Y se pagan con dos almas»
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey, que deje la saña.
No fué mucho menester
Y a la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa.
Con admiración de todos,
Viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Y otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,

El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenamar
En lugar de meter paz
Metieron mayor cizaña :
Hicieron con Azarque,
Y son muchos de su banda :
El Rey, que sólo se vió,
Procuró dejar las armas :
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas :
Y volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fué á su Ocaña.

(Romancero general.)

* Este romance y los que le siguen, hasta el del núm. 215 inclusive, se refieren á una época anterior á la reconquista de Andalucía.

195.

AZARQUE DE OCAÑA. — II.

(Anónimo.)

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La mas ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradies,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bazarria y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla :
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice :
«A todo el mundo avasalla.»
Los Audallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas,
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido.
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice :
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que mas estos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice :
«Este, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona :
«No osará nadie miralla.»

Luego vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes mas que todos,
Con las marlotas de gualdas
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodía llegaba :
La letra que lleva dice :
«Disparate es comparalla.»
Cuando ella le vido entrar
De su asiento se levanta ;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita :
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey
Con los caballeros habla :
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luego la fiesta se vuelve
En una fiera batalla ;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

(Romancero general.)

194.

AZARQUE DE OCAÑA. — III.

(Anónimo.)

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas traían
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra : «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas,
Llenas de blancos foliajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almazares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston
En que dice : «Fuerzas valen.»

Los ocho Azarques siguieron
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que a sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo a Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bobordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni a do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira
De mitad del vulgo sale
Un gritar: —Alá te guie;—
Y del Rey, un —muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocialle
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó: —Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y lijeros
A prender al moro salen;
«Que no hay quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistían,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Riñan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácese los corrillos,
Y su motín se deshace:
«Que no hay quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcón quería
Para librarle arrojarle:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: —Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo a entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: —Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prisión

La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros días
Te llamaban los Alarbes
Venganza de aleves pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese mas
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
» Contra la voluntad de un Rey amante.»

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

495.

AZARQUE DE OCAÑA. — IV.

(Anónimo.)

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que cñe,
Do tiene en la guarnición
Cintas de aquella que sirve,
De no volver a Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
—; Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿quién te escribe?
¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo
Hechas de ámbar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
» Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin ti muriendo me vine;
A mí me abrazan los celos,
Y él tu abrazos recibe.
Contrástele por baldón,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices
Que tan infame hazeja
De tu valor no imagine,
Y que tu esquivas arrogancia
Y tu condición terrible.
Apénas la vencen reyes,
Cuanto mas hombres humildes;
Porque la madre de amor
Cuando se holgaba allá en Chipre,

Si tu consejo tomara
No la infamaran ruines.
¡El tiempo lo trueca todo!
Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves!—

(Romancero general.)

196.

AZARQUE DE OCAÑA. — V.

(Anónimo.)

El eco de las razones

Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y mas cuando el corazon
Sirve de espia doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasion
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;
Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice envuelta en mil congojas
Mil amorosas palabras:
—Bien sé, Azarque, que dirás
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa:
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Sino es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasion causa.
pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si seria forzoso
Partirse sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te di
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito
Con una ingrata mudanza;
¿Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazon y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídotte, Azarque, que hagas
Prueba de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para mas desengaño
Te he de labrar una manga

De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
»Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala;
Porque entendió que venia
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

(Romancero general.)

197.

AZARQUE DE OCAÑA. — VI.

(Anónimo.)

Azarque vive en Ocaña
Desterrado de Toledo,
Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
— Por alzarle con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedi corona y cetro;
Que de un abuelo traídor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genizaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos míos,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey
Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mi
Para echarle de sus reinos.—

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

198.

AZARQUE DE OCAÑA. — VII.

(Anónimo.)

Azarque, indignado y fiero
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,

Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celoso las desbarata.
De Celindaya se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenamar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:
«Si como damasco vistes,
»Vistes jacerina y malla;
»Si al campo vas tan furioso,
»Como galán á las zambras;
»Si como al blando Cupido
»Al terrible Marte trañas;
»Si escaramuzas de véras,
»Como de burlas te ensayas,
»Mañana á las diez del día
»Quiero verlo en la campaña.
»¡Y agrádéclo, Albayaldos,
»Que vives hasta mañana!
»Salga Zulema contigo,
»Que pues los dos á mi dama
»La engañasteis por el Rey,
»De los dos quiero venganza:
»Y aun de él tomalla pretendo
»Porque el ardor de mi saña
»Irà envuelto en mis suspiros
»A poner fuego en su alcázar.
»Mil promesas la hicisteis,
»Y despues mil amenazas;
»Dulces ofertas tras esto,
»Y despues fuerza tirana.
»Mil halagos y dulzuras,
»Engaños y quejas falsas;
»Y engaños y quejas viles
»Vengaré sin mas palabras.
»Caballeros sois vosotros?
»No sois sino vil canalla,
»Pues por afrentosos medios
»Procurais vuestra privanza.
»¿Qué agravio mi alma os hizo
»Que agraviais así mi alma?
»La mora que estaba en ella
»Tanto os costaba dejarla?
»Si fuerza de amores vuestros
»A perseguirla os forzara,
»Yo que sé que es fuerza amor,
»Yo sé que os la perdonara;
»Pero por ser tercera
»De fementidas entrañas,
»Me pagarán vuestras vidas
»La muerte de mi esperanza.
»Ay mora fácil, ay mora!
»Y como en doradas cuadras
»Y bien trazados jardines
»Mil traidores te regalan!
»Ay que presto te vencieron!
»¿Qué presto los gustos pasan!
»¿Qué poco vale la fe,
»Si quien la dió no la guarda!
»¿Cuánto mejor le estuviera
»A mi dicha y á tu fama
»Ser nuevo ejemplo de amor
»A la morisma de España!
»¿Qué bien pareciera en tí
»Despreciar promesas falsas!
»Y qué bien manchar tu lecho
»Con muerte, y no con infamia,
»Si te quitaran la vida,

»Y el honor no te quitarán!
»¿Mas qué dije? Vive, amiga,
»Sin honor y con mudanza,
»Verás que guarda mi pecho,
»Con mil agravios de guarda,
»Las cenizas de tu olvido,
»Y de mi querer las brasas.
»Verás trocadas las suertes,
»Yo quejoso y tú olvidada:
»Tú finalmente mujer,
»Hombre yo, que el nombre basta.
»Con esto firmó su reto.
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envía,
Y él se apercibe á batalla.

(Romancero general. — lt. Flor de varios y nuevo.
Romances, 1.ª parte.)

199.

AZARQUE DE OCAÑA. — VIII.

(Anónimo.)

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apenas la hubo leído
Cuando á buscallo se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque,
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos.
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado mas pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petros, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas le envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.

A las diez del día dices
Que contra mí al campo sales :
¡Pésame porque me alargas
Tanto el plazo de matarte !
Pero no verás el día
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravio
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases ;
Mas palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

(Romancero general.)

200.

AZARQUE DE OCAÑA. — IX.

(Anónimo.)

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traían;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los ginetes que el moro
Tenía y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa :
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo : — Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla :
— La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien cño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo mas eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamás osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tuñeran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta !
¿ No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia ?

¿ A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya ?
¿ A las vuestras no muriera
Sin pregones mas honrada ?
¿ Cómo es que no me entendeis ?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y alregonero avisaban
Gritase : « Esta es la justicia
« Que nuestro Rey hacer manda
« Al moro Azarque, traidor
« Contra su corona sacra ».
— ¡ Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma ? —
Por hacer lisonja al Rey,
¿ Tanto puede una mudanza !
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡ Oh firmezas femeniles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros,
Y á batir vuestras murallas !
Viola Azarque, y al sargento
Dijo : — Solas dos palabras
Tengo yo que hablar aquí ;
No me niegues esta gracia.
— Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgaráse de escuchallas.
— En mi prision, dijo el moro
Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres varias.
Dóblalo tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas :
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada :
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad del asta,
En la cual iba esta letra :
« Otra para el Rey se guarda.
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja ;
Y fué tan grande el ruido
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey :
— Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á ti se vuelvan sus armas.—
Porfia el Rey en que muera ;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza ;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Ollas se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

(Romancero general.)

ROMANCE DE ALBENZAIDE.

201.

ALBENZAIDE.

(Anónimo.)

Con amarillas divisas,
 Azar de fortuna avara,
 Y desesperada empresa
 De ausencia desesperada;
 Descubiertas sus pasiones,
 Y al brazo izquierdo la adarga,
 Y en ella de Amor y Marte
 Una reñida batalla,
 Que sobre partir un moro
 Dudosamente se traba;
 Pero llevan por despojos,
 Marte el cuerpo, Amor el alma,
 Y por divisa esta letra:
 «Sepa aquesto Galiana.»
 Por la deleitosa vega,
 Del rey de Toledo Audalla,
 Por cuyos llanos extiende
 Tajo sus ondas doradas,
 Albenzaide, capitán,
 Vencedor famoso en armas,
 Y solo de sí vencido
 Porque el alma es tributaria;
 Junto á los palacios ricos
 De aquella mora gallarda,
 Que ha Galiana por nombre,
 Y es de amor belleza y gala,
 Haciendo penoso alarde
 De los tormentos que pasa,
 En una alazana yegua
 Pasea la vega llana.
 A tomar va la licencia
 Y bendición de su dama,
 Que el Rey le envía al socorro
 De su deudo el de Granada,
 Que le tiene en gran aprieto
 El de la mano horadada¹.
 Mándale luego partir;
 Mas dice Amor que no parta;
 Que suele hacer en amores
 La ausencia burlas pesadas,
 Y por madrastra la siente
 Quien mejor de ausencia escapa;
 Pero todo lo atropella
 Temor de cobarde fama,
 Y la honra le hace fuerza,
 Que ya es honra la desgracia.
 Ve á su Galiana puesta
 Albenzaide á la ventana,
 Cogiendo el delgado viento
 Que ondea en las frescas aguas.
 Salúdanse con los ojos,
 Y encuéntranse con las almas:
 Hácela el moro mesura,
 Y Galiana se la paga.
 El mirar sirve de lengua,
 Que la lengua está vedada,
 Y aunque el moro hablar quisiera,
 La plática amor baraja;
 Que en sus pasiones no hay vado
 Y anéganse las palabras,
 Y así mueren en su pecho
 Mil razones mal logradas;
 Mas ya de esta despedida
 Hizo el oficio una carta,
 Y un lastimoso papel
 Que dió el moro á su criada,
 Que está puesta en el balcón,
 Que al lado tiene la casa.
 Llegase Albenzaide á ella,
 Y el adarga en alto alza:
 Muéstrole la empresa y mote,

Y con lágrimas la encarga
 Que pues la partida sabe,
 Sepa aquesto Galiana.
 La mora se lo promete,
 Y también ser su abogada,
 Y agradecido de aquesto
 Aquel capitán de ansias
 Hacia Toledo se vuelve,
 Vuelve á su bien las espaldas,
 Y vueltas, la vega mira
 Do sus pensamientos pasa.
 Maldiciendo va de hounra
 La obligación y las cargas:
 De tener cargas se queja,
 De ser capitán se agravia,
 Pues por el sueldo de un Rey
 Pierde el de su esperanza.

(Romancero general.)

¹ Este romance parece referirse á la época de Alfonso el vi.

ROMANCES DE SARRACINO Y GALIANA.

202.

SARRACINO Y GALIANA. — I.

(Anónimo.)

Galiana está en Toledo
 Labrando una rica manga¹
 Para el fuerte Sarracino
 Que por ella juega cañas.
 Matizaba por divisa,
 Con seda amarilla y parda,
 Empresa que lleva el moro
 En el campo de la adarga,
 Una flecha de Cupido,
 Que en un pedernal tocaba,
 Sacando muchas centellas,
 Y por letra: «Pocas bastan.»
 Estaba á su lado izquierdo
 Una cautiva cristiana,
 Llorando memorias vivas
 Entre muertas esperanzas:
 Galiana la pregunta
 Del llanto la triste causa,
 Y los ojos en la flecha
 La responde: — Pocas bastan.—
 Libertad tuve algun día;
 Mas fué libertad de dama,
 Pedernal algunas veces,
 Y otras veces cera blanda.
 En este tiempo que digo,
 Me quiso mas que á su alma,
 Un cristiano caballero
 De los de la cruz de grana:
 Hiceme sorda á sus quejas;
 Mas fué su porfía tanta,
 Que vino á sacar centellas
 De una piedra dura, helada.
 Apenas le quise bien
 Cuando fortuna voltaria
 Hizo que la muerte dura
 Probase en él su guadaña.
 Murió por ser cosa mía
 Entre mil moriscas lanzas,
 Quedando yo prisionera
 De tu pariente Abenámbar.
 En mi alma el monumento
 De sus cenizas se guarda,
 Y la memoria importuna
 De cenizas fuego saca.
 Así te dé Dios ventura,
 Señora, en eso que labras,
 Que mires por tus deseos,
 Que son traidores de casa,
 Y que dejes que mi llanto
 Apriese del pecho salga,

Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho que llorar me falta.—

(*Romancero general*.—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

* Sobre el asunto de estos romances hay una comedia de Don Alvaro Cubillo, intitulada, *El Buen Término de Amor*, y *Manga de Sarracino*.

203.

SARRACINO Y GALIANA.—II.

(*Anónimo*.)

En el cuarto de Comares,
La hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza,
Labraba una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas:
La manga es de tal valor,
Que precio no se le hallaba.
De alfojar y perlas finas
La manga iba esmaltada
Con muchos recamos de oro,
Y lazos finos de plata;
De esmeraldas y rubies,
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama:
La tiene en el corazón,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho mas le ama.
Sarracino lo merece,
Por ser de linaje y fama,
Y no lo hay de mas esfuerzo
En el reino de Granada.
Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece a Galiana,
Que era la mora mas bella
Que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino,
Que ella dél se enamorara,
Y por los amores dél
Dejara los de Abenamar.
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambras,
Porque entiende el Rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana,
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries*, etc.)

204.

SARRACINO Y GALIANA.—III.

(*Anónimo*.)

Aquel firme y fuerte moro,
En defensa de su patria,
Y bravo y fiero leon
Contra la nacion cristiana;
El que dió tantos asaltos,
Y escaló tantas murallas;
Al que teme todo el mundo.
Por su fuerte brazo y lanza;
El que las mezquitas pobres
Tiene ricas, y adornadas
De victoriosos trofeos,
Memoria de sus bazañas,
Y el que enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,

Y el mas que todos querido,
Y servido de las damas,
Y á quien le dan sus favores
En los saraos y zambras,
Y á quien todas le presentan
Para los juegos de cañas,
Ricas mangas y almaiçares,
Y divisa de su adarga,
Y el mas bien quisto en la corte
De Almanzor, rey de Granada;
Es el fuerte Sarracino,
Que estando malo en la cama,
A su cabecera tiene
La flor de belleza y gala,
Que es una graciosa mora,
Que Celia ó cielo se llama;
Que mas el nombre de cielo
Que no el de Celia le cuadra,
A quien tiene el dios Cupido
Cuenta de pagarle parias,
Y así su mal es ninguno,
Pues con tanto bien se paga;
Y todos juzgan por gloria
El mal que en la cama pasa,
Y aquel que mas salud tiene
Trocara de buena gana
Con su larga enfermedad
Aunque nunca se acabara:
Pero á él no le satisface,
Ni para alegrarle basta,
Y es porque el moro estaba ausente
De su hermosa Galiana,
Y con suspiros le dice:
—¡Gloria y amor de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Dulce bien, dulce esperanza
Del corazón que te adora,
Y que tú propia traspasas?
Muy presto será mi muerte,
Si tú en visitarme tardas:
No hagas hechos de fiera,
Pues tienes de ángel la cara,
Pues tú con tu hermosa vista
Resucitas á quien matas.—
Y en esto diciendo, el moro
Pide con mortales ansias
Que le den tinta y papel
Para escribirle una carta.

(*Romancero general*.)

ROMANCES DE ZAIDA LA DE TOLEDO.

205.

ZAIDA DE TOLEDO.—I.

(*Anónimo*.)

Por las riberas del Tajo,
Donde mas su curso extiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerraje gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor que dar puede,
En un overo que al viento
En la lijereza escude,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerraje,
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve

Como una liviana caña
Que lijera el aire hiende.
— Oh cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquieles
A mí y á un moro traidor
Trocara en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve
A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á solo tu gusto atiende?
Yo jamas he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mia:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamas, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me dén afrentosa muerte,
Y que del todo olvidada
De saberla no te pese.
Si la fe que te he jurado,
Mora mia, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaracion pruebe.
Pues va sembrada sobre aguas,
Cual ves, de pequeños peces,
Que jamas sonido alguno
Con la lengua formar pueden;
Y si no fuere mas mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene;
Que á no estar él de por medio
No tirara caña leve,
Sino lanza que pasara
El pecho de quien me ofende.—

(Romancero general.)

206.

ZAIDA DE TOLEDO. — II.

(Anónimo.)

En un dorado balcón,
Cuya fuerte y alta casa,
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus aguas,
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerraje á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerraje que aguarda.
De lejos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado mas cerca
Le entristece y desengaña.
— Ay mi Bencerraje, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa

Fuiste el mas triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas:
Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues vi de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno, el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama. —
Dice, y vió que el Bencerraje,
Gallardo á su puerta llama,
Y lijera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

(Romancero general.)

207.

ZAIDA DE TOLEDO. — III.

(Anónimo.)

El Bencerraje que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por mas que la ausencia triste
Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro,
Cuando mas su pasion crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere;
Mas quien gozó alegre estado
Cual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque aun en esto procura
Su mucha pasion se muestre.
Llegado el moro al balcón,
Donde á su dama ver suele
Viéndose tan lejos de ella
Nuevo dolor le entenece.
— ¡Ay balcones venturosos
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde caseria
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡oh Zaida!
Trocado hubiera por verte
Esta ciudad, y mi casa
Por solo un pajizo alberque,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,

Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mandasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte,
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre.—
Esto dijo el Bencerraje,
Y amor que le favorece,
En céfiro se trasforma
Que blando sus plumas mueve:
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte,
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y ligero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Violo, y satisfecho el moro,
Dijo: —Así es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza
Parte de mi luto lleves.—

(Romancero general.)

ROMANCES DE BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

208.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — I.

(Anónimo.)

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadálara,
Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un martes por la mañana.
Alegre amanece el día,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan;
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la Reina con ser Reina
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;
Mas muchas se van con él
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,

Lleva una Muerte partida
Que juntarse procuraba,
Con un letrero que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantándose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadálara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadálara,
Pues es mártir, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

209.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — II.

(Anónimo.)

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,
Y que Bravonel pedia
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadálara.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadálara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y también en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde,
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ansias,
Traía en un cielo azul
Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Záfir por Adalifa,
Un tiempo su apasionada
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa.
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«Tal me puso una mudanza!»
Guadálara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar

De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras...
Si, lo supe; celos fueron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

210.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — III.

(Anónimo.)

Después que en el mártir triste
Mostro alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadálara.
No quiere ver ni ser vista
Después que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría,
Y principio de sus ansias
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decía:
« ¡Todas son para el que calla! »
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,
Y con ausencia tan larga
Está cierta de que quiere,
Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la cansan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban.
Dobla el llanto porque el Rey
Mandó á los guarda-damas,
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadálara,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendría á ser
Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena,
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena
Una alta peña labraba.
Desde donde nace un río
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
« Muy mayor es Guadálara. »
Con esto pasa la vida
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel
Que es de sus penas la causa.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

211.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — IV.

(Anónimo.)

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas hondas Ebro
Parecía que llamaba
A la esquina de un jardín,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
— ¡Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,
Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevadas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosias
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ansias
De este capitán de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadálara,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras...
Mal he dicho: no las vea
Que me corro de llorarlas;
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama;
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas.
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus ginetes,
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida Muerte
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponía,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en árabe una letra:
« Para la vuelta de Francia. »
Alegro se Bravonel,
Y en un overo cabalga,
Diciendo: — ¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga! —

(Romancero general. — It. Flor de varios y nue-
vos Romances, 1.ª parte.)

212.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — V.

(Anónimo.)

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celin Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío

Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luego despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así aunque es moro gallardo
Desiste de la demanda,
Mas no de rendir continuo
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
E impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo
Y espera, traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato, y le habla,
Dice —¡Trasunto de aquella
Mora, que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambra!—
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva, cuanto dama.

(Romancero general.— It. Flor de varios y nuevos
Romances, 5.ª parte.)

215.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VI.

(Anónimo.)

A las sombras de un laurel
Junto de una fuente clara,
Do vertía sus cristales
En una negra pizarra;
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardín do tenía
El rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadálara,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En árábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya:
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma.
El río, contra costumbre,
Y las aguas luego paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas y descansa:

— ¡Amadas ondas, les dice,
Del corazón y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubris á la clara,
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra.
¿Decirme que quedó triste?
¡Mas triste quedó mi alma,
Pues de día no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el martes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba! —
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas.
Y viendo en tierra un papel
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el río Guadálara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

(Romancero general.)

214.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VII.

(Anónimo.)

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra,
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcón,
Hecho de verjas de plata,
Solo por los ojos negros
Reconoce á Guadálara;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadálara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

(Romancero general.)

ROMANCE DE HOMAR, LUSITANO.

215.

HOMAR LUSITANO.

(Anónimo.)

El gallardo moro Homar
Que en Africa residía,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones,

Puesto que amaba y servia
 Con vida, hacienda y persona
 A la bella mora Ziza,
 A quien el incauto moro
 Muy muchas veces decia,
 Que allá en la fuente de Almeida
 Vaya para hablarle un día.
 A esto responde la mora:
 —¡Ay Homar de mi alma y vida!
 ;Cómo me mandas que vaya
 A ser dos veces cautiva,
 Una de ti, y luego otra
 De ese capitán de Arcilla,
 A quien no se escapa moro,
 Ni mora que no cautiva,
 Porque es Marte en el valor
 Y Ulises en maestrias! —
 La mora cumple su ruego
 Despues de larga porfia;
 Pero aun no hubo bien llegado
 Do su muerte está vecina,
 Cuando salió el lusitano
 De do emboscado yacia,
 Y cautivando la mora,
 Se va la vuelta de Arcilla.
 El sarraceno que vió
 Cautivo el bien de su vida,
 Al capitán humillado
 Con humilde voz decia:
 —Suplicote, si algun tiempo
 Tuviste en amor desdicha,
 Permisas que pueda hablar
 Con la que llevas cautiva.—
 Concedida la licencia,
 El moro así habla á Ziza:
 —Yo te juro, dulce esposa,
 Por Pluton y Proserpina,
 De librarte, ó morir antes
 De media luna cumplida.—
 La mora triste y llorosa
 Al gallardo moro mira,
 Diciéndole: —Ya es tarde
 Para seguir tu porfia,
 Y pues tan tarde viniste,
 Vuelve, moro, á tu alcáidia,
 Y procura guardar
 Mejor que guardaste á Ziza.—
 Corrido y avergonzado
 El moro se alzó en la silla,
 Y cubierto de su adarga
 Arremete en balde, aprisa,
 Contra la segura gente,
 Mas allí perdió la vida.
 La desconsolada mora
 Junto del cuerpo tendida
 De su mal logrado amante,
 Con triste canto decia:
 —Rompa mi blanco pecho
 Este puñal agudo,
 Pues mi desdicha pudo
 Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
 Es bien que le acompañe
 En triste sepultura,
 El mío sin ventura,
 Y que la tierra con mi sangre bañe.
 Sirva de aviso eterno
 Este mi triste amor y desvario,
 Que si será, y yo fio,
 Mientras hubiere estío y frío invierno.
 Arranquen mis entrañas
 Las aves carniceras,
 También las bestias fieras
 Naturales y extrañas,
 Quedando solo el nombre
 De los dos que murieron;
 Porque bien se quisieron
 Dignos de eterna fama y de renombre.—
 Pesaroso el capitán
 Por ver la presa perdida,

Se recogió con su gente
 Para su fuerza de Arcilla.
 Y porque en memoria fuese
 Puso en mármol esculpida
 Esta lamentable historia
 Del moro Homar y de Ziza.

(Romancero general.)

ROMANCE DE MOSTAFA.

216.

MOSTAFÁ.

(Anónimo.)

Sembrados de medias lunas
 Capellar, marlota y manga,
 Y de perlas el bonete,
 Con plumas verdes y blancas,
 El gallardo Mostafá
 Se parte rompiendo el alba,
 A donde la armada fuerte
 De su Rey le espera y llama;
 »Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »Añafles, sacabuches,
 »Le hacen la seña y la salva.»
 Cabalga el bizarro turco
 A la brida y la bastarda
 En un caballo mas blanco
 Que la blanca nieve helada.
 Lijero, brioso y fuerte,
 Con unas efes por marcas;
 Que hasta en el caballo quiere
 Mostrar su fe limpia y casta.
 Pártese el bizarro turco
 A la conquista de Malta,
 Y á otra mayor conquista
 Que tiene en su pecho y alma;
 »Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »En voz formada le dicen:
 »General, embarca, embarca.»
 Responde el amor por él:
 —¿A dó, fortuna, me llamas?
 ¿Quieres te busque en el mar,
 Pues en la tierra me faltas?
 ¿Piensas que de la mar pueden
 La multitud de las aguas
 Aplacar la mayor parte
 De este fuego que me abrasa?—
 Y con este sentimiento
 Por delante el balcón pasa,
 A do le amaneca el día
 A la noche de sus ansias;
 Y reparándose todas,
 Viendo presente la causa,
 Dispuesta á darle favores,
 Que ya de desden se cansa:
 —Hermosa Zaida, la dice,
 Si mi presencia te enfada,
 Dame una prenda á tu gusto
 Con la licencia que parta.—
 —De tu partida me pesa,
 Le responde, pero basta
 Con que lleves esta prenda,
 De aquestas manos labrada.—
 En los estribos el moro,
 Del capellar en la manga
 Las dulces prendas recoge
 De la que le prende y mata.
 Descubre un lienzo labrado
 De oro fino y seda parda,
 Con la rueda de fortuna
 A lo vivo dibujada:
 »Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »En voz formada le dicen:
 »General, embarca, embarca.»

—No tan aprisa, enemigos;
 Dejádme gozar la palma,
 Que mis deseos encumbra
 Y mis razones ensalza;
 Y porque á la cumbre suba,
 Tan solo, mi Zaida falta;
 Que quieras tú dar la mano
 A quien das mano y palabra.
 —Conténtate por agora,
 Dice la bella sultana,
 Que el tiempo lo cura todo,
 Y como venga no tarda.—
 De alegre y contento el moro
 Mudo con los ojos habla,
 Y pártese porque es fuerza;
 Y el cuerpo parte sin alma:
 «Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »Añafes, sacabuches,
 »Le hacen la seña y salva.»

(Romancero general.)

ROMANCES DEL ALBANES¹.

217.

EL ALBANES. — I.

(De Don Luis de Góngora.)

Criábase el Albanes
 En las cortes de Amurates,
 No como prenda cautiva
 En rehenes de su padre,
 Sino como se criara
 El mejor de los sultanes;
 Del Gran Señor regalado,
 Querido de los bajaes,
 Gran capitán en la guerra,
 Gran cortesano en las paces,
 De los soldados escudo,
 Y espejo entre los galanes.
 Recien venido era entónces
 De vencer, y de ganalle
 Al de Hungría dos banderas,
 Y al Sofi cuatro estandartes.
 Mas qué aprovecha domar
 Invencibles capitanes,
 Ni contraponer el pecho
 A mil peligros mortales,
 Si un niño ciego le vence,
 No mas armado que en carnes,
 Y en el corazon le deja
 Dos harpones penetrantes;
 Dos penetrantes harpones,
 Que son los ojos suaves
 De las dos mas bellas turcas
 Que tiene todo el Levante?
 Bien conoció su valor
 Amor, que para enlazalle
 Un lazo vió que era poco,
 Y quiso con dos prendalle.

(GÓNGORA, Obras de.)

¹ Este romance hace alusion al famoso duque de Alba.

218.

EL ALBANES. — II.

(Anónimo.)

Tuvieron Marte y Amor
 Un día grandes combates,
 En unas reales fiestas
 En las cortes de Amurates.
 Juntas pues muchas naciones
 De moros, turcos y alarbes,
 Entre todos se señala
 El Albanes muy pujante,
 Que ha llevado de las justas

T. X.

A pesar de los bajaes,
 El lauro de la victoria;
 Pero quiso Amor premiarle
 Con el favor que Arselinda
 Desde un corredor le hace;
 Turca ilustre de valor,
 Descendiente de sultanes,
 La cual le envía un recado
 Al palenque con dos pajes.
 El Albanes le recibe
 Con apacible semblante,
 Y ya cuando de la plaza
 Mandó el Sultan que le saquen,
 Y que resuenen las trompas,
 Los pífanos y atabales,
 Quiso fortuna envidiosa,
 Para mas entronizarse,
 Que se quejase al Sultan
 Un bajá valiente y grave,
 Diciendo: — Mire tu Alteza
 Cómo el honor se reparte,
 Que se hace agravio á muchos
 Que más que el Albanes valen.—
 Dijo el Sultan: — Pues queréis
 Parte de su honor quitarle,
 Al que matare un leon
 El premio pretendo dalle.—
 El Bajá salió primero,
 Y el leon al Bajá sale
 Tan furioso, que le hizo
 De un encuentro muchas partes.
 El Albanes valeroso,
 Desnudo su cuerpo sale,
 Poniendo su mente en Dios,
 Con un baston recio y grande.
 El leon arremetió,
 Y una amorosa voz sale
 De Arselinda, que decia:
 — ¡Santo Alá! queráis librarle.—
 Tuvo gran cuenta el guerrero,
 Y para mejor matarle,
 Metió en la boca al leon
 El baston, y presto ase
 De un corto y lino puñal
 Con que dos heridas hace
 Al leon en las entrañas,
 Por do vida y sangre salen.

(Romancero general.)

219.

EL ALBANES. — III.

(Anónimo.)

Regocijada y contenta
 Está la hermosa Arselinda,
 Turca de mucho valor,
 Y del Gran Sultan sobrina.
 Procedióle este contento
 Del gran placer y alegría
 Que le causó la victoria
 De su Albanes aquel día.
 Consigo hace la dama
 Una amorosa porfia:
 Ella á sí propia pregunta,
 Y ella á sí se respondia.
 — Dime, Arselinda, que estás
 Por un cautivo cautiva:
 Quien supiera tus amores,
 ¿Qué dirá de ti, Arselinda?—
 Pero pasado este trance,
 En que el honor le retira,
 Llega el bullicioso amor,
 Y de nuevo en ella aspira,
 Por lo cual la dama dice:
 — ¡Ay Albanes de mi vida,
 El mas valiente y galán
 Que encierra en sí la Turquía!
 ¿Cuán bien andante será
 La que en tu favor recibas,

Porque aunque cautivo estás
Eres señor, y de estima!—
No quiso mas aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genizaro llamando
Al Albanes se lo envia :
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardin,
A do aguardando estaria.
El Albanes recibió
El recado, y respondia,
Que le agradece el favor,
Y que será obedecida.
Juntos pues los dos amantes
El Albanes le decia :
—¿Qué me quereis, mi señora
Bien del bien del alma mia?
—No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentia
Mañana con los bajaes,
Por mi gusto y tu porfia;
Solo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva,
Para en cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida.—
El Albanes le responde :
—Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albania,
Y vos criada en Turquía;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mi fe perderia
Mil mundos si los tuviese;
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardia,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el Sultan reciba.—
Con esto se despidió,
Dejando sola á Arselinda,
La cual triste y lamentando
De su fortuna, decia :
—Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejéme viva
Para mas tormento.
Vencime de amor
Por un Albanes,
Que aunque esclavo es,
Es Marte en valor :
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejéme viva
Para mas tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones,
Ni las ocasiones
Que la demostraron,
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento;
Pues siendo cautiva,
Me dejó á mi viva
Para mas tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa
Pues que no hay disculpa
A tal libertad :
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para mas tormento.
Es mas insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Seráme imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para mas tormento.

(Romancero general.)

(Anónimo.)

— Detente, buen mensajero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu traje,
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles
Los moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿En qué entretiene los días
De la mañana á la tarde,
Aunque todo sea noche
Para quien vive en la cárcel?
¿Qué damas entran á verle,
Que ganando en visitarle
Obras de misericordia
De injusticia me las hacen?
Y dime si está muy triste;
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.¹
Y si es verdad, como dicen
Que libertad quieren darle
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades?
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate
Dos mil Albas han salido
Y nunca la suya sale.
No sé qué tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay mujer que no le adore,
Ni hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena
Que nadie iguala á su sangre,
Vale mas él por sí solo
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien solo con miralle
Matar los toros un día
No hay gusto que no me mate,
Y con saber que saliendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea,
Aunque él me remedie tarde. —
— Ese cautivo, madama,
Que fué de los doce Pares
(Le responde el mensajero),
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se preparan
De vestidos y plumajes
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes;
Mas no espero, mi señora,
Que vuestro remedio trate,
Que aunque libre traiga el cuerpo
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que gloria llama á sus males.—
La francesa, que esto oyó,
Sin que mas razon aguarde
Cerró la ventana y fuése
Rompiendo á voces los aires.

(Romancero general.)

¹ Este romance imita á los de Roldán, y hecho, como todos los del Albanes, para lisonjear al gran duque de Alba, le suponen aventuras y amores caballerescos.

ROMANCES DEL VIEJO REDUAN.

221.

EL VIEJO REDUAN. —

(Anónimo.)

Desde un alto mirador
 Estaba Arselia mirando
 Las cristalinas corrientes
 Del sacro y dorado Tajo.
 A veces miraba el agua,
 Otras la tierra y el campo,
 Otras pensaba en las cosas
 Que le daban mas cuidado.
 No está pensando la mora
 En el cortesano trato,
 Porque tiene el pensamiento
 En un príncipe aldeano,
 Que en las riberas del Tórmes
 Es noble alcaide afamado,
 Aunque no sigue la corte
 De Almanzor, rey toledano.
 En amorosas pasiones
 Tiene el sentido ocupado,
 Cuando llegó, aunque de lejos,
 A vista de su palacio
 El anciano Reduan
 En un ruano caballo;
 Viejo alcaide, y no bellido,
 Gallardo y enamorado;
 Y como reparó el moro
 El mirador ocupado
 De un resplandeciente sol,
 Quedó suspenso y mirando.
 Procura disimular
 El anciano enamorado
 El gran fuego que le enciende
 Su caduco pecho helado.
 Paséase haciendo piernas,
 Muy á lo disimulado;
 Pero viéndole la mora,
 Le dice con pecho airado:
 —¡Ay moro, cómo me cansas!
 ¿Cómo me tiene cansado
 El sufrimiento el pensar
 Que estés por mí amartelado!
 ¿No reparas que ya tienes
 La barba y cabello cano,
 Grande calva y poco pelo,
 Y que te tiemblan las manos?
 ¿Qué poco duelo que tienes
 De mis florecientes años,
 Pues quieres se compadezcan
 Con tu vejez y otros daños! —
 El moro bien entendió
 Casi todo lo que ha hablado,
 A lo cual respondió: —El sol
 Todo lo tiene á su mando;
 Y como á este te pareces
 Le das calor á mis años,
 Y haces al helado pecho
 Altivo, feroz, lozano. —
 Mostró, al volver, una letra
 Sobre un capellar dorado,
 Que dice: «Pues que me atrevo,
 »Algo puedo y algo valgo.»
 En el adarga traía
 Un sol con ardientes rayos,
 Y por orla aquesta letra:
 «Sin duda dos soles hallo;»
 Pero viendo que la mora
 Con tal desden le ha mirado,
 Encubrió el sol de la adarga
 Con un almaizar pajado,
 Diciendo: —Pues se anubló
 Mi sol, quiero esté tapado
 El que pintado traía,

Del que es natural sacado. —
 Con esto el moro se vuelve,
 Y la mora se ha tornado
 A ocuparse de principio
 En los primeros cuidados.

(Romancero general.)

222.

EL VIEJO REDUAN. — II.

(Anónimo.)

Rendido está Reduan
 Por amores de Xarifa;
 Todo es espadas de noche,
 Y todo galas de día.
 De los vientos tiene celos,
 Y del mismo sol envidia,
 Porque se entran sin licencia
 Y la tocan, y la miran.
 Las flores de los jardines,
 Porque la agradan, las pisa:
 Hasta en el son de las aves
 Le causan melancolía.
 Cuando de su casa sale
 Jamas la pierde de vista:
 ¡Ay del moro que se para
 Cuando el sombrero le quita!
 Muchas veces en el año
 A Granada regocija
 Con toros, cañas y zambras,
 Motes, letras y divisas.
 Hasta las piedras le temen
 De la calle donde habita,
 Porque por momentos sale
 Mas fuego de las mas frias.
 Los caballos trae cansados
 De carreras y corridas,
 Y si supieran hablar
 Se quejaran de Xarifa:
 Los criados piden de ella
 A todo el ciclo justicia,
 Porque comen á las tres,
 Y duermen por las esquinas.
 Toda la calle le tiembla
 Porque en pendencias y riñas
 Despedaza las paredes
 Y las piedras acuchilla.
 Siempre que está en su presencia,
 Está como en la mezquita,
 Con la misma devocion,
 Sin bonete y de rodillas.
 Cansada Xarifa de esto,
 Y de saber que queria
 Quitar la vida á Abenámbar,
 Que era el alma de su vida,
 Toda Granada presente,
 Desde su balcon un día
 Le dijo de aquesta suerte,
 Tan hermosa como altiva:
 —Tú no sabes, Reduan,
 Que cantas mal, y porfias,
 Y das voces en desierto,
 Y que á quien te abrasa enfrias.
 Tu braveza, espada y lanza
 A toda Granada admira
 Que en una mujer la emplees
 Y que nunca se te rinda.
 Una flaca condicion
 Es la fuerza que conquistas,
 Adonde tantos cristianos
 Nuestros muros aportillan.
 En esos puedes manchar
 El fuerte acero que limpias,
 Porque el hierro de tu honra
 No ha de ser para la mia.
 ¿Adónde matas los hombres
 Que en mi calle desafias,
 Si los huyes cuerpo á cuerpo,

Y los buscas en cuadrillas?
 Ya, Reduan, las mujeres
 No gustan de valentías,
 Que pensamientos honrados,
 Y voluntad las obligan.
 Lo que no alcanzan Orlando
 Rompiendo robles y encinas,
 Unos humildes Medoros,
 Huyendo se lo conquistan.
 ¿Quién te ha dicho á ti que soy
 De las armas tan amiga,
 Para que días y noches
 Con espadas me persigas?
 ¡Maldita sea la mujer,
 Que á quien la sirve no estima
 Mientras de sangre no tiene
 Bañadas las celosías!—
 Aquí calló, que ya estaba
 De color roja encendida
 La cara, que á Reduan
 Dejó la suya amarilla.
 Furioso pica al caballo,
 Y con tal fuerza le pica,
 Que estrellándole en el muro,
 Le hallaron muerto en la silla.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

ROMANCE DE DRAGUTA.

225

DRAGUTA.

(Anónimo.)

En el espejo los ojos,
 En los cabellos el peine,
 En la vida el desengaño,
 Los deseos en la muerte;
 Su belleza acrecentada,
 Porque la tristeza á veces
 Alegres milagros hace
 Desmintiendo al tiempo alegre:
 Dos naves por arracadas,
 Con dos soles por trinquetes,
 Gargantilla de azabache
 Con perlas de nueve en nueve;
 De esmeraldas y zafiros
 Colgada de ella una sierpe,
 Cruel divisa del alma,
 Y de sus iras crueles:
 Rica almalafa vestida,
 Amarilla, blanca y verde;
 Colonia azul de Turquía
 Que ciñe su blanca frente;
 Draguta recién casada
 Con un deudo de Hamete,
 Aquel secretario real
 Y alcaide de los donceles,
 Y casada por su tío,
 Porque favores pretende
 Para ser grande Alfaqí
 Si al rey Chico le pluguiere,
 A su prima Eleazara.
 Que consolarla pretende,
 De su estado y de su tío
 Se quejaba tiernamente.
 —Alá te perdona, padre,
 Que ántes que tú fallecieses
 Mis altivas esperanzas
 No estribaban en los reyes;
 Y no te perdona Alá,
 Cegri, que tu sangre vendes,
 Para comprar dignidades,
 Que no sé si las mereces.
 Tu vida anciana y caduca
 Que por momentos deserece,
 Quieres hacer perdurable
 Con esta que al mundo viene.
 No curaste de mi dicha

Mirando tus intereses,
 Como si fuera el casarme
 Por quince días ó veinte.
 Bien parece que no sabes
 Que tantos enojos cueste
 Un enemigo ordinario,
 Que rehusar no se puede.
 Condiciones encontradas
 Trabada guerra mantienen,
 Adonde lidian las almas
 Hasta que los cuerpos mueren.
 ¿Pensabas cuando llorase
 Que con joyas que me dices
 Me podría yo acallar
 Como las demas mujeres?
 Collar de perlas me diste;
 Mas las que mis ojos llueven
 Enternecerán si vivo
 A los diamantes mas fuertes.
 Los brazaletes y anillos
 Son esposas que me tienen
 Cautiva y desesperada,
 De que mi dicha las quiebre.
 ¡Prima mía Eleazara,
 Hoy hace justos dos meses
 Que vi á mi moro enemigo
 En una fiesta solemne!
 Con atención me miraba,
 Y con desprecio miréle,
 Tanto, que dije entre mí:
 ¿Todo el mundo se me abreve?
 ¿Tan dejada te parezco?
 ¿Eres tú tan insolente
 Que aunque me prometas reinos
 Mis favores te prometes?
 No te me pongas delante,
 Morillo cuitado, vete,
 Que pensaré que me amas,
 Y al momento moriréme.
 Estas cosas dije de él,
 Y quiso despues mi suerte
 Que le obedezca de día,
 Y que á su lado me acueste:
 Que si no le digo amores
 De mi tibieza se queje,
 Y que á recibirle salga,
 Cuando á perseguirme viene:
 Que todos me llamen suya
 Sin poder decir que mienten;
 Que diga que le doy gusto
 Cuando él á mi gusto ofende;
 Que tener hijos de mí
 Con razón presuma y piense;
 Que mi alegre condicion
 Triste suegra la gobierne.
 ¡Prima, cuando te casares,
 Por tus ojos, que no peques
 Contra la fe de tu gusto,
 Y que en mi daño escarmientes!
 Con tus esperanzas cumple,
 Aunque te culpen las gentes,
 Que nunca pudo olvidarse
 Lo que agradó para siempre.—
 En esto vino un recado
 Que al jardín de Zaida fuese,
 Y enlutado el corazón
 Se fué vestida de verde.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

ROMANCES DE ZORAIDE.

224.

ZORAIDE.—I.

(Anónimo.)

Entró Zoraide á deshora
 A buscar su amigo Tarfe,

Con acelerados pasos,
Y con turbado semblante.
—Toma tus armas, le dice,
Que me importa que te armes;
Ha de ser luego, no quieras
Que la tardanza me agravie:
El cuento de mi venida
Te contaré por la calle,
Si con la pasión y enojo
A decírtelo acertare.—
Tarfe acudió á sus armas,
Cinóse su corvo alfanje,
Quitó al bonete las plumas
Por mejor disimularse.
Salen con tanto silencio
Que ni las nocturnas aves
Sienten sus secretos pasos,
Ni los veladores caes.
Zacatin y Plaza Nueva
Atraviesan sin hablarse;
Que Tarfe no le pregunta,
Ni dice nada Zoraide.
Al entrar por los Gomeles
Volvieron á repararse,
Que vieron en un balcon
Un almaizar puesto al aire.
Solía Celinda bella
Poner estos almaizares
A Zoraide en otro tiempo,
Cuando era dichoso amante,
Y ahora es señal rabiosa,
Que quiere desengañarle
La señal que señalaba
Sus placeres y solaces.
Limpió sus ojos el moro
Creuyendo que le engañasen;
Mas el mar que entró por ellos
Con el desengaño sale.
A su Celinda aborrece,
Porque se antepone ántes
A la gloria de sus bienes
La presencia de sus males;
Y aunque el moro es valeroso,
Pueden tanto los pesares,
Y mas si nacen de amores,
Que vencen las libertades.
Dió con él uno en el suelo,
No sabe qué hacerse Tarfe,
Que los remedios son pasos,
Y los desmayos son grandes.
En aqueste punto estando
Llegó Zurman Bencerraje,
Moro que Celinda aguarda,
De gran gentileza y talle:
Tarfe que le vió venir,
Dejando á su amigo, sale
A contradecirle el paso,
Diciendo: —Vuelve, no pases.—
El moro, que en casos de honra
Es no ménos arrogante,
Le responde: —¿Quién sois vos?—
Medio desnudo el alfanje.
Tarfe no le quiso hablar,
Sino que las armas hablen,
Y que averigüen de entrambos
Quién ha de estar en la calle.
Sacan los alfanjes fieros,
Derriban los capellares,
Y tiranse fuertes golpes
Con pensamientos mortales.
Crece la rabia y desden,
La fuerza, rabia y coraje,
Y saltan vivas centellas
De los duros pederuales.
Fué venturoso Zurman,
Llevóle de un golpe Tarfe
Cinco plumas amarillas,
Y la mitad del turbante.
Acudió gente al ruido,

Que forzaron de apartarse:
Tarfe se volvió á su amigo;
A quien halló como de antes,
Y en brazos le vuelve á casa;
Que nada siente Zoraide,
Pues celos y mal de amores
Son un parasismo grande.

(Romancero general.)

225.

ZORAIDE. — II.

(Anónimo.)

El contento de tu carta
Se templó, Alcaide, con verte
Celoso de tu Celinda,
Aborrecido y ausente;
Porque es un mal el de celos
Que solo el alma consiente,
Donde lidian los sentidos
Hasta que los cuerpos mueren.
Estás, amigo, quejoso,
Desesperado, impaciente,
Y no me espanto, que es mal
Harto peor que el de muerte:
Da algun vado á tus congojas,
Que no es razon que la gente
Entienda que tu valor
Te lo atropellan mujeres.
Si te ha ofendido Celinda,
Muera ella, y quien te ofende;
Que no pierdes tu nobleza
En matar al que es alevé;
Porque en semejantes casos
Mucha mas honra se pierde
En disimular agravios,
Que no en que muera vil gente.
Dices que de diamante
Tiene el pecho quien te ofende;
Mas yo te digo que tú
De blanda cera le tienes:
Si dices que tus suspiros
Le van á helar en su nieve,
Es que nobles pensamientos
En bajos pechos se pierden.
Si la debes mil abrazos,
Ella otros tantos te debe,
Con que queda bien pagada
De lo que da fácilmente:
Y pues ella no entendió
Lo que ganaba en perderte,
Cree que no merecía,
Alcaide, que la quisieses;
Y no quieras mas venganza
Que ver que por él se muere;
Que pues es de ruin linaje
La pagará cual merece.
Dentro de muy breve tiempo
Verás trocadas las suertes,
Y ella echará de ver
Lo que ha perdido en perderte;
Que cual meson de tablilla
Son continuo las mujeres,
Que siempre á los mas extraños
Mas regalan y mas quieren.
Son cual natural espejo
A do solo los presentes
Ven su natural retrato,
Sin rastro de los ausentes:
Son un mar donde se anegan
Los mas sabios y prudentes;
Y en el amor mas mudables
Que veleta en chapiteles.

(Romancero general.)

ROMANCE DE ZERBIN.

226.

ZERBIN.

(Anónimo.)

—Desde hoy mas renuncio, mora,
 Tu fe, tu amor y palabra,
 Tu desden y mi recelo,
 De celos, furor y rabia.
 Quiero dar luz á mis ojos,
 Y dar libertad al alma,
 Y salir desta tormenta
 Al mar claro de bonanza.
 Yo vi bien tu oscuro pecho;
 Que el ser oscuro fué causa
 De curar el mio llagado
 De la amorosa batalla.
 Ya no pretendo tu amor,
 Ni de tu amiga Daraja,
 Que sois dos falsas sirenas,
 Desechadas en la Alhambra.
 Ya no quiero estar celoso
 De un pobre morisco Audalla,
 De los mas viles genizaros
 De la ciudad de Granada.
 Ya no daré nombre falso
 A tu hermosura y tu gracia,
 Llamándote en mis abrazos
 Divina y bella Diana.
 Ya no quiero ver tu calle,
 Ni hacer seña á tu ventana,
 Ni aguardar desde las diez
 A que Apolo rompa el alba.
 Ya no quiero tus favores,
 Ni tu bordada almalafa,
 Para salir á las fiestas
 Que trazaba por tu causa.
 Ya no tendré que gastar
 Mas cequies de oro y plata,
 Para esmaltar tu cifra
 En el campo de mi adarga.
 Ya no sacaré libreas
 De colores á tu gracia,
 Para que vieses en ellas
 La sujecion de mi alma.
 Ya no ofreceré á tu gusto
 Sonetos, quintas, ni cuartas,
 Villancicos, ni canciones,
 Leves tercetos, ni octavas.
 Ya no esmaltaré en el templo
 De tu amor y tu fe falsa,
 Las palabras y favores
 Que sin aficion me dabas.
 Ya no haré los ojos rios,
 Ni del pecho haré alquitara,
 Para ofrecer á tu amor
 Los despojos de tu alma.
 Ya quiero andar sosegado,
 Y no parecer fantasma,
 Aguardándote de noche
 Para gustar de mis ansias.
 En fin, no confiaré
 En tus fingidas palabras,
 Que eres Circe encantadora
 De las que de amor se abrasan.—
 Esto el valiente Zerbin
 Dijo expresando sus ansias,
 Y de sus quejas la mora
 Desdeñosa se burlaba.

(Romancero generat.)

ROMANCE DE ZELIZARDO.

227.

ZELIZARDO.

(Anónimo.)

Por ponerse su albornoz
 Ordenó un juego de cañas
 Zelizar, un Bencerraje
 El mas galan de Granada.
 Comenzóse á murmurar
 Que se le envió su dama,
 Y en pago de aquel favor,
 Aquella fiesta ordenaba.
 Era el albornoz azul,
 Con oro y plata escarchada;
 Que en ser azul albornoz
 Su nombre y color declara.
 Sembradas de trecho en trecho
 Lleva unas flechas doradas
 Y en cada flecha esta letra:
 «Ninguna defensa basta.»
 Para ponérsele, el moro
 Hizo una marlota blanca;
 Que como piensa morir,
 Previénese de mortaja.
 En ella puso esta letra:
 «Conmigo traigo la causa
 »Porque entienda todo el mundo
 «Por quién vivo, y quién me mata.»
 Una pluma sola verde
 En el bonete llevaba,
 Por mostrar que de su vida
 Tiene muy poca esperanza;
 Que mirando el albornoz,
 Como las flechas llevaba,
 Mira la letra que dice:
 «Ninguna defensa basta.»
 Alegrias á su muerte
 Hace el moro, porque halla
 Descanso en morir de amores,
 Que es quien rinde tantas almas:
 Y así porque todos sepan
 Que él muere y vive su dama,
 Una candelita encendida
 Hizo pintar en la adarga,
 Y en un tostado alazan
 Entró á pasear la plaza,
 Hasta que se hizo hora
 De entrar al juego de cañas.

(Flor de varios y nuevos Romances, 5.ª parte.)

ROMANCE DE HAMETE Y TARTAGONA EN LA
PEÑA DE LOS ENAMORADOS¹.

228.

HAMETE Y TARTAGONA.

(Anónimo.)

Bajaba el gallardo Hamete
 A las ancas de una yegua
 A la bella Tartagona
 Hija del fuerte Zulema,
 Alcaide que en Archidona
 El alto castillo y fuerza
 Sustentó treinta y seis años
 Sin temor y sin flaqueza.
 De noche bajaba el moro
 Por una excusada senda,
 Porque la nocturna guarda
 Al descender no le sienta,
 Y hallándose en lo llano
 Lozano pica la yegua,
 Volviendo el rostro á la mora
 En el carrillo la besa,

Y la dice : — Diosa mía,
Tuyo soy, mándame y veda,
Que en Granada mil favores
Tengo del Rey y la Reina,
Y de mi prosapia ilustre
Soy el mejor que hay en ella.
Narvaz es buen caballero;
Alcaide fué en Antequera,
Y lo que hizo con Jarifa
Cuando fué su prisionera,
También lo ha de hacer conmigo,
Cuando de su voluntad sea,
Pero al fin al virtuoso
Respetalle es honra nuestra. —
Vuelve las riendas el moro
A do le guía su estrella,
Y al pié de una alta roca
Rodeada de mil yedras
Quiere que la yegua pazca,
Y el amor tienda sus velas.
En esto vido venir
Muy numerosa caterva
De famosos salteadores,
Que pasaban de setenta.
Todos le acometen juntos,
Como canes á la cierva,
Por quitar la vida al moro,
Y el honor á la doncella.
En pié se pone, y levanta,
Y entre todos hace rueda.
¿Cuán bien jugaba una punta!
¿Cuál pierna ó brazo cercena!
¿Oh cuán bien que dilataba,
El moro su muerte cierta!
Mas una piedra sin ruido
Se le escondió en la cabeza,
Quitando el aliento al cuerpo,
Y al brazo la fortaleza.
Desque la dama se vido
En poder de gente ajena
No hay dolor que llegue al suyo,
Pena que llegue á su pena.
Cabellos que al sol dorado
No le hacen diferencia,
Ya no precia el oro fino
Que al blanco cuello rodea.
Cogió la espada del muerto
Que la hallara entre la yerba,
Cogírala por la punta,
De pechos se echó sobre ella.
Juntó el cuerpo al de su amante,
La cara con una piedra,
Que son los enamorados
De la vega de Antequera,
Dejando mucho renombre
De otra segunda Lucrecia.
Quien no lo quisiere creer,
Váyase á Ronda la Vieja,
Que allí lo hallará escrito
En lo alto de una Peña.

(Romances varios de diversos autores.)

* Hay una comedia atribuida con error á Tirso, con título de *La Peña de los enamorados*, cuyo asunto es el mismo de este romance.

ROMANCE DE ALHABIZ Y GEVIZA.

229.

ALHABIZ Y GEVIZA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

El valeroso Alhabiz
Alcaide que fué de Baza,
De dos terribles contrarios
Cercado á un tiempo se halla.
Uno es la bella Geviza
A quien tiernamente ama,

El otro era Benavides,
Que al desafío le llama;
Y con el uno y el otro
No excusa dura batalla.
Teme del fiero contrario
La ya conocida espada,
Y de su Geviza teme
Con su ausencia la mudanza.
No hay suerte que le asegure:
Cosa ordinaria en quien ama.
Al fin suspenso y celoso,
De sospechas llena el alma,
En un caballo castaño
Con desenvoltura salta;
Un asta gruesa blandiendo
Y embrazando un ancha adarga,
De canto á canto tirante
Una azul y angosta banda,
Entró desta suerte el moro
Solo y cuidadoso en la plaza;
Que nunca á quien tiene amores
El cuidado desampara.
Estaba con otras moras
Geviza en una ventana
Para mirar la reseña
De la gente convocada,
Que á Coin vino aquel día
De toda aquella comarca
Con ánimo de correr
A Alora, que está sitiada.
Geviza, que vió al Alcaide,
De pechos en la ventana
Le dice : — A Alatar de Loja
Di que Geviza le ama. —
Nunca extremos tales hizo
Toro ofendido de vara,
Como el moro, cuando oyó
Tan desenvueltas palabras;
Y sin volverla á mirar
Deja furioso la plaza
Diciendo : — Solo es dichoso
Aquel que de amor no trata. —
(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

ROMANCE DE DORAIZEL Y AYAFÁ.

230.

DORAIZEL Y AYAFÁ.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Sabiendo la mora Ayafa
Que Doraizel de Almería,
Uno de los quince alcaides¹,
A quien mas que á sí quería
Herido y puesto en prision
Martin Galindo tenia;
Busca medios, mas ninguno
Halla para su fatiga;
Que nunca un aflicto intenta
Cosa que mas no le afija,
Y pocas veces el mal
Huye de donde se arrima.
Al fin, tras profundo llanto,
De las mujeres guarida,
Donde está Martin Galindo
Ir Ayafa determina
A pedir la deje estar
Con su Dorayzel cautiva,
Porque donde el alma está
Es fuerza que el cuerpo asista
En tanto que el fudo estrecho
Desata la Parca esquivada.
Llegó Ayafa á la frontera,
Y para Galindo se iba,
Que de ver tanta belleza
Con mucha razon se admira.
No quiso el buen capitán

Ceban en ella la vista,
 Por ser trance peligroso
 Para el que mas por sí mira :
 Antes con rostro sereno
 Su plática interrumpia
 Diciendo : — Hermosa dama,
 Tu demanda está entendida :
 Llévate tu caro esposo,
 Y gozad de alegre vida
 La cual dar ó quitar puedes
 A cuanto alcanza tu vista. —
 Ayafa, besando el suelo
 Tal merced le agradecía.

(LOBO LAZO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

¹ Hace alusion al fronterizo, que dice :
Después que el Rey Don Fernando
En el reino de Granada, etc.

ROMANCES DE HACEN, ULTIMO ABENCERRAJE.

231.

HACEN. — I

(De Don Luis de Gongora.)

En la fuerza de Almería
 Se disimulaba Hacen,
 Abencerraje hurtado
 A la indignacion del Rey.
 Entre el cuchillo y la cuna
 Interpuso Mahomet
 La parte del capellar,
 Que lo bastó á defender.
 Negado pues al rigor,
 Galán se criaba él
 Tan hijo y mas del alcaide,
 Que Celindaja lo es.
 Celindaja que en sus años
 Virgen era rosa, á quien
 Del verde nudo la aurora
 Le desata el rosicler.
 Beldad ociosa crecía
 En sus jardines tal vez
 Al son de un laud con ramas,
 Que eran cuerdas de un laurel.
 Coros alternando y zambras
 Con sus moros, hasta que
 Daba al céfiro su frente
 Aljófares que beber.
 De cuya dulce fatiga
 Apelaba ella después
 Al baño que le templaban
 Curiosidad y placer.
 Un día, en las que le dieron
 Los jazmines del vergel
 Estrellas flagrantés, mas
 Que claras la noche ve,
 Averiguando la halló
 Los días de casi tres
 Lustros de su tierna edad,
 Aquel niño dios, aquel
 Fénix desnudo, si es ave,
 Pollo siempre, sin deber
 Segundas vidas al sol,
 Nieto del mar en la fe.
 Por no alterar á la mora,
 En un listado alquicel,
 Manto del Abencerraje,
 Desmintió su desnudez.
 Fiando á un mirto sus armas,
 Verde frondoso dosel
 De un mármol, que ni Lucrecia,
 Ni fuente deja de ser,
 Pliega el dorado volúmen
 De sus alas, el doncel
 Redimiendo ciegas luces
 Que mas vendadas, mas ven.

Del Abencerraje, luego
 Copia hecho, tan fiel,
 Que los dudara el concurso
 Equivocado juez.
 La ocupacion inquiriendo
 Donaire hace y desden
 De que solicite niña
 Lo que excusara mujer.
 — Ejerce, le dice, hermana,
 Vuestra hermosura, y creed
 Que tan varia es la de hoy
 Como ingrata la de ayer.
 Fugitivos son los dos ;
 Usad d'esos dones bien,
 Que en un cristal guardais frágil
 Lo caduco de un clavel.
 Si regulais con las flores,
 Que visten esta pared,
 Horas son que antes el día
 Las ve morir que nacer.
 Gozaos en sazón, que el tiempo,
 Tesorero ya infiel,
 Dé ese oro que peinais
 De ese marfil que escondeis,
 Desengaños restituye :
 Necia en el espejo fué
 La memoria, mudad ántes
 Parecer, que parecer. —
 Extrañando la doctrina
 Del jóven que hermano cree,
 La vergüenza á Celindaja
 Le purpureó la tez.
 El ya fraternal engaño
 Mal bebido en su niñez
 Disolvía, cuando amor
 Sintiendo el dichoso pie
 Del que ya conduce amante,
 Cuanto cautelo el púncel
 Desvaneció, y en su forma
 Pisando nubes se fué.

(GÓNGORA, *Obras de.*)

232.

HACEN. — II.

(De Don Luis de Gongora.)

Famosos son en las armas
 Los moros de Canastel ;
 Valentisimos son todos
 Y mas que todos Hacen.
 El Roldan de Berberia,
 El que se ha hecho temer
 En Oran, del castellano,
 En Ceuta, del portugues.
 Tan dichoso fuera el moro,
 Cuan dichoso puede ser,
 Si le bastara el adarga
 Contra una flecha cruel,
 Que de un arco de rigor
 Con un arpon de desden
 Le despidió Belerifa,
 La hija de Ali Muley.
 Atento á sus demasias
 En amar y aborrecer
 Quiso el niño dios vendado
 Ser testigo y ser juez.
 Miraba al fiero africano
 Rendido mas de una vez
 A una esperanza traidora
 Y á un desengaño fiel,
 Ya rendido á su enemiga,
 Y entregándole á merced
 Las llaves del albedrio
 Los pendones de la fe.
 Mirábalo en los combates,
 Ora á caballo, ora á pié,
 Rendir el fiero animal

De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza,
Y de la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galán
De cuantos Africa ve
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés.
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez,
Obra al fin, del todo digna
De artífice cordobes,
Solicitar los balcones
Donde se anida su bien
Comenzando en armonía,
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,
Miraba á la hermosa mora,
Salteada en un vergel,
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quién es,
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed;
De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Bebiendo en sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien:
— Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez,
Como esa curiosidad,
Es seña, á mi parecer,
De un recién nacido amor
Que volará antes de un mes. —
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red,
Y comenzó Belerifa
A hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

(GÓNGORA, *Obras de*.)

ROMANCE DE ABDALLA.

253.

ABDALLA.

(De Pedro de Padilla.)

En la orilla del Jeil,
Que nace en Sierra-Nevada,
Al tiempo que el sol salía
Con su cabeza dorada
La mañana de San Juan,
De moros tan festejada,
Las cañas sale á jugar
Toda la flor de Granada.

Gomeles y Almoradies,
Gente noble y estimada,
Cegries y Bencerrajes
Que eran de la mejor casta:
De cada parte cincuenta
Con librea diferenciada.
La que sacan los Gomeles
Era de tela morada,
Sembrada de medias lunas
Y con estrellas poblada,
Y de aquel mismo color
Las banderas de las lanzas,
Con unas bandas azules
Por cima de las adargas.
Llevan de almaizares todos
Las cabezas adornadas,
Y al brazo derecho asidas
Las empresas de sus damas:
Los caballos alazanos,
Las sillas aderezadas
De seda morada y oro,
Que grande contento daban:
Los borceguies marroquies
Con espuelas plateadas.
Los Almoradies de verde
Toda su cuadrilla sacan:
Era tela verde y oro,
Y encima flores de plata
Sobre unas coronas puestas,
De canutillos bordadas.
Llevan tocas tunecies
A las cabezas atadas,
Pobladas de argentería,
Que la vista deslumbraba,
Y encima de todas puestos
Los favores de quien aman;
Y con bandas rojas vienen
Sus adargas señaladas.
Los caballos que sacaron
Eran color de castaña,
De carmesí y oro fino
Las sillas aderezadas:
Verdes eran los pendones
Que llevaban en las lanzas:
Los borceguies eran blancos
Con espuelas barnizadas.
Sacan los Cegries todos
Su cuadrilla aderezada
De una tela muy hermosa
Y la color turquesada,
Con unos soles de oro
A todas partes poblada.
De tocas blancas y azules
Las cabezas traen atadas
Con rapacejos de oro
De azul aderezadas.
Pardos eran los pendones
Que sacaron en las lanzas:
No van con banda ninguna
Sus adargas señaladas,
Porque las sacaron todas
Con dos borlas turquesadas;
Asidos á las muñecas
Los favores de quien aman,
Llevan los brazos derechos
Con mangas encarrujadas
Hechas de una blanca toca
Con hilo de oro listada.
Los caballos eran rucios,
Las sillas aderezadas
De verde con flor de lises
De oro por ellas sembradas.
Los borceguies eran negros
Con lazos de fina plata,
Y las espuelas y estribos
Son blancas y pavonadas.
Los Abencerrajes todos
Salen de color leonada,
Sembradas por toda ella

Unas granadas de plata,
Y de seda verde y oro
Flores en medio esmaltadas.
Leonados son los bonetes
Que en las cabezas llevaban
Con muchas bandas de oro
Entre botones sembradas,
Los favores de quien sirven
Ceñidos á la garganta.
Azules son los pendones,
Que llevaban en las lanzas,
Con un dios Cupido en ellos
Puesto con arco y aljaba.
Llevaban mangas de red
Sobre una tela encarnada,
Y de trecho á trecho puesta
Una ninfa coronada.
Los caballos eran blancos
Y con bozales de plata,
Y de turquesado y oro
Las sillas aderezadas,
Y con bandas amarillas
Por cima de las adargas:
Borceguies marroquies
Y espuelas sobredoradas;
Y con esta gallardía
Salen do los esperaban
Todas las moras hermosas
Que habia dentro en Granada.
Entre todas florecia
Aquella hermosa Axa
Por quien andaba perdido
El enamorado Abdalla,
Y otro muy gallardo moro
Que el Alatar se llamaba.
Entrambos salieron juntos
Para principio á la entrada,
En dos briosos caballos,
Y escaramuza trababan,
Mostrando allí su destreza
Cada cual donde llegaba.
Y andando escaramuzando
Al enamorado Abdalla
Vió el Alatar una toca
Que él dió á la hermosa Axa,
Y que Abdalla la traía
Por empresa al brazo atada.
Tanto dolor siente el moro,
Que el alma se le arrancaba,
Y andando escaramuzando
D'esta manera le habla:
— ¿Quién te ha dado, caballero,
Esa empresa de mi dama?
No te la debió dar ella
Sino alguna de su casa,
Porque tú no merecias
De su mano granjealla.
Si dárme la no quisieres
Tu muerte no se excusaba.
Respondióle á estas razones
El enamorado Abdalla:
— No alborotemos la fiesta,
Pues está ya comenzada,
Que yo os la pondré despues
En la punta de la lanza,
Y si de allí la quitais,
Yo la doy por bien ganada;
Que nunca defendiéndome
Las empresas de mi dama.
Quedaron con este acuerdo,
Y así la fiesta acabada,
Parten adonde comienzan
Una rehida batalla,
Y porque faltaba el día
Tal resolucion tomaban,
Que adelante no pasase
La contienda comenzada,
Si no que la mora diga
A cuál de entrambos mas ama:

La cual dijo que quería
Ser siempre del moro Abdalla,
Y así quedó esta contienda
Por entonces acabada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías*.)

¹ Hé aquí uno de los romances moriscos de imitación secundaria y exagerada, que provocaron los burlescos de su clase, y que han dado lugar á creer á algunos críticos, que son todos de un género puramente ideal, negando absolutamente el influjo de las costumbres orientales sobre esta clase de composiciones. Yo creo sin embargo que hay muchos que participan del espíritu y poesía árabe, y de los vestigios de las costumbres é idealidad que los moros nos dejaron, según he dicho en el prólogo del Romancero.

ROMANCES DEL ESPAÑOL DE ORAN.

234.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—I⁴.

(De Don Luis de Góngora.)

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos;
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que, en los brazos de su dama,
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para:
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
— Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será también
Sin vos, campo de batalla.
Vestios, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Y os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.—
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: — Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla, y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato, en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata. —

(GÓNGORA, *Obras de*.)

⁴ Del asunto de este y los siguientes romances hizo CUBILLO su comedia intitulada *Entre los sueltos caballos*, y BARRIOS la suya con título de *El Español de Oran*.

235.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—II.

(Anónimo.)

De pechos en la ventana
Y los ojos en la calle
Mira la bella africana
Por donde su español sale,
Y aunque desnuda en camisa
No teme ofensas del aire,
Que está vestida de amor
Con invencibles señales.
Hace plaza de sus pechos,
Y hacer tal plaza le place,
Pues la plaza de sus ojos
La lleva do la desplace.
Con la luna divisaba
Entre muchos á su amante,
Que antes de salir con órden
Hacen entre ellos alarde:
Y perdiéndole de vista
Sacó el cuello por miralle,
El cual rindiendo al amor
Hizo entre ellos vasallaje.
Diciendo:—Luz de mis ojos,
¿Dónde te llevan? ¿do sales?
Que en salir de mi presencia
Marte de su quicio sale.
No pudo ser si soborno
El que movió á los Alarbes
Venir en tan dulce noche;
Mas no hay dulce que no amargue!
No me temo que me dejes,
Mas temo de algun desastre,
Que al fin desastrada suerte
Acontece en casos tales.
Vestisteste armas de acero,
Gola, peto, espada y guante,
Adarga, lanza y caballo,
Almete, cinta y plumaje,
Espada y daga dorada
Con borcegui y acicate,
Sin cuello, venda ni liga,
Que es adorno de galanes.
Si estando al amor sujeto
No pagas lo que firmaste,
¿Cómo sin firma á la guerra
Pagas sin ejecutarte?
No te llamó el general,
Mas tú vas ántes que llame,
Porque aquel es buen soldado
El que acude sin llamarle.
Si tan bien corres ginetes
Como corrida dejaste
A quien corrida de tantos
Tú, sin correr alcanzaste;
Si tanto sientes mi ausencia
Como sentiste el son grave,
El cual fué causa, mi bien,
Que te fuiste y me dejaste,
No dudo de verte libre
Y con victorioso lance,
Aunque en batalla de amor
Te hayas mostrado cobarde.—
Con esto pasó la noche
Y ántes que Febo asomase
Se volvió la gente á Oran,
Y ella olvidó los pesares.

(Romancero general.)

236.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—III.

(De Don Luis de Góngora.)

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes
Que por el campo buscaban

Entre lo rojo, lo verde,
Aquel español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien cenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver, cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llora
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarse obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte.
—Valiente eres, capitan,
Y cortes como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta,
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
Que os perdisteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasiete.
En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes.
Después que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles,
Junto á mi casa vivía,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses,
Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles;
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de serpientes.
Era tal su hermosura
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salía el sol por su frente
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdona
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió en nuestros corazones
Con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las tuyas
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme:
Mira si es razon, que llora
Tantos males juntamente!—
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,

Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
— ¡Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas
Dichosamente padeces!
¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por robo
Lo que entendi que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas,
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él descende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus piés ofrece.
— Vivas mil años, le dice,
Noble capitán valiente,
Que ganas mas en librarme
Que ganaste con prenderme.
Ala se quede contigo,
Y te dé victoria siempre,
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apénas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste.
¡Mira si es bien que lamente! —

(GÓNGORA *Obras de.*—It. *Primavera y flor de Romances.*—It. *Romances varios de diversos autores.*)

† El asunto de este lindísimo romance es casi el mismo del que se trata en los de Abindarraez y Narvaez.

ROMANCE DE AYALA.

237.

AYALA EN UN JUEGO DE CAÑAS.

(Anónimo.)

El sol la guirnalda bella
Del mas cristalino aljófár
Alumbraba al medio curso,
Al mar y tierra redonda,
Cuando en la plaza de Túnez,
Cuyos balcones adornan
Mil soles claros de Oriente,
Del amor flechas hermosas,
Delante el gran Alfaquí
Nieto del de la Corona,
Que las columnas de Alcides
Puso con esfuerzo y honra,
Entra brioso y galán
A la morisma española,
Rindaro, señor de Colcos,
Con atabales y trompas,
Encubertada la yegua
De tela amarilla y roja.
Desde el copete esparcida
Hasta la enrizada cola:
Viene á mantener sortija
Celebrando la victoria
Del rey Félix de Granada,
Gran defensor de Mahoma.
Siguen los aventureros
Ufanos la plaza toda,

Llenos de rubies y perlas
Y de ámbar labradas pomas.
El mayorazgo de Ayala
Entra con ornato y pompa,
Silla con arzon de plata,
Y á los fines bellas borlas.
De negro y blanco se viste,
Porque la ingrata que adora
Dejó en blanco su ventura,
Y así negra se la torna:
De los Avalos Jarife,
Almoradifes de Ronda,
Sale un gallardo mancebo
Con quien el sol era sombra;
Morada y verde librea,
El color de sus congojas,
Porque le tienen morado
Golpes de esperanzas locas:
Un Baxá sale de azul,
Llena de espejos la ropa,
Y por mote: «Sol y espejo
»De amor y penas celosas.»
De hojas de yedra un salvaje,
Por ser su dama leona
Hojas de esperanzas leves
Que el aire marchita y doma.
Un pobre Aliatar ilustre,
Vestido de holandá toska,
Sale á correr bien corrido
De las faltas que le sobran;
La letra dice: «Quien tiene
»Mucha sangre y plata poca,
»Salga de lienzo á las justas,
»Porque amortajan su gloria.»
Bravonel sale de verde,
Rico alquicel y marlota,
Con unas eses de plata,
Y esta empresa de su historia:
Una esperanza rendida
Como del viento las hojas,
Y una fe que lo sustenta,
Y por letra: «Firme, y sola.»
Los Zaides van de tela
De color de la amapola,
Sembradas mil esmeraldas
Por los bonetes y tocas:
Delante un negro Cupido
Con flechas de oro vistosas,
Y el mote: «Tesoro ofrece,
»Y en negro carbon se torna.»
Dos capitanes que al viento
Sus banderas enarbolan,
Sacan blancas tunicelas,
Y á trechos de oro unas rocas:
La castidad significan,
Que flores produce y corta,
Y la letra: «Teñiréla
»Con sangre que cruz adorna.»
Bizarros pasan la Tela,
Colgados precios y argolla;
Ya dan licencia los jueces,
Y al correr dulzainas tocan.
Parten Rindaro y Baxá,
Mas el moro el precio goza
Ofreciéndole á su madre
La bella Celaura mora.
Con el Jarife asegunda,
Y tambien lleva la joya;
Mas fortuna rebatida
La suerte y hados soborna,
Que de Ayala el mayorazgo
Galán el premio le toma.
Dándole á la bella ingrata,
Que con alma y vida honra,
Celina, que el moro sirve,
Dice del cruel, celosa:
— Ayala, tú me mataste.—
Ayala en el eco nombra.
Lleva un capitán sortija,

Y el pobre Aliatar llevóla ;
 Los Zaides corren iguales ,
 El salvaje un lado toca ,
 Bravonel la yegua pica ,
 Y su ventura malogra ,
 Viniendo de la carrera
 A quien dice, y así llora ;
 —Pues le pesa á mi cruel
 De que en su servicio corra ,
 Yo no me espanto que huya ,
 Que aun tú ves que es firme onza :
 No son fiestas para tristes ,
 Mi fe me sale engañosa ,
 Mas no es mucho , si amo á quien
 Los animales asombra. —
 Invenciones entran nuevas ,
 Corre Pindaro con todas ,
 Ganadas al fin por lances ,
 Precios y pechos de moras.
 La noche da fin al juego ,
 Las lanzas lijeras tronchan ;
 Que no hay fiesta que no acabe ,
 Y sin azar, es dichosa.

(Romancero general.)

ROMANCE DEL ALCAIDE DE FLORENCIA.

238.

EL ALCAIDE DE FLORENCIA.

(Anónimo.)

El Alcaide de Florencia ,
 Sucesor de sus murallas ,
 En la plaza de Madrid
 Alegre juega las cañas ,
 Con marlota y capellar
 Conforme á la nueva usanza ,
 Todo cuajado con emes ,
 Divisa que al mundo espanta ,
 Cuyos sentidos preciosos ,
 Como sentidos en plaza ,
 Cada cual acomodó
 Dando diferentes trazas.
 Unos dicen que la M
 Puso sobre blanca estampa ,
 Porque lo blanco en la muerte
 Es donde mas se señala :
 Otros que letra de piernas
 Sacó , porque ha visto tantas ,
 Que para echarlas de sí
 Fué necesario jugarlas.
 Otros dicen , que medroso
 De que la fortuna escasa
 Le ha de dar algun disgusto ,
 Del miedo puso las armas.
 Otros que por las mentiras
 Que se dicen entre damas ,
 Con M significó
 De sus marañas la causa.
 Cada cual conforme al juicio
 De su hueca calabaza ,
 Interpretó la divisa
 Segun lo que se le alcanza.
 Una lanza sacó al hombro ,
 Banderilla negra y blanca ,
 Un alfanje cortador ,
 La cuchilla corta y ancha ,
 En un caballo lijero ,
 Larga crin y cola larga ,
 Saltador , de paso altivo ,
 Que apenas los pies estampa.
 A la señal de clarines ,
 Y de trompetas y cajas ,
 Repite el eco gracioso ,
 Al volver de las espaldas :
 »Adarga , adarga , adarga ,
 »Encubre la cabeza , el paso alarga.»

Trabóse la escaramuza ,
 La mas graciosa y gallarda
 Que se pudo imaginar ,
 Rompiendo el aire las cañas ;
 Y acabada por un rato ,
 Cercada toda la plaza ,
 Dos á dos y tres á tres
 Corren con parejas lanzas.
 Al toril abren la puerta ,
 Y cada cual se prepara ,
 Unos de cortos rejonés ,
 Y otros vuelven las espaldas.
 Pero el Alcaide famoso ,
 A quien la fortuna aguarda
 Con corona de laurel
 Para engrandecer su fama ,
 A vista del gran Senado
 Su altivo caballo pára.
 Un toro sale furioso
 La cola toda enroscada ,
 Como si solo saliera
 Para semejante hazaña ;
 Hacia el caballo arremete
 Que le espera cara á cara.
 Jugando el corto rejon
 Su dueño el brazo levanta ,
 Y al bajarle , la soberbia
 Del furioso toro baja.
 Tendido quedó en el suelo
 Midiendo la arena blanca ,
 Y con grande regocijo
 A gritos canta la Fama ,
 Que la cifra de las emes
 Es del que montes abaja ,
 Y del que tiemblan los moros ,
 Y el que fuertes toros mata.

(Romancero general.)

ROMANCE DEL TORNEO.

239.

EL TORNEO.

(Anónimo.)

El encumbrado Albaicín ,
 Junto con el Alcazaba ,
 Dos horas antes del día
 Tocaron al alborada ;
 Vivaconlud le responde
 Con clarines y dulzainas ,
 Y el noble Vivataubin
 Con pifanos y con cajas.
 Luego las torres hermejas
 Generalife y la Alhambra ,
 Solemnizando la fiesta
 Alzaron sus luminarias.
 Gomeles y Sarracinos ,
 Tarfes , Chapices y Mazas ,
 Portavises y Vanegas ,
 Aliatares y Ferraras ,
 Adalifes y Bordaiques ,
 Abencerrajes y Audallas ;
 Azarques con los Alferres
 Madrugaron á la zambra ,
 Que la ordenó Reduan
 Con Muza su camarada ,
 Para allanar el destierro
 De Abenzulema el de Baza.
 Iba Reduan delante
 En una yegua alazana ,
 Vestido de verde oscuro
 Con un almaizar por banda ;
 Con plumas de tres colores ,
 Una esfera en la medalla ,
 Y en medio de ella esta cifra :
 »Mucho mas mi empresa es alta.»
 Luego tras este seguia
 Muza , en una yegua baya ,

De amarillo y naranjado
 Con una toca encarnada :
 Por divisa un corazon
 Que le atraviesa una espada,
 Y en el pomo aqueste mote
 « Mas crueldad usó Daraja.
 Bravonel iba vestido
 De azul y franjas moradas,
 Con una luna menguante
 Encima una toca blanca ;
 Y con la délica luz
 Del sol, encubre su cara,
 Y al rededor esta letra :
 « Sin luz mengua mi esperanza. »
 Azarque, que de la guerra
 Vino, quiso entrar con armas,
 Las cuales trajo del mar
 Con el agua deslustradas.
 Lleva en medio del escudo
 Colores diferenciadas,
 Y en la orla aqueste mote :
 « Diferentes son mis ansias. »
 Salió Celino y Muley,
 Galbano y el fuerte Audalla,
 Vestidos de una color
 En cuatro hacaneas blancas :
 Estos, porque sus amigos
 Quedaban en la Alpujarra,
 Entraron de una librea
 Y con mochilas colgadas ;
 Albornoces colorados
 Con guarda-soles de plata,
 Y todos aquesta letra :
 « A la vuelta nos aguardan. »
 Luego tras estos venían
 Por el Zacatín las damas,
 Que con el son de las trompas
 Sintieron ser avisadas.
 Reduan que via el tropel
 Manda parar miéntras pasan,
 Que no es razon que mujeres
 Vayan en la retaguarda.
 La primera del paseo
 Era la hermosa Daraja,
 Que pues es por su respeto,
 Es bien que sea capitana,
 Vestida de raso blanco
 Y la mano levantada,
 Con que el rubicundo rostro
 Tapaba con una manga :
 Una toca de telilla
 Y el cabello en las espaldas,
 Y un collar ante sus pechos
 Que á un carbunco la luz tapa :
 Adornó la bella frente
 Con una bella esmeralda,
 Y en medio de ella esta cifra :
 « Yo la culpa y tú la causa. »
 Luego tras ella briosa
 Llegó la bella Zoraida,
 Los ojos en Reduan
 Y en Abenumeya el alma,
 Vestida de verde oscuro
 Con rapacejos y franjas,
 Y en una franja este mote :
 « Mas juicio y ménos gracias. »
 Llegó Fátima y Celinda,
 Sarracina y Celindaja,
 Xarifa y Zaida, Zulema,
 Adalifa y Albenzaida,
 Todas con moradas tocas
 Y almalafas plateadas,
 Y en los verdes almaizares
 Dice un mote : « El color basta. »
 Así llegaron por orden
 A la fuerza del Alhambra,
 Donde fuéron recibidas
 De la reina Guadalara.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL JUEGO DE CAÑAS.

240.

JUEGO DE CAÑAS. — I.

(Anónimo.)

Suspensos estaban todos
 Colgados de una esperanza,
 Que de la fiesta promete
 La diversidad de galas.
 Nadie en la plaza se mueve,
 Con estar toda la plaza
 Llena de bizarros moros,
 Y de damas las ventanas.
 Esperábase una fiesta,
 Fiesta entre ellos nunca usada,
 Que mantiene Reduan
 Por una dama cristiana.
 Cristiana trae la divisa,
 Y de cristiano las armas,
 Y en la tarjeta este mote :
 « Mi ley dejo, y aun no basta. »
 Rompió luego este silencio
 Un moro Cegri, que entraba
 Tan libre, que del amor
 Yelo es siempre de su dama :
 Traía en un pardo arnes
 Mil viboras esmaltadas,
 Y él entre todas desnudo,
 Royéndole las entrañas.
 Las damas de piadosas
 La mano le dan, y sacan,
 Y él la suya huyendo, dice :
 « Mas el remedio me daña. »
 Traía las armas verdes,
 Verde el escudo y la adarga,
 Diciendo : « Corta es la vida
 » Para tan larga esperanza. »
 De plumas grabó un arnes,
 Que el viento las arrebatara,
 Y esta letra : « Nadie fie
 » De plumas ni de palabras. »
 De dos mil aventureros
 Se pobló toda la plaza,
 Cuyos motes no leí
 Por verles jugar las cañas.

(Romancero general.)

241.

JUEGO DE CAÑAS. — II.

(Anónimo.)

Cubierta de seda y oro,
 Y guarnecida de damas,
 Está la plaza de Gelves,
 Sus terrados y ventanas,
 Con la flor de moros nobles
 De Sevilla y de Granada ;
 Que como el trato es de amores
 Los cubre de orin las armas.
 Gente es que tienen los reyes
 De ambos reinos alistada,
 Para hacer contra cristianos
 Una presa de importancia.
 Ya pues lidiados los toros,
 Y hechas ya suertes gallardas
 De garrochas y bajillas,
 De rejonas y de lanzas,
 Placenteros se aperciben
 A hacer un juego de cañas,
 Al son de sus tamborines
 Y clarines y dulzainas.
 Despues que mudado hubieron
 Los caballos de la entrada,
 Y publicadas sus quejas
 En motes, cifras y galas,
 En contrapuestos partidos
 Por cuatro puestos cruzaban,

Que de dos en dos cuadrillas
Han de jugar cara á cara.
Los primeros que pusieron
Los caballos en la plaza,
Fuéron el bravo Almadán,
Y Azarque, señor de Ocaña,
El uno amante de Armida,
Y el otro de Celindaja,
Contra los cuales salió
De la cuadrilla contraria
El animoso Gazul,
El desdenado de Zaida,
Y el esposo de Jarifa.
La hija del moro Audalla.
De la cuadrilla tercera
La delantera llevaba
Lasimali Escandalife
El gobernador de Alhama,
Y Mahomad Bencerraje,
Valiente moro de fama,
Alcaide de los Donceles
Y virey del Alpujarra,
Que de dos damas Cegries
Son esclavas sus dos almas
Contra los cuales furiosa
Salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
Con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaén
Y el corregidor de Baza,
Que sirven en competencia
A la hermosa Felisvala,
La hija de Boazan,
Y prima de Guadalajara:
Mas como tiene la gente,
Que aguardándoles estaba,
En tormenta los deseos
Y los ánimos en calma;
Enclavados en las sillas
Y embrazadas las adargas,
Los unos contra los otros
A un tiempo pican y arrancan,
Y trabando el bravo juego,
(Que mas parecia batalla,
Donde con destreza mucha
Allí algunos se señalan)
Los unos pasan y cruzan,
Los otros cruzan y pasan,
Desembrazan y revuelven,
Revuelven y desembrazan:
Cuidadosos se acometen,
Se cubren y se reparan,
Por no ser en sus descuidos
Paraninfos de sus faltas:
Que es desdichada la suerte
Para aquel que mal se adarga
Que las cañas son bohordos,
Y los brazos son bombardas.
Mas como siempre sucede
En las fiestas de importancia,
Tras un general contento
Un azar y una desgracia,
Sucedió al bravo Almadán,
Que contra Zaide jugaba,
Que al arrancar de sus puestos
Cebado en mirar su dama,
Por tirar tarde un bohordo
Tomó la carrera larga,
Y fuera á parar la vegua
Donde la vista paraba,
Tan lejos de su cuadrilla
Que cuando quiso cobralla,
No pudo encubrir la sobra
Ni pudo suplir la falta,
Y sus vencidos amigos
En cuyo favor jugaba,
Le dejaron envidiosos
Del bien por quien los dejaba:
Pues fingiendo que no entienden

Las voces que el moro daba,
Dicen á sus compañeros:
Caballero, adarga, adarga;
Y partiéndose revuelven
Con su cuadrilla cerrada.
Corrido el moro valiente
De una burla tan pesada,
Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Calóse el turbante airado
Y empuña una cimitarra.
Haciendo para su vegua
De dos espuelas dos alas,
Furioso los acomete,
Los atropella y baraja.
La gente se alborotó,
Y las damas se desmayan;
Ya vierten sangre las burlas
Y en la plaza se derrama.
No queda moro en harrera,
Ni ha quedado alfanje en vaina;
Almas y suspiros lloran
Y los brazos no se causan.
La noche se puso en medio,
Con la sombra de su cara
Puso treguas al trabajo
Y límite á la venganza.
Y en tanto que por derecho
Se justifica su causa,
Tomó el camino de Ronda
Con seis amigos de guarda.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL ASALTO DE BAZA.

242.

ASALTO DE BAZA ¹.

(Anónimo.)

Arriba, gritaban todos
Los que dan asalto á Baza,
Con el valiente Lisardo
Que con mil moros la asalta.
Cuando el pié en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su Rey,
Dijo al subir de la escala:
«Viva Lisarda, viva!»
Mas luego vuelve y dice:
«Arriba, arriba.»
Pesa mas su pensamiento
Que el acero de sus armas:
Son mas altas sus memorias
Que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dijo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban:
«Viva Lisarda etc.»
; Pero qué mucho que el moro,
Si vive con la esperanza,
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda!
Señal que en el corazón
No hay voz que pueda alcanzalla;
Con sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias;
«Viva Lisarda etc.»
Como era viva la voz,
Pensó que al cielo llegaba,
Al cielo de la que adora,
Que por su cielo la llama:
Piensa que á Lisarda aspira,
Y no que asaltaba á Baza,
Y en medio de esta victoria
Así publica en voz alta:
«Viva Lisarda, etc.»

(Romancero general.)

¹ No se pone entre los históricos por ser enteramente novelesco.

ROMANCE DE LA BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO.

243.

BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO¹.

(Anónimo.)

A vista de los dos reyes,
Isabel y Don Fernando,
Puesto á Granada cerco,
Sale un moro y un cristiano.
El moro arrogante y fiero,
Furioso y determinado,
Y en el adarga este mote :
« Todo lo allana mi brazo. »
Pues el cristiano animoso
No sale menos lozano,
Que es mancebo y floreciente,
Y de nacion lusitano.
Muestra bien en su apostura
Su esfuerzo, valor y estado,
Y en un retrato que lleva,
El principio de su daño.
Con arrogancia y denuedo
El moro le habló al cristiano,
Diciendo : — Saber quisiera
De qué rey eres vasallo,
Porque en solo haberte visto
Te estoy tan aficionado,
Que por sola tu amistad
Casi me hiciera cristiano. —
No quiso el aventurero
Dejar de ser cortesano,
Y dícele al moro : — Soy
De la nacion lusitano,
Y del rey Don Juan Segundo
Soy y seré su vasallo.
Soy Don Francisco de Almeida,
En mi patria bien nombrado,
Y codicioso de honra,
La quietud menospreciando,

Vine á servir á los Reyes
Isabel y Don Fernando. —
— Agora digo que eres
De algun linaje villano,
Y que por no ser cual muestras
Te has venido desterrado ;
Pues dejas tu propio rey
Por servir al que es extraño,
Que si por honra lo haces,
En Africa tiene campo. —
— No quisiera responder
A tus razones, pagano ;
Y si doy respuesta, es
Por dar á tu yerro el pago. —
Apártase el sarraceno,
Y tambien el lusitano,
Para tomar de la vega
Lo que les es necesario ;
Y cual hambrientos leones
Vuelven lijeros picando
Los acicates aprisa,
Y las lanzas enristrando.
El cristiano quitó al moro
De la cabeza el tocado,
Y el moro dió en el escudo
Descomponiendo el retrato,
Que fué causa que volvió
El gallardo lusitano
Tan presto, y furioso al moro,
Que ántes de ser amparado,
Con la adarga le partió
El hombro y derecho brazo ;
Y cortando la cabeza
La llevó al rey Don Fernando,
El cual se lo tuvo en mucho,
Y díjole : — Hidalgo honrado,
Pedid cumplidas mercedes,
Que todo os será otorgado. —

(Romancero general.)

¹ Pudiera este romance haberse colocado entre los históricos de la época de los Reyes Católicos.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS SATIRICOS, JOCOSOS Y BURLESCOS¹.

244.

CONTRA LA MANÍA DE ADOPTAR NOMBRES DE POETAS.
POR LOS POETAS. — I.

(Anónimo.)

Tanta Zaida y Adalifa,
Tanta Draguta y Daraja,
Tanto Azarque y tanto Adulce,
Tanto Gazul y Abenámbar ;
Tanto alquicér y marlota,
Tanto almaizar y almalafa,
Tantas empresas y plumas,
Tantas cifras y medallas ;
Tanta roperia mora,
Y en banderillas y adargas
Tanto mote y tantas motas,
¡ Muera yo si no me cansan !
¡ Oh rubio galán de aquella
Que sus brazos trocó en ramas,
Porque no fuesen los tuyos
Prision de su imagen casta !
Oh Parnaso, sacre moule !
Oh Aganipe, fuente sacra !
Oh Pegaso que nos diste
Con tu pié coplas en agua !
¡ Hijas de Júpiter sumo,
Y de Memoria su amada,
Nueve soberanas Musas
De cien mil necios mesadas,

Ved que vuestros adivinos
En arábigo trasladan
El zumaque de sus chollas,
Y el comienzo de sus cartas !
Renegaron de su ley
Los romancistas de España,
Y ofrecieron á Mahoma
Las primicias de sus gracias.
Dejaron los graves hechos
De su vencedora patria,
Y mendigan de la ajena
Invenciones y patrañas.
Los Ordoños, los Bermudos,
Las Rasuras y Mudarras,
Los Alfonso, los Enricos,
Los Sancho, y los de Lara,
¿ Qué es de ellos ? ¿ y qué es del Cid ?
¿ Tanto olvido á gloria tanta !
¿ Ninguna pluma las vuela ?
Ninguna Musa las canta ?
¡ Justicia, Apolo, justicia !
Vengadores rayos lanza
Contra poetas moriscos
Que la tu deidad profanan,
Y aun á la nobleza altiva
Satirizan y disfrazan,
Haciendo infame al famoso,
Y á la temerosa osada.
Dales calambre en sus diestras,
Y á sus voces dales asma ;

Derrámales los tinteros,
Pues la honra te derraman :
A los endecheros veda,
Por cuyos ojos echa agua
El niño Amor, y su madre
Cebollas pica en sus caras.
Manda que quien no traduzga
Graves odas ó epigramas,
Que en los gramáticos sotos
La pedante yerba pazca,
Y que el papel no encarezca
Por desprecio de su dama,
Mas conocida que ruda,
Y mas que nariz sonada :
Y á los que del néctar tuyo
Les das con divina taza,
Que á nuestra España no olviden,
Por quien eres les encarga.
Aficiónense los niños
A contar proezas altas,
Los mancebos á bacellas,
Los viejos á aconsejallas.
Buen Conde Fernan-Gonzalez
Por el val de las Estacas,
Nuñovero, Nuñovero,
Viejos son, pero no cansan.
Al fin, por merced te pido
Que vedes las moras zambras,
Y que á metrizantes legos
Les des por laureles cañas.

(Romancero general.)

¹ En esta seccion se trata de ridiculizar la excesiva manía de formar cuadros de costumbres moras, olvidándose de la severidad de la vieja poesia castellana. ¡Vanos esfuerzos! Nuestra poesia y nuestros hábitos, convertidos en segunda naturaleza, habían tomado ya un giro oriental que no han podido olvidar nunca, y de que aun en el día participan. Los romances moriscos serán siempre una prueba de las mas inmediatas de aquella parte de la civilización árabe que inculada con la nuestra constituyó la poesia española, y del carácter especial que en el siglo xvi empezó á tomar, y siguió despues.

243.

AL MISMO ASUNTO. — II.

(Anónimo.)

¡Ah! mis señores poetas,
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros,
Y acábense ya esas zambras :
Váyase con Dios Gázul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas,
Que quiere Doña Maria
Ver bailar á Doña Juana
Una Gallarda española,
Que no hay danza mas gallarda ;
Y Don Pedro y Don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quien son estos danzantes,
Y conocer estas damas ;
Y el señor alcaide quiere
Saber quien es Abenamar,
Estos Cegries, Aliatares,
Adulces, Zaides y Audallas ;
Y de qué repartimiento
Son Celinda y Guadalajara,
Estos moros y estas moras
Que en todas las bodas danzan ;
Y por hablarles mas claro,
Así tengan buena Pascua,
¡Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España ?
¡ Quieren que diga el hereje
Que en nuestra fe sacrosanta,
De los nombres de la pila
Se nos sigue alguna infamia ?
¡ Saben si alguna nacion

Persa, scita, ú otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras bazañas ?
Si dicen que no lo ignoran,
¡ Por qué las cuentan y cantan
En nombre de los moriscos,
Abatiendo nuestras lanzas,
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los moriscos levantan ?
¡ Están Fatima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Albambra !
¡ Estanse los Aliatares
Tejiendo seras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levantanles que rabian !
¡ Viene Arbolan todo el día
De cavar cien aranzadas,
Por un puñado de harina
Y una tarja horadada,
Y viene otro delicente,
Y sácale á la otra mañana
A la gineta, y vestido
De verde y flores de plata !
¡ Y al Cegri, que con dos años
De echar agua no se causa,
El otro disciplinante
Pintale rompiendo lanzas !
¡ Hace Muza sus buñuelos ;
Dice el otro, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas !
¡ Los de la Santa Hermandad,
Por delitos que otros hagan,
Os saquen, samaritanos,
A virotazos el alma !
¡ Dejais un fuerte Bernardo
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la morisma,
Temor general de Francia :
Dejais un Cid campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara ;
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias ;
Y á aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada,
Y celebráis chusmas moras
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes,
Del Albaicin á la Albambra !
Si importa celar los nombres,
¡ Por qué lo impiden las causas ?
¡ Por qué no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas,
A las banderas francesas,
O á las legiones romanas,
A Cartago ó á Sagunto,
O á la felice Numancia ?
¡ Mas dó vueclas, pluma mia !
Tente, que vas desmandada ;
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias.

(Romancero general.)

246.

AL MISMO ASUNTO. — III^a.

¡ Por qué, señores poetas,
No volveis por vuestra fama ;
Pues en comun vuestras obras
Yo no sé quién os las mancha ?
¡ Mal parece que esteis mudos
Cuando inocentes os llaman,
Y acudiendo á las demas

Dejais vuestras propias causas!
 Un miembro de vuestro cuerpo
 Quiere romper vuestras galas;
 Un Judas de vuestro gremio,
 Que jamas un Judas falta.
 ¿Que le aprovecha á Gazul
 Tirar al otro la lanza,
 Si hoy un niffo del Leteo
 Quiere deshacer sus zambros,
 Como si fuera Don Pedro
 Mas honrado que Abenamar,
 Y mejor Doña María
 Que la hermosa Celindaja?
 Si es español Don Rodrigo,
 Español fué el fuerte Audalla,
 Y sepa el señor Alcaide
 Que tambien lo es Guadalará.
 Si una Gallarda española
 Quiere bailar Doña Juana,
 Las zambros tambien lo son,
 Pues es España Granada.
 Si este triste maldiciente
 De vestidos tiene falta,
 Podréis dar porque calle
 Vuestras marlotas de gracia;
 Y entienda el misero pobre
 Que son blasones de España,
 Ganados á fuego y sangre,
 No (como él dice) prestadas;
 Y que es honra de esta tierra
 Que hagan sus fiestas y danzas
 Con lo que un tiempo ganaron
 Con espada, dardo y lanza.
 No es culpa si de los moros
 Los valientes hechos cantan,
 Pues tanto mas resplandecen
 Nuestras célebres hazañas;
 Que el encarecer los hechos
 Del vencido en la batalla,
 Engrandece al veneador,
 Aunque no hablen de él palabra.
 No es bien que el Cid, ni Bernardo,
 Ni un Diego Ordoñez de Lara,
 Un valiente Arias Gonzalo,
 Un famoso Rodrigo Arias,
 Cuyas obras de ordinario
 Eran correr las campañas,
 Entren á danzar compuestos
 Entre el amor y las damas:
 A Muza le está bien esto,
 A Arbolan y Galiana,
 A los Cegries y Aliatares,
 Que siempre de amor trataban.
 Ni es bien que traigan los nombres
 De las banderas romanas,
 De Cartago ó de Sagunto,
 Ni de nuestra audaz Numancia;
 Que Scipion huye de amores,
 Scévola está en las brasas,
 Y Anibal no se entretiene
 En danzar ni en jugar cañas;
 Y es quitarles de sus nombres
 Y afeminarles las armas
 Enemigas del sosiego,
 Por emprender cosas altas.
 ¿Los perros del maladero
 Te saquen, traidor, el alma,
 Pues por ensalzarte á tí,
 A tantos buenos maltratas!
 ¿Y el cielo te traiga á tiempo
 Que pidas de casa en casa,
 Como pobre mendigante.
 Del Albaicin á la Alhambra!
 Darro cuando dél behieres
 Enturbie sus claras aguas,
 Y las del manso Genil
 Se tornen sangre de vaca.
 Apolo con sus consortes
 Te sienten en una albarda,

Y en lugar de su licor
 Te den agua de zarazas.
 No te falte en Peralvillo
 Un palo y sogá ensebada,
 Y en conclusion te apedreen
 Los moros de la Alpujarra.

(Romancero general.)

⁴ Este romance es una respuesta al anterior, vindicando á los autores de los romances moriscos.

247.

BURLÁNDOSE DE LOS ROMANCES MORISCOS.

(Anónimo.)

Oidme, señor Belardo,
 Oid y escuchad un poco,
 Y templad vuestro instrumento
 Si acaso le teneis boto;
 Y si de una vez no acaban
 Vuestros llantos y sollozos,
 Repartidlos por semanas
 Hasta que se agote el pozo.
 ¿Y si está mal acordado,
 Por qué echais la culpa al otro
 Que de Sidonia salia
 A impedir el desposorio?
 Y si le faltan clavijas
 Hacedlas de un sauce flojo,
 Y no saldrá el son turbado,
 Antes mauso, ledo y ronco.
 Si vos haceis testamento,
 Tambien lo puede hacer otro;
 Y si haceis un codicilo,
 Yo lo haré tambien y todo.
 Si muere el pastor Belardo,
 Tambien acaba Medoro,
 Y si vos moris por Filis,
 Yo por Silvia peno y lloro;
 Pero estais en todas partes,
 Y no puede en ningun modo
 Dejar de topar con vos
 Ningun cristiano ni moro.
 Sois un mapa general,
 Y en nombre sois un Antonio;
 Calepino en traducciones,
 Desde el uno al otro polo.
 Una vez sois moro Adulce
 Que está en la prision quejoso,
 Porque le dejó Celinda,
 Y es que os dió Filis del codo;
 Otras veces os mostrais
 Bravonel ó Manilero,
 Y otras veces sois Azarque,
 O Muza valiente moro;
 Otras veces Reduan,
 Que se atrevió á ganar solo
 A la ciudad de Jaen
 Con gran grita y alboroto;
 Y al fin, por no me cansar,
 Sois la parte, sois el todo,
 Para dar gusto á las damas
 Con un romance gracioso,
 Como es decir, si me acuerdo:
 «Agua va, que las arrojó:
 »Todo cristiano se aparte,
 »Que trae el curso furioso.»
 Y porque no entendais
 Que estáis sin causa quejoso,
 Os pido que os contenteis
 Con tener un nombre solo;
 Y no echeis culpa á las aves,
 Al olmo y su verde tronco,
 Diciendo, sirven sus varas
 De garrochas para el toro;
 La cual verdad os concedo,
 Y que acertasteis en todo,
 Pues en las armas sois buey,
 Segun lo afirma Coledro.

Recoged vuestro gaban,
Y echad el zurrón al hombro,
No deis causa que se diga,
Belardo, que estais ya loco;
Y lo mas cierto será
Que no sustentéis á hombros
La Babilonia del mundo;
Dejad que la sufran otros.

(Romancero general.)

248.

SÁTIRA DE LOS ROMANCES MORISCOS.

(Anónimo.)

Triste pisa y afligido
Las orillas de Pisuerga,
El ausente de su dama,
El desterrado Zulema,
Moro alcaide, y no bellido,
Amador con ajaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de pierna.
No lleva por la marlota
Bordadas cifras, ni letras
En el campo de la adarga,
Ni en la banderilla letra;
Porque es el moro idiota,
Y no ha tenido poeta.
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el río,
Cuya corriente los lleva
Envueltos entre las olas
Llorando su triste ausencia.
Tanto llora el hi de puta
Que si el año de la seca
Llorara en un haza mía
Me acudiera á cien fanegas.
Los espacios que no llora,
De memorias se alimenta,
Porque le da el corazón
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se hace de memorias,
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
O una mona berengenas.
Contempla luego en Alaxa,
En quien mientras la contempla,
Olas de imaginacion
O se las traen ó las llevan;
Y ella se está merendando
Duraznicos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
A quien tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias,
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernicalos de uñas negras.
—¡Ay mora bella, le dice,
No ménos dulce que bella,
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia!
—¡Ay moro, mas gemidor
Que el eje de una carreta,
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza!
—Recibe allá mis suspiros,
Y el llanto en aquesta tierra
Donde el Rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
—Llore alto, moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiros
Mas de noventa y tres leguas.—

En esto ya saltado
De una varonil vergüenza,
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.
También se apeó el galán,
Porque quiere en el arena
Sembrar peregril guisado,
Para vuestras reverencias.

(Romancero general.)

249.

COMO EL ANTERIOR.

(Anónimo.)

Ese moro ganapan,
Que no llevara un jumento
Tanta carga y sobrecarga,
Como le cargó su dueño;
Remiso de haber salido
De noche con tanto peso,
Se volvió á peon á Ronda,
Canonizado por necio,
Y dejó la yegua baya
Pacentando en un centeno,
Que es cifra con que la yegua
Podrá pacer un invierno.
Cuanto llevaba el vestido
Iba el moro maldiciendo,
Porque todo pesa tanto,
Que va descansando á trechos.
Quitó á la marlota azul
Los eslabones de acero,
No queriendo ser esclavo
Mientras que no fuese negro;
Y del capellar pajizo
Quitó los tempranos veros,
Para contentar muchachos
Cuando los piden sin tiempo;
Y apeando el unicornio
Se puso en el caballero,
Que parece disparate
Llevarlo en el hombro izquierdo.
Las espigas se comió,
Porque iba el moro hambriento,
Y por ahorrarse de costa
Al pájaro torció el cuello.
Al delfín sacó las tripas
Porque iba casi hediendo,
Y por ser cosa del mar,
Vendello en Ronda por fresco.
Quitó de los borceguies
Todos los dorados sellos,
Para si por cuartos falsos
Pudiese pasar en trueco.
Con su tienda de invenciones
Llegó el moro, amaneciendo
El cielo con mil nublados,
Juntados por tantos vientos.
Los que le encuentran cargado,
Cuál piensa que es repostero,
Sobre acémila cargada
De algun señor de estos reinos;
Cuál piensa que es mercería,
Cuál, que es guadamacilero,
Cuál, librero de aventuras
De Amadis, Orlando, ó Febo;
Cuál, viendo sus invenciones,
Piensa que es taller de viejo
De algun maestro de trazas,
Con invenciones al tiempo;
Cuál, viendo tantos enigmas,
Piensa que es doctoramiento;
Que á ser el moro cristiano
Bien pudiera servir dello.
Renegando viene el moro
Del poeta que le ha puesto
Un pipote de disfraces
Para que él vaya muriendo.

Juramento hace el moro,
 Juramento viene haciendo
 De no poner mas divisas,
 Porque es de amadores necios.
 Viendo el alcaide de Ronda,
 La confusion del mancebo,
 Le manda que se reporte
 De invenciones y de cuentos,
 Y que no es algarabia
 Aquello, sino gallego,
 Y bonete de disfraces.
 Arbol de muchos injertos:
 Que es taberna, ó bodegon,
 Pintado de fuera y dentro,
 Para entretener muchachos,
 Urracas, monas y cuervos.
 Mandó declararse al moro,
 Y por negocio indigesto,
 Que le pongan al ombligo
 Un parche de buenos versos.

(Romancero general.)

¹ Hácese burla en este de aquellos romances moriscos que descendientes de los buenos no eran mas que torpes y recargadas exageraciones de unos mismos asuntos y de unos mismos medios, por lo cual parecían caricaturas fastidiosas y cansadas, sin gracia ni novedad alguna.

250.

COMO EL ANTERIOR.

(Anónimo.)

Toquen aprisa á rebato
 Las campanas de Baeza,
 Y el valiente Reduan
 Ponga cerco á sus fronteras.
 Azarque, indignado y fiero,
 Las franjas de oro y seda
 Las coja y las aderece
 Para otra nueva librea.
 Alce del suelo el bonete,
 Remiende la tunicela,
 No vuelen astas al aire,
 Basta que vuele la lengua.
 Ensillente el potro rucio,
 Denle lanza como entena,
 Con mas medallas y plumas
 Que tiene la Libia arenas;
 Salgan moros de Granada,
 Hagan honrosas empresas,
 Elija el Rey mas alcaides
 Que tiene casas su tierra:
 Háganse zambras de noche,
 Suenen cajas y trompetas,
 Jueguen cañas en Toledo,
 Célebrense nuevas fiestas;
 Y para empezar su zambra
 Pida Bravonel licencia,
 Y el Rey por ver á su mora
 De grado se la conceda.
 Haga alarde de su gente,
 Y saquen nuevas libreas,
 Y la hermosa Guadálara
 Alguna desgracia tema.
 Cuélguense todas las calles
 De brocados, varias sedas,
 No quepan en los balcones
 Damas que salgan á vellas.
 Entre el valeroso Muza,
 Diga: Aparta, afuera, afuera,
 Y sigale la cuadrilla
 Con su costosa librea;
 Y el animoso Gazul
 De su Zaida forme quejas,
 Y penetre con los ojos
 Las paredes que la encierran.
 El desterrado Abenamar
 Mire el camino que lleva,
 Demande los aparejos

Envidioso y con afrenta.
 Al camino de Toledo
 Se parta Zaida la bella
 A buscar á su Gazul,
 Que la media alma le lleva;
 Póngase á llorar Belisa,
 De pechos sobre una almena,
 La partida de su esposo;
 Suenen la pieza de leva.
 La villana de las borlas,
 Enamorada de verlas,
 Limpie la gruesa camisa
 Por de dentro y por defuera;
 Quite las alpagatas,
 Y desempeñe las medias;
 Póngase botín polido,
 Pues se le dan en la aldea;
 Haga el amor tantos tiros
 Que no le queden saetas,
 Y adorne sus puertas francas
 De las sangrientas cabezas.
 No me canse mas Belardo
 Con su Filis y su estrella,
 Pues de puro deslustrada
 Dió de lucero en cometa.
 Sus endechas pastoriles
 Caido han de puro viejas,
 Y tiene con su destierro
 Cansadas muchas orejas.
 No temple ya su instrumento
 Ni le ponga cuerdas nuevas;
 Que si poner se debían,
 El era bien digno dellas.
 No se meta con las varas,
 Si están derechas ó tuertas;
 ¡Pues en él no han descargado,
 Por muy dichoso se tenga!
 Deje á la gran Babilonia,
 Y á quien la rige y gobierna,
 No levante algunas nubes,
 Que sobre su casa lluevan.
 Preguntóme cierta dama
 Este Belardo quién era,
 Y cuando su suerte supo
 Me dijo de esta manera:
 —¡Miren qué Grande de España
 Para que á lástima nueva!
 ¡Qué pérdida del armada!
 ¡Qué muerte de rey ó reina!—
 Entre los toscos pastores,
 En el soto y en la vega,
 Al son de sus instrumentos
 Puede cantar sus endechas.
 Quéjese á los duros robles,
 A las desiertas sirenas;
 Llame á Apolo y al Flechero,
 Podrá ser que de él se duelan,
 Porque bien considerado
 Las que llora por tragedias,
 Segun la culpa que tuvo,
 Fué muy liviana la pena.
 El que á Adalifes y Azarques
 Sacó costosas libreas,
 Saque para sí un bonete
 Y verá lo que le cuesta.
 Pues que de la secta mora
 Las ceremonias enseña
 Disfrazadas en romance,
 Señal que desciende de ellas;
 Porque me dijo un refrán
 Un tiempo una buena vieja:
 «El que las sabe mejor,
 »Ese tañe las gambetas.»
 Y para mí yo lo creo,
 Porque su rostro demuestra
 Haber nacido en Granada,
 Y criádose en la sierra.
 Hay necios abandonados,
 Fisgones en las comedias,

Que viendo un romance de estos
Se quedan la boca abierta.
Unos dicen: — ¡gran concepto! —
Otros: — ¡famosa es la letra! —
¡Y así entienden lo que dicen,
Como los cuellos que llevan!
¡Majaderos de vosotros,
Que os engañan y embelesan
Con fingidas necedades
Y enganosas apariencias!
No hagais caso de Gazul,
Reios cuando se queja,
Rogadle á Azarque no rasgue,
Y que cristiano se vuelva.
Esto dijo un estudiante
Enfadado de poetas,
Que quieren por un romance
Ser dioses acá en la tierra.

(*Romancero general.*)

251.

PARODIA DE UN ROMANCE MORISCO.

(*De Don Luis de Góngora* ¹.)

Ensillenme el asno rucio
Del alcalde Juan Llorente;
Denme el tapador de corcho,
Y el gabán de paño verde:
El lanzon en cuyo hielro
Se han orinado los meses,
El casco de calabaza,
Y el vizcaino machete;
Y para mi caperuza
Las plumas del tordo denme,
Que por ser Martín el tordo
Servirán de martinetes:
Pondréle el orillo azul
Que me dió para ponelle
Teresa la del Villar,
Hija de Pascual Vicente;
Y aquella patena en cuadro
Donde de latón se ofrecen
La madre del Virotero
Y aquel dios que calza arneses,
Tan en pelota y tan juntos
Que en ciegos nudos los tienen
Al uno, redes y brazos,
Y al otro, brazos y redes,
Cuyas figuras en torno
Acompañan y guarnecen
Ramos de nogal y espinas,
Y por letra: «Pan y nueces.»
Esto decía Galayo
Antes que al Tajo partiese,
Aquel yegüero floron,
Aquel jumental ginete,
Natural de do nació,
De yegüeros descendiente;
Hombres que se proveen ellos
Sin que los provean los reyes.
Trajéronle la patena,
Y sospirando mil veces
Del dios garañón, miraba
La dulce Francia y la suerte.
Piensa que será Teresa
La que descubren y prenden
Agudos rayos de envidia,
Y de celos nudos fuertes.
—Teresa de mis entrañas,
No te gazmies ni ajaqueques
Que no faltarán zarzas
Para los perros que muerden.
Aunque es largo mi negocio,
Mi vuelta será muy breve:
El día de San Ciruelo,
O la semana sin viernes.
No te parezcas á Vénus,
Ya que en beldad le pareces,

En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.
Cuando sola te imagines,
Para que de mí te acuerdes,
Ponle á un pantufllo aguileño
Un reverendo bonete.
Si creciere la tristeza
Una lonja cortar puedes
De un jamón, que bien sabrá
Tornarte de triste alegre.
¡Oh cómo sabe una lonja
Mas que todos cuantos leen!
¡Y rabos de puerco mas
Que lenguas de bachilleres!
Mira, amiga, mi pantufllo,
Porque verás si lo vieres
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.
Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz
Y debajo de la frente. —
En esto llegó Bandurrio
Diciéndole que se apreste,
Que para sesenta leguas
Le faltan tres veces veinte.
A dar pues se parte el bobo,
Estocadas y reveses,
Y tajos orilla el Tajo
En mil hermosos broqueles.

(*Romancero general.* — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.^a parte. — It. GÓNGORA, Obras de.)

¹ Este romance es de Góngora, parodiando al morisco que empieza: *Ensillenme el potro rucio.*

252.

SÁTIRA DE ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo* ¹.)

Lleve el diablo el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Y á mí si subiere en él
Cuando las cañas se jueguen,
Que ya me tiene enfadado
Ser tan común á las gentes,
Que lo suben los muchachos,
Y lo corren las mujeres.
En las cocinas lo aflan,
En los caminos lo muelen.
De los establos lo arrojan
Que por viejo lo aborrecen,
Y los mozos de caballos
Cuando almohazarle suelen,
Al son de las almohazas
Dan con el potro de Velez;
Y las tristes lavanderas
Aun apenas amanece,
Cuando en las peñas del río
Al potro lavan y tuercen.
Los calceteros le cosen,
Los tejedores le tejen,
Los pasteleros le empanan,
Los cocineros le cuecen;
Entre la carne le pican,
En los tizones le encienden,
Y de aqueste potro cantan
Al son de los almireces.
Los zapateros le ahorman,
Los panaderos le ciernen,
Los arrieros le acosan,
Y molineros le muelen;
Los herreros le maltratan
Y con los fuelles le encienden;
Los carboneros le ahuman,
Los roperos le revenden;
Los sombrereros le aforran
Y con él hacen cáireles;

Los tintoreros le tiñen
De colores diferentes :
Los jubeteros le ojalán,
Los pregoneros le venden,
Los tundidores le tunden
Y con el potro anochecen.
Solo falta que en el campo
En los árboles le enjerten,
Y que en medio de las plazas
A la pelota le jueguen ;
Porque anda ya tan corrido,
Que si alguna vez se pierde,
Le conocen las del Rastro
Y á mi casa me lo vuelven :
En fin anda tan cansado
Que á cada paso se pierde,
Lleve el diablo el potro rucio
Y á quien mas que yo le quiere !

(Romancero general.)

¹ Este romance burlesco prueba lo muy popular que se hizo el de *Ensillemme el potro rucio*.

253.

PARODIA DE ROMANCES MORISCOS.

(Anónimo.)

Colérico sale Muza
De la torre de Comares,
Arrastrando la marlota,
Y desnudo el rico alfanje.
No va desta suerte el moro
Por matar el Bencerraje,
Que le desmintió en Palacio,
Mas por vengar el ultraje,
Que le hacen los poetas
En canciones y romances;
Y yendo de esta manera
Le salió al encuentro Azarque,
Y él pensó que era poeta
Cuando le vió de tal talle.
— Dejadme, le dijo Muza,
Que los vestidos arrastren,
Que me duelen ya los lomos
De andar cargado de trajes,
Que los poetas novicios
Se desvelan en sacarme,
Compuesto de mas colores
Que tapete de Levante.
Ya hacen de mí platillo
Las damas en todas partes,
Llamándome Anton Pintado,
Y es justo que así me llamen,
Pues me pintan los poetas
Como retazo de sastres,
O capisayo de mona,
O como lienzo de Flándes.
No hay borra de tundidor
Do mas colores se hallen;
Pues me pintan, ya de verde,
Ya de blanco, rojo y jalde :
Y así voy determinado
Antes que adelante pase,
No dejar poeta á vida
Desde el Darro hasta el de Gante.—
—Difícil cosa emprendéis,
Le respondió el bravo Azarque
Si á todo el género humano
No matais con ese alfanje :
Sabed que son los poetas
Como la hidra espantable,
Que si una cabeza cortan
Luego de ella siete salen :
Y si matais un poeta,
Con sátiras y romances
Que compoundrán, quedaréis
Ahogado entre cantares.
Dejalles, pues que ya os dejan,

Y dan en cantar de Azarques
Naciendo ayer de la tierra
Como Anteon de gigante.
; Desciendo yo por ventura
Del conde Fernan Gonzalez
Señor de los castellanos,
De los Laras y Guzmanes,
Para que me traigan todos
Mas corrido por las calles
Que manto de sevillana,
O cortesana pleiteante ?
Y con todo sufro y callo,
Porque ellos sufran y callen,
Y trato bien los poetas,
Porque ellos mal no me traten. —
— Verdad decís, dice Muza,
Que mejor será dejalles.
Hasta que nuestras historias
Los amohinen y cansen.—

(Romancero general.)

254.

PARODIA DE ROMANCES MORISCOS.

(Anónimo ¹.)

Por las riberas de Alberche,
Un río de Talavera,
En cuya corriente anidan
Las lechuzas y cigüeñas;
Adonde el fuerte Sansón
Luchó con la primavera,
Y desafió á los vientos
Y al dios Marte en lucha fiera :
Adonde vino á parar
Un marinero de Eneas,
Cuando en el mar de Sicilia
Fuéron perdidas sus velas,
Y adonde Vénus la diosa
Abrasó desde su esfera
A un avaro carretero,
Que le arrastraba su estrella;
Corriendo sale Cupido
Temeroso de la abeja,
Que en los jardines de Chipre
Le picó en la mano diestra :
Y tras él un fuerte moro,
En una yegua overa,
Semejante á Rodamonte
En el brio y lijereza.
Van á prender á Abenámár,
Por cierto daño que hiciera
Su yegua entre dos linderos,
Junto á Toledo en la huerta.
Desde lejos ven un bulto,
Y adivinando quién era,
Iban echando juicios
Por ver quién mejor acierta.
Cual dice que es Doña Urraca
La que se quedó suspensa,
Luego que del Rey Don Sancho
Llegó la siniestra nueva ;
O la dueña que en Sidonia
Estuvo por compañera
De la reina Doña Blanca
En la prision dura estrecha.
Yendo en aquestos debates
Ambos hacen una apuesta,
Que al que mejor acertase
Le diese el otro una prenda.
Señaló el robusto moro
Para la conquista fiera
Un alfanje damasquinado
Que del tahali le cuela.
Usó Cupido de maña,
Y sin que el moro lo entienda,
Para divisar mejor
Abajó un poco la venda,
Y por si algo pudiese

Ganar en aquella empresa,
Puso en contra del alfanje
El arco, aljaba y saetas.
Llegan los competidores
Y desengañados quedan,
De que es el valiente Audalla
Que va la vuelta de Teba.

(Romancero general.)

1 El espíritu de parodia y burlesco se aplica especialmente a todo lo bueno, lo bello, lo popular. En esta composición se hace burla de todos los géneros de romances, y se reseñan los más reñidos de los moriscos, de los históricos, y de los de diversos asuntos. Se engañan pues mucho los que pretenden autorizar y despopularizar los romances moriscos y otros por las parodias á que han dado lugar los buenos, y por la crítica que merecen los malos.

255.

MORISCO BURLESCO ¹.

(Anónimo.)

¿De cuándo acá tantos fieros,
Señora Zaida la bella?
¿Que confesion revelé
Para tanta penitencia?
Agradézcame que callo
Las cosas que son de veras;
Que lo que dije, no importa
Que se sepa ó no se sepa.
¿Quién le notó aquella carta,
Que según es de discreta,
El que no la conociere
Habrá de culpar mi lengua?
¡Oh qué bien su cuento sabe!
¿A fe que es buena la letra,
De reñirme y de alabarme
Porque mucho mas lo sienta!
Como bárbaro me halaga
Para descubrir la vena,
Y á vuelta de sus blanduras
Mete la aguda lanceta.
¿No sabe que me parece
En las cosas que me veda,
Que le truje yo la mano
Cuando formaba las letras?
Porque á fe de noble moro,
Que todo cuanto me ruega,
Lo pensaba hacer sin falta
Aunque no me lo pidiera.
Este sí que es puro amor
Nacido de entrañas buenas,
Pues á dos cuerpos tan grandes
Una voluntad gobierna!
Diga cual llama su calle
Para no pasar por ella,
Que como es canton su casa
A dos calles señorea.
Yo no quiero tener pleitos,
Que gusto de obedecerla;
Mas no quiero que sean dos,
Pues una sola me niega.
Mándame que á sus cautivas
Ni las hable ni las vea,
Y tan de veras lo pide
Como si alguna tuviera;
Porque en su casa cristianas
Imposible será haberlas,
Pues su buen ejemplo basta
Para que ni aun lo merezca.
Dice que las damas hacen
Banquetes; pero que advierta
Que han de comer y callar.
Los que en la mesa se sientan.
Si algun banquete me hizo,
Busque quien se lo agradezca,
Pues comida de uno solo
Servía para cincuenta.
Ni son banquetes costosos

Los que las damas ordenan,
Pues favores cuando mucho
Son los platos de sus mesas:
Y es plato el de los favores
Que á uno solo bien sustenta,
Mas si muchos comen del
Ni les hace, ni les presta.
Y cierto, señora Zaida,
Que de hacer esto me pesa,
Que no es de mi condicion
Descubrir faltas ajenas;
Mas razon, cólera y celos,
Tres odores de mi audiencia,
Siendo razon presidente
Firmaron esta sentencia.

(Romancero general.)

¹ Este romance es una contestacion jocosa al que empieza:
Mira, Zaida, que te aviso.

256.

MORISCO BURLESCO.

(Anónimo ¹.)

¡Valga al diablo tantos moros
Como por momentos sacan
Esos poetas novatos
Dotados de tantas jarcias!
¿Son por dicha buhoneros,
Que van á vender medallas,
Ó reatas de recueros
Que tan sin duelo las cargan?
¿No mirarán que un caballo
Corre mal si le embarazan,
Que le basta un hombre encima
Con lanza, espada y adarga?
¿Para qué los entapizan
Y los cubren de gualdrapas
De alamares, rapacejos,
De listones, borlas, bandas?
Déjenlos á los cuitados,
Que se quejan que los cansan,
Y que á caballo los suben
Cargados de empresas varias:
Que los cobijan de estrellas
Siendo la suya tan mala,
Cual no la dé Dios á nadie
Cuando en su desgracia caiga:
Que á su pesar les dan soles
Y medias lunas á cargas,
Y aun dicen hubo un poeta
Que quiso hacer dos un alma.
¡Miren alma, y mas de un moro,
Hecha dos, qué tal quedara!
Si, pareciera pedazos
De pelota cuarteada,
Que los ahitan con mote
Que por pienso no les pasan,
Y los atiestan de empresas
Sin tener en qué llevarlas:
Que los cansan y fatigan,
Que los muelen y embarazan,
Y que los emparamentan
Y los ahogan con mantas.
Sin mirar si es junio ó julio
Cuando de calor se abrasan,
Y que aun apenas les dejan
Do arrimar la cimitarra,
Que con fogosos cometas
Lós chamuscan las pestañas,
Y que en sus frágiles hombros
Al celeste globo cargan:
Que mas á cuento les viene
Vender sus higos y pasas,
Y el hacer sus gananzuelas
Con sus rábanos y llantas,
Y el navegar con sus recuas
Desde Tendilla á Pastrana,
Que estarse desvaneciendo

En invenciones soñadas;
Que con dos moras mugrientas
Que les cuezan unas habas,
Tienen lo que han menester
Sin Jarifas ni Darajas:
Que yeguas, color de cisnes,
Con cola y clin aleñada,
Ha muchos días que dicen
Que en sus tiendas no se gastan;
Que mas quieren dos pollinas
Que dos borricos les paran,
Para que de feria en feria
Aceite y jabon les traiga,
Que el potro rucio ensillado
Aunque de las yerbas salga,
Y que el otro de Gazul
Que se arrodilló en la plaza,
Que como perro de ciego
Le enseñó el moro mudanzas,
Para que hiciese en Sanlúcar
Reverencias á su dama.
Dicen que los datilados
Ya no les sirven de nada,
Y que mas les aprovecha
De esparto unas algargatas.
Pues miren, por vida mía,
Señores, en que se cansan,
Que los propios moros dicen
Que los levantan que rabian.

(Romancero general).

† El poeta burlesco opone en este romance á la idealidad poética de los moriscos, la realidad de lo que eran en efecto los árabes vencidos que quedaron en España, los cuales casi todos se dedicaron al oficio de arrieros.

257.

ROMANCE BURLESCO DE ZAIDE.

(Anónimo 1.)

Háganme vuestras mercedes
Merced de desengañarme,
Si hay entre todos alguno
Que conozca al moro Zaidé;
Y díganme por su vida
Qué rostro tiene y qué talle,
Que tengo mucho deseo
De conocelle y hablalle.
Y díganme qué es la causa,
Que no hay pequeño ni grande
Que mil veces no le avise
«Que no pase por su calle».
Apénas ha amanecido,
Cuando ya haciendo jarabes
El boticario le avisa
«Que no pase por su calle».
Aun apénas ha tomado
En su tienda aguja el sastre,

Cuando avisa al triste moro
«Que no pase por su calle».
El tundidor, mientras tunde
Sus paños y cordellates,
Como los demas le avisa
«Que no pase por su calle».
Va el piloto ó marinero
Engolfado con su nave,
Y en medio del mar le avisa
«Que no pase por su calle».
Va cien leguas de su casa
A veces el caminante
Y en el camino le avisa
«Que no pase por su calle».
Allá dentro en su bodega
Está picando la carne
El pastelero, y le avisa
«Que no pase por su calle».
Y los propios buñoleros
Aunque son de su linaje,²
Entre el aceite le avisan
«Que no pase por su calle».
Y las fregonas fregando
Sus platos y sus vasares
Le avisan en voz y en grito
«Que no pase por su calle».
No hay mujer, niño ni hombre,
Como tenga boca y hable,
Que mil veces no le avise
«Que no pase por su calle».
¿Qué tiene este triste moro?
¿Está tocado de landre,
Que así desterralle quieren
De todas las vecindades?
¿Con haber dado respuesta
Que pudiera disculparle
De la trenza de cabellos
Que se puso en el turbante
Y del alarde que hizo
En los jardines de Tarfe,
No aprovecha con el vulgo
Que deje de amenazalle!
¿Adónde ha de ir el cuitado
Pues en el mundo no cabe?
Que tengo sospecha y miedo
No vaya á desesperarse.
Merezca el humilde moro,
Que su destierro se acabe,
Que quien de humildes se venga,
Humilde venganza hace.

1 Prueba esta trova burlesca sin exageracion la popularidad del lindísimo, ingenioso y poético romance morisco de Zaidé y Zaida, que empieza así: *Mira, Zaidé, que te aviso*. Aun en el día le alcanza su antigua popularidad, y apénas hay persona en Andalucía que no le cante ó decore.

2 Los buñoleros eran casi siempre, en Andalucía, moriscos ó gitanos.

SECCION DE ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS¹.

ROMANCES DE CAUTIVOS.

258.

EL CAUTIVO. — I.

(Anónimo.)

Preguntando está Florida
A su esposo placentera
En un vergel asentada
Junto á una verde ribera:
— Dígasme tú, esposo amado,
¿De dónde eres? ¿de qué tierra?

¿Y adónde te capturaron?
¿Y libertad quién te diera?
— Yo os lo diré, dulce esposa,
Estad atenta siquiera.
Mi padre era de Ronda²,
Y mi madre de Antequera;
Captiváronme los moros
Entre la paz y la guerra,
Y lleváronme á vender
A Velez de la Gomera.
Siete días con sus noches
Anduve en el almoneda:
No hubo moro ni mora

Que por mí una blanca diera,
Si no fuera un perro moro
Que cien doblas ofreciera,
Y llevárame á su casa,
Echárame una cadena;
Dábame la vida mala,
Dábame la vida negra:
De día majaba esparto,
De noche molía cibera,
Echóme un freno á la boca,
Porque no comiese della.
Pero plugo á Dios del cielo
Que tenia el ama buena:
Cuando el moro se iba á caza
Quitábame la cadena:
Echábame en su regazo,
Mil regalos me hiciera,
Espulgábame, y limpiaba
Mejor que yo mereciera;
Por un placer que le hicie
Otro mayor me ofreciera:
Diérame casi cien doblas;
En libertad me pusiera,
Por temor que el moro perro
Quizá la muerte nos diera.
Así plugo á Dios del cielo
De quien mercedes se espera
Que me ha vuelto á vuestros brazos
Como de primero era.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*.—It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

¹ Esta sececion pudiera tambien colocarse en el Romancero de varios, entre los de amor; pero como versan sobre asuntos fabulosos, que continúan los accidentes del trato y guerras contra los mahometanos, los hemos puesto entre los moriscos.

² Desde aquí, con algunas variantes, es igual esta composicion á la del Cancionero de Romances, que dice: *Mi padre era de Ronda*.

259.

EL CAUTIVO. — II.

(De Don Luis de Góngora.)

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantín ginoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel,
En que á Nápoles pasaba
En conserva del virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotóle un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato,
Renegado calabres.
El tagarote africano
Que la español garza ve
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
Mas el viento burla dél
Interpuesto entre las alas,
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un duque ahora,
Titulo ya de marques.
De sus torres los descubren,
Y en distinguiendo despues
La cruz en el tafetan,

La luna en el alquicel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez,
Envuelve de negro humo
Al corsario su interes.
Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantín destrozado
Desde la quilla al garces.
El leones agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, si no de laurel:
— ¡Oh puerto, templo del mar!
Cuya húmeda pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios den.
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa, y desden,
Yugo fuerte y real espada
Que reprime y que da ley,
Defensa os debo, y abrigo;
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu inclito dueño, á quien,
Como á ti el Mediterráneo,
La envidia le bese el pié.
Immortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardón proseguida,
Si comenzó por merced:
Que servicios tan honrados,
Y de Acates tan fiel,
Immortalidad merecen,
Si no de vida, de fe. —

(GÓNGORA, *Obras de*.)

260.

EL CAUTIVO. — III.

(Anónimo.)

Donde se acaba la tierra
Y comienza el mar de España,
Mí acabadas ruinas
De la antigua Cádiz bañan;
Y en lo mas alto de todo
Un solo cautivo estaba,
Que arastrando las prisiones
Salió de una rota barca,
A descansar el alma
«Mientras el fiero mar furioso brama.»
Con el levante furioso
Crecian las olas altas
Subiéndose por las peñas
Para volver á sus aguas,
A quien las dice: — Enemigas,
Volveré á morir sin falta,
Dejadme llegar agora
A la tierra que me ampara.
Nací riberas del Tajo,
Crieme con esta ingrata,
Y vengo á morir agora
A las postreras de España.
No me mata ausencia sola,
Ni solos celos me matan,
Ni olvido, que aquestos tres
Me fuerzan que á tierra vaya.
No es tan pequeño mi fuego,
Que huya vuestra templanza,
Que no le sufre la tierra,
Ni el mar apenas le mata,
Porque es semejante al sol,
Que no se moja en el agua,
Y tan ardiente, que de ella
Me fuerza que á tierra salga.
No me llameis tan aprieta,

Que si mi fuego lo causa,
Lágrimas tienen mis ojos
Que pueden, aunque no bastan.
Dejadme quejar de aquella
Que de mí quejosa estaba,
Por quien buigo mar y tierra,
Y vengo entre tierra y agua.—
Tomando un puño de tierra,
La besó y mojó con agua,
Diciendo: —Fin y principio
De la compostura humana,
De ti nacen mil deseos
Y en ti finalmente paran:
Eres cárcel que me tienes
Detenido que no vaya.—
En esto vió que los vientos
A muchas partes contrarias
Cada uno hacía la suya
Traían la rota barca,
Y dice: —Cielos piadosos,
Tales son mis esperanzas,
Que el viento juega con ellas,
Y ninguna de ellas basta.—
Bajaba apriesa la noche,
Cuando de la peña baja,
Y entre la barca y los remos
Comienza á decir al agua:
—Aquí es justo que descansen
Quien de la tierra se causa,
Porque vea mi enemiga
Que pretendo su venganza.—
Aquí volvió la barca,
Llora el cautivo triste, y el mar brama.

(Romancero general.)

261.

EL CAUTIVO. — IV.

(Anónimo.)

Rompiendo la mar de España
En una fusta turquesca,
A vista de donde puso
Hércules fin á la tierra,
Un esclavo de Selimo,
Al tiempo que el mar se altera,
El maestro de la nave
A sus grumetes vocea:

«Amaina, amaina

»La vela, amaina la vela.»

Cuando los vientos contrarios
Con mayor furor se encuentran,
Y con las aguas del mar
Las de los cielos se mezclan;
Cuando se rompen las nubes,
Y fuego y llamas enseñan,
En la amedrentada gente
Sola aquesta voz resuena.

«Amaina, amaina

»La vela, amaina la vela.»

Estaba el cautivo pobre
Sentado sobre cubierta,
Y del cielo y mar las aguas
Con su triste llanto aumenta:
A su pensamiento dice,
Que es entonces quien le lleva
Haciendo las voces eco
En el monte de su pena:

«Amaina, amaina

»La vela, amaina la vela.»

Si soy cautivo y esclavo,
Tiempo vendrá que Dios quiera,
Que libre de estas prisiones
Vuelva á gozar de mi tierra:
Volveré á mi antigua gloria,
Que entonces tendré por buena,
Y entre tanto, pensamiento,
Sufré, padece y espera:

»Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.»

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

262.

EL CAUTIVO. — V.

(Anónimo.)

Ajeno de tener guerra
Está el valeroso Arnaldo,
Capitan de una frontera
Por el inclito Fernando.
Gozando está de su Celia
Con quietud y sin cuidado,
Cuando Muley Terraz,
De Argel astuto cosario,
Viene á pagar el tributo,
Como quedó concertado,
Y porque viene de paz
Dan voces los de su bando:
«Lanza ferro,
»A terra, á terra.»
Y los de la fortaleza,
Para seguro, disparan
«Apriesa, apriesa una pieza.»
Poco le duró el contento
A aquel capitan gallardo;
Pues que en trueque del rescate
Se le llevó el renegado
A su bella esposa un día,
Cuando vió que asegurado
De su gran traicion vivía,
Y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
Con silencio y con recato
A los marineros dice:
«Alza el ferro, ó corta el cabo.»
Y al cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»
Hagan grandes luminarias,
Dice Arnaldo alborotado;
Aunque en vano es trabajar,
Porque van el mar surcando.
De su fuerza se despiden
Confuso y desesperado,
Y siendo libre, se hizo
De un moro sujeto esclavo;
El cual le llevó cautivo
A Argel, do fué rematado
Tres veces en almoneda,
Hasta ser del Rey comprado;
Y el cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»
El capitan reconoce
A su cara esposa bella,
Y aunque con las lenguas callan,
Los ojos sirven de lenguas.
Servia Celia al rey de paje,
El cual enamorado de ella,
Dice: —Si como eres sol,
Fuerras, Celia, luna bella,
De continuo me alumbrara
El claro de tal estrella.—
Celia respondió: — Señor,
No fué mi dicha tan buena.—
Y el cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasion,
Al rey le dice una siesta
Cómo es Arnaldo su hermano,
Que se hizo esclavo por ella.
El Rey le replica y dice:
—Celia, gran mentira es esa,
Porque nunca amor de hermano
Hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad
Haré con tí una franqueza,
De dar á ambos libertad
Para que os vais á tu tierra.—
Y el cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
«Dispara apriesa una pieza.»
Celia le dijo. — Señor,
La verdad del caso es esta:
Que es Arnaldo mi marido,
Y yo fio en tu clemencia
Que nos darás libertad.—
Dijo el rey: — Concédoo esa,
Porque entendaís que entre moros
Hay sangre, virtud, nobleza. —
Con esto los despidió,
Dándoles mucha riqueza,
Y á Muley Terraez quitó
Por su traicion la cabeza:
Por lo que todos los suyos
Muestran dolor y tristeza;
Y los de la fortaleza,
Regocijados dan voces:
«Dispara apriesa una pieza.»

(Romancero general.)

263.

EL CAUTIVO. — VI.

(De Salinas.)

Llegó en el mar al extremo
Que pudo de su desdicha,
En un bergantin al puerto
De Villafranca de Niza,
Un gallardo caballero,
La flor de la Andalucía,
Viendo la de su esperanza
Entre las olas marchita,
Una noche oscura y triste,
Y él mas que la noche misma,
Después que Muley Terraez
Llevó su luz y alegría:
«¡Ay suerte esquiva,
«Que apenas das el bien cuando le quitas!»
Robóle su dama el moro,
De padres ilustres hija,
Que la llevaba robada
De Barcelona á Sicilia.
No precia por su rescate
Promesas de cosas ricas,
Que solo esperar gozarla
Estima en mas que las Indias.
Y al triste libre le deja
De Villafranca una milla,
Que porque ausencia le mate,
No le mata ni cautiva.
«¡Ay suerte, etc.»
De peste guardan el puerto,
Y desde la tierra gritan,
Que sin fe de sanidad
No se acerque á la marina.
Si de sanidad tuviera,
Dice con lágrimas vivas,
Lo que me sobra de fe,
Fueran eternos mis dias.
No traigo de Barcelona
El mal que os atemoriza,
Antes de ella entre mil muertes

Saqué robada mi vida.

«¡Ay suerte, etc.»

Un cuerpo difunto soy
Que arroja el mar á la orilla,
Negándole en sus entrañas
Lo que á ninguno le quita.
Y porque no le corrompa
Del largo tiempo la envidia,
En vez de bálsamo lleva
El pecho lleno de acibar.
Soy un vivo fuego ardiente
Ya convertido en ceniza,
Sin esperar renovarme
A los rayos de mi Armida.
«¡Ay suerte, etc.»

Soy una piedra que al centro
Desde la cumbre desliza;
Un sepulcro de esperanzas
Antes muertas que nacidas.
No soy sino un desdichado
Vivo por nigromancia,
Que por su gusto un cosario
Sin alma quiere que viva.
Y no es milagro ser piedra,
Sepulcro y cenizas frias,
Muerto y vivo juntamente,
Que todo cabe en mi dicha.
«¡Ay suerte, etc.»

No consienta, amiga, el cielo
Que pagues blandas caricias
De un renegado sin fe,
Por renegar de la mia.
En esto tocan al arma,
Que de las torres vecinas
Con muchas lenguas de fuego
De doce fustas avisan.
No se alborotan ni temen;
Que de estos miedos se libra
Quien ha llegado al extremo
Que pudo de su desdicha.
«¡Ay suerte, etc.»

(Romancero general.)

264.

EL CAUTIVO. — VII.

(Anónimo.)

Fuera de los altos muros
Que en Argel torres levantan
Sobre las arenas frias
De las mas vecinas aguas;
Ceñido de una cadena
Un pobre cautivo estaba
Llorando su bien pasado,
Y su presente desgracia.
—No siento los hierros duros,
Dice, ni la vida amarga,
Ni verme en el cautiverio
Sujeto á tantas desgracias.
Ni siento verme apartado
De la tierra que me agrada;
Ni majar de noche esparto,
Ni el comer por mano escasa.
Vime un tiempo en la ribera
Que al Tajo orilla señala,
Tan lejos de verme preso
Cuanto agora de pisalla.
Pero si tan cerca estoy,
Presto volveré á mi patria;
Que como vine á ser preso,
Podré volver á gozalla.
Mas hay un engaño en esto,
Y es que la fortuna avara
Se ha cansado de mi bien,
Y de mi mal no se cansa.
Dulce Leonida, yo quedo
Padeciendo en tierra extraña,

Preso el cuerpo en hierros duros,
Y para ti libre el alma. —

(*Romancero general.*)

265.

EL CAUTIVO. — VIII.

(*Anónimo.*)

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas sierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina
Si son cabras, ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas,
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho furioso,
Y las hirvientes arenas
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
— ¡Oh sagrado mar! le dice,
Haz con mis suspiros treguas:
Perdon, si ellos ó el aliento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro,
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras ajenas:
Da vida á un nuevo Leandro
Que en tus manos se encomienda. —
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa,
Con los brazos abre el mar,
Hunde, rasga, rompe y huella.
Mas allá á la media noche
Cuando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras:
— Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dejadme salir, amigas,
Que yo os pagaré esta deuda. —
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol
Hizo pié sobre la arena.
Dio gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

(*Romancero general.*)

266.

EL CAUTIVO. — IX.

(*Anónimo.*)

De medio el golfo descubre
De Oran el soberbio monte,
El infelice Licinio,
Que tras su fortuna corre.
En un llano mal seguro
Guiado mas por el órden
Del cielo, que le es propicio,
Que no por lo que él dispone;
Está la tierra tan alta
Que aun apenas se conoce

Si el monte toca en el cielo,
O si está el cielo en el monte;
Donde pusieron sus sillas
Los famosos españoles
En señal de verse presto
De los demas vencedores,
Sin envidiar las hazañas
Del hijo fuerte de Jove,
Pues en vez de sus columnas
Pusieron ellos mojones
Injuria del enemigo,
Cuchillo, freno y azote,
Pues ha cerrado sus puertas
La sombra de nuestras torres.
Escoreciendo sus lunas
La lumbre de nuestros soles,
Alcanzando sus giñetes
Nuestros primeros bridones,
Y pasando sus adargas
Nuestros agudos estoque;
Resistiendo á sus alfanjes
Las rodela de alcornoque,
Dio fondo al frágil navio,
Y luego el preñado bronce
Echó el rayo dando gritos,
Y quejaronse los bosques.
Respondieron los tres fuertes
Uno y dos veces conformes,
Repetiendo al son de Marte
De España el invicto nombre.
El fuego busca su esfera,
Y cubriendo el horizonte
Hizo el humo á mediodía
Que presidiese la noche.
Los alarbes luego huyeron
A sus aduares pobres,
Que el humo ocupa la tierra,
Y el miedo los corazones.
Echan al mar sus esquifes,
Y en tierra el peso disforme:
Quedan las galeras libres,
Aunque llenas de prisiones.
Entre las suyas Licinio
El aire y silencio rompe,
Y dice mirando á Oran
Tras el llanto estas razones:
— ¡Oh cárcel de desterrados,
Honra de refugios donde
No causa afrenta el castigo,
Ni muere el ánimo noble,
Ni enflaquece la esperanza
Viles y bajos temores!
Pues por la ignorancia muda
Ilustres obras responden,
Bien se pueden resistir
De la fortuna los golpes,
Si queda libre el juicio
Y le conceden que obre.
Tu instancia me negó el cielo,
Porque mas mi mal se note,
Y vaya de lengua en lengua
Creciendo con opiniones.
Famoso soy en desdichas:
No hay quien mi fortuna ignore,
Que el mapa de mis trabajos
Me ha mostrado todo el orbe.
¡Venturoso el caballero
Que entre limites se esconde,
Pues la pena que padece
Con su valor corresponde;
Y fatigando el caballo
El suelo africano corre,
Y rico de mil trofeos
A su casa se recoge!
Este bien goza Galanio
Del linaje antiguo y noble,
Sin andar detras la luna
Hecho émulo del norte. —
Apénas hubo nombrado

El grato y amigo nombre,
 Cuando en los ojos de entrambos
 Se vieron los corazones.
 Los brazos ciñen los cuerpos,
 Y las almas se disponen
 Con el reciproco ejemplo
 A resistir sus pasiones.

(Romancero general.)

267.

LA CAUTIVA. — X.

(Anónimo.)

De las sangrientas riberas
 De la infausta Nicosia,
 Mostafá el enamorado
 Llantos oye y fuego mira.
 Ardes el bajel que lleva
 Al gran Selin las cautivas,
 Do va su Hipólita amada
 De las griegas la mas linda.
 En fuego de amor se abrasa,
 Amargamente suspira,
 Y á vueltas de un triste llanto
 Tales ternezas decia :
 — ¡Bella Hipólita! ¡amor mio!
 ¿Quién así te enoja, amiga?
 ¿Quién ni tus quejas le amansan,
 Ni tu beldad le lastima?
 ¡Hipólita! ¡mi señora!
 Entre aquesas llamas vivas,
 Muerte y amor, para entrambos
 Flechas y cuchillo afilan.
 Manda al fuego que se pare,
 Que si tus ojos le miran,
 Mitigaran en su ardor
 Lo que en mi alma encendida.
 ¡Si el mar do estás engolfada,
 No es bastante le resista,
 Espera que el de mis ojos
 Quizá bastara por dicha!
 Lágrimas pobre enviaré,
 Que mi corazon destila,
 Si es que al fuego que te abrasa
 Agua de amor le mitiga.
 Aguarda, que allá te envío
 El aire que en mi respira,
 En suspiro disfrazado,
 Porque el fuego no le impida.
 El alma tambien, señora,
 Va á socorrer tu desdicha,
 Que con suspiros y llanto
 Bien el alma se encamina.
 ¡Dulce prenda de mis ojos!
 ¡Por qué el fuego no mitigas
 Con tantas aguas del mar,
 Como tienes á la vista?
 Mas ¡ay! que el fuego y las aguas
 Tanto estrechan á tu vida,
 Que si escapas dél, te anegas,
 Si dellas, te haces cenizas.
 Tus crespas hebras doradas,
 Tus negros ojos de estima,
 Tu blancura de azucena
 De vivo carmin teñida,
 Triste, oscuro, ceniciento
 Todo lo ha vuelto la envidia;
 Que me abrasa los despojos
 De tan hermosa cautiva.
 Llamas, dadme á mi señora,
 Que en vosotras muerta, ó viva
 En humo, en brasa ó en polvo,
 He de adorar sus reliquias. —
 En esto el bélico estruendo
 A nuevas glorias le incita
 Deja abrasada su dama,
 Y á Famangosta camina.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL FORZADO DE DRAGUT.

268.

EL FORZADO DE DRAGUT. — I.

(De Don Luis de Góngora.)

Amarrado al duro banco
 De una galera turquesca,
 Ambas manos en el remo,
 Y ambos ojos en la tierra,
 Un forzado de Dragut
 En la playa de Marbella
 Se quejaba al ronco son
 Del remo y de la cadena.
 — ¡Oh sagrado mar de España,
 Hermosa playa y serena,
 Teatro donde se han hecho
 Cien mil navales tragedias!
 Pues eres el mismo mar,
 Que con tus crecientes besas
 Las murallas de mi patria
 Coronadas y soberbias,
 Dame nuevas de mi esposa,
 Y dime si han sido ciertas
 Las lágrimas y suspiros,
 Que me escribe por sus letras;
 Porque si es verdad que llora
 Mi cautiverio en tu arena,
 ¡Bien puedes al mar del Sur
 Vencer en lucientes perlas!
 Mas pues que no me responde,
 Sin duda alguna que es muerta;
 Pero no lo podrá ser,
 Pues que yo vivo en su ausencia.
 Pues he vivido diez años
 Sin libertad y sin ella,
 Siempre al remo condenado,
 A nadie mataron penas.
 Dame pues, sagrado mar,
 A mi demanda respuesta,
 Si cual dicen es verdad
 Que las aguas tienen lenguas. —
 En esto se descubrieron
 De la religion seis velas,
 Y el cómitre manda usar
 Al forzado de su fuerza.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.—GÓNGORA, Obras de.)

269.

EL FORZADO DE DRAGUT. — II.

(Anónimo.)

El escudo de fortuna,
 En quien sus golpes descargan
 Alteza de los amores
 Y ejemplos de cosas varias :
 El Forzado de Dragut,
 Que en las galeras renaba,
 Hecho ya hortelano, llora
 Entre las hojosas ramas :
 « ¡Ay madre España, patria venturosa,
 Rica depositaria de mi esposa! »
 Hortelano me hicieron
 Por parecerles que estaba
 Dispuesto para entender
 De los tiempos las mudanzas.
 No se engañaron en ello,
 Porque cuando falta el agua,
 Contra tiempo lloverán
 Las nubes de mis entrañas.
 « ¡Ay madre, etc. »
 Sacáronme de galeras
 Por merced sublime y alta;
 Pero hasta en esto me ha sido
 Aun la fortuna contraria.

Porque aunque es menor el mal
Es mas el no ver tus playas,
Do el deseo con los ojos
Humedecía mis entrañas.

«¡Ay madre etc.»

A vosotros los que andais
Vagando en tierras extrañas
Y a las ajenas ciudades
Haceis naturales patrias,
Hijos desagradecidos,
Una cosa os hace falta:
Fáltaos el forzoso amor,
Y os sobran forzosas causas.

«¡Ay madre etc.»

Esposa y señora mía,
Depósito de mi alma,
¡Solíame sobrar tus letras
Y ya me faltan tus cartas!
Solías escribirme largo
De lo mucho que me amabas,
¡Pero pues ya no me escribes!
Mas me escribes que me amas!
«¡Ay madre España, patria venturosa,
»Rica depositaria de mi esposa!»

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos
Romances*, 3.^a parte.)

270.

EL FORZADO DE DRAGUT. — III.

(*Autónimo.*)

El desgraciado entre todos
Los que el fiero amor derriba,
Porque afrontan su deidad
Y á quitarle el nombre aspiran,
Amarrado á su fortuna
En el banco en que solía
El forzado de Dragut,
Que en las galeras servía,
Vacando el pesado remo
Estaba mirando un día
Las aguas que de su patria
Combatien las peñas fijas.
— ¡Ay ondas, mas venturosas
Que las tristes ansias mías,
Pues podeis tocar la tierra
Que los piés de mi alma pisan!
Decilde cuando volvais
Por mis lágrimas crecidas,
Dijo llorando el forzado,
Que vivo entre mil desdichas,
Y que me haga merced
De no dejar las sombrías
Riberas, porque vosotras
Me traigais de sus reliquias,
Y que no tema las olas
Que el mar de mis ojos eria,
Aunque las vea hasta el cielo
De los aires combatidas.
Pues que con dulces suspiros
Y lágrimas descaecidas,
Mal se podrá dar la muerte
A quien da en ausencia vida.
Y acometida furiosa
Con tanto impetu é ira,
Que vea en vos á la clara
Que me agravio de que viva,
En señal del gran amor
Que al mío se le debía:
Y que si bien lo mirara
No habia de estar á la mira,
Sino como yo lo hiciera,
Pues cual Leandro podía,
Razon fuera haber venido
A mi cárcel, dura, impia;
Que bien sabe que las olas
Del bravo mar no temia;

Que en el verdadero amor
No hay miedo ni cobardía.
Dejáranse las prisiones
Aunque fuera en Berbería,
Que ya me hubiera llorado
En pago de mi osadía.
Y si todavía me quiere,
Decilde por cortesía,
Que se embarque en esas cartas
Que le amenazan y avisan:
Que no son del mar antiguo
Las aguas que se le humillan,
Sino de mis tristes ojos
En que mirarse solía,
Y que ya no hay que llorar
En mi alma convertida
En aqueste nuevo Océano
Que tan sin razón la admira:
Y que ojalá me volviese
Las lágrimas merecidas,
A tan dura y larga ausencia
Su apacible y grata vista.—

(*Romancero general.*)

271.

EL FORZADO DE DRAGUT. — IV.

(*De Don Luis de Góngora.*)

La desgracia del forzado
Y del cosario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver cómo el mar le hurta
Las torres, y le dan nuevas
Las velas y las espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice
Tan amargas como muchas:
«¿De quién me quejo con tan grave extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?»
Ya no esperen ver mis ojos,
Pues agora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los piés sin estos hierros;
Que en esta desgracia mía
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
«¿De quién me quejo etc.»
¡Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podréis alcanzarnos
Pues tratais de mi remedio!
El enemigo se os va,
Y favorece el cielo,
Por su libertad no tanto,
Cuanto por mi cautiverio.
«¿De quién me quejo etc.»
Quedaos en aquesta playa,
De mis esperanzas puerto,
Quejaos de mi desventura,
Y no echéis la culpa al viento.
Y tú, mi triste suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
«¿De quién me quejo etc.»

(*Romancero general.*—It. *GÓNGORA, Obras de.*)

272.

EL FORZADO DE DRAGUT.—V.

(De Don Luis de Góngora.)

Levantando blanca espuma
 Galeras de Barba-roja,
 Lijeras le daban caza
 A una pobre galeota,
 En que alegre el mar surcaba
 Un mallorquin con su esposa,
 Dulcisima valenciana,
 Bien nacida y muy hermosa.
 Del amor agradecido,
 Se la llevaba á Mallorca,
 Tanto á celebrar las Pascuas,
 Cuanto á celebrar las bodas.
 Y cuanto á los sordos remos
 Mas se humillaban las olas,
 Mas se ajustaba á la vela
 El blando viento que sopla.
 Espiándola de atras
 De una cala insidiosa,
 Estaba el fiero terror
 De las playas españolas.
 Sobresaltóla en un punto,
 Que por una parte y otra
 Sus cuatro enemigos leños
 Tristemente la coronan.
 Crece en ellos la codicia,
 Y en estotros la congoja,
 Mientras se queja la dama
 Derramando tierno aljófar.
 —Favorable y fresco viento,
 Si eres el galán de Flora,
 Válgasme en este peligro
 Por el regalo que gozas.
 Tú que embravecido puedes
 Los bajeles que te enojan,
 Embestilles en la areua
 Con mas daño que en las rocas:
 Tú que con la mesma fuerza
 Cuando al humilde perdonas,
 Suces de armadas reales
 Escapar barquillas rotas;
 Salga esta vela á lo ménos
 Destas manos rigurosas,
 Cual de garras de falcon
 Blancas alas de paloma.—

(Romancero general.—It. GÓNGORA, Obras de.)

273.

EL FORZADO DE DRAGUT.—VI.

(Anónimo.)

A la vista de Tarifa
 Poco mas de media legua,
 El maestre de Dragut,
 Cosario de mar y tierra,
 Descubrió de los cristianos
 Y de Malta cinco velas,
 Por do forzado le fué
 Decir en voz que le oyeran;
 «Al arma, al arma, al arma,
 »Cierra, cierra, cierra,
 »Que el enemigo viene á darnos guerra.»
 El maestre de Dragut
 Hizo soltar una pieza,
 Señal para que le oyesen
 Los que hacen agua y leña.
 Los cristianos le responden,
 De la playa y las galeras,
 Y del puerto, las campanas
 A bulto entre voces suenan:
 «Al arma, etc.»
 El cristiano que lloraba
 En ver su esperanza muerta,

Agora se alegra el triste
 Que su libertad sospecha.
 Dragut con sus capitanes
 En un punto se aconseja,
 Si será bien aguardar
 O tender al viento velas.

«Al arma, etc.»

Decíanle los demas:

—Atras, atras que se acercan,
 Que si en alta mar entramos,
 Será la victoria nuestra.—
 Dragut á voces decia:
 —Canalla, bogad apriesa.—
 Los artilleros tambien
 Cargan, disparan, vocean.
 «Al arma, etc.»

(Romancero general.)

274.

EL FORZADO DE DRAGUT.—VII.

(Anónimo.)

Apriesa pasa el estrecho,
 Porque le van dando caza
 A Dragut, cuatro galeras
 De los cruzados de Malta.
 Con la priesa de los remos
 El hinchado mar traspasan,
 Las lluvias suben al cielo
 Muy mas espesas que bajan.
 Las dormidas centinelas
 Despiertan á las campanas,
 Y soñolientas arrojan
 Hachas de fuego en las aguas.
 Dragut sus forzados fuerza
 Para atijerar las barcas,
 Que mientras mas ve que huyen,
 Mas le parece que amañan.
 No mira si es cobardia,
 Ni aguarda á quien le llama,
 Porque á veces del huir
 Mayor victoria se saca.
 Llegó de una culebrina
 En un instante una bala,
 Cuya penetrante furia
 Dió á fondo á la capitana.
 La demas artilleria
 Se juega con tanta maña,
 Que fué bastante á rendillo,
 Sin allegar á las armas.
 Pudo Dragut con su industria,
 Por ser la noche cerrada,
 Dejando á España la gloria,
 Poner su persona salva.
 El hortelano cautivo
 Que en las galeras remaba,
 Fué conducido á su tierra,
 A quien llorando le habla:
 —Patria, que de mi tesoro
 Has sido depositaria,
 Si son purgadas mis culpas
 Recógeme en tus entrañas;
 Y si este bien no merezco
 Por ser mi desdicha tanta,
 Tierra tienes do esconderme,
 Pues no lo han hecho las aguas.
 Acabarase de ver
 El abismo de desgracias,
 Que conjuraron los cielos
 En disfavor de mi alma.—
 Contra el agua forcejea
 Envuelto en congoja y ansia,
 Cuando imprevisto le toca
 Una desmandada tabla.
 De ella se aferró turbado,
 Y guiando hácia la playa,

Casi el aliento perdido
Escapó libre del agua.

(*Romancero general.*)

275.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VIII.

(*Anónimo.*)

Volcaban los vientos coros
Los empinados peñascos
De los erizados montes
Los acebuches mas altos,
Cuando temblando y desnudo,
La barba y cabellos blancos;
Que los trabajos son parte
Para encanecer temprano,
A la puerta de su esposa
Aprisa estaba llamando
El forzado de Dragut
Que se escapó de hortelano.
Apénas fué conocido,
Cuando con lijeros pasos
Abajó su esposa á abrirle.
Ambas puertas y ambos brazos.
Entonan un llanto alegre,
Si dijeran triste llanto;
Mas las lágrimas son puertas,
Y le da entrambas las manos.
Desnudáronse en un punto,
De sus mal compuestos paños,
Y ántes de entrar en el lecho
Se regalan con un baño.
Echan luego las cortinas
Para recobrar despacio
Diez años que anduvo al remo,
Y otros dos que fué hortelano.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE CAUTIVOS DE OCHALÍ¹.

276.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — I.

(*Anónimo.*)

Entre consuelo y tristeza,
Entre tormento y recelo
Está un preso imaginando
En la cámara del hierro,
Con los grillos á los piés,
Tan pacífico y quieto
Cuanto al amor de Talina²
Tiene el corazón sujeto:
Tan hecho ya á las tinieblas
Y al solitario tormento,
Que porque no se le aplaque
Huye de no ver á Febo.
Ausencia le da combate,
La prision le causa miedo,
Porque se le representa
La libertad de otros tiempos.
Estando así vacilando
Oyó llamarle al portero,
Que los señores le piden
Para sentenciar su pleito.
Entra trabado el ausente,
Desentramado el silencio,
Porque todo es menester
Delante quien está puesto,
Declarando su sentencia
Relatando su proceso,
Y los piadosos señores
Danle libre y sin destierro.
Dijo entonces el fiscal:
— Vaya embargado allá dentro,
Y en nombre de matador

Háganle causa de nuevo. —
Tómanle la confesion,
Si es verdad que deja muerto
A quien el fiscal le acusa.
Y respondió á todos: — Niego. —
Presentó el fiscal testigos,
Por do le sentencian luego
En seis años de galeras,
Pagando costas y premio.
Envían en relacion
A los señores el pleito,
Y viendo el poco descargo
Confirmaron lo propuesto.
Notificóle su daño
El procurador, agüero
De semejantes saraos
Antes de saber lo cierto.
A las nuevas respondió:
— Consiento en todo, y no apelo,
Si es esta la voluntad
Del que rige tierra y cielo.
Adios, hermosa Talina,
Que por seis años me ausento,
Y llevan á avecindarme
En el salado elemento.
Ruego á Dios que me dé vida
Y paciencia en el tormento,
Pues de verte en libertad
Toda la esperanza llevo. —

(*Romancero general.*)

¹ Este Ochali fué el que salvó la escuadra de Arjel en la batalla de Lepanto, y era compañero de Arnaute Mahamí, que tuvo por esclavo á Cervantes.

² Talina es anagrama de Catalina. Así se llamaba tambien la que fué esposa de Cervantes.

277.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — II.

(*Anónimo.*)

Retumbando crueles voces
Levanta el pié de peayna:
— Pase la palabra á proa:
Arranca y boga, canalla. —
Un forzado en la real
De las galeras de España
El oído en las razones
Decía entre muchas ansias:
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!
¿Quién de mi voluntad tiene la llave?»
— Libre libertad sostuvo,
Fué libertad libertada,
Y tan libre, que libró
Mis gustos en estas causas,
Donde me dan el tributo
Antes de caer la paga,
Porque es cédula del tiempo
Y de fortuna firmada.
«Oh suerte avara, etc.»
De solo cuatro elementos
Fué formada aquella estatua
Con el color natural
Que la conservan y mandan.
La tierra me desechó
Haciendo depositaria
A céfiro mi firmeza
Y á Neptuno mi esperanza. —
«¡Oh suerte avara, etc.»
Mandan revillar á todos,
Y el bastardo desamarran,
Diciendo: — Amola de avance
La distancia de dos brazas:
Siente abajo: leva lengua,
Dese á la chusma la manga
Porque no les falte el viento
Si acaso el tiempo les falta.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Diana tendió su manto,
Escondió Faeton su cara,
Y el descanso de forzados
Mostró furioso su saña.
El cielo con sus tinieblas
Sin término nos contrasta,
Y las importunas olas
Se nos ensañan contrarias.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Dan voces: — Alerta, alerta,
Desde el timón á la banda.
Atense bien las costeras
Mientras la antena se abaja;
Pongan trece de correr,
Que en duda está la bonanza:
A la cubilla siniestra
Vaya la antena á media asta. —
«¡Oh suerte avara etc.»

Huyendo de no encontrarse,
Cada galera se aparta
Trabajando por salvarse,
No reparando en meajas.
La galera del forzado
Quedó sola, y con compañía
Sola de su compañía;
Y de enemigos cercada.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Vengado el furioso mar
Sus influencias aplaca,
Ser mesana demostrando
El rubicundo monarca.
Empiezan á combatirnos
Los que con boga arrancada
Procuran á toda fuerza
Huir de nuestras espaldas.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Usan de sus insolencias
Repartiendo sus escuadras,
Triunfando de nuestra gloria,
Moviendo nueva algazara.
Llévannos á tierra firme
Haciendo justas y salvas
Por la presa de la empresa
Sin voluntad usurpada.

«¡Oh suerte avara, etc.»
Desembarcada la gente
Hacen almoneda franca
Para que cualquiera venga
A comprar la cabalgada.
Comprado, forzado y triste
Fui con mi amo á Tartaria,
Y en llegando me encargó
Que fuese guarda de damas.
«¡Oh suerte avara, etc.»

De Tartaria me trujeron
A Argel, donde mi desgracia
De guarda-damas me hizo
Bogante entre la canalla.
Un capitán de Ochali
Me compró, y en la jornada
De la-Naval, navegamos
Contra la cristiana armada.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Seis años truje de tiempo
Con sentencia confirmada;
Pero perdí la sentencia
Cuando perdí ver mi patria.
¡Oh Ardania! dime, ¿en qué piensas,
Que lo que haces te encarga?
¿Cómo ha de poder guardar
Quien á sí propio no guarda?

«¡Oh suerte avara, etc.»
«¡Oh Talinca, mi señora!
Vive contenta y ufana,
Y no esperes que jamás
Veré tu beldad y gracia.
Fortuna, ya estás contenta
Y de mi agravio pagada;
Pero mientras que viviere

Cantaré aquestas palabras:
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!
¿Quién de mi libertad tiene la llave?»
(Romancero general.)

278.

EL CAUTIVO DE OCHALI. III.

(Anónimo.)

Un esclavo de Ochali
Que en sus galeras remaba,
Tan abundante en nobleza,
Cuanto lo es en la desgracia,
Agora, cuitado llora
Su fortuna y mala andanza
Por ver que de la Naval,
A do tuvo su esperanza,
El Ochali se escapó,
Que iba en la retaguarda,
Y por no verse cautivo
Dice el perro, con voz alta:
«¡Iza, boga, leva, salla:
»Bogad apriesa, canalla.»
Y como vido el cautivo
Que en su seguimiento marchan
Del marques de Santa Cruz
Las galeras de su escuadra,
Dice: — Si al cielo pluguiera
Detuviera el viento y agua
Estas enemigas velas
Hasta llegar las cristianas,
Cantara yo mil victorias
Por premio de mis desgracias;
Pero dudo que suceda
Por ser mía la demanda. —
«¡Iza, boga, etc.»

Dieron fin á sus deseos
Y perdidas esperanzas,
El tiempo y la ocasión,
El cielo, el viento y el agua,
Y dice: — ¿Cómo es posible
Que en vuestra corte sagrada
Encerreis, cielos divinos,
Ley tan injusta y contraria?
Pues por perseguirme á mí,
Que soy un cuerpo sin alma,
Dais tan próspera victoria
A esta gente mahometana?
«¡Iza, boga, etc.»

Mas poco aprovechan quejas,
Si está la sentencia dada,
Que he de morir amarrado
A esta cadena pesada
Sin poder tornar á ver
Mi esposa y amada patria. —
Y en esto ya descubrió
De Argel la enemiga playa,
Y el perro regocijado
Por ver cómo libre escapa,
Manda en general á todos
Que hagan alegre salva.
Y el cómitre dice apriesa:
— Lanza ferro, presto amaina,
Iza, boga, leva, salla,
Apriesa, apriesa, canalla. —

(Romancero general.)

279.

EL CAUTIVO DE OCHALI. — IV.

(Anónimo.)

Junto á la enemiga Argel,
A vista de sus murallas,
Y á las sombras de un laurel
Y de una encumbrada palma,
Y al pié de un fresco arroyuelo,

Que manso susurreaba,
 Entré las ramas tejidas
 De unas espinosas zarzas,
 Un esclavo de Ochali
 Triste y cuidadoso estaba
 Considerando el lugar
 Donde al presente se halla.
 Y aunque fuera de prision,
 Una cadena no falta,
 Cuyos eslabones sirven
 De atormentar vida y alma,
 Dice: — ¡Dulce patria bella,
 Cuán perdida y apartada
 Tengo en volver á gozar
 Mi libertad malograda! —
 Y por consolar la pena
 Que le causa su desgracia,
 Al ruido de su cadena
 Con voz ronca y triste canta:

«Cantar suele el cuido caminante;
 Entre las olas canta el marinero;
 Modera con alivio semejante
 Su duro afán el pobre jornalero;
 Canta su perdición el triste amante
 A su querida, en tono lastimero:
 Mas yo sin ver la gloria de mi pena
 ¿Cómo podré cantar en tierra ajena?

Saludan al nacer el cielo hermoso
 Las aves con suave melodía;
 Mas en este destierro tenebroso
 ¿Cuándo les nacerá á mis ojos día?
 Si mi vida es un llanto doloroso,
 ¿Cómo podré formar dulce armonía?
 Si ausencia á vivir triste me condena,
 ¿Cómo podré cantar en tierra ajena?
 La fuerza del mas áspero tormento,
 La mayor pena que de amor se siente
 Recibe de la vista algún contento,
 Si la belleza amada está presente;
 Mas yo lejos del bien por quien lamento
 ¿Cómo podré aplacar la llama ardiente?
 Solo, afligido, triste y en cadena,
 ¿Cómo podré cantar en tierra ajena?
 Del cisne es cosa cierta que cantando
 Celebra las obsequias de su muerte,
 Y su vecino fin adivinando
 Consuela su desdicha y dolor fuerte:
 Yo que con el deseo agonizando
 Morir me siento de la misma suerte,
 Conozco y veo que mi dicha ordena
 Que no pueda cantar en tierra ajena.»

Y ya que cantado hubo,
 Vuelve para Argel la cara
 Y dicele: — Purgatorio
 De mi mocedad pasada,
 ¿Cuán hermosa eres por fuera
 De mil torres almenadas!
 De dentro, mas que la noche
 Tienes triste la morada!
 ¿Cuán apacible te muestras
 Desde la marina y playa!
 ¿Y qué tormentos que das
 En tus oscuras entrañas,
 Donde me voy á encerrar!
 Que están mas emponzoñadas
 Que el áspide venenoso,
 Y crueles, que tigre hircana. —

(Romancero general.)

280.

EL CAUTIVO DE OCHALI. — V.

(Anónimo 1.)

Cuando los cansados cuerpos
 Buscan la quietud y holganza,
 Y el marinero da prisa,
 Lanza ferro, amaina, amaina,

Y ya que en las selvas duermen
 Los que su ganado guardan,
 Y el caminante reposa
 De la prolija jornada,
 Un esclavo de Ochali
 Corriendo de Argel la playa,
 Con temor, aunque animoso,
 Llegó á unas espesas cañas,
 Adonde vió que está surta
 Una pequenuela barca
 Desamparada de gente,
 Aunque su dueño la guarda
 De lejos, por se guardar
 De los moros, que en la playa
 Andan en caza y escucha
 De los bajeles de España.
 Allegó pues á mirar,
 Y tirándole la marra
 Dijo: — Si al cielo pluguiese
 Que tras mi desdicha tanta
 Alguna buena fortuna
 En esta desierta playa
 Trujese á me remediar
 Alguna gente cristiana! —
 El arraez, que hubo cuenta
 Con las palabras que habla,
 Se llegó, aunque temeroso,
 Adonde el cautivo estaba.
 Saludóle en aljama,
 Y el triste, suspensa el alma,
 Dijo: — ¿Qué quieres, fortuna?
 Acaba conmigo, acaba. —
 Allegóse el arraez cerca
 Y dijo: — Cautivo, calla,
 Si no quieres que tu hablar
 Vuelva el bien en mala andanza. —
 Preguntóle: — Dime en breve,
 ¿De qué parte eres de España? —
 Respondió: — Soy andaluz,
 Y en Málaga tuve casa,
 Adonde quedé mi esposa,
 En mas de diez años anda;
 Pero si agora tú quieres
 Llevarme en salvo á mi patria
 Te prometo mil coronas
 De la moneda de España. —
 El mallorquin conmovido
 De codicia, en voz callada
 Les dijo á los marineros:
 — Leva el ferro, aprieta, salla. —
 A este punto, y cuando el viento
 Refresca hácia el mar de España,
 De tierra se oyeron voces
 Diciendo: — Espera, canalla. —
 Favoréceles fortuna,
 La cual á veces se cansa
 De seguir una tormenta
 Y una continua desgracia.
 Del puerto salen aprisa
 Dos galeotas despalmadas,
 Que cual el viento lijeras
 Cortan la espuma y el agua.
 Los unos por se escapar,
 Los otros por la venganza,
 Calan los remos al centro
 De las espumosas aguas.
 De España descubren tierra
 Y de Valencia la playa;
 Piden favor á las torres
 Y acuden con luminarias,
 Que fué causa que á los perros
 Salga en vano su jornada,
 Y de que Ardano se vea
 Con libertad en España.

(Romancero general.)

¹ Del modo con que en este romance se cuenta, era común que muchos cautivos lograsen libertad.

ROMANCES DEL CAUTIVO DE ARNAUTE MAHAMÍ.

281.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — I.

(Anónimo.)

Sulcando el salado campo
Que el dios Neptuno gobierna,
Y el licor amargo, adonde
Están las marinas Deas,
Va el fuerte Arnaute Mahamí,
En una fustilla nueva,
Que por su valor la llaman
Capitana de Viserta.
Va la chusma sosegada,
Que con el viento navega:
Mas despues de poco rato,
Dan en calma, y calma muerta.
Todos los forzados duermen,
Porque tienen centinela,
Y solo Lisardo llora,
Y en su Sirena contempla.
Como ve que duermen todos,
Les dice: — Quien duerme duerma,
Que yo velo sinrazones
Que mi corazon desvelan. —
Y sacando un instrumento
Y concertando las cuerdas,
A sus locas fantasias
Les dice que estén atentas.
— ¡Ingrata señora mía!
¿Cómo de mí mal te acuerdas?
Siendo Elena en hermosura,
Medrosa en querer no seas.
Haz, tirana, de este cuerpo
Lo que de tiranos cuentan,
Que cenizas de difunto
Con pompa y honor conservan.
Lleva la popa dorada,
Medio pardas las antenas,
Proa y espolon azul,
Con la palamenta negra.
De ajedrezes la crujía,
Donde los forzados juegan,
Fanal de cristal dorado,
Por divisa una Medea.
Y ya que sin serlo yo
Dijiste *requiem æternam*,
Agora puedes del fuego
Sacarlas y recogerlas. —
Mirábele el capitán,
Y dolido de sus quejas,
Le dijo: — Cristiano perro,
¿Qué tienes? ¿de qué lamentas?
¿Trátate el cómitre mal?
¿O azótate cuando remas?
¿O estás en la bogavante?
¿La cadena acaso pesa?
Dimelo, que á fe de moro,
Que la palabra te empeña,
De poner remedio al punto
Por mi divino profeta....
— Noble Mahamí, le responde
El cristiano con vergüenza,
El instrumento del alma
Me ha quedado, que es la lengua.
Quise á una dama española
A quien la naturaleza
Puso luceros que alcanzan
A todo el mundo de cuenta. —

(Romancero general.)

282.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — II.

(Anónimo.)

Sulcando el salado charco,
Que el dios Neptuno gobierna
Su licor amargo, donde
Están las marinas Deas,
El fuerte Arnaute Mahamí
En una fustilla nueva,
Que por su valor le dicen
Capitana de Viserta:
Lleva la popa dorada
Medio pardas las antenas,
Proa y espolon azul,
Con la palamenta negra.
De ajedrez es la crujía
Donde los forzados reman,
Fanal de cristal dorado,
Por divisa una Medea.
Es el viento en su favor
Una tramontana fresca,
Viento que nace, y reparte
De las islas de Ginebra.
Va la chusma sosegada,
Porque con viento navega,
Y á la vista de Turin
Poco mas de media legua
Se meten en una cava,
Y están esperando presa;
Y al cabo de poco rato
Se quedan en calma muerta:
Todos los forzados duermen,
Porque tienen centinela:
Solo Lisardo velaba,
Y en su Sirena contempla;
Y como ve los que duermen,
Les dice: — Quien duerme duerma.
Yo velo las sinrazones
Que á mi corazon desvelan. —
Y tomando un instrumento
Y concertando las cuerdas,
La prima con la segunda,
Y cuarta con la tercera,
A sus locas fantasias
Les dice de esta manera:
— ¡Ingrata señora mía!
¿Cómo de mí no te acuerdas?
Siendo Elena en hermosura,
Medusa en crueldad no seas. —
Oído le ha el capitán,
Y movido de sus quejas,
Le dice: — Cristiano amigo,
¿Qué tienes? ¿qué te lamentas?
Trátate el cómitre mal?
¿Azótate cuando remas?
¿Estás en el bogavante?
¿La cadena mucho pesa?
Dimelo, que á fe de moro
Que su palabra te empeña,
Dispondré remedio en todo
Por mi divino profeta.
— Fuerte Mahamí, le responde
El cristiano con vergüenza,
Los instrumentos del alma
Me han quedado, que es la lengua.
Amé una dama en España,
A quien la naturaleza
Puso dos soles, que alcanzan
A todo el mundo, de cuenta.
Esta me pidió el amor,
Y pidióla tan estrecha,
Que teniendo el padre alcalde,
Me desterró á larga ausencia. —
Detúvole el moro, y dijo:
— Por la fe que me sustenta,
De no estorbar el vivir

A la que en tu pecho reina.
Quiero darte libertad,
Podrá ser que cuando vuelvas
Viéndote como cautivo
De tu mal se compadezca:
Y pedirásle limosna,
Y cuando la mano extienda,
Tomarásla con la tuya,
Y humildemente la besa;
Y despues que la bayas dado
Infinitas encomiendas
Le dirás de parte mia,
Que te liberte por ella. —
Y llamando a un renegado
Manda que toquen á leva,
Y á la voz de un ronco pito
Alzan áncoras y velas,

Hasta poner el cautivo
En las Pomas de Marsella,
Y abrazándole le dice:
— En España te pusiera,
Mas dicen que seis bajeles
Van en corso á Cartagena;
No por hacerte á ti bien,
Quieras que á mí mal me venga. —
Quedóse el cristiano eieto,
Movido de tal clemencia,
Y ellos á boga arrancando
Se vuelven para su tierra.

(Romances varios de diversos autores.)

4 Es el mismo que el anterior, pero mas completo, con variantes considerables, y mas arreglado por haberse puesto en su lugar pedazos que en aquel se hallan dislocados.

FIN DEL ROMANCERO DE ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

ROMANCERO

DE

ROMANCES CABALLERESCOS.

ROMANCO

ROMANOS CABALLEROS

ROMANCES CABALLERESCOS.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS SUELTOS¹.

285.

VERGILIOS.

(Anónimo.)

Mandó el rey prender Vergilios²
Y á buen recaudo poner,
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vinole memoria dél.
— Mis caballeros, Vergilios,
¿Qué se habia hecho dél? —
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien :
— Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
— Via : á comer, mis caballeros,
Caballeros, via : á comer,
Despues que hayamos comido
A Vergilios vamos ver. —
Allí hablara la Reina :
— Yo no comeré sin él. —
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
— ¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?
Vergilios, ¿aquí qué haceis?
— Señor, beino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien :
Aquí me fuéron nacidas,
Aquí me han de encanecer;
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
— Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
— Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
— Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
— Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
— Yo te los daré, Vergilios,
Yo dárte los mandare. —
Plégole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un arzobispo,
Ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

(Cancionero de Romances.)

¹ Casi todos los romances colocados en esta seccion pertenecen á la clase de viejos ó primitivos, ó que provienen de ellos aunque reformados.

² Pretenden algunos, no sé con qué fundamento, que el Virgilio acusado de magia y de inmoralidad en los cuentos de la edad media, no es el poeta de Augusto, sino un filósofo del siglo viii, que fué condenado como hereje por el papa Zacarías, por haber dicho que el centro de la tierra estaba habitado por hombres. Otros, con mas fundamento, quieren que sea el Virgilio poeta, aquel á quien la supersticion atribuye todas las brujerías y hechicerías que se cuentan. No es extraño que así sea, pues en la edad media no podian nuestros monjes ni el pueblo concebir un sabio ó literato de los de la antigüedad, que no fuese astrólogo, mago ó caballero andante. El Hércules, Jason, Teseo, el grande Alejandro y otros héroes antiguos, fueron de la última clase; y de la primera Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, Numa, Demócrito, Empédocles, Apolonio, Aristóteles, Virgilio, etc. Ni los mismos sabios contemporáneos á estas supersticiones se libertaron de ellas, puesto que por brujos y encantadores se proclamaron á Cornelio Agripa, á Merlin, á Bacon el monje, á Alberto Magno, y á otros muchos, sin exceptuar á los santos, como Tomas de Aquino, ni á los papas, como Silvestre II y Gregorio VII. Pero ¿qué mucho que en esos tiempos de ignorancia con estos sucediese, cuando José hijo de Jacob, Moyses, Aaron, Salomon y los Reyes Magos no se libertaron de la opinion de encantadores, y de ser los héroes de multitud de fábulas, hijas de la supersticion y barbarie? Tocóle su vez al poeta Virgilio, y á fe que no pudo quejarse de la parte que en tales hechicerías le atribuyeron. Considerando que el célebre autor de la *Enéida* ni fué profeta, ni legislador de los pueblos, y que por lo tanto, ni necesitó hacer verdaderos milagros, ni fingirlos; que tampoco fué de aquellos filósofos que arrancando á la naturaleza secretos desconocidos al vulgo, pudiera aparecer á sus ojos como astrólogo ó encantador, apenas puede adivinarse la causa por qué como á tal nos le presentaron. Pero puesto que así ha sido, y que ya no puede dejar de ser, nos parece útil y curioso, aunque alarguemos esta nota, poner un resumen de los hechos que como á mago se le atribuyen á Virgilio, por mas que de ellos le creamos inocente.

Construyó una mosca de metal que, puesta sobre una de las puertas de Nápoles, libertó á la ciudad de que durante ocho años entrasen moscas en ella.

Hizo edificar una carnicería, en la cual las carnes nunca se corrompieron ni causaron mal olor.

Colocó sobre una de las puertas de Nápoles una estatua llamada Regocio y Hermosura, con tal virtud, que cuantos entraban por ella estaban seguros de obtener un éxito feliz en sus negocios y deseos. — En otra puso una imagen llamada Triste y Horrible : todos los que por ella entraban á la ciudad, sufrían males y perjuicios.

En una altura próxima á Nápoles erigió una estatua de bronce, empuñando una trompeta que, al sentir el viento septentrional, resonaba de tal modo, que expelía al mar el fuego y humo de las fraguas de Vulcano, próximas á Puzzolo, y libraba á la ciudad de todos los males.

Formó unos baños, en donde con letras de oro mostraba á los enfermos los males para cuya curación era á propósito cada clase de agua que contenían. Estas inscripciones fueron borradas por los médicos, á quienes quitaban mucha ganancia.

Socabó una gruta en la montaña de Posilipo, donde persona alguna podía recibir daño, ni experimentar desgracias.

Encendió un fuego comun para alivio de los pobres, y cerca de él formó de metal la estatua de un archero, que tenía su flecha armada amenazando matar con ella al hombre audaz que se atreviese á tocarle, lo que se verificó con uno, á quien lanzada la flecha, lo arrojó á la hoguera, cuyo fuego se apagó para siempre.

Una sanguinela de oro, que construyó y arrojó á un pozo, libertó á Nápoles de la plaga de estos insectos que la aquejaba.

Hizo que jamas lloviese en su jardin, ni se moviese el aire, y que este le sirviera de muralla ó de cerca.

En el mismo jardin formó un puente, con tal virtud, que le conducía y trasportaba á su voluntad de un punto de la tierra á otro.

Edificó una torre que se movía lo mismo que las campanas.

Hizo las estatuas llamadas Salvacion de Roma, que señalaban con sus brazos los puntos donde se fraguaban peligros contra la republica, para que el gobierno prevenido pudiese evitarlos y vencerlos.

Una cortesana de Roma, á quien Virgilio amaba, le hizo la burla de subirle á una torre en un cesto, y dejarle colgado en ella para que sufriese los escarnios del pueblo. El ofendido se vengó en apagar todos los fuegos de la ciudad, y que no pudiesen encenderse de nuevo sino en una llama que dejó viva en las partes secretas de la cortesana.

Antes del siglo xi no sabemos que á Virgilio el poeta se atribuyesen tales milagros; pero durante los siglos xii y xiii es comun el vérselos aplicados. La verdad del hecho es que muchos de estos cuentos, mas ó menos alterados y aplicados á distintos personajes, traen su origen de libros sanscritos, traducidos primero al persa antiguo, al moderno, al árabe, al turco, al hebreo, al griego; y desde el siglo xii al latín y á las lenguas modernas.

El libro sanscrito de Sennabad, vulgarizado en dicho tiempo, y considerablemente alterado con el título de *Los Siete Sabios de Roma*, ó el de *Dolopathos*, ó el de *Historia lamentable del principe Erasto*; el de *Pantchatrantra*, de igual procedencia, conocido por *Las fabulas de Bidpay* ó *Pilpay*, prestaron al Occidente, en la edad media, materiales inmensos para aquella clase de invenciones, ya literarias, ya místicas, segun se aplicaban, que llenan nuestras leyendas. Aun en los tiempos del renacimiento de las letras y siguientes, los expresados libros de la India, transmitidos por los persas y árabes, han dado asuntos á los novelistas italianos anteriores y posteriores al Boccacio, y á los fabulistas franceses que precedieron ó siguieron á La-Fontaine, para formar muchas de sus mejores composiciones. Nuestro infante Don Juan Manuel, en el *Conde Lucanor*, á fines del siglo xiv, ya construyó un cuadro semejante á los de origen oriental, pudiendo servirle de pauta alguna traducción castellana del *Calila y Dimna*, anterior á la que conocemos con el título de *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*, ó quizá de la version latina del *Directorium humana vite*, que hizo Juan de Capua, en la tercera cuarta parte del siglo xiii.

Por lo demas, así el romance de Virgilio, como casi todos los de esta seccion, trascienden tanto al espíritu de las fábulas y cuentos de los Troberos, y á sus ideas animadas, festivas y ligeras, que indican haberse ya introducido entre nuestros sabios el orientalismo que las cruzadas comunicaron al norte de Europa, el cual imitamos en fin, aunque mas tarde, y menos directamente que otras naciones.

284.

LA INFANTINA. — I.

(Anónimo ¹.)

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Ibase para Paris,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guia.
La niña desde lo vido
Desta suerte le decia:
— Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida. —
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subírase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desde lo oyera
Dijole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato ²
Y de una malatia;

El hombre que á mí llegase

Malato se tornaria. —

Con temor el caballero

Palabra no respondia,

Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.

— ¿De qué os reis, mi señora?

¿De qué os reis, vida mia?

— Rieme del caballero,

Y de su gran cobardia,

¡ Tener la niña en el campo,

Y catarle cortesía! —

Con vergüenza el caballero

Estas palabras decia:

— Vuelta, vuelta, mi señora,

Que una cosa se me olvida. —

La niña como discreta

Dijo: — Yo no volveria,

Ni persona, aunque volviese;

En mi cuerpo tocaria:

Hija soy del rey de Francia

Y la reina Constantina,

El hombre que á mí llegase

Muy caro le costaria.

(Cancionero de Romances.)

¹ Todo indica que este romance es de origen frances, é imitacion de alguna trova caballeresca. De todas maneras es bellísimo por su natural sencillez, y por la festiva y punzante expresion de sus ideas, tan propia de las crónicas bretonas y de las cantos de los Troberos.

² Malatos, es decir: *gafos* ó *leprosos*.

285.

LA INFANTINA. — II.

(De Rodrigo de Reinosa¹.)

De Francia salió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Perdido lleva el camino
Perdida lleva la guia:
Arrimádose há á un roble
Por atender compañía.
Vido venir un caballero,
Dipuesto es á maravilla:
Comiénzale de fablar,
Tales palabras decia.
— ¿Qué haceis aquí, mi alma?
¿Qué haceis aquí, mi vida? —
Allí habló la doncella:
Bien veréis lo que diria:
— Espero compañía, señor,
Para Francia la bien guarnida. —
Respóndele el caballero:
Tales palabras decia:
— Si te pluguiere, señora,
Conmigo te llevaria:
Si quierdes por mujer,
Si quierdes por amiga. —
La niña, que sola estaba,
Estas palabras decia.
— Pláceme, dijo, señor,
Pláceme, dijo, mi vida:
Diésemes luego la mano
Y luego cabalgaria. —
El caballero le da la mano,
La niña cabalgado habia.
Andando por su camino
De amores la requeria.
Allí habló la doncella,
Bien oíreis lo que decia.
— Está quedo, caballero,
Non fagais tal villanía,
Fija soy de un malato
Que tiene la malatia,
Y quien á mí llegare
Luego se le pegaria,
Que si vos á mí llegades

La vida vos costaría.
Mucho os ruego, señor,
Que me cateis cortesía. —
Y á la salida de un monte
Y asomada de una montiña
El caballero iba seguro,
La niña se sonreía.
Allí habló el caballero,
Bien oíreis lo que decía :
— De qué vos reis, mi alma,
¿ De qué vos reis, mi vida? —
La niña, qu' estaba en salvo,
Aquesto le respondía :
— Rieme del caballero
Y de su gran cobardía,
Que tenía niña en el monte,
Y usaba de cortesía. —
El caballero qu' esto oyó
Ahorcarse quería :
Con gran enojo que tiene
Estas palabras decía :
— Caballero que tal pierdes
¿ Qué pena merecía?
El s' era el alcalde,
El s' era la justicia,
Que le corten pies y manos
Y lo cuelguen de una encina. —
Y el estándose en aquesto
Y que hacerlo quería,
Si no fuera por una fada
Que á hablarle venía :
Las palabras que le dice
Quien quiera se las sabía :
— No desesperes, caballero,
No desesperes de tu vida :
Parte ha Dios grande vitoria
En arte de caballería,
Que con los vivos se sirva á Dios
Y su madre Santa María. —

DESHECHA DEL CABALLERO, QUE DICE CON ENOJO :

— Plega á Dios que á alguno ameís
Como yo, señora, á vos,
Porque rabieis y peneis,
Sin ser conformes los dos :
El se goce y vos rabieis :
El que diga : — ¿ vos qué habeis? —
Vos á él : — ¿ no me quereis? —
Responda : — no puedo veros. —

(Comienza un razonamiento por copias, etc.
Pliego suelto.)

¹ Este romance, que con otras composiciones se halla inserto en el pliego suelto á nombre de Rodrigo de Reinosa, es probable que sea anónimo, porque es común que los editores de esta clase de hojas volantes se den por autores, siendo cuando mas, reformadores de mas antiguos romances. Este y el anterior son no solo hechos sobre el mismo asunto, sino que tambien se copian á veces, aunque difieran en el desenlace. Cual de ellos sea modelo no puede asegurarse, pues uno y otro tienen el carácter de los viejos, aunque en el del número 284 aparece mas perfeccion.

286.

EL CONDE ARNALDOS.

(Anónimo ¹.)

¿ Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
La jarica de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar —

Que la mar ponía en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar :
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes ²,
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar. —
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oíreis lo que dirá :
— Por Dios te ruego, marinero,
Digisme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fué á dar :
— Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va. —

(Cancionero de Romances.)

¹ Lindo romance, que parece hecho en la primera mitad del siglo xv. Quizá se refiere á la batalla de Ponza.

² Aquí en el canto debía pronunciarse haciendo muda la última sílaba, como sucede aun, cuando la gente del campo entona esta clase de romances.

287.

FLORISEO, Y LA REINA DE BOHEMIA.

(De Andres Ortiz ¹.)

* Quien hubiese tal ventura
En haberse de casar
Como la hubo Floriseo
Cuando se fué á desposar,
Que con su grande alegría
No podía reposar,
Y la causa fuese aquesta :
Como l' envió á llamar
Esa noble linda Reina
De Bohemia natural.
El no era perezoso,
Allá la fuera á hablar :
Las rodillas en el suelo
La empezó de interrogar.
— ¿ Qué habeis vos, mi señora,
Flor de toda la beldad,
Que desde el día que os vi
Ya no puedo sosegar?
Socorredme, mi señora,
No perezca d'este mal. —
Y con grande acatamiento
El se la fuera á besar.
— Perdonadme, mi señora,
Pues que sois de tal bondad :
Que los yerros por amor ²
Dignos son de perdonar. —
Ella con grande mesura
Así le fuera á hablar.
— Floriseo, Floriseo,
Yo estoy presta á tu mandar,
Qu' el amor que yo te tengo
Me hace desesperar.
Dóme del todo por tuya
Para contigo casar. —
— Bésoos las manos, señora,
Ella me las quiera dar
Por tan grande beneficio
Como me quiso otorgar.
Yo estoy presto para hacerlo
Y por tal me quiero dar. —
Después con gran alegría

Allí se van á abrazar,
Y á una cama muy hermosa
Se fuéron juntos á holgar,
Y con besos amorosos
Empiezan á retozar.
Allí estuvieron holgando
Hasta la hora de yantar.
Cartas les fueron venidas
Qu' era dolor d'escuchar,
Y lo qu' en ellas venia
A ellos parecia mal:
Qu' ese infante Don Eton
Con el reino alzado se ha.
Floriseo con enojo
Muchas naves mandó armar,
Dándoles muy grande priesa
Para haber de navegar.
Ya las gentes están juntas,
Que querian caminar,
Cuando se iba Floriseo
Para á la Reina hablar.
Y con grande sentimiento
D'ella despedido se ha.
— Abrazadme, mi señora,
Vos me querais abrazar,
Que muy presto seré vuelto;
No vos querais enojar. —
Ella con el gran dolor
No le podia hablar.
— ¡Ah, mi señor Floriseo,
Amador de la bondad,
Y qué triste es la partida
Para mí, y de gran pesar!
Yo rogaré al Rey divino
Que os deje de allá tornar.
— Y á vos, la señora mía,
Tambien os quiera guardar. —
Ya se parte Floriseo
Y empieza de navegar,
Y andando por sus jornadas
Al reino llegado ha.
En medio año que allí estuvo
El reino ganado ha.
Ya se parte Floriseo,
Ya se parte, ya se va
A esa insula encantada,
Que así solian llamar,
Porqu' era muy deleitosa,
Y allí quiere reposar.
Andando por sus jornadas
En ella fuera á aportar,
Y todos los de la isla
A recibirse lo van
Con alegría tan grande
Que no lo puedo contar.
Los suyos hácenle fiesta
Por haberle de alegrar,
Y muy grandes monerías
En un bosque armado han.
Desque lo hubieron corrido,
Riberas del mar se van.
Allí estando el alegría
En pesar tornado se ha,
Porque ya á deshora vino
En un barco por la mar.
Lo qu' en el barco venia
Era cosa de mirar;
Que venia entretejido
Con guirnalda de arrayan,
Y de aquel barco salia
Una musica de amar.
El estándolo mirando
Del barco vieron saltar
Una doncella hermosa
Que cantando iba un cantar.
Las aves que iban volando
Al suelo hacia bajar,
Los peces qu' están nadando
Todos juntos hace estar;

Las naves que van remando
No podian navegar;
Y con este dulce canto
Qu'era gloria d'escuchar
Caballera en un Delfín
Al suelo fuera á saltar,
Fuérase para las tiendas
Y comienza así de hablar.
— ¿Quién es aquí Floriseo,
Que le vengo aquí á buscar,
De parte de mi señora,
Que d'él ha necesidad? —
Floriseo que allí estaba
La empezara de la hablar.
— Yo soy ese, la doncella,
Que vos andais á buscar. —
Ella despues que lo vido
Empezó de hablar.
— Caballero Floriseo,
Pues que sois de tal bondad,
Mi señora á vos me envia
Que la querais mamparar
De una muy grave injuria
Que allá levantado le han;
Pues sabiendo sois acorro,
Y de viudas mamparar,
A vos m'envia, señor,
Que la querais ayudar.
Yo os llevaré con placer
En mi barco á descansar,
Porque aquel que en él camina
No recibe mal pesar.
Por eso, amado señor,
Vámonos allá á holgar. —
Floriseo que esto oyó
Tal respuesta le fué á dar.
— Ay, doncella muy amada,
No me querais vos llevar,
Porque yo estoy de partida,
Y no puedo allá llegar,
Pues voy á Constantinopla
Con el emperador á hablar
De un negocio que me dió
Y que me quiso encargar,
Y he de dalle allí la cuenta,
No puedo d'ello faltar. —
La doncella qu' esto vido
Muy triste tornado se ha,
Porqu' él no iba con ella
Ni ella le podia llevar.
Mas como era muy mañosa
Tal remedio fué á tomar,
Y era que tocó el laud
Y empezara de cantar.
La cancion qu' ella decia
Era gloria d'escuchar:
A todos los que la oían
Adormecido les ha.
Así hizo á Floriseo
Qu' en el suelo vido estar.
Desque lo vido dormido
En el barco lanzado lo ha,
Y su musica tañendo
A un castillo llegado ha.
Su señora que lo supo
Alegre tornado se ha,
Y con grande diligencia
Del batel lo fué á sacar,
Y echándole en una cama
Pensó allí de lo matar.
Un ungüento que le puso
En su acuerdo tornado le ha.
Desque lo vido despierto
D'el se habia enamorado
Y con grande acatamiento
Por su amigo lo ha tomado.
Allí estuvo Floriseo
Placentero y muy amado, —
Por amor de los hechizos

Que le habían encantado. ²⁰⁰
 Muy grande honra le hacia
 Reina Lacivia á su amado,
 En un vergel muy hermoso
 Con él se anda deleitando,
 Y con muy grande vergüenza
 A la cama lo ha llevado.
 Allí estuvieron los dos
 Hasta qu'el sol fué rayado.
 Así quedó Floriseo
 En la menor India encantado :
 Y tornando á las sus gentes
 Desque hobieron despertado,
 Llorando de los sus ojos
 Por los bosques lo han buscado.
 Con muy penosos gemidos
 A la Reina se han tornado.
 — Nuevas traemos, señora,
 De que habreis grande quebranto. —
 La Reina de qu'esto oyera,
 Salto el corazon le ha dado,
 Y con muy grande agonía
 Les habia preguntado.
 Allí hablara Gesipo,
 Bien oireis lo que ha hablado.
 — Señora, n'os enojeis,
 Que Floriseo es encantado,
 Llévaralo una doncella,
 No sabemos á qué cabo. —
 La Reina de qu'esto oyera
 La color se le ha mudado.
 Y con muy grandes suspiros
 Caído habia de su estado.
 — ¡Ay de mi triste, cuitada,
 Que ya he perdido á mi amado!
 ¡Ay fortuna desdichada
 Que muy de mal me has tratado!
 Sin yo te lo merecer
 Mi descanso me has quitado. —
 Su doncella Piromencia
 Se la iba á consolar.
 — No vos enojeis, señora,
 Ni tomades tal pesar,
 Pues que Floriseo es vivo,
 No le queráis vos llorar. —
 Y la Reina qu'esto oyera
 Algo consolado se ha.
 Y ellas estando en aquesto
 Nuevas llegado les han,
 Qu'ese duque Perineo
 Con doce llegado ha
 Caballeros esforzados
 Que la venían á buscar.
 La Reina qu'esto oyera,
 A recibirse los va.
 Allí estuvieron los dos
 Con tristeza y con pesar,
 El uno para su hijo
 Y el otro para su amar.
 Un concierto han tomado,
 Que le fuesen á buscar. ²¹⁰
 Una dueña Perimencia
 D'el nuevas dado les ha,
 Que Floriseo está encantado,
 Qu'en la menor India está.
 Perineo que esto oyera ²⁶⁵
 Muchas gracias dado le ha,
 Porque ya lleva esperanza
 Que lo habia de hallar.
 Y con este buen concierto
 Se empiezan de aparejar
 Y se ponen en camino
 Para haber de irlo á buscar.
 Y tornando á Floriseo
 D'él vos quiero yo contar
 Que como estaba encantado
 No siente donde s'está,
 Salvo que tiene su esfuerzo
 Que no le podría faltar,

Que venció grandes batallas,
 Que es muy grave de contar.
 Así estuvo muy gozoso
 Con la Reina á voluntad.
 Allí tuvieron un hijo
 Que fuera de gran bondad.
 Ellos estando en aquesto
 Allí lo vino á buscar
 Este noble de Filoto
 Que le amaba con verdad.
 Con una voz amorosa
 L'empezó de pescudar.
 — ¡Adónde está Floriseo,
 Que le vengo yo á buscar,
 Y me dicen qu'está aquí
 Y que aquí suele posar? —
 Allí habló una doncella,
 Y empezara de hablar.
 — Entres tú acá, el caballero,
 Que acá dentro le verás. —
 Filoto no se guardando
 En el castillo entrado ha,
 Y en entrando, qu'él entró
 En caballo vuelto se ha,
 Y así estuvo en esta pena
 Hasta Perineo llegar.
 Andando este por sus jornadas
 No cesa de caminar,
 Hasta que por su ventura
 Allá fuera á aportar
 A este puerto de la India,
 Y al castillo fué á llegar.
 Armado de todas armas
 Empezara de hablar.
 — ¡Qu'es de aqueso caballero,
 Que con él me he de matar
 Por las grandes sinrazones
 Qu'en este reino hecho ha? —
 Un portero que lo oyera
 A la Reina dicho lo ha.
 La Reina desque lo supo
 Tomó tristeza y pesar,
 Lo uno porque á Floriseo
 Tan presto lo han de llevar,
 Lo otro, porque entenderia
 Que no habia d'él de gozar;
 Y con gran ira crecida
 A Floriseo fué á enviar
 Para que armas hiciese
 Y al caballero matar,
 Con muy relucientes armas
 Qu'era gloria de mirar.
 Las puertas ya le han abierto
 Para salir á lidiar.
 Su padre que así le vido
 L'empezara de mirar :
 Los ojos llenos de agua
 Empezara así hablar.
 — Aquel es mi Floriseo
 En su cuerpo y menear :
 ¡Oh sin ventura de viejo
 Como tengo gran pesar
 Que tengo delante mi hijo
 Y con él he de lidiar! —
 Y tomando una lanza
 Para habello d'encontrar,
 Danse tan grandes encuentros
 Qu'era dolor de mirar,
 Y andando en su batalla
 El Duque empezó de hablar.
 — Esperaos, caballero,
 Que os quiero un poco hablar,
 Y es que os pido de mesura
 Qu'el yelmo os queráis quitar. —
 Floriseo qu'esto oyera
 Tal respuesta le fué á dar.
 — Que me place, caballero,
 Pláceme de voluntad. —
 Y el Duque desque lo vido

Así le fuera á hablar. —
 — ¡ Oh mi hijo muy amado,
 No me queráis maltratar.
 Que yo soy el vuestro padre,
 Y por vos pasé harto mal! —
 Floriseo no lo oía
 Ni le quería escuchar
 Por amor qu' está encantado,
 Ni sentía bien ni mal.
 Des que aquesto vido el Duque,
 Por su preso dado se ha,
 Y así fuéron al castillo
 Adonde la Reina está.
 Ella con grande alegría
 A recibírselo va.
 Grande honra le hacía
 A Perineo sin dudar,
 Y desencantó á Floriseo
 Por mas á él agradar,
 Y estuvieron muy alegres
 De lo que vieran pasar,
 Que miran hecho al euano
 Mona con mucho corax.
 Así estuvieron viciosos
 Qu'era gloria de mirar,
 Y con grande acatamiento
 D'ella despedido se ha.
 La Reina recibió pena
 Por velle de sí apartar;
 Mas con lágrimas secretas
 Se lo fuera ella á abrazar,
 Y así se fué Floriseo
 Y empieza de caminar.
 Andando por sus jornadas
 A Constantinopla llegado ha.
 Saliendo de un monasterio
 Un caballero vió asomar:
 Llorando venía, llorando,
 Qu' era dolor de mirar.
 Floriseo que lo vido
 Empezóle de hablar:
 — ¿ Qué habeis vos, el caballero?
 No me lo queráis negar.
 — « Es tan grande mi dolor
 Que n'os lo puedo contar,
 Que un duque de Macedonia
 Muy mal parado me ha,
 Que está puesto aquí en un paso
 Para habello de guardar,
 Por amor de una doncella
 De Bohemia natural.
 Hase de casar con ella
 Esta noche, sin dudar. —
 Floriseo qu' esto oyó
 Tomó tristeza y pesar,
 Y con enojo muy grande
 Con él fuera á pelear,
 Y luego con grande esfuerzo
 Lo venció y quiso matar.
 El Emperador con fiesta
 Consigo llevádolo ha,
 Y muy grandes alegrías
 En palacio hecho han,
 Si muy mas bien las sentía
 Esa Reina por amar.
 Allí estuvieron un tiempo
 Por el mas se aconsejar,
 Y despues para su reino
 Muy presto vuelto se han,
 En el cual luego estuvieron
 Con gran gozo y descansar.
 Así acaba este romance
 Dando fin á mi hablar,
 Y yo os ruego, mis lectores
 Que me queráis perdonar.

(Romance nuevamente hecho por ANDRÉS ORTIZ.
 Pliego suelto.)

* Hé aquí una de las pocas composiciones de su género,
 que mencionan y se adornan con encantamientos. Su autor de-

bió haberla escrito imitando los libros caballerescos, cuya lectura se había extendido desde los últimos años del siglo xv. El poeta hizo lo mismo que el que amplió el de la Infantina, número 284, en el número 285.—Igual rudeza de estilo, iguales faltas en la versificación y en el lenguaje, igual negación de arte existe en este y en aquel. De presumir es que este sea también una ampliación de otro mas antiguo que no conocemos. Andrés Ortiz debió ser alguno de aquellos juglares del pueblo, que alteraban y remendaban los romances primitivos.

* Este verso y el siguiente se hallan, como proverbiales que son, también en el romance del Conde de Claros.

288.

DON DUARDOS Y FLERIDA.

(De Gil Vicente *.)

En el mes era de abril,
 De mayo antes un día,
 Cuando los lirios y rosas
 Muestran mas su alegría,
 En la noche mas serena,
 Qu'el cielo hacer podría
 Cuando la hermosa Infanta
 Flérída, ya se partía;
 En la huerta de su padre
 A los árboles decia:
 — Jamas en cuanto viviere
 Os veré tan solo un día,
 Ni cantar los ruiseñores
 En los ramos melodía.
 Quédate adios, agua clara,
 Quédate adios, agua fria,
 Y quedad con Dios, mis flores,
 Mi gloria, que ser solía.
 Voíme á las tierras extrañas,
 Pues ventura allá me guía.
 Si mi padre me buscare,
 Que grande bien me quierá,
 Digan que el amor me lleva,
 Que no fué la culpa mia.
 Tal tema tomó conmigo,
 Que me forzó su porfía.
 Triste no sé dónde voy,
 Ni nadie me lo decia. —
 Allí habló Don Duardos:
 — No lloreis mas, mi alegría,
 Que en los reinos de Inglaterra
 Mas claras aguas habia,
 Y mas hermosos jardines,
 Y vuestros, señora mia:
 Terneis trescientas doncellas
 De alta genealogía;
 De plata son los palacios
 Para vuestra señoría;
 D'esmeraldas y jacintos
 Toda la tapecería;
 Las cámaras ladrilladas
 D'oro fino de Turquía,
 Con letreros esmaltados
 Que cuentan la vida mia,
 Contando vivos dolores
 Que me distedes un día.
 Cuando con Primaleon
 Fuertemente combatía,
 Señora, vos me matastes,
 Que yo á él no lo temia. —
 Sus lágrimas consolaba
 Flérída, que esto oía,
 Y fuéronse á las galeras,
 Que Don Duardos habia:
 Cincuenta eran por todas,
 Todas van en compañía.
 Al son de sus dulces remos
 La Infanta se adormecía
 En brazos de Don Duardos,
 Que bien le pertenecía.
 Sepan cuantos son nacidos
 Aquesta sentencia mia:

«Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía.»

(*Cancionero de Romances.* — II. GIL VICENTE,
Obras de.)

¹ Este romance pertenece á la serie de *Palmerín de Inglaterra*, y su autor termina con él la tragi-comedia de *Don Duados*. Es de fines del siglo xv.

289.

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE DE NARBONA.

(*Anónimo* ¹.)

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancoras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al conde Benalmeniqui.
Deciéndolo de una torre,
Cabálganlo en un rocín,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocín;
Al rocín porque anduviere,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recibir:
— Pésame de vos, señor
Conde, de veros así,
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubisteis en mí;
Y si no bastare, Conde,
Señor, védesme aquí á mí,
— Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir:
Adios, adios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan paladin.

(*Cancionero de Romances.*)

¹ Parece de origen provenzal y de asunto contemporáneo á las Cruzadas.

290.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

(*Anónimo* ¹.)

Bodas hacían en Francia
Allá dentro de París;
¡Cuán bien que goza la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen conde Don Martín!
— ¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?

Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí?
— Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
— Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

(*Cancionero de Romances.* — It. TIMONEDA, *Rosa de amores.*)

¹ Bellísimo romance, lleno de sencillez, cuyo tipo se asemeja mucho al carácter de la poesía de los troberos franceses.

291.

EL PALMERO. — I.

(*Anónimo* ¹.)

De Mérida sale el Palmero²,
De Mérida, esa ciudad:
Los piés llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
Que no valia un reale,
Y debajo traía otra,
¡Bien valia una ciudad!
Que ni rey ni emperador
No alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
De París, esa ciudad:
Ni pregunta por meson
Ni ménos por hospitale:
Pregunta por los palacios
Del rey Carlos á do estae.
Un portero está á la puerta,
Empezóle de hablare:
— Digadesme tú, el portero,
El rey Carlos ¿dónde estae? —
El portero, que lo vido,
Mucho maravillado se hae,
Cómo un romero tan pobre
Por el Rey va á preguntare.
— Digadesmelo, señor,
Deso no tengais pesare.
— En misa está, buen Palmero,
Allá en Sant Juan de Letrane:
Dice misa un arzobispo,
Y la ofícia un cardenale. —
El Palmero que lo oyera
Ibase para Sant Juane:
En entrando por la puerta
Bien vereis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
Y á Santa María su Madre,
Humillóse al arzobispo,
Humillóse al cardenale
Porque decia la misa,
No porque merecia mase:
Humillóse al Emperador
Y á su corona reale,
Humillóse á los doce
Que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
Ni ménos á Don Roldane,
Porque un sobrino que tienen
En poder de moros estae,
Y pudiéndolo hacer
No lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
De que aquesto vió Roldane,
Sacan ambos las espadas,
Para el Palmero se vane.
Con su bordon el Palmero
Su cuerpo va á mamparare.
Allí hablara el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae:

— Tate, tate, Oliveros,
Tate, tate, Don Roldane,
O este Palmero es loco,
O viene de sangre reale. —
Tomárale por la mano,
Y empiézale de hablare :
— Digasme tú, el Palmero,
No me niegues la verdade,
¿ En qué año y en qué mes
Pasaste aguas de la mare?
— De mayo en el mes, señor,
Yo las fuera á pasare.
Porque yo me estaba un dia
A orillas de la mare
En el huerto de mi padre
Por haberme de holgare :
Captiváronme los moros,
Pasáronme allende el mare.
A la infanta de Sansueña
Me fuéron á presentare ;
La Infanta cuando me vido
De mí se fué á enamorare.
La vida que yo tenia,
Rey, quíeroosla yo contare.
En la su mesa comia,
Y en su cama me iba á echare. —
Allí hablara el buen Rey,
Bien oíreis lo que dirae :
— Tal captividad como esa
Quien quiera la tomarae :
Digasme tú, el Palmerico,
¿ Si la iria yo á ganare?
— No vades allá, el buen Rey,
Buen Rey, no vades allae,
Porque Mérida es muy fuerte,
Bien se vos defenderae.
Trescientos castillos tiene,
Que es cosa de los mirare,
Que el menor de todos ellos
Bien se os defenderae. —
Allí hablara Oliveros,
Allí habló Don Roldane :
— Miente, señor, el Palmero,
Miente, y no dice verdade,
Que en Mérida no hay cien castillos,
Ni noventa á mi pensare,
Y estos que Mérida tiene
No tien quien los defensare,
Que ni tenían señor,
Ni ménos quien los guardare. —
Desque aquesto oyó el Palmero
Movido con gran pesare,
Alzó su mano derecha,
Dió un bofetón á Roldane.
Allí hablara el Rey
Con furia y con gran pesare :
— Tomalde, la mi justicia,
Y llevédeslo á ahorcare. —
Tomádolo ha la justicia
Para habello de justiciare ;
Y aun allá al pié de la borca
El Palmero fuera hablare :
— ¡ Oh mal hubieses, rey Carlos !
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare. —
Oídolo habia la Reina
Que se lo paró á mirare :
— Dejédeslo, la justicia,
No le querais hacer male,
Que si él era mi hijo
Encubrir no se podrae,
Que en un lado ha de tener
Un extremado lunare. —
Ya le llevan á la Reina,
Ya se lo van á llevare :
Desnúdanle una esclavina
Que no valia un reale ;
Ya le desnudaban otra

Que valia una ciudade :
Halládole han al Infante,
Halládole han la señaie.
Alegrias que se hicieron
No hay quien las pueda contare.

(Cancionero de Romances. — II. Floresta de
vários Romances.)

¹ Asunto caballeresco de los *Doce Pares*, entre cuyos romances pudo colocarse. — Pertenece sin duda á los viejos de su clase, y reasumiendo hechos y situaciones propias de ella, presenta mucho interes. Entre las muchas historias fabulosas de Carlo Magno, no he visto ninguna que contenga el lance de que este romance trata, y así no será extraño que el juglar que le compuso fuese inventor de él, ó lo tomase de algun cuento popular.

² *Palmero* se llamaba al que peregrinaba á la Tierra Santa, á diferencia del que á Santiago ó Compostela, al cual se lo decia *Romero*

292.

EL PALMERO. — II.

(Anónimo ¹.)

En los tiempos que me vi
Mas alegre y plentero,
Yo me partiera de Burgos
Para ir á Valladolid :
Encontré con un Palmero,
Quien me hablo, y dijo así :
— ¿ Dónde vas tú, el desdichado?
¿ Dónde vas ? ; triste de ti !
Oh persona desgraciada,
En mal punto te conocí !
Muerta es tu enamorada,
Muerta es, que yo la vi ;
Las andas en que la llevan
De negro las vi cubrir,
Los responsos que le dicen
Yo los ayudé á decir :
Siete condes la lloraban,
Caballeros mas de mil,
Llorábanla sus doncellas,
Llorando dicen así :
« ¡ Triste de aquel caballero
Que tal pérdida pierde aquí ! » —
Desque aquesto oí, mezquino,
En tierra muerto caí,
Y por mas de doce horas
No tornara, triste, en mí.
Desque hube retornado
A la sepultura fui,
Con lágrimas de mis ojos
Llorando decia así :
— Acógeme, mi señora,
Acógeme á par de ti. —
Al cabo de la sepultura
Esta triste voz oí :
— Vive, vive, enamorado,
Vive, pues que yo morí :
Dios te dé ventura en armas,
Y en amor otro que sí,
Que el cuerpo come la tierra,
Y el alma pena por ti. —

(SERPÚLVA, Romances nuevamente sacados, etc.)

¹ Semialejórico parece este romance, y de aquellos que en el siglo xv empezaron á imitar la poesia de los provenzales. Pertenece á la clase de amorosos, tan bien como á la de caballerescos.

293.

DON BERNALDINO.

(Anónimo ¹.)

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su ámlga visitar,
Da voces á los sus pajes,

Que vestir le quieran dar.
 Dábanle calzas de grana,
 Borceguis de cordobán,
 Un jubón rico broslado,
 Que en la corte no hay su par;
 Dábanle una rica gorra,
 Que no se podría apreciar,
 Con una letra que dice:
 «Mi gloria por bien amar.»
 La riqueza de su manto
 No os la sabría yo contar;
 Sayo de oro de martillo
 Que nunca se vió su igual.
 Una blanca hacanea
 Mandó luego ataviar,
 Con quince mozos de espuelas
 Que le van acompañar.
 Ocho pajes van con él,
 Los otros mandó tornar;
 De morado y amarillo
 Es su vestir y calzar.
 Allegado han á las puertas
 Do su amiga solía estar;
 Hallan las puertas cerradas,
 Empiezan de preguntar:
 — ¿Dónde está Doña Leonor
 La que aquí solía morar? —
 Respondió un maldito viejo,
 Que él luego mandó matar.
 — Su padre se la llevó
 Lejas tierras á habitar. —
 El rasga sus vestiduras
 Con enojo y gran pesar,
 Y volvióse á los palacios
 Donde solía reposar:
 Puso una espada á sus pechos
 Por sus días acabar.
 Un su amigo que lo supo
 Ventalo á consolar,
 Y en entrando por la puerta
 Vidolo tendido estar.
 Empieza á dar tales voces,
 Que al cielo quieren llegar;
 Vienen todos sus vasallos,
 Procuran de lo enterrar
 En un rico monumento
 Todo hecho de cristal,
 En torno del cual se puso
 Un letrero singular:
 «Aquí está Don Bernaldino,
 » Que murió por bien amar.»

(Cancionero de Romances.)

¹ Acaso se refiere este romance á Don Bernaldino de Riveiro, caballero portugués y autor de la novela intitulada *Menina e Moza*, del cual se cuentan ciertos amores que tuvo con una real y gran señora. Pudo escribirse á fines del siglo xv.

294.

EL INFANTE VENGADOR.

(Anónimo ¹.)

Helo, helo por do viene
 El infante vengador,
 Caballero á la gineta
 En caballo corredor,
 Su manto revuelto al brazo,
 Demudada la color,
 Y en la su mano derecha
 Un venablo cortador.
 Con la punta del venablo
 Sacaría un arador.
 Siete veces fué templado
 En la sangre de un dragon,
 Y otras tantas fué afilado
 Porque cortase mejor:
 El hierro fué hecho en Francia,
 Y el asta en Aragon:

Perfilándose iba
 En las alas de su halcón.
 Iba á buscar á Don Cuadros,
 A Don Cuadros el traidor,
 Y allá le fuera á hallar
 Junto del Emperador.
 La vara tiene en la mano,
 Que era justicia mayor.
 Siete veces lo pensaba,
 Si le tiraría ó no,
 Y al cabo de las ocho
 El venablo le arrojó.
 Por dar al dicho Don Cuadros
 Dado ha al Emperador:
 Pasado le ha manto y sayo
 Que era de un tornasol,
 Por el suelo ladrillado
 Mas de un palmo le metió.
 Allí le habló el Rey,
 Bien oiréis lo que habló:
 — ¿Por qué me tiraste, infante?
 ¿Por qué me tiras, traidor?
 — Perdoneme tu Alteza,
 Que no tiraba á ti, no:
 Tiraba al traidor de Cuadros;
 Ese falso engañador,
 Que de siete hermanos que tenía,
 No ha dejado, si á mí no:
 Por eso delante ti,
 Buen Rey, lo desafío yo. —
 Todos fian á Don Cuadros,
 Y al infante no fian, no,
 Si no fuera una doncella,
 Hija es del Emperador,
 Que los tomó por la mano,
 Y en el campo los metió.
 A los primeros encuentros
 Cuadros en tierra cayó.
 Apeárase el infante,
 La cabeza le cortó,
 Y tomárala en su lanza,
 Y al buen Rey la presentó.
 De que aquesto vido el Rey
 Con su hija le casó.

(Cancionero de Romances.)

¹ Es uno de los buenos y bien escritos romances viejos caballerescos que tenemos, y que no desmiente su origen.

295.

LA INFANTA ENCANTADA.

(Anónimo ¹.)

A cazar va el caballero,
 A cazar como solía;
 Los perros lleva cansados,
 El falcon perdido había,
 Arrimárase á un roble,
 Alto es á maravilla.
 En una rama mas alta,
 Viera estar una Infantina;
 Cabellos de su cabeza
 Todo aquel roble cobrian.
 — No te espantes, caballero,
 Ni tengas tamaña grima,
 Hija soy yo del buen Rey
 Y la Reina de Castilla:
 Siete fadas me fadaron
 En brazos de una ama mía,
 Que andase los siete años
 Sola en esta montiña.
 Hoy se cumplan los siete años,
 O mañana en aquel día:
 Por Dios te ruego, caballero,
 Lléveme en tu compañía,
 Si quisieres por mujer,
 Si no, sea por amiga.
 — Esperáisme vos, señora,

Hasta mañana, aquel día,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenía. —
La niña le respondiera,
Y estas palabras decía:
— ¡Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña! —
El se va á tomar consejo,
Y ella queda en la montaña.
Aconsejole su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallara la Infantina:
Vidola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caía:
Desde que en sí hubo tornado
Estas palabras decía:
— Caballero que tal pierdes,
Muy gran pena merecía:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

(Cancionero de Romances.)

¹ También este antiguo romance parece del mismo origen y una imitación del primero de la *Infantina*, núm. 284. En ambos se ve un caballero tímido, que pierde la ocasión de gozar una dama que buscaba apoyo en él. La Fontaine pudo tomar en ellos, ó en algún cuento popular, la idea de uno de los suyos más célebres y festivos.

296.

RICO FRANCO.

(Anónimo ¹.)

A caza iban, á caza,
Los cazadores del Rey,
No hallaban en ellos caza,
Ni hallaban que traer.
Perdido habían los falcones,
¡Mal los amenaza el Rey!
Arrimáranse á un castillo
Que se llamaba Maynes.
Dentro estaba una doncella
Muy hermosa y muy cortes;
Siete condes la demandan,
Y así hacen reyes tres.
Robárala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
Llorando iba la doncella
De sus ojos tan cortes.
Halácala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
— Si lloras tú padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.
— Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
Vuestro cuchillo lugues,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer. —
Rico Franco de cortese
Por las cachas lo fué tender;
La doncella que era artera
Por los pechos se lo fué á meter:
Así vengó padre y madre,
Y aun hermanos todos tres.

(Cancionero de Romances.)

¹ Respira este romance el espíritu feudal que daba margen á las violencias del fuerte contra el débil.

297.

EL MEZQUINO AMADOR.

(De Juan de Encina ¹.)

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto,
Aforradas en sayal,
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Y llorando, á pié descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mujeres,
Por nunca se consolar,
Con otro nuevo cuidado
Que le hiciese olvidar
La memoria de su amiga,
Que murió sin la gozar.
Va buscar las tierras solas
Para en ellas habitar.
En una montaña espesa,
No cercana de lugar,
Hizo casa de tristura;
¡Que es dolor de la nombrar!
De una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y también negra la cal:
Las tejas puso leonadas
Sobre tablas de pesar;
El suelo hizo de plomo,
Porque es pardillo metal,
Las puertas chapadas dello
Por su trabajo mostrar,
Y sembró por cima el suelo
Secas hojas de parral;
Que á do no se esperan bienes,
Esperanza no ha de estar.
En aquesta casa oscura,
Que hizo para penar,
Hace mas estrecha vida
Que los frailes del Pualar,
Que duermen sobre sarmientos,
Y aquellos son su manjar:
Lo que llora es lo que bebe,
Y aquello torna á llorar.
No mas de una vez al día
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar:
Un dosel de blanca seda
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con cánfura betunado,
De raso blanco el frontal.
Puso el bulto de su amiga
En él por le contemplar,
El cuerpo de plata fina,
El rostro era de cristal;
Un brial vestido blanco
De damasco singular;
Mongil de blanco brocado,
Forrado en blanco cendal,
Sembrado de lunas llenas,
Señal de casta final.
En la cabeza le puso
Una corona real
Guarnecida de castañas
Cogidas del castañal.
Lo que dice la castaña
Es cosa muy de notar;
Las cinco letras primeras
El nombre de la sin par.
Murió de veinte y dos años
Por mas lástima dejar.
La su gentil hermosura
¿Quién es que la sepa loar?

Que es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar.
En lo que él pasa su vida
Es en el siempre mirar :
Cerró la puerta al placer ,
Abrió la puerta al pesar ,
Abrióla para quedarse ,
Pero no para tornarse .

(JUAN DEL ENCINA, *Cancionero de*.—It. *Cancionero general*.—It. *Cancionero de Romances*.)

¹ Romance alegórico del siglo xv, y de aquellos que traen su origen de la poesía provenzal. También puede considerarse como de amores.

298.

EL ADULTERO CASTIGADO.

(Anónimo ¹.)

Blanca sois, señora mía,
Mas que no el rayo del sol :
¿ Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor ?
Que siete años había, siete
¿ Que no me desarmo, no !
Mas negras tengo mis carnes
Que no un tiznado carbon
— Dormidla, señor, dormidla,
Desarmado sin temor ,
Que el Conde es ido á la caza
A los montes de Leon.
— Rabia le mate los perros,
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta casa
A él arrastre el moron. —
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó :
— ¿ Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor ?
— Señor, peino mis cabellos,
Peínolos con gran dolor ,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.
— Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion :
¿ Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó ?
— Señor, era de mi padre ,
Y enviolo para vos.
— ¿ Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor ?
— Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
— ¿ Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo ?
— Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde ,
Bien os la merezco yo.

(Cancionero de Romances.)

¹ Aun á fines del siglo xviii era muy popular una canción al mismo asunto, cuya primera copla decía :

Mañanita de San Juan
Antes de salir el sol
Me echaron una enramada
De cogollos de limon.

Que don, que don, don, don.

No puede negarse á este romance un estilo seductor é interesante. En él se pintan con vivos colores las costumbres y el pundonor castellanos, y su fin trágico es una muestra de hasta qué punto se llevaba entre nosotros. Calderon, en sus dos célebres comedias, intitulada la una *A secreto agravio secreta venganza*, y la otra *El médico de su honra*, no hizo mas que poner en acción el sentimiento moral que respira este romance viejo.

299.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

¡ Ay qué linda que eres, Alba,
Mas linda que no la flor !
¿ Quién contigo la durmiese
Una noche sin temor !
Que no lo supiese Albertos
Ese tu primero amor.
— A caza es ido, á caza
A los montes de Leon.
— Si á caza es ido, señora,
Cáigale mi maldición ;
Rabia le mate los perros,
Aguillillas el falcon,
Lanzada de moro izquierdo
Le traspase el corazon.
— Apead, conde Don Grifos,
Porque hace gran calor.
¿ Lindas manos teneis conde !
¿ Ay cuán flaco estáis, señor !
— No os maravilleis, mi vida,
Que muero por vuestro amor ,
Y por bien que pene y muera
No alcanzo ningun favor. —
En aquesto estando, Albertos
Toca á la puerta mayor.
— ¿ Dónde os pondré yo, Don Grifos,
Por hacer salvo mi honor ? —
Tomáralo de la mano
Y subiolo á un mirador,
Y bajóse á abrir á Albertos
Muy de presto y sin sabor.
— ¿ Qué es lo que teneis, señora ?
¿ Mudada estáis de color !
¿ O habeis bebido del vino,
O teneis celado amor !
— En verdad, amigo Albertos,
No tengo d'eso pavor,
Sino que perdí las llaves,
Las llaves del mirador.
— No tomeis enojo, Alba,
D'eso no tomeis rancor,
Que si de plata eran ellas,
De oro las haré mejor.
¿ Cuyas son aquellas armas
Que tienen tal resplandor. —
Vuestras, que hoy, señor Albertos,
Las limpió d'ese tenor.
— ¿ De quién es aquel caballo
Que siento relinchador ? —
Cuando Alba aquesto oyera
Cayó muerta de temor.

(Cancionero, flor de enamorados.)

¹ Al leer este romance y el que precede, tan sencillos, tan naturales é inartificiosos, parece que uno se ha trasladado al hogar doméstico, cual era en los siglos medios. Se pinta en ellos una escena de las galanterías del tiempo, con las consecuencias que las imponía el punto de honor, cuando eran descubiertas por un marido. ¡ Muy antiguos deben de ser estos romances, aunque se traslucen haberse modernizado un tanto su lenguaje !

300.

LA CONSTANCIA.

(Anónimo.)

Mis arreos son las armas ¹,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras penas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son oscuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas
Ha por bien de me dañar
Andando de sierra en sierra

Por orillas de la mar,
 Por probar si en mi ventura
 Hay lugar donde avadar.
 Pero por vos, mi señora,
 Todo se ha de comportar.

(Cancionero de Romances.)

¹ Los cuatro primeros versos de este fragmento de un romance viejo, se hallan también entre los del que dice: *Moriana en un castillo*.

301.

EL AMANTE DESPECHADO.

(Anónimo¹.)

—Compañero, compañero,
 Casóse mi linda amiga,
 Casóse con un villano
 Que es lo que mas me dolía.
 Irme quiero á tornar moro.
 Allende la morería:
 Cristiano que allá pasare
 Yo le quitaré la vida.
 —No lo hagas, compañero,
 No lo hagas por tu vida,
 De tres hermanas que tengo
 Darte he yo la mas garrida,
 Si la quieres por mujer,
 Si la quieres por amiga.
 —Ni la quiero por mujer,
 Ni la quiero por amiga,
 Pues que no pude gozar
 De aquella que mas quería.

(Cancionero de Romances.)

¹ También es un fragmento de otro romance.

302.

EL BAÑO EN EL JORDAN.

(Anónimo¹.)

—Malas mañas habeis, tío,
 No las podeis olvidar:
 Mas precias matar un puerco
 Que ganar una ciudad.
 Vuestros hijos y mujer
 En poder de moros vane,
 Los hijos en una cebra,
 Y la madre en un cordale.
 La mujer dice: — ¡ay marido! —
 Los hijos dicen: — ¡ay padre! —
 De lástima que les hube
 Yo se los fuera á quitar;
 Heridas traigo de muerte,
 Dellas no puedo escapare.
 Apretádmelas, mi tío,
 Con tocas de caminar. —
 Ya le aprieta las heridas,
 Comienzan de caminar.
 A vuelta de su cabeza
 Caido lo vido estare,
 Allí se le fué á caer
 Dentro del río Jordane:
 Como fué dentro caído,
 Sano le vió levantare.

(Cancionero de Romances.)

¹ No es dudoso que el asunto de este romance viejo pertenece al tiempo de las Cruzadas.

303.

EL AUSENTE. — I.

(Anónimo. — Acabado por Alonso de Cardona.)

Triste estaba el caballero,
 Triste está sin alegría,
 Con lágrimas y sospiros
 A grandes voces decia:
 — ¡Qué fuerza pudo apartarme
 De veros, señora mía?
 ¿Cómo vivo siendo ausente
 De la gloria que tenía?
 Con los ojos de mi alma
 Os contemplo noche y día,
 Y con estos que os miraba
 Lloro el mal que padecía.
 Maldigo la triste ausencia,
 Alabo mi fantasía,
 Porque en ella resplandece
 Lo que tanto ver quería.
 Aquí se aviva mi pena,
 Y esfuézzala mi porfía
 Del fuego de mi deseo,
 Que en mis entrañas ardía.

(Cancionero general. — It. Cancionero de Romances.)

304.

EL AUSENTE. — II.

(Anónimo¹.)

Triste estaba el caballero
 Triste está sin alegría
 Pensando en su corazón
 Las cosas que mas quería:
 Llorando de los sus ojos
 De la su boca decia:
 — ¡Qué es de tí, todo mi bien?
 ¿Qué es de tí, señora mía?
 Mi alma te va buscando:
 Yo solo sin compañía
 Quedó triste deseando
 Dos mil muertes cada día.
 Tuyo soy, á ti me di:
 Pues dime, ¿quien me desvía
 De ventura tan loada
 Como la que yo tenía
 En servirte, mi señora?
 Y agora que no te oía
 Hállome ménos conmigo
 La libertad que tenía.
 Tú me tienes, tú me dejas:
 ¿Con quién me consolaria?
 Que si tú no me consuelas,
 La vida me desafia,
 A quedar captivo y ciego,
 Mas sin mí, que no solia. —

DESHECHA.

Cuidado, no me congojes,
 Pues no dura
 La vida do no hay ventura.
 Harto estoy, ¡desventurado!
 De llorar mis días buenos:
 Ya tus males son ajenos,
 ¡Déjame, por Dios, cuidado,
 No me aquejes ni congojes,
 Pues no dura
 La vida do no hay ventura!

(Cancionero general. — It. Cancionero de Romances.)

¹ Este romance y el que le precede corresponden mas bien á la clase de enamorados que á la de caballerosos. El último es casi una amplificación del primero, y ambos son de poetas cortesanos, pertenecientes al último tercio del siglo xv.

305.

LA DAMA DEL CONDE ALEMAN.

(Anónimo ¹.)

A tan alta va la luna
 Como el sol á mediodía,
 Cuando el buen Conde aleman
 Con esa dama dormía.
 No lo sabe hombre nacido
 De cuantos en corte había,
 Si no sofo era la Infanta,
 Aquesa Infanta su hija.
 Así su madre la hablaba,
 Desta manera decía:
 — Cuanto viéredes Infanta,
 Cuanto vierdes encobridlo:
 Daros ha el Conde aleman
 Un manto de oro fino.
 — ¡Mal fuego le queme, madre,
 Ese manto de oro fino,
 Cuando en vida de mi padre
 Tuviese padrastro vivo! —
 De allí se fuera llorando:
 El Rey su padre la ha visto.
 — ¡Por qué llorais, la Infanta?
 Decid ¿quién llorar os hizo?
 — Yo me estaba aquí comiendo
 Comiendo sopas en vino;
 Entró el Conde aleman
 Y echólas por el vestido.
 — Calleis, mi hija, calleis;
 No tomeis de eso pesar.
 Que el conde es niño y mochacho;
 Hacerlo ha por burlar.
 — ¡Mal fuego quemase, padre,
 Tal reir y tal burlar!
 Cuando me tomó en sus brazos
 Conmigo quiso holgar.
 — Si él os tomó en sus brazos,
 Y con vos quiso holgar,
 En antes que el sol saliese
 Yo le mandaré matar.

(Cancionero de Romances.)

¹ Tiené este romance antiquísimo alguna analogía con el histórico del conde Garcí-Fernandez; pero uno y otro mas parecen tomados de una fábula caballeresca, que no de un hecho verdadero.

306.

LOS DESLICES DE AMOR. — I.

(Anónimo ¹.)

— Tiempo es, el caballero,
 Tiempo es de andar de aquí,
 Que me crece la barriga,
 Y se me acorta el vestir.
 Vergüenza he de mis doncellas,
 Las que me dan el vestir,
 Miranse unas á otras,
 Y no hacen sino reir.
 Si teneis algun castillo
 Donde nos podamos ir,
 Si sabeis de alguna dueña
 Que me lo ayude á parir.
 — Paridlo vos, mi señora,
 Que así hizo mi madre á mí,
 Hijo soy de un labrador
 Que el cavar es su vivir. —

(Cancionero de Romances.)

¹ Tanto este como el que le sigue deben ser fragmentos de alguno mas completo y anterior.

307.

DESLICES DE AMOR. — II.

(Anónimo ¹.)

Tiempo es, el caballero,
 Tiempo es de andar aquí,
 Que ni puedo andar en pié,
 Ni al Emperador servir,
 Pues me crece la barriga
 Y se me acorta el vestir:
 Vergüenza he de mis doncellas,
 Las que me dan el vestir;
 Miranse unas á otras,
 No hacen sino reir:
 Vergüenza he de mis caballeros,
 Los que sirven ante mí.
 — Lloradlo, dijo, señora,
 Que así hizo mi madre á mí;
 Hijo soy de un labrador,
 Mi madre y yo pan vendi. —
 La Infanta desde esto oyera
 Comenzóse á maldecir:
 — ¡Maldita sea la doncella
 Que se deja seducir!
 — No os maldigais vos, señora,
 No os queráis vos maldecir,
 Que hijo soy del rey de Francia,
 Mi madre es Doña Beatriz:
 Cien castillos tengo en Francia,
 Señora, para os guarir,
 Cien doncellas me los guardan,
 Señora, para os servir.

(Coplas contra las rameras etc., Pliego suelto.)

¹ Véase la nota del anterior.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA DE LA INFANTINA,
 ET DE COMO EL INFANTE DE HONGRIA LA FIZO
 SU NAMORADA ANTE CON ELLA CASAR.

308.

LA INFANTINA DE FRANCIA. — I.

(Anónimo.)

Grandes fiestas se publican
 En Francia la naturale;
 Van faser unos torneos
 En Paris la grand cibdade,
 Por casar esa Infantina
 La hija del Emperante.
 Todos la casar queren,
 Et ella non quier casare,
 Magüer que su padre es viejo
 Et lo habie de feredare.
 ¡Muy horaña era la niña,
 Muy horaña por demase!
 De altiveza muy sobrada,
 De soberbia otro que tale.
 Siete fadas la fadaron
 N'ella su hora natale:
 Fueran seis las fadas blancas,
 Una negra por su male.
 Dellas las seis la fisieron
 Apuesta, linda é cabale,
 Fuera la negra que la ha
 Malquerencia por su padre.
 Fisola esta burladora,
 Soberbia, que non ha pare,
 Ca coidaba de tal guisa
 Su escarnimiento vengare,
 Poniendo que para nunca
 Home nascido ha de amare
 Si non aquel, que villano
 La sopiese domeñare.
 En fermosura cresce
 La Infantina sin cesare;

Mas sobrábase en desdenos,
E amores non quier tomare.
Non falla, non, quien le plazca
Dende el Rey fasta el zagale:
A ningund las cortesía,
A ningund torna el fablare,
E á quien demanda somiso
Mas esquivá va á negare.

Al pregon de los torneos
A Paris iban llegare
Muchos nobles caballeros
Infanzones de solare,
Que de lueñe traen su via
Por la tierra, por el mare.
Fiestas fassen muy locidas
Que n' el mundo non han pare,
Por conquistar de la niña
La refasia volutate.
; Quién muestra apuestas libreas,
; Quién ricas preseas trae,
; Quién penas de mil colores
En los yelmos va sacare,
E quién con luscientes armas
Se arrea por le agradare!
; Quién coplas é quien decires
Va trobando sin cesare
Asmando así cativar
La que libre solie estare!
Esto que viera la niña
Non faze si non burlare:
Amenguábales á todos
A cual ménos, á cual mase:
Fueras un buen caballero
Que es de Hongría naturale,
Fijo del Rey de la tierra
Muy apuesto é muy cabale.
Vidole romper las lanzas,
E con la espada lidiare,
Fasiendo catar la tierra,
A cuantos iba topare.
Vidole de armas armado
Faser los homes tremblare,
E con arreos de corte
A las dueñas cativare.
En las salas del palacio
Vidole gentil danzare,
Tanto apuesto é mesurado,
Que era mucho de notare.
Vidole jugar las tablas
E los dados libérale,
Contino el gesto plasciente
N' el perder, ó n' el ganare.
Oidole ha decir decires,
Otro sí, coplas cantare,
Que al corazon iban drechas
Por en amor le abrasare.
Como la Infanta non falla
Cosa que le reprochare,
Cordojo tomara asaz,
Mal cordojo le fué á dare,
Ca fucia ya non ha
Que en mengua le habie fallare
De ira et de rabia plañie,
De sus labros saca sangre:
Allegóse ende una dueña
Desque así la vido estare,
E dijol' con voz somisa:
Aquesto la fué á fablare.

Fabla la Dueña.

— Infantina, la Infantina,
La que hobe yo á criare,
E la leche de mis pechos
La diera para mamare:
Non tan cedo desmayedes,
Non vayades desmayare,
Ca non es home en la tierra
Do fallesta algund errare.
Catástedes al garzon

N' el campo bien lidiare;
En la corte é los palacios
Bien jugare, et bien danzare:
Cuerdo en los sabios decires,
Las sus trovas bien trovere,
Et á las apuestas damas
Cortesmente cativare.
Paredes mientes, mi señora,
Qu' en al le habedes probare,
Et vo fio esta vegada,
Falleis vuestro deseare.
Cedo mandédes le fija
Vos servir en los vauitares,
Do magüer vezado sea
Non fallará de pecare. —
Conforte toma la niña
De su dueña n' el fablare,
E sin mas se retardar
Ansi lo fiso ordenare;

Ya manda sus mensajeros,
De prisa, non de vagare,
Porque con dulces palabras
Le trujiesen al Infante.

Ya se parten, ya se van
De prisa, non de vagare,
Et de la niña el recaudo
Al buen caballero dane;
El cual desque l' hovo oido
Sin un punto mas tardare
Homilmente el mandamiento
De la Infanta fué á acatare.

Llegado que fué al palacio
A do la Infantina yace,
Con muy gentil apostura
Diz que está allí á su mandare:
La cual desque así lo viera,
Dijo, le fiso llamare,
Por tenelle compañía
En sus mesas á yantare.

Asentádose ha la niña,
E cabe d'ella el Infante,
Que con gentil continente
La servie los manjares.
Bien partie las viandas,
Bien las aves fué á trinchare,
Bien escanciaba las copas
Para los vinos brindare.
Atanto bien lo fasie
Que non era de dubdare
Ser muy vezado en servir
Banquetes en mesas reales.

La Infantina qu' esto viera,
Abscondie su pesare,
Bien así como quien quiere
Su mal querencia celare;
E como faze la sierpe
Que entre flores suele estare
Para mejor su veneno
Al enemigo lanzare.

Pensando se está la niña
Qué faser en caso tale,
Fasta qu' en coita tamaña
Esto fué á determinare.
Endereza al caballero
Benino et dulce mirare,
Magüer que su corazon
En ira rabiosa arde.
E apos con su lindo pié
Fué el del garzon á topare,
E con falaguera risa
Sus ojos fuera á bajare;
El cual que non atendie
Tal falsía, ó favor tale,
Seyendo todo sorpreso
Comenzóse de turbare,
E como turbado estuvo
En su barba fué á posare
Un poquillejo de arroz
Que á su boca iba llevar.

Viérades y la Infantina
 Su grande placer celare,
 Mostrando muy grave enojo
 De aquello que mas le place.
 Viérades la que comienza
 Con grande furia á gridare
 Por sus dueñas é escoderos
 Que acuden á su llamare.
 Desque fuéron ayuntados,
 Sin un punto mas tardare,
 Ansi les fuera á decir,
 A tal les iba fablare.

Fabla la Infantina.

—Tirad de aqui ese villano,
 Tirad ese mal joglare,
 Tiradle de mi presencia;
 Con los suyos vaya estare,
 Que non val para servir,
 Nin yantar en mesas reales:
 «Ca non viene de señor
 »Quien yanta como pastor.»—

309.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—II.

(Anónimo.)

Ya se parte el caballero,
 Ya el caballero partie
 Quérelloso de se ver
 Escarnido cual se vie.
 En su baldon para mientes
 Y d' el vengar se querie,
 E jura de se vengar,
 De se vengar si podie.
 Cabalgando en su caballo
 Por las breñas se metie,
 Et non en al se curaba
 Si non que fugir querie.
 Como el seso tien menguado
 Allí la via perdie,
 E ya su nobre bridon
 Muerto en la tierra yacie.
 Entrado se ha por los bosques
 Sin coidar á do se irie,
 E la su espada é sus armas
 Las tiraba et las rompie,
 Magüer que tantas batallas
 Con ellas vencido habie.
 Plaüendo está de su fado,
 Del su fado maldescie,
 E con voz mustia é penada
 Aqueste refran decie:
 «No como nobre señor,
 »Vengar hème cual pastor.»
 E á pos que le repitiera
 Todo con rabia se ardie:
 Pone gridos fasta el ciélo,
 Con los riscos se ferie,
 E magüer que de sus venas
 La nobre sangre corrie,
 Non siente non los dolores
 De feridas que tenie.

Quando él en aquesto estando,
 Dos palomas que venien
 Se posaron en las ramas
 De un verde laurel que y habie.
 En pos d'ellas gavilane
 Cauteloso las seguie,
 Que para faser su presa
 La ocasion solo atendie.
 Viérades el caballero,
 Magüer mal despecho habie
 Contra amores que le apenan,
 Que á grand duelo se movie.
 Levantóse de la tierra,
 De la tierra do yacie,
 Por libralas del mal fado,

Del mal fado que las sigue.
 Toma una piedra en la mano;
 Fuertemente la despide
 Contra aquel mal gavilane
 Que muerto al punto caie.
 Recordaron las palomas
 Que en al mientes non ponien
 Si non fuera en sus amores,
 Tan dolces, tan apascibles.
 Libres ya de tanto riesgo
 Por los aires se sobien
 Fasiendo al laurel testigo
 Del bien que alli rescebien.
 Mustio queda el caballero,
 Mustio mas que ante solie,
 Cuidando de aquel refran
 Que allá entre si repetie.
 «Non como nobre señor,
 »Vengar heme cual pastor.»

El sol dejaba la tierra,
 La luna non parescie,
 Quando el Infante sañoso
 Por la montiña partie.
 Ya se parte, ya se va,
 Sin coidar adonde irie:
 Ya en una cueva se esconde,
 Ya en la cueva se escondie,
 E laso de atal penar
 Muy cedo se adormescie.
 Soñando se está, soñando
 De l' afrenta que sofrie,
 E de aquel triste refran
 Que contino repetie:
 «Non como nobre señor,
 »Vengar heme cual pastor.»

Aparescido le ha en sueños
 La paloma que venie,
 Que en una fermosa dueña
 Luego trocado se habie.
 Blanca é rubia era la dueña
 Como sol que amanescie,
 E de los sus lindos ojos
 Muchas luces despedie,
 Con que la cueva quedara
 Clara cual sol que luscie.
 En él su gesto aplaciente
 Grande conforte traie,
 Et dino era de escochar
 Lo que la dueña decie.

Fabla de la Fada.

—Caballero, caballero,
 Que tanto bien me fasie,
 Recordá cedo á mis voces,
 Que yo por bien lo tenie.
 Membradvos las palomitas
 A quien vos la vida diste
 Contra aquel mal gavilane,
 Que nos la robar querie.
 Si amor é vida gozamos
 Yo et el dueño que tenie,
 Debda es que te debemos,
 E pagarla nos compie:
 Por ende aqui soy venida,
 Por te confortar venie
 En la coita que te aqueja
 E amenguado te ponie.
 Cedo verte has vengado
 De aquella que te escarnie,
 E de haber tienes con ella
 Solaz que tu alma pedie.
 Somisa verná á tus piés,
 Magüer que non lo fasie,
 Et demandarte ha merced
 De amor que non conoscie.
 Pugnará porque la atiendas
 La que nunca te atendie;
 Pugnará por ver tu gesto
 La que el suyo te abscondie,

Et ferida se verá
Con el fierro que ferie.
Toma este aniello fadado,
Que yo fadado le habie,
E cuanto le demandases
Otorgado te serie. —

Non bien aquesto dijiera
La dueña desaparecie,
E quedó la cueva estonce
Escura como solie.
Recordado ha el caballero
Del sueño con que yacie,
E vido que su soñar
Verdad fuera et non mentie.
El aniellico tomara,
En su dedo le ponie,
Et fuese para París
Do sus amores habie.

310.

LA INFANTINA DE FRANCIA. — III.

(Anónimo.)

Pensando va el caballero
Cómo se ha de comportare :
Si casar tien con la Infanta,
O su denuesto vengare :
Amor dicé lo primiero.
Rencor lo al va consejare,
Ca afuerta tamaña es mucha
Para haberse de olvidare,
Que las mujieres al fuerte
Acatan de voluntade,
E non prescian al rendido,
Si le toman por cobarde.
Lembrádose ha caballero
Del aniello singulare
Que la dueña le endonara
Estando en el su soñare.
Tirádose le ha del dedo;
Comiézale de hablare :
D' esta manera le dice,
Atended lo que dirae.

Fabla el Caballero al aniello.

—Aniellico, mi aniellico,
Agora te he de probare,
Que en la dubda que me fallo
Me vayas tú consejare.
Amor me premia que olvide
De la Infantina el burlare,
E rencor é honor me afincan
Porque me vaya vengare.
Digas tú el aniellico
Qué faser en caso tale :
¿ Seguir he de amor la premia,
O de honor el afincare ?
Respondido ha el aniellico,
Tal respuesta le fué á dare.

Respondé el aniello al Caballero.

—Para mientes, para mientes
En lo que vierdes pasare,
Et lo que aquí pasar vierdes
Coida de bien imitare. —

Non bien aquesto hovo dicho,
El caballero á mirare ;
E vido n'el verde prado
N'el verde prado andare
Un gallo que á la su fembra
Comenzara á requestare.
Cuanto mas la requerie,
Méno lo quier acetare,
Ca toda fembra cobdicia
Escarnir de amor leale.
El gallo desque esto vido
Empezase de enojare,
E ferido ha la gallina

Fasta que la fizo sangre.
; Viérades y la gallina
Como fuera de tornare
En falagos los desdeños,
El fugir en esperare ;
Mientra el aniello cantaba,
Esto que fuera á cantare.
« Como el gallo á la gallina
» Fué á vencer,
» Vence el home mas aina
» La mujer. »
Entendido ha el caballero,
Todo entendido lo hae,
E al aniellico fadado
Esto le fué á demandare.

Fabla el Caballero al aniello.

—Aniellico, mi aniellico,
El de la paloma reale,
Esta virtud que tú tienes
Que me la vayas mostrare.
En hábito de pastor
Me quieras luego mudare,
Et me endones una roeca,
Et me endones un tiellare,
Que file et teja en un punto
Paños de mucho presciare,
Que las viejas faga mozas
E las mozas mucho mase. —

Non bien aquesto dijiera
Sin un punto mas tardare,
Trocádose ha en pellico
La su cota et espaldare ;
Fecho se ha roeca la lanza,
E la su espada tiellare,
E á París toma la via :
Cantando va este cantare.
« Como el gallo á la gallina
» Fué á vencer,
» Vence el home mas aina
» La mujer. »
Llegado que hovo á París
Sin un punto mas tardare
Fuese para los palacios
Do el buen Emperante yace.
Topado se ha el hortolano
E allí l' empieza á hablare :

Fabla el Caballero al Hortolano.

—Hortolano, el hortolano
De aquestos huertos reales :
Que me digas si tú quieres
Me tomar por te ayudare.
Si me tienes á soldada
De servir te he leale :
Abrevaré tu rebaño
Et non me darás jornale :
Curar he d' esas tus flores :
Cavar he tus praderales :
Non habrás de mí querella
Por el poco madrugare. —
Viérades y el hortolano
Cómo se fué á conturbare,
E al pastorcillo recude ;
Bien oíredes que dirae.

Fabla el Hortolano.

—Pastorcillo, pastorcillo,
Lo que me vas demandare
Non to puedo refusar,
Méno lo puedo excusare,
Ca soñé anoche una dueña
Que me hovo mal menazare,
Que si non te recodiese
Mala muerte me ha de dare. —
Esto que oyera el pastor
Mucho se hovo de folgare,
E sin mas se detener
El rebaño iba tomare.
Ya lleva les ovejuelas ;

Ya las lleva á repastare :
Púsose so las finiestras
De aquel palacio real
Do la Infantina solie
Atender al sol que sale,
Y atendiendo que veniese
Así se puso á cantare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujer.»

Apénas así cantara
Vido que un postigo se abre,
E siente su corazon
Reciamente palpitare.
Asomado se ha una dueña
De prisa, non de vagare,
Por oír del pastorcico
Aquel su dulce cantare ;
E como vido aquel paño
Que tan bien iba labrare
Dijo...

Fabla la Dueña.

—¿Dime, Don Villano,
Ansi Dios te dé solace,
Ese paño que tú labras
Es divino ó terrenale?—

Fabla el Pastor.

—Arriedro vayas la dueña,
Arriedro con Satanás,
Que para tí non se fizo
Mi paño en ese tiellare.
D' eso que aquí me pescudas
Poco te debes coidare
Ca non á fembras ancianas
Conviene tal demandare.
El paño que tú cobdicias
Non tiene en el mundo pare,
Que las viejas fase mozas,
É las mozas mucho mase.
Si doncella d'ese paño
Que yo labro se arreare,
Mas qu'el sol resplandesciente
Al punto se iba tornare,
E la vieja que le hobiese,
Luna se va semejare,
Con que garridos garzones
La irán de amor requestare.—
La dueña questo hovo oído
Comenzará de aguijare:
Pónese faldas en cinta
Para mas presto llegare.
Fuese para la Infantina
Que del lecho se iba á alzare
Et en tal guisa le fabla,
De tal guisa fué á fablare.

Fabla la Dueña á la Infanta.

—Infantina, la Infantina,
Cedo, cedo os levantad;
Venid presto á las finiestras
Del vueso huerto reale.
Dende ver heis un pastor,
Un pastor muy singulare,
Que labra presciados paños,
Qu' en el mundo non han pare:
A las viejas fase mozas,
E á las mozas mucho mase:
Venid, é oiredes cuál canta
El villano este cantare:
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujer.»—

Facia el huerto la Infantina
Comienza de caminar:
Ibase en pos de la dueña
De prisa, non de vagar,

Por ver cómo el pastorcillo
Tejiendo está en su tiellar,
Et escochar cómo canta
El villano aquel cantar.
Tópalo qu'está tejiendo
El que cantando iba estar,
Et la niña d'esta suerte
Le comienza de fablare.

Fabla la Infantina.

—Manténgate Dios, villano.

El Pastor.

—El te haya, niña, á guardare.

La Infantina.

—Dígame tú, ¿aquese paño
Quién te mostrará á labrare?

El Pastor.

—Siete fadas, mi señora,
Qu'en siete torres estaen,
Do sin dormir nin yantar
Tejen é cantando yacen
Esa letra que yo digo
Por non habella olvidare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujer.»

La Infantina.

—Si de vender has el paño,
Si quies vender el tiellar,
Endonarte he mucho de oro,
Mas que vayas desear;
Otrosi, darte he de joyas
Cuantas puedas apañar
De aquellas las mas presciadas
De mi tesoro reale.

El Pastor.

—Infantina, la Infantina,
Non quieras de mí burlare
Que non prescio non tus joyas
Por mis paños é tiellare.
Muy mejor es mi pellico,
Muy mejor es el sayale,
Que del frio me guaresce,
Qu'el oro que me ibas dare.
Muy mas me plasece alegría,
Et folgura mas me plasece:
¡Asaz rico es el que puede
De riqueza non coidare!
Desque tú viste mis paños
Cobdicia te fué á tomare,
E á mí de los tus haberes
Non nada me fiera á dare.
Infantina, la Infantina,
Non quieras non te enojare,
Que demanda que fesistes
Non te la vaya á otorgare,
Si non bien que tú quisieres
En amores me pagare,
En amores tanto dolces
Como miel del colmenare.
Quieras me tú la doncella,
Quieras me tú de abrazare,
É ansi daréte mis paños
Et mi corazon demas.

Dice la Infantina.

—Tirad vos allá el villano,
Non me vayades tocar;
Que si vos llegados mas
Cedo vos fare matare.

El Pastor.

—¡Soberbica me sedes, niña!
¡Muy soberbica ademase!
Et yo fago sacramento
Que me hayas de rogare

Lo que agora me refusas,
Si non falla aquel cantare
Que las fadas me mostraron
Labrando en el su tiellare.
« Como el gallo á la gallina
» Fué á vencer,
» Home vence mas aina
» La mujier. »—

La dueña desque así vido
Qu'el pastor se fué á enojar,
Tiró á un lado la Infantina
E comenzó á la fablar.

Fabla de la Dueña á la Infantina.

—Non perdades la fortuna,
Señora non la perdades:
Coidad que si agora fuye
Non la veredes tornare:
Paños, paños como aquesos
Nunca mas podrés fallare,
Que las viejas fasen mozas
E las mozas mucho mase.
Si brial dellos fasedes,
Si dellos vos arreades,
Seredes muy mas lozana
Que la rosa del rosale,
E la vuesa donosura
Crescerá sin amenguare,
Magüer pasasen por vos
Los años é las edades.
Endonarme heis una saya
Que niña me ha de tornare,
Con que podré en vuestas fiestas
Toda la noche danzare.
De presciar son los falagos,
Si el amor los hovo á dare;
Mas si lo fase cautela
Un abrazo poco vale.
Dadlo, dadlo al pastorcillo,
Para sus paños lograre,
Que tal abrazo, mi faja,
Non vos irá mancillare.—

Oído habie la Infanta
De la su dueña et fablar,
Que falagaba el deseo,
Et su seso iba turbar.
Allegado se ha al pastor,
Sin podello remediar,
E cuando cerca dél estuvo
Bien oíredes, que dirá.

Fabla la Infantina.

—Pastorcito, pastorcito
De los paños é tiellare,
Non desoyas la mi fabla
Nin vayas de te enojare,
Ca vergonza et non desdeño
Me fizo mal razonare.
Aunque soy niña en cabelo,
Tienes me ya á tu mandare:
Endonarme has desos paños,
Endonarme has el tiellare.
Cedo, cedo, pastorcillo,
Cedo, cedo, á me abrazare,
Que yo rescibirte he
De grado é de voluntade,
De voluntad et de grado
Mas que vayas deseare.

Replica el Pastor.

—Calledes, niña, calledes
Et non digades atale,
Que si demandé un abrazo
Agora demando mase.
Mis paños, esos mis paños,
Non pienso non te endonare,
Si de tus labros un beso
Non me dejabas tomare.

Dice la Infantina.

—Bien de grado te le diera,

De grado é de voluntade,
Magüer non seyendo usada,
Vergonza lo retardare.

Replica el Pastor.

—Cedo, cedo, la Infantina,
Non vayades desmayare,
Ca si la ocasion fallestes
Non la veredes tornare.
Altas et presciadas dueñas
Doncellas otro que tale
Este mi paño cobdician
E me lo van demandare:
El prescio que me ofrescien
Muy mas algo es que besare;
Por ende á cras non atiendas
Si de lo tener te plasce,
Que hoy le tengo á tu mandado
E te lo puedo otorgare.
Para en aquesto las mientes,
Mientra digo mi cantare.
« Como el gallo á la gallina
» Fué á vencer,
» Home vence mas aina
» La mujier. »—

Acoitada está la niña,
La niña acoitada estae,
Que otri llevase aquel paño,
Que otri le fuera á llevare.
Ya se allega al pastorcillo,
Ya se torna á desviare;
Ya la acucia su deseo,
Vergonza la fas dubdare.
Ellos en aquesto estando,
Ellos en aquesto estaen,
Quando sin mas se parar
Amos se van á abrazare,
E sobre su boca é labros,
Se comienzan de besare.
Perdido ha el seso la niña,
Non se puede reportare,
Ca sintiera allá su pecho,
En grande fuego abrasare.
Ya del paño non se cura,
Non se lembra del tiellare,
Si non fuera que la dueña
Le hobiera de recabdare.
Ya se parte la Infantina,
Ya se parte, ya se vae:
Ferida está del amor,
Del amor ferida estae.
Fuérase para el palacio
Para el palacio reale,
Do la dueña la atendie
Con los paños e tiellare.
Viéradesla conturbada
La mañana é tarde estare,
Viéradesla otro si la noche
Non dormir et sospirare:
Vieras de la cual se lembra
De aquel tan dulce besare,
Que llegando fasta la palma,
El seso la fué á quitare.
De amor pecherà es la niña,
Non lo puede ya celare:
Vuelcos daba sobre el lecho
Sin descanso nin vagare,
Ca coidaba que yacie
En somo los abrojaes.
Estonce con gran coita
Repetie tal cantare:
« Como el gallo á la gallina
» Fué á vencer,
» Home vence mas aina
» La mujier. »

314.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—IV.

(Anónimo.)

En somo, en somo la tierra
Iba pareciendo l'alba,
E l'avecilla en el bosque
Las sus querellas cantaba,
Quando la Infanta coidosa
Con premia el lecho dejaba,
Do con su amor é su pena
Fuertemente batallaba.
Desnudos lleva los piés,
Desnudos pechos llevaba,
Si non fuese que el cabello
Como quier que los celaba.
Non atiende que la arreen,
Con paños que ántes presciaba,
Doncellas que la servien
Nin dueñas que la acataban.
El mármol frío que pisa
Nin l'empesce, nin le daña,
Antes al ardor que siente
Guarescie et solazaba.
Viérades la que corrie,
Viérades la que volaba,
Por venir á la finiestra
Do entiende ver lo que amaba.
Vido estar al pastorcillo,
Al pastorcillo que y estaba.
¡Cómo madruga el pastor!
¡Ay Dios, cómo madrugaba!
Madruga como el silguero,
Como el ruiñeñor cantaba
Un cantar qu'el alma quema,
Cantar qu'el alma quemaba.
«¡Besado me ha la doncella.

»Por mi fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»

En somo del praderal
El pastor mirando estaba
Una gallinica de oro
Que alegre cacareaba:
Perlas ponie por huevos;
Pollicos de oro sacaba,
Qu'entre el tomillo é romero
S'escondien, et yogaban.
Esto que la Infanta vido
Muy pensosa le paraba
Por cobdicia de la chueca
E del pastor que la guarda.
A los sus huertos deciendo,
A los sus huertos bajaba,
E sin mas en al curar
Desnudica como estaba:
El amor et el deseo
Fuertemente l'acuciaba,
E allegándose al pastor
D' este modo le fablaba.

Fabla de la Infantina.

—Dios te mantega, pastor,
El qu'el paño m'endonaba,
Por un beso que te diera
E qu'el alma me quemaba:
Mucho mas besarte he
Si esa gallina me dabas,
Ca si tú me la deniegas
La mi vida non gozaba.

Replica el Pastor.

—Infantina, la Infantina,
La que se besar dejaba,
Mucho mas prescio esta joya
Que el don que ayer te endonaba:
Mas me tienes dar por ella
Si ganosa d'ella estabas,
Ca non puede ser mintroso

El cantar que yo cantaba:
«¡Besádome ha la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.» —

Desque esto oyera la niña
Vergonzosa se paraba,
Ca de aquel besar se lembra
Con que despierta soñaba.
Fablar querie et non puede,
E callar, é non callaba,
Ca si amor la fase ardidá
Vergonza la desmayaba.
Coidosa está de celar
Lo que en su pecho pasaba,
E con voz dulce é somisa
Ansi al pastor replicaba.

Replica la Infantina.

—Dime, pastor, así tengas
Merced de lo que adamabas,
Por la presciada gallina
¡Qué prez tú me demandabas?
Por vida del Rey mi padre,
Que todo te lo otorgaba,
Si quier fuese de mi vida
La mitad que me quedaba.

El Pastor.

—Guaresca tu vida el cielo,
Esa vida que yo amaba;
Guaréscale para mi
Qu'era lo que mas presciaba.
Lo que agora te demando
Amor de grado lo daba:
Es lo que á la palomica
El pichon que la arrullaba,
E lo que á la tortolilla
Su amador qu'el nido armaba,
E lo que en tus dulces besos
Ayer mesmo adevinaba,
E lo qu'el cantar ofresce,
Si el cantar non m'engañaba.
«¡Besado me ha la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»
Folgar contigo, la niña,
Quiero, é de al non me curaba
E te haber á mi merced
Mientras la noche pasaba,
Desde qu'el sol se ponie
Fasta que nasciese el alba,
Como fase tortolica
Con su esposo en la enramada.

Fabla la Infantina.

—Callede, home, callede,
Non digades tal palabra,
Que si el Rey lo sopiese
Cedo enforcar vos mandaba.

Replica el Pastor.

—Si yo con vusco yogase
Del resto non me curaba,
Fuerras ende si moriese
Antes que de ti gozaba.

Replica la Infantina.

—Vencida soy, pastorcillo,
Cativa en tu amor estaba,
Mas por el besar pasado,
Que por dones que me dabas,
Quando venga media noche,
Apos qu'el gallo cantaba,
La puerta del mi aposento
Non para ti se cierraba.
Estar y verás mi dueña,
La dueña que me criaba,
Que llevarte ha por la mano
Do el deseo te llamaba,
A do desnuda te atiende

La que tanto te adamaba.
 Tomar ende habrás la flor
 Que á home algund dar non coidaba,
 Si non fuese que por ti
 Esta jura perjuraba.
 Coidar has de ir muy celado,
 Muy celado que tu vayas,
 Ca la envidia tien cient ojos
 Con que amores contrubaba.—
 Ellos en aquesto estando,
 La dueña que se allegaba,
 La Infantina que se iba,
 E el pastor que se quedaba.
 Alegre queda el pastor
 Mientra tal cantar cantaba,
 Atendiendo por la hora,
 La hora que sospiraba.
 «¡Besado me ha la doncella,
 »Mia fe!
 »Otra vegada con ella
 »A mi sabor folgaré.»

312.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—V.

Pagado está el pastorcico,
 Pagado é contento estae:
 Vase para la cabaña
 Do atiende su solazare.
 Ende tomara el aniello,
 Ende lo fuera tomare,
 Et le demanda somiso,
 A tal le fué á demandare:
 Que le vista, que le arree
 Con gracia muy singular,
 Muy apuesto é muy gentil
 Para á la niña agradare.
 Atendie por la hora
 Qu'el gallo suele cantare,
 E cuando cantar le oyera,
 El corazon á saltare.
 Por los huertos muy pasico
 Comienza de caminare,
 Coidoso que non le oyan
 Los del palacio reale.
 Pasico, pasico iba:
 Con la dueña fué á topare,
 Que por la mano le prende,
 Que la mano le fué á dare.
 Llegado hovo al aposento
 Do la Infanta fuera estare,
 Coidosa que non venie,
 Querellosa del tardare:
 Mas desdeque venir le viera
 Toda se fué vergonzare,
 Por ser la primer vegada
 Que home la fué á visitare.
 Arriédrala la vergonza,
 Amores la consolare;
 Vencida va la vergonza,
 Amores iban trionfare.
 Vergonza embarga su lengua,
 Amores la desatare,
 Et la que muda semeja
 Así comienza fablare.

Fabla la Infantina.

—Amores, los mis amores,
 ¿Qué vos pudo retardare?

El Pastor.

—Infantina, mi señora,
 Non lo pude remediare.

La Infantina.

—¿Dime, amores, quién te puso
 Tanto garrido é galane?

El Pastor.

—Deseo, la mi señora,
 Deseo de te agradare.

La Infantina.

—¿Quién te mudó tan fermoso,
 Mejor que solies estare?

El Pastor.

—Amor, que quiso tus ojos,
 Para me querer, mudare.

La Infantina.

—¿Quién mudado ha cortesano
 El tu rústico fablare?

El Pastor.

—Amor, amor que me muestra
 Lo que solie inorare.—

Ellos en aquesto estando
 Non pueden mas reportare
 El ardor que les acucia,
 E comiéntanse de abrazare.
 En los pechos de la niña
 El pastor fuera besare,
 E sus muy apuestos miembros
 Dulcemente á falagare.
 La Infanta qu'esto sintiera
 Luego se fué á desmayare,
 Non de coita nin de pena
 Mas de pracer sin iguala;
 E apos que tornara en sí
 Tantos besos fué tomare
 Que non han cuenta nin fin,
 Que non son de numerare.
 Si una vegada se arriedran
 Muchas tornan comenzare,
 Que de amores la fatiga
 Cedo suele reposare.
 Ningund d'entramos quesiera
 Dejar ántes de lidiare,
 Et la batalla que siguen
 Non la quieren aplazare.
 Así fuéron fasta el día
 Sin un punto descansare,
 Si non que ya la calandra
 Iba el alba á saludare,
 E con sus trinos avisa
 Qu' es tiempo de recordare,
 Ca el sol descubrir podie,
 Lo que amor quiere celare.
 Levantado se ha el pastor,
 De prisa non de vagare,
 E al absentarse mudaba
 De las fadas el cantare.
 «¡Folgado he con la doncella,
 »Mia fe!
 »Otra vegada con ella
 »¿Qué faré?»

315.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—VI¹.

—Tiempo es, el pastorcillo,
 Tiempo es de andar aquí,
 Que me cresce la barriga
 E se me acorta el vestir.
 Siete meses fase, siete
 Que fui contigo á dormir,
 E tres que una criatura
 Siento en ella rebolir.
 Mucho punno por celallo,
 Mas non lo puedo encobrir;
 Santiagoanse las mis dueñas
 Las que me van á vestir,
 E las mis nobres doncellas
 Se vergonzan otrosí,
 Et escoderos é pajes
 Non fassen si non reir;

Et si el Rey lo barrunta
 Quedrá faserme morir.
 Tiempo es ya, el pastorcillo,
 Tiempo es ya de fugir;
 Llévame ya á lueñas tierras,
 Llévame cedo de aquí,
 Si non como tu velada,
 Como manceba he de ir:
 De ir he como te plazca,
 Como mas te plazca á tí,
 Ca mi soberbia pasada
 A Dios le plugo punir,
 Fasiendo me namorase
 De sugeto tanto vil.
 ¡Ay fijo del rey de Hongría,
 Cómo burlaras de mí,
 Si vierdes en tal fadiga
 La que te quiso escarnir!—
 El pastor que aquesto oyera
 Comenzara de reir,
 E ansi fabló á la Infantina,
 Ansi la empezó á decir.

Fabla del Pastor.

—¿Preñada estás, mis amores?
 Preñadica por abril,
 Parirá por navidad
 Como parieron á mí.
 Todas las animalias
 Empreñadas que yo vi,
 Sin tanto planir parieron,
 Et vos habedes parir.
 Non vos acoitedes, non,
 Nin temades de morir;
 Lembradvos de aquel pracer,
 E amenguar heis el sofrir.
 Non vos puedo llevar, non,
 Nin me habedes de seguir,
 Ca embargáredes mis pasos
 E empachar heis mi fugir.

La Infantina.

En pos tuyo ir he, pastor,
 En pos tuyo habré de ir,
 Ca debda es tuya, mi amigo,
 Debda tuya me acodir;
 Et si mi fugida empachas,
 Villano te habrán decir,
 E muerta verné á tus piés
 Ante de dejarte ir.

El Pastor.

Lo que me dices, amores,
 Non me afrenta de lo oír,
 Ca quien non fué caballero
 Tenudo es de lo sofrir.
 Présiome de ser villano,
 E mas que villano fui,
 Ca fijo de un porqueron
 Allá en mi tierra nascí.
 Mi morada es una cueva
 Do nunca el sol fué á salir,
 Et mi lecho duras peñas,
 Qu' el cuerpo saben ferir:
 Agua cienagosa bebo;
 Mis yantares son planir,
 Et los homes et las fembras
 Con horror miran á mí.
 Agora que aquesto sabes
 Vé si me quieres seguir,
 Et non hayas mal talante
 De lo que pueda venir,
 Nin con menguadas querellas,
 Nin con sobrado planir
 Acoites mi corazon
 Fasiéndole desfallir.—

Esto que oyera la niña
 Gran cordejo fué á sentir,

Mas celando su pesar
 Al pastor quiso seguir.

¹ En este sexto romance de la *Infantina* se hallan insertos é incluidos algunos de los que en fragmentos se encuentran en el *Cancionero de Romances*, con mas ó menos variantes.

314.

• LA INFANTINA DE FRANCIA.—VII.

Ya se partie la Infanta,
 Ya se va en pos del villano
 Por laderas é por montes,
 Por rios é por pantanos:
 Abrojos fieren sus piés,
 Ca tien los sus piés descalzos,
 Las uñas corriendo sangre,
 E los dedos destrozados.
 Horas corrien et dias,
 Los meses fuéron pasados,
 Dormiendo en como la tierra,
 Sin se posar en poblado.
 Aguas salobres bebie,
 Come yerba de los prados,
 E ásperos bravios frutos
 Son su manjar delicado.
 El rostro d'antes bellido
 Lo tien preto é muy tostado,
 E los sus apuestos miembros
 Desnudos é lacerados.
 Va celando su cordejo
 En el su pecho llagado,
 Et desfallecida cae
 En la tierra que ha pisado.
 El pastor que ansi la vido
 Aquesto la ha demandado.

Fabla el Pastor.

—¿Qué habedes vos, mi Infantina?
 ¿Non me seguides de grado?

Replica la Infantina.

—Dolencias son, el pastor,
 Que del seso me han privado:
 Dolores son, el mi amigo,
 Que nunca habie probado.—
 Non bien aquesto dijera
 Muy fuertementre ha gritado,
 E parido ha de un garzon
 Sobre la yerba del prado.
 Viérades allí el pastor
 Que un tanto se ha conturbado;
 Mas luego tornando en sí
 D'esta manera ha hablado.

Fabla el Pastor.

—¡A osadas, niña, la niña,
 Cedo lo habedes echado!
 Non vos lamentedes, non,
 Qu' el peligro es ya pasado.
 Non lueñe de aquí caté,
 Non lueñe de aquí he catado
 Majada de unos pastores,
 Do todo será acabado.
 Venid vos en pos de mí,
 Prendévos d'este mi brazo,
 E atendé todo de Dios
 Padre del necesitado.—
 Erguido se ha la Infantina,
 El paso á paso ha llegado
 Do el rabadan pascentaba,
 Pascentaba su ganado.
 Por Dios demandan ayuda,
 Socorro le han demandado:
 El rabadan se le diera
 Vocundamente et de grado.
 Entre pieles de corderos
 Abrigan al recién nacido,

E con feno á la Infantina
Blando lecho han perjeñado.
Ellos, estando en aquesto,
Ellos en aquesto estando,
Oyen tañer de campanas
Un clamor muy desusado.

Fabla el Pastor.

—Dime, dime, el rabadan,
¿En qué regno ó tierra estamos?

Replica el Rabadan.

—Romericos, esta tierra
Regno de Hongria es nombrado.

Fabla el Pastor.

—¿E cómo campanas tañen
Con clamor tan rebatado?

El Rabadan.

—Ca la Infanta van casar
La que hereda este regnado,
A fuer de qu'el Rey es viejo
Et que su hijo ha faltado.
Fuérase á sus aventuras,
Tres años son ya pasados,
Et fizo un mes llegó nueva
De que fuera ya finado
Por mal amor de una Infanta
Que la habie desdenado.—
La Infantina qu'esto oyera,
De sus ojos ha llorado,
Et non consiente celar
Dolor que la ha traspasado.
Fiero la mira el pastor,
Fiero el pastor la ha mirado,
Como quien la reprochaba
Lembranza de amor pasado.
Ella mustia é acoitada
Sus lágrimas ha secado,
E con voz somisa et dulce
Ansi al pastor ha fablado.

Fabla la Infantina.

—Non te enojés, mi señor,
Non te amengüe lo pasado,
Que al buen infante de Hongria
Nunca le hove yo adamado.
A ti fice yo mi dueño
Por mi pracer e mi grado:
Fueras tú á ningund amé,
Tú solo me has captivado.
Si agora catas que lloro,
Atiende qu'es mi pecado,
Et non ajenos amores,
Et non ajenos coidados.—

Estonce tomando el fijo
A sus pechos le ha llevado,
Et con muy dulce sonrisa
Al su pastor ha mirado,

Cuando él aquesto catara
Tornó su faz á otro lado
Por celar de la Infantina
La pasion que le ha tomado,
Fasta que veniese el tiempo,
Qu' el tenie ya aplazado,
De trocar la su venganza
En pracer muy señalado.

315.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—VIII.

Apénas amanescie,
Apénas saliera el alba,
Las campanas de las torres
Sus tañidos redoblaban.
El buen Infante de Hongria
De la niña se apartaba

Diciendo que iba á la fiesta,
A la fiesta que allí andaba.

Dice el Pastor.

—De decirme has, mis amores,
Si algo te place te traya
De lo que dan al mesquino
De balde, ó siquiera por nada.

Replica la Infantina.

—Lo que te prazca, amor mio,
Lo que mas pracer te daba,
Ca sabes qu'eres mi dueño,
Yo tu captiva é tu esclava.
E si por bien has saber
Lo que yo mas deseaba,
Traerme has unas sopicas,
Unas sopicas doradas,
De aquellas que la mi dueña,
Me servie é regalaba.

El Pastor.

—De procurallas te juro,
Si caso las alcanzaba,
Magüer que non fácil sea
Traer lo que demandabas.—

Esto que dijo el pastor,
A la cibdad caminaba,
Dejando sola la niña,
Tan sola como quedaba,
Que triste de su mancilla
De los sus ojos lloraba
Asmando que el su pastor
Para siempre la dejaba,
E por non tornar á vella
De su lado se apartaba.

El pastor á la cibdad
Sus pasos encaminaba,
Et enante que llegase
En el bosque se celaba.
Apos que celado estuvo
Et aniellico sacaba,
Et viérades cómo estonce
Deste modo le fablaba.

Fabla del Pastor al aniello.

Aniellico, el mi aniellico,
El de la paloma blanca,
Por la gracia que tú tienes,
E la qu'el cielo te daba,
Que sin retardar un punto
Me dieses luscientes armas,
Una lanza con dos fierros,
Otro sí muy buena espada;
Otro sí dédesme pajes
Muy arreados de galas,
Et joyas que desalumbren,
E reposteros de grana.—

Non bien aquesto dijiera
Quando la campaña estaba
Cobierta toda en un punto
De locida cabalgada.
Vidose el Infante armado
Tal como lo demandaba,
Et en un bridon valiente
Sin mas se parar saltaba.
Quando sobre d'él estuvo
El su caballo aguijaba,
Et en pos dél van los sus homes,
E al palenque se llegaba
Do los torneos fasien
Por la boda de su hermana.
Viéndole ir tan garrido
Todos pasar le dejaban,
Et los jueces del torneo
Abrir la valla ordenaban.
Apos qu'en el cerco estovo,
En otri non se curaba,
Si non que á los contendores
De grado los apretaba.

Un derrueca, dos derrueca,
Tres et cuatro derruecaba,
Et á mas de cient derrueca
Caballeros de gran fama.
Ningund podie empescer
Tanto esfuerzo, á tal pojanza,
E á cabo de pocos trances
Non quien le atiende fallaba,
Con que la prez del torneo
Et el loor se le daba.

Llegado se ha do está el Rey,
La celada se quitaba:
El Rey que le conosce
De gozo et praser lloraba.
Vanse para los palacios
Do los yantares estaban,
E allí las sus aventuras
El Infante les narraba.
Dijoles como traie
Por mujer et desposada
La desamorada niña,
Que ya dél se namoraba,
La cual allí le atende
En choza, do se fallaba,
Sin coidar de la fortuna
Qu'el amor le aparejaba.

Non bien aquesto dijiera
Quando en su mano tomaba
Lo que cabie de arroz,
Et en un paño lo echaba,
Por faser postrera muestra
De rigor en la que amaba.
E luego qu'esto hovo fecho
De las sus mesas se alzaba,
Et en pos del caballeros
Et damas le acompañaban,
Que llevaban prescas
Por dar á la desposada.
Ya salie de la cibdad
En locida cabalgada,
Magüer venie la noche,
Magüer que ya cerca estaba.
Era ya la noche escura
Quando á la choza llegaba,
Et que celados le atiendan
A los suyos ordenaba.
Dijoles una señal,
Qu'entre todos se acordaba,
Porque acudan á la seña,
Qu'el mismo les señalaba.

316.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—IX.

Apartádose ha el Infante
En el bosque que ende había:
Desnudado se ha las armas
Et de pastor se vestie.
En su zurrón el arroz
Sin mas coidar le ponie,
Ca non se curaba de al
Que en faser lo que querie.
Grandes voces iba dando,
Que todo el campo atordie,
E cantando va un cantar
Que d'esta suerte decie:
«Quien por un nada, non nada,
»A un nobre Infante escarnió,
»Veyéndose mal tratada,
»Su flor á un villano dió
»E d'él fuera namorada.»

Apénas su voz oyera
Quando la Infanta salie
Al encuentro del pastor,
Que ya perdido creie.
Si ante de pena lloraba,
Agora grand gozo había,
Notando non la descoida

Aquel que su amor tenie.
Entre alegre et enojada
Ya lloraba, ya reie,
E con muy sentida voz
D'esta manera decie.

Fabla la Infantina.

—¿Dó estoviste tú, el amigo?
¿Quién retardado te había?
¿Toda medrosa m'estaba
Temiendo non te verie!
Coida que non puedo mas
Por la fambre que sentie,
Que ya al fijo de mi amor
Con mi sangre mantenie.
¿Dime, traisme del manjar
Que encomendado te había?
¿De las sopicas doradas
Que mi dueña me servie?

Responde el Pastor.

—Fuérame yo á la cibdad
Por ver fiesta que y se fasie,
Et non me plogo tornar
Fasta ver que fin tenie.
Al buen Infante de Hongría,
Al buen Infante veie,
Que diz veniera velado,
Et nobre dueña traie.
Otro sí, viene enojado
D'otra que enante querie,
Que escarnimiento le fizo
Magüer non lo merescie;
E diz que tray un cantar
Que muy sentido sentie,
El cual si te prase oír
D'esta manera decie:
«Quien por un nada, non nada
»A un nobre Infante escarnio,
»Veyéndose mal tratada,
»Su flor á un villano dió,
»E fuera su namorada.»
Manjar que me encomendastes,
Mis amores, non le había;
Tráyote, tráyote, amores,
Lo mejor que yo podie.
Toma, toma del zurrón
El arroz que y te ponie,
Que si non prase á los ojos,
La fambre te quitarie. —
Puso el arroz en la albarda
Qu'ende en la tierra yacie,
Et la Infanta que lo viera
Mucho lloraba et plañie.
Asentóse, y en la tierra
Sobre la albarda comie,
Lembrándose cómo en Francia
Muchas doncellas tenie
Que de finojos somisas
Los sus yantares servien.
Lembrase de los desdénos
Que á caballeros fasie,
E otrosí del mal denuesto
Que fecho al Infante había.
El pastor que así la viera
Como en la albarda comie,
Doliendo de su dolor
De la choza se salie,
Do fasiendo aquella seña
Que á su compañía ponie,
Cedo dueñas é doncellas
Para la Infanta venien,
Et la arrear con las galas
E con joyas que traíen.
Vieradesla como estonce
Desfallecerse sentie,
E mirar en rededor
Por ver al que mas querie.
Vido estar un caballero
Que con las damas venie:

La corona en la cabeza,
Hábito rico traie,
El cual se allega cortes
Et saludo la fasie,
Et que le priso la mano
E en sus labros la ponie.

Dice la Infanta.

—Tenedvos, el caballero,
Tal faser non se debie,
Que magüer soy de un pastor,
Tal tuerto non le farie.
Fisome el cielo su esposa,
Qu'era lo que mas querie,
Mas que de infantes nin condes,
Nin de homes que mas valien.—
El Infante qu'esto vido
De gozo en sí non cabie;
De mano da á las venganzas,
Ca solo amor ya sentie.

Fabla el Infante.

—Infanta, la mi señora,
¿Cómo non me conocies?
Non soy ya el pastor villano,
Que tú enante me creies:
Soy el Infante de Hongría
Que villano se fengie:
Para haberte de probar
Engañada te traie,
E por vengar de la afrenta
Que dentro el alma tenie.
Ven á ser Reina é señora
Del Estado que yo habie,
E á rescibir en mis brazos
Galardon que te debie.—

La niña desdeque esto oyera
Amortecida caie,
Si non fuese que una dueña
De sus brazos la tenie:
Mas tornado que hovo en sí
Mas hermosa parescie,
Ca el pracer del corazon
Su fermosura cresce.

Cabalgan luego, cabalgan:
Para la cibdad partien:
Acúciales el deseo
Por llegar á do queren.
Ya se entran en la cibdad
Do la fiesta se cresce,
Ca la nueva era llegada
Que la Infantina venie.
El rebato de campanas
Por do quier se repetie,
Las trompetas que sonaban,
Añales que tañien.

Entrado se han en palacio
Do el buen Rey les atendie,
Por faserle coronado
Al buen fijo que tenie,
El cual comenzó á regnar
Como al su padre aplascie.

Mensajeros van á Francia
Mas apriesa que podien,
Con muchos é ricos dones,
Que mas qu'el oro valien,
Para aquel buen Emperante
Que por buena fija habie
A la Infantina de Francia,
A quien por muerta tenie,
La cual et su nobre esposo
En Hongría do vevie,
Por luengos años gozaron
Bienes que amor ofrescie.¹

¹ El deseo de conservar siquiera la memoria de esta tan ingeniosa y apacible novela, y de tan antigua fecha, nos movió á publicarla restaurada, ó mas bien imitada, porque los fragmentos de una mala y poco fidedigna copia no nos permitieron hacer otra cosa. Sin embargo, ellos y profundas re-

miniscencias de mucha parte de la novela, la memoria de su asunto y de los lances que contiene, nos animaron á emprender este trabajo. Si hemos conservado en esta restauración é imitación el carácter, el lenguaje, las formas, la expresión de la época á que atribuimos esta poesía; si se descubre en ella la ruda sencillez de nuestros romances viejos, donde á vueltas de la imperfección de un idioma incipiente ó poco adelantado, se nota tal vez una imaginación briosa, oriental y bíblica, que lucha contra las dificultades de una lengua todavía bárbara para la expresión lógica de las ideas, harto habremos conseguido. El códice, por desgracia perdido, donde en nuestra juventud vimos esta composición, era quizá del siglo xv, según lo parecía por su letra; pero por su estilo, el giro, el lenguaje y los modismos, el texto primitivo debió ser anterior, y mucho. De creer es pues que la novela del siglo xvi, escrita por Luis Alamani en contraposición de la *Griselda* de Bocacio, y cuyo asunto es muy parecido al de estos romances, fuese tomada de ellos, despojándolos de toda la parte maravillosa y de encantamientos, ó acaso, y me parece mas probable, de alguno de los cuentos ó fabulillas de los trobarres franceses del siglo xii, de donde tambien es posible lo tomase el poeta español, ya lo imitase con el original á la vista, ó ya de las narraciones populares introducidas por la comunicación con la Francia. ¿Y quién sabe si el poeta francés bebió en las fuentes del Oriente, pues yo he visto muchos cuentos de dicha época, tenidos por originales de los trobarres, que despues se ha averiguado se trasmitieron por los árabes, los cuales los recibieron de la Persia y de la India? Muy probable es que lo mismo suceda á los romances de que tratamos. Las hadas que cantan á la Infantina, la venganza de una de ellas, la ruca, el telar, la gallina de oro, etc.: todo es de gusto oriental; y hasta la sencillez desnuda de ciertos lances, la expresión cándida, natural y sin rodeos de ciertas ideas, es bíblica. Y no se crea que prostituímos este santo nombre aplicándolo á asuntos tan profanos. Nadie puede negar el influjo que han tenido los libros santos en la civilización y literatura de los pueblos cristianos; este ha sido tal, que estamos persuadidos de que sin las conquistas árabes, y sin las Cruzadas, la poesía oriental se inoculara en la del Norte, con sola la lectura del *Libro de Job*, del *Pentateuco*, del *Cantar de los Cantares*, de los *Libros de los profetas* y del *Evangelio*. Mahoma mismo se inspiró en los libros de Moises y de los Evangelistas, ya como legislador, ya como poeta. De todas maneras, la pérdida del códice que contenía el original de este y mas de otros cuarenta romances, á lo que recuerdo, es irreparable; pues si según presumo era de la primera mitad del siglo xv, sería el único documento que contra la regla general acreditase la existencia de una colección manuscrita de romances viejos y populares anterior al siglo xvi, de los cuales romances alguno tomaba su asunto de las fábulas de origen sanscrito.

El argumento de la novela de Alamani es como sigue:

Blanca, hija del conde de Tolosa, y prometida mujer del hijo del conde de Barcelona, rehusa casarse con él, porque en el convite de boda recogió un grano de granada que se le cayó de la boca, teniendo esto por una prueba de avaricia. El padre de ella trata en vapo de desimpresionarla de tan loca idea. Picado el joven principe se propone conseguir su matrimonio, y á este fin, fingiéndose mercader de baja estirpe, empieza á obsequiar á Blanca, y á fuerza de regalos ricos y maravillosos logra seducirla y desposarse con ella. Róbalala despues de su palacio, y la hace sufrir hambres, miserias y afrentas, hasta el punto de obligarla á robar y de entregarla á la justicia. Conmovido en fin de tantas pruebas de amor y sumisión, y satisfechos sus deseos de venganza, se descubre á su esposa, y pasan vida feliz.

317.

EL AMOR FILIAL.

(De Juan de Ribera ¹.)

Paseábase el buen Conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar;
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véos, hija, crecida ²,
Y en edad para casar;
El mayor dolor que siento
Es no tener que os dar.
—Callede, padre, callede,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar;
Y el que mala la tenia,
Viva la puede enterrar,

Pues amengua su linaje
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casare,
En religion puedo entrar.

¹ Es fragmento de algun romance viejo.

² Desde este verso hasta el que dice: *Rico se puede llamar*, hizo una glosa Diego de Armenta.

318.

LA ESPOSA FIEL.

(De Juan de Ribera ¹.)

—Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.

—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?

—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y tambien del ajedrez.

En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un ropon de brocado
Y de carmesí al enves:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances.

—Por esas señas, señora,

Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves:
Sobre el juego de las tablas
Lo matara un milanés.

Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves;

Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejes.

—No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que antes que eso hiciere,
Señor, monja me veréis.

—No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis.

(Nueve Romances de JUAN DE RIBERA, Pliego suelto.)

¹ Aun se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V, el cual dice así:

Oiga, oiga, buen soldado,
Si sois lo que pareceis,

¿A mi marido habeis visto
Por la guerra alguna vez?

—No lo sé, señora mía,

Dadme algunas señas dél.

—Mi marido es gentil hombre,

Gentil hombre y muy cortés;

Monta un potro pelicano

Mas ligero que uno inglés,

Y en el arzon de la silla

Lleva las armas del Rey,

Con la su espada ceñida

Con cintaron de morles.

—Ese hombre que decís

Habrà ya que murió un mes,

Y manda en el testamento

Que conmigo vos caseis.

—No permita Dios del cielo,

Ni mi madre santa Inés,

Que fembra de mi linaje
Se case mas de una vez:
De tres hijas que me deja
La primera casaré,
La mediana será monja,
La tercera guardaré;
Que me cuide y me acompañe,
Que me guise de comer,
Y me lleve de la mano
En casa del coronel.

—No vos acuiteis, señora,
Señora, no os acuiteis,
Miradme, miradme el rostro
Por ver si me conoceis.

—Vos sois Mamburú, dulce esposo,
Vos sois mi dueño y querer,
Vos sois...—Cayó desmayada
En los brazos de su bien
La dama desfallecida
Con tanto gusto y placer.
Después que hubo vuelto en sí,
Fuéronse juntos al Rey,
Que los recibió en sus brazos
Al ir á echarse á sus piés.

Este es el Mamburú, señores,
Que se canta del reves,
Y una gitana lo canta
En la plaza de Aranjuez.

319.

LA AMANTE DESCONFIADA Y CELOSA.

(Anónimo ¹.)

Caballero, si á Francia ides

Por mi señor preguntad,

Y porque le conozcais

Con poca dificultad,

Daros he las señas dél

Sin ninguna falsedad:

El es dispuesto de cuerpo,

Y de mucha gravedad,

Blanco, rubio y colorado,

Mancebo y de poca edad,

El cual por ser tan hermoso

Temo de su lealtad.

Hablaréisle con crianza,

Porque en él suele morar;

Decidle que su señora

Se le envia á encomendar,

Que ya me parece tiempo

De venirme á libertar

D'esta prision en que vivo,

Muriendo de soledad;

Y se acuerde que me deja

Sin ninguna libertad,

Que me la llevó consigo

De mi propia voluntad;

Y las justas y torneos

Yo las supe de verdad;

La divisa que sacó

En señal de desamar.

Y si acaso amores tiene

Y no los quiere dejar,

Decidle de parte mía,

Sin ningun temor mostrar:

Que ausentes, por los presentes

Lijeros son de olvidar.

(Códice del siglo XVI. — It. TIMONEDA, Rosa de

amores. — It. WOLF, Rosa de Romances.)

¹ Es una imitacion ó mudanza del romance de Gálferos, que empieza: *Asentado está Gálferos*, desde el verso que en él dice: *Caballero, si á Francia ides, por Gálferos preguntad*.

320.

ROMANCE DE GERINELDO.—I.

(Anónimo ¹.)

Levantóse Gerineldo
Que al Rey dejara dormido:

Fuese para la Infanta
 Donde estaba en el castillo.
 —Abraisme, dijo, señora,
 Abraisme, cuerpo garrido.
 —¿Quién sois vos, el caballero,
 Que llamais á mi postigo?
 —Gerineldo soy señora,
 Vuestro tan querido amigo.—
 Tomárala por la mano,
 En un lecho la ha metido,
 Y besando y abrazando
 Gerineldo se ha dormido.
 Recordado había el Rey
 De un sueño despavorido;
 Tres veces lo había llamado,
 Ninguna le ha respondido.
 —Gerineldo, Gerineldo,
 Mi camarero polido,
 Si me andas en traicion,
 Trátasme como á enemigo.
 O dormías con la Infanta,
 O me has vendido el castillo.—
 Tomó la espada en la mano,
 En gran saña va encendido:
 Fuérase para la cama
 Donde á Gerinaldo vido.
 El quisíerale matar;
 Mas crióle de chiquito.
 Sacara luego la espada,
 Entre entrambos la ha metido,
 Porque desde recordase
 Viese cómo era sentido.
 Recordado había la Infanta,
 E la espada ha conocido.
 —Recordados, Gerineldo,
 Que ya érades sentido,
 Que la espada de mi padre
 Yo me la he bien conocido.

(Desesperaciones de amor, Pliego suelto.)

¹ Es uno de los mejores y mas raros romances viejos, y al mismo tiempo en extremo popular en Asturias, donde se canta todavía, pero ya muy modernizado.

321.

ROMANCE DE GERINELDO.—II.

(Anónimo ¹.)

—Gerineldo, Gerineldo,
 El mi paje mas querido,
 Quisiera hablarte esta noche
 En este jardin sombrío.
 —Como soy vuestro criado,
 Señora, os burlais conmigo.
 —No me burlo, Gerineldo,
 Que de verdad te lo digo.
 —¿A qué hora, mi señora,
 Comprir heis lo prometido?
 —Entre las doce y la una,
 Que el Rey estará dormido.—
 Tres vueltas da á su palacio
 Y otras tantas al castillo;
 El calzado se quitó
 Y del buen Rey no es sentido:
 Y viendo que todos duermen
 Do posa la Infanta ha ido.
 La Infanta que oyera pasos
 Desta manera le dijo:
 —¿Quién á mi estancia se atreve?
 Quién á tanto se ha atrevido?
 —No vos turbeis, mi señora,
 Yo soy vuestro dulce amigo,
 Que acudo á vuestro mandado
 Humilde y favorecido.
 Enilda le ase la mano
 Sin mas celar su cariño;
 Cuidando que era su esposo
 En el lecho se han metido,

Y se hacen dulces halagos
 Como mujer y marido.
 Tantas caricias se hacen
 Y con tanto fuego vivo,
 Que al cansancio se rindieron
 Y al fin quedaron dormidos.
 El alba salía apénas
 A dar luz al campo amigo,
 Cuando el Rey quiere vestirse,
 Mas no encuentra sus vestidos:
 —Que llamen á Gerineldo
 El mi buen paje querido.—
 Unos dicen: —No está en casa.—
 Otros dicen: —No lo he visto.—
 Salta el buen Rey de su lecho
 Y vistióse de proviso
 Receloso de algun mal
 Que puede haberle venido.
 Al cuarto de Enilda entrara,
 Y en su lecho halla dormidos
 A su hija y á su paje
 En estrecho abrazo unidos.
 Pasmado quedó y parado
 El buen Rey muy pensativo:
 Pensándose qué hará
 Contra los dos atrevidos.
 —¿Mataré yo á Gerineldo,
 Al que cual hijo he querido?
 ¿Si yo matare la Infanta
 Mi reino tengo perdido!—
 En tal estrecho el buen Rey,
 Para que fuese testigo,
 Puso la espada por medio
 Entre los dos atrevidos.
 Hecho esto se retira
 Del jardin á un bosquecillo.
 Enildas al despertarse,
 Notando que estaba el filo
 De la espada entre los dos,
 Dijo asustada á su amigo:
 —Levántate, Gerineldo,
 Levántate, dueño mio,
 Que del Rey la fiera espada
 Entre los dos ha dormido.
 —¿Adónde iré, mi señora?
 ¿Adónde me iré, Dios mio?
 ¿Quién me librará de muerte,
 De muerte que he merecido?
 —No te asustes, Gerineldo,
 Que siempre estaré contigo:
 Marchate por los jardines
 Que luego al punto te sigo.—
 Luego obedece á la Infanta,
 Haciendo cuanto le ha dicho:
 Pero el Rey, que está en acecho,
 Se le hace encontradizo.
 —¿Dónde vas, buen Gerineldo?
 ¿Cómo estás tan sin sentido?
 —Paseaba estos jardines
 Para ver si han florecido,
 Y vi que una fresca rosa
 El calor ha deslucido.
 —Mientes, mientes, Gerineldo,
 Que con Enilda has dormido.—
 Estando en esto el Sultan,
 Un gran pliego ha recibido:
 Abrelo luego, y al punto
 Todo el color ha perdido.
 —Que prendan á Gerineldo.
 Que no salga del castillo.—
 En esto la hermosa Enildas
 Cuidosa llega á aquel sitio.
 De lo que pasa informada,
 Y conociendo el peligro,
 Sin esperar á que torne
 El buen Rey enfurecido,
 Salta las tapias lijera
 En pos de su amor querido.
 Huyendo se va á Tartaria

Con su amante y fiel amigo,
Que en un brioso caballo
La atendia en el egido.
Allí antes de casarse
Recibe Enilda el bautismo,
Y las joyas que lleva
En dos cajas de oro fino
Una vida regalada
A su amante ha prometido.

(Este es un romance de Gerineldo nuevamente compuesto. Pliego suelto.)

† Con algunas variantes se conserva é imprime este romance, y es uno de los vulgares que venden los ciegos. Todavía en Andalucía, con el nombre de *Corrio* ó *Corrido* ó *Carrerilla*, que así llama la gente del campo á los romances que conserva por tradicion, se recita ó cuenta el siguiente que trata tambien de *Gerineldo*.

CARRERILLA DE GERINELDO.

¿Dónde vienes, Gerineldo,
Tan triste y tan afligido?
—Vengo del jardín, señora,
De coger flores y lirios.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero es Pullo
El que te pondrá esta noche
Tres horas á mi servicio.
—Como soy vuestro criado,
Señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
Que de veras te lo digo:
A la una de la noche
Has de venir al castillo,
Con zapatitos de seda
Para que no seas sentido.—
Esto le dijo la Infanta,
Y al punto se ha despedido,
Diciéndole Gerineldo:
—Señora, será cumplido.

322.

MELISENDA Y EL CONDE AYRUELO.

(Anónimo 1.)

Todas las gentes dormían
En las que Dios tiene parte,
Mas no duerme Melisenda
La hija del Emperante;
Que amores del conde Ayruelo
No la dejan reposare.
Salto diera de la cama
Como la parió su madre,
Vistírase una alcandora
No hallando su brial;
Vase para los palacios
Donde sus damas estare;
Dando palmadas en ellas
Las empezó de llamare.
—Si dormís, las mis doncellas,
Si dormides, recordae;
Las que sabedes de amores
Consejo me queráis dare;
Las que de amor non sabedes
Tengádesme poridade:
Amores del conde Ayruelo
No me dejan reposare.—
Allí hablara una vieja,
Qu'es vieja de antigüedad:
—Agora es tiempo, señora,
De los placeres tomare,
Que si esperáis á vejez
No vos querrá un rapaze.
Esto aprendi siendo niña,
Y no lo puedo olvidare,
El tiempo que fui criada
En casa de vuestro padre.—
Des qu'esto oyó Melisenda
No quiso mas escuchare,
Y vase á buscar al Conde
A los palacios do estae.

T. X.

Topara con Hernandillo
Un alguacil de su padre.
—¿Qu'es aquesto Melisenda?
¿Esto que podía estare?
O vos teneis mal de amores,
O os quereis loca tornare!
—Que no tengo mal de amores,
Ni tengo por quien penare,
Mas cuando yo era pequeña
Tuve una enfermedad.
Prometi tener novenas
Allá en San Juan de Letrane:
Las dueñas iban de día,
Doncellas agora vane.—
Desque esto oyera Hernando
Puso fin á su hablare;
La Infanta muy enojada
Queriendo d'él se vengare:
—Prestádesme hora, Hernando,
Prestádesme tu puñale,
Que miedo me tengo, miedo
De los perros de la calle.—
Tomó el puñal por la punta,
Los cabos le fuera á dare:
Diérale tal puñalada
Qu' en el suelo muerto cae.
Ibase para palacio
A do el conde Ayruelo estae;
Las puertas halló cerradas,
No sabe por do pasare:
Con arte d'encantamento
Las abrió de par en pare.
Al estruendo el conde Ayruelo
Empezara de llamare:
—Socorré, mis caballeros,
Socorré sin mas tardare:
Creo son mis enemigos,
Que me vienen á matare.—
La Melisenda discreta
L'empezara de hablare:
—No te congojes, señor,
No quieras pavor tomare,
Que yo soy una morica
Venida de allende el mare.—
Des qu'esto oyera el Conde
Luego conocido la hae:
Fuese el Conde para ella,
Las manos la fué á tomare,
Y á la sombra de un laurel,
De Vénus es su jugare.

(Glosa nuevamente hecha por FRANCISCO DE LORA.
Pliego suelto.)

1 Este romance se ha entresacado de la glosa de Lora, restableciendo su antiguo consonante. Debe ser muy antiguo, y acaso de aquellos pocos primitivos de origen morisco, mas ya calcado sobre costumbres caballerescas.

323.

ESPINELO.

(Anónimo.)

Muy malo estaba Espinelo,
En una cama yacia,
Los bancos eran de oro,
Las tablas de plata fina:
Los colchones en que duerme
Son de una holanda muy fina,
Las sábanas que le cubren
En el agua no se vian.
La colcha que en ella ponen
Sembrada es de perleria;
A su cabecera tiene
Mataleona su querida:
Con las plumas de un pavon
La su cara le resfria.
Estando en este solaz

Tal demanda le hacia.
 —Espiucllo, mi Espinelo,
 ¿Cómo naciste en buen día!
 El día que tú naciste
 La luna estaba crecida,
 Que ni punto le sobraba,
 Ni punto le fallecia.
 Contádesme, Espinelo,
 Contádesme vuestra vida.
 —Yo te lo diré, señora,
 Con amor y cortesía:
 Mi padre era de Francia,
 Mi madre de Lombardia;
 Mi padre con su poder
 A Francia toda regia.
 Mi madre como señora
 Una ley hecha tenía:
 La mujer que dos pariese
 De un parto y en solo un día,
 Que la den por alevosa,
 Y la quemen por justicia,
 O la echen en la mar
 Porque adulterado había.
 Quiso Dios, y su ventura,
 Qu'ella dos hijos paria
 De un parto, y en una hora,
 Que por deshonra tenía.
 Fuérase á tomar consejo
 Con tan loca fantasía
 A una cautiva mora
 Que sabía nigromancia.
 —¿Qué me aconsejas, la mora,
 Por salvar la honra mía?—
 Respondiérale: — Señora,
 Yo de parecer sería,
 Que tomases á tu hijo,
 El que te se antojaría,
 Y lo echases en la mar
 En un arca de valia
 Bien embetunada toda,
 Que mas segura sería,
 Y pongas tambien en ella
 Mucho oro y joyería,
 Porque quien al niño hallase
 De criarle se holgaria. —
 Cayera la suerte en mí,
 Y en la gran mar me ponía,
 La cual estando muy buena
 Arrebatado me había,
 Y púsome en tierra firme
 Con la furor que traía,
 A la sombra de una mata
 Que por nombre Espina había,
 Que por eso me pusieron
 D'Espinelo nombrada.
 Marineros navegando
 Halláronme en aquel día:
 Lleváronme á presentar
 Al gran Soldan de Suria.
 El Soldan no tiene hijo
 Por su hijo me tenía;
 El Soldan agora es muerto.
 Yo por el Soldan regia.

(Cancionero, Flor de enamorados. — II. TIMONEDA,
 Rosa de amores. — II. WOLF, Rosa de Romances.)

Este romance viejo tiene vestigios de caracter oriental.

324.

EL INFANTE TROCO.

(Anónimo¹.)

En el tiempo que Mercurio
 En Occidente reinaba,
 Hubo en Vénus su mujer
 Un hijo que tanto amaba.
 Púsole por nombre Troco,

Porque muy bien le cuadraba;
 Criáronsele las diosas
 En la montaña Troyana.
 Era tal su hermosura,
 Que una estrella semejava:
 Deseando ver el mundo,
 Sus amas desamparaba.
 Andando de tierra en tierra
 Hallóse do no pensaba,
 En una gran pradería
 De arrayanes bien poblada,
 En medio de una laguna
 Toda de flores cercada.
 Es posada de una diosa
 Que Salmancia se llamaba,
 Diosa de la hermosura,
 Sobre todas muy nombrada.
 El oficio d'esta diosa
 Era holgarse en su posada,
 Peinar sus lindos cabellos,
 Componer su linda cara.
 No va con sus compañeras,
 No va con ellas á caza;
 No toma el arco en la mano,
 Ni los tiros del aljaba,
 Ni el sabueso de trailla,
 Ni en lo tal se ejercitaba.
 Ella des que vido á Troco
 Quedó de amores llagada,
 Que ni pudo detenerse
 Ni quiso verse librada.
 Mirando su hermosura
 D'esta manera le habla:
 —Eres, mancebo, tan lindo,
 De hermosura tan sobrada,
 Que no sé determinarme
 Si eres dios ó cosa humana.
 Si eres dios, eres Cupido
 El que de amores nos llaga:
 Si eres hombre, ¡cuán dichosa
 Fué aquella que te engendrara!
 Y si hermana alguna tienes,
 De hermosura es muy dotada.
 Mi señor, si eres casado,
 Hurto quiero que se haga;
 Y si casado no eres
 Yo seré tuya de gana. —
 El Troco, como es mancebo,
 De vergüenza no hablaba;
 Ella cautiva de amores
 De su cuello le abrazaba.
 El Troco le dice así,
 D'esta manera le hablaba:
 —Si no estais, señora, queda,
 Dejaré vuestra posada.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

¹ Pudiera por su asunto colocarse entre los romances mitológicos ó los amorosos.

325.

EL CONDE GRIFOS LOMBARDO.

(Anónimo¹.)

En aquellas peñas pardas,
 En las sierras de Moncayo
 Fué do el Rey mandó prender
 Al conde Grifos Lombardo,
 Porque forzó una doncella
 Camino de Santiago,
 La cual era hija de un duque,
 Sobrina del Padre Santo.
 Quejábase ella del fuerzo:
 Quejase el Conde del grado:
 Allá van á tener pleito
 Delante de Carlo Magno,
 Y miéntras qu'el pleito dura
 Al Conde han encarcelado

Con grillones á los piés,
Sus esposas en las manos,
Una gran cadena al cuello
Con eslabones doblados :
La cadena era muy larga,
Rodea todo el palacio ;
Allá se abre y se cierra
En la sala del rey Carlos.
Siete condes le guardaban,
Todos han juramentado
Que si el Conde se revuelve
Todos serán á matallo.
Ellos estando en aquesto,
Cartas habían llegado
Para que casen la Infanta
Con el Conde encarcelado.

(Cancionero, Flor de enumerados.)

¹ Tambien el conde Grifos es protagonista del romance de la *Adúltera castigada*, núm. 299, y aunque no menciona su nombre, puede creerse que lo es del 298. El asunto del que anotamos aquí puede pertenecer á la seccion de los caballeros carolingios, y es una de las antiguas é interesantes imitaciones de ellos.

326.

DON DIEGO DE ACEVEDO Y LA INFANTA MORA.

(De Lucas Rodriguez ¹.)

Con extraño temporal
Por el mar embravecido,
Va Don Diego de Acevedo
A media noche perdido.
Los vientos llevan la nave
Con espantoso ruido,
Ya la suben, ya la bajan,
Ya lleva el timon rompido,
Sin árbol, y sin entena,
Sin remedio conocido,
Y el cielo estaba nublado,
Y el norte estaba escondido.
Las nubes derraman agua,
Baja granizo crecido :
Con muy temerosos truenos
Brama el mar embravecido.
Cuando la nave encalló,
Que el bogar le fué impedido
Los de adentro temerosos
Llevan al cielo sus gritos,
Invocaban á las santos
Con clamor muy dolorido ;
Mas como veen el puerto
Donde Dios los ha metido,
Saltan en tierra contentos,
Y despues de amanecido
Reconocen ser de moros
La tierra donde han salido,
En las partes de Visena,
Donde tuvieron creído
Que haber arribado allí
Les fuera muy mal partido.
Don Diego dijo : — Mis armas
Y mi caballo lucido
Saquen de la rota nave. —
Y á un moro viejo que vido,
Le dijo : — Amigo, si el Rey
Agora hubiese sabido
Que han venido aquí cristianos
Con tormenta que han tenido,
¿ Querrá que entren en sus tierras,
O serles ha defendido ? —
Dijo el moro : — En otro tiempo
Os fuera bien combatido ;
Mas agora el gran Morlante
Tiene su bando extendido,
Que de todo el universo
Venga quien fuese servido,
A unas justas que cada año
En aquesta corte ha habido,

Porque habiendo estado preso
Diez años, muy abatido,
Y porque fué en este tiempo
De la prision redemido,
Se regocija cada año ;
Pero aqueste no ha querido
Por una calamidad
Triste que le ha sucedido ;
Y es : qu'el Rey tiene una hija
A quien natura ha medido
En esfuerzo y gran valor,
Que se lo dió tan subido,
Que triunfa su hermosura
Mas que en la que el mundo ha habido.
Hallóla el Rey con un moro,
No ménos que ella escogido
De linaje, y muy valiente,
Que siempre les ha excedido
A todos los de la corte
Y á cuantos de fuera ha habido.
En un aposento d'ella,
El Rey acaso los vido
Solos, mas amor con ellos ;
Qu'él solo los ha rendido.
Hizolos prender, y luego
Sin descargo ni partido
Les ha dado la sentencia,
Y tiene ya proveido
Que al caballero degüellen
En cadahalso subido,
Y á la princesa tambien,
Si no hay algun atrevido
Que se combata con siete
Moros, por él escogidos ;
Y ha de vencer á los siete,
Y si él quedare vencido
Degollarán á los dos
Sin remedio ni partido. —
Don Diego maravillado
De lo que al moro le ha oido,
Se armó de sus fuertes armas
Y despues de apercebido
Va con tan bravo semblante,
Que de mil gentes seguido
Dicen que es el mas gallardo
Que á la corte habie venido.
D'esta suerte va á palacio,
Y habiendo al Rey conocido,
Le hizo gran reverencia
Y acatamiento debido,
Y contando de qué suerte
A su corte habie venido,
Le dijo : — Rey poderoso,
Lo que ante tí me ha traido
Es la sentencia cruel
Que diste en lo sucedido ;
Y por ser tan cruda y fiera,
Traigo el corazon partido.
¡ Mira, Rey, que es gran crueldad !
Lo que tienes proveido !
¡ Mira que á cualquier humano
Tiene natural rendido !
Yo te suplico, señor,
Que me sea concedido
Campo, con los siete moros ;
Pero habiéndolos vencido
Dés por libre á la princesa
Y al caballero afligido. —
Dijo el Rey : — Es imposible
Hacer lo que me has pedido,
Que será contra la ley
Que en mi corte se ha tenido.
Defiende la parte d'ella
Si estás de tí aborrecido,
Y porque no me parezca
Que estás fuera de sentido,
Te vuelve, amigo, y no quieras,
Pagar lo que no has debido. —
Don Diego se salió fuera,

Y en su caballo subido,
A voces, que lo oyó el Rey,
Estas palabras les dijo :
—Salgan siete ó salgan ciento,
Que yo estoy apercebido
Para librar la princesa
O quedar aquí tendido.—
Y en el palenque se entró
Que estaba constituido;
Y cuando el Rey moro hubo
Los guerreros elegido,
Mandó poner la princesa
En un tablado subido
Donde viese al caballero
Que defiende su partido.
Estando en esto, Don Diego
A los siete moros vido
Muy refulgentes las armas,
El que menos muy lucido;
Cada cual d'ellos valiente,
Membrado, fuerte y fornido.
Parten los siete volando;
Mas Don Diego apercebido
También volando arrancó;
Pero d'ellos combatido
En él quebraron las lanzas
Sin ser d'ellos mas movido
Que un duro y fuerte peñasco
Ó mármol endurecido.
El que Don Diego encontró
Allí le dejó tendido,
Con el hierro de la lanza
En la garganta escondido;
Y de los seis que quedaron,
Aunque cercado se vido,
Dió con su lanza sin hierro
De todos al mas lucido,
Tal golpe, que con caballo
Lo dejó allí amortecido.
Dijo el Rey.—Buen caballero,
Basta, yo doy por vencido
El campo, y el triunfo d'él
Pues le teneis conseguido.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

¹ Apenas se comienza á leer este romance se advierte en él el espíritu facticio de imitación caballeresca, que fué moda entre nosotros en el siglo xvi. Es un cosido de aventuras y lances de caballería enfáticamente expresados, y con pretensiones de falsa elevación poética, que le privan de las buenas y sencillas dotes de los romances viejos.

327.

EL CONDE SOL.

(*Ánónimo* 1.)

Grandes guerras se publican
Entre España y Portugal:
Pena de la vida tiene
Quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
Por capitán general;
Del Rey se fué á despedir
De su esposa otro que tale.
La Condesa quera niña,
Todo se le va en llorare.
—Dime, Conde, ¿cuántos años
Tienes de echar por allá?
—Si á los seis años no vuelvo,
Condesa, os podeis casare.—
Pasan los seis, y los ocho,
Pasan diez y pasan mas,
Y el conde Sol no tornaba
Ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
Fuéla el padre á visitare :
—¿Qué tienes, hija querida,
Que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,

Por la santa Trinidad,
Que me querais dar licencia
Para al Conde ir á encontrare.
—Mi licencia teneis, hija,
Haced vuestra voluntad.—
La Condesa al otro día
Al Conde se fué á buscare,
Triste por Italia y Francia,
Por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
Ya se torna para acá,
Cuando gran vacada un día
Devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
Por la santa Trinidad,
Que me niegues la mentira
Y me digas la verdade :
¿De quién son estas vaquitas
Que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
Que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
Que cerca están de segare?
—Señora, del mismo Conde,
Porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
Que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol,
Porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
Y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
Porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
Que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
Sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
Que un hombre abrazando estae?
—La desposada señora
Con que el Conde va á casare.
—Vaquerico, vaquerito,
Por la santa Soledade :
Toma mi ropa de seda,
Y visteme tu sayale,
Que ya hallé lo que buscaba,
No lo quiero, no, dejare;
Agárrame de la mano
Y á su puerta me pondrás,
Que á pedirle voy limosna,
Por Dios, si lá quiere dare.
Desque estuvo la Condesa
Del palacio en el umbral,
Una limosnica pide
Que se la dén por piedad,
Y fué tanta su ventura,
Aun mas que era de esperare,
Que la limosna demanda
Y el Conde se la fué á dare.
—¿De dónde eres, peregrina?
—Soy de España naturale.
—¿Cómo llegastes aquí?
—Vine mi esposo á buscare,
Por tierra pisando abrojos,
Pasando riesgos en mare,
Y cuando le hallé, señor,
Supe que se iba á casare,
Supe que olvidó á su esposa,
Su esposa que fué leale,
Su esposa que por buscallo
Cuerpo y alma fué á arriesgare.
—¿Romerica, romerica,
Callede, no digas tale,
Que eres el diablo sin duda
Que me vienes á tentare!
—No soy el diablo, buen Conde,
Ni yo te quiero enojare;
Soy tu mujer verdadera,
Y así te vine á buscare.—

El Conde cuando esto oyera,
Sin un punto mas tardare,
Un caballo muy lijero
Ha mandado aparejare
Con cascabeles de plata
Guarnido todo el pretale;
Con los estribos de oro,
Las espuelas otro tale,
Y cabalgando de un salto,
A su esposa fué á tomare,
Que de alegría y contento
No cesaba de llorare.
Corriendo iba, corriendo,
Corriendo va sin parare,
Hasta que llegó al castillo
Donde es señor naturale.
Quedándose ha la novia
Vestidica y sin casare,
Que quien de lo ajeno viste,
Desnudo suele quedare.

(Tradicional.)

¹ Este romance, que aun se conserva y pasa de boca en boca en Andalucía y tierra de Ronda, está calcado sobre el del Conde Dirlós. Aquí sin embargo se han cambiado los papeles, pues la dama es quien busca al marido, y le halla en el caso de desposarse con otra, mientras en aquel sucede lo contrario.

328.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

(Anónimo¹.)

Bien se pensaba la Reina
Que buena hija tenia,
Que del conde Don Galvan
Tres veces parido habia,
Que no lo sabia ninguno
De los que en la corte habia,
Si no fuese una doncella
Qu'en su cámara dormia.
Por un enojo que hubiera
A la Reina lo decia:
La Reina se la llamaba
Y en cámara la metia,
Y estando en este cuidado
De palabras la castiga:
—Hija, si virgen estáis,
Reina seréis de Castilla:
Hija, si virgen no estáis
De mal fuego seais arida.
—Madre, tan virgen estoy
Como el día que fui nascida.
Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido;
Doliente soy de mi cuerpo,
Que no soy para servillo.—
Subiérase la Infanta
A lo alto de una torre;
Si bien labraba la seda,
Mejor labraba el oro;
Vido venir á Galvan
Telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
El parto que la tomó.
—¡Ay por Dios! ¡ay mi Señor!
Alleguéisos á esa torre,
Recogedme ese mocho
En cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
A la madre que os parió.

(Cancionero de Romances.)

¹ La construcción imperfecta de este romance, y su variación intempestiva del asonante, indica que se ha tomado de la tradición oral, que es muy antiguo, y así puede asegurarse que de los primitivos: es decir, de aquellos compuestos por la gente del pueblo, que no han venido de los juglares ni de los trovadores, aunque quizá está formado de trozos y de remi-

niscencias de los que unos u otros habían inventado. Corrobora esta última conjetura el hecho que presentan algunos romances que tradicionalmente y sin imprimirse se conservan entre la gente rústica de Andalucía, los cuales, cada uno de ellos suele contener á saltos, sin conexión, sin verdadero enlace, y sin observar la misma rima, trozos ó fragmentos de los juglarescos y de los de los trovadores. Tal es el del número 373, que empieza: *Saltó Roldán á cazar.*

329.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

(Anónimo¹.)

—Esta noche, caballeros,
Dormí con una doncella,
Que en los días de mi vida
Yo no vi cosa mas bella.—
Todos dicen á una voz.
—¡Cierto, Aliarda es esa!² —
Oídolo habia su hermano,
Un hermano carnal della,
Dijéronle allí: —Florencios,
Bien es casarte con ella.
—No quiero hacer, caballeros,
Para mí cosa tan fea,
En tomar yo por mujer
La que tuve por manceba.—
Aun no acabó Florencios
De decir aquella nueva,
Cuando todos prontamente
Dicen luego: —¡Muera, muera!
¡Muera aquel que ha deshonrado
A Aliarda la mas bella! —
En saber esto Aliarda
Gran enojo recibiera:
Envióles á decir
En breve desta manera:
—Pésame, mis caballeros,
De hacer cosa tan mal hecha,
Que lo que el loco decia
No era cosa creedera.
Hasta saberlo de cierto
No le habian de dar pena.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — II. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Es uno de los buenos romances de la *Rosa de amores*, reimpresso por el Sr. Wolf.

² Esta Aliarda parece ser diferente de la del romance del *Desafío de Oliveros y Montesinos*, que empieza: *En las salas de París.*

330.

EL TRAIDOR MARQUILLOS, Y BLANCA-FLOR.

(Anónimo.)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡Cuán traidor de corazon!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desque lo tuviste muerto
Quitástele el chapiron;
Fuéraste al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor;
Si no lo quereis creer,
Veis aquí su chapiron.—
Blanca-Flor desque lo viera
Las puertas luego le abrió:
Echóle brazos al cuello,
Allí luego la besó;
Abrazándola y besando
En un secreto la entró.
—Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un don:

Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol. —
Marquillos, como es hidalgo,
El don luego le otorgó,
Y como venia cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy lijera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomara un cuchillo en mano
Y á Marquillos degoló.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

* Lindisimo romance, que puede considerarse como producto del último tercio del siglo xv, aunque posteriormente rehecho y modificado.

331.

EL MALDICIENTE.

(Anónimo.)

Ese conde Cabreruelo,
Con el Rey come á la mesa,
¡Oh cuán mal que se abalona
A toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna
¡Ved cuán mal pensada apuesta!
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas:
¡Falsa jura! ¡injusta tema!
La Reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta:
—Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas:
Yerbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida yerbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¡Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuántas nacen, cuántas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que ménos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Eumendaos, amigo Conde,
Y de hoy mas las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde
Que es hazaña de alta empresa:
Todos de mujer nacimos,
Volvamos todos por ellas.

(Romancero general.)

332.

ALBANIO Y FELISARDA. — I.

(De *Lúcas Rodríguez* *.)

Ya se parte Albano el fuerte,
Y en amores desdichado,

En busca de Felisarda,
En quien tuvo aprisionado
De afición su tierno pecho,
De ingratitud tras pasado
Lo mejor de su niñez
Y el tiempo verde y lozano,
Cuando en casa de sus padres
Se hablaban con recato,
Tan amorosas palabras
De estilo tan delicado,
Que ninguno lo entendiera
Sino de aviso sobrado.
Va por topar á Tereo
De la cólera cegado,
Hechos un ascua los ojos,
De enojo desfigurado,
A veces mirando al suelo
Otras al cielo estrellado;
A veces corre furioso
Y á veces está parado,
Y otras está pensativo,
Y de sí desacordado.
Ya habla consigo solo,
Ya con su fortuna y hado,
Ya prosigue su camino,
Ya vuelve desesperado,
Ya deja suelta la rienda
Al espumoso caballo:
Extremos hace en que muestra
Señales de enamorado.
Solo va por la espesura
En voces altas clamando:
—Ven, adúltero Tereo,
Que aquí te estoy aguardando,
Y verás en breve tiempo
Tu poder, braveza y mando
Destruído, cual merece
La traición de que has usado
En llevarte á Felisarda
Estando yo descuidado. —
Y acabo de una gran pieza,
Que dió fin á lo hablado,
Vido por detras de un roble
Un grande bulto sentado.
Llegóse un poco mas cerca
Por no hallarse engañado,
Que el corazón le dió luego
Gran temor y sobresalto,
Y hallo con certidumbre
Lo que había sospechado,
Que era sin falta Tereo
Con su Felisarda al lado.
Y estando bien satisfecho,
Aunque en cólera abrasado,
Como prudente y discreto
Un poco se ha retirado.
Felisarda que conoce
A su aborrecido Albano,
Con gran razón, vergonzosa
De verle se ha recelado.
Dícele: — ¡Dulce Tereo
De mi corazón amparo,
Con Albano mi enemigo
Cruda guerra se os ha armado,
Y sienten mis ojos pena
De veros atribulado! —
Luego respondió Tereo
Con un ánimo esforzado.
—No sintais pena, bien mío,
Aunque nos haya topado,
Que quien os rinde la vida
Sacará la vuestra á salvo. —
Y diciendo estas palabras
En breve se ha levantado.
Albano, contra Tereo
Arranca desaforado:
Y los dos valientes mozos,
Tan fuerte guerra han trabado,
Que el uno y otro cayeron

En el suelo, de su estado.
 Vidolos un caballero
 Que por allí pasó acaso,
 El cual puso paz entre ellos,
 Que malamente han lidiado.
 Don Bradalin ha por nombre,
 Hijo del Adelantado,
 Del reino de Macedonia,
 De gran renombre y ditado.
 Luego que de la batalla
 Fué brevemente informado
 Y ya que Albanio y Tereo
 En su amistad han tornado,
 Dijoles una razon
 Como sagaz y avisado.
 — Si la dama quiere al uno,
 Y en él pone su cuidado,
 No hay para qué muestre el otro
 El corazon alterado
 Por amorès de la dama
 De quien él es despreciado.
 Tomado este parecer
 A la dama han preguntado,
 Que dice quiere á Tereo,
 Que della está apasionado,
 Y como razon discreta
 A Bradalin le ha agradado.
 Albanio por otra parte
 Se vuelve desesperado,
 Donde topó otra aventura,
 Y se vido fatigado,
 Y á gran pique de perder
 Su honra, vida y estado.
 Un leon sale al encuentro
 Valiente, feroz y bravo,
 Que tan solo con la vista
 Infunde terror y espanto.
 Arremetió con gran furia
 Contra el valeroso Albanio,
 Que como esforzado y diestro
 Tan cruel golpe le hubo dado,
 Que el fiero animal tendido
 Y casi muerto, ha quedado,
 Por donde tuvo lugar
 De poner su vida en salvo,
 Como aquel á quien tenia
 La dura Parca guardado,
 Para gozar de aquel bien
 Que despues hubo gozado:
 Y Don Bradalin prosigue
 Su camino comenzado,
 Y el venturoso Tereo
 Con Felisarda ha quedado.
 Mas la mudable fortuna
 Y su destino ha ordenado
 Que despues de largo tiempo,
 Que ya Tereo ha gozado
 A la hermosa Felisarda,
 Se vea della privado,
 Como en sus dulces amores
 Os ha de ser recontado,
 Para que estéis sobre aviso,
 Que aunque tengais alto estado,
 No os fieis de la fortuna,
 Porque á la fin, da su pago.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

335.

ALBANIO Y FELISARDA.—II.

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Amores trataba Albanio
 Aunque no los descubria:
 Siente el corazon llagado
 De Felisarda su amiga,
 Que desde niño con ella
 Estrecha amistad tenia.
 Los mas de sus tiernos años
 Y de aquella edad florida
 Pasados sin gozar cosa
 De su dulce compañía;
 Solo la conversacion
 Y agradable y dulce vista
 Ya que la ingrata fortuna
 Traidora y desconocida
 Les dió lugar y ocasion,
 Cual pudo y les convenia;
 Ya que la naturaleza
 Con ellos obrado habia
 En concedelles los años,
 Que á los demas concedia.
 La constelacion del cielo
 Adonde quiera movia
 Al infelice de Albanio
 Que simplemente vivia,
 Haciendo que el aficion
 Que Felisarda tenia
 En el inocente mozo,
 Que no ménos la queria
 Que quiso Piramo á Tisbe
 De eterna memoria y vida,
 La vea en tan breve tiempo
 Tan cruelmente perdida.
 Tal enemistad Albanio
 Muy gravemente sentia,
 Y hablando consigo solo
 Estas palabras decia,
 Y con extremos que hace
 Que á gran compasion movian
 Dice: — ¡Oh dulce Felisarda!
 ¿Que os causó mi compañía?
 ¿Qué daño sentiste della,
 Luz y espejo de mi vida?
 Consuelo de mi tristeza,
 Socorro del alma mia,
 Principio de mi contento
 Y fin do va mi alegría;
 Remedio de mis enojos,
 Vida por quien yo vivia,
 Zanja donde me sustentó
 Y do mi firmeza estriba;
 Corazon de mis entrañas,
 Dulce Felisarda amiga,
 ¿Dónde está la fe y palabra
 Que yo firmada tenia
 De aquesa divina mano,
 Que me afirmaba y decia:
 «Mi leal Albanio, espera
 Solo en la esperanza mia,
 Vendrás á alcanzar el premio
 Que tu intencion pretendia?»
 ¿Es esto sueño, bien mio?
 Es quimera ó fantasía?
 O es un corto y breve antojo
 Quel aire lo deshacia?
 ¿Para qué tanto fundar
 Donde cimiento no habia?
 Y diciendo estas palabras
 Y otras que contar podia
 De gran dolor y tristeza
 Que el nuevo amador sentia,
 De léjos vió una pastora,
 Que recogiendo venia
 Sus amorosas ovejas,
 Ya que Febo trasponia

¹ Para este y el siguiente romance véase la nota del del número 326, porque las observaciones allí expuestas deben entenderse también con los dos que aquí se insertan, y aun con todos los del mismo autor.

Por cima del rico albergue
Do Felisarda tenia
Su dulce reposo y siesta,
Siempre que calor hacia.
Tuvo el temeroso Albanio
Algun tanto cobardía:
Por una parte mostrando
Gran esfuerzo y osadía,
Determina de hablalla:
Perdido el miedo que habia
Cobrado con su presencia
Por no saber quien seria,
Vido ser su Felisarda
Segun el traje y devisa:
Titubéale la lengua
De la sobrada alegría,
Y por encubiertas señas,
Como mejor él podia
Le dió á entender los conceptos
Que en su corazón habia;
Y alzando un poco los ojos
Que tan honestos tenia,
Vido por el aire un bulto
Que velozmente venia,
Y conoció ser un moro
Que sabe nigromancia,
A quien recontado el caso
Sagazmente determina,
Que Felisarda le quiera
Sin saber cómo se hacia,
Dejando á Albanio una carta
Que desta suerte decia.
«Veráste, Albanio, próspero y querido
«El breve tiempo de tus tiernos años:
«Después, un poco ya en edad crecido,
«Vendrán te males tantos y tamaños,
«Que seas de tu bien aborrecido,
«Y morirán al fin estos engaños:
«Ten esperanza, Albanio triste, aguarda,
«Y gozarás tu dulce Felisarda.»
Y de Albanio y Felisarda
La dulce carta leida,
Deshecho el encantamento
Que el moro hecho tenia,
De los dos enemistados
Hace amistad muy crecida,
Y vuelve á su gracia Albanio
Recobrando nueva vida.

(Rodríguez, *Romancero historiado*.)

334.

LA COLMENERA Y EL CABALLERO.

(De Don Luis de Góngora¹.)

Apeóse el caballero,
Vispera era de San Juan,
Al pie de una peña fría,
Que es madre de perlas ya;
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigoso, mas
Le sirve en fuente de plata
Desatando su cristal.
Lisonjeado del agua
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al ménos,
Debajo de un arrayan.
Concedíaselas, cuando
Vió venir, de un colmenar
Muchos siglos de hermosura,
En pocos años de edad;
Con un cántaro, una niña,
Digo, una perla oriental,
Arracada de su aldea
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta
Y valiente, por su mal;
La vasija hecha instrumento
Este atrevido cantar.

«Al campo te desafia
La colmeneruela.
Ven, Amor, si eres dios, y vuela;
Vuela, Amor, por vida mia,
Que de un cantarillo armada
En la estacada
Mi libertad te espera cada día.
Este cántaro que ves
Será contra tu pereza,
Morirón en la cabeza,
Y embrazándolo paves.
Si ya tu arrogancia es,
Cual solia,
Al campo te desafia
La colmeneruela etc.»
Saludóla el caballero
Cuyo sobresalto al pie
Le puso grillos de hielo,
Y yendo á limallas él,
Amor, que hace donaire
Del mas bien templado árnes,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona al paves de barro,
No á la que abraza el paves,
Escondiéndole un harpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galán á la niña,
Que en un bello rosicler
Convirtió el color morado;
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortes.
Lo lindo, en fin, lo luciente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja afianza;
Que ella escucha sin desden.
— Colmenera de mis ojos,
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos buscan miel:
Dimelo tú, y súpalo él.
Colmeneruela animosa,
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos,
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.—
Desde el árbol de su madre
Trincherado Amor allí
Solicita la venganza
Del montaraz serafín.
Segunda flecha dispara,
Tal que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las tñe de carmesí.
Tomóla el galán la mano
Encomendando á un rubí
Que la prenda el corazón
En un dedo de marfil.
La sortija lo ejecuta
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
— Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que tengo la madre brava
Y el veros será mi fin.—
El contento fia su robo
De las ancas de un rocín,
Y ella, amante ya, su fuga,
Del caballero gentil.
— Decíde á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.

Decidle que no se afija
Y perdone al llanto tierno
Pues granjeó galán yerno,
Cuando perdió bella hija:
El rubi de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor

A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar. —

(GÓNGORA, *Obras de.*)

* Mas bien que caballeresco, es amoroso este hermoso romance, lleno de amena, picante y festiva poesía.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS GALESES.

335.

AMADIS DE GAULA. — I.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado;
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cárcelo trae vestido
A sus carnes apretado;
Con disciplinas destruye
Su cuerpo mas delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto,
Segun lo trae de delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado;
La barba trae crecida,
D'este mundo se ha apartado:
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazón echado¹,
Con gran humildad os pide
Perdon si había errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordándose había
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado.
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.

(Cancionero de Romances.)

* En la *Rosa española*, segunda parte de romances de Timoneda, despues de este verso añade los siguientes:

Con humildad y paciencia
A su señora ha invocado:
Diciéndole está: — ¡Oriana!
Si en alguna cosa he errado
Suplicote que perdones,
Pues me ves tan humillado. —
Con estas graves pasiones etc.

Este romance alude á la penitencia que Amadis de Gaula hizo en la Peña Pobre, desterrado por injustos celos de la presencia de Oriana. — Cervantes parodia este lance del libro caballeresco, haciendo que Don Quijote, suponiéndose desdénado de Dulcinea, se retire á hacer penitencia á la Sierra-Morena.

336.

AMADIS DE GAULA. — II.

(Anónimo¹.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado:
De lágrimas de sus ojos
El campo tiene regado,
Por una carta sañosa
Que Oriana le ha enviado.
Palabras que está diciendo,

Son de dolor y cuidado.
— ¡Oh mi padre Perion!
¡Oh mi padre, rey honrado,
Que muero sin tú sabello,
Por lo cual vo mas penado!
¡Oh mi padre, si supieses
Quién aquesto me ha causado,
Bien sé no t'espantarias,
Ni de ti sería culpado!
¡Oh buen viejo Don Gandaes,
Amigo mio muy honrado,
Vos me sacastes del arca
De la mar, do iba encerrado,
Siendo yo chica criatura
De aquesta noche criado!
Vos me mostrastes crianza,
Por do fui siempre estimado,
¡E agora que ya soy grande
Dejo vos desamparado!
¡Oh Mabilia, mi cohermana,
Ya de mi no habeis cuidado!
¡Doncella de Denamarca,
Mi servir has olvidado!
¡Oh mi señora Oriana,
Que muero por tu mandado!
Mas si d'ello eres servida,
No me llamo desdichado,
Antes me llamo dichoso
Y en la muerte afortunado.
A lo ménos donde fuere,
Aunque vaya condenado,
Lo uno en no ver tu forma,
Ni tu genio deseado,
E ver tu lindo semblante
Contra mí en furor tornado. —
Con el dolor que sentía
La habla se le ha quitado.
Estando así Amadis
Como de un sueño pesado
Vió venir un caballero
De todas armas armado. —

(Aquí comienza una glosa del romance de Amadis.
Pliego suelto.)

* Está entresacado de unas coplas que le sirven de glosa, donde queda cortado y sin concluir el romance.

337.

AMADIS DE GAULA. — III.

(Anónimo¹.)

Despues que el muy esforzado
Amadis, que fué de Gaula,
Por mandado de su señora
La hermosa Oriana,
Partió de la Peña Pobre,
Do la doncella le hallara,
Vino á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,
Tan lastimada y tan triste,

Que la vida le faltara,
Si no fuera por Mabília,
Que mucho la consolaba.
Cuando se vieron los dos,
Los dos que tanto se amaban,
No hay quien contar pudiese
La gloria de que gozaban.
Abrazados por gran rato,
Que ninguno se hablaba;
Trasportados del dulzor
Que su vista les causaba,
Como aquellos que el amor
Por igual los sojuzgaba;
En cabo de un gran rato
Cada uno en sí tornaba,
Y con muy grande alegría
El uno al otro hablaba,
Contando las graves penas
Que el ausencia les causaba;
Mas si congojas pasaron
En placer se les tornara.

(*Cancionero de Romances. — II. Romance del Conde Alarcos, etc. Pliego suelto.*)

4 Hé aquí en los números 335, 336 y 337 los únicos romances que nos quedan de *Amadis de Gaula*. Los tres no representan mas antigüedad que la del siglo xvi, y ninguno está comprendido en el *Cancionero general* de 1511. El *Amadis de Gaula*, desconocido para el pueblo antes de dicha época, fué sin embargo el tipo de los libros caballerescos españoles, y el origen demasiado fecundo de una multitud, cuyas traducciones inundaron la Europa, después que la Francia había agotado el manantial de sus crónicas caballerescas, sus Cárlo-Magnos y sus Artuses.

338.

EL CABALLERO DEL FEBO. — I.

(De *Lúcas Rodríguez* ⁴.)

El gran hijo de Trebacio
Que por sucesión venia
A ser alto emperador
De Grecia, donde asistía,
Llamado por nombre el Febo;
Flor de la caballería,
Ejemplo de la virtud,
Dechado de lozanía;
El que nunca igual halló
En esfuerzo y valentía,
El que siempre sujetó
A toda la pagania,
El que con solo su nombre
Los agravios deshacia,
El que á todos excedió
En mesura y cortesía:
Este principe potente
Que á los gigantes vencía,
Un niño le sujetó
Ciego, tierno en demasía,
Y fué porque le tiró
Una flecha que traía,
A la cual no hay resistencia,
Porque invisible la envía;
Y cuando verse pudiera
Poco le aprovecharía,
Pues se había de defender
Con quien tan poco podía;
Que era su corazon tierno;
¡Mirad cuál le pararía,
Pues que de su natural
Fuerza alguna no tenía!
Y ansina muy fácilmente
Cualquiera vista le hería.
Tiróla tan fuertemente
Que forzado le rendía
A ser el mayor esclavo
Que tiene en su compañía;
Al cual le mandó que amase
A una princesa que había

En la noble Trapisonda,
Adonde ella residía,
Cuya señora ha de ser:
Claridiana se decía,
La cual entre las mujeres
Como el sol resplandecía.
Hacia á todos gran ventaja
En su gracia y bizarría,
En hermosura y valor
Y en virtud y en gallardía,
Y en ánimo varonil
Y esfuerzo sin cobardía,
Porque solo su amador
Algun tanto la excedía,
Y con tan poca ventaja
Que apenas se conocía.
El la quiso y fué querido,
¡Ved qué gloria les sería,
Pues á Amadis en amar
El clara ventaja hacía,
Y ella á la reina Oriana,
Que de allí pasar no había!
Pasando muchos trabajos
Y tormentos cada día,
Vino el caso á suceder
Que necesidad tenía
De apartarse de su dama,
Porque á llamarle venia
Una doncella llorando,
Que su socorro pedía.
¡Allí vierades los llantos
Que cada uno hacía!
Allí las quejas, los celos
Que su amada le oponía!
Y para que no se fuese
Muchas lágrimas vertía.
Mas como él era esforzado,
Complacerla no podía,
Porque á ello le obligaba
La ley de caballería.
Despidense con abrazos,
Que se daban á porfía:
De solo aquello gozó,
Que mas no le concedía.
No lo quiere ella dejar
Por no perder su alegría;
Parécele que la ausencia
Olvidarla causaría,
Dándole mil ocasiones,
Como de continuo hacía,
Y este triste pensamiento
Tanto á la dama ofendía,
Que no le quiere soltar
Porque mucho lo temía.
Como el principe esto viese,
Gran pena y dolor sentía:
Dale su fe y su palabra
Que muy presto volvería
A tornarla á visitar,
Pues mas que ella lo quería;
Y así le dió la licencia,
Y el principe se partía.

(*RODRIGUEZ, Romancero historiado.*)

4 Trece son los romances de esta clase que el hinchado pero infatigable poeta Rodríguez nos dejó sobre las aventuras del caballero del Febo, descendiente de los Amadis y de los Palmerines. Están tomados sus asuntos del libro caballeresco intitulado: *Espejo de principes y caballeros*; que consta de cinco ó seis partes, empezadas y continuadas en el último tercio del siglo xvi.

339.

EL CABALLERO DEL FEBO. — II.

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Parte el amoroso Febo
De aquella que le ha robado
El alma y su corazon,

Con gran dolor y cuidado.
 Va melancólico y triste
 Y de mil ansias cercado,
 Desabrido y descontento
 Y casi desesperado.
 Quéjase de su fortuna
 Porque apartar le ha forzado
 Del contento que da gusto
 A su cuerpo apasionado,
 Y de aquella luz que alumbra
 Su corazón lastimado,
 Que va ofuscado en tinieblas
 Por ir de su luz privado.
 No solo llora el dolor
 Que le tiene atormentado,
 Mas también el que su amada
 Por su ausencia habrá tomado.
 Dale mas pena esta pena
 Porque la sentie doblado.
 Yendo con estas tristezas
 De fe viva acompañado,
 Fuertes gigantes venció,
 Y la soberbia ha hajado
 A perversos caballeros,
 Que á otros habien agraviado.
 De malos aborrecido
 Era, y de buenos amado;
 De aquellos que poco pueden
 Su favor es demandado,
 A los cuales da su ayuda
 Con ánimo aparejado.
 De todos era temido
 Y por fuerza respetado;
 Y cuando ya se volvía
 Por un gran campo ha pasado,
 Espacioso, ameno, alegre
 Y de arboleda cercado,
 Tan espesa y tan crecida,
 Que puede estar bien guardado
 De no ser visto de nadie,
 Aunque mas fuera buscado.
 En medio estaba una fuente
 De artificio tan preciado,
 Y de tan galana hechura,
 Que admiración le ha causado.
 Sonaba tan dulce ruido
 Del agua por aquel prado,
 Que le hizo descansar
 Y estar un rato allí echado:
 Y como el príncipe viese
 Ser lugar acomodado
 Para poder dar alivio
 A su cuerpo fatigado,
 Con gentil aire y presteza
 Del caballo se ha apeado,
 Y quitándole la silla
 En un árbol le ha arrendado.
 Quitóse también el yelmo,
 Y encima se ha recostado
 Para poderse aliviar
 Del dolor bravo y pesado
 Que le causó la memoria
 De aquella que tanto ha amado.
 Y estando en su dulce sueño
 Un gran ruido ha sonado,
 Que su descanso le quita,
 Pues el sueño le ha quitado.
 Levantárase por ver
 Qué es lo que le ha despertado:
 Ve que son unas doncellas
 Que con paso apresurado
 Hacen tan gracioso son
 Y un cantar tan extremado,
 Que con muy justa razón
 Pudiera ser comparado
 A aquel de las tres sirenas,
 Por el mundo tan loado,
 Dispuestas, lindas, galanas,
 Con vestidos de brocado.

Veinte enanos pasan luego
 De rostro muy afeado,
 Con sayos hasta los pies
 De tafetan encarnado.
 Doce gigantes los siguen,
 Y cada cual iba armado
 De ricas armas y fuerles
 Con un ancho alfanje al lado.
 Tras aquesta compañía
 Pasó un carro tan preciado,
 Que pensó el príncipe ser
 Por arte mágica obrado:
 De zafiros y otras piedras
 Venie todo rodeado,
 Que le pareció valer
 Mas que un reino muy preciado;
 Y dentro vió estar dos sillas
 De oro muy fino labrado.
 En la una vió que estaba
 Un caballero asentado,
 Galán, dispuesto y hermoso,
 Muy severo y agraciado,
 Y en la otra una doncella
 De rostro tan alindado
 Y de tanta gallardía,
 Que le ha todo alborotado,
 Porque le pareció ser
 De la hermosura dechado.
 Va luego otra tanta gente
 Como delante ha pasado;
 Mas la vista de la dama
 Ha su corazón llagado
 Con tan terrible herida,
 Que se sintió enajenado
 Para poder mas amar
 A la que primero ha amado;
 Porque viendo esta doncella
 Se halló tan aprisionado,
 Que su alma y corazón
 Firmemente le ha entregado;
 Y no pudiendo sufrir
 Tal herida que le han dado,
 Su buen caballo desata,
 Y su yelmo se ha enlazado.
 Sin poner pié en el estribo
 Con presteza ha cabalgado,
 Y con ligera carrera
 Del rico carro ha pasado,
 Por solo tornar á ver
 A quien tal le habie parado;
 Que como él la vió pasar
 Quedó mas enamorado,
 Y así d'estos dos extremos
 Perseguido y acosado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

340.

EL CABALLERO DEL FERRO. — III.

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Con grande dolor y pena
 Está el príncipe esforzado
 Deseoso de saber
 Quién así le ha maltratado;
 Y no pudiendo sufrir
 El fuego que le ha abrasado,
 Ruega mucho á una doncella
 Que detras se habie quedado,
 Le cuente aquella aventura,
 Y el fin de aquel rico carro;
 La cual por dalle contento
 D'esta manera le ha hablado:
 — Sabed, señor caballero,
 Que en aquel sublime estado
 Tan real y poderoso,
 Que del Catayo es llamado,
 Hay una costumbre antigua

Que los reyes han guardado,
Y es que tenga tanta accion
La hija en aquel reinado
Como el hijo, aunque sea
De mil gracias adornado,
Y solo pueda heredar
El que fuere señalado
Por sus tan queridos padres
Sin salir de su mandado.
Vino acaso á suceder
Que fué el padre aficionado
Muy mas de la hermosa hija
Que del principe estimado,
Y al contrario de su madre,
Es el hijo mas amado.
A ella llaman Lindabridis,
El Merian es llamado,
Y así terrible discordia
Entre ellos se ha levantado,
Sobre cual ha de gozar
Del reino tan encumbrado.
Determinan una cosa
Para salir del cuidado,
Y es que vayan los dos juntos
Hasta un año ser pasado,
De aquesta suerte que veis;
Y esté el principe obligado
A defender que merece
Mas, en medio el campo armado,
Que su hermana Lindabridis,
Ser señor de aquel estado;
Y si fuere victorioso
En el tiempo situado,
Que le darán luego el reino
Y será señor llamado;
Mas que si fuere vencido,
Que no espere ser premiado,
Y suceda en su lugar
Hasta cumplir lo restado
El valiente vencedor
Que tanto esfuerzo ha alcanzado;
Y si sale con victoria
Hasta el año señalado,
Que gozará de aquel reino
Siendo con ella casado.
Esto es en suma, señor,
Lo que me habeis preguntado.—
Como el Febo aquesto oyese,
De sabello se ha holgado:
Dale mil gracias y ofertas
Por la cuenta que le ha dado.
Al caballo da de espuelas
Hasta que hubo llegado
Al carro triunfante y rico;
Y en llegando se ha parado,
Y haciendo su acatamiento
D'esta suerte ha razonado:
—Principe alto, excelente,
Y con razon publicado
Por el mas diestro y valiente
Que en el mundo se ha hallado;
Yo he sabido esta aventura
Y estoy bien d'ella informado,
Y sé cómo defendeis
Lo que os será demandado
De cualquiera caballero
Que á razon fuere llegado;
Y así vedme aquí que estoy
Muy presto y aparejado
A defenderos, que el reino
Del Catayo, tan sonado,
Le merece, y es razon
Que á vuestra hermana sea dado.—
Como el Principe esto oyese,
La rica silla ha dejado,
Y poniéndose sus armas
Al gran campo sale armado,
Las cuales eran de conchas
De un duro y fino pescado,

Que ningun arma contraria
Las ha algun tanto mellado,
Y tan ricas y vistosas
Que estaba el Febo admirado.
Encima un caballo sube,
En correr muy extremado,
Juntamente en hermosura,
Que Cornerino es llamado.
Apartándose á una parte,
Grandes encuentros se han dado,
Y fué tan grande el de Febo,
Que ha por fuerza derribado
Al principe Meridian
Mal herido y quebrantado.
Mas como el Febo lo viese,
Del caballo se ha arrojado,
Adonde con gran furor
Fuerte contienda han trabado,
En que Meridian mostró
El valor de que es dotado,
Resistiendo con destreza
Un golpe y otro pesado.
Que le da el potente Febo
Con su recio y fuerte brazo.
Mas al cabo de dos horas
Le tenie tan mal parado,
Que ya iba de vencida,
Segun le trae acosado;
Y así del valiente Febo
Meridian fué sujetado,
Quedando con muy gran saña
Y casi desesperado,
Y por no ser conocido
Quiso ir disimulado.
Su caballo y armas fuertes
Con el principe ha trocado,
Y despidiéndose d'ellos
Con presteza ha caminado
Al reino de Macedonia,
Adonde fué desposado
Con la hermosa Floralinda,
Que heredaba aquel estado,
Sucediendo en su lugar
El principe enamorado
De la linda Lindabridis
Que le tenie prisionado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

341.

EL CABALLERO DEL FEBO. — IV.

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Con crecido regocijo
Y alegría singular
Camina con Lindabridis
Aquel principe sin par,
A cumplir lo que faltaba
Para el año se pasar,
Y si sale con victoria
Irse con ella á casar
A la tierra de su padre,
Y de aquel reino gozar.
Enfrente d'ella sentado
Va por bien la contemplar,
Puestos los ojos en ella
Sin las pestañas mudar,
Porque el fuego que le abrasa
No los consiente apartar
De aquella que le ha causado
La muerte y vida á la par:
Muerte, por lo que padece
Hasta podella alcanzar,
Y vida, porque imagina
Que presto se ha de llegar
Lo por él tan deseado,
Que es con ella descansar.
Piensa agora que es querido,

Y esto le hace alegrar ;
 Agora , que no es amado
 Para mas le hacer penar ,
 Y poner mas diligencia
 En podella aprisionar ,
 Y con palabras sabrosas
 Procurándose extremar ,
 La declara allí su pena
 Por podella aficionar .
 Mas desque ella le vido
 Con su hermano batallar ,
 Y conoció que á su esfuerzo
 Ninguno podie igualar ,
 Y que en gracia y apostura
 Le quiso Dios levantar
 Sobre cuantos caballeros
 Quiso natura formar ;
 Desde aquella hora y punto
 La princesa le fué á dar
 Su alma y su corazon ,
 Sin poderse defender .
 Y ansina , yendo en el carro
 Se lo procura mostrar
 Con sus amorosos ojos
 Y con un dulce hablar ;
 Y tambien con estar triste
 Y algunos suspiros dar .
 Y con las muestras de amor
 El Febo empezó á olvidar
 Del todo á esotra princesa ,
 Y d'ella á no se acordar ,
 Porque solo era su fin
 Lo presente procurar ,
 Y lo propio Lindabrides
 Le procura encadenar
 En su amor de tal manera
 Que no se pueda apartar ,
 Y en acabándose el año
 Que solo podie faltar
 Un mes , irse á su tierra
 Y sus bodas celebrar .
 Vanse á Constantinopla
 Para el mes allí pasar
 Defendiendo su demanda ,
 Que falta para llegar
 Al término señalado
 Y con victoria quedar .
 En llegando , que llegó ,
 Mandó luego publicar
 La demanda que traia ,
 Y que él ha de defender
 Armado solo en el campo
 Donde empieza de aguardar
 A cualquiera caballero
 Que quiera con él lidiar .
 El Emperador su padre
 Su demanda fué á aceptar ,
 Y así hizo un cadabalso
 Por podello bien mirar .
 Y otro para que su madre
 Pueda á su placer estar
 Con otras muchas princesas
 De valor y gran beldad ,
 Y de tanta hermosura
 Que no hay mas que desear .
 Entre todas se señala
 La que quiso señalar
 Dios , de tanta gentileza
 Para su poder mostrar ,
 La Princesa Claridiana
 Que se habie venido á holgar ,
 Por saber si habria nuevas
 De aquel que le fué á robar .
 Su alma y su corazon ,
 Y si no comunicar
 Con los que él tratar solia ,
 Por poderse consolar ,
 Imaginando que habla
 Con los que él solia hablar .

Cuando Febo entró en el campo ,
 Una carrera fué á dar ,
 Con tan gallarda postura
 Que hizo maravillar
 A todos los que le vieran ,
 No pudiendo divisar
 Las pisadas del caballo ,
 Segun corre sin parar .
 Quiérelle ella conocer
 En el gentil cabalgar ;
 Mas verle con tales armas
 No lo podie imaginar ,
 Y así piensa qu'el deseo
 La debia de engañar ;
 Mas porque ve que parece
 A aquel que tanto fué á amar ,
 Sus muy agraciados ojos
 No puede d'él apartar ,
 Descando mucho verle
 De sus contrarios triunfar .
 Estando así embelesada
 Vido por la plaza entrar
 Muy apuestos caballeros
 Que no se podien contar ,
 Que vienen por la Princesa ,
 Ganosos de pelear :
 Quiere cada cual llevalla ,
 Y de tal prenda gozar :
 Vienen ricamente armados ,
 Por mas su valer mostrar .
 Cuanto el premio es estimado ,
 Tanto esfuerzo hasta á dar
 A los valientes guerreros
 Para poder pelear .
 Mas el animoso Febo
 No puede temor cobrar :
 Vence á uno , á dos , á tres ,
 Que era cosa de espantar
 Cuán facilmente los rinde ,
 Sin cosa alguna estimar
 Sus desaforados golpes
 Que hacien la tierra temblar ,
 Aunque fuera mas valiente
 A su desprecio y pesar ,
 De aquesta suerte y manera
 Cuarenta fué á subjeter
 Con tanta desenvoltura ,
 Que les hacie renegar ,
 Maldiciendo á quien le trujo
 Para así los deshonnar ,
 Porque de su rica silla
 No le podien menear :
 Y porque venie la noche
 No pudo mas batallar
 Y mandaron que cesase
 Por entónces el justar :
 Y así fué con Lindabrides
 A su carro á reposar .

(RODRIGUEZ, *Romancero histortado*.)

342.

EL CABALLERO DEL FEBO. — V.

(De *Lúcas Rodriguez*.)

Ya queria el dorado Febo
 Su gran carro aderezar ,
 Y sus feroces caballos
 Con una vara domar ,
 Para que temblando d'él
 Obedezcan su mandar ,
 Y le traigan por el cielo
 Sin un momento parar ,
 Porque sus lucientes rayos
 Pueda por él derramar ;
 Y viendo que ya era tiempo ,
 Tanto les fuera á azotar
 Que les hace como á toros

Terribles bramidos dar,
Y correr tan velozmente
Sin un punto sosegar,
Que á cabo de poco rato
Pudo bien desparramar
Sus muy rutilantes rayos
Y á todos regocijar,
Que la triste y larga noche
Les hace tristes andar,
Cuando el generoso griego
Se comienza á levantar
De su regalado lecho
Y á grande prisa se armar,
Y con su alta compañía
Va á ponerse en el lugar
Que los muy justos jueces
Pusieron para justar.
Y como luego vinieron
Sus padres á se sentar,
Con valientes caballeros
Grande justa fué á trabar,
Donde tanto se mostró,
Que presto fué á derribar
A todos los principales :
Solo uno fué á quedar,
Que era Rosicler, su hermano
De esfuerzo particular,
Con el cual, si no fuera él,
No se podie comparar
Otro ningun caballero,
Ni tener con él igual ;
El cual se armó de sus armas
Muy ricas, y de estimar,
Y subiendo en su caballo
En el campo fué á parar,
Con tan gentil continente
Que era cosa de mirar.
Desafiando á su hermano
A un lado se fué á apartar,
Y tocando las trompetas
Se vinieron á encontrar
En medio de la carrera
Que parecían volar :
Encuéntanse de las lanzas
Sin cosa sana quedar ;
Suben tanto las astillas,
Que piensan que van á dar
Al supremo y alto cielo,
No pudiendo divisar,
Segun iban de veloces,
Adonde podien llegar :
De caballos y de escudos
Se vinieron á encontrar,
Y á darse tan grandes golpes,
Que forzado les fué dar
En el duro y ancho suelo
Ambos juntos á la par
Con los yelmos derrocados
Para mas les admirar
A los que estaban presentes,
Y con alegría dejar
A los que estaban con pena,
Por verlos así afrentar
Por un caballero extraño,
Sin podello remediar.
Mas como lo conocieron,
Con un gozo singular
Y con alegría subida
Corren todos á besar
Las manos á su señor,
Sin poder disimular
El contento que les viene
Sobre tan duro pesar.
Bajaron tambien sus padres
Por poder presto gozar
De la vista de su hijo,
Al cual fueron á abrazar,
Y con paternal amor
Se comienzan de quejar

D'él, porque tanto ha tardado
Sin venir á reposar
Con sus amigos y padres.
Tambien le van á hablar
Aquellas altas princesas,
Aunque sola fué á faltar
La princesa Claridiana
Por no dar que sospechar.
Mas el Principe discreto
La supo bien disculpar,
Que dejó á todos contentos,
Y así se fué á descansar
Despidiéndose de todos,
Y acabando allí de dar
Fin á aquella real empresa,
Digna de no se olvidar
Para siempre de ninguno,
Procurando le imitar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

343.

EL CABALLERO DEL FEBO. — VI.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya sería media noche,
Que ruido no sonaba,
Cuando aquella real princesa
En dos extremos estaba
De alegría y de tristeza
Mirando lo que pasaba.
Por una parte está alegre
Porque vió al que tanto amaba ;
Y por otra está muy triste
Viendo cómo acompañaba
A la hermosa Lindabrides
Y en su defension andaba.
Piensa que á la otra quería
Y que á ella la olvidaba,
Y aquesta amarga sospecha,
Tanto á la dama aquejaba,
Que no podia sosegar,
Y así dos mil vuelcos daba
Encima su rico lecho
Cuya sábana apretaba :
Con sus manos, piés y dientes,
Cosa sana no dejaba,
Y con dolor muy crecido,
Rabia, gime y basqueaba,
Por no poder sospirar,
Que es lo que mas le aquejaba,
Que pareció estar sin vida
Y el alma se le arrancaba
Del su tan gallardo cuerpo
Segun su color mostraba.
Mas cuando volvió en sí,
Tan grandemente lloraba
Que movia á compasion
Segun que se maltrataba.
Y no pudiendo sufrir
El mal que la atormentaba,
Alzando la triste voz
Una doncella llamaba,
De la cual ningun secreto
Encubria, ni celaba.
Dícela que prestamente
Cumpla lo que le mandaba,
Y es : que llame luego á aquel
Por quien tanto mal pasaba,
Y le diga que al proviso
Venga donde ella quedaba.
La cual como es diligente
Y agradarla procuraba,
Despues de pequeño rato
A su aposento llegaba,
Y dando muy recios golpes
Por el Febo-preguntaba,
El cual de su cama luego

Lijero se levantaba.
Tomando su espada rica
A la puerta se paraba,
Y como supo quién era,
Y también quién la enviaba,
Vistese y arma de presto.
Su lindo escudo embrazaba,
Y mandando abrir la puerta
A gran prisa caminaba,
A ver aquella que antes
Su corazón traspasaba:
El cual de la antigua herida
De nuevo se refrescaba
En aquella llaga antigua
Que la ausencia le sanaba.
Y como llegó al lugar
Do Claridiana aguardaba,
De empacho, vergüenza y miedo
Todo su cuerpo temblaba
Viendo como había faltado
La fe que siempre le daba.
Y como la vido así,
Palabra no la hablaba.
Viendo tanta hermosura,
De nuevo se aficionaba;
Lo mismo aquella princesa
Toda en velle se turbaba.
Con un entrañable amor
A su querido abrazaba,
Y no pudiendo sufrir
El fuego en que se quemaba,
Con lágrimas de placer
Su linda boca besaba;
Y teniéndole apretado,
De su ausencia se quejaba,
Preguntándole el por qué
Tanto della se ausentaba,
Y á esotra princesa mora
Tanto tiempo acompañaba.
Y como aquesto decía
Mil lágrimas derramaba
Con las cuales de su amante
Su rostro y pecho bañaba,
Y con el dolor que siente
Desmayada se quedaba:
Parecía quel corazón
De su cuerpo le faltaba,
Segun los golpes le da;
Mas cuando en sí ya tornaba,
El príncipe muy turbado
Sin dilación le contaba
A la penosa princesa
Lo que tanto deseaba.
No le dice la verdad;
Mas lo que poco importaba.
Dícela que la virtud
A defender le obligaba
La causa de Lindabrides,
Y que no era porque amaba
A ella, y su alto reino,
Porque nada lo estimaba:
Y con pena desigual,
Porque vea que le pesaba
Pide y ruega á la princesa,
Porque razón le forzaba
A que lleve á Lindabrides
A la tierra do habitaba,
Que le dejase ir con ella
Y qu'él su palabra daba
De entregársela á sus padres,
Y volver do agora estaba;
Y que si de aquesta fe
Ella no se confiaba,
Que le diese una doncella,
Y qu'él prometía y juraba
Que se volvería con ella,
Si muerte no lo estorbaba.
Y como ella aquesto oyese
Con gran dolor lamentaba;

Imagina que su amante
Con palabras la engañaba,
Y así no quería otorgar
Lo que Febo deseaba,
Que era darle la licencia,
Que tanto le demandaba.
Pero viendo que su amante
El partir no se excusaba
Dice: — Que se vaya luego,
Mas que su palabra daba
Que si no cumple la suya,
De tomar venganza brava. —
Y dándole una doncella
Que Periana se llamaba,
El príncipe con abrazos
De su amada se apartaba,
La cual con grande tristeza
Con pena y dolor quedaba,
Porque se ha de ver ausente
Del que mas que á sí amaba.
Despidese de sus padres
Y á su compañía tornaba,
La cual estaba penosa
Viendo cómo se tardaba,
Y con ella á grande prisa
Al Catayo caminaba.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

344.

EL CABALLERO DEL FEBO.—VII.

(De Lucas Rodríguez.)

De pensamientos cercado
El griego jóven quedó,
Como se vido apartado
De aquella vista, que dió
A su corazón tal golpe
Que por medio lo partió:
Mas la linda Lindabrides,
Como su tibiez mostró,
Con palabras regaladas
Tanto allí le enterneció,
Que forzado á que la quiera
Al Febo ilustre forzó
Dándole favores mil,
Con lo cual le enajenó
Para poder mas amar
A la que primero amó.
No iba ménos la princesa;
Que tan igual los hirió
El tirano y cruel Cupido,
Que bien su poder mostró,
Porque al uno nada falta,
Ni al otro punto sobró.
Iba cada cual gozoso,
De lo que nada se holgó
La doncella Periana,
Que rabia mortal tomó,
Viendo cómo á su señora
Este príncipe engañó
Faltándole la palabra,
Y á la fe que la ofreció
De que no la olvidaría
Y allí lo contrario vió;
Desabrida y descontenta
Todo el tiempo caminó.
Yendo cerca de su tierra
Lindabrides envió
Una doncella á decir
Todo cuanto aconteció
Al Emperador su padre,
Y en un lugar se quedó
A dos millas del Catayo,
Y allí un rato descansó.
La doncella es diligente,
Presto al Catayo llegó,
Y á sus poderosos padres

Lo que ha pasado contó.
 El padre estaba gozoso
 Por ver lo que él deseó
 Tan de véras, ya cumplido,
 Y aunque al principio pesó
 A la emperatriz su madre,
 Luego mucho se alegró
 Como en lugar de su hijo
 Otro sin igual cobró:
 Y así de hacer regocijos
 Por todo el reino mandó:
 Lo que á recibir tocaba
 Ella á su cargo tomó,
 Para mostrar el contento
 Que esta nueva le causó,
 Y con muy solemnes fiestas
 A sus hijos recibió;
 Y cuando para casallos
 La hora y tiempo llegó,
 En un lecho estando echado
 Periana al Febo habló,
 Y con saña dura y brava
 Quel enojo la cegó,
 Le acuerda allí la palabra,
 Que á su amada prometió
 De no casarse con otra,
 Y también le remembró
 Que mirase ser cristiana
 Y que él en su ley nació,
 Y esotra ser descreída
 Porque nunca en Dios creyó.
 Dícete también que quiera
 A aquella que mas le amó,
 Y mire que á Claridiana
 Nunca mujer le igualó,
 Que en valor y beldad rara
 A esotra mucho excedió;
 ¿Que porqué tan á las claras
 Así la menospreció?
 Pues sabe que á quien la agravia
 Nunca bien le sucedió,
 Porque en ánimo y esfuerzo
 Dios sin igual la crió,
 Y así, que le hace saber,
 Que si alto nombre alcanzó
 Entre todos los mortales,
 Que ya todo lo perdió,
 Porque todas sus hazañas
 La presente escureció,
 Y que no esté muy gozoso
 Si á Claridiana burló,
 Pues no fué gloria burlar
 A quien mal no mereció,
 Y que puede estar seguro,
 Si á su señora ofendió,
 Que ha de vengar la ofensa;
 Y con esto se apartó
 Del príncipe, no queriendo
 Volver, aunque la llamó,
 Y ansina, de pensamientos
 Rodeado le dejó.
 Comenzó á considerar
 Lo que allí le relató
 La doncella Periana,
 Y á su escudero pidió
 Su caballo y armas fuertes
 Y prestamente se armó.
 Con lijereza no vista
 En el caballo subió,
 Y con ansia y agonía
 Del Catayo se alejó.
 Va siguiendo la doncella
 Que tanto le alborotó,
 Tristísimo, y muy lloroso
 Contemplando cómo erró
 En faltar así á su amada
 La palabra que le dió.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Con pesadumbre rabiosa
 La fiel Periana partía
 Del caballero del Febo
 Mirando la alevosía.
 Pues le faltó la palabra
 Que en razon cumplir debía.
 Con la gran ira que lleva
 Con voz alta en demasia
 Le llamaba de traidor,
 Perro y falso le decia.
 Yendo con este dolor
 Hacia Trapisonda guía,
 Do la noble Claridiana
 Esperándole estaria.
 Con la gran priesa que lleva
 Muy presto llegado habia:
 Fuérase para palacio,
 Y cuando por él subia,
 Van muchos á la princesa
 A decir cómo venia
 Su doncella Periana
 Porque mucho la queria.
 Sale toda alborotada
 Hasta saber lo que habia;
 Y como vió á su doncella
 Con ansia y gran agonía,
 La abraza y besa en el rostro
 Y á su cámara la envía,
 Y como se vió con ella,
 Claridiana la pedía
 Que le dé cuenta y razon
 Del recaudo que traía.
 Periana hablar palabra
 De turbada no podia,
 Que dar tan amargas nuevas
 A su señora temia,
 Porque su dolor y pena
 Mas que la suya sentia.
 Y viéndola así turbada
 La princesa la reñía,
 Porque no la decie presto
 El príncipe, si venia,
 O sino qué se habie hecho
 Pues ve cuánto la ofendia.
 En tardar tanto á contar
 Lo que saber pretendia;
 La cual con voz lamentable
 El sucesó referia.
 Y como lo hubo escuchado
 Se quedó casi sin vida,
 Viendo ser menospreciada
 Por el que su alma tenia.
 Arañábase la cara,
 Sus vestiduras rompía,
 Sus muy alindadas manos
 Con rabia y furor torcia,
 Y sus labios rubicundos
 Los maltrataba y mordía.
 Con sus cristalinos dientes,
 Tanto, que sangre corria
 Dellos, en tanta abundancia
 Que á gran compasión movia.
 Arrancaba sus cabellos,
 Sus tocados deshacia,
 Dábale de cabezadas,
 Cruelmente se heria;
 Con sospiros y sollozos
 Muchas lágrimas vertia,
 Y con voz triste y llorosa,
 Que hasta los cielos subia
 Decia: — ¡Perro, traidor!
 ¿Cuándo yo te merecia
 Que me dices tan mal pago,
 Pues mas que á mí te queria,

Olvidándome por otra
Que ménos que yo valia,
Mora, y mala como tñ,
Que nunca á Dios conocia?
Cielo, duelete de mí,
Y aqueste falsario envía
A las furias infernales
A pagar su alevosia;
Y sino, traémele aquí,
Porqué yo le mostraria,
De mi persona á la suya
La maldad que cometa
Haciéndole mil pedazos
Por la maldad que hacia. —
En diciendo estas razones
De su estado se caia;
Dando un mal golpe en el suelo,
Pié ni mano no movia,
Que parece estar difunta,
Porque nada no sentia.
La doncella lastimosa
Tambien le hacie compañía
Amargamente llorando
Porque tal nueva traia;
Y viéndola desmayada
Un poco de agua vertia
Sobre su jarifo rostro,
Y cuando ya en sí volvía
Fué con amargo suspiro,
Que parece que queria
Apartarse de su cuerpo
Su alma, segun le envía.
Y cuando ya sosegaba,
Sus ricas armas pedía,
Y su lijero caballo,
De las cuales se vestía,
Y subiendo encima dél
Se parte sin compañía;
Con coraje bravo y fuerte,
Llena de melancolia
A tomar cruda venganza
De quien tan mal la ofendia.
Endereza su camino
A Grecia, donde asistia
El Emperador su padre,
Y adonde saber podría
De su hijo, el grande Febo
Si desposado se habria;
Y en llegando, vió que fiestas
El Emperador hacia
Porque habia dias muy pocos
Que otro hijo le nacia,
Y así se quedara en Grecia
Aguardando si vendria
Su amante cruel á las fiestas,
O sino, le informarian
Los que á ellas viniesen
Lo que á saber pretendia.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

346.

EL CABALLERO DEL FEBO. — IX.

(De Lucas Rodriguez.)

Con furia muy desmedida
Y braveza demasiada,
Aquel generoso griego
Va buscando á Periana,
Para ir junto con ella
A ver su primera amada.
Iba triste y pensativo
Con desesperacion brava,
Tan furioso y desabrido,
Que de verdad mucho holgara
Encontrarse con alguno
En quien secutar su saña,
Que por oídos y narices

T. X.

Humo negrísimo echaba,
Y sus ojos parecían
Ser de alguna fina grana:
Llévalos del gran coraje
Mas encendidos que brasa.
Yendo con esta tristeza
A gran prisa caminaba,
Tanto que presto llegó
Orillas del mar, do estaba
Una nao de pescadores
Con la cual se solazaba.
Díceles con muchos ruegos,
Que á su tierra deseada
Quisiesen luego llevarle,
Que su ida serie pagada:
Los cuales por complacerle
Su pedimiento aceptaban.
Ponen velas al navio
Y á remar prisa se daban,
Tanto, que en muy poco tiempo
Fué su tierra devisada;
Y cuando al puerto llegaron,
Su traída regociada
A la gran Constantinopla
Su camino enderezaba;
En la cual están sus padres
Y toda su alta prosapia,
Y á la cual va muchas veces
Su señora Claridiana.
Y cuando por ella entró
Un grande ruido sonaba;
Y preguntando qué fuese,
Un hombre le declaraba
Que eran unas grandes fiestas
Que su padre hacer mandaba,
Porque le ha nacido un hijo
Que Claramante se llama.
Y como Febo lo oyese
En gran manera se holgaba,
Y con mucha instancia y ruego
A aquel hombre suplicaba
Que unas ricas armas negras
Luego á su poder le traiga,
Porque quiere disfrazado
Entrar en la tal batalla:
El cual cumpliendo su oferta
Se las trae, y él d'ellas se arma
Y guardándole las suyas,
El principe caminaba
Donde se hacen las justas,
Y como al campo llegara
Vido que en los miradores
Estaba su linda amada
Con sus muy queridos padres,
Que gran gozo le causara.
Y porque su valentia
Primero fuese mostrada,
Contra un mantenedor
Su caballo enderezaba,
Y el otro por el contrario:
Fueres encuentros se daban
Aunque del golpe primero
El Febo lo derrocaba.
Tambien derribó otros tres,
Que la justa defensaban,
Y otros muchos caballeros
Que aventureros andaban.
Conocéle la princesa
En el jugar de la lanza,
Y en sus fortisimos golpes:
Quitase de la ventana,
Y con armas diferentes
Sale en medio el campo armada;
Vase para el grande Febo
Y d'esta manera le habla:
— Señor, bien habeis mostrado
Vuestro valor, por la lanza.
Ruego y pidoos por merced
Que vaya nuestra batalla

A todo rigor y trance,
 Para saber si de espada
 Sabéis ofender tan bien.—
 Y él oyendo su demanda
 Le concede lo que pide,
 Y un trecho d'ella se aparta
 E hiriendo los caballos
 Con una furia tamaña,
 Se vinieron á encontrar
 Con sus gruesísimas lanzas,
 Haciéndolas mil astillas,
 Casi no se devisaban:
 De caballos y de yelmos
 Y de escudos se encontraban
 Con tan gran furor y fuerza
 Que á todos mucho admiraban.
 Mas como son extremados,
 Como una fuerte muralla
 Se tuvieron en las sillas,
 Y con gran rigor y saña
 Se daban tan fuertes golpes,
 Que los yelmos abollaban,
 Y sus armas deshacían
 Y sus escudos rajaban:
 Con sus extremadas fuerzas
 Mortalmente se llagaban,
 Tanto, que ya todo el campo
 De su sangre rojeaba.
 Pasadas eran dos horas,
 No se conocía ventaja:
 Como si fuera al principio
 La batalla comenzaban
 Con tan espantosos golpes,
 Que ya todos se admiraban
 Cómo no estaban deshechos
 Según que se maltrataban.
 Pasadas eran tres horas,
 Ningun cansancio mostraban,
 Y ninguna mejoría
 Entre ellos se devisaba:
 Mas al cabo de cuatro horas
 Que su lid fué comenzada,
 Empezaba á desmayar
 La princesa Claridiana
 Tanto, que ya veían todos
 Que había de ser subyugada;
 Y como ella esto viese
 D' esta suerte á Febo habla.
 —; Desleal, perro, malvado,
 Traidor, de mala canalla,
 Sin fe, falso y alevoso,
 Sin virtud, sin Dios, sin alma,
 Malvado! ¿qué te movió
 A dejar desamparada
 A la que tanto te quiso
 Y con firmeza te amaba,
 Por otra enemiga mora
 De menos valor y fama,
 Pues sabías de tu ley
 Ser descreída y malvada?
 ; Mira que te pido y mando
 Que luego de mí te vayas
 Do tu nombre oír no pueda,
 Si quieres que yo no vaya
 A desesperarme luego!
 ; Vete, cruel, sin palabra! —
 Y como le hubo hablado
 Un tal golpe le asentaba
 Que le hizo dar de mano,
 Que casi quedó sin habla.
 Mas como volvió en sí
 Y conoció ser su amada
 Aquella á quien ha ofendido
 Con su cortadora espada,
 Con dolor grande y crecido
 De rodillas se hincaba
 Ruégale le dé la muerte
 Por la gran maldad que usaba;
 Y mostrando mucho enojo

Del príncipe se apartaba
 Dejándole pensativo
 Viendo como así sacara
 La sangre de su señora;
 Y esto tanto le penaba,
 Que no podía sosegar,
 Y así del campo se aparta.
 Vase á casa de aquel hombre
 Donde sus armas dejara:
 Armóse d'ellas muy presto,
 Y sin hablar mas palabra
 Determina de cumplir
 Lo que su amada mandaba,
 Y así con dolor terrible
 Y la memoria cansada,
 Se despidió de su huésped
 A perder su vida y alma.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

347.

EL CABALLERO DEL FEBO. — I.

(De Lúcas Rodríguez.)

Hallábase el alto Apolo
 Muy molido y fatigado
 De aquella larga carrera
 Que por el mundo había dado:
 Sus caballos espumantes
 Estaban ya tan cansados
 Que no pudieran mas dar
 Hácia adelante algun paso.
 Ya comenzaba á esconder
 Sus muy rutilantes rayos
 Que doraban este suelo
 De un color tan espejado,
 Que cada cual en miralle
 Quedaba regocijado.
 El cielo, que del calor
 Del día, estaba fiublado,
 Daba muy terribles truenos
 Y relámpagos airados,
 Y junto d'esto caía
 Un granizo entrevelado
 Con un agua temerosa
 Que era gran dolor y espanto,
 Porque parecia ser
 Otro diluvio llegado,
 Cuando aquel ilustre Febo
 Caminaba muy penado
 Maldiciendo su ventura
 Que le ha puesto en tal estado,
 Permitiendo cruelmente
 Que muera desesperado.
 Quejábase de sí mismo
 Porque todo lo ha causado,
 Pues cometió el alevé
 Con su descanso y regalo.
 Acusaba á su fortuna,
 Que le diera aquel reinado
 Tan real y poderoso
 Para ser mas infamado,
 Pues la gran maldad que hizo
 Lo tenía todo borrado,
 Dando la mayor caída
 Que nunca hombre había dado,
 Pues le convenía ir
 A morir desesperado.
 Para agradar su señora
 Iba á cumplir su mandado.
 Con grandes lloros y quejas
 Toda la noche ha pasado,
 Hasta que en amaneciendo
 Riberas del mar se ha ballado,
 Adonde vió que un navío
 Estaba á un mástil atado.
 No vido gente ninguna
 De quien pueda ser mandado,
 Y así con mucho contento
 Del caballo se ha arrojado,

Y metiéndose con él
 El navio ha desatado.
 Pero aun no lo hubo bien hecho
 Cuando se quedó admirado,
 Porque con gran lijereza
 El navio ha caminado,
 Sin que pueda ver de quien
 Pudiese ser gobernado:
 Pero bien entendió luego
 Ser el navio encantado.
 Daba tan veloz corrida
 Que parecia ir volando,
 El cual de mantenimientos
 Halló estar aparejado;
 Y á cabo de pocos dias
 Una tierra ha devisado
 De arboledas abundosas,
 Que la estaban lustre dando,
 Aunque vido estar sus casas,
 Y castillos derribados.
 Deseaba ver alguno
 Por poder ser informado,
 Cuya fuese aquella tierra,
 Y quien la hubiese asolado.
 Yendo con esta congoja
 Un grande ruido ha sonado,
 Y volviendo la cabeza
 Vido que era un grande barco
 En el cual un caballero
 Iba apriesa navegando.
 Pídele por cortesía,
 Que le sea declarado
 Qué tierra fuese aquella,
 Y quien tan mal la ha parado.
 El cual como era cortes
 D'esta suerte ha razonado:
 —Sabed, gentil caballero,
 Que este lugar es llamado
 La insula solitaria,
 Porque ántes fué poblado,
 Y agora por gran desastre
 De ninguno es habitado,
 Porque un animal feroz
 Dicho endemoniado Fauno,
 El mas robusto y furioso
 Que en el mundo se ha hallado,
 Se ha criado dentro de él,
 Y él es quien lo ha arruinado,
 Echando por tierra todo
 Cuanto fuera fabricado.
 Matando sus moradores,
 A ninguno ha perdonado,
 Sino fuera á los que huyendo
 A otras tierras se pasaron,
 De suerte, que de ninguno
 Este pueblo está ocupado,
 Si no es de aquel demonio
 Que tanto mal ha causado.—
 Y con esto se despide,
 Que está de miedo temblando.
 Dale Febo muchas gracias
 Por la cuenta que le ha dado,
 Y como se paró á pensar,
 Entre si ha determinado
 De acabar allí su vida,
 Que allí lo vie aparejado.
 Con su amado Cornerino
 Del rico barco ha saltado;
 El cual con gran lijereza
 De la tierra se ha apartado,
 Quedando el potente Febo
 Muy confuso y admirado,
 Porque vió aquel barco ser
 Por arte mágica obrado,
 Que del sabio Lirgandeo
 De continuo era guiado,
 Porque como era su amigo
 Sus hechos tomaba á cargo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

EL CABALLERO DEL FEBO.—XI.

(De Lucas Rodriguez.)

Aquel magnánimo Febo,
 Que morir determinaba
 En aquella triste tierra
 Fragosa y deshabitada,
 Luego que se vido en ella
 Con gran dolor de su alma,
 Quita la silla al caballo
 Y sus jaeccs de plata;
 Y como si él lo sintiera
 De aquesta manera le habla:
 — ¡Oh caballo venturoso,
 Cuando en compañía andabas
 De aquel principe potente
 Que del Catayo se llama,
 Y agora por gran desdicha
 Con esta triste compañía
 Que tantas veces por tí
 De sus contrarios triunfaba,
 Por ser el mas extremado
 Que en todo el mundo se halla!
 Quédate adios, porque voy
 A recebir muerte brava,
 Para dar contento á aquella
 Que en todo me rige y manda.—
 Y como lo hubo hablado
 Con gran priesa caminaba
 A buscar aquel demonio
 Y mover con él batalla.
 El caballo es muy fiel,
 D'él un punto no se aparta;
 Mas el Febo con las riendas
 Crudamente le azotaba,
 Aunque con algun dolor
 Porque en extremo le amaba,
 Y con el dolor que siente
 Por el campo se apartaba,
 Dejando al principe solo,
 Que tiernamente lloraba
 Su mala fortuna y suerte,
 Pues tan cruel se mostraba;
 Y así comenzó á subir
 Por una áspera montaña
 De arboleda tan crecida,
 Que parecia que llegaba
 Con sus fines á las nubes,
 Segun estaba encumbrada.
 Con grandísimo trabajo
 Ya tres horas se pasaban
 Que el principe la subia,
 Y nunca al fin la llegaba,
 Hasta que al cabo de cuatro
 Encima d'ella se halla.
 En ella vido una Peña
 De jarales rodeada,
 Y mas abajo un gran campo,
 Donde aquel demonio estaba.
 Allí comenzó á pensar
 Si peleará con su espada:
 Parecióle cosa injusta
 Pues que la sangre sacara
 Con ella de su princesa
 Que á otro ninguno tocara,
 Y ménos á un animal
 De tan mala y vil canalla.
 Porque á ninguno viniese
 Procuraba de quebralla,
 Y la punta con la cruz
 Muchas veces le juntaba;
 Mas no la pudo quebrar
 Segun era de extremada.
 Y como el Febo esto viesse
 Con su fuerza mas que humana
 La tomó con ambos brazos,
 Y en la Peña la hincaba,

Dando tan terrible golpe,
Que hasta la cruz la pasa,
Y con un clavo que halló
Unas letras señalaba,
Que como se iba á morir
Decían y declaraban:
También la causa y por qué
En él escrito dejaba.
E yéndose á un grande roble
Un fuerte tronco desgaja
Y con él se va á buscar
Aquella fiera animalia,
Y á cabo de poco rato
La vido que estaba echada
Durmiendo en el duro suelo,
De catadura tan brava,
Que pensó que en el infierno
No hubiera vision mas brava.
Y encomendándose á Dios,
Muy junto á él se acercaba.
El cual como oyó el ruido
Presuroso se levanta,
Y como vido al Febo,
Con una furia endiablada
Arremete para él;
Mas el príncipe le aguarda
Con su nudoso bastón,
Y en él un golpe descarga,
Tal, que su dura cabeza
Agramiente le maltrata,
Porque la boca y narices
Mucha sangre derramaba,
Y con el dolor que siente
Terribles bramidos daba.
Vuelve con ansiosa furia,
Y al príncipe le acertaba
Con su mano un tan gran golpe,
Que muy mal lo maltrataba,
Porque sus agudas uñas
En su cuerpo le apretaba.
Vuelve el príncipe furioso,
Acrecentando su saña,
Y encima de la cabeza
Tan gran golpe le asentaba,
Que los cascos y cabeza
Todos los desmenuzaba,
Y los sesos esparcidos
Por los hombros le saltaban.
Y ansina dejó allí muerta
Aquella bestia endiablada,
Y dando gracias á Dios
En el suelo se sentaba
Para poder descansar
Del dolor que le aquejaba,
Y se quedó allí haciendo
Vida muy desesperada,
Comiendo de algunas frutas
Y de yerbas que allí hallaba,
Denegrido ya del sol,
Que gran compasión causaba
A cualquiera que lo viera,
Segun que mudado estaba:
Y tan flaco y amarillo,
Que su muerte se acercaba,
Y con el cabello largo
Que á salvaje semejaba.
Quéjase de su querida,
Que tan gran crueldad usara;
Y también de sí, que fué
De su mal la mayor causa.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

349.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XII.

(De *Lúcas Rodríguez*.)

Aquel alto emperador
Que tenía á su mandar

La mayor parte del mundo,
Poderoso por la mar:
Aquella ilustre raíz
De do pudo dimanar
La princesa Lindabrides,
En hermosura sin par.
Y padre también que fué
Del príncipe Meridian,
De la burla que le hizo Febo
Tanto esfuerzo fué á tomar,
Que con cólera encendida
Envió á desafiar
Al emperador su padre,
Enviándole á avisar
Que se aperciba de gente,
Y que procure juntar
A todos sus valedores,
Porque él quiere allá pasar
Para dalle cruda guerra,
Y d'ella no se apartar
Hasta que abraze su tierra
Y toda la cristiandad,
Porque con tan grande aleva
El Febo le fué á burlar,
Menospreciando su hija
Que con él quería casar.
El emperador Trebacio
Mandó luego pregonar
La guerra por todo el reino
Y también envió á llamar
A sus parientes y amigos
Que le vengan á ayudar.
La princesa Claridiana,
Como supo la verdad,
Que su Febo tan querido
Su fe no fuera á faltar,
Pues tan gran copia de gente
Contra él manda juntar
Su padre de Lindabrides
Para su maldad vengar.
Por una parte está alegre
Viendo cómo fué á engañar
Aquella mora enemiga,
Que la hacie penosa andar,
Y por otra está muy triste
Porque así fué á desterrar
A su muy querido amante
Sin alguna culpa hallar:
Y con la pena que siente
Se comienza apriesa á armar,
Y subiendo en su caballo
Va su príncipe á buscar
Con su doncella Periana
Que la fuera á acompañar.
Iba dando mil sospiros
Que era para apiadar
A cualquiera que la viera,
Segun hacie de llorar:
Y al cabo de cuatro dias
Al puerto fuera á llegar
Donde vió que un grande barco
Acababa de parar.
Vió que d'el un caballero
En tierra querie saltar,
Que era aquel que al grande Febo
Quiso tanto gusto dar
De decir, que tierra fuese
En la qu'él fuera habitar.
Al cual con muy grandes ruegos
Le empieza de suplicar
Le diga si acaso ha visto
Algun caballero andar
Por la mar, con unas armas
De un pescado de estimar:
A la cual el caballero
Le responde sin tardar:
Qu'él vió á ese que pregunta
En una insula entrar
Llamada deshabitada,

Porque no se puede hallar
Hombre ni edificio en pie,
Que todo lo fué á asolar
Un endemoniado Fauno
De braveza singular,
Y que dentro fué á vivir
Y su vida allí á acabar.
Como Claridiana oyese
Nuevas de tanto pesar,
Le pide que le dé el barco
Para podelle buscar,
Porque el alma de su amigo
Se pudiese remediar.
El otro, que es comedido,
El barco le fué á dejar,
Y despidiéndose d'ella,
Con presteza desigual
El gran barco fué movido
Por el recio gobernar
De los diestros marineros
Sin un momento parar,
Tanto, que á los quince días
Pudo muy bien divisar
La isla deshabitada,
Y en ella tierra tomar.
Y como en tierra saltó,
Sin el yelmo se quitar,
Al caballo Cornerino
Viera por allí andar,
Y la silla polvorosa
En el suelo vido estar;
Y viendo esotro caballo
Empezó de relinchar,
Porque mas habie de un año
Que otro no pudo topár.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

350.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XIII.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya sospira la princesa
Ya empieza de sollozar

Entendiendo que era muerto
El Febo que va á buscar.
Prosiguiendo su camino
Un bulto vió levantar:
Parecióle que era fiera
O algun feroz animal.
Y aunque llega junto al Febo
Nunca le quiere hablar
Ni decirle cosa alguna
Hasta saber de verdad
Si es su príncipe querido
Con quien se piensa casar.
Háblale con gran tristeza
Empezando á preguntar
Si ha visto algun caballero
En aquella insula estar:
Y como él la conoció,
Sin un momento parar
La abrazaba fuertemente
Con un recio lamentar.
Ella le conoce luego
Y empieza de gritos dar:
El sospira, y ella gime
Que era cosa de notar,
Que casi por media hora
No se pudieron hablar:
Y en habiendo descansado
De tan terrible penar,
Le cuentan lo que ha pasado
Por la tierra y por la mar.
Caminan para su tierra
A las bodas celebrar,
Donde con gran regocijo
Y alegría singular
Se celebró el desposorio
Con grande solemnidad.
Todos dan gracias á Dios
Porque les dejó llegar
A tener tanto contento
Sobre tan duro penar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRÓNICAS BRETONAS.

351.

LANZAROTE DEL LAGO. — I.

(Anónimo 1.)

Tres hijuelos había el Rey,
Tres hijuelos, que no mas;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
— Caballero, estad parado:
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
— Dáoslo he yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras

Donde el ciervo era criado. —

Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado había á una ermita,
Donde un ermitaño había:
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida:
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traía.
— Dígame tú, el ermitaño,
Tú que haces santa vida,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
— Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de día,
Contaros he lo que vi,
Y todo lo que sabía.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas ántes del día,
Siete leones con él
Y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo.

Por do quier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te quería dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones,
Del mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por ti ha perdido la vida!—

(Cancionero de Romances.)

⁴ Para prueba de lo poco que encarnó en España ese espíritu caballeresco feudal de las fábulas bretonas, basta observar que de ellas solo se tomaron los tres romances de esta sección.

352.

LANZAROTE DEL LAGO. — II.

(Anónimo ¹.)

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañona,
Esa le escanciaba el vino,
La linda reina Ginebra
Se lo acostaba consigo;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no había dormido,
La Reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
—Lanzarote, Lanzarote,
Si ántes hubieras venido
No hablara el orgulloso
Las palabras que había dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaría conmigo. —
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despidese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino,
Combátense, de las lanzas,
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningún partido;

Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Cervantes en su *Quijote* parodia los seis primeros versos diciendo:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como lo fué Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Y dueñas de su rocino.

(*Quijote*, parte 1.ª, cap. XIII.)

353.

TRISTAN DE LEONIS.

(Anónimo ¹.)

Ferido está Don Tristan
De una muy mala lanzada,
Dierásele el Rey su tío.
Que celoso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tembla el asta:
Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro,
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboleda
Que azucena se llamaba,
Cualquier mujer que la come
Luego se siente preñada:
Comióla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

(Cancionero de Romances.)

¹ En la triada que forman los libros caballerescos de Artus hay tres partes: la una religiosa y devota, que trata, en el *Perceval*, de la conquista del Santo Grial; la otra festiva y amena, que es la de Lanzarote, y la otra amorosa y sentimental, que es la de Tristan de Leonis. El romance, ó mejor diríamos fragmento, que aquí se inserta, es lo único que poseemos de Tristan, de aquel héroe tan célebre y famoso en los fastos caballerescos, y tan antiguo, que los cantos populares bretones, que lo celebran bajo el aspecto guerrero, precedieron mas de un siglo á los novelistas.

² Superstición de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebían con solo el viento.

SECCION DE ROMANCES DE LAS CRÓNICAS CABALLERESCAS DE CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

ROMANCE QUE TRATA DEL CONDE DIRLOS.

354.

EL CONDE DIRLOS.

(Anónimo ¹.)

Estábase el conde Dirlos,
Sobrino de Don Beltrane,
Asentado en las sus tierras,
Deleitándose en cazare,
Cuando le vinieron cartas
De Carlos el emperante.
De las cartas placer hubo,
De las palabras pesare,

Que lo que las cartas dicen
A él le parece male.

«Rogar os quiero, sobrino,
»El buen frances naturale,
»Llegueis vuestros caballeros,
»Los que comen vuestro pane;
»Darles heis doblado sueldo
»Del que les soleds dare,
»Dobles armas y caballos,
»Que bien menester lo hane:
»Darles heis el campo franco
»De todo lo que ganaren;
»Partiros heis á los reinos
»Del rey moro Aliarde.
»Deseximiento me ha dado
»A mi y á los doce Pares: